Universitat de les
Illes Balears
Servei de Biblioteca i
Documentació
Patrimoni bibliogràfic

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA

POR

EL CONDE DE TORENO;

ADICIONADA Y CORREGIDA POR SU AUTOR,

PRECEDIDA DE SU BIOGRAFÍA

Y EXORNADA CON SU RETRATO GRABADO EN ACERO.

SEGUNDA EDICION.

TOMO II.

MADRID.

IMPRENTA DE J. MARTIN ALEGRIA,

CALLEJON DE SAN MARCOS, NÚM. 6.

1848.

..... quis nescit, primam esse historiæ legem, ne quid falsi dicere audeat? deinde ne quid veri non audeat? ne qua suspitio gratiæ sit in scribendo? ne qua simultatis?

CICER. *De Oratore*, *lib.* II, *c.* 15.

RESUMEN

DEL

LIBRO SEXTO.

Instalacion de la Junta central en Aranjuez, 25 de setiembre. — Número de individuos. — Su composicion. — Floridablanca. — Jovellanos. — Diversos partidos de la central. — Su instalacion celebrada en las provincias. — Contestacion con el Consejo. — Dictámen de Jovellanos. — Forma interior de la central. — Don Manuel Quintana. — Primeras providencias y decretos de la central. — Su manifiesto en 10 de noviembre. — Distribucion de los ejércitos. — Su marcha. — Marcha del de Galicia. — Ocupa á Bilbao. — Marcha del de Asturias. — Cuesta. — Su conducta. — Le sucedieron Eguía y Pignatelli. — Marcha de Llamas. — Detencion de Castaños en Madrid. — Su salida. — Plan concertado con Palafox. — Situacion del ejército del centro y del de Aragon. — Fuerza de los ejércitos españoles. — Situacion de José y del ejército francés. — Exposicion de sus ministros. — Fuerza del ejército francés. — Movimiento de los españoles. — Accion de Lerin, 26 de octubre. — Retirada de los castellanos de Logroño. — Arreglo que en su ejército hace el general Castaños. — Se sitúa en Cintruénigo y Calahorra. — Napoleon. — Su mensaje al senado. — Leva de nuestras tropas. — Conferencias de Erfurth. — Correspondencia con el gobierno inglés. — Fin de la correspondencia. — Discurso de Napoleon al cuerpo legislativo. —

Fuerza y division del ejército francés. — Cruza Napoleon el Bidasoa.— Accion de Zornoza, 31 de octubre. — De Balmaseda, 4 de noviembre. — Reconocimiento hácia Güeñes en 7 de noviembre. — Batalla de Espinosa, 10 y 11 de noviembre. — Disposiciones de Napoleon. —Accion de Burgos, 10 de noviembre. — Revuelve Soult contra Blake. — Diversas direcciones de los mariscales franceses. — Entrada en Burgos de Napoleon. — Su decreto de 12 de noviembre.—Ejército inglés. —Ejército del centro. — Don Francisco Palafox enviado por la central. — Diversos planes. — Marcha Lannes contra dicho ejército. — Repliégase Castaños. —Batalla de Tudela, 23 de noviembre. —Retirada del ejército. — Su llegada á Sigüenza. — La Peña general en jefe. — San Juan en Somosierra. —Pasan los franceses el puerto. — Situacion de la central. — Cartas de los ministros de José. — Abandona la central á Aranjuez. —Situacion de Madrid. — Muerte del marqués de Perales. — Napoleon delante de Madrid. — Ataque de Madrid. — Conferencia de Morla con Napoleon. —Capitulacion. —Fáltase á la capitulacion.—Decretos de Napoleon en Chamartin. — Españoles llevados á Francia.— Visita Napoleon el palacio real. — Su inquietud. — Contestacion al corregidor de Madrid. — Juramento exigido de los vecinos. — Van los mariscales franceses en persecucion de los españoles. — Total dispersion del ejército de San Juan. — Muerte cruel de este general.— Ejército del centro: sus marchas y retirada á Cuenca. — Rebelion del oficial Santiago. —Nómbrase por general en jefe al duque del Infantado. — Conde de Alacha. — Su retirada gloriosa. —La Mancha. — Toledo. — Muertes violentas. — Villacañas. — Sierramorena. — Juntas de los cuatro reinos de Andalucía. — Camposagrado. — Marqués del Palacio. —Marchan los franceses á Extremadura: estado de la provincia.—Excesos. — General Galluzo. — Su retirada. — Continúa la central su viaje. — Sus providencias. — Sucede Cuesta á Galluzo. — Llega á Sevilla la central en 17 de diciembre. — Muerte de Floridablanca. — Situacion penosa de la central. — Sus esperanzas.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

LIBRO SEXTO.

No resueltas las dudas que se habian suscitado sobre el lugar mas conveniente para la reunion de un gobierno central, tocábase ya al deseado momento de su instalacion, y aun subsistia la misma y penosa incertidumbre. Los mas se inclinaban al dictámen de la junta de Sevilla, que habia al efecto señalado á Ciudad-Real, ó cualquiera otro paraje que no fuese la capital de la monarquía, sometida segun pensaba al pernicioso influjo del Consejo y sus allegados. El haberse en Aranjuez incorporado á los diputados de dicha junta los de otras varias, puso término á las dificultades, obligando á los que permanecian en Madrid vacilantes en su opinion, á conformarse con la de sus compañeros, declarada por la celebracion en aquel sitio de las primeras sesiones. Antes de abrirse estas y juntos unos y otros tuvieron conferen-

cias preparatorias, en las que se examinaron y aprobaron los poderes, y se resolvieron ciertos puntos de etiqueta ó ceremonial.

Instalacion de la Junta central en Aranjuez. 25 de setiembre.

Por fin el 25 de setiembre en Aranjuez y en su real palacio instalóse solemnemente el nuevo gobierno, bajo la denominacion de Junta suprema central gubernativa del reino. * Compuesta entonces de 24 individuos creció en breve su número, y se contaron hasta 35 nombrados en su mayor parte por las juntas de provincia, erigidas al alzarse la nacion en mayo. De cada una vinieron dos diputados. Otros tantos envió Toledo sin estar en igual caso, y lo mismo Madrid y reino de Navarra. De Canarias solo acudió uno á representar sus islas. Fué elegido presidente el conde de Floridablanca, diputado por Murcia, y secretario general don Martin de Garay, que lo era por Extremadura.

(*Ap. n. 1.)

Número de individuos.

Su composicion.

Los vocales pertenecian á honrosas y principales clases del estado, contándose entre ellos eclesiásticos elevados en dignidad, cinco grandes de España, varios títulos de Castilla, antiguos ministros y otros empleados civiles y militares. Sin embargo cási todos antes de la insurreccion eran como repúblicos, desconocidos en el reino, fuera de don Antonio Valdés, del conde de Floridablanca y de don Gaspar Melchor de Jovellanos. El primero, muchos años ministro de Marina, mereció, al lado de leves defectos, justas alabanzas por lo mucho que en su tiempo se mejoró y acrecentó la armada y sus dependencias. Los otros dos de fama mas esclarecida requieren de nuestra pluma particular mencion, por lo que harémos de sus personas un breve y fiel traslado.

Floridablanca.

A los ochenta años cumplidos de su edad don José Moñino, conde de Floridablanca, aunque trabajado por la vejez y achaques, conservaba despejada su razon y bastante fortaleza para sostener las máximas que le habian guiado en

su largo y señalado ministerio. De familia humilde de Hellin, en Murcia, por su aplicacion y saber habia ascendido á los mas eminentes puestos del estado. Fiscal del Consejo real, y en union con su ilustre compañero el conde de Campomanes, habia defendido atinada y esforzadamente las regalías de la corona contra los desmanes del clero y desmedidas pretensiones de la curia romana. Por sus doctrinas y por haber cooperado á la expulsion de los jesuitas se le honró con el cargo de embajador cerca de la Santa Sede, en donde contribuyó á que se diese el breve de supresion de la tan nombrada sociedad, y al arreglo de otros asuntos igualmente importantes. Llamado en 1777 al ministerio de Estado, y encargado á veces del despacho de otras secretarías, fué desde entonces hasta la muerte de Cárlos III, ocurrida en 1788, árbitro, por decirlo así, de la suerte de la monarquía. Con dificultad habrá ministro á un tiempo mas ensalzado ni mas deprimido. Hombre de capacidad, entero, atento al desempeño de su obligacion, fomentó en lo interior cási todos los ramos, construyó caminos, y erigió varios establecimientos de pública utilidad. Fuera de España, si bien empeñado en la guerra impolítica y ruinosa de la independencia de los Estados-Unidos, emprendida segun parece mal de su grado, mostró á la faz de Europa impensadas y respetables fuerzas, y supo sostener entre las demás la dignidad de la nacion. Censurósele y con justa causa el haber introducido una policía suspicaz y perturbadora, como tambien sobrada aficion á persecuciones, cohonestando con la razon de estado tropelías, hijas las mas veces del deseo de satisfacer agravios personales. Quizá los obstáculos que la ignorancia oponia á medidas saludables irritaban su ánimo poco sufrido: ninguna de ellas fué mas tachada que la junta llamada de Estado, y por la que los ministros debian de comun acuerdo resolver las providencias generales y otras deter-

minadas materias. Atribuyósele á prurito de querer entrometerse en todo y decidir con predominio. Sin embargo la medida en sí y los motivos en que la fundó, no solo le justificaban, sino que tambien por ella sola se le podria haber calificado de práctico y entendido estadista. Despues del fallecimiento de Cárlos III continuó en su ministerio hasta el año de 1792. Arredrado entonces con la revolucion francesa, y agriado por escritos satíricos contra su persona, propendió aun mas á la arbitrariedad á que ya era tan inclinado. Pero ni esto, ni el conocimiento que tenia de la corte y sus manejos, le valieron para no ser prontamente abatido por don Manuel Godoy, aquel coloso de la privanza régia, cuyo engrandecimiento, aunque disimulaba, veia Floridablanca con recelo y aversion. Desgraciado en 1792, y encerrado en la ciudadela de Pamplona, consiguió al cabo que se le dejase vivir tranquilo y retirado en la ciudad de Murcia. Allí estaba en el mayo de la insurreccion, y noblemente respondió al llamamiento que se le hizo, siendo falsas las protestas que la malignidad inventó en su nombre. Afecto en su ministerio á ensanchar mas y mas los límites de la potestad real rompiendo cuantas barreras quisieran oponérsele, habia crecido con la edad el amor á semejantes máximas, y quiso como individuo de la central que sirviesen de norte al nuevo gobierno, sin reparar en las mudanzas ocasionadas por el tiempo, y en las que reclamaban escabrosas circunstancias.

Jovellanos.

Atento á ellas y formado en muy diversa escuela, seguia en su conducta la vereda opuesta don Gaspar Melchor de Jovellanos, concordando sus opiniones con las mas modernas y acreditadas. Desde muy mozo habia sido nombrado magistrado de la audiencia de Sevilla: ascendiendo despues á alcalde de casa y corte y á consejero de Órdenes, desempeñó estos cargos y otros no menos importantes con in-

tegridad, celo y atinada ilustracion. Elevado en 1797 al ministerio de Gracia y Justicia, y no pudiendo su inflexible honradez acomodarse á la corrompida corte de María Luisa, recibió bien pronto su exoneracion. Motivóla con particularidad el haber procurado alejar de todo favor é influjo á don Manuel Godoy, con quien no se avenia ningun plan bien concertado de pública felicidad. Quiso al intento aprovecharse de una coyuntura en que la reina se creia desairada y ofendida. Mas la ciega pasion de esta, despertada de nuevo con el artificioso y reiterado obsequio de su favorito, no solo preservó al último de fatal desgracia, sino que causó la del ministro y sus amigos. Desterrado primero á Jijon, pueblo de su naturaleza, confinado despues en la cartuja de Mallorca, y al fin atropelladamente y con crueldad encerrado en el castillo de Bellver de la misma isla, sobrellevó tan horrorosa y atroz persecucion con la serenidad y firmeza del justo. Libertóle de su larga cautividad el levantamiento de Aranjuez, y ya hemos visto cuán dignamente al salir de ella desechó las propuestas del gobierno intruso, por cuyo noble porte y sublime y reconocido mérito le eligió Asturias para que fuese en la central uno de sus dos representantes. Escritor sobresaliente y sobre todo armonioso y elocuentísimo, dió á luz como literato y como publicista obras selectas, siendo en España las que escribió en prosa de las mejores, si no las primeras de su tiempo. Protector ilustrado de las ciencias y de las letras, fomentó con esmero la educacion de la juventud, y echó en su Instituto asturiano, de que fué fundador, los cimientos de una buena y arreglada enseñanza. En su persona y en el trato privado ofrecia la imágen que nos tenemos formada de la pundonorosa dignidad y apostura de un español del siglo XVI, unida al saber y exquisito gusto del nuestro. Achacábanle aficion á la nobleza y sus distinciones; pero

sobre no ser extraño en un hombre de su edad y nacido en aquella clase, justo es decir que no procedia de vano orgullo ni de pueril apego al blason de su casa, sino de la persuasion en que estaba de ser útil y aun necesario en una monarquía moderada el establecimiento de un poder intermedio entre el monarca y el pueblo. Así estuvo siempre por la opinion de una representacion nacional dividida en dos cámaras. Suave de condicion, pero demasiadamente tenaz en sus propósitos, á duras penas se le desviaba de lo una vez resuelto, al paso que de ánimo candoroso y recto solia ser sorprendido y engañado, defecto propio del varon excelente, que (como decia * Ciceron, su autor predilecto) « dificilísimamente cae en sospecha de la perversidad de los » otros. » Tal fué Jovellanos, cuya nombradía resplandecerá y aun descollará entre las de los hombres mas célebres que han honrado á España.

(* Ap. n. 2.)

Fija de antemano la atencion nacional en los dos respetables varones de que acabamos de hablar, siguieron los individuos de la central el impulso de la opinion, arrimándose los mas á uno ú á otro de dichos dos vocales. Pero como estos entre sí disentian, dividiéronse los pareceres, prevaleciendo en un principio y por lo general el de Floridablanda. Con su muerte y las desgracias no dejó mas adelante de triunfar á veces el de Jovellanos, ayudado de don Martin de Garay, cuyas luces naturales, fácil despacho y práctica de negocios le dieron sumo poder é influjo en las deliberaciones de la Junta.

Diversos partidos en la central.

Pero á uno y otro partido de los dos, si así pueden llamarse, en que se dividió la central, faltábales actividad y presteza en las resoluciones. Floridablanca anciano y doliente, Jovellanos entrado tambien en años y con males, avezados ambos á la regularidad y pausa de nuestro gobierno, no podian sobreponerse á la costumbre y á los hábitos

en que se habian criado y envejecido. Su autoridad llevaba en pos de sí á los demas centrales, hombres en su mayoría de probidad, pero escasos de sobresalientes ó notables prendas. Dos ó tres mas arrojados ó atrevidos entre los que sonaba don Lorenzo Calvo de Rozas, acreditado en el sitio de Zaragoza, querian en vano sacar á la Junta de su sosegado paso. No era dado á su corto número ni á su anterior y cási desconocido nombre vencer los obstáculos que se oponian á sus miras.

Así fué que en los primeros meses siguiendo la central en materias políticas el dictámen de Floridablanca, y no asistiéndole ni á él ni á Jovellanos para las militares y económicas el vigor y pronta diligencia que la apretada situacion de España exigia, con lástima se vió que el nuevo gobierno obrando con lentitud y tibieza en la defensa de la patria, y ocupándose en pormenores, recejaba en lo civil y gubernativo á tiempos añejos y de aciaga recordacion.

Su instalacion celebrada en las provincias.

Mas antes y al saber en las provincias su instalacion, fué celebrada esta con general aplauso y desoidas las quejas en que prorumpieron algunas juntas, señaladamente las de Sevilla y Valencia: las cuales pesarosas de ir á ménos en su poder habian intentado convertir los diputados de la central en meros agentes sometidos á su voluntad y capricho, dándoles facultades coartadas. Pasóse pues por encima de las instrucciones que aquellas habian dado, arreglándose á lo que prevenian los poderes de otras juntas, y segun los que se creaba una verdadera autoridad soberana é independiente, y no un cuerpo subalterno y encadenado. Y si en ello pudo haber algun desvío de legitimidad, el bien y union del reino reclamaban que se tomase aquel rumbo, si no se queria que cada provincia prosiguiese gobernándose separadamente y á su antojo.

Tampoco faltaron como era de temer desavenencias con

Contestacion con el Consejo.

el Consejo real. En 26 de setiembre le habia dado cuenta la Junta central de su instalacion, previniéndole que prestado que hubiesen sus individuos el juramento debido, expidiese las cédulas, órdenes y provisiones competentes para que obedeciesen y se sujetasen á la nueva autoridad todas las de la monarquía. Por aquel paso, desaprobado de muchos, persuadido tal vez el Consejo de que la Junta habia menester su apoyo para ser reconocida en el reino, cobró aliento, y despues de dilatar una contestacion clara y formal, al cabo envió el 30 con el juramento pedido una exposicion de sus fiscales, en la que estos se oponian á que se prestase dicho juramento, reclamando el uso y costumbres antiguas. Aunque el Consejo no habia seguido el parecer fiscal, le remitió no obstante á la Junta acompañado de sus propias meditaciones, dirigidas principalmente á que se adoptasen las tres siguientes medidas: 1.ª Reducir el número de vocales de la central, por ser el actual contrario á la Ley 3ª, Partida 2ª, título 15, en que hablándose de las minoridades en los casos en que el rey difunto no hubiese nombrado tutores, dice: «que los guardadores » deben ser uno ó tres, ó cinco e non mas. » 2.ª La extincion de las juntas provinciales: y 3.ª La convocacion de Córtes conforme al decreto dado por Fernando VII en Bayona.

Justas como á primera vista parecian estas peticiones, no solo no eran por entonces hacederas, sino que procediendo de un cuerpo tan desopinado como lo estaba el Consejo, achacáronse á odio y despique contra las autoridades populares nacidas de la insurreccion. Sobre los generales y conocidos motivos, otros particulares al caso contribuyeron á dar mayor valor á semejante interpretacion: pues en cuanto al primer punto el Consejo, que ahora juzgaba ser harto numerosa la Junta central, habia en agosto provocado á los presidentes de las de provincia para que, * « no siendo posi-

(* Ap. n. 3.)

» ble adoptar de pronto en circunstancias tan extraordina-
» rias los medios que designaban las leyes y las costumbres
» nacionales...., diputasen personas de su mayor confianza,
» que reuniéndose á las nombradas por las juntas estableci-
» das en las demas provincias y al Consejo, pudiesen confe-
» renciar... de manera que, partiendo todas las providencias
» y disposiciones de este centro comun, fuese tan expedito
» como conveniente el efecto. » Por lo cual si se hubiera condescendido con la voluntad del Consejo, léjos de ser ménos en número los individuos de la central, se hubiera esta engrosado con todos los magistrados de aquel cuerpo. Ademas la citada ley de Partida en que estribaba la opinion para reducir los centrales y la formacion de regencia, puede decirse que nunca fué cumplida, empezando por la misma minoridad de don Fernando IV, el Emplazado, nieto del legislador que promulgó la ley, y acabando en la de Cárlos II de Austria. La otra peticion del Consejo de suprimir las juntas provinciales, pareció sobradamente desacordada. Perjudicial la conservacion de estas en tiempos pacíficos y serenos, no era todavía ocasion de abolirlas permaneciendo el enemigo dentro del reino, y solo sí de deslindar sus facultades y limitarlas. Tampoco agradó, aunque en apariencia lisonjera, la 3ª peticion de convocar la representacion nacional. Dudábase de la buena fé con que se hacia la propuesta; habiéndose constantemente mostrado el Consejo hosco y espantadizo á solo el nombre de Córtes, sin contar con que se requeria mas espacio para convenir en el modo de su llamamiento, conforme á las mudanzas acaecidas en la monarquía. Las insinuaciones del Consejo se llevaron pues tan á mal, que intimidado no insistió por entonces en su empeño.

Coincidia sin embargo hasta cierto punto con su dictámen el de algunos individuos de la central, y de los mas

Dictámen de Jovellanos.

ilustrados, entre ellos el de Jovellanos. Desde el dia de la instalacion y reuniéndose á puerta cerrada mañana y noche, fué uno de los primeros acuerdos de la Junta nombrar una comision de 5 vocales que hiciese su reglamento interior. En ella provocó Jovellanos como medida prévia, tratar de la institucion y forma del nuevo gobierno. No asintiendo los otros á su parecer, le reprodujo el 7 de octubre en el seno de la misma Junta, pidiendo que se anunciase inmediatamente « á la nacion que seria reunida en Córtes luego » que el enemigo hubiese abandonado nuestro territorio, y » si esto no se verificase antes, para el octubre de 1810; » que desde luego se formase una regencia interina en el » dia 1° del año inmediato de 1809; que instalada la re- » gencia quedasen existentes la Junta central y las provin- » ciales; pero reduciendo el número de vocales en aquella » á la mitad, en estas á 4, y unas y otras sin mando ni » autoridad, y solo en calidad de auxiliares del gobier- » no. » Este dictámen, aunque justamente apreciado, no fué admitido, suspendiéndose para mas adelante su resolucion. Creian unos que era mas urgente ocuparse en medidas de guerra que en las políticas y de gobierno, y á otros pesábales bajar del puesto á que se veian elevados. Era tambien dificultoso agradar á las provincias en la eleccion de regencia: esta solamente habia de constar de 3 ó 5 individuos, y no siendo por tanto dado á todas ellas tener en su seno un representante, hubieran nacido de su formacion quejas y desabrimientos. Ademas el gobierno electivo y limitado de la regencia, sin el apoyo de otro cuerpo mas numeroso y que deliberase en público como el de las Córtes, no hubiera probablemente podido resistir á los embates de la opinion tan varia y suspicaz en medio de agitaciones y revueltas. Y la convocacion de aquellas, segun hemos insinuado, pedia mas desahogo y prévia meditacion: por

cuyas causas y la premura de los tiempos continuó la Junta central en todo el goce y poderío de la autoridad soberana.

Forma interior de la central.

En su virtud y para el mejor y mas pronto despacho de los negocios, arregló su forma interior, y se dividió en otras tantas secciones cuantos ministerios habia en España, á saber: Estado, Gracia y Justicia, Guerra, Marina y Hacienda, resolviendo en sesiones plenas las providencias que aquellas proponian. Y para reducir su accion á unidad, se creó una secretaría general, á cuya cabeza se puso al célebre literato y buen patriota don Manuel Quintana: eleccion que á veces sirvió al crédito de la central, pues valiéndose de su pluma para proclamas y manifiestos, medía la muchedumbre por la dignidad del lenguaje las ideas y providencias del gobierno.

Don Manuel Quintana.

Primeras providencias y decretos de la central.

Desgraciadamente estas no correspondieron á aquel durante los primeros meses. Por de pronto y antes de todo ocupáronse los centrales en honores y condecoraciones. Al presidente se le dió el tratamiento de Alteza, á los demas vocales el de Excelencia, reservándose el de Magestad á la Junta en cuerpo. Adornaron sus pechos con una placa que representaba ambos mundos, se señalaron el sueldo de 120,000 reales, é incurrieron por consiguiente en los mismos deslices que las juntas de provincia, sin ser ya iguales las circunstancias.

No desdijeron otros decretos de estos primeros y desacertados. Mandóse suspender la venta de manos muertas, y aun se pensó en anular los contratos de las hechas anteriormente. Permitióse á los ex-jesuitas volver á España en calidad de particulares. Restableciéronse las antiguas trabas de la imprenta, y se nombró inquisidor general; y afligiendo y contristando así á los hombres ilustrados, la Junta ni contentó ni halagó al clero, sobradamente avisado para conocer lo inoportuno de semejantes providencias.

Por otra parte tampoco acallaba las hablillas y disgusto, que aquellas promovian, con las que tomaba en lo económico y militar. Verdad es que si algun tanto dependia su inaccion de las vanas ocupaciones en que se entretenia, gran parte tuvo tambien en ella el estado lastimoso de la nacion, la cual, habiendo hecho un extraordinario esfuerzo ya cási exhausta al levantarse en mayo, acabó de agotar sus recursos para hacer rostro á las urgentes necesidades del momento. Y la administracion pública de antemano desordenada, desquiciándose del todo con el gran sacudimiento, yacia por tierra. Reconstruirla era obra mas larga y no propia de un gobierno como la central, cuya forma si bien imposible ó difícil de mejorarse entonces, no por eso dejaba de ser viciosísima y monstruosa: puesto que cuerpo sobradamente numeroso como potestad ejecutiva, resolvia lentamente por lo detenido y embarazoso de sus deliberaciones; y escaso de vocales para ejercer la legislativa, ni podian ilustrarse suficientemente las materias, ni buscar luces ni arrimo en la opinion, teniendo que ser secretas sus discusiones por la índole de su institucion misma.

Su manifiesto en 10 de noviembre.

Trató no obstante la central, aunque perezosamente, de bienquistarse con la nacion, circulando en 10 de noviembre un manifiesto que llevaba la fecha de 26 de octubre, y en el que con maestría se trazaba el cuadro del estado de cosas y la conducta que la Junta seguiria en su gobierno. No solamente mencionaba en su contenido los remedios prontos y vigorosos que era necesario adoptar, no solo trataba de mantener para la defensa de la patria 500000 infantes y 50000 caballos, sino que tambien daba esperanza de que se mejorarian para lo venidero nuestras instituciones. Si este papel se hubiera esparcido con anticipacion, y sobre todo si los hechos se hubieran conformado con las palabras, asombroso y fundado hubiera sido el concepto de la Junta

central. Mas habia corrido el mes de octubre, entrado noviembre, comenzado las desgracias, y no por eso se veia que los ejércitos se proveyesen y aumentasen.

Distribucion de los ejércitos.

Estos habian sido divididos por decreto suyo en 4 grandes y diversos cuerpos. 1.º Ejército de la izquierda, que debia constar del de Galicia, Asturias, tropas venidas de Dinamarca, y de la gente que se pudiera allegar de las montañas de Santander y país que recorriese. 2.º Ejército de Cataluña, compuesto de tropas y gente de aquel principado, de las divisiones desembarcadas de Portugal y Mallorca, y de las que enviaron Granada, Aragon y Valencia. 3.º Ejército del centro, que debia comprender las 4 divisiones de Andalucía y las de Castilla y Extremadura con las de Valencia y Murcia, que habian entrado en Madrid con el general Llamas. Tambien habia esperanzas de que obrasen por aquel lado los ingleses, en caso de que se determinasen á avanzar hácia la frontera de Francia. 4.º Ejército de reserva, compuesto de las tropas de Aragon y de las que durante el sitio de Zaragoza se les habian agregado de Valencia y otras partes. Nombróse tambien una junta general de guerra, y presidente de ella al general Castaños, aunque por entonces debia seguir al ejército. Mas estas providencias no tuvieron entero y cumplido efecto, impidiéndolo en parte otras disposiciones, y los contratiempos y desastres que sobrevinieron, en cuya relacion vamos á entrar.

Su marcha.

Ya antes de la instalacion de la central y en el consejo militar celebrado en Madrid en 5 de setiembre, de que hicimos mencion, se habia acordado, que al paso que el general Llamas con las tropas de Valencia y Murcia marchase á Calahorra, y Castaños con las de Andalucía á Soria, se arrimaran Cuesta y las de Castilla al Burgo de Osma, y Palafox con las suyas á Sangüesa y orillas del rio Aragon; recomendando ademas á Galluzo, que mandaba las de Extremadura,

el ir á unirse á las que se encaminaban al Ebro. Blake por su lado debia avanzar con los gallegos y asturianos hácia Burgos y provincias Vascongadas. Descabellado como era el plan, desparramando sin órden en varios puntos y en una línea extendida, escasas, mal disciplinadas y peor provistas tropas, se procedió despacio en su ejecucion, no habiéndose nunca del todo realizado. Nuevas disputas y pasiones contribuyeron á ello, y principalmente lo mal entendido y combinado del mismo plan, falta de recursos, desórden en la distribucion, y aquella lentitud característica, al parecer, de la nacion española, y de la que, segun el gran Bacon, habia ya en su tiempo nacido el proverbio, * « *me » venga la muerte de España*, porque vendria tarde. »

(* Ap. n. 4.)

Marcha del de Galicia.

Con todo, el ejército de Galicia despues de la rota de Rioseco, habiéndose algun tanto organizado en Manzanal y Astorga, emprendió su marcha á las órdenes de su general don Joaquin Blake en los últimos dias de agosto, y dividido en 3 columnas se dirigió por la falda meridional de la cordillera que separa á Leon y á Burgos de Asturias y Santander. Al promediar el mes se hallaban las 3 columnas en Villarcayo, punto que se tuvo por acomodado y central para posteriores operaciones. Ascendia su número á 22728 infantes y 400 caballos distribuidos en 4 divisiones. La 4ª, al mando del marqués de Portago, se movió la vuelta de Bilbao para asegurar la comunicacion con aquella costa, y esperando sorprender á los franceses. Mas avisados estos por los tiros indiscretos de una avanzada española, pudieron con corta pérdida retirarse y desocupar la villa. No la guardaron mucho tiempo nuestras tropas, porque revolviendo sobre ellas con refuerzo el mariscal Ney, recien llegado de Francia, obligó á Portago á recogerse por Balmaseda sobre la Nava. Insistió dias despues el general Blake en recuperar á Bilbao, y acudiendo en persona con supe-

Ocupa á Bilbao.

riores fuerzas, necesario le fué al general francés Merlin evacuar de nuevo dicha villa en la noche del 11 de octubre.

Marcha del de Asturias.

En el mismo dia y ocupando á Quincoces orilla izquierda del Ebro, se incorporaron al ejército de Galicia las tropas de Asturias, capitaneadas por don Vicente María de Acevedo. Habia este sucedido en el mando, desde 28 de junio, al marqués de Santa Cruz de Marcenado, á cuyo patriotismo é instruccion no acompañaban las raras prendas que pide la formacion de un ejército nuevo y allegadizo. El Acevedo militar antiguo, firme y severo, y adornado de luces naturales y adquiridas, habia conseguido disciplinar bastantemente 8000 hombres, con los que resolvió salir á campaña. Iban en 2 trozos, uno lo regia don Cayetano Valdés, otro don Gregorio Quirós. Jefe de escuadra el primero, le vimos en Mahon mandando á principios de año la fuerza naval surta en aquel puerto, y ya antes la nacion le habia distinguido y colocado entre sus mejores y mas arrojados marinos. Al ruido del alzamiento de Asturias habia acudido á esta provincia, cuna de su familia. El segundo, natural de ella y oficial de guardias españolas, era justamente tenido por hombre activo, inteligente y bizarro. Unidas pues las tropas de Asturias y Galicia concertaron sus movimientos, y el 25 de octubre se situó el general Blake con parte de ellas entre Zornoza y Durango.

Cuesta, su conducta.

Al propio tiempo don Gregorio de la Cuesta antes que en cumplir lo acordado en 5 de setiembre en Madrid, pensó en satisfacer sus venganzas. Referimos cómo de vuelta de la capital habia detenido y preso en el alcázar de Segovia á los diputados de Leon don Antonio Valdés y vizconde de Quintanilla. Adelante con su propósito queria juzgarlos como rebeldes á su autoridad en consejo militar, escogiendo para fiscal de la causa al conde de Cartaojal. Dispuso tambien que la ciudad de Valladolid nombrase en su lugar

otros dos vocales por Castilla, con lo que hubieron de aumentarse los choques y la confusion. Felizmente no halló Cuesta abrigo en la opinion, y desaprobando la central su conducta, le mandó comparecer en Aranjuez, y previno á Cartaojal que soltase los presos. Obedecieron ambos, y puesto el ejército de Castilla bajo las órdenes de su segundo jefe don Francisco Eguía, se acercó á Logroño en donde definitivamente le sucedió y tomó el mando don Juan Pignatelli. Mas estas mudanzas y trasiego de jefes menguó y desconcertó la tropa castellana, llena sí de entusiasmo y ardor, pero bisoña y poco arreglada. Su número no pasaba de 8000 hombres con pocos caballos.

Le suceden Eguía y Pignatelli.

Por su parte y deseoso de poner en práctica el plan resuelto, partió de Madrid el primero de todos y en setiembre don Pedro Gonzalez de Llamas. Mandaba á los valencianos y murcianos con que habia entrado en la capital, y salió de ella con unos 4500 hombres infantes y jinetes. Enderezó su marcha á Alfaro, orilla derecha de Ebro, y situó en primeros de octubre su cuartel general en Tudela. Siguiéronle de cerca la 2ª y 4ª division de Andalucía regidas ambas por el general don Manuel de la Peña, y cuya fuerza ascendia á 10000 hombres. Castaños permaneció en Madrid, y no faltaba quien motejase su tardanza, en la que tuvieron principal parte manejos y tramas del Consejo, y celos, piques y desavenencias de la junta de Sevilla.

Marcha de Llamas.

Dijeron algunos que tambien se detenia, esperanzado en que la central le nombraria generalísimo, en remuneracion de lo que habia trabajado por instalarla. Apoyaban la conveniencia de semejante medida sir Cárlos Stuard, que de Galicia habia venido á Madrid y Aranjuez, y lord William Bentinck, enviado desde Portugal por el general Dalrymple para concertarse con Castaños acerca de las operaciones militares. El pensamiento era sin duda útil para la union

Detencion de Castaños en Madrid.

y conformidad en la direccion de los ejércitos; pero á su cumplimiento se oponian las rivalidades de otros generales, las que reinaban dentro de la misma Junta central y el temor de que no tuviese Castaños la actividad y firmeza que aquellos tiempos requerian.

Salió este al fin de Madrid el 8 de octubre, y el 17 llegó á Tudela. Convidado por Palafox pasó á Zaragoza, y allí acordaron el 20, como continuacion de lo antes resuelto, que el ejército del centro con el de Aragon amenazase á Pamplona, poniéndose una division á espaldas de esta plaza al mismo tiempo que el de Blake, á quien se enviaria aviso, marchase por la costa á cortar la comunicacion con Francia.

Su salida.

Plan concertado con Palafox.

Al último le dejamos entre Zornoza y Durango; los dos primeros, ó sea mas bien la parte de ellos que se habia acercado al Ebro, estaba por entonces así distribuida. A Logroño le ocupaban los 8000 castellanos al mando de su general don Juan de Pignatelli; á Lodosa don Pedro Grimarest con la 2ª division de Andalucía, estando la 4ª á las órdenes de don Manuel de la Peña en Calahorra, y siendo ambas de 10000 hombres, segun queda dicho. Los 4500 valencianos y murcianos permanecian situados en Tudela y á su frente don Pedro Roca, sucesor de Llamas, encargado de otro puesto cerca del gobierno supremo. Del ejército de Aragon habia en Sangüesa 8000 hombres, que regia don Juan O-neil, enviado de Valencia con un corto refuerzo, y á su retaguardia en Ejea otros 5000 al mando de don Felipe Saint-March. Con tan contadas fuerzas y en línea tan dilatada, juzgaron los prudentes y entendidos ser desacertado el plan convenido en Zaragoza para tomar la ofensiva; puesto que el total de soldados españoles, avanzados á mediados de octubre hasta Vizcaya y orillas de Ebro, no llegaba á 70000 hombres, teniendo Blake 30000 asturianos y ga-

Fuerza de los ejércitos españoles.

llegos (los de Romana todavía no estaban incorporados), y Castaños unos 36000 entre castellanos, andaluces, valencianos, murcianos y aragoneses. Parecerá tanto mas arreglado á la razon aquel dictámen, si volviendo la vista al enemigo examinamos su estado, su número, su posicion.

Situacion de José y del ejército francés.

José Bonaparte, despues de haber salido de Madrid, habia permanecido en los lindes de la provincia de Burgos ó en Vitoria. Allí se entretuvo en dar algunos decretos, en trazar marchas y expediciones que no tuvieron cumplido efecto, y en crear una órden militar. Sus ministros, apremiados por las circunstancias presentaron un escrito en el que * « exponiendo que el interes de España exigia no confundir » su buena armonía y amistad para con la Francia, con su » cooperacion á los fines y planes de mayor extension en » que se hallaba empeñado el jefe de ella.....» indicaban que..... «convenia poder anunciar á la nacion que, aunque » gobernada por el hermano del emperador conforme á los » tratados de Bayona, fuese libre de ajustar una paz separa- » da con la Inglaterra..... que esto calmaria las fundadas » zozobras sobre las posesiones de América..... etc., etc.» El escrito se creyó digno de ser presentado á Napoleon, y para llevarle y apoyarle de palabra fueron en persona á Paris los ministros Azanza y Urquijo. Por loables que fuesen las intenciones de los que escribieron la exposicion, no se hace creible dieran aquel paso con probabilidad de buen éxito conociendo á Napoleon y su política, ó si tal pensaron, forzoso es decir que andaban harto desalumbrados. Mas el emperador de los franceses no paró mientes en los discursos de los ministros españoles de José, y solo se ocupó en mejorar y reforzar su ejército.

Exposicion de sus ministros. (* Ap. n. 5.)

Este en los primeros tiempos de su retirada habia caido en gran desánimo, y los mas de sus soldados, excepto los del mariscal Bessieres, iban al Ebro cási sin órden ni for-

macion. Perseguidos entonces á inquietados, fácilmente hubieran sido del todo desranchados y dispersos, ó por lo menos no se hubieran detenido hasta pisar tierra de Francia; pero los españoles descansando sobre los laureles adquiridos, flojos, escasos tambien de recursos, les dieron espacio para repararse. Así fué que los franceses ya mas serenos y engrosados con gente de refresco, se distribuyeron en 3 grandes cuerpos, el del centro mandado por el mariscal Ney, que ya dijimos acababa de llegar de Francia, y los de la izquierda y derecha gobernados cada uno por los mariscales Moncey y Bessieres. Habia ademas una reserva compuesta en parte de soldados de la guardia imperial, y en donde estaba José con el mariscal Jourdan, su mayor general, enviado de Paris últimamente para desempeñar aquel cargo. De suerte que todos juntos componian una masa compacta de mas de 50000 combatientes, entre ellos 11000 de caballería, con la particular ventaja de estar reconcentrados y prontos á acudir por el radio á cualquier punto que fuese acometido, cuando los nuestros para darse la mano tenian que recorrer la extendida y prolongada curva que formaban en torno de los enemigos, quienes sin contar con los de Cataluña y guarniciones de Pamplona y San Sebastian, estaban tambien respaldados por fuerzas que mandaba en Bayona el general Drouet, y con la confianza de recibir de su propio país por la inmediacion todo género de prontos y eficaces auxilios.

Fuerza del ejército francés.

A pesar de eso y de aumentarse sus filas cada dia con nuevas tropas, manteníanse los franceses quietos y sobre la defensiva, á tiempo que los españoles trataron de ejecutar el plan adoptado en Zaragoza. Era el 27 de octubre el señalado para dar comienzo á la empresa; mas dias antes ya habian los nuestros con su impaciencia movídose por su frente. Los castellanos desde Logroño, sentado á la már-

Movimiento de los españoles.

gen derecha del Ebro, cruzando á la opuesta, se habian adelantado á Viana, y Grimarest extendídose desde Lodosa á Lerin. Los aragoneses por el lado de Sangüesa tambien avanzaron acompañados de muchos paisanos. Y tan grande fué el número de estos, que Moncey sobresaltado dió cuenta á José, quien destacó del cuerpo de Bessieres 2 divisiones para reforzar las tropas que estaban por la parte de Aragon y Navarra.

El 20 de octubre mandó el general Grimarest á don Juan de la Cruz Mourgeon ocupar á Lerin con los tiradores de Cádiz, una compañía de voluntarios catalanes y unos cuantos caballos. Para apoyarle quedaron en Carcar y Sesma otros destacamentos. Cruz tenia órden de retirarse si le atacaban superiores fuerzas, y habiendo expuesto lo difícil de ejecutar dicha órden caso de que el enemigo se posesionase con su caballería de un llano que se extiende de Lerin camino de Lodosa, le ofreció Grimarest sostenerle con oportuno socorro.

Accion de Lerin, 26 de octubre.

Cruz en cumplimiento de lo que se le mandaba fortificó segun pudo el convento de Capuchinos y el palacio, cuyo edificio habia de ser su último refugio. No tardó en saber que iba á ser atacado, y de ello dió aviso el 25 al general Grimarest. En efecto en la madrugada del 26 le acometieron los enemigos valerosamente rechazados por sus tropas. Con mas gente insistieron aquellos en su propósito á las nueve de la mañana, y los nuestros replegándose al palacio no dieron oidos á la intimacion que de rendirse se les hizo. Renovaron varias veces los franceses sus embestidas con 6000 infantes, con artillería y 700 ú 800 caballos, y los de Cruz, que no excedian de 1000, continuaron en repelerlos hasta entrada la noche con la esperanza de que Grimarest, segun lo prometido, vendria en su auxilio. Los destacamentos de Carcar y Sesma aunque lo intentaron, no pudie-

ron por su corta fuerza dar ayuda. Amaneció el dia siguiente, y sin municiones ni noticia de Grimarest se vió forzado Cruz á capitular con el enemigo, quien celebrando su valor y el de su gente, le concedió salir del palacio con todos los honores de la guerra, debiendo despues ser cangeados por otros prisioneros. Brillante accion fué la de Lerin aunque desgraciada, siendo los tiradores de Cádiz soldados nuevos, no familiarizados con los rigores de la guerra. Censuróse al Grimarest haber avanzado hasta Lerin aquellas tropas para abandonarlas despues á su aciaga suerte; pues en vez de correr en su auxilio, con pretexto de una órden de la Peña evacuó á Lodosa, y repasando el Ebro se situó en la Torre de Sartaguda.

O-neil, mas dichoso en aquellos dias, obligó al enemigo á retirarse de Nardues á Monreal: corta compensacion de la anterior pérdida y de la que se experimentó en Logroño. El mariscal Ney habia atacado y repelido el 24 los puestos avanzados de las tropas de Castilla, colocándose el 25 en alturas que hacen frente á aquella ciudad del otro lado del Ebro. El general Castaños que entonces se encontraba allí, mandó á Pignatelli que sostuviese el punto, á no ser que los enemigos cruzando el rio se adelantasen por la derecha, en cuyo caso se situaria en la sierra de Cameros sobre Nalda. Ordenó tambien que el batallon ligero de Campomayor fuese á reforzarle y desalojar al enemigo de las alturas ocupadas. Inútiles prevenciones. Castaños volvió á Calahorra, y Pignatelli evacuó el 27 á Logroño con tal precipitacion y desórden, que no parando hasta Cintruénigo, dejó al pié de la sierra de Nalda sus cañones, y los soldados desparramados, que durante veinticuatro horas le siguieron unos en pos de otros. El pavor que se habia apoderado de sus ánimos era tanto menos fundado, cuanto que 1500 hombres al mando del conde de Cartaojal, volviendo á Nalda, recobraron los

Retirada de los castellanos de Logroño.

cañones en el sitio en que quedaron abandonados, y á donde no habia penetrado el enemigo.

Arreglo que en su ejército hace el general Castaños.

El general Castaños, justamente irritado contra Pignatelli, le quitó el mando, é incorporando la colecticia gente de Castilla en sus otras divisiones, hizo algunas leves mudanzas en su ejército. Por de pronto formó una vanguardia de 4000 hombres de infantería y caballería, regida por el conde de Cartaojal, la cual habia de maniobrar por las faldas de la sierra de Cameros desde el frente de Logroño hasta el de Lodosa, y dió el nombre de 5ª division á los 4500 valencianos y murcianos repartidos entre Alfaro y Tudela al mando de don Pedro Roca. Reconcentró la demas fuerza en Calahorra y sus alrededores, y escarmentado con lo ocurrido, se resolvió antes de emprender cosa alguna á aguardar las demas tropas que debian agregarse al ejército del centro, y respuesta del general Blake al plan comunicado.

Se sitúa en Cintruénigo y Calahorra.

Napoleon.

Napoleon en tanto se preparaba á destruir en su raiz la noble resistencia de un pueblo, cuyo ejemplo era de temer cundiese á las naciones y reyes que gemian bajo su imperial dominacion. En un principio se habia figurado que con las tropas que tenia en la península podria comprimir los aislados y parciales esfuerzos de los españoles, y que su alzamiento de corta duracion pasaria silencioso en la historia del mundo. Desvanecida su ilusion con los triunfos de Bailen, la tenaz defensa de Zaragoza y las proezas de Cataluña y Valencia, pensó apagar con extraordinarios medios un fuego que tan grande hoguera habia encendido. Fué anuncio precursor de su propósito el publicar en 6 de setiembre en el Monitor y por primera vez una relacion circunstanciada de las novedades de la península, si bien pintadas y desfiguradas á su sabor.

Habia precedido en 4 del mismo mes á esta publicacion

un mensaje del emperador al senado con tres exposiciones, de las que dos eran del ministro de Negocios extranjeros, Mr. de Champagny, y una del de la Guerra, Mr. Clarke. Las del primero llevaban fecha de 24 de abril y 1º de setiembre. En la de abril, despues de manifestar Mr. Champagny la necesidad de intervenir en los asuntos de España, asentaba que la revolucion francesa habiendo roto el útil vínculo que antes unia á ambas naciones gobernadas por una sola estirpe, era político y justo atender á la seguridad del imperio francés, y libertar á España del influjo de Inglaterra; lo cual, añadia, no podria realizarse, ni reponiendo en el trono á Cárlos IV, ni dejando en él á su hijo. En la exposicion de setiembre hablabáse ya de las renuncias de Bayona, de la Constitucion allí aprobada, y en fin se revelaban los disturbios y alborotos de España, provocados, segun el ministro, por el gobierno británico, que intentaba poner aquel país á su devocion y tratarle como si fuera provincia suya. Mas aseguraba que tamaña desgracia nunca se efectuaria, estando preparados para evitarla 2 millones de hombres valerosos, que arrojarian á los ingleses del suelo peninsular.

Su mensaje al senado.

Pronosticaban tan jactanciosas palabras demanda de nuevos sacrificios. Tocó especificarlos á la exposicion del ministro de la Guerra. En ella pues se decia, que habiendo resuelto S. M. I. juntar al otro lado de los Pirineos mas de 200000 hombres, era indispensable levantar 80000 de la conscripcion de los años 1806, 7, 8 y 9, y ordenar que otros 80000 de la del 10 estuviesen prontos para el enero inmediato. Al dia siguiente de leidas estas exposiciones y el mensaje que las acompañaba, contestó el senado aprobando y aplaudiendo lo hecho, y las medidas propuestas; y asegurando tambien que la guerra con España era «política, » justa y necesaria.» A tan mentido y abyecto lenguaje ha-

Leva de nuevas tropas.

bia descendido el cuerpo supremo de una nacion culta y poderosa.

Por anteriores órdenes habian ya empezado á venir del norte de Europa muchas de las tropas francesas allí acantonadas. A su paso por Paris hizo reseña de varias de ellas el emperador Napoleon, pronunciando para animarlas una arenga enfática y ostentosa.

Conferencias de Erfurth.

No satisfecho este con las numerosas huestes que encaminaba á España, trató tambien de asegurar el buen éxito de la empresa estrechando su amistad y buena armonía con el emperador de Rusia. Sin determinar tiempo se habia en Tilsit convenido en que mas adelante se avistarian ambos príncipes. Los acontecimientos de España, incertidumbres sobre la Alemañia y aun dudas sobre la misma Rusia obligaron á Napoleon á pedir la celebracion de las proyectadas vistas. Accedió á su demanda el emperador Alejandro, quien y el de Francia, puestos ambos de acuerdo, llegaron á Erfurth, lugar señalado para la reunion, el 27 de setiembre. Concurrieron allí varios soberanos de Alemania, siendo el de Austria representado por su embajador, y el de Prusia por su hermano el príncipe Guillermo. Reinó entre todos la mayor alegría, satisfaccion y cordialidad, pasándose los dias y las noches en diversiones y festines, sin reparar que en medio de tantos regocijos, no solo legítimos monarcas sancionaban la usurpacion mas escandalosa, y autorizaban una guerra que ya habia hecho correr tantas lágrimas, sino que tambien tachando de insurreccion la justa defensa y de rebeldía la lealtad, abrian ancho portillo por donde mas adelante pudieran ser acometidos sus propios pueblos y atropellados sus derechos. Ni motivos tan poderosos, ni tales temores detuvieron al emperador Alejandro. Contento con los obsequios de su aliado y algunas concesiones, reconoció por rey de España á José, y dejó á Napoleon en

libertad de proceder en los asuntos de la península segun conviniese á sus miras.

Mas al propio tiempo, y para aparentar deseos de paz, cuando despues de lo estipulado era imposible ajustarla, determinaron entablar acerca de tan grave asunto correspondencia con Inglaterra. Ambos emperadores escribieron en una y sola carta al rey Jorge III, y sus ministros respectivos pasaron notas con aviso de que plenipotenciarios rusos se enviarian á Paris para aguardar la respuesta de Inglaterra; los que en union con los de Francia concurririan al punto del continente que se señalase para tratar. Correspondencia con el gobierno inglés.

En contestacion Mr. Canning escribió el 28 de octubre dos cartas á los ministros de Rusia y Francia, acompañadas de una nota comun á ambos. Al primero le decia, que aunque S. M. B. deseaba dar respuesta directa al emperador su amo, el modo desusado con que este habia escrito le impedia considerar su carta como privada y personal, siendo por tanto imposible darle aquella señal de respeto sin reconocer títulos que nunca habia reconocido el rey de la Gran Bretaña. Que la proposicion de paz se comunicaria á Suecia y á España. Que era necesario estar seguro de que la Francia admitiria en los tratos al gobierno de la última nacion, y que tal sin duda debia ser el pensamiento del emperador de Rusia, segun el vivo interes qne siempre habia mostrado en favor del bienestar y dignidad de la monarquía española; lo cual bastaba para no dudar que S. M. I. nunca seria inducido á sancionar por su concurrencia ó aprobacion usurpaciones fundadas en principios no menos injustos, que de peligroso ejemplo para todos los soberanos legítimos. En la carta al ministro de Francia se insistia en que entrasen como partes en la negociacion Suecia y España.

El mismo Mr. Canning respondió ampliamente en la nota que iba para dichos dos ministros á la carta autógrafa de

ambos emperadores. Sentábase en ella que los intereses de Portugal y Sicilia estaban confiados á la amistad y proteccion del rey de la Gran Bretaña, el cual tambien estaba unido con Suecia, así para la paz como para la guerra: y que si bien con España no estaba ligado con ningun tratado formal, habia sin embargo contraido con aquella nacion á la faz del mundo empeños tan obligatorios como los mas solemnes tratados; y que por consiguiente el gobierno que allí mandaba á nombre de S. M. C. Fernando VII, deberia asímismo tomar parte en las negociaciones.

El ministro ruso replicó no haber dificultad en cuanto á tratar con los soberanos aliados de Inglaterra; pero que de ningun modo se admitirian los plenipotenciarios de los insurgentes españoles (así los llamaba), puesto que José Bonaparte habia sido ya reconocido por el emperador su amo como rey de España. Menos sufrida y mas amenazadora fué la contestacion de Mr. Champagny, ministro de Francia.

Fin de la correspondencia.

Dióse fin á la correspondencia con nuevos oficios en 9 de diciembre de Mr. Canning, concluyendo este con repetir al francés, « que S. M. B. estaba resuelto á no abandonar la » causa de la nacion española y de la legítima monarquía » de España (añadiendo); que la pretension de la Francia, » de que se excluyese de la negociacion el gobierno cen- » tral y supremo, que obraba en nombre de S. M. C. Fer- » nando VII, era de naturaleza á no ser admitida por S. M. » sin condescender con una usurpacion, que no tenia igual » en la historia del universo. »

Discurso de Napoleon al cuerpo legislativo.

Contaba Napoleon tan poco con esta negociacion, que volviendo á Paris el 18 de octubre, y abriendo el 25 el cuerpo legislativo, despues de tocar en su discurso muy por encima el paso dado en favor de las paces, dijo: « Parto dentro » de pocos dias para ponerme yo mismo al frente de mi ejér- » cito, coronar con la ayuda de Dios en Madrid al rey de

» España, y plantar mis águilas sobre las fortalezas de Lis- » boa. » Palabras incompatibles con ningun arreglo ni pacificacion, y tan conformes con lo que en su mente habia resuelto, que sin aguardar respuesta de Lóndres á la primera comunicacion, partió de Paris el 29 de octubre, llegando á Bayona en 3 de noviembre.

Fuerza y division del ejército francés.

Empezaban ya entonces á tener cumplida ejecucion las providencias que habia acordado para sujetar y domeñar en poco tiempo la altiva España. Sus tropas acudian de todas partes á la frontera, y variando por decreto de setiembre la forma que tenia el ejército de José, le incorporó al que iba á reforzarle, dividiendo su conjunto en 8 diversos cuerpos á las órdenes de señalados caudillos, cuyos nombres y distribucion nos parece conveniente especificar.

1er cuerpo. Mariscal Victor, duque de Bellune.
2º cuerpo. Mariscal Bessieres, duque de Istria.
3er cuerpo. Mariscal Moncey, duque de Cornegliano.
4º cuerpo. Mariscal Lefebvre, duque de Dantzick.
5º cuerpo. Mariscal Mortier, duque de Treviso.
6º cuerpo. Mariscal Ney, duque de Elchingen.
7º cuerpo. El general Saint-Cyr.
8º cuerpo. El general Junot, duque de Abrantes.

A veces, segun irémos viendo, se substituyeron nuevos jefes en lugar de los nombrados. El total de hombres, sin contar con enfermos y demas bajas, ascendia á 250000 combatientes, pasando de 50000 los caballos. De estos cuerpos el 7º estaba destinado á Cataluña, el 5º y 8º llegaron mas tarde. Los otros en su mayor parte aguardaban ya á su emperador para inundar, á manera de raudal arrebatado, las provincias españolas.

Cruza Napoleon el Bidasoa.

Napoleon cruzó el Bidasoa el 8 de noviembre acompañado de los mariscales Soult y Lannes, duques de Dalmacia y de Montebello. Llegó el mismo dia á Vitoria, donde es-

taba José y el cuartel general. Las tropas francesas habian conservado del lado de Navarra y Castilla cási las mismas posiciones que ocuparon despues de las jornadas de Lerin y Logroño. No así por el de Vizcaya. Inquieto el mariscal Lefebvre, sucesor del general Merlin, de los movimientos del ejército de don Joaquin Blake, habia pensado con el 4º cuerpo arrojarle de Zornoza.

Firme el general español desde el 25 de octubre en conservar aquel sitio, celebró en 28 un consejo de guerra. Los mas prudentes estuvieron por replegarse: hubo quien opinó por acometer sin dilacion al enemigo. Andaba indeciso el general en jefe, no pareciéndole acertado el último dictámen, y receloso de abrazar el primero en una sazon en que los pueblos tildaban de traidor al general que los dejaba con su retirada á merced del enemigo. Entre dudas llegó el 31 de octubre, dia en que el mariscal Lefebvre atacó á los españoles. La fuerza que este tenia era de 26000 hombres, la nuestra de 16500. Habia tambien contado Blake con que apoyaria su derecha la division de Martinengo con algunos caballos mandados por el marqués de Malespina, y una de Asturias gobernada por don Vicente María de Acevedo. Mas avanzando ambas hasta Villaró y Dima, se vieron separadas del cuerpo principal del ejército por fragosas sierras y caminos intransitables. Grande inadvertencia ordenar un movimiento sin cabal noticia del terreno.

Accion de Zornoza, 31 de octubre.

El mariscal Lefebvre al amanecer del 31 empezó su embestida á favor de una densa niebla. Las vanguardias de ambos ejércitos estaban á un lado y otro de la hondonada que forma el monte de San Martin y la altura arbolada de Bernagoitia, por donde atraviesa el camino real. La vanguardia española, regida por el brigadier don Gabriel de Mendizabal, enseñoreaba la última posicion de las nombradas, que fué acometida primeramente por la division del

general Villate. Apoyaron y siguieron á este las divisiones de los generales Sebastiani y Leval, y empeñada toda nuestra vanguardia peleó largo rato esforzadamente. Causábale gran daño la artillería enemiga, sin que á sus fuegos pudiera responder careciendo de igual arma. Rota al fin se recogió al amparo de la 1ª y 4ª division, apostadas en el monte de San Miguel. La 1ª del mando de don Genaro Figueroa, oficial sabio y bizarro, repelió con su vivo y acertado fuego al enemigo, impidiéndole apoderarse de un mogote que ocupaba en dicho monte; pero la 4ª, falta de cañones como lo demas del ejército, fué arrollada, habiendo el enemigo avanzado su artillería por el camino real, y sosteniéndola con infantería y caballería. Entonces Blake conociendo su desventaja determinó retirarse, para lo que poniéndose á la cabeza de los granaderos provinciales, y siguiéndole la reserva mandada por don Nicolás Mahy, contuvo al enemigo y dió lugar á que todas las fuerzas, reuniéndose en las faldas del monte de Santa Cruz de Bizcargui, emprendiesen la retirada. La 3ª division, al mando de don Francisco Riquelme, estuvo alejada de las otras y en la orilla opuesta del rio, en donde sosteniendo un choque del enemigo, se replegó separadamente no siéndole dado unirse al grueso del ejército. Los franceses, atentos á la aspereza de la tierra y á que los nuestros se retiraban en bastante buen órden, dejaron de perseguirlos de cerca y molestarlos. La pérdida fué corta de ambas partes: quizá la victoria hubiera sido mas dudosa si el general español no se hubiera de antemano despojado de la artillería, enviándola camino de Bilbao. Ha habido quien le disculpe con el propósito que tenia de retirarse; pero ciertamente fué descuido quedarse del todo desprovisto de tan necesaria ayuda enfrente de un enemigo activo y emprendedor. Blake continuó por la noche su marcha, y sin detenerse en Bilbao mas que para acopiar algu-

nas vituallas, uniéndose despues con Riquelme, tomaron juntos la vuelta de Balmaseda. El mariscal Lefebvre los siguió de léjos hasta Güeñes, en donde habiendo dejado para observarlos al general Villatte con 7000 hombres, retrocedió á Bilbao.

José, aunque desaprobaba como precipitada la tentativa de aquel mariscal, no siendo ya dueño de evitarla, mandó de Vitoria que una division del 1er cuerpo del mariscal Victor se extendiese por el valle de Orduña para favorecer los movimientos de Lefebvre, y que otra del 2º cuerpo se dirigiese á Berberena, ya para unirse con la primera, ó ya para perseguir á Blake si se retiraba del lado de Villarcayo. La del valle de Orduña se encontró en su marcha con los generales Acevedo y Martinengo, que vimos separados del ejército en Villaró. Inciertos estos jefes de la suerte de Blake, é informados tarde y confusamente de la accion de Zornoza, creyeron arriesgada su posicion y trataron de alejarse por Oquendo, Miravalles y Llodio. En el camino y cerca de Menagaray fué su encuentro con la mencionada division francesa. Presentáronle los nuestros firme rostro, é imaginándose los contrarios haber tropezado con todo el ejército de Blake, no insistieron en atacar y se replegaron á Orduña. Los españoles entonces mejoraron su posicion, colocándose en una altura agria cerca de Orrantia.

Blake el 3 de noviembre se habia reconcentrado en la Nava, dos leguas mas allá de Balmaseda yendo de Bilbao. Poco antes se le incorporó la mayor parte de la fuerza que habia venido de Dinamarca y que estaba á las órdenes del conde de San Roman, y en el mismo Nava otra division de Asturias á las de don Gregorio Quirós, componiendo en todo los que se reunieron de 8 á 9000 hombres. La caballería venida del norte, hallándose desmontada, habia partido al mediodia de España para proveerse de caballos. Reforzado así el

ejército de Blake, y enterado este del aprieto de Acevedo y Martinengo, sin tardanza determinó librarlos. Movióse pues hácia Balmaseda, cuyo punto debia acometer la 4ª division, ahora mandada por don Esteban Porlier, en tanto que la de San Roman se dirigia al Berron, una legua distante; la 3ª y la asturiana de Quirós á Arciniega, y lo demas de la fuerza á Orrantia, en donde era de presumir permaneciesen las divisiones comprometidas. No se engañaron, encontrándose luego unos y otros con inexplicable gozo.

De Balmaseda, 4 de noviembre.

Fué en aquel mismo instante cuando se rompió el fuego por los que se habian adelantado á Balmaseda, cuyo camino corre al pié de las alturas que ocupaban las divisiones extraviadas. Atacado impensadamente el general francés Villatte, retiróse con demasiada priesa, hasta que volviendo en sí juntó su gente á la ribera izquierda del Salcedon. Visto lo cual por el general Acevedo, se aproximó con 4 cañones de montaña á una de las dos eminencias que forman el valle de Balmaseda, y enviando por un rodeo 2 batallones para que estrechasen á los franceses por retaguardia, sobrecogió á estos, que desbaratados huyeron en el mayor desórden hasta Güeñes. Perdieron un cañon, carros de municiones y muchos equipajes, entre los que se contaba el del general Villatte. Debióse principalmente la victoria al acierto y pronta decision de don Vicente María de Acevedo.

Napoleon supo en Bayona los ataques ocurridos desde el 31, y desagradóle que el mariscal Lefebvre hubiese comenzado á guerrear antes de su llegada, y aun tambien que José le prestase ayuda: ya porque juzgase expuesto un movimiento parcial y aislado, ó ya mas bien porque no quisiese que empezasen triunfos y victorias antes de que él en persona capitanease su ejército. Sin embargo temeroso de alguna desgracia, mandó prontamente que el mariscal Lefebvre con el 4º cuerpo continuase desde Bilbao en per-

seguir á Blake, y que el mariscal Victor con el 1° marchase por Orduña y Amurrio contra Balmaseda, formando un total de 50000 hombres.

Reconocimiento hácia Güeñes en 7 de noviembre.

Avanzaban ambos mariscales á la propia sazon que Blake, y queriendo aprovecharse de la ventaja alcanzada en Balmaseda y reconocer las fuerzas del enemigo, iba el 7 la vuelta de San Pedro de Güeñes. La víspera habia el general español enviado sobre su izquierda á Sopuerta la 4ª division, que no pudiendo reincorporarse al ejército, se retiró por Lanestosa á Santander. El mismo dia, no queriendo tampoco Blake dajar descubierta su derecha, dirigió camino de Villarcayo y de Medina de Pomar al marqués de Malespina con los 400 caballos que habia y algunos infantes. Por su lado el general en jefe se encontró con el mariscal Lefebvre; peleando los españoles con bizarría, particularmente la division de Figueroa y el batallon de estudiantes de Santiago, apellidado literario. Al caer la noche hubieron los nuestros de replegarse vista la superioridad del enemigo, y á pesar de ser el tiempo muy lluvioso, prosiguieron ordenadamente su retirada, ocupando el 8 á Balmaseda y pueblos vecinos.

La tarde de dicho dia, agolpándose del lado de Orduña y de Bilbao todas las fuerzas de los mariscales Victor y Lefebvre que caminaban á unirse, levantaron los nuestros su campo dirigiéndose á la Nava. Quedaron á la retaguardia para proteger el movimiento algunos batallones de la division de Martinengo y asturianos al mando de don Nicolás de Llano Ponte, quien poco avisado, dejándose cortar por el enemigo, nunca se volvió á incorporar con el grueso del ejército, yéndose del lado de Santander. Los mariscales franceses se juntaron en Balmaseda, y Blake llegó el 9 en la tarde á Espinosa de los Monteros.

Disminuíase su ejército teniendo desde el 31 que pelear

á la continua con el enemigo, la lluvia, el frio, el hambre, la desnudez. Rigorosa suerte aun para soldados veteranos y endurecidos; insoportable para bisoños y poco disciplinados. La escasez de víveres fué extrema, viéndose obligados hasta los mismos jefes á mantenerse con mazorcas de maiz y malas frutas. Provenia miseria tanta del mal arreglo en el ramo de hacienda, y de haber contado el general en jefe con ser abastecido por la costa, sin cuidar convenientemente de adoptar otros medios: enseñando la práctica militar, como ya decia Vejecio, « que * la penuria mas veces » que la pelea acaba con un ejército, y que el hambre es » mas cruel que el hierro del enemigo. » (* Ap. n 6.)

Acosado nuestro ejército por tantos males, pensábase que el general Blake no se aventuraria á combatir contra un enemigo mas numeroso, aguerrido y bien provisto. Esperanzado sin embargo de que le asistiese favorable estrella, determinó probar la suerte de una batalla delante de Espinosa de los Monteros.

Batalla de Espinosa, 10 y 11 de noviembre. (* Ap. n. 7.)

Es esta villa muy conocida en España por el privilegio de que gozan sus naturales de hacer de noche la guardia al rey cerca de su cuarto; y cuya concesion, segun cuentan,* sube á don Sancho García, conde de Castilla. Está situada en la ribera izquierda del Trueba, y los españoles colocándose en el camino que viene de Balmaseda, dejaron á su espalda el rio y la villa. En una altura elevada de difícil acceso y á la siniestra parte pusiéronse los asturianos capitaneados por los generales Acevedo, Quirós y Valdés. La 1ª division y la reserva con sus respectivos jefes don Genaro Figueroa y don Nicolás Mahy seguian en la línea descendiendo al llano. El general Riquelme y su 3ª division ocupó en el valle lo mas abierto del terreno, y la vanguardia, al mando de don Gabriel de Mendizabal con 6 piezas de artillería dirigidas por el capitan don Antonio Roselló, se colocó en un

altozano á la derecha de Espinosa, desde donde se enfilaban las principales avenidas. Por el mismo lado y mas adelante en un espeso bosque y sobre una loma estaba la division del norte que gobernaba el conde de San Roman, quedando no léjos de la artillería y algo detrás por su derecha la 2ª de Martinengo. La fuerza de los españoles no llegaba á 21000 combatientes.

A la una de la tarde del 10 empezó á avistarse el enemigo, en número de 25000 hombres mandados por el mariscal Victor. Se habia este juntado con el mariscal Lefebvre en Balmaseda y separádose en la Nava, dirigiéndose el segundo á Villarcayo y siguiendo el primero la huella de Blake con esperanzas ambos de envolverle. Se empeñó la refriega por donde estaban las tropas del norte, embistiendo el bosque el general Paschod. Durante dos horas le defendieron los nuestros con intrepidez, mas cargando el enemigo en mayor número fué al fin abandonado. La artillería, manejada con acierto por Roselló, dirigió entonces un fuego muy vivo contra el bosque, y caminando por órden de Blake para sostener á San Roman la division de Riquelme, se encendió de nuevo la pelea. Cundió por toda la línea, y aun la izquierda de los asturianos avanzó para llamar la atencion del enemigo. La derecha no solo se mantenia, sino que volviendo á ganar terreno, estaban las tropas del norte prontas á recuperar el bosque, cuando la obscuridad de la noche impidió la continuacion del combate, glorioso para los españoles, pero con tan poca ventura, que perdieron dos de sus mejores jefes, el conde de San Roman y don Francisco Riquelme, mortalmente heridos.

Los españoles, si bien alentados con haber infundido respeto al enemigo, ya no podian sobrellevar tanto cansancio y trabajos, careciendo aun de las provisiones mas precisas. Malas frutas habian comido aquellos dias, pero ahora ape-

nas les quedaba tan menguado recurso. Sus heridos yacian abandonados, y si algunos eran recogidos, no podia suministrárseles alivio en medio de sus quejidos y lamentos. En balde se esmeraba el general en jefe, en balde sus oficiales en buscar por Espinosa socorros para su gente. Los vecinos habian huido espantados con la guerra; la tierra de suyo escasa estaba ahora con aquella ausencia mas empobrecida, aumentándose la confusion y el duelo en medio de la lobreguez de la noche. A su amparo obligó el hambre á muchos soldados á desarrancarse de sus banderas, particularmente á los de la division del norte, que eran los que mas habian padecido.

Al contrario los franceses, bien alimentados, retirados sus heridos, y puestos otros en lugar de los que el dia 10 habian combatido, se disponian á pelear en la mañana siguiente. Hubiera el general español obrado con cordura, si atendiendo á las lástimas y apuros de sus soldados, hubiese á la callada y por la noche alzado el campo, y buscado del lado de Santander ó del de Reinosa bastimentos y alivio á los males. Mas lisonjeándose de que el enemigo se retiraria, y queriendo sacar ventaja del esfuerzo con que sus soldados habian lidiado, se inclinó á permanecer inmoble y exponerse á nuevo combate.

No tuvo que aguardar largo tiempo: desde el amanecer lo renovaron los franceses. Habian en la víspera notado que en la izquierda de los españoles estaban tropas bisoñas, y tambien que la altura que ocupaban como mas elevada, era la llave de la posicion. Así se determinaron á empezar por allí el ataque, siendo el general Maison con su brigada quien primero embistió á los asturianos. Resistieron estos con denuedo, y á la voz de sus dignos jefes Acevedo, Quirós y Valdés conservároнse firmes y serenos, no obstante su inexperiencia. Advirtió el general enemigo el influjo de dichos

jefes, y sobre todo que uno de ellos montado en un caballo blanco, corriendo á los puntos mas peligrosos, exhortaba á su tropa con la palabra y el gesto. Sin tardanza (segun nos ha contado años adelante en Paris el mismo general) destacó tiradores diestros, para que apuntando cuidadosamente, disparasen contra los jefes, y en especial contra el del caballo blanco, que era el desgraciado Quirós. La órden causó grave mal á los españoles, y decidió la accion. Los tiradores abrigados de lo irregular y quebrado del terreno, esparcidos en diversos sitios, arcabuceaban, por decirlo así, á nuestros oficiales, sin que recibiesen notable daño del fuego cerrado de nuestras columnas. La poca práctica de la guerra y el escasear de soldados hábiles, impidió usar del mismo medio que empleaban los enemigos. A poco fué traspasado de dos balazos don Gregorio Quirós, heridos los generales Acevedo y Valdés, con otros jefes, entre los que se contaron los distinguidos oficiales don Joaquin Escario y don José Peon. La muerte y heridas de caudillos tan amados sembró profunda afliccion en las filas asturianas, y flaqueando algunos cuerpos siguióse en todos el mayor desórden. Quiso sostenerlos Blake enviando á don Gabriel de Mendizábal para que tomase el mando; mas ya era tarde. La dispersion habia comenzado, y los franceses posesionándose de la altura perseguian á los asturianos, cuyo mayor número huyendo se enriscó por las asperezas del valle de Pas.

El centro del ejército español y su derecha, que en la noche se habian agrupado al rededor del altozano donde estaba Roselló con la artillería, tan luego como se dispersó la izquierda, se vieron acometidos por la division francesa de Ruffin. Algun tiempo se mantuvieron nuestros soldados en su puesto, aunque inquietos con la huida de los asturianos; pero en breve comenzando unos á ciar y otros á desarreglarse, ordenó el general Blake la retirada, sosteni-

da por la reserva de don Nicolás Mahy y las 6 piezas del capitan Roselló, perdidas luego en el paso del Trueba. Hubiera á los nuestros servido de mucho en aquel trance y en lo demas de la retirada la corta division con 400 caballos que mandaba el marqués de Malespina, y á los que el general Blake habia ordenado pasar á Villarcayo. Temeroso dicho marqués de ser envuelto por el mariscal Lefebvre que iba del mismo lado, en vez de aproximarse á Espinosa tomó otro rumbo, y su division se unió despues en diversas partidas á distintos y lejanos ejércitos. La pérdida de los españoles en las acciones de Espinosa fué muy considerable, su dispersion cási completa. La de los franceses, cortísima el 11, no dejó la víspera de ser de importancia.

Señaló Don Joaquin Blake para reunion de sus tropas la villa de Reinosa, en donde estaba el parque general de artillería y los almacenes. Llegó el 12 con pocas fuerzas esperando poder rehacerse algun tanto, y dar vida con las provisiones que allí habia á sus hambrientos y desmayados soldados. Pero la activa diligencia del enemigo y las desgracias que se agolparon no le dejaron vagar ni respiro.

Disposiciones de Napoleon.

Desde que en 8 de noviembre habia Napoleon entrado en Vitoria, se sentia por do quiera su presencia. Servíanle como de mágico impulso poder inmenso, bélico renombre, imperiosa y presta voluntad. Ya contamos cómo de Bayona mismo habia ordenado al 1° y 4° cuerpo perseguir al general Blake. Y ahora poniendo particular conato en enderezar sus pasos á Madrid, cuya toma resonaria en Europa favorablemente á sus miras, arregló para ello y en breve un plan general de ataque. Asegurada que fué su derecha por los mencionados 1° y 4° cuerpos, encargó al 3° del mando del mariscal Moncey que observase desde Lodosa el ejército del centro y de Aragon, dejando ademas en Logroño á los generales Lagrange y Colbert del 6° cuer-

po, cuya principal fuerza, capitaneada por su mariscal Ney, debia caminar á Aranda de Duero. Tomó el mando del 2º cuerpo el mariscal Soult, y su anterior jefe Bessieres fué encargado de gobernar la caballería. Ambos con Napoleon al frente de la guardia imperial y la reserva siguieron el camino real de Madrid dirigiéndose á Burgos.

Accion de Burgos, 10 de noviembre.

En esta ciudad habia comenzado á entrar el ejército de Extremadura compuesto de unos 18000 hombres distribuidos en 3 divisiones, y á su frente el conde de Belveder, mozo inexperto, nombrado por la Junta central para reemplazar á Don José Galluzo. La 1ª division estaba allí desde el 7 de noviembre: se le juntó la 2ª en la tarde del 9, quedando todavía atrás y hácia Lerma la 3ª. Así que solo se contaban dentro de la ciudad y cercanías 12000 hombres, de ellos 1200 de caballería. Fiado Belveder en algunas favorables y leves escaramuzas, vivia tranquilo, y de modo que á los oficiales de la 2ª division que á su llegada fueron á cumplimentarle, recomendóles el descanso, bastándole por entonces, segun dijo, las fuerzas de la 1ª division para rechazar á los franceses caso que le atacasen. Tan ignorante estaba de la superioridad del enemigo, y tan olvidado de la endeble organizacion de sus tropas.

Serian la seis de la mañana del 10, cuando el general Lasalle con la caballería francesa llegó á Villafría, tres cuartos de legua de Gamonal, á donde se habia adelantado la 1ª division de Belveder mandada por don José María de Alós. Los franceses, como no tenian consigo infantería, retrocedieron para aguardarla á Ruvena, con lo que alentados los nuestros resolvieron empeñar una accion. Lasalle rehecho forzó á los que le seguian á replegarse otra vez á Gamonal, á cuyo punto habia ya acudido lo demas del ejército español. La derecha de este ocupaba un bosque del lado del rio Arlanzon, y la izquierda las tapias de una huerta

ó jardin, cubriendo el frente algunos cuerpos con 16 piezas de artillería. Las tropas mas bisoñas se pusieron detrás de las mejor enregimentadas, como lo eran un batallon de guardias españolas, algunas compañías de walonas, el segundo de Mallorca y granaderos provinciales.

Fué pues aproximándose el ejército enemigo: y extendiéndose por nuestra derecha el general Lasalle, se colocó en un llano situado entre el bosque y el rio, al paso que la infantería veterana del general Mouton intrépidamente acometió dicho bosque guarnecido por la derecha española, la cual creyéndose envuelta por Lasalle comenzó en breve á cejar, no obstante el vivo fuego que desde el frente hacian nuestros cañones. La caballería, guiada por don Juan Henestrosa, hombre valiente, pero mas devoto que entendido militar, trató de dar una carga á la enemiga. Henestrosa, que en realidad mandaba tambien en jefe, invocando á los santos del cielo y con tanta bravura como imprudencia, arremetió con los jinetes franceses, quienes fácilmente le repelieron y desbarataron. Entonces fueron del todo deshechos los del bosque: y la izquierda, aunque no atacada de cerca, comenzó á huir y desbandarse. La pelea duró poco, y vencidos y vencedores entraron mezclados en Burgos.

El mariscal Bessieres, tirando por la orilla del rio con la caballería pesada, acuchilló á los soldados fugitivos y cogió varios cañones, habiéndose perdido 14 y ademas otros que quedaron en el parque. La pérdida de los españoles fué considerable, aunque mayor la dispersion y el desórden; teniendo que arrepentirse, y dolorosamente, el general Belveder de haberse empeñado con ligereza en accion tan desventajosa. Entregaron los vencedores al pillaje la ciudad de Burgos, apoderándose de 2000 sacas de lana fina pertenecientes á ricos ganaderos. Llegó el mismo dia el conde de Belveder á Lerma con muchos dispersos, en donde se

encontró con la 3ª division de Extremadura, ausente de la batalla. Perseguido por los enemigos pasó á Aranda de Duero, y no seguro todavía allí, prosiguió hasta Segovia, en cuya ciudad fué relevado del mando por la Junta central, que nombró para sucederle á don José de Heredia.

Revuelve Soult contra Blake.

El mariscal Soult con la natural presteza de su nacion, enviando del lado de Lerma una columna que persiguiese á los españoles y otra camino de Palencia y Valladolid, salió en persona el mismo 10 hácia Reinosa con intento de interceptar á Blake en su retirada. Inútilmente habia este confiado en dar en aquella villa descanso á sus tropas, pues noticioso de que por Villarcayo se acercaba el mariscal Lefebvre, ya habia el 13 movido su artillería con direccion á Leon por Aguilar de Campó. Iban con ella enfermos y heridos huyendo de un peligro sin pensar en el otro no ménos terrible con que tropezaron. Caminaban, cuando se les anunció la aparicion por su frente de tropas francesas: la artillería precipitando su marcha y usando de adecuados medios pudo salvarse, mas de los heridos los hubo que fueron víctima del furor enemigo. En su número se contó al general Acevedo. Encontráronle cazadores franceses del regimiento del coronel Tascher, y sin miramiento á su estado, ni á su grado, ni á las sentidas súplicas de su ayudante don Rafael del Riego, traspasáronle á estocadas. Riego, el mismo que fué despues tan conocido y desgraciado, quedó en aquel lance prisionero.

Blake acosado y temiendo no solo á los que le habian vencido en Espinosa, sino tambien á los mariscales Lefebvre y Soult, que cada uno por su lado venian sobre él; no pudiendo ya ir á Leon por tierra de Castilla, salió de Reinosa en la noche del 13, y se enriscó por montañas y abismos, enderezándose al valle de Cabuérniga. Llegó allí á su colmo la necesidad y miseria. El ánimo de Blake andaba

del todo contristado y abatido, mayormente teniendo que entregar á nuevo jefe de un dia á otro y en tan mal estado las pobres reliquias de su ejército, lo cual le era de gran pesadumbre. La central habia nombrado general en jefe del ejército de la izquierda al marqués de la Romana. Noticioso Blake en Zornoza del sucesor, no por eso dejó de continuar el plan de campaña comenzado. Una indisposicion, segun parece, detuvo á Romana en el camino, no uniéndose al ejército sino en Renedo, cuando estaba en completa derrota y dispersion. En tal aprieto parecióle ser mas conveniente dejar á Blake el cuidado de la marcha, ordenándole que se recogiese por la Liébana á Leon, en cuya ciudad y ribera derecha del Ezla debia hacer alto y aguardarle.

Diversas direcciones de los mariscales franceses.

De su lado los mariscales franceses, ahuyentado Blake, tomaron diversos rumbos. El mariscal Lefebvre con el 4º cuerpo, despues de descansar algunos dias, se encaminó por Carrion de los Condes á Valladolid. El 1er cuerpo del mando de Victor juntóse en Burgos con Napoleon, marchando Soult con el 2º á Santander; de cuyo puerto hecho dueño, y dejando para guarnecerle la division de Bonnet, persiguió por la costa los dispersos y tropas asturianas que se retiraban á su país natal. Tuvo en San Vicente de la Barquera un choque con 4000 de ellos al mando de don Nicolás de Llano Ponte: los deshizo y dispersó; y yendo por la Liébana en busca de Blake franqueando las angosturas de la Montaña y despejándola de soldados españoles, desembocó rápidamente en las llanuras de tierrra de Campos.

Entrada en Burgos de Napoleon.

Napoleon al propio tiempo y despues de la jornada de Gamonal, habia sentado su cuartel general en Burgos. Los vecinos habian huido de la ciudad; y soledad y silencio no interrumpido sino por la algazara del soldado vencedor, fué el recibimiento que ofreció al emperador de los france-

Su decreto de 12 de noviembre.

ses la antigua capital de Castilla. Mas él poco cuidadoso del modo de pensar de los habitantes, revistadas las tropas y tomadas otras providencias, dió el 12 de noviembre un decreto, en el que concedia en nombre suyo y de su hermano *perdon general y plena y entera amnistía* á todos los españoles que en el espacio de un mes, despues de su entrada en Madrid, depusieran las armas y renunciasen á toda alianza con los ingleses, inclusos los generales y las juntas. Eran exceptuados de aquel beneficio, los duques del Infantado, de Hijar, de Medinaceli, de Osuna, el marqués de Santa Cruz del Viso, los condes de Fernan-Nuñez y de Altamira, el príncipe de Castel-Franco, don Pedro Cevallos y el obispo de Santander, á quienes se declaraba enemigos de España y Francia y traidores á ambas coronas; mandando que, aprehendidas sus personas, fuesen entregados á una comision militar, pasados por las armas, y confiscados todos sus bienes, muebles y raices que tuviesen en España y reinos extranjeros. Si bien admira la proscripcion de unos individuos cuyo mayor número, si no todos, habia pasado á Francia por engaño ó mal de su grado, y prestado allí un juramento que llevaba visos de forzado, crece el asombro al ver en la lista al obispo de Santander, que nunca habia reconocido al gobierno intruso, ni rendido obediencia á José ni á su dinastía. Es tambien de notar que este decreto de Napoleon fué el primero de proscripcion que se dió entonces en España, no habiendo todavía las juntas de provincia ni la central ofrecido semejante ejemplo; aunque estuvieran como autoridades populares mas expuestas á ser arrastradas por las pasiones que dominaban. Siguieron despues los gobiernos de España el camino abierto por Napoleon: camino largo y que solo tiene término en el cansancio, en las muchas víctimas, ó en el recíproco temor de los partidos.

En Burgos dudó algun tiempo el emperador de los franceses si revolveria contra Castaños, ó si prosiguiendo por la anchurosa Castilla, iria al encuentro del ejército inglés, que presumia se adelantaba á Valladolid. Mas luego supo que aquel no daba indicio de moverse de los contornos de Salamanca. Habia allí venido desde Lisboa al mando de sir Juan Moore, sucesor del general Dalrymple, llamado á Lóndres, segun vimos, á dar cuenta de su conducta por la convencion de Cintra. El gobierno inglés, aunque lentamente, habia decidido que 30000 infantes y 5000 caballos de su ejército obrarian en el norte de España; para lo cual se desembarcarian de Inglaterra 10000 hombres, sacándose los otros de los que habia en Portugal, en donde solo se dejaba una division. Conforme á lo determinado, y en cumplimiento de órden que se le comunicó en 26 de octubre, salió de Lisboa el general Moore, y marchando con la principal fuerza sobre Almeida y Ciudad-Rodrigo, llegó á Salamanca el 13 de noviembre. La mayor parte de la artillería y caballería, con 3000 infantes á las órdenes de sir Juan Hope, la envió por la izquierda de Tajo á Badajoz á causa de la mayor comodidad de los caminos, debiendo despues pasar á unírsele á Castilla. De Inglaterra habia arribado á la Coruña el 13 de octubre sir David Baird con los 10000 hombres indicados; mas aquella junta insistiendo en no querer su ayuda, impidió que desembarcasen bajo el pretexto de que necesitaba la venia de la central. Con tal ocurrencia, otros motivos que se alegaron y la destruccion de una parte de los ejércitos españoles, no solo retardaron los ingleses su marcha, sino que tambien apareció que tenian escasa voluntad de internarse en Castilla. Ejército inglés.

Napoleon penetrando pues su pensamiento, hizo correr la tierra llana por 8000 caballos, así para tener en respeto al inglés, como para aterrar á los habitantes, y resolvió destruir

al ejército español del centro antes de avanzar á Madrid.

Ejercito del centro.

No era dado á dicho ejército ni por su calidad ni por su fuerza competir con las aguerridas y numerosas tropas del enemigo. Sus filas solamente se habian reforzado con una parte de la 1ª y 3ª division de Andalucía y algunos reclutas, empeorándose su situacion con interiores desavenencias. Porque cesurado su jefe don Francisco Javier Castaños de lento y sobradamente circunspecto, los que no eran parciales suyos, y aun los que anhelaban por mayor diligencia sin atender á las dificultades, procuraron y consiguieron que se enviasen á su lado personas que le moviesen y aguijasen. Recayó la eleccion en don Francisco de Palafox, hermano del capitan general de Aragon é individuo de la Junta central, autorizado con poderes extensos, y á quien acompañaban el marqués de Coupigny y el conde del Montijo. Siendo el Palafox hombre estimable, pero de poco valer; Coupigny extranjero y mal avenido desde Bailen con Castaños; y el del Montijo, mas inclinado á meter cizaña que á concertar ánimos, claro era que con los comisionados, en vez de alcanzarse el objeto deseado, solo se aumentarian tropiezos y embarazos.

Don Francisco Palafox enviado por la central.

Diversos planes.

Todos juntos en 5 de noviembre, agregándoseles otros generales y don José Palafox, que vino de Zaragoza, celebraron consejo de guerra, en el que se acordó, no muy á gusto de Castaños, atacar al enemigo, á pesar de lo desprovisto y no muy bien ordenado del ejército español. Disputas y nuevos altercados dilataron la ejecucion, hasta que del todo se suspendió con las noticias infaustas que empezaron á recibirse del lado de Blake. Proyectáronse otros planes sin resulta; y agriados muchos contra Castaños, alcanzaron que la Junta central diese el mando de su ejército al marqués de la Romana, á quien antes se habia conferido el de la izquierda. Y en ello se ve cuán á ciegas y atribu-

lada andaba entonces la autoridad suprema, no pudiéndose llevar á efecto su resolucion por la lejanía en que estaba el marqués y la priesa que se dió el enemigo á acometer y dispersar nuestros ejércitos.

En esto corrió el tiempo hasta el 19 de noviembre, en que por los movimientos de los franceses sospechó el general Castaños ser peligrosa y crítica su situacion. No se engañaba. El mariscal Lannes, duque de Montebello, á quien una caida de caballo habia detenido en Vitoria, ya restablecido se adelantaba, encargado por Napoleon de capitanear en jefe las tropas de los generales Lagrange y Colbert del 6º cuerpo, en union con las del 3º del mando del mariscal Moncey, á las que debia agregarse la division del general Maurice Mathieu, recien llegado de Francia, y componiendo en todo 30000 hombres de infantería, 5000 de caballería y 60 cañones. Se juntaron estas fuerzas desde el 20 al 22 en Lodosa y sus cercanías. Con su movimiento habia de darse la mano otro del cuerpo de Ney, que constaba de mas de 20000 hombres, cuyo jefe, destrozado que fué el ejército de Extremadura, avanzaba desde Aranda de Duero y el Burgo de Osma á Soria, donde entró el 21. De esta manera trataban los franceses, no solo de impedir al ejército del centro su retirada hácia Madrid, sino tambien de sorprenderle por su flanco y envolverle.

Repliégase Castaños.

Don Francisco Javier Castaños conservó hasta el 19 su cuartel general en Cintruénigo, y la posicion de Calahorra que habia tomado despues de las desgracias de Lerin y Logroño. Juzgó entonces prudente replegarse y ocupar una línea desde Tarazona á Tudela, extendiéndose por las márgenes del Queiles y apoyando su derecha en el Ebro. Sus fuerzas, si se unian con las de Aragon, escasamente ascendian á 41000 hombres, entre ellos 3700 de caballería. De las últimas estaba la mayor parte en Caparroso, y rehusa-

ban incorporarse sin expresa órden del general Palafox. Felizmente llegó este á Tudela el 22, y con anuencia suya se aproximaron, celebrándose por la noche en dicha ciudad un consejo de guerra. Los Palafoxes opinaron por defender á Aragon, sosteniendo que de ello pendia la seguridad de España. Con mejor acuerdo discurria Castaños en querer arrimarse á las provincias marítimas y meridionales, de cuantiosos recursos; no cifrándose la defensa del reino en la de una parte suya interior, y por tanto mas difícil de ser socorrida. Nada estaba resuelto, segun acontece en tales consejos, cuando temprano en la mañana hubo aviso de que se descubrian los enemigos del lado de Alfaro.

Batalla de Tudela, 23 de noviembre.

Apresuradamente tomáronse algunas disposiciones para recibirlos. Don Juan O-neil, que con los aragoneses acampaba desde la víspera al otro lado de Tudela, empezó en la madrugada á pasar el puente, ignorándose hasta ahora por qué dejó aquella operacion para tan tarde. Aunque sus batallones tenian obstruidas las calles de la ciudad, poco á poco las evacuaron y se colocaron fuera ordenadamente. Estaba tambien allí la 5ª division regida por don Pedro Roca, y compuesta de valencianos y murcianos. Se colocó esta en las inmediaciones y altura de Santa Bárbara situada enfrente de Tudela yendo á Alfaro. Por la misma parte y siguiendo la orilla de Ebro se extendieron algunos aragoneses, pero el mayor número de estos tiró á la izquierda y hácia el espacioso llano de olivos que termina en el arranque de colinas que van á Cascante. Ambas fuerzas reunidas constaban de 20000 hombres. En el pueblo que acabamos de nombrar estaba ademas la 4ª division de Andalucía con su jefe la Peña, y en Tarazona la 2ª del mando de Grimarest con la parte que habia de la 1ª y 3ª. De suerte que la totalidad del ejército se derramaba por el espacio de cuatro leguas, que media entre la última ciudad y la de Tudela.

Aquí se trabó la accion principal con la 5ª division y los aragoneses. Los que de estos habian ido por la orilla del rio repelieron al principio al enemigo, quien luego arremetió contra los del llano, conceptuado centro del ejército español por formar su izquierda las divisiones citadas de Cascante y Tarazona. Los atacó el general Maurice Mathieu sostenido por la caballería de Lefebvre Desnouettes. Los enemigos, subiendo abrigados del olivar á una de las colinas en que el centro español se apoyaba, flanqueáronle, pero acudiendo por órden de Castaños don Juan O-neil á desalojarlos, y prolongando por detrás de la altura ocupada un batallon de guardias españolas, se vieron los franceses obligados á retirarse precipitadamente siguiendo los nuestros el alcance. Eran las tres de la tarde y la suerte nos era favorable, á la sazon que el general Morlot, rechazando á los aragoneses de la derecha, avanzó orilla del rio hasta Tudela, con lo que la 5ª division para no ser envuelta abandonó la altura é inmediaciones de Santa Bárbara. Tambien entonces reparándose el general Maurice Mathieu y cargando de nuevo, comenzó á flaquear nuestro centro, contra el que dando en aquella ocasion una acometida la caballería de Lefebvre, penetró por medio, le desordenó, y aun acabó de desconcertar la derecha revolviendo contra ella. Castaños á la misma hora pensó en dirigirse adonde estaba la Peña, pero envuelto en el desórden y cási atropellado se recogió á Borja, punto en que se encontraron varios generales, excepto don José Palafox, que de mañana se habia ido á Zaragoza.

En tanto que se veia así atacada y deshecha la mitad del ejército español, acometió á la division de la Peña junto á Cascante el general Lagrange, travóse vivo choque, y tal que herido el último cejó su caballería. Creíanse los españoles victoriosos, pero acudiendo gran golpe de infantería

rehiciéronse los jinetes enemigos, y fué á su vez rechazado la Peña, y forzado á meterse en Cascante. Como espectadoras se habian en Tarazona mantenido las otras fuerzas de Andalucía, y no sabemos á qué achacar la morosidad y tardanza del general Grimarest, quien á pesar de haber para ello recibido temprano órden de Castaños, no se aproximó á Cascante hasta de noche. Todas estas divisiones andaluzas pudieron sin embargo retirarse ordenadamente hácia Borja conservando su artillería. Excitó solamente algun desasosiego el volarse en una ermita un repuesto de pólvora, recelándose que eran enemigos. Fué gran dicha que no viniera de Soria el mariscal Ney. Deteniéndose este allí tres dias para dar descanso á su gente ó por otras causas, dejó á los nuestros libre y franca la retirada.

Perdiéronse en Tudela los almacenes y la artillería del centro y derecha del ejército, quedando 2000 prisioneros y muchos muertos. Pudiera decirse que esta batalla se dividió en dos separadas acciones, la de Tudela y la de Cascante, sin que los españoles se hubieran concertado ni para la defensa, ni para el ataque. De lo que resulta grave cargo á los caudillos que mandaban, como tambien de que no se emplease una parte considerable de tropas, fuese culpa suya ó de jefes subalternos que no obedecieron. Igualmente quedó cortada, segun veremos despues, una parte de la vanguardia que guiaba el conde de Cartaojal. Cúmulo de desventuras que prueba sobrada imprevision y abandono.

Despues de la batalla, las reliquias de los aragoneses y cási todos los valencianos y murcianos que de ella escaparon, se metieron en Zaragoza, como igualmente los mas de sus jefes. Castaños prosiguió á Calatayud, adonde llegó el 25 con el ejército de Andalucía. En persecucion suya entró el mismo dia en Borja el general Maurice Mathieu, y allí se le unió el 26 con su gente el mariscal Ney. Hasta en-

tonces no se habia encontrado en su retirada el ejército español con los franceses. En Calatayud recibiendo aviso de la Junta central de que Napoleon avanzaba á Somosierra, y órden para que Castaños fuese al remedio, juntó este los jefes de las divisiones y acordaron salir el 27 via de Sigüenza, debiendo hacer espaldas un cuerpo de 5000 hombres de infantería ligera, caballería y artillería al mando del general Venegas. Luego vino este á las manos con el enemigo. A dos leguas de Calatayud cerca de Bubierca se apostó, segun órden del general en jefe, para defender el paso y dar tiempo á que se alejasen las divisiones. Con dobladas fuerzas asomó el 29 el general Maurice Mathieu, trabándose desde la mañana hasta las cuatro de la tarde un reñido y sangriento choque. Se pararon de resultas en su marcha los franceses, y se logró que llegasen salvas á Sigüenza nuestras divisiones. En esta ciudad, destinado el general Castaños á desempeñar otras comisiones, se encargó interinamente del mando del ejército del centro don Manuel de la Peña. Y por ahora allí le dejaremos para ocuparnos en referir otros acontecimientos de no menor cuantía.

Retirada del ejército.

Su llegada á Sigüenza.

La Peña general en jefe.

Derrotados ó dispersos los ejércitos de la izquierda, Extremadura y centro, creyó Napoleon poder sin riesgo avanzar á Madrid, mayormente cuando los ingleses estaban léjos para estorbárselo, y no con bastantes fuerzas para osar interponerse entre él y la frontera de Francia. Urgíale entrar en la capital de España, así porque imaginaba ahogar pronto con aquel suceso la insurreccion, como tambien para asombrar á Europa con el terrible y veloz progreso de sus armas.

Corto embarazo se ofrecia ya por delante al cumplimiento de su deseo. La Junta central despues de la rota de Burgos habia encargado á don Tomás de Morla y al marqués de Castelar atendiesen á la defensa de Madrid, y de los pasos

de Guadarrama, Fonfria, Navacerrada y Somosierra. Como mas expuesto se cuidó en especial del último punto, enviando para guarnecerle á don Benito San Juan con los cuerpos que habian quedado en Madrid de la 1ª y 3ª division de Andalucía y con otros nuevos, á los que se agregaron reliquias del ejército de Extremadura, en todo 12000 hombres y algunos cañones: endeble reparo para contener en su marcha al emperador de los franceses.

Con todo á fin de asegurarla obró este precavidamente tomando varias y atentas disposiciones. Mandó á Moncey ir sobre Zaragoza, á Ney continuar en perseguimiento de Castaños, á Soult tener en respeto al ejército inglés, y á Lefebvre inundar por su derecha la Castilla, extendiéndose hácia Valladolid, Olmedo y Segovia. Dejó consigo la guardia imperial, la reserva y el 1er cuerpo del mariscal Victor para penetrar por Somosierra y caer sobre Madrid.

San Juan en Somosierra.

Salió el 28 de Aranda de Duero, y el 29 sentó en Boceguillas su cuartel general. Don Benito San Juan se preparaba á recibirle. En lo alto del puerto habia levantado aceleradamente algunas obras de campaña, y colocado en Sepúlveda una vanguardia á las órdenes de don Juan José Sarden. Con ella se encontraron los franceses en la madrugada del 28, acometiéndola 4000 infantes y 1000 caballos. En vano se esforzaron por romperla y hacerse dueños de la posicion que defendia. Al cabo de horas de refriega se retiraron y dejaron el campo libre á los nuestros; mas de poco sirvió. Temores y voces esparcidas por la malevolencia forzaron á los jefes á replegarse á Segovia en la noche del 29, dejando á San Juan desamparado y solo en Somosierra con el resto de las fuerzas.

Pasan los franceses el puerto.

Siendo estas escasas, no era aquel paso de tan difícil acceso como se creia. Dominado el camino real hasta lo alto del puerto por montañas laterales que le siguen en sus

vueltas y sesgos, y enseñoreada la misma cumbre por cimas mas elevadas, era necesario ó cubrir con tropas ligeras los puntos mas eminentes, ó exponerse, segun sucedió, á que el enemigo flanquease la posicion. Densa niebla encapotaba las fraguras al nacer del 30, en cuya hora atacando á nuestro frente con 6 cañones y una numerosa columna el general Senarmont, desprendiéronse otras 2 tambien enemigas por derecha é izquierda para atacar nuestros costados. Repelióse con denuedo por el frente la primera embestida, á tiempo que Napoleon llegó al pié de la sierra. Irritado este é impaciente con la resistencia, mandó entonces soltar á escape por la calzada y contra la principal batería española los lanceros polacos y cazadores de la guardia al mando del general Mont-Brun. Los primeros que acometieron cubrieron el suelo con sus cadáveres, y en una de las cargas quedó gravemente herido de tres balazos Mr. Felipe de Segur, estimable autor de la Historia de la campaña de Rusia. Insistiendo de nuevo en atacar la caballería francesa, y á la sazon que sus columnas de derecha é izquierda se habian á favor de la niebla encaramado por los lados, empezaron los nuestros á flaquear abandonando al cabo sus cañones, de que se apoderaron los jinetes enemigos. San Juan, queriendo contener el desórden de los suyos, recorrió el campo con tal valor y osadía, que envuelto por lanceros polacos se abrió paso, llegando por trochas y atajos y herido en la cabeza á Segovia, en cuya ciudad se unió á don José Heredia, que juntaba dispersos.

Situacion de la central.

Con semejante desgracia Madrid quedaba descubierto, y el gobierno supremo en sumo riesgo, si de Aranjuez no se transferia en breve á paraje seguro. Ya al promediar noviembre y á propuesta de don Gaspar Melchor de Jovellanos se habia pensado en ello, mas con tal lentitud, que fué menester que el 28 se dijese haber asomado hácia Villarejo

partidas enemigas para ocuparse seriamente en el asunto. El compromiso de la Junta era grande, y mayor por un incidente ocurrido en aquellos dias. Figurándose el enemigo que con la ruina y descalabros padecidos podria entrarse en acomodamiento, habia convidado por medio de los ministros de José á las autoridades supremas á que se sometiesen, y evitasen mayores males con prolongar la resistencia. Al propósito escribieron aquellos tres cartas concebidas en idéntico y literal sentido, una al conde de Floridablanca, y las otras dos al decano del Consejo real y al corregidor de Madrid. La central, sobremanera indignada, decretó en 24 de noviembre que dichos escritos fuesen quemados por mano del verdugo, declarando infidentes y desleales á sus autores, y encargando á la sala de alcaldes la sustanciacion y fallo de la causa. Con lo cual se respondió á la propuesta, é igualmente al decreto de proscripcion de Napoleon, aunque no tan militar ni arbitrariamente. Mas semejante resolucion, metiendo á la Junta en nuevos comprometimientos, la impelia á entender á su propia seguridad.

Cartas de los ministros de José.

Las horas ya eran contadas. El 30 exploradores enemigos se habian divisado en Móstoles, y el 1° de diciembre muy de mañana súpose lo acaecido en Somosierra. Con afan y temprano el mismo dia congregó el presidente á los individuos de la Junta para que se enterasen de los partes recibidos. Pensóse inmediatamente en abandonar á Aranjuez, pero antes se encaminaron á la capital los recursos disponibles, se acordaron otras providencias, y se resolvió elegir diferentes vocales que fuesen á inflamar el espíritu de las provincias. Deliberóse en seguida acerca del paraje en que el gobierno deberia fijar su residencia. Variaron los pareceres, señalóse al fin Badajoz. Para mayor comodidad del viaje se dispuso que los individuos de la Junta se repartiesen en

tandas, y para el fácil despacho de los negocios urgentes se escogió una comision activa compuesta de los señores Floridablanca, Astorga, Valdés, Jovellanos, Contamina y Garay. Unos en pos de otros salieron todos de Aranjuez en la tarde y noche del 1º al 2 de diciembre. Apenas con escolta en medio de tales angustias tuvieron la dicha de que los pueblos no los molestaran, y de que los franceses no los alcanzasen y cogiesen. Libres de particular contratiempo llegaron á Talavera de la Reina, en donde volveremos á encontrarlos.

Abandona la central á Aranjuez.

En tanto reinaba en Madrid la mayor agitacion. Don Tomás de Morla y el capitan general de Castilla la Nueva marqués de Castelar habian discurrido calmarla, y aunque por órden de la central promulgaron edictos que pintaban con amortiguados colores las desgracias sucedidas: sin embargo no fué dado por mas tiempo ocultarlas, acudiendo prófugos de todos lados. Alterada á su vista la muchedumbre se agolpó á casa de Castelar, que disfrutaba de la confianza pública, y pidió el 30 de noviembre con gran vocería que se la armase. Así lo prometió, y desde entonces con mayor diligencia y ahinco se atendió á fortificar la capital y distribuir á sus vecinos armas y municiones. Madrid no era en verdad punto defendible, y las obras que se trazaron levantadas atropelladamente, no fueron tampoco de grande ayuda. Redujéronse á unos fosos delante de las puertas exteriores, en donde se construyeron baterías á barbeta, que artillaban cañones de corto calibre. Se aspilleraron las tapias del recinto, abriéndose cortaduras ó zanjas en ciertas calles principales, como la de Alcalá, Carrera de San Gerónimo y Atocha. Tambien se desempedraron muchas de ellas, y acumulándose las piedras en las casas, se parapetaron las ventanas con almohadas y colchones. Todos corrian á trabajar, siendo el entusiasmo general y extremado.

Situacion de Madrid.

En 1º de diciembre se confió el gobierno político y militar á una junta que se instaló en la casa de Correos. A su cabeza estaba el duque del Infantado, como presidente del Consejo real, y eran ademas individuos el capitan general, el gobernador y corregidor, como tambien varios ministros de los Consejos, y regidores de la villa. La defensa de la plaza se encargó exclusiva y particularmente á don Tomás de Morla, que gozaba de concepto de oficial mas inteligente que el gobernador don Fernando de la Vera y Pantoja. En Madrid no habia sino 300 hombres de guarnicion y 2 batallones con un escuadron de nueva leva. Corrió la voz aquel dia de que el enemigo estaba á cinco leguas, y el vecindario léjos de amilanarse se inflamó con ímpetu atropellado. Repartiéronse 8000 fusiles, chuzos y hasta armas viejas de la Armería. Y para guardar órden se citó á todos por la tarde al Prado, desde donde á cada uno debia señalarse destino. Escasearon los cartuchos, y aun para muchos faltaron. Pediánlos con instancia los concurrentes, mas respondiendo Morla que no los habia, y dentro de algunos habiéndose encontrado en vez de pólvora arena, creció la desconfianza, lanzáronse gritos amenazadores, y todo pronosticaba estrepitosa conmocion.

Muerte del marqués de Perales.

Habia entendido como regidor el marqués de Perales en la formacion de los cartuchos, y contra él y su mayordomo se empezó á clamar desaforadamente. Este marqués era antes el ídolo de la plebe madrileña; presumia de imitarla en usos y traheres; con nadie sino con ella se trataba, y aun cási siempre se le veia vestido á su manera con el traje de majo. Pero acusado con razon ó sin ella de haber visitado á Murat y recibido de este obsequios y buen acogimiento, cambióse el favor de los barrios en ojeriza. Juntóse tambien para su desdicha la ira y celos de una antigua manceba, á quien por otra habia dejado. Tenia el marqués por costum-

bre escoger sus amigas entre las mujeres mas hermosas y desenfadadas del vulgo, y era la abandonada hija de un carnicero. Para vengar esta lo que reputaba ultraje, no solo dió pábulo al cuento de ser el marqués autor de los curtuchos de arena, sino que tambien inventó haber el mismo pactado con los franceses la entrega de la puerta de Toledo. Sabido es que entre el bajo pueblo nada halla tanto séquito como lo que es infundado y absurdo. Y en este caso con mayor facilidad, saliendo de la boca de quien se creia depositaria de los secretos del marqués. Vivia este en la calle de la Magdalena, inmediata al barrio del Avapies (de todos el mas desasosegado), y sus vecinos se agolparon á la casa, la allanaron, cosieron al dueño á puñaladas, y puesto sobre una estera le arrastraron por las calles. Tal fué el desastrado fin del marqués de Perales, víctima inocente de la ceguedad y furor popular; pero que ni era general, ni anciano, ni habia nunca sido mirado como hombre respetable, segun lo afirma cierto historiador inglés, empeñado en desdorar y ennegrecer las cosas de España. La conmocion no fué mas allá: personas de influjo y otros cuidados la sosegaron.

Napoleon delante de Madrid.

En la mañana del 2 aparecieron sobre las alturas del norte de Madrid las divisiones de dragones de los generales La Tour Maubourg y La Houssaie: antes solo se habian columbrado partidas sueltas de caballería. A las doce Napoleon mismo llegó á Chamartin, y se alojó en la casa de campo del duque del Infantado. Aniversario aquel dia de la batalla de Austerlitz y de su coronacion, se lisonjeaba seria tambien el de su entrada en Madrid. Con semejante esperanza no tardó en presentarse en sus cercanías é intimar por medio del mariscal Bessieres la rendicion á la plaza. Respondióse con desden, y aun corrió peligro de ser atropellado el oficial enviado al efecto. No habia la infantería francesa acabado de llegar, y Napoleon recorriendo los alrededores de

la villa meditaba el ataque para el siguiente dia. En este no hubo sino tiroteos de avanzadas y correrías de la caballería enemiga, que detenia, despojaba y á veces mataba á los que inhábiles para la defensa salian de Madrid. Con mas dicha y por ser todavía en la madrugada obscura y nebulosa, pudo alejarse el duque del Infantado, comisionado por la junta permanente para ir hácia Guadalajara en busca del ejército del centro, al que se consideraba cercano. Por la noche el mariscal Victor hizo levantar baterías contra ciertos puntos, principalmente contra el Retiro: y á las doce de la misma el mariscal Berthier, príncipe de Neufchatel, mayor general del ejército imperial, repitió nueva intimacion, valiéndose de un oficial español prisionero, á la que se tardó algunas horas en contestar.

Ataque de Madrid.

Amaneció el 3 cubierto de niebla, la cual disipándose poco á poco, aclaró el dia á las nueve de la mañana, y apareció bellísimo y despejado. Napoleon, preparado el ataque, dirigió su especial conato á apoderarse del Retiro, llamando al propio tiempo la atencion por las puertas del Conde-Duque y Fuencarral, hasta la de Recoletos y Alcalá, y colocándose él en persona cerca de la fuente Castellana. Mas barriendo aquella cañada y cerros inmediatos una batería situada en lo alto de la escuela de la Veterinaria, cayeron algunos tiros junto al emperador, que diciendo: *estamos muy cerca*, se alejó lo suficiente para librarse del riesgo. Gobernaba dicha batería un oficial de nombre Vasallo, y con tal acierto, que contuvo á la columna enemiga que queria meterse por la puerta de Recoletos para coger por la espalda la de Alcalá. Los ataques de las otras puertas no fueron por lo general sino simulados, ó no hubo sino ligeras escaramuzas, señalándose en la de los Pozos una cuadrilla de cazadores que se habia apostado en las casas de Bringas allí contiguas. Tambien hubo entre la del Conde-

Duque y Fuencarral vivo tiroteo, en los que fué herido en el pié de una bala el general Maison. Mas el Retiro, cuya eminencia dominando á Madrid es llave de la posicion, fué el verdadero y principal punto atacado. Los franceses ya en tiempo de Murat habian reconocido su importancia. Los generales españoles, fuese descuido ó fatal acaso, no se habian esmerado en fortificarle.

Treinta piezas de artillería dirigidas por el general Senarmont rompieron el fuego contra la tapia oriental. Sus defensores, que no eran sino paisanos, y un cuerpo recien levantado á expensas de don Francisco Mazarredo, resistieron con serenidad, hasta que los fuegos enemigos abrieron un ancho boqueron por donde entraron sus tiradores y la division del general Villatte. Entonces los nuestros decayendo de ánimo fueron ahuyentados, y los franceses derramándose con celeridad por el Prado, obligaron á los comandantes de las puertas de Recoletos, Alcalá y Atocha á replegarse á las cortaduras de sus respectivas é inmediatas calles. Pero como aquellas habian sido excavadas en la parte mas elevada, quedaron muchas casas y edificios á merced del soldado extranjero, que las robó y destrozó. Tocó tan mala suerte á la escuela de Mineralogía, calle del Turco, en donde pereció una preciosísima coleccion de minerales de España y América, reunida y arreglada al cabo de años de trabajo y penosa tarea.

La pérdida del Retiro no causó en la poblacion desaliento. En todos los puntos se mantuvieron firmes, y sobre todo en la calle de Alcalá, en donde fué muerto el general francés Bruyere. Castelar en tanto respondió á la segunda intimacion pidiendo una suspension de armas durante el dia 3 para consultar á las demas autoridades y ver las disposiciones del pueblo, sin lo cual nada podia resolver definitivamente. Eran las doce de la mañana cuando llegó esta

respuesta al cuartel general francés, é invadido ya el Retiro, desistió Napoleon de proseguir en el ataque, prefiriendo á sus contingencias el medio mas suave y seguro de una capitulacion. Pero para conseguirla mandó al de Neufchatel que diese á Castelar una réplica amenazadora diciendo: « Inmensa artillería está preparada contra la villa, mina- » dores se disponen para volar sus principales edificios..... » las columnas ocupan la entrada de las avenidas..... mas » el emperador siempre generoso en el curso de sus victo- » rias, suspende el ataque hasta las dos. Se concederá á la » villa de Madrid proteccion y seguridad para los habitantes » pacíficos, para el culto y sus ministros, en fin olvido de lo » pasado. Enarbólese bandera blanca antes de las dos, y » envíense comisionados para tratar. »

La junta establecida en Correos mandó cesar el fuego, y envió al cuartel general francés á don Tomás de Morla y á don Bernardo Iriarte. Avocáronse estos con el príncipe de Neufchatel, quien los presentó á Napoleon: vista que atemorizó á Morla, hombre de corazon pusilánime, aunque de fiera y africana figura. Napoleon le recibió asperamente. Echóle en cara su proceder contra los prisioneros franceses de Bailen, sus contestaciones con Dupont, hasta le recordó su conducta en la guerra de 1793 en el Rosellon. Por último díjole: « vaya usted á Madrid, doy de tiempo para » que se me responda de aquí á las seis de la mañana. Y » no vuelva usted sino para decirme que el pueblo se ha » sometido. De otro modo usted y sus tropas serán pasa- » dos por las armas. »

Conferencia de Morla con Napoleon.

Demudado volvió á Madrid el general Morla, y embarazosamente dió cuenta á la junta de su comision. Tuvo que prestarle ayuda su compañero Iriarte, mas sereno aunque anciano y no militar. Hubo disenso entre los vocales: prevaleció la opinion de la entrega. El marqués de Castelar, no

queriendo ser testigo de ella, partió por la noche, con la tropa que habia, camino de Extremadura. Tambien y antes el vizconde de Gante, que mandaba la puerta de Segovia, salió subrepticiamente del lado del Escorial en busca de San Juan y Heredia. Capitulacion.

A las seis de la mañana del 4 don Tomás de Morla y el gobernador don Fernando de la Vera y Pantoja pasaron al cuartel general enemigo con la minuta de la * capitulacion. Napoleon la aprobó en todas sus partes con cortísima variacion, si bien se contenian en ella artículos que no hubieran debido entrar en un convenio puramente militar. (* Ap. n. 8.)

El general Belliard despues de las diez del mismo dia entró en Madrid y tomó sin obstáculo posesion de los puntos principales. Solo en el nuevo cuartel de guardias de Corps se recogieron algunos con ánimo de defenderse, y fué menester tiempo y la presencia del corregidor para que se rindieran.

Silencioso quedó Madrid despues de la entrega, y contra Morla se abrigaba en el pecho de los habitantes odio reconcentrado. Tacháronle de traidor, y confirmáronse en la idea con verle pasar al bando enemigo. Solo hubo de su parte falta de valor y deshonroso proceder. Murió años adelante ciego, lleno de pesares, aborrecido de todos.

Consiguióse con la defensa de Madrid, si no detener al ejército francés, por lo menos probar á Europa que á viva fuerza y no de grado se admitia á Napoleon y á su hermano. Respecto de lo cual oportuna aunque familiarmente decia Mr. de Pradt, capellan mayor del emperador, primero obispo de Poitiers, y despues arzobispo de Malinas, « que » José habia sido echado de Madrid á puntapiés y recibido » á cañonazos.

El 6 se desarmó á los vecinos, y no se tardó en faltar á la capitulacion, esperanza de tantos hombres ciegos y so-

Fáltase á la capitulacion.

bradamente confiados. Dieron la señal de su quebrantamiento los decretos que desde Chamartin y á fuer de conquistador empezó el mismo dia 4 á fulminar Napoleon, quien arrojando todo embozo y sin mentar á su hermano, mostróse como señor y dueño absoluto de España.

Decretos de Napoleon en Chamartin.

Fué el primero contra el Consejo de Castilla. Decíase en su contexto que por haberse portado aquella corporacion con *tanta debilidad como superchería*, se destituian sus individuos, considerándolos *cobardes é indignos de ser los magistrados de una nacion brava y generosa*. Quedaban ademas detenidos en calidad de rehenes: por cuyo decreto el artículo sexto de la capitulacion, con afan apuntado por los del Consejo, y segun el cual debian conservarse «las leyes, » costumbres y tribunales en su actual constitucion,» se barrenaba y destruia.

Siguiéronse á este el de la abolicion de la Inquisicion, el de la reduccion de conventos á una tercera parte, el de la extincion de los derechos señoriales y exclusivos, y el de poner las aduanas en la frontera de Francia. Varios de estos decretos reclamados constantemente por los españoles ilustrados, no dejaron de cautivar al partido del gobierno intruso ciertos individuos enojados con los primeros pasos de la central, dando á otros plausible pretexto para hacerse tornadizos.

Españoles llevados á Francia.

Mas semejantes resoluciones, de suyo benéficas aunque procedentes de mano ilegítima, fueron acompañadas de otras crueles é igualmente contrarias á lo capitulado. Se cogió y llevó á Francia á don Arias Mon, decano del Consejo, y á otros magistrados. El príncipe de Castel-Franco, el marqués de Santa Cruz del Viso y el conde de Altamira ó sea de Trastamara, comprendidos en el decreto de proscripcion de Burgos, fueron tambien presos y conducidos á Francia, conmutándose la pena de muerte en la de perpetuo

encierro, sin embargo de que por los artículos primero, segundo y tercero de la capitulacion, se aseguraba la libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos, militares y empleados de Madrid. Igual suerte cupo en un principio al duque de Sotomayor, de que le libró especial favor. Estuvo para ser mas rigorosa la del marqués de San Simon, emigrado francés al servicio de España: fué juzgado por una comision militar, y condenado á muerte, habiendo defendido contra sus compatriotas la puerta de Fuencarral. Las lágrimas y encarecidos ruegos de su desconsolada hija alcanzaron gracia, limitándose la pena de su padre á la de confinacion en Francia.

Visita Napoleon el Palacio real.

Napoleon permanecia en Chamartin, y solo una vez y muy de mañana atravesó á Madrid y se encaminó á Palacio. Aunque se le representó suntuosa la morada real, segun sabemos de una persona que le acompañaba, por nada preguntó con tanto anhelo como por el retrato de Felipe II: detúvose durante algunos minutos delante de uno de los mas notables, y no parecia sino que un cierto instinto le llevaba á considerar la imágen de un monarca que, si bien en muchas cosas se le desemejaba, coincidia en gran manera con él en su amor á exclusiva, dura é ilimitada dominacion, así respecto de propios como de extraños.

Su inquietud.

La inquietud de Napoleon crecia segun que corrian dias sin recoger el pronto y abundante esquilmo que esperaba de la toma de Madrid. Sus correos comenzaban á ser interceptados, y escasas y tardías eran las noticias que recibia. Los ejércitos españoles, si bien deshechos, no estaban del todo aniquilados, y era de temer se convirtiesen en otros tantos núcleos, en cuyo derredor se agrupasen oficiales y soldados, al paso que los franceses teniendo que derramarse enflaquecian sus fuerzas, y aun desaparecian sobre la haz espaciosa de España. En las demas conquistas, dueño

Napoleon de la capital, lo habia sido de la suerte de la nacion invadida: en esta ni el gobierno, ni los particulares, ni el mas pequeño pueblo de los que no ocupaba se habian presentado libremente á prestarle homenaje. Impacientábale tal proceder, sobre todo cuando nuevos cuidados podrian llamarle á otras y lejanas partes. Mostró su enfado al corregidor de Madrid, que el 16 de diciembre fué á Chamartin á cumplimentarle y á pedirle la vuelta de José segun se habia exigido del ayuntamiento: díjole pues Napoleon que por los derechos de conquista que le asistian podia gobernar á España nombrando otros tantos vireyes cuantas eran sus provincias. Sin embargo añadió que consentiria en ceder dichos derechos á José, cuando todos los ciudadanos de la capital le hubieran dado pruebas de adhesion y fidelidad por medio de un juramento «que saliese, no solamen» te de la boca, sino del corazon, y que fuese sin restric» cion jesuítica.»

Contestacion al corregidor de Madrid.

Sujetóse el vecindario á la ceremonia que se pedia, y no por eso trataba Napoleon de reponer á José en el trono, cosa que á la verdad importaba poco á los madrileños, molestados con la presencia de cualquiera gobierno que no fuera el nacional. El emperador habia dejado en Burgos á su hermano, quien sin su permiso vino y se le presentó en Chamartin, donde fué tan mal recibido, que se retiró á la Moncloa y luego al Pardo, no gozando de rey sino escasamente la apariencia.

Juramento exigido de los vecinos.

Mas que en su persona ocupábase Napoleon en averiguar el paradero de los ingleses, y en disipar del todo las reliquias de las tropas españolas. El 8 de diciembre llegó á á Madrid el cuerpo de ejército del duque de Dantzick, y con diligencia despachó Napoleon hácia Tarancon al mariscal Bessieres, dirigiendo sobre Aranjuez y Toledo al mariscal Victor y á los generales Milhaud y Lassalle.

Van los mariscales franceses en perseguimiento de los españoles.

Por este lado y la vuelta de Talavera se habia retirado don Benito San Juan, quien despues de haber recogido en Segovia dispersos, y en union con don José Heredia, se habia apostado en el Escorial antes de la entrega de Madrid. Pensaban ir ambos generales al socorro de la capital, y aun instados por el vizconde de Gante, que con aquel objeto, segun vimos, habia ido á su encuentro, se pusieron en marcha. Acercábanse, cuando esparcida la voz de estar muy apretada la villa y otras siniestras, empezó una dispersion horrorosa, abandonando los artilleros y carreteros cañones y carruajes. Comenzó por donde estaba San Juan, cundió á la vanguardia que mandaba Heredia, y ni uno ni otro fueron parte á contenerla. Algunos restos llegaron en la madrugada del 4 cási á tocar las puertas de Madrid, en donde noticiosos de la capitulacion, sueltos y á manera de bandidos, corrieron como los primeros asolando los pueblos, y maltratando á los habitadores hasta Talavera, punto de reunion, que fué teatro de espantosa tragedia.

Total dispersion del ejército de San Juan.

Habituadas á la rapiña y al crímen las mal llamadas tropas, pesábales volver á someterse al órden y disciplina militar. Su caudillo don Benito San Juan no era hombre para permitir mas tiempo la holganza y los excesos encubiertos bajo la capa del patriotismo, de lo cual temerosos los alborotadores y cobardes, difundieron por Talavera que los jefes los habian traidoramente vendido. Con lo que apandillándose una banda de hombres y soldados desalmados, se metieron en la mañana del 7 en el convento de Agustinos, y guiados por un furibundo fraile, penetraron en la celda en donde se albergaba el general San Juan. Empezó este á arengarlos con serenidad, y aun á defenderse con el sable, no bastando las razones para aplacarlos. Desarmáronle, y viéndose perdido, al querer arrojarse por una ventana tres tiros le derribaron sin vida. Su cádaver despojado de los vestidos,

Muerte cruel de este general.

mutilado y arrastrado, le colgaron por último de un árbol en medio de un paseo público, y así expuesto, no satisfechos todavía, le acribillaron á balazos. Faltan palabras para calificar debidamente tamaña atrocidad, ejecutada por soldados contra su propio jefe, y promovida y abanderizada por quien iba revestido del hábito religioso.

Ejército del centro. Sus marchas y retirada á Cuenca.

No tan relajado, aunque harto decaido, estaba por el lado opuesto el ejército del centro. El hambre, los combates, el cansancio, voces de traicion, la fuga, el mismo desamparo de los pueblos, uniéndose á porfia y de tropel, habian causado grandes claros en las filas. Cuando le dejamos en Sigüenza estaba reducido su número á 8000 hombres cási desnudos. Mas sin embargo determinaron los jefes cumplir con las órdenes del gobierno, é ir á reforzar á Somosierra. Emprendió la infantería su ruta por Atienza y Jadraque, y la artillería y caballería en busca de mejores caminos tomaron la vuelta de Guadalajara, siguiendo la izquierda del Henares. No tardaron los primeros en variar de rumbo, y caminar por donde los segundos con el aviso de Castelar recibido en la noche del 1° al 2 de diciembre, de haber los enemigos forzado el paso de Somosierra. Continuando pues todo el ejército á Guadalajara, la 1ª y 4ª division entraron por sus calles en la noche del 2 junto con la artillería y caballería. Cási al propio tiempo llego á dicha ciudad el duque del Infantado; y el 3, avistándose con la Peña y celebrando junta de generales, se acordó: 1.° Enviar parte de la artillería á Cartagena, como se verificó; y 2.° Dirigirse con el ejército por los altos de San Torcaz, pueblecito á dos leguas de Alcalá y á su oriente, y extenderse á Arganda para que desde aquel punto, si ser pudiere, se metiese la vanguardia con un convoy de víveres por la puerta de Atocha. En la marcha tuvieron noticia los jefes de la capitulacion de Madrid, y obligados por tanto á alejarse, resol-

vieron cruzar el Tajo por Aranjuez y guarecerse de los montes de Toledo. Plan demasiadamente arriesgado y que por fortuna estorbó con sus movimientos el enemigo sin gran menoscabo nuestro. Caminaron los españoles el 6 y descansaron en Villarejo de Salvanés. Allí les salió al encuentro don Pedro de Llamas, encargado por la central de custodiar con pocos soldados el punto de Aranjuez, que acababa de abandonar forzado por la superioridad de fuerzas francesas. Interceptado de este modo el camino, se decidieron los nuestros á retroceder y pasar el Tajo por las barcas de Villamanrique, Fuentidueñas y Estremera, y abrigándose de las sierras de Cuenca sentar sus reales en aquella ciudad, paraje acomodado para repararse de tantas fatigas y penalidades. Así y por entonces se libraron las reliquias del ejército del centro de ser del todo aniquiladas en Aranjuez por el mariscal Victor, y en Guadalajara por la numerosísima caballería de Bessieres, y el cuerpo de Ney que entró el 6 viniendo de Aragon. No hubo sino alguno que otro reencuentro, y haber sido acuchillados en Nuevo-Bastan los cansados y zagueros.

Rebelion del oficial Santiago.

A los males enumerados y al encarnizado seguimiento del enemigo agregáronse en su marcha al ejército del centro discordias y conspiraciones. El 7 de diciembre estando en Belinchon el cuartel general, se mandó ir á la villa de Yebra á la 1ª y 4ª division, que regia entonces el conde de Villariezo. A mitad del camino y en Mondéjar don José Santiago, teniente coronel de artillería, el mismo que en mayo fué de Sevilla para levantar á Granada, se presentó al general de las divisiones diciéndole, que estas en vez de proseguir á Cuenca, querian retroceder á Madrid para pelear con los franceses, y que á él le habian escogido por caudillo; pero que suspendia admitir el encargo hasta ver si el general, aprobando la resolucion, se hacia digno de conti-

nuar capitaneándolos. Rehusó Villariezo la inesperada oferta, y reprendiendo al Santiago, encomendóle contener el mal espíritu de la tropa: singular conspirador y singular jefe. La artillería, como era de temer, en vez de apaciguarse se apostó en el camino de Yebra, y forzó á la otra tropa que iba á continuar su marcha á volver atrás. Intentó Villariezo arengar á los sublevados, que aparentaron escucharle, mas quiso que de nuevo prosiguiesen su ruta; y gritando unos á *Madrid*, y otros á *Despeñaperros*, tuvo que desistir de su empeño y despachar al coronel de Pavía, príncipe de Anglona, para que informase de lo ocurrido al general en jefe, el cual creyó prudente separar la infantería y alejarla de la caballería y artillería. Los peones dirigiéndose á Illana debian cruzar el vado y barcas de Maquilon; los jinetes y cañones con solos 2 regimientos de infantería, Ordenes y Lorca, las de Estremera: mandando á los primeros el mismo Villariezo y á los segundos don Andrés de Mendoza. Ciertas precauciones y la repentina mudanza en la marcha suspendieron algun tiempo el alboroto; mas el dia 8 al querer salir de Tarancon encrespóse de nuevo, y sin rebozo se puso Santiago á la cabeza.

Pareciéndole al Mendoza que el carácter y respetos del conde de Miranda, comandante de carabineros reales, que allí se hallaba, eran mas acomodados para atajar el mal que los que á su persona asistian, propuso al conde, y este aceptó, substituirle en el mando. Llamado don José Santiago por el nuevo jefe, retúvole este junto á su persona; y hubo vagar para que adoptadas prontas y vigorosas providencias se continuase, aunque con trabajo, la marcha á Cuenca. El Santiago fué conducido á dicha ciudad, y arcabuceado despues en 12 de enero con un sargento y cabo de su cuerpo.

Mas el mal habia echado tan profundas raices y andaban

las voluntades tan mal avenidas, que para arrancar aquellas y aunar estas, juzgó conveniente don Manuel de la Peña celebrar un consejo de guerra en Alcázar de Huete, y desistiéndose del mando proponer en su lugar por general en jefe al duque del Infantado. Admitióse la propuesta, consintió el duque, y aprobólo despues la central, con que se legitimaron unos actos que solo disculpaba lo árduo de las circunstancias.

Nómbrase por general en jefe al duque del Infantado.

La mayor parte del ejército entró en Cuenca en 10 de diciembre. Mas remisa estuvo, y llegó en desórden la 2ª division al mando del general Grimarest, que fué atacada en Santa Cruz de la Zarza en la noche del 8, y ahuyentada por el general Mont-Brun. Y el terror y la indisciplina fueron tales, que cási sin resistencia corrió dicha division precipitadamente y á la primera embestida camino de Cuenca.

En esta ciudad reunido el ejército del centro y abrigado de la fragosa tierra que se extendia á su espalda, terminó su retirada de ochenta y seis leguas, emprendida desde las faldas del Moncayo, memorable sin duda, aunque costosa; pues al cabo, en medio de tantos tropiezos, reencuentros, marchas y contramarchas, escaseces y sublevaciones, salvóse la artillería y bastante fuerza para con su apoyo formar un nuevo ejército, que combatiendo al enemigo ó trabajándole le distrajese de otros puntos y contribuyese al bueno y final éxito de la causa comun.

Conde de Alacha. Su retirada gloriosa.

Descansaban pues y se reponian algun tanto aquellos soldados, cuando con asombro vieron el 16 entrar por Cuenca una corta division que se contaba por perdida. Recordará el lector cómo despues del acontecimiento de Logroño, incorporada la gente de Castilla en el ejército de Andalucía, se formó una vanguardia de 4000 hombres al mando del conde de Cartaojal, destinada á maniobrar en la sierra de Cameros. El 22 de noviembre, segun órden de Castaños,

se habia retirado dicho jefe por el lado de Ágreda á Borja, y despues de una leve refriega con partidas enemigas prosiguiendo á Calatalud, se habia allí unido al grueso del ejército, de cuya suerte participó en toda la retirada. Mas de este cuerpo de Cartaojal quedó el 21 en Nalda separado y como cortado un trozo á las órdenes del conde de Alacha.

No desanimándose ni los soldados ni su caudillo, aconsejado de buenos oficiales al verse rodeados de enemigos, y ellos en tan pequeño número, emprendieron una retirada larga, penosa y atrevida. Por espacio de veinte dias acampando y marchando á dos y tres leguas del ejército francés, cruzando empinados montes y erizadas breñas, descalzos y cási desnudos en estacion cruda, apenas con alimento, desprovistos de todo consuelo, consiguieron, venciendo obstáculos para otros insuperables, llegar á Cuenca conformes y aun contentos de presentarse no solo salvos, sino con el trofeo de algunos prisioneros franceses. Tanta es la constancia, sobriedad é intrepidez del soldado español bien capitaneado.

Pero la estancia en Cuenca del ejército del centro, si bien por una parte le daba lugar para recobrarse y le ponia mas al abrigo de una acometida, por otra dejaba á la Mancha abierta y desamparada. Es cierto que sus vastas llanuras nunca hubieran sido bastantemente protegidas por las reliquias de un ejército, á cuya caballería no le era dado hacer rostro á la formidable y robusta de las huestes enemigas.

La Mancha. Así fué que el mariscal Victor, sentando ya en 11 de diciembre su cuartel general en Aranjuez y Ocaña, desparramó por la Mancha baja gruesas partidas, que se proveian de vituallas en sus feraces campiñas, y pillaban y maltrataban pueblos abandonados á su rapacidad por los fugitivos habitantes.

Toledo. Habian contado algunos con que Toledo haria resistencia;

mas desapercibida la ciudad y cundiendo por sus hogares el terror que esparcian la rota y dispersion de los ejércitos, abrió el 19 de diciembre sus puertas al vencedor; habiendo antes salido de su recinto la junta provincial, muchos de los principales vecinos, y despachado á Sevilla 12000 espadas de su antigua y celebrada fábrica.

Ciertos y contados pueblos ofrecieron la imágen de la mas completa anarquía, atropellando y asesinando pasajeros. Doloroso sobre todo fué lo que aconteció en Malagon y Ciudad-Real. Por el último pasaba preso á Andalucía don Juan Duro, canónigo de Toledo y antiguo amigo del príncipe de la Paz: ni su estado, ni su dignidad, ni sus súplicas le guarecieron de ser bárbaramente asesinado. La misma suerte cupo en el primer pueblo á don Miguel Cayetano Soler, ministro de Hacienda de Cárlos IV, que tambien llevaban arrestado: atrocidades que hubieran debido evitarse, no exponiendo al riesgo de transitar por lugares agitados personajes tan aborrecidos. Muertes violentas.

Templa por dicha la amargura de tales excesos la conducta de otras poblaciones, que empleando dignamente su energía y cediendo al noble impulso del patriotismo antes que á los consejos de la prudencia, detuvieron y escarmentaron á los invasores. Señalóse la villa de Villacañas, una de las comprendidas en el gran priorato de San Juan. Varias partidas de caballería enemiga, que quisieron penetrar por sus calles, fueron constantemente rechazadas en diferentes embestidas que dieron en los dias del 20 al 25 de diciembre. Alabó el gobierno y premió la conducta de Villacañas, cuya poblacion quedó, durante algun tiempo, libre de enemigos, en medio de la Mancha inundada de sus tropas. Villacañas.

Estas antes de terminar diciembre se habian extendido hasta Manzanares, y amagaban aproximarse á las gargantas de Sierramorena. Muchos oficiales y soldados del ejército Sierramorena.

del centro se habian acogido á aquellas fraguras: unos obligados de la necesidad, otros huyendo vergonzosamente del peligro. Sin embargo como estos eran los menos, túvose á dicha su llegada, porque daba cimiento á formar y organizar centenares de alistados que acudian de las Andalucías y la Mancha.

Juntas de los cuatro reinos de Andalucía.

Las juntas de aquellos cuatro reinos, vista la dispersion de los ejércitos y en dudas del paradero de la central, trataron de reunirse en la Carolina, enviando allí dos diputados de cada una que las representasen, invitando tambien á lo mismo á la de Extremadura y á otra que se habia establecido en Ciudad-Real; pero la central, fuese prevision ó temores de que se le segregasen estas provincias, habia comisionado á Sierramorena al marqués de Camposagrado, individuo suyo, con órden de promover los alistamientos y de poner en estado de defensa aquella cordillera. El 6 de diciembre ya se hallaba en Andújar, como asímismo el marqués del Palacio, encargado del mando en jefe del ejército que se reunia en Despeñaperros, habiendo sido antes llamado de Cataluña, segun en su lugar veremos. De Sevilla enviaron los útiles y cañones necesarios para fortificar la sierra, á donde tambien y con felicidad retrocedieron desde Manzanares 14 piezas que caminaban á Madrid. Por este término se consiguió al promediar diciembre, que en la Carolina y contornos se juntasen 6000 infantes y 300 caballos, cubriéndose y reforzándose sucesivamente los diversos pasos de la sierra.

Campos agrado.

Marqués del Palacio.

Cortos eran en verdad semejantes medios, si el enemigo con sus poderosas fuerzas hubiera intentado penetrar en Andalucía; pero distraida su atencion á varios puntos, y fija principalmente en el modo de destruir al ejército inglés, único temible que quedaba, trató de seguir á este en Castilla y obrar ademas del lado de Extremadura, como mo-

vimiento que podria ayudar á las operaciones de Portugal en caso que los ingleses se retirasen hácia aquel reino.

Marchan los franceses á Extremadura.

Para lograr el último objeto marchó sobre Talavera el 4º cuerpo del mando del mariscal Lefebvre, compuesto de 22000 infantes y 3000 caballos. La provincia de Extremadura, aunque hostigada y revuelta con exacciones y dispersos, se mantenia firme y muy entusiasmada. Mas el despecho que causaban las desgracias convirtió á veces la energía en ferocidad. Fueron en Badajoz el 16 de diciembre inmolados dos prisioneros franceses, el coronel de milicias don Tiburcio Carcelen y el ex-tesorero general don Antonio Noriega, antiguo allegado del príncipe de la Paz. Tambien pereció en la villa de Usagre su alcalde mayor. Los asesinos descubiertos en ambos pueblos fueron juzgados y pagaron su crímen con la vida. Estas muertes, con las que hemos contado, y alguna otra que relatarémos despues, que en todo no pasaron de doce, fueron las que desdoraron este segundo período de nuestra historia, en el cual, rompiéndose de nuevo en ciertas provincias los vínculos de la subordinacion y del órden, quedó suelta la rienda á las pasiones y venganzas particulares.

Estado de la provincia.

Excesos.

El general Galluzo, sucesor del desventurado San Juan, escogió la orilla izquierda del Tajo como punto propio para detener en su marcha á los franceses. Fué su primera idea guardar los vados y cortar los principales puentes. Cuéntanse de estos cuatro desde donde el Tiétar y Tajo se juntan en una madre hasta Talavera; y son el del Cardenal, el de Almaráz, el del Conde y el del Arzobispo. El segundo por donde cruza el camino de Badajoz á Madrid, mereció particular atencion, colocándose allí en persona el mismo Galluzo. La trabazon de su fábrica era tan fuerte y compacta, que por entonces no se pudo destruir, y solo sí resquebrajarle en parte: 5000 hombres le guarnecieron.

Don Francisco Trias fué enviado el 15 de diciembre al del Arzobispo, del que ya enseñoreados los enemigos, tuvo que limitarse á quedar en observacion suya. Los otros dos puentes fueron ocupados por nuestros soldados.

Su retirada. Los franceses se contentaron al principio con escaramuzar en toda la línea hasta el dia 24, en que viniendo por el del Arzobispo, atacaron el frente y flanco derecho del general Trias, y le obligaron á recogerse á la sierra camino de Castañar de Ibor. Tambien fué amagado en el propio dia el del Conde, que sostuvo don Pablo Morillo, subteniente entonces, general ahora.

Noticioso Galluzo de lo ocurrido con Trias y tambien de que los enemigos habian avanzado á Valdelacasa, se replegó á Jaraicejo, tres leguas á retaguardia de Almaráz, dejando para guardar el puente los batallones de Irlanda y Mallorca y una compañía de zapadores. Así como los otros fué luego atacado este punto, del que se apoderó al cabo de una hora de fuego la division del general Valence, cogiendo 500 prisioneros.

Pensó Galluzo detenerse en Jaraicejo; pero creyéndose poco seguro con la toma del puente de Almaráz, á las tres de la tarde del 25 ordenadamente emprendió su retirada á Trujillo, cuatro leguas distante. Este movimiento y voces que esparcia el miedo ó la traicion, aumentaron el desórden del ejército, y temíase otra dispersion. Por ello, y la superioridad de fuerzas con que el enemigo se adelantaba, juntó Galluzo un consejo de guerra (menguado recurso á que nuestros generales continuamente acudian), y se decidió retirarse á Zalamea, veintitres leguas de Trujillo y del lado de la sierra que parte términos con Andalucía. El 28 llegó el ejército á su destino, si ejército merece llamarse lo que ya no era sino una sombra. De la artillería se salvaron 17 piezas, 11 de ellas se enviaron de Miajadas á Badajoz, y 6 siguieron á Za-

lamea. A este punto llegaron despues y en mejor órden 1200 hombres de los del puente del Conde y del Arzobispo.

Los franceses pentraron el 26 hasta Trujillo, quedando á merced suya la Extremadura y muy expuesta y desapercibida la Andalucía. Otros acontecimientos los obligaron á hacer parada y retroceder prontamente, dando lugar á la Junta central para reparar en parte tanto daño.

Continúa la central su viaje.

El viaje de esta habia continuado sin otra interrupcion ni descanso que el preciso para el despacho de los negocios. En todos los pueblos por donde transitaba era atendida y acatada, contribuyendo mucho á ello los respetables nombres de Floridablanca y Jovellanos, y la esperanza de que la patria se salvaría salvándose la autoridad central. En Talavera, en cuya villa la dejamos, celebró dos sesiones. Detúvose en Trujillo cuatro dias, y recibiendo en esta ciudad pliegos del general Escalante, enviado al ejército inglés, en los que anunciaba la ineficacia de su oficios con el general sir Juan Moore para que obrase activamente en Castilla; puesta la Junta de acuerdo con el ministro británico Mr. Frere, nombraron, la primera á don Francisco Javier Caro, individuo suyo, y el segundo á sir Cárlos Stuart, á fin de que encarecidamente y de palabra repitiesen las mismas instancias á dicho general; siendo esencial su movimiento y llamada para evitar la irrupcion de las Andalucías.

Se expidieron tambien en Trujillo premiosas órdenes para el armamento y defensa á los generales y juntas, y se resolvió no ir á Badajoz sino á Sevilla, como ciudad mas populosa y centro de mayores recursos.

Al pasar la Junta por Mérida, una diputacion de la de aquella ciudad le pidió en nombre del pueblo que eligiese por capitan general de la provincia y jefe de sus tropas á don Gregorio de la Cuesta, que en calidad de arrestado seguia á la Junta. No convino esta en la peticion, dando

por disculpa que se necesitaba *averiguar* el dictámen de la suprema de la provincia congregada en Badajoz, la cual sostuvo á Galluzo, hasta que tan atropellada y desordenadamente se replegó á Zalamea. Entonces la voz pública pidiendo por general á Cuesta, bienquisto en la provincia en donde antes habia mandado, unióse á su clamor la Junta provincial, y la central, aunque con repugnancia, accedió al nombramiento. Cuesta llamó de Zalamea las tropas y estableció su cuartel general en Badajoz, en cuya plaza empezó á habilitar el ejército para resistir al enemigo, y emprender despues nuevas operaciones.

Sucede Cuesta á Galluzo.

Mas en esta providencia, oportuna sin duda y militar, no faltó quien viese la enemistad del general Cuesta con la Junta central, quedando abierta la Andalucía á las incursiones del enemigo, y por tanto Sevilla, ciudad que habia el gobierno escogido para su asiento. Temerosa debió de andar la misma Junta ya de un ataque de los franceses, ó ya de los manejos y siniestras miras de Cuesta; pues antes de acabar diciembre nombró al brigadier don José Serrano Valdenebro para cubrir con cuantas fuerzas pudiese los puntos de Santa Olalla y el Ronquillo y las gargantas occidentales de Sierramorena.

La Junta central entró en Sevilla el 17 de diciembre. Grande fué la alegría y júbilo con que fué recibida, y grandes las esperanzas que comenzaron á renacer. Abrió sus sesiones en el real Alcázar el dia 18, y notóse luego que mudaba algun tanto y mejoraba de rumbo. Los contratiempos, la experiencia adquirida, los clamores y la muerte del conde de Floridablanca, influyeron en ello extraordinariamente. Falleció dicho conde en el mismo Sevilla el 30 de diciembre, cargado de años y oprimido por padecimiento de espíritu y de cuerpo. Celebróse en memoria un magnífico funeral, y se le dispensaron honores de infante de Castilla. Fué

Llega á Sevilla la central en 17 de diciembre.

Muerte de Floridablanca.

nombrado en su lugar el vice-presidente de la Junta, marqués de Astorga, grande de España, y digno por su conducta política, honrada índole y alta gerarquía de recibir tan honorífica distincion.

El estado de las cosas era sin embargo crítico y penoso. De los ejércitos no quedaban sino tristes reliquias en Galicia, Leon y Asturias, en Cuenca, Badajoz y Sierramorena. Algunas otras se habian acogido á Zaragoza ya sitiada; y Cataluña, aunque presentase una diversion importante, no bastaba por sí sola á impedir la completa ruina y destruccion de las demas provincias y del gobierno. Dudábase de la activa cooperacion del ejército inglés, arrimado sin menearse contra Portugal y Galicia, y solo se vivia con la esperanza de que el anhelo por repelerle del territorio peninsular empeñaria á Napoleon en su seguimiento, y dejaria en paz por algun tiempo el levante y mediodia de España, con cuyo respiro se podrian rehacer los ejércitos y levantar otros nuevos, no solamente por medio de los recursos que estos paises proporcionasen, sino tambien con los que arribaron á sus costas de las ricas provincias situadas allende el mar.

Situacion penosa de la central.

Sus esperanzas.

RESUMEN

DEL

LIBRO SÉPTIMO.

Salida de Napoleon de Chamartin. — Situacion del ejército inglés. — Dudas y vacilaciones del general Moore. — Consulta con Mr. Frere. — Pasos é instancias de la Junta central y de Morla para que avance. — Resuélvese á ello. — Incidente que pudo estorbarlo. — Sale el 12 de Salamanca á Valladolid. — Varía de direccion y se mueve hácia Toro y Benavente. — Da de ello aviso á Romana. — Mal estado del ejército de este. — Parcialidad de escritores extranjeros. — Union en Mayorga de los generales Baird y Moore. — Situacion del mariscal Soult. — Aviso de la venida de Napoleon. — Retíranse los ingleses á Benavente y Astorga. — Marcha de Napoleon. — Paso de Guadarrama. — Empieza á relajarse la disciplina del ejército inglés. — Choque de caballería en Benavente. — Sorprenden en Mansilla los franceses á los españoles. — Retírase Romana de Leon. — Júntase en Astorga con los ingleses. — Retírase Romana por Fuencebadon: Moore por Manzanal. — Desgracias de Romana en su retirada. — Desórdenes de los ingleses en su retirada. — Llega Napoleon á Astorga. — Entrada del mariscal Soult en el Vierzo. — Reencuentro en Cacabelos. — Retírase el general Moore de Villafranca. — Van en aumento los desórdenes de los ingleses. — Llegan á Lugo. — Prepárase Moore á aventurar una batalla — Retírase despues.

— Llega á la Coruña. — Batalla de la Coruña. — Embárcanse los ingleses. — Entrega de la Coruña. — Del Ferrol. — Estado de Galicia. — Paradero de Romana. — Sucede á Soult el mariscal Ney. — Vuelta de Napoleon á Valladolid. — Aspero recibimiento que hace Napoleon á las autoridades. — Angustias del ayuntamiento de Valladolid. — Suplicio de algunos españoles, y perdon de uno de ellos. — Temores de guerra con Austria. — Prepárase Napoleon á volver á Francia. — Recibe en Valladolid á los diputados de Madrid. — Opinion é intentos de Napoleon sobre España. — Parte para Francia. — José en el Pardo. — Pasa una revista en Aranjuez. — Movimiento del ejército español del centro. — Planes de su jefe el duque del Infantado. — Ataque de Tarancon. — Avanza el mariscal Victor. — Retírase Venegas á Uclés. — Batalla de Uclés. — Excesos cometidos por los franceses en Uclés. — Retirada del duque del Infantado. — Sucédele en el mando el conde de Cartaojal. — Entrada de José en Madrid. — Sucesos de Cataluña. — La junta del principado se traslada á Villafranca. — Excursiones de Duhesme. — Vives, sucesor del marqués del Palacio. — Ejército español de Cataluña. Su fuerza. — Situacion de Barcelona. — Tentativas de Vives contra aquella plaza. — Entrada de Saint-Cyr en Cataluña. — Sitio de Rosas. — Honrosa resistencia de los españoles. — Capitulacion de Rosas. — Avanza Saint-Cyr camino de Barcelona. — Vives y las divisiones de Reding y Lazan. — Orden singular dada por Lecchi en Barcelona. — Trata Vives de seducirle á él y á otros. — Ataques de Vives del 26 y 27 de noviembre en las cercanías de Barcelona. — Del 5 de diciembre. — Reding y Vives van al encuentro de Saint-Cyr. — Continúa Saint-Cyr su marcha. — Batalla de Llinas ó Cardedeu. — Son dorrotados los españoles. — Se retiran al Llobregat. — Llega Saint-Cyr á Barcelona. — Avanza al Llobregat. — Situacion de los españoles. — Batalla de Molins de Rey. — Derrota de los españoles y tristes resultas. — Embarazosa tambien la situacion de Saint-Cyr. — Acontecimientos de Tarragona. — Sucede Reding á Vives. — Segundo sitio de Zaragoza. — Preparativos de defensa. — Disposiciones de los franceses. — Preséntanse delante de Zaragoza. — El mariscal Moncey se apodera del monte Torrero. — Son rechazados los franceses en el arrabal. — Intimacion á la plaza. — Bloqueo y ataques que preparan los franceses. — Salida del general Butron. — Reemplaza Junot á Moncey. — Sale Mortier para Calatayud. — Empieza el bombardeo. — Ataques contra San José y reducto del Pilar. — Manuela Sancho. — Resolucion de los moradores. — Enfermedades y contagio. — Temores de los franceses. — Gente que perdieron en Alcañiz. — Lle-

gada del mariscal Lannes. — Llama á Mortier. — Dispersa este á Perena. —Asalto de los franceses al recinto de la ciudad. —Muerte de San-Genis. — Estragos del bombardeo y epidemia. —Intimacion de Lannes. — Dicho de Palafox. —Resistencia en casas y edificios. — Minas de los franceses. —Patriotismo y fervor de algunos eclesiásticos. — Muerte del general Lacoste. — Murmuraciones del ejército francés. —Embestida del arrabal. —Los progresos del enemigo en la ciudad. — Nuevas murmuraciones del ejército francés. —Toma del arrabal. —Furioso ataque que los franceses preparan. — Deplorable estado de la ciudad. — Enfermedad de Palafox. — Propone la junta capitular. — Conferencia con Lannes. —Capitulacion. —Palabra que da Lannes. —Firma la junta la capitulacion. —Quebrántase por los franceses horrorosamente. —Mal trato dado á Palafox. — Muerte de prisioneros. De Boggierio y Sas. — Entrada de Lannes en Zaragoza. —Padre Santander. — Junot sucede otra vez á Lannes. —Pérdidas de unos y de otros. — Ruinas de edificios y bibliotecas. —Juicio sobre este sitio.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

LIBRO SÉPTIMO.

Salida de Napoleon de Chamartin.

NAPOLEON permanecia en Chamartin. Allí afanado y diligente, agitado su corazon como mar por vientos bravos, ocupábale España, Francia, Europa entera, y mas que todo averiguar los movimientos y paradero del ejército inglés. Posponia á este los demas cuidados. Avisos inciertos ó fingidos le impelian á tomar encontradas determinaciones. Unas veces resuelto á salir via de Lisboa se aprestaba á ello: otras suspendiendo su marcha, aguardaba de nuevo posteriores informes. Pareció al fin estar próximo el dia de su partida, cuando el 19 de diciembre á las puertas de la capital pasó reseña á 70000 hombres de escogidas tropas. Así fué: dos dias despues, el 21, habiendo recibido noticia cierta de que los ingleses se internaban en Castilla la Vieja, en la misma noche con la rapidez del rayo acordó oportunas providen-

cias para que el 22, dejando en Madrid 10000 hombres, partiesen 60000 la vuelta de Guadarrama.

Situacion del ejército inglés.

Era en efecto tiempo de que atajase los intentos de contrarios tan temibles y que tanto aborrecia. Sir Juan Moore, vacilante al principio, habia por último tomado la ofensiva con el ejército de su mando. Ya hablamos de su llegada á Salamanca el 23 de noviembre. Apenas habia sentado allí sus reales, empezaron á esparcirse las nuevas de nuestras derrotas, funestos acontecimientos que sobresaltaron al general inglés con tanto mayor razon, cuanto sus fuerzas se hallaban segregadas y entre sí distantes. Hasta el 23 del propio noviembre no acabaron de concurrir á Salamanca las que con el mismo general Moore habian avanzado por el centro: de las restantes, las que mandaba sir David Baird estaban el 26 unas en Astorga, otras léjos á la retaguardia, no habiendo aun en aquel dia las de sir Juan Hope atravesado en su viaje desde Extremadura las sierras que dividen ambas Castillas.

Dudas y vacilaciones del general Moore.

Como exigia tiempo la reconcentracion de todas estas fuerzas, era de recelar que los franceses, libres de ejércitos españoles, avanzando é interponiéndose con su acostumbrada celeridad, embarazasen al de los ingleses y le acometiesen separadamente y por trozos: en especial cuando este, si bien lucido en su apariencia, maravillosamente disciplinado, bizarrísimo en un dia de batalla, flaqueaba del lado de la presteza.

Motivos eran estos para contener el ánimo de cualquiera general atrevido, mucho mas el del general inglés, hombre prudente y á quien los riesgos se representaban abultados; porque aunque oficial consumado y dignísimo del buen concepto que entre sus compatriotas gozaba, adolecia por desgracia de aquel achaque, entonces comun á los militares, de tener por invencibles á Napoleon y sus huestes, juzgaba la

causa peninsular de éxito muy dudoso, y por decirlo así, la miraba como perdida: lo cual no poco contribuyó á su irresolucion é incertidumbre. Se acrecentaron sus temores al entrar en España, no columbrando en los pueblos señales extraordinarias de entusiasmo; como si la manifestacion de un sentimiento tan vivo pudiera sin término prolongarse, y como si la disposicion en que veia á todos los habitantes de no querer entrar en pacto ni convenio con el enemigo, no fuera bastante para hacerle fundadamente esperar que ella sola debia al cabo producir larga y porfiada resistencia.

Desalentado por consiguiente el general Moore, y no contemplando ya en esta guerra sino una lucha meramente militar, empezó á contar bajo dicho respecto sus recursos y los de los españoles, y habiendo en gran parte desaparecido los de estos con las derrotas, y siendo los suyos muy inferiores á los de los franceses, pensó en retirarse á Portugal. Tal fué su primer impulso al saber las dispersiones de Espinosa y Burgos. Mas conservándose aun cási intacto el ejército español del centro, repugnábale volver atrás antes de haberse empeñado en la contienda y de ser estrechado á ello por el enemigo. En medio de sus dudas resolvió tomar consejo con Mr. Frere, ministro británico cerca de la Junta central, quien no estaba tan desesperanzado de la causa peninsular como el general Moore, porque ministro ya de su corte en Madrid en tiempo de Cárlos IV, conocia á fondo á los españoles, tenia fé en sus promesas, y antes bien pecaba de sobrada aficion á ellos que de tibieza ó desvío. Su opinion por tanto les era favorable.

Consulta con Mr. Frere.

Pero sir Juan Moore, noticioso el 28 de noviembre de la rota de Tudela, sin aguardar la contestacion de Mr. Frere, determinó retirarse. En consecuencia encargó al general Baird que se encaminase á la Coruña ó á Vigo, previniéndole solamente que se detuviera algunos dias para imponer

respeto á las tropas del mariscal Soult que estaban del lado de Sahagun, y dar lugar á que llegase sir Juan Hope. Se unió este con el cuerpo principal del ejército en los primeros dias de diciembre, no habiendo condescendido, al pasar su division por cerca de Madrid, con los ruegos de don Tomás de Morla, dirigidos á que entrase con aquella en la capital y cooperase á su defensa.

Pasos é instancias de la Junta central y de Morla para que avance.

La Junta central, recelosa por su parte de que los ingleses abandonasen el suelo español, y con objeto tambien de cumplimentar á sus jefes, habia enviado al cuartel general de Salamanca á don Ventura Escalante y á don Agustin Bueno, que llegaron á la sazon de estar resuelta la retirada. Inútilmente se esforzaron por impedirla, bien es que fundando muchas de sus razones en los falsos rumores que circulaban por España, en vez de conmover con ellas el ánimo desapasionado y cauto del general inglés, no hacian sino afirmarle en su propósito.

Tambien por entonces don Tomás de Morla no habiendo alcanzado lo que deseaba de sir Juan Hope, despachó un correo á Salamanca pidiendo al general en jefe inglés que fuese al socorro de Madrid, ó que por lo menos distrajese al enemigo cayendo sobre su retaguardia. Tampoco hubiera suspendido este paso la resolucion de Moore, si al mismo tiempo sir Cárlos Stuart, habitualmente de esperanzas menos halagüeñas y á los ojos de aquel general testigo imparcial, no le hubiese escrito manifestándole que creia al pueblo de Madrid dispuesto á recia y vigorosa resistencia.

Resuélvese á ello.

Empezó con esto á titubear el ánimo de Moore, y cedió al fin en vista de los pliegos que en respuesta á los suyos recibió el propio dia de Mr. Frere: quien expresando en su contenido ardiente anhelo por asistir á los españoles, añadia ser político y conveniente que sin tardanza se adelan-

tase el ejército británico á sostener el noble arrojo del pueblo de Madrid. Lenguaje digno y generoso de parte de Mr. Frere, propio para estimular al general de su nacion, pero cuyos buenos efectos hubiera podido destruir un desgraciado incidente.

Incidente que pudo estorbarlo.

Habia sido portador de los pliegos el coronel Charmilly, emigrado francés, y que por haber presenciado en 1° de diciembre el entusiasmo de los madrileños, pareció sugeto al caso para dar de palabra puntuales y cumplidos informes. Pero la circunstancia de ser francés dicho portador, y quizá tambien otros siniestros y anteriores informes, léjos de inspirar confianza al general Moore, fueron causa de que le tratase con frialdad y reserva. Achacó el Charmilly recibimiento tan tibio á la invariable resolucion que habia formado aquel de retirarse, y pensó oportuno hacer uso de una segunda carta que M. Frere le habia encomendado. La escribió este ministro ansioso de que á todo trance socorriese su ejército á los españoles, y sin reparar en la circunspeccion que su elevado puesto exigia, encargó al Charmilly la entregase á Moore caso que dicho general insistiese en volver atrás sus pasos. Así lo hizo el francés, y fácil es conjeturar cuál seria la indignacion del jefe británico al leer en su contexto, que antes de emprender la retirada «se examinase por un consejo de guerra al portador » de los pliegos.» Apenas pudo sir Juan reprimir los ímpetus de su ira; y forzoso es decir que si bien habia animado á Mr. Frere intencion muy pura y loable, el modo de ponerla en ejecucion era desusado y ofensivo para un hombre del carácter y respetos del general Moore. Este sin embargo sobreponiéndose á su justo resentimiento, contentóse con mandar salir de los reales ingleses al coronel Charmilly, y determinó moverse por el frente con todo su ejército, cuyas divisiones estaban ya unidas ó

por lo ménos en disposicion de darse fácilmente la mano.

Próximo á abrir la marcha, fué tambien gran ventura que otros avisos llegados al propio tiempo no la retardasen ó la impidiesen. Habia antes el general inglés enviado hácia Madrid al coronel Graham, á fin de que se cerciorase del verdadero estado de la capital. Mas dicho coronel sin haber pasado de Talavera, cuyo rodeo habia tomado á causa de las circunstancias, se halló de vuelta en Salamanca el 9 de diciembre, y trajo tristes y desconsoladas nuevas. Los franceses, segun su relato, eran ya dueños del Retiro y habian intimado la rendicion á Madrid.

Sale el 12 de Salamanca á Valladolid.

Por grave que fuese semejante acontecimiento no por eso influyó en la resolucion de sir Juan Moore, y el 12 levantó el campo marchando con sus tropas y las del general Hope camino de Valladolid, y con la buena fortuna de que ya en la noche del mismo dia un escuadron inglés al mando del brigadier general Cárlos Stewart, hoy lord Londonderry, sorprendió y acuchilló en Rueda un puesto de dragones franceses.

El 14 se entregaron en Alaejos al general Moore pliegos cogidos en Valdestillas á un oficial enemigo, muerto por haber maltratado al maestro de postas de aquella villa. Iban dirigidos al mariscal Soult, á quien despues de informarle de hallarse el emperador tranquilo poseedor de Madrid, se le mandaba que arrinconase en Galicia á los españoles y que ocupase á Leon, Zamora y tierra llana de Castilla. Del contenido de tales pliegos si bien se inferia la falta de noticias en que estaba Napoleon acerca de los movimientos de los ingleses, tambien con su lectura pudieron estos cerciorarse de cuál fuese en realidad la situacion de sus contrarios, y cuáles los triunfos que habian obtenido.

Con este conocimiento alteró su primer plan sir Juan Moore, y en vez de avanzar á Valladolid tomó por su iz-

quierda del lado de Toro y Benavente para unirse con los generales Baird y Romana, y juntos deshacer el cuerpo mandado por el mariscal Soult antes que Napoleon penetrase en Castilla la Vieja. Estaba el general inglés ejecutando su movimiento á la sazon que el 16 de diciembre se avistaron con él en Toro don Francisco Javier Caro y sir Cárlos Stuard, enviados desde Trujillo, uno por la Junta central, de que era individuo, y otro por Mr. Frere con el objeto de hacer un nuevo esfuerzo y evitar la tan temida retirada. Afortunadamente ya esta se habia suspendido, y si las operaciones del ejército inglés no fueron del todo conformes á los deseos del gobierno español, no dejaron por lo ménos de ser oportunas y de causar diversion ventajosa.

Varia de direccion y se mueve hácia Toro y Benavente.

Luego que el general Moore se resolvió á llevar á cabo el plan indicado, se lo comunicó al marqués de la Romana. Hallábase este caudillo en Leon á la cabeza del ejército de la izquierda, cuyas reliquias, viniendo unas por la Liébana, segun dijimos, y cruzando otras el principado de Asturias, se habian ido sucesivamente reuniendo en la mencionada ciudad. En ella, en Oviedo y en varios pueblos de las dos líneas que atravesaron los dispersos, cundieron y causaron grande estrago unas fiebres malignas contagiosas. Las llevaban consigo aquellos desgraciados soldados, como triste fruto del hambre, del desabrigo, de los rigurosos tiempos que habian padecido: cúmulo de males que requeria prontos y vigorosos remedios. Mas los recursos eran contados, y débil y poco diestra la mano que habia de aplicarlos. Hablamos ya de las prendas y de los defectos del marqués de la Romana. Por desgracia solo los últimos aparecieron en circunstancias tan escabrosas. Distraido y olvidadizo dejaba correr los dias sin tomar notables providencias, y sin buscar medios de que aun podia disponer. ¿Quién en efecto pensara que teniendo á su espalda y libre de enemigos la

Da de ello aviso á Romana.

Mal estado del ejército de este.

provincia de Asturias no hubiese acudido á abuscar en ella apoyo y auxilios? Pues fué tan al contrario, que, pésanos decirlo, en el espacio de mas de un mes que residió en Leon, solo una vez y tarde escribió á la junta de aquel principado para darle gracias por su celo y patriótica conducta.

A pesar de tan reprensible abandono, no perseguido el ejército de la izquierda, mas tranquilo y mejor alimentado, íbase poco á poco reparando de sus fatigas, y no menos de 16000 hombres se contaban ya alojados en Leon y riberas del Esla; pero de este número escasamente la mitad merecia el nombre de soldados.

Atento á su deplorable estado y en el intermedio que corrió entre la primera resolucion del general Moore de retirarse, y la posterior de avanzar, sabedor Romana de que sir David Baird se disponia á replegarse á Galicia, no queriendo quedar expuesto, solo y sin ayuda á los ataques de un enemigo superior, habia tambien determinado abandonar á Leon. Súpolo Moore en el momento en que se movia hácia adelante, y con diligencia escribió á Romana sentido de su determinacion, y de que pensase tomar el camino de Galicia por el que debian venir socorros al ejército de su mando, y marchar este en caso de necesidad. Replicóle y con razon el general español que nunca hubiera imaginado retirarse, si no hubiese visto que sir David Baird se disponia á ello y le dejaba desamparado; pero ahora que, segun los avisos, habia otros proyectos, no solo se mantendria en donde estaba, sino que tambien y de buen grado cooperaria á cualquiera plan que se le propusiese.

Parcialidad de escritores extranjeros.

En toda su correspondencia habia el de la Romana animado á los ingleses á obrar é impedir la toma de Madrid. Algunos historiadores de aquella nacion le han motejado, así como á otros generales nuestros y autoridades, de haber insistido en pedir una cooperacion activa, y de desfigurar

los hechos con exageraciones y falsas noticias. En cuanto á lo primero, natural era que oprimidos por continuadas desgracias, deseasen todos ofrecer al enemigo un obstáculo, que dando respiro permitiese á la nacion volver en sí y recobrar parte de las perdidas fuerzas: y respecto de lo segundo, las mismas autoridades españolas y los generales eran engañados con los avisos que recibian. Hubo provincias en que mas de un mes iba corrido antes que se hubiese averiguado con certeza la rendicion de Madrid. Los pueblos oian con tal sospecha á los que daban tristes nuevas, que los pocos trajineros y viajantes que circulaban en tan aciagos dias, en vez de descubrir la verdad, la ocultaban, estando así seguros de ser bien tratados y recibidos. Si ademas los generales españoles y su gobierno ponderaban á veces los medios y fuerza que les quedaban, no poco contribuia á ello el desaliento que advertian en el general Moore, el cual era tan grande, que causaba segun los mismos ingleses disgusto y murmuraciones en su ejército. Por lo que sin intentar disculpar los errores y faltas que se cometieron por nuestra parte, y que somos los primeros á publicar, justo es que tampoco se achaquen á nuestros militares y gobernantes los que eran hijos de tiempos tan revueltos, ni se olviden las flaquezas de que otros adolecieron, igualmente reprensibles aunque por otro extremo.

Union en Mayorga de los generales Baird y Moore.

Volvamos ahora al general Moore. Continuando este su marcha se le unió el 20 en Mayorga el general Baird. Juntas así las fuerzas inglesas formaban un total de 23000 infantes y 2300 caballos: algunos otros cuerpos estaban todavía en Portugal, Astorga y Lugo. Por su izquierda y hácia Cea tambien empezó á moverse Romana con unos 8000 hombres escogidos entre lo mejor de su gente. Sentaron los ingleses el 21 en Sahagun su cuartel general, habiendo antes su caballería en el mismo punto deshecho 600 jinetes enemigos.

Situacion del mariscal Soult.

El mariscal Soult se extendia con las tropas de su mando entre Saldaña y Carrion de los Condes, teniendo consigo unos 18000 hombres. Despues de haber salido á Castilla viniendo de Santander, se habia mantenido sobre la defensiva aguardando nuevas órdenes. De estas las que le mandaban atacar á los españoles, fueron interceptadas en Valdestillas: ademas de que noticioso Soult del paraje en donde estaban situados los ingleses (cosa que al dar aquellas ignoraba Napoleon) no se hubiera con solo su fuerza arriesgado á pasar adelante.

Aviso de la venida de Napoleon.

Sabedor el mariscal francés de que los ingleses movian contra él su ejército, se reconcentró en Carrion. Disponíanse aquellos á avanzar, cuando en la noche del 23 recibieron aviso de Romana (que tambien por su parte ejecutaba el movimiento concertado) de que Napoleon venia sobre ellos con fuerzas numerosas. Confirmado este aviso con otros posteriores, no prosiguió su marcha el general Moore, y el 24 comenzó á retirarse en dos columnas, una, á cuyo frente él iba, tomó por el puente de Castro Gonzalo á Benavente, y otra se dirigió á Valencia de Don Juan, cubriendo y amparando sus movimientos la caballería.

Retiranse los ingleses á Benavente y Asturias.

Marcha de Napoleon.

Paso de Guadarrama.

Era ya tiempo de adoptar esta resolucion. Napoleon avanzaba con su acostumbrada diligencia. Al principio la marcha de su ejército habia sido penosa, y tan intenso el frio para aquel clima, que al pié de las montañas de Guadarrama señaló el termómetro de Reaumur nueve grados debajo de cero. Cruzaron los franceses el puerto en los dias 23 y 24 de diciembre, perdiendo hombres y caballos con el mucho frio, la nieve y ventisca. Detúvose la artillería volante y parte de la caballería á la mitad de la subida, teniendo que esperar algunas horas á que suavizase el tiempo. Napoleon siéndole dificultoso continuar á caballo, deseoso tambien de animar con el ejemplo, se puso á pié y estimuló

á redoblar el paso, llegando él á Villacastin el 24. Al bajar á Castilla la Vieja sobrevino blandura acompañada de lluvia, y se formaron tales lodazales, que hubo sitios en que se atascaron la artillería y equipajes, aumentándose el desconsuelo de los franceses á la vista de pueblos por la mayor parte solitarios y desprovistos.

Tamaños obstáculos, aunque al fin vencidos, retardaron la marcha de Napoleon é impidieron la puntual ejecucion del plan que habia combinado. Era este envolver á los ingleses si continuaban en ir tras del mariscal Soult, á quien el mismo emperador escribia el 26 desde Tordesillas: «si » todavía conservan los ingleses el dia de hoy su posicion, » estan perdidos: si al contrario os atacan, retiraos á una » jornada de marcha, pues cuanto mas se empeñen en avan» zar, tanto mejor será para nosotros.»

Empieza á relajarse la disciplina del ejército inglés.

Pero sir Juan Moore, previniendo con oportunidad los intentos de sus contrarios, prosiguió á Benavente y aseguró su comunicacion con Astorga. La disciplina sin embargo empezaba á relajarse notablemente en su ejército, disgustado con volver atrás. Así fué que la columna que cruzó por Valderas cometió lamentables excesos, y con ellos y otros que hubo en varios pueblos aterrado el paisanaje, huia y á su vez se vengaba en los soldados y partidas sueltas. Censuró ágriamente el general inglés la conducta de sus soldados; mas de poco sirvió. Prosiguieron en sus desmanes, y en Benavente devastaron el palacio de los condes-duques del mismo nombre, notable por su antigüedad y extension; mas no fué entonces cuando se quemó, segun algunos nos han afirmado. Nos consta por informacion judicial que de ello se hizo, que solo el 7 de enero apareció incendiado, durando el fuego muchos dias sin que se pudiese cortar.

Esta columna, que era la que mandaba Moore, despues

de haber arruinado el puente de Castro-Gonzalo, se juntó el 29 en Astorga con la de Baird, que habia caminado por Valencia de Don Juan. La caballería permaneció aun en Benavente, enviando destacamentos á observar los vados del Esla. Engañado á su vista el general francés Lefebvre Desnouettes, y creyendo que ya no quedaba al otro lado ninguna fuerza inglesa sino aquella, vadeó el rio con 600 hombres de la guardia imperial y acometió impetuosamente á sus contrarios. Cejaron estos al principio excitando gran clamoreo las mujeres, rezagados y bagajeros derramados por el llano que yace entre el Esla y Benavente. El general Stewart tomó luego el mando de los destacamentos ingleses, se le agregaron algunos caballos mas, y empezó á á disputar el terreno á los franceses, que continuaron sin embargo en adelantar, hasta que lord Paget acudiendo con un regimiento de húsares, los obligó á repasar el rio. Quedaron en su poder 70 prisioneros, en cuyo número se contó al mismo general Lefebvre, de quien hicimos tanta memoria en el primer sitio de Zaragoza.

Choque de caballería en Benavente.

Era precursor este reencuentro de los muchos que unos en pos de otros en breve se sucedieron. Frustrada la primera combinacion del emperador francés á causa de la retirada de Moore, determinó aquel perseguir á los ingleses por el camino de Benavente con el grueso de sus fuerzas, mandando al mismo tiempo al mariscal Soult que arrojase de Leon á los españoles. La destruccion del puente de Castro-Gonzalo retardó del lado de Benavente el movimiento de los franceses; pero del otro se adelantaron sin dificultad, no habiendo los españoles opuesto resistencia.

Ocupaba á Mansilla de las Mulas la 2ª division del marqués de la Romana, de la cual un trozo se habia quedado á retaguardia en el convento de Sandoval para conservar el paso del Esla en el puente de Villarente. Enfermos en Leon

Sorprenden en Mansilla los franceses á los españoles.

muchos de los principales jefes, no se habian tomado en Mansilla las precauciones oportunas, y el 29 fué sorprendido y entrado el pueblo por el general Franceschi, rindiéndose cási toda la tropa que tan mal custodiaba aquel punto.

Retírase Romana de Leon.

Desapercibido el marqués de la Romana, apresuradamente abandonó á Leon en la misma noche del 29, y los vecinos mas principales, temerosos de la llegada del enemigo, tuvieron tambien que salvarse y esconderse en las montañas inmediatas, dejando con el azoramiento hasta las alhajas y prendas de mayor valor. Romana se unió el 30 en Astorga con el general Moore, lo cual desagradó en gran menera á este, que le conceptuaba en las fronteras de Asturias. Con la llegada á aquella ciudad de las tropas españolas, desnudas, de todo escasas y en sumo grado desarregladas, acreció el desórden y la confusion, yendo por instantes en aumento la indisciplina de los ingleses.

Júntase en Astorga con los ingleses.

Hasta aquí se habian imaginado muchos oficiales de este ejército que en Astorga ó entradas del Vierzo haria alto su general en jefe, y que aprovechándose de los favorables sitios de aquella escabrosa tierra, procuraria en ellos contener al enemigo y aun darle batalla, mayormente cuando la insubordinacion y el desconcierto no habian llegado todavía al extremo. Pero sir Juan Moore no veia ya seguridad ni salvacion sino á bordo de sus buques; por lo cual dió órdenes para proseguir su camino hácia Galicia y destruir todo género de provisiones de boca y guerra que no pudiesen sus tropas llevar consigo. Desde entonces soltóse la rienda á las pasiones, y el ejército británico acabó del todo de desorganizarse. El marqués de la Romana insistia por conservar la cordillera que divide el Vierzo del territorio de Astorga; mas fueron vanos sus ruegos y ociosas sus razones: y á la verdad por poderosas que estas fuesen, debilitánbase saliendo de la boca de un general, cuyos soldados se mostraban en estado

Retírase Romana por Fuencebadon. Moore por Manzanal.

tan deplorable. Forzado pues el general español á someterse á la inmutable resolucion del británico, tuvo asímismo que dejarle libre el nuevo y hermoso camino de Manzanal, reservando para sí el antiguo y ágrio de Fuencebadon.

A las doce del dia del 31 de diciembre empezó el ejército inglés su retirada, y el español la suya en la misma noche. La artillería del último, que hasta entonces habia cási toda podido librarse del continuo perseguimiento de los franceses, tomó, segun convenio con el general Moore, la via de Manzanal para evitar las asperezas de la otra. Mas no teniendo cuenta los soldados británicos con las órdenes de sus jefes, arrancando á viva fuerza los tiros de mulas de nuestra artillería, hubo que abandonar algunas piezas y precipitar otras en los abismos de las montañas, perdiéndose así por la violencia de manos aliadas unos cañones que á tan duras penas y desde Reinosa se habian conservado libres de las enemigas.

Desgracias de Romana en su retirada.

Ni fué Romana mas dichoso del lado de Fuencebadon. Creia, y fundadamente, que ya que le hubiese cabido la peor ruta, por lo menos se le dejaria en su retirada solo y desembarazado; mas engañóse en su juicio. Una division inglesa de 3000 hombres mandada por el general Grawford, separándose en Bonillos, á una legua de Astorga, del grueso de su ejército, tomó el mismo rumbo que Romana con intento de ir á embarcarse en Vigo. Turbó este incidente la marcha de los españoles, incomodando á todos el hallar cási cerrado con la nieve el paso de Fuencebadon.

Uníase á tal conjunto de desgracias estar capitaneadas las divisiones españolas por nuevos jefes, sucesores de los que habian muerto de enfermedad ó en los combates. A 3 se habia reducido el número de aquellas fuera de la llamada del norte; y mal aventuradas refriegas mostraron en breve su triste estado. De ellas la 1ª mandada por el coronel Ren-

gel, fué al amanecer del 1° de enero cortada y en gran parte cogida por jinetes franceses en Turienzo de los Caballeros. Las otras, aunque á costa de trabajos, siempre acosadas y desbandándose muchos de sus soldados, se enmarañaron en la sierra. Romana no habia tratado de prevenir ó disminuir el mal con acertadas disposiciones. Dejó á cada division andar y moverse á su arbitrio: y cruzando con su estado mayor y algunos caballos por los barrios de Ponferrada, se metió en el valle de Valdeorras. Allí reunió las pocas reliquias de su ejército que le habian seguido, y situó su cuartel general en la Puebla de Tribes, dejando en el puente de Domingo Flores una corta vanguardia que pasó despues al de Bibey.

Desórdenes de los ingleses en su retirada.

Los ingleses en tanto por el puerto de Manzanal continuaron precipitadamente su retirada. Repartidos en 3 divisiones y una reserva, iban delante las de los generales Fraser y Hope, seguia la de sir David Baird, y cerraba la marcha con la última el mismo sir Juan Moore. Llegaron el 2 de enero á Villafranca, habiendo andado en tan corto tiempo catorce leguas de las largas de nuestros caminos reales, de las que solo entran diez y siete y media en el grado. Los males y el desconcierto rápidamente se aumentaban ofreciendo lastimoso cuadro: el tiempo crudo, los bagajes abandonados, las municiones rezagadas, los fuertes y lucidos caballos ingleses desherrados y muertos por sus propios jinetes, los infantes descalzos y despeados, los soldados todos abatidos é insubordinados, y metiéndose muchos en los sótanos de las casas y las tabernas, se perdian de intento y se entregaban á la embriaguez y disolucion: fué Bembibre principal y horroroso teatro de sus excesos. Cruel castigo recibieron los que así se olvidaban de la disciplina y buen órden. Los franceses corriendo en pos de ellos, duramente y cual merecian los trataban, matando á unos,

hiriendo á otros y atropellando á cási todos. Los que de su poder se escapaban, llenos de tajos y cuchilladas ponialos el general inglés como á la vergüenza delante de su ejército, á fin de que sirviesen de escarmiento á sus compañeros.

Llega Napoleon á Astorga.

Notábase en el perseguir de los franceses suma diligencia, mas no extraña. Aguijábalos poderosa espuela. Napoleon habia llegado á Astorga el 1° de enero. Le acompañaban 70000 infantes y 10000 caballos, que este número componian los cuerpos de los mariscales Soult y Ney, una parte de la guardia imperial y 2 divisiones del ejército de Junot, las cuales ya de regreso, iban á pelear contra los mismos con quienes pocos meses antes habian capitulado. Napoleon no pasó de Astorga; pero envió en seguimiento de las tropas británicas al mariscal Soult con 25000 hombres, de los cuales 4200 de caballería. Tras de estos caminaban las divisiones de los generales Loison y Heudelet, debiendo todos ser sostenidos por 16000 hombres del cuerpo del mariscal Ney. Aceleradamente fueron los primeros en busca de sir Juan Moore, que no conservaba sino unos 19000 combatientes, menguadas sus filas con los 3000 que fueron la vuelta de Vigo y con los perdidos en los diversos choques y retirada.

Entrada del mariscal Soult en el Vierzo.

Entró el mariscal Soult en el Vierzo dividida su gente en 2 columnas, que tomaron una por Fuencebadon, otra por Manzanal, avanzando el 3 su vanguardia hasta las cercanías de Cacabelos. Habian las ingleses ocupado con 2500 hombres y una batería la ceja del ribazo de viñedos que se divisa no léjos de aquel pueblo y del lado de Villafranca. Mas adelante y camino de Bembibre habian tambien apostado 400 tiradores y otros tantos caballos, á los cuales hacia espalda el puente del Gúa, rio escaso de aguas, pero crecido ahora por las muchas nieves, y cuya coriente baña las calles de Cacabelos.

Reencuentro en Cacabelos.

Venian al frente de la vanguardia francesa unos cuantos escuadrones mandados por el general Colbert, quien pensando ser de importancia el número de ingleses que le aguardaba en puesto ventajoso, pidió refuerzo al mariscal Soult; mas respondiéndole secamente este que sin dilacion atacase, sentido Colbert de la imperiosa órden, acometió con temerario arrojo y arrolló á los caballos y tiradores ingleses que estaban avanzados. De estos los hubo que fueron cogidos al pasar el puente del Gúa; otros metiéndose por los viñedos de la márgen del camino, de cerca y á quema ropa dispararon y matarou á muchos jinetes franceses, entre ellos á su general Colbert, distinguido por su belleza y denuedo. Llegó á poco la division de infantería del general Merle, y aunque quiso pasar adelante, detúvose al ver la batería que estaba en lo alto del ribazo y tambien impedido de la noche, que sobrevino.

Retírase el general Moore de Villafranca.

Aquí hubiera podido empeñarse una accion general. Sir Juan Moore la evitó retirándose despues de obscurecido. En Villafranca escandalosamente se renovaron los excesos y demasías de otras partes: fueron robados los almacenes, entradas á viva fuerza muchas casas y oprimidos é inhumanamente tratados los vecinos. El general inglés reprimió algun tanto los desmanes con severas providencias mandando tambien arcabucear á un soldado cogido infraganté. Aceleró despues su partida, y como la tierra es por allí cada vez mas quebrada, y está cubierta de bosques ú otros plantíos, no pudiendo la caballería ser de gran provecho, envióla delante con direccion á Lugo. En todo este tránsito hay parajes en que pocas fuerzas pudieran detener mucho tiempo á un ejército muy superior, pues si bien la calzada es magnífica, corre ceñida por largo espacio entre opuestas montañas de dificultoso y ágrio acceso.

Ningun fruto se sacó de tamañas ventajas: y encontrán-

Van en aumento los desórdenes de los ingleses.

dose los soldados británicos con un convoy, no solo inutilizaron vestuario y armamento que de Inglaterra iba para Romana, sino que tambien cerca de Nogales y por órden del general Moore arrojaron á un despeñadero, en vez de repartírselos, 120,000 pesos fuertes. Llegó el desórden á su colmo: abandonábanse hasta los cañones y los enfermos y los heridos, acrecentando la confusion el gran séquito y embarazos que solian entonces acompañar á los ejércitos ingleses. En fin fué esta retirada hecha con tal apresuramiento y mala ventura, que uno de los generales británicos, testigo de vista, nos afirma en su narracion * «que por sombrías y horrorosas que fueran las relaciones que de ella se hubiesen hecho, aun no se asemejaban á la realidad.»

(* Ap. n. 1.)

Dos dias y una noche tardaron los ingleses en llegar á Lugo, diez y seis leguas de Villafranca: acosados en continuas escaramuzas hubieran padecido cerca de Constantin recio choque, si el general Moore no le hubiese evitado haciendo bajar con rapidez la cuesta del rio Neira y engañando á su contrarios con un diestro y oportuno amago.

Llegan á Lugo.

Hasta poco antes habia permanecido dudoso el general Moore de si iria para embarcarse á Vigo ó á la Coruña. Informado de las dificultades que ofrecia la primera ruta, decidióse á continuar por la segunda, avisando en consecuencia al almirante de su escuadra, á fin de que los transportes que estaban en Vigo pasasen al otro puerto. Y para dar tiempo á que se ejecutase dicha travesía, y tambien para rehacer algo su ejército cansado y desfallecido, determinó el mismo general pararse en Lugo y aun arriesgar una batalla si fuese necesario. Al intento reunió allí todas sus tropas, excepto los 3000 hombres del general Crawford que se embarcaron en Vigo sin ser molestados.

Prepárase Moore á aventurar una batalla.

A legua y media y antes de llegar á Lugo escogió sir Juan Moore un sitio elevado y ventajoso para pelear contra los

franceses, los cuales asomaron el 6 por las alturas opuestas. Pasóse aquel dia y el siguiente sin otras refriegas que las de algunos reconocimientos. El mariscal Soult hallándose inferior en número, no queria empeñarse en accion formal antes de que se le uniesen mas tropas. Los ingleses por su parte se mantuvieron hasta el 8 sin moverse de su posicion; mas al anochecer de aquel dia, pareciéndole peligroso al general Moore aguardar á que los franceses se reforzasen, resolvió partir á las calladas con la esperanza de que ganando sobre ellos algunas horas, podria así embarcarse sosegadamente. A las diez de la noche y encendidas hogueras en las líneas para cubrir su intento, emprendió la continuacion de la marcha, que un temporal deshecho de lluvia y viento vino á interrumpir y desordenar. Despues de padecer muchos trabajos y de cometer nuevas demasías, empezaron los ingleses á llegar á Betanzos en la tarde del 9 en un estado lamentable de confusion y abatimiento. Era tanta la fatiga y tan grande el número de rezagados, que tuvieron el 10 que detenerse en aquella ciudad. Prosiguieron su marcha el 11 y dieron vista á la Coruña, sin que en su rada se divisasen los apetecidos transportes: vientos contrarios habian impedido al almirante inglés doblar el cabo de Finisterre. Por este atraso veíase expuesto el general Moore á probar la suerte de una batalla, causando pesadumbre á muchos de sus oficiales el que se hubiesen para ello desperdiciado ocasiones mas favorables y en tiempo en que su ejército se conservaba mas entero y menos indisciplinado.

Retírase despues.

Llega á la Coruña.

Cerca de la Coruña no dejaba en verdad de haber sitios ventajosos, pero en algunos requeríanse numerosas tropas. Tal era el de Peñasquedo, por lo que los ingleses prefirieron á sus alturas las del monte Mero, que si bien dominadas por aquellas, hallabánse próximas á la Coruña, y su

posicion como mas recogida podia guarnecerse con menos gente.

El 12 empezaron los franceses á presentarse del otro lado del puente del Burgo, que los ingleses habian cortado. Continuaron ambos ejércitos sin molestarse hasta el 14, en cuyo dia contando ya los franceses con suficientes tropas, repararon el puente destruido, y le fueron sucesivamente cruzando. Por la mañana se habia de propósito volado un almacen de pólvora sito en Peñasquedo, lo cual produjo horroroso estrépito, y por la tarde habiéndose el viento cambiado al sur entraron en la Coruña los transportes ingleses procedentes de Vigo. Sin tardanza se embarcaron por la noche los enfermos y heridos, la caballería desmontada y 52 cañones: de estos solo se dejaron para en caso de accion 8 ingleses y 4 españoles. No faltó en el campo británico quien aconsejara á su general que capitulase con los franceses, á fin de poder libremente embarcarse. Desechó con nobleza sir Juan Moore proposicion tan deshonrosa.

Puestos ya á bordo los objetos de mas embarazo y las personas inútiles, debia en la noche del 16 y á su abrigo embarcarse el ejército lidiador. Con impaciencia aguardaba aquella hora el general inglés, cuando á las dos de la tarde un movimiento general de la línea francesa estorbó el proyectado embarco, empeñándose una accion reñida y porfiada.

Batalla de la Coruña.

Disponiéndose á ella en la noche anterior habia colocado el mariscal Soult en la altura de Peñasquedo una batería de 11 cañones, en que apoyaba su izquierda ocupada por la division del general Mermet, guardando el centro y la derecha con las suyas respectivas los generales Merle y Delaborde, y prolongándose la del último hasta el pueblo de Pelavea de abajo. La caballería francesa se mostraba por la izquierda de Peñasquedo hácia San Cristóbal y camino de Bergan-

tiños: el total de fuerza ascendia á unos 20000 hombres.

Era la de los ingleses de unos 16000, que estaban apostados en el monte Mero, desde la ria del mismo nombre hasta el pueblo de Elviña. Por este lado se extendian las tropas de sir David Baird, y por el opuesto que atraviesa el camino real de Betanzos las de sir Juan Hope. Dos brigadas de ambas divisiones se situaron detrás en los puntos mas elevados y extremos de su respectiva línea. La reserva mandada por lord Paget estaba á retaguardia del centro en Eyris, pueblecillo desde cuyo punto se registra el valle que corria entre la derecha de los ingleses, y los altos ocupados por la caballería francesa. Mas inmediato á la Coruña y por el camino de Bergantiños se habia colocado con su division el general Fraser, estando pronto á acudir adonde se le llamase.

Trabóse la batalla á la hora indicada, atacando intrépidamente el francés con intento de deshacer la derecha de los ingleses. Los cierros de las heredades impedian á los soldados de ambos ejércitos avanzar á medida de su deseo. Los franceses al principio desalojaron de Elviña á las tropas ligeras de sus contrarios; mas yendo adelante fueron detenidos y rechazados, si bien á costa de mucha sangre. La pelea se encarnizó en toda la línea. Fué gravemente herido el general Baird y sir Juan Moore, que con particular esmero vigilaba el punto de Elviña, en donde el combate era mas reñido que en las otras partes: recibió en el hombro izquierdo una bala de cañon que le derribó por tierra. Aunque mortalmente herido incorporóse, y registrando con serenidad el campo, confortó su ánimo al ver que sus tropas iban ganando terreno. Solo entonces permitió que se le recogiese á paraje seguro. Vivió todavía algunas horas, y su cuerpo fué enterrado en los muros de la Coruña.

Los franceses no pudiendo romper la derecha de los ingleses trataron de envolverla. Descubierto su intento avan-

zó lord Paget con la reserva, y obligando á retroceder á los dragones de la Houssaye, que habian echado pié á tierra, contuvo á los demas, y aun se acercó á la altura en que estaba situada la batería francesa de 11 cañones. Al mismo tiempo los ingleses avanzaban por toda la línea, y á no haber sobrevenido la noche, quizá la situacion del mariscal Soult hubiera llegado á ser crítica, escaseando ya en su campo las municiones; mas los ingleses contentos con lo obrado tornaron á su primera posicion, queriendo embarcarse bajo el amparo de la obscuridad. Fué su pérdida de 800 hombres: asegúrase haber sido mayor la de los franceses. El general Hope, en quien habia recaido el mando en jefe, creyó prudente no separarse de la resolucion tomada por sir Juan Moore, y entrada la noche ordenó que todo su ejército se embarcase, protegiendo la operacion los generales Hill y Beresford.

Embárcanse los ingleses.

En la mañana siguiente viendo los franceses que estaba abandonado el monte Mero, y que sus contrarios les dejaban la tierra libre acogiéndose á su preferido elemento, se adelantaron, y desde la altura de San Diego con cañones de grueso calibre, de que se habian apoderado en la de las Angustias de Betanzos, empezaron á hacer fuego á los barcos de la bahía. Algunos picaron los cables, y se quemaron otros que con la precipitacion habian varado. Los moradores de la Coruña no solo ayudaron á los ingleses en su embarco con desinteresado celo, sino que tambien les guardaron fidelidad no entregando inmediatamente la plaza. Noble ejemplo, rara vez dado por los pueblos cuando se ven desamparados de los mismos de quienes esperaban proteccion y ayuda.

Así terminó la retirada del general Moore, censurada de algunos de sus propios compatriotas, y defendida y aun alabada de otros. Dejando á ellos y á los militares el exá-

men y crítica de esta campaña, pensamos que sirvió de mucho para la gloria y buen nombre del general Moore la casualidad de haber tenido que pelear antes de que sus tropas se embarcasen, y tambien acabar sus dias honrosamente en el campo de batalla. Por lo demas si un ejército veterano disciplinado como el inglés, provisto de cuantiosos recursos, empezó antes de combatir una retirada, en cuya marcha hubo tanto desórden, tanto estrago, tantos escándalos, ¿quién podrá extrañar que en las de los españoles, ejecutadas despues de haber lidiado, y con soldados bisoños, escasos de todo y en su propio país, hubiese dispersiones y desconciertos? No decimos esto en menoscabo de la gloria británica; pero sí en reparacion de la nuestra, tan vilipendiada por ciertos escritores ingleses de los mismos que se hallaron en tan funesta campaña.

Entrega de la Coruña.

Difícil era que despues de semejante suceso resistiese la Coruña largo tiempo. El recinto de la plaza solo la ponia al abrigo de un rebate; mas ni sus baterías, ni sus murallas estaban reparadas, ni eran de suyo bastante fuertes. No haber mejorado á tiempo sus obras pendió en parte del descuido que nos es natural, y tambien de la confianza que con su llegada dieron los ingleses. Era gobernador don Antonio Alcedo, y el 19 capitutó. Entro el 20 en la plaza el mariscal Soult, y puso autoridades de su bando. Dispersóse la junta del reino, y la audiencia, el gobernador y los otros cuerpos militares, civiles y eclesiásticos prestaron homenaje al nuevo rey José.

Del Ferrol.

No tardó Soult en volver los ojos al Ferrol, y ya el 22 empezaron á aproximarse á la plaza partidas avanzadas de su ejército. Aquel arsenal, primero de la marina española, era inatacable del lado del mar, de donde solo se puede entrar con un viento y por boca larga y estrecha: no estaba por tierra tan bien fortalecido. Hallábase el pueblo con ánimo

levantado, sosteniéndole unos 300 soldados que habian llegado el 20. Era comandante del departamento don Francisco Melgarejo, anciano é irresoluto, y comandante de tierra don Joaquin Fidalgo. No se habia tomado medida alguna de defensa, ni tenido la precaucion de poner á salvo los buques de guerra allí fondeados. Dichos jefes y la junta peculiar del pueblo desde luego se inclinaron á capitular; mas no osando declararse, tuvieron que responder con la negativa á la reiterada intimacion de los franceses. Al fin el 26 habiendo estos descubrierto algunas obras de batería, y apoderádose de los castillos de Palma y San Martin, pudieron las autoridades prevalecer en su opinion y capitularon, entrando el 27 de mañana en el Ferrol el general Mermet. Fueron los términos de la rendicion los mismos de la Coruña, y por los que sometiéndose á reconocer á José, solo se añadieron algunos artículos respecto de pagas, y de que no se obligase á nadie á servir contra sus compatriotas. Don Pedro Obregon, preso desde el levantamiento de mayo, fué nombrado comandante del departamento, en cuya dársena, entre buenos y malos, habia 7 navíos, 5 fragatas y otros buques menores.

Estado de Galicia.

Que estas plazas se hubiesen rendido visto su mal estado y el desmayo que causó el embarco de los ingleses, cosa natural era; pero no que en una capitulacion militar se estipulase el reconocimiento de José, ejemplo no dado todavía por las otras partes del reino, ni por la capital de la monarquía, de donde provino que las mencionadas capitulaciones excitaron la indignacion de la Junta central, que fulminó contra sus autores una declaracion tal vez demasiadamente severa.

Paradero de Romana.

Aterrada Galicia con la pérdida de sus dos principales plazas, y sobre todo con la retirada de los ingleses, apenas dió por algun tiempo señales de vida. Hubo pocos pueblos

que hiciesen demostracion de resistir, y los que lo intentaron fueron luego entrados por el vencedor. A todas partes cundió el desaliento y la tristeza. Solo en pié y en un rincon quedó Romana con escasos soldados. Los franceses no le habian en un principio molestado; pero posteriormente, yendo en su busca el general Marchand, trató de atacarle en el punto de Bibey. Replegóse á Orense el general español: persiguióle el francés, hasta que continuando aquel hácia Portugal, desistió el último de su intento, pasando poco despues á Santiago, en donde habia entrado el 3 de febrero el mariscal Soult sin tropiezo y camino de Tuy.

El marqués de la Romana luego que salió de Orense estableció su cuartel general en Villaza, cerca de Monterey, trasladándose despues á Oimbra. En los últimos dias de enero celebró en el primer pueblo una junta militar para determinar lo mas conveniente, hallándose con pocas fuerzas, sin recursos, y los ingleses ya embarcados. Opinaron unos por ir á Ciudad-Rodrigo, otros por encaminarse á Tuy; prevaleciendo el dictámen que fué mas acertado de no alejarse del país que pisaban, ni de la frontera de Portugal.

Sucede á Soult el mariscal Ney.

Mientras tanto tomó el mando de Galicia el mariscal Ney en lugar de Soult, que moviéndose del lado de Tuy, segun hemos indicado, se preparaba á internarse en Portugal. Ocuparon fuerzas francesas las principales ciudades de Galicia, y tranquila esta por entonces, puso tambien Ney su atencion del lado de Asturias, cuyo territorio afortunadamente habia quedado libre en medio de tan general desdicha. Mas adelante hablarémos de lo que ocurrió en aquella provincia. Ínstanos ahora volver la vista á Napoleon, á quien dejamos en Astorga.

Vuelta de Napoleon á Valladolid.

Descansó allí dos dias, hospedándose en casa del obispo, á quien trató sin miramiento. Y desasosegado con noticias que habia recibido de Austria, no creyendo ya necesario

prolongar su estancia vista la priesa con que los ingleses se retiraban, volvió atrás y se dirigió á Valladolid, en cuya ciudad entró en la tarde del 6 de enero.

Áspero recibimiento que hace Napoleon á las autoridades.

Alojóse en el Palacio real, y al instante mandó venir á su presencia al ayuntamiento, á los prelados de los conventos, al cabildo eclesiástico y á las demas autoridades. Queria imponer ejemplar castigo por las muertes de algunos franceses asesinados, y sobre todo por la de dos, cuyos cadáveres fueron descubiertos en un pozo del convento de San Pablo, de dominicos. Iba al frente de los llamados el ayuntamiento, corporacion de repente formada en ausencia de los antiguos regidores, que los mas habian huido despues de la rota de Burgos. Procurando dicho cuerpo mantener órden en la ciudad, habia preservado de la muerte á varios extraviados del ejército enemigo, y puéstolos con resguardo en el monasterio de San Benito, motivo por el que antes merecia atento trato del extranjero que amargas reconvenciones. Sin embargo el emperador francés recibióle con rostro entenebrecido, y le habló en tono áspero y descompuesto echándole en cara los asesinatos cometidos. De los presentes se atemorizaron con sus amenazas aun los mas serenos, y el que servia de intérprete no acertando á expresarse impacientó á Napoleon, que con enfado le mandó salir del aposento donde estaba, llamando á otro que desempeñase mejor su oficio. No menos alterado prosiguió en su discurso el altivo conquistador, usando de palabras impropias de su dignidad, hasta que al cabo despidió á las corporaciones españolas, repitiendo nuevas y terribles amenazas.

Angustias del ayuntamiento de Valladolid.

Triste y pensativo volvia el ayuntamiento á su morada, cuando algunos de sus individuos, queriendo echar por un rodeo para evitar el encuentro de tropas que obstruian el paso, un piquete francés de caballería, que de léjos los observaba, intimóles que iban presos, y que así fuesen por el

camino mas recto. Restituidos todos á las casas consistoriales, entró á poco por aquellas puertas un emisario del emperador con órden que este le habia dado, teniendo el reloj en la mano, de que si para las doce de la noche no se le pasaba la lista de los que habian asesinado á los franceses, haria ahorcar de los balcones del ayuntamiento á cinco de sus individuos. Sin intimidarse con el injusto y bárbaro requerimiento, reportados y con esfuerzo respondieron los regidores, que antes perecerian siendo víctimas de su inocencia, que indicar á tientas y sin conocimiento personas que no creyesen culpables.

A las nueve de la noche presentóse tambien repitiendo á nombre del emperador la anterior amenaza don José de Hervás, el mismo que en el abril de 1808 habia acompañado á Madrid al general Savary, y quien como español se hizo mas fácilmente cargo de las razones que asistian al ayuntamiento. Sin embargo manifestó á sus individuos que corrian grave peligro, mostrándose Napoleon muy airado. No por eso dejaron aquellos de permanecer firmes y resueltos á sufrir la pena que arbitrariamente se les quisiera imponer. Sacólos luego del ahogo, y por fortuna para ellos, un tal Chamochin, de oficio procurador del número, el cual habiendo sido en tan tristes dias nombrado corregidor interino, quiso congraciarse con el invasor de su patria delatando como motor de los asesinatos á un adobador de pieles llamado Domingo, que vivia en la Plaza Mayor. Por desgracia de este encontráronse en su casa ropa y otras prendas de franceses, ya porque en realidad fuera culpado, ó ya mas bien, segun se creyó, por haber dichos efectos llegado casualmente á sus manos. Fué preso Domingo con dos de sus criados, y condenados los tres á la pena de horca. Ajusticiaron á los últimos perdonando Napoleon al primero, mas digno de muerte que los otros si habia delito. Llegó el perdon estan-

Suplicio de algunos españoles, y perdon de uno de ellos.

do Domingo al pié del patíbulo: le obtuvo á ruego de personas respetables, del mencionado Hervás, y sobre todo movidos varios generales de las lágrimas y clamores de la esposa del sentenciado, en extremo bella y de familia honrada de la ciudad. Tambien contribuyeron á ello los benedictinos, de quienes Napoleon hacia gran caso, recordando la celebridad de los antiguos y doctos de la Congregacion de San Mauro de Francia. No así de los dominicos, cuyo convento de San Pablo suprimió en castigo de los franceses que en él se habian encontrado muertos.

Temores de guerra con Austria. Prepárase Napoleon á volver á Francia.

Mas en tanto otros cuidados de mayor gravedad llamaban la atencion de Napoleon. En su camino á Astorga habia recibido un correo con aviso de que el Austria se armaba: novedad impensada y de tal entidad, que le impelia á volver prontamente á Francia. Así lo decidió en su pensamiento, mas paróse en Valladolid diez dias, queriendo antes asegurarse de que los ingleses prosegian en su retirada, y tambien tomar acerca del gobierno de España una determinacion definitiva. Cierto de lo primero, apresuróse á concluir lo segundo. Para ello hizo venir á Valladolid los diputados del ayuntamiento de Madrid y de los tribunales, que le fueron presentados el 16 de enero. Traian consigo el expediente de las firmas de los libros de asiento que se abrieron en la capital, á fin de reconocer y jurar á José: condicion que para restablecer á este en el trono habia puesto Napoleon, pareciéndole fuerte ligadura lo que no era sino forzada ceremonia. Recibió el emperador francés con particular agasajo á los diputados españoles, y les dijo que accediendo á sus súplicas verificaria José dentro de pocos dias su entrada en Madrid.

Recibe en Valladolid á los diputados de Madrid.

Opinion é intentos de Napoleon sobre España.

Dudaron entonces algunos que Napoleon se hubiera resuelto á reponer á su hermano en el solio, si no se hubiese visto amenazado de guerra con Austria. En prueba de ello

alegaban el haber solo dejado á José despues de la toma de Madrid el título de su lugar-teniente, y tambien el haber en todo obrado por sí y procedido como conquistador. No deja de fortalecer dicho juicio la conversacion que el emperador tuvo en Valladolid con el ex-arzobispo de Malinas, Mr. de Pradt. Habia este acompañado desde Madrid á los diputados españoles; y Napoleon antes de verlos, deseoso de saber lo que opinaban y lo que en la capital ocurria, mandó á aquel prelado fuese á hablarle. Por largo espacio platicaron ambos sobre la situacion de la península, y entre otras cosas dijo Napoleon: * «no conocia yo á España: (* Ap. n. 2.)
» es un país mas hermoso de lo que pensaba. Buen regalo
» he echo á mi hermano, pero los españoles harán con sus
» locuras que su país vuelva á ser mio: en tal caso le divi-
» diré en cinco grandes vireinatos. Continuó así discurriendo, é insistió con particularidad en lo útil que seria para Francia el agregar á su territorio el de España: intento que Parte para Francia.
sin duda estorbó por entonces el nublado que amagaba del norte, temeroso del cual partió para Paris el 17 de enero de noche y repentinamente, haciendo la travesía de Valladolid á Burgos á caballo y con pasmosa celeridad.

En el intervalo que medió desde principios de diciembre José en el Pardo.
hasta últimos de enero, disgustado José con el título de lugar-teniente, se albergaba en el Pardo, no queriendo ir á Madrid hasta que pudiese entrar como rey. Sin embargo es- Pasa una revista en Aranjuez.
peranzado en los primeros dias del año de volver á empuñar el cetro, pasó á Aranjuez y revistó allí el primer cuerpo mandado por el mariscal Victor, y con el cual procedente de Toledo se pensaba atacar al ejército del centro, cuyas reliquias, rehechas algo en Cuenca, se habian en parte aproximado al Tajo.

El inesperado movimiento de los españoles era hijo de Movimiento del ejército español del centro.
falsas noticias y del clamor de los pueblos, que expuestos

al pillaje y extorsiones del enemigo, acusaban á nuestros generales de mantenerse espectadores tranquilos de los males que los agobiaban. Para acudir al remedio y acallar la voz pública habia el duque del Infantado, jefe de aquel ejército, imaginado un plan tras otro, notándose en el concebir de ellos mas bien loable deseo que atinada combinacion.

Planes de su jefe el duque del Infantado.

Por fin decidióse ante todo dicho general á despejar la orilla izquierda del Tajo de unos 1500 caballos enemigos que corrian la tierra. Nombró para capitanear la empresa al mariscal de campo don Francisco Javier Venegas, que mandaba la vanguardia compuesta de 4000 infantes y 800 caballos, y al brigadier don Antonio Senra con otra division de igual fuerza. Debia el primero posesionarse de Tarancon, y al mismo tiempo enseñorearse el segundo de Aranjuez, en cuyos dos puntos tenia el enemigo, antes de que viniese el mariscal Victor, lo principal de sus destacamentos. Venegas no aprobó el plan, visto el mal estado de sus tropas; mas trató de cumplir con lo que se le ordenaba. Senra dejó de hacerlo pareciéndole imprudente ir hasta Aranjuez, teniendo franceses por su flanco en Villanueva del Cardete: disculpa que no admitió el general en jefe por haber ya contado con aquel dato en la disposicion del ataque.

Ataque de Tarancon.

Venegas por su parte situado en Uclés, determinó atacar en la noche del 24 al 25 de diciembre á los franceses de Tarancon. El número de estos se reducia á 800 dragones. Distribuyó el general español su gente en 2 columnas, una al mando de don Pedro Agustin Giron debia amenazar por su frente al enemigo, otra capitaneada por el mismo general en persona y mas numerosa habia de interponerse en el camino que de Tarancon va á Santa Cruz de la Zarza, con objeto de cortar á los franceses la retirada, si querian huir del ataque de Giron, ó encerrarlos entre dos fuegos en caso de que resistiesen. La noche era cruda, sobrevinien-

do tras de nieve y ventiscas espesa niebla: lo cual retardó la marcha de Venegas, y fué causa del extravío de casi toda su caballería. Giron aunque salió mas tarde llegó sin tropiezo al punto que se le habia señalado, ya por ser mejor y mas corto el camino, y ya por su cuidado y particular vigilancia.

Espantados los dragones franceses con la proximidad de este general, huian del lado de Santa Cruz, cuando se encontraron con algunas partidas de carabineros reales que iban á la cabeza de la tropa de Venegas y los atacaron furiosamente, obligándolos á abrigarse de la infantería. Hubiera podido esta desconcertarse, cogiéndola desprevenida, si afortunadamente un batallon de guardias españolas y otro de tiradores de España puestos ya en columna no hubiesen rechazado á los enemigos, desordenándolos completamente. Hizo gran falta la caballería, cuya principal fuerza extraviada en el camino no llegó hasta despues: y entonces su jefe don Rafael Zambrano desistió de todo perseguimiento por juzgarlo ya inútil y estar sus caballos muy cansados. La pérdida de los franceses entre muertos, heridos y prisioneros fué de unos 100 hombres. Hubo despues contestaciones entre ciertos jefes, achacándose mútuamente la culpa de no haber salido con la empresa. Nos inclinamos á creer que la inexperiencia de algunos de ellos y lo bisoño de la tropa fueron en este caso como en otros muchos la causa principal de haberse en parte malogrado la embestida, sirviendo solo á despertar la atencion de los franceses.

Recelosos estos de que engrosadas con el tiempo las tropas del ejército del centro y mejor disciplinadas, pudieran no solo repetir otras tentativas como la de Tarancon, mas tambien en un rebate apoderarse de Madrid, cuya guarnicion por atender á otros cuidados á veces se disminuia, pensaron seriamente en destruirlas y cortar el mal en su raiz.

Avanza el mariscal Victor.

Para ello juntaron en Aranjuez y revistaron, segun hemos dicho, las fuerzas que mandaba en Toledo el mariscal Victor, las cuales ascendian á 14000 infantes y 3000 caballos. Sospechando Venegas los intentos del enemigo, comunicó el 4 de enero sus temores al duque del Infantado, opinando que seria prudente, ó que todo el ejército se aproximase á su línea, ó que él con la vanguardia se replegase á Cuenca. No pensó el duque que urgiese adoptar semejante medida, y ya fuese enemistad contra Venegas, ó ya natural descuido, no contestó á su aviso, continuando en idear nuevos planes que tampoco tuvieron ejecucion.

Retírase Venegas á Uclés.

Apurando las circunstancias y no recibiendo instruccion alguna del general en jefe, juntó Venegas un consejo de guerra, en el que unánimemente se acordó pasar á Uclés como posicion mas ventajosa, é incorporarse allí con Senra, en donde aguardarian ambos las órdenes del duque. Verificóse la retirada en la noche del 11 de enero, y unidos al amanecer del 12 los mencionados Venegas y Senra, contaron juntos unos 8 á 9000 infantes y 1500 caballos. Trató desde luego el primero de aprovecharse de las ventajas que le ofrecia la poblacion de Uclés, villa sujeta á la órden de Santiago y para batallas de mal pronóstico por la que en sus campos se perdió contra los moros en el reinado de Alonso el VI. La derecha de la posicion era fuerte, consistiendo en varias alturas aisladas y divididas de otras por el riachuelo de Bedijar. En el centro está el convento llamado Alcázar, y desde allí por la izquierda corre un gran cerro de escabrosa subida del lado del pueblo, pero que termina por el opuesto en pendiente mas suave y de fácil acceso. Venegas apostó en Tribaldos, pueblo cercano, algunas tropas al mando de don Veremundo Ramirez de Arellano, que en la tarde y anochecer del 12 comenzaron ya á tirotearse con los franceses, replegándose á Uclés en la

mañana siguiente, acometidas por sus superiores fuerzas.

Batalla de Uclés.

Con aviso de que los enemigos se acercaban, el general Venegas, aunque amalado y con los primeros síntomas de una fiebre pútrida, se situó en el patio del convento, de donde divisaba la posicion y el llano que se abre al pié de Uclés, yendo á Tribaldos. Distribuyó sus infantes en las alturas de derecha é izquierda, y puso abajo en la llanura la caballería. Solo habia un obus y 3 cañones, que se colocaron, uno en la izquierda, 2 en el convento y otro en el llano con los jinetes.

El mariscal Victor habia salido de Aranjuez con el número de tropas indicado, y fué en busca de los españoles sin saber de fijo su paradero. Para descubrirle tiró el general Villatte con su division derecho á Uclés, y el mariscal Victor con la del general Ruffin la vuelta de Alcázar. Fué Villatte quien primero se encontró con los españoles, obligándolos á retirarse de Tribaldos, desde donde avanzó al llano con 2 cuerpos de caballería y 2 cañones. Al ver aquel movimiento creyó Venegas amagada su derecha, y por tanto atendió con particularidad á su defensa. Mas los franceses, á las diez de la mañana, tomando por el camino de Villarubio, se acercaron con fuerza considerable á las alturas de la izquierda, punto flaco de la posicion, cubierto con menos gente y al que su caballería pudo subir á trote. Venegas, queriendo entonces sostener la tropa allí apostada, que comenzaba á ciar, envió gente de refresco y para capitanearla á don Antonio Senra. Ya era tarde: los enemigos avanzando rápidamente arrollaron á los nuestros, é inutilmente desde el convento quiso Venegas detenerlos. Contuso él mismo y ahuyentado con todo su estado mayor, dificultosamente pudo salvarse, cayendo á su lado muerto el bizarro oficial de artillería don José Escalera. Deshecho nuestro costado izquierdo empezó á desfilar el derecho; y la caballería, que

en su mayor parte permanecia en el llano, trató de retirarse por una garganta que fornan las alturas de aquel lado. Consiguiéronlo felizmente los dragones de Castilla, Lusitania y Tejas, mas no así los regimientos de la Reina, Príncipe y Borbon, cuyo mando habia reasumido el marqués de Albudeite. Estos, no pudiendo ya pasar impedidos por los fuegos de los franceses, que dueños del convento coronaban las cimas, volvieron grupa al llano, y faldeando los cerros caminaron de priesa y perseguidos la via de Paredes. Desgraciadamente hácia el mismo lado tropezando la infantería con la division de Ruffin, habia cási toda tenido que rendirse; de lo cual advertidos nuestros jinetes, en balde quisieron salvarse, atajados con el cauce de un molino y acribillados por el fuego de 6 cañones enemigos que dirigia el general Senarmont. No hubo ya entonces sino confusion y destrozo, y sucedió con la caballería lo mismo que con los infantes: los mas de sus individuos perecieron ó fueron hechos prisioneros: contóse entre los primeros al marqués de Albudeite. Tal fué el remate de la jornada de Uclés, una de las mas desastradas, y en la que, por decirlo así, se perdieron las tropas que antes mandaban Venegas y Senra. Solo se salvaron 2 ó 3 cuerpos de caballería y tambien algunas otras reliquias que libertó la serenidad y esfuerzo de don Pedro Agustin Giron, uniéndose todos al duque del Infantado que ya se hallaba en Carrascosa.

Justos cargos hubieran podido pesar sobre los jefes que empeñaron semejante accion, ó fueron causa de que se malograse. El general Venegas y el del Infantado procuraron defenderse ante el público acusándose mutuamente. Pensamos que en la conducta de ambos hubo motivos bastantes de censura si ya no de responsabilidad. Aconsejaba la prudencia al primero retirarse mas allá de Uclés, é ir á unirse al cuerpo principal del ejército, no faltándole para ello ni

oportunidad ni tiempo; y al segundo prescribíale su obligacion dar las debidas instrucciones y contestar á los oficios del otro, no sacrificando á piques y mezquinas pasiones el bien de la patria, el pundonor militar.

Excesos cometidos por los franceses en Uclés.

Ganado que hubieron la batalla, entraron los franceses en Uclés y cometieron con los vecinos inauditas crueldades. Atormentaron á muchos para averiguar si habian ocultado alhajas; robaron las que pudieron descubrir, y aparejando con albardas y aguaderas á manera de acémilas á algunos conventuales y sugetos distinguidos del pueblo, cargaron en sus hombros muebles y efectos inútiles para quemarlos despues con grande algazara en los altos del Alcázar. No contentos con tan duro é innoble entretenimiento, remataron tan extraña fiesta con un acto de la mas insigne barbarie. Fué, ¡cáese la pluma de la mano! que cogiendo á 69 habitantes de los principales, y á monjas, y á clérigos, y á los conventuales Parada, Canova y Mejía, emparentados con las mas mas ilustres familias de la Mancha, atraillados y escarnecidos los degollaron con horrorosa inhumanidad, pereciendo algunos en la carnicería pública. Sordos ya á la compasion los feroces soldados, desoyeron los ayes y clamores de mas de 300 mujeres, de las que acorraladas y de monton abusaron con esquisita violencia. Prosiguieron los mismos escándalos en el campamento, y solo el cansancio, no los jefes, puso término al horroroso desenfreno.

No cupo mejor suerte á los prisioneros españoles: los que de ellos rendidos á la fatiga se rezagaban, eran fusilados desapiadadamente. Así nos lo cuenta en su obra un testigo de vista, un oficial francés, Mr. de Rocca. ¿Qué extraño pues era que nuestros paisanos cometiesen en pago otros excesos, cuando tal permitian los oficiales del ejército de una nacion culta?

El duque del Infantado, que aunque tarde se adelantaba

Retirada del duque del Infantado.

á Uclés, supo en Carrascosa, legua y media distante, la derrota padecida. Juntando allí los dispersos y cortas reliquias, se retiró por Horcajada á la venta de Cabrejas, en donde se decidió en consejo militar pasar á Valencia con todas las tropas. Entró el ejército en Cuenca el 14 por la noche, y al dia siguiente continuó la marcha. Dirigióse la artillería por camino que pareció mas cómodo para volver despues á unirse en Almodóvar del Pinar; pero atollada en parte y mal defendida por otros cuerpos que acudieron en su ayuda, fué en Tórtola cogida cási toda por los franceses. Prosiguió lo restante del ejército alejándose; y desistiendo Infantado de ir á Valencia, metióse en el reino de Murcia y llegó á Chinchilla el 21 de enero. Desde aquel punto hizo nuevo movimiento, faldeando la Sierramorena, y al cabo se situó en Santa Cruz de Mudela. Allí, segun costumbre, no cesó de idear sin gran resulta nuevos planes; hasta que en 17 de febrero fué relevado del mando por órden de la Junta central, y puesto en su lugar el conde de Cartaojal, que mandaba tambien las tropas de la Carolina.

Sucédele en el mando el conde de Cartaojal.

Entrada de José en Madrid.

Alcanzada por los franceses la victoria de Uclés, y despues de obtener el permiso de Napoleon, hizo José en Madrid el 22 de enero su entrada pública y solemne. Del Pardo se encaminó por fuera de puertas á la plazuela de las Delicias, desde donde montando á caballo entró por la puerta de Atocha, y se dirigió á la iglesia colegiata de San Isidro, tomando la vuelta por el Prado, calle de Alcalá y Carretas hasta la de Toledo. Se habia preparado este recibimiento con mas esmero que el anterior de julio. Estaba tendida en toda la carrera la tropa francesa; habíanse por expresa órden colgado las calles y puéstose de trecho en trecho músicas que tocaban sonatas acomodadas al caso. José, rodeado de gran séquito de franceses y de los españoles que le eran adictos, mostrábase satisfecho y placen-

tero. No dejó de ser grande el concurso de espctadores: las desgracias, amilanando los ánimos, los disponian á la conformidad; pero un silencio profundo, no interrumpido sino por alguna que otra voz asalariada, daba bastante á entender que las circunstancias impelian á la curiosidad, no afectuosa inclinacion. Fué recibido en la iglesia de San Isidro por el obispo auxiliar y parte de su cabildo. Pronunciáronse discursos segun el tiempo, díjose una misa, se cantó el *Te Deum*, y concluida la ceremonia, se dirigió José por la Plaza Mayor y calle de la Almudena á Palacio, en donde ocupándose de nuevo en el gobierno del reino, nos dará pronto ocasion de volver á hablar de él y de sus providencias.

Sucesos de Cataluña.

Ahora es ya sazon de pensar en Cataluña. El no querer cortar el hilo de la narracion en los sucesos mas abultados y decisivos, nos ha obligado á postergar los de aquel principado, que si bien de grande interes y definitivamente de mucha importancia á la causa de la independencia, forman como un episodio embarazoso para el historiador, aunque gloriosísimo para aquella provincia.

La junta del principado se traslada á Villafranca.

Dejamos en el libro quinto la campaña de Cataluña, á tiempo que Duhesme en el último tercio del mes de agosto se habia recogido á Barcelona de vuelta de su segunda y malograda expedicion de Gerona. De nuestra parte por entonces y en 1º de setiembre el marqués del Palacio y la junta del principado se habian de Tarragona trasladado á Villafranca, con objeto de estar mas cerca del teatro de la guerra. Empezaron á acudir á dicha villa los tercios de toda la provincia, y se reforzó la línea del Llobregat, á cuyo paraje se habia restituido desde Gerona el conde de Caldagués.

Excursiones de Duhesme.

Con el aumento de fuerzas temió el general Duhesme, que estrechando los españoles cada vez mas á Barcelona, hubiese dificultad de introducir bastimentos en la plaza. Para

alejar el peligro y con intento de hacer una excursion en el Panadés, partió de aquella ciudad con 6000 hombres de caballería é infantería, y atacó á los españoles en su línea al amanecer del 2 de setiembre en los puntos de Molins de Rey y de San Boil. Por el último alcanzaron los franceses conocidas ventajas; fueron por el otro rechazados. Mas receloso el de Caldagués, en vista de un movimiento de los enemigos, de que abandonando estos la embestida del puente vadeasen el rio y le flanqueasen, previno oportuamente cualquiera tentativa situándose en las alturas de Molins de Rey.

Los franceses no pudiendo romper la línea española del Llobregat, revolvieron del lado opuesto por donde corre el Besós, en cuyo sitio se mantenia don Francisco Milans. Ya aquí, y ya en todos los puntos alrededor de Barcelona hubo en setiembre muchas escaramuzas y aun choques, entre los que fué grave el acaecido en San Culgat del Vallés, principalmente por el respeto que infundió al enemigo, obligándole á no alejarse de los muros de Barcelona. Tambien contribuyeron á ello los refuerzos que llegaron á los españoles sucesivamente de Portugal, Mallorca y otras partes, de algunos de los cuales ya hemos hecho mencion.

Vives, sucesor del marqués del Palacio.

El gobierno interior de Cataluña se mejoraba cada dia por el esmero y cuidado de la junta. Habíase solo levantado grande enemistad contra el marqués del Palacio, ó porque las calidades de general no correspondiesen en él á su patriotismo, ó mas bien porque en aquellos tiempos árduos no siendo dado caminar en la ejecucion al son de la impaciencia pública, perdíase la confianza y el buen nombre con la misma rapidez, y á veces tan infundadamente como se habia adquirido. Los clamores de la opinion catalana obligaron á la Junta central á llamar al marqués del Palacio, poniendo en su lugar al capitan general de Mallorca don Juan Miguel de Vives, quien tomó el mando el 28 de octubre.

Teniendo este á su disposicion fuerzas mas considerables, coordinó nuevamente su ejército, y segun lo resuelto por la central, le denominó de Cataluña ó de la derecha. Constaba en todo de 19551 infantes, 780 caballos y 17 piezas, dividido en vanguardia, 4 divisiones y una reserva. De estas fuerzas destinó Vives la vanguardia al mando de don Mariano Alvarez á observar al enemigo en el Ampurdan, y las restantes las conservó consigo para bloquear á Barcelona, á donde se aproximó el 3 de noviembre, sentando su cuartel general en Martorell, cuatro leguas distante.

Ejército español de Cataluña.

Su fuerza.

Los apuros en aquella plaza del general francés Duhesme crecian en extremo: el número de sus tropas, que antes era de 10000 hombres, menguaba con la desercion y las enfermedades. De nadie podia fiarse. El disgusto y descontento de los barceloneses tocaba á sus ojos en abierta rebelion. Los habitantes mas principales huian á causa de las contribuciones exorbitantes que habia impuesto; teniendo que acudir á confiscar los bienes para evitar la emigracion. Mas tarde, cuando apretó la escasez, si bien permitió la salida de Barcelona, permitióla con condiciones rigurosas, dando pasaportes á los que abonaban cuatro meses anticipados de contribucion, y aseguraban con fianza el pago de los demas plazos. Fué despues adelante en usar sin freno de medidas arbitrarias, declarando á Barcelona en estado de sitio. Opúsose á ello el conde de Ezpeleta, por lo que se le puso preso, quitándole la capitanía general, que solo en nombre habia conservado. Como mas antiguo le sucedió don Galceran de Villalba, que en secreto se entendia con las autoridades patrióticas del principado. Los oficiales españoles que habia dentro de la plaza rehusaron despues reconocer el gobierno de Napoleon prefiriendo á todo ser prisioneros de guerra: lo mismo hicieron los que eran extranjeros, excepto Mr. Wrant d'Amelin, que en premio recibió el go-

Situacion de Barcelona.

bierno de Barcelona. Ejercióse la policía con particular severidad, prestándose á tan villano servicio un español llamado don Ramon Casanova, sin que por eso se pudiese impedir que muchos y á las calladas se escapasen. Tantas molestias y tropelías eran en sumo grado favorables á la causa de la independencia.

Tentativas de Vives contra aquella plaza.

Contando sin duda con el influjo de aquellas y con secretos tratos, insistió el general Vives en estrechar á Barcelona, y aun proyectó varios ataques. Fué el mas notable el que se dió en 8 de noviembre, aunque no tuvo ni resulta ni se le consideró tampoco bien meditado. Sin embargo la proximidad del ejército español puso en tal desasosiego á los franceses, que en la misma mañana del 8 desarmaron al 2º batallon de guardias walonas, como adicto á los llamados insurgentes.

Desaprobaban los hombres entendidos la permanencia de Vives en las cercanías de Barcelona, y con razon juzgándola militarmente; pues para formalizar el sitio no se estaba preparado, y para rendir por bloqueo la plaza se requeria largo tiempo. Creian que hubiera sido mas conveniente dejar un cuerpo de observacion que con los somatenes contuviese al enemigo en sus excursiones, y adelantarse á la frontera con lo demas del ejército, impidiendo así la toma de Rosas y la facilidad que ella daba de proveer por mar á Barcelona. Vino en apoyo de tan juicioso dictámen lo que sucedió bien pronto con el refuerzo que entró en el principado, al mismo tiempo que por el Bidasoa hacian los franceses su principal irrupcion.

Entrada de Saint-Cyr en Cataluña.

Segun insinuamos al hablar de esta, fué destinado el 7º cuerpo á domeñar la Cataluña. Debia formarse con las tropas que allí habia á las órdenes de los generales Duhesme y Reille y con otras procedentes de Italia, al mando de los generales Souham, Pino y Chavert. Todas estas fuerzas

reunidas ascendian á 25000 infantes y 2000 caballos, compuestas de muchas naciones y en parte de nueva leva. Capitaneábalas el general Gouvion de Saint-Cyr. Entró este en Cataluña al principiar noviembre, estableciendo el 6 en Figueras su cuartel general. Fué su primer intento poner sitio á Rosas, y encargando de ello al general Reille, le comenzó el dia 7 del mencionado mes.

Sitio de Rosas.

Pensó el general Saint-Cyr que convenia apoderarse de aquella plaza, porque abrigados los ingleses de su rada impedian por mar el abastecimiento de Barcelona, que no era hacedero del lado de tierra á causa de la insurreccion del país. Hubo quien le motejase, sentando que en una guerra nacional como esta, era de temer que con la tardanza pudieran los españoles por medio de secretos tratos sorprender á Barcelona, apretada con la escasez de víveres. Napoleon juzgaba tan importante la posesion de esta plaza, que el solo encargo que hizo á Saint-Cyr á su despedida en Paris fué el de conservar á Barcelona; * «porque si se perdiese (de- (* Ap. n. 3.)
» cia) serian necesarios 80000 hombres para recobrarla.» Sin embargo aquel general prefirió comenzar por sitiar á Rosas.

Está situada dicha villa á las raices del Pirineo y á orillas del golfo de su nombre. Tenia de poblacion 1200 almas. No cubria su recinto sino un atrincheramiento cási abandonado desde la guerra de la revolucion de Francia. Consistia su principal fortaleza en la ciudadela, colocada al extremo de la villa, y que aunque desmantelada quísose apresuradamente poner en estado de defensa, consiguiendo al cabo montar 36 piezas: su forma es la de un péntagono irregular con foso y camino cubierto, y sin otras obras á prueba que la iglesia, habiendo quedado inservibles desde la última guerra los cuarteles y almacenes. A la opuesta parte de la ciudadela y á 1100 toesas de la villa en un re-

pecho de las alturas llamadas de Puig-rom, término por allí de los Pirineos, se levanta el fortin de la Trinidad en figura de estrella, de construccion ingeniosa, pero dominado á corta distancia.

Honrosa resistencia de los españoles.

Con tan débiles reparos y en el estado de ruina de varias de sus obras, hubiérase en otra ocasion abandonado la defensa de la plaza: ahora sostúvose con firmeza. Era gobernador don Pedro Odaly: constaba la guarnicion de 3000 hombres; se despidió la gente inútil, recompúsose algo el atrincheramiento destruido y se atajaron con zanjas las bocacalles. Favorecia á los sitiados un navío de línea inglés y 2 bombarderas que estaban en la bahía.

La division del general Reille unida á la italiana de Pino se habia acercado á la plaza, componiendo juntas unos 7000 hombres. Ademas el general Souham para cubrir las operaciones del sitio y observar á Alvarez, que estaba con la vanguardia en Gerona, se situó con su division entre Figueras y el Fluviá, y ocupó á la Junquera con 2 batallones el general Chavert.

Se habia lisonjeado el francés Reille de tomar por sorpresa á Rosas: así lo deseaba su general en jefe, solícito de acudir al socorro de Barcelona y temeroso de la desercion que empezaba á notarse en la division italiana de Pino. De esta fueron cogidos por los somatenes varios soldados, y el general Saint-Cyr que presumia de humano envió en rehenes á Francia, hasta el cange, igual número de habitantes, prefiriendo este medio al de quemar los pueblos, antes usado por sus compatriotas. Mas los catalanes consideraron la nueva medida como mas injusta, imaginándose que los enviaban á servir al norte.

Desde el 7 de noviembre que aparecieron los franceses delante de Rosas, y en cuyo dia los españoles hicieron una vigorosa salida, sobreviniendo copiosas lluvias no pudieron

los primeros traer su artillería ni empezar sus trabajos hasta el 16. Entonces resolvió el general Saint-Cyr embestir simultáneamente la ciudadela y el fortin de la Trinidad. Emprendióse el ataque de aquella por el baluarte llamado de la Plaza, del lado opuesto á la villa, y por donde se ejecutó tambien la acometida en el sitio del año de 1795, al cual habia asistido el general enemigo Sanson, jefe ahora de los ingenieros.

Continuaron los trabajos por esta parte hasta el 25. Aquel dia dueños los franceses de un reducto, cabeza del atrincheramiento que cubria la villa, pensaron que seria conveniente apoderarse de esta, para atacar despues la ciudadela por el frente comprendido entre los baluartes de Santa María y San Antonio. Fué entrada la villa en la noche del 26 al 27 á pesar de porfiada resistencia: de 500 hombres que la defendian 300 quedaron muertos, 150 fueron hechos prisioneros; pudieron los otros salvarse. El enemigo intimó entonces la rendicion á la ciudadela; contestósele con la negativa.

Al mismo tiempo el fortin de la Trinidad fué desde el 16 bizarramente defendido por su comandante don Lotino Fitzgerald. Los ingleses juzgando inútil la resistencia habian retirado la gente que dentro habian metido; pero llegando poco despues el intrépido lord Cockrane con ámplias facultades del almirante Collingwood, reanimó á los españoles entrando en el fuerte con unos 80 hombres, y unidos todos rechazaron el 30 el asalto de los enemigos, que creian practicable la brecha.

La guarnicion de Rosas habia vivido esperanzada de que se la socorreria por tierra; mas limitóse el auxilio á un movimiento que el 24 hizo la vanguardia al mando de don Mariano Alvarez: cruzó este el Fluviá y arrolló al principio los puestos avanzados de los franceses, que rehechos repelieron

despues á los nuestros, cogiendo prisionero al segundo comandante don José Lebrun. Serenado el general Saint-Cyr con esto y con ver que el ejército español de Vives no avanzaba segun temia, trató de acabar prontamente el sitio de la ciudadela de Rosas.

Capitulacion de Rosas.

Dirigíase el principal ataque contra la cara derecha del baluarte de Santa María, y los trabajos prosiguieron con ardor en los dias 1º y 2º, que inútilmente intentaron los sitiados hacer una salida. Por fin el 5 estando la brecha practicable y despues de veintinueve dias de asedio, capituló honrosamente el gobernador quedando la guarnicion prisionera de guerra. Tuvo mayor ventura don Lotino Fitzgerald, comandante del fortin de la Trinidad, habiéndose embarcado él y su gente con la ayuda y diligencia de lord Cockrane, quien tal vez hubiera del mismo modo salvado la guarnicion de la ciudadela, si hubiera sido comodoro del apostadero inglés.

Avanza Saint-Cyr camino de Barcelona.

Desembarazado el general Saint-Cyr del sitio de Rosas, se adelantó á socorrer á Barcelona con 15000 infantes y 1500 caballos, despues de haber dejado en el Ampurdan la division del general Reille. Hubiera corrido riesgo el general francés de ser detenido en el camino, si don Juan de Vives en vez de mantener sus tropas en derredor de Barcelona, le hubiera salido al encuentro en alguno de los sitios oportunos del tránsito: cosa tanto mas hacedera, cuanto despues de sus infructuosas tentativas sobre Barcelona se le habian agregado en noviembre las divisiones de Granada y Aragon y otros cuerpos sueltos. Constaba la 1ª, al mando de don Teodoro Reding, de 11700 infantes y 670 caballos, y la 2ª de unos 4000 hombres regidos por el marqués de Lazan, quien pasó á engrosar la vanguardia despues de lo acaecido el 24 en las riberas del Fluviá.

Vives y las divisiones de Reding y Lazan.

Insistia el general Vives en acometer á Barcelona, esti-

mulado tambien por las ofertas de los comandantes de las fuerzas navales inglesas apostadas delante del puerto. Estas hicieron el 19 de noviembre un fuego vivísimo contra la plaza, cuyos habitantes á pesar del daño que recibian estaban alborozados y palmoteaban desde sus casas al ver la pesadumbre que el ataque causaba á los franceses: lo cual irritando sobremanera al comandante Lecchi, prohibió á los habitantes asomarse á las azoteas en dias de refriega.

Órden singular dada por Lecchi en Barcelona.

Mal informado el general Vives, dirigió á dicho general Lecchi y al español Casanova proposiciones de acomodamiento si le dejaban entrar en la plaza. Las desecharon ambos, notándose en la respuesta de Lecchi la dignidad conveniente. Creyeron sin embargo algunos que sin la pronta llegada del general Saint-Cyr, y conducida de otra manera la negociacion, quizá no hubiera esta sido infructuosa.

Trata Vives de seducirle á él y á otros.

Don Juan Vives resolvió repetir el 26 el ataque que habia emprendido el 8. Ejecutado esta vez con mayor felicidad, fueron los franceses rechazados hasta Barcelona, y se cogieron prisioneros 104 hombres que defendian la favorable posicion de San Pedro mártir. Prosiguieron las ventajas el 27, adelantándose el cuartel general á San Feliú de Llobregat, á legua y media de Barcelona; desde donde y con deseo siempre de estrechar al enemigo, se le acometió de nuevo el 5 de diciembre, consiguiendo clavar los cañones y destruir las obras que habia formado en la falda de Monjuich.

Ataques de Vives el 26 y 27 de noviembre en las cercanías de Barcelona.

Del 5 de diciembre.

Pero eran cortas estas ventajas al lado de las que hubieran podido alcanzarse yendo en busca de Sain-Cyr. Sacrificóse todo al deseo de enseñorearse de la capital del principado. Sin embargo en la noche del 11 de diciembre sabedor Vives de que aquel general se habia movido el 8 con señales de ir la vuelta de Barcelona, mandó á don Teodoro Reding que se adelantase hácia Granollers. Recibiéndose posterior-

Reding y Vives van al encuentro de Saint-Cyr.

mente confirmacion del primer aviso, se celebró un consejo de guerra, en el que variando segun costumbre los pareceres, no se siguió el de Caldagués, que era el mas acertado, y segun el cual debiera haberse ido al encuentro de Sain-Cyr con la mayor parte de las fuerzas, dejando delante de Barcelona 4000 hombres bien atrincherados. Resolvióse pues lo contrario, y solo salió Vives con algunas tropas á unirse á Reding. Ambos generales juntaron 8000 hombres, agregándoseles ademas los somatenes. Al propio tiempo se previno al marqués de Lazan, que separándose de la vanguardia que estaba en Gerona, siguiese la huella del francés, sin atacarle por la espalda hasta que el mismo Vives lo hiciese por el frente, y al coronel Milans que se apostase con 4 batallones en Coll-Sacreu para molestar al enemigo si queria echarse del lado de la marina, ó si no concurrir con los demas á la accion general que se esperaba.

Continúa Saint-Cyr su marcha.

Apremiado el general Saint-Cyr con la urgente necesidad de socorrer á Barcelona, no se empeñó en combatir al marqués de Lazan, quien por su parte esquivó tambien todo serio reencuentro. En seguida maniobró el general francés para disfrazar su intencion, y el 11 preparóse á marchar con rapidez y sin embarazos. Así fué que enviando á Figueras la artillería, repartió á sus soldados víveres para cuatro dias, distribuyóles á razon de 50 cartuchos, y llevó 150000 de reserva á lomo de acémilas. El 12 abrió la marcha desde La Bisbal, teniendo en el camino algunos choques con los miqueletes de don Juan Clarós. Enderezóse á Hostalrich, y al llegar á las alturas que le dominan, con gran júbilo vió que Vives ni se habia aun adelantando hasta allí, ni ocupado las gargantas del rio Tordera, en cuyas estrechuras bastando un corto número de hombres para detener á los suyos, hubieran en breve consumido las municiones que consigo traian.

Continuó el general Saint-Cyr su marcha, y el 15 para librarse de los fuegos de Hostalrich, dió vuelta á la plaza por un sendero agrio y desconocido, tornando luego á tomar el camino de Barcelona. Salió de Vallgorguina á incomodarle el coronel Milans, viéndose el general francés obligado á retardar su marcha á causa de las cortaduras practicadas en el desfiladero de treinta pasos. Mas vencidos los obstáculos, acampó ya por la noche su ejército al raso á una legua del que mandaba Vives, quien pasando el Cardedeu se habia colocado en ventajoso puesto entre Llinas y Villalba. La situacion de los franceses, á pesar de las faltas que cometieron los nuestros, no dejaba de ser crítica. Por su frente tenian á Vives, flanqueábalos Milans á su izquierda, y detrás los seguian Clarós y Lazan. Estaban privados de artillería, escaseábanles los víveres, solamente les quedaban municiones para una hora, y eran sus tropas un conjunto de soldados nuevos de varias naciones. Si Vives hubiera sabido aprovecharse de tales ventajas, quizá se hubiera repetido aquí la jornada de Bailen, y calificádose de intempestivo y temerario el movimiento del general Saint-Cyr, que por su buen éxito mereció el nombre de atrevido y sabio.

Batalla de Llinas ó Cardedeu.

Amaneció el 16 de diciembre, y el general español aguardaba á sus contrarios colocado en la loma que se levanta despues de Cardedeu y Villalba, y termina en la Riera de la Roca. En lo mas elevado de ella y á la derecha del camino real situó 5 piezas, dejando 2 á la izquierda. Formó su columna en batalla, y desplegó sobre la derecha que mandaba Reding, ocupando el costado opuesto de la línea el somaten de Vich. Como el objeto del general francés era pasar á toda costa, decidió combatir en una sola columna que rompiese por medio los españoles. Comenzó el ataque la division de Pino con órden expresa de no desviarse de lo resuelto por el general en jefe, pero en contravencion á

ello habiendo una de sus brigadas desplegado sobre la izquierda, hubo de comprometer á los franceses en una refriega que hubiera sido su perdicion á haberse prolongado. El peligro fué para ellos grande durante algun tiempo. La brigada que habia desplegado no solo fué rechazada, mas tambien ahuyentada, y destrozado uno de sus regimientos por el de húsares españoles, á cuyo frente estaba el coronel Ibarrola, quedando prisioneros 2 jefes, 15 oficiales y unos 200 soldados. Acudió pronto y oportunamente al remedio el general Saint-Cyr.

De un lado hizo que la division Souham contuviese la brigada puesta en desórden, al mismo tiempo que de otro amenazaba la izquierda española, que era la parte mas flaca y desguarnecida, disponiendo igualmente que el general Pino con la 2ª brigada prosiguiese el ataque en columna, y rompiese nuestra línea. Ejecutada la operacion á un tiempo y en buena sazon, se cambió la suerte de las armas, y el ejército español fué envuelto y puesto en derrota. Perdiéronse 5 de los 7 cañones que habia, salvándose los 2 por la actividad y presencia de ánimo del teniente Ulzúrrum. Nuestra pérdida fué de 500 muertos y de 1000 entre heridos y prisioneros: mayor la de los franceses, por el daño que al principio experimentaron de la artillería española. Salvóse el general Vives á pié y por sendas extraviadas, y el general Reding ayudado de la velocidad de su caballo pudo juntarse á una columna de infantería y caballería que con el mayor órden se retiró por el camino de Granollers á San Culgat. Allí tomó el mando interinamente dicho general, y se acogió á la derecha del Llobregat, á donde se transfirió el conde del Caldagués, quien aunque salvó la artillería y municiones, tuvo por la priesa que abandonar los inmensos acopios almacenados en Sarriá, los cuales sirvieron de mucho al enemigo. El marqués de Lazan, que no tomó parte

Son derrotados los españoles.

Se retiran al Llobregat.

en la batalla, retrocedió despues á Gerona, y el coronel Milans se mantuvo en Arenys algunos dias sin ser molestado.

Graves y desgraciadas fueron las resultas de la accion de Llinas ó Cardedeu, no tanto por la pérdida de una parte del ejército y por el socorro que introdujeron los franceses en Barcelona, cuando por el desánimo que causó en los españoles, y los alientos que comunicó á los bisoños y mal seguros soldados del enemigo.

Llegó el general Saint-Cyr el 17 delante de Barcelona. No reinaba entre él y el general Duhesme el mejor acuerdo, mostrándose este descontento con recibir un jefe superior, y al que luego se dirigieron quejas y reclamaciones. Por entonces ansioso Saint-Cyr de perseguir á los españoles, no tomó acerca de ellas providencia, y el 20, despues de haber dado á sus tropas dos dias de descanso, salió para el Llobregat y se situó en la márgen izquierda, reforzado su ejército con 5 batallones de la division del general Chabran.

Llega Saint-Cyr á Barcelona.

Avanza al Llobregat.

Al otro lado habian reunido los españoles el suyo, que con la derrota del 16 y dispersion que ella causó en todas las tropas, no ascendia arriba de 10000 infantes y 900 caballos con artillería numerosa. Allí llegó el general Vives, que se habia embarcado en Mataró, y que despues de aprobar las medidas tomadas en su ausencia, pasó á Villafranca para obrar en union con la junta del principado.

Situacion de los españoles.

Luego que se alejó asomaron los franceses, é indeciso don Teodoro Reding de si se retiraria ó no, consultó al general en jefe, que tardó en contestar, haciéndolo al fin de un modo ambiguo, lo cual decidió al primero á sostenerse en su puesto. El ejército español estaba atrincherado en la márgen derecha del Llobregat, en las colinas en que rematan las alturas de Ordal, extendiéndose desde San Vicente hasta Pallejá. Mandaba la derecha el brigadier don Gaspar Gomez de la Serna, la izquierda el mariscal de campo Cuadrado,

manteniéndose Reding juntamente con Caldagués en uno de los reductos que habian levantado en el camino real de Valencia.

Batalla de Molins de Rey.

El enemigo al alborear del 21 empezó su ataque. Apostóse el general Chabran en Molins de Rey, que estaba á la derecha de los franceses, y de donde la batalla tomó el nombre, vadeando la division del general Pino el Llobregat por San Feliú, al tiempo que Souham con su tropa le cruzaba por San Juan del Pí. Habian en un principio creido los españoles que su izquierda seria la primera atacada, mas cerciorados de lo contrario mejoraron su posicion, haciendo los peones acertado fuego. El desaliento no obstante era grande desde la accion de Llinas, y no habia corrido suficiente tiempo para que se borrase de la mente del soldado tan funesta impresion. Envolvieron los enemigos la derecha española; arrojarónla sobre el centro, y cayendo unos y otros sobre la izquierda, ya no hubo sino desconcierto, acorralados los nuestros contra el puente de Molins de Rey. A las 10 de la mañana llegó Vives solamente para presenciar la destruccion de los suyos. El ejército español estuvo muy expuesto á ser del todo cogido por los franceses, á no haberse los soldados desbandado y tirado cada uno por donde encontró salida. Fué considerable nuestra pérdida, principalmente de jefes: el brigadier la Serna murió en Tarragona de las cuchilladas recibidas; el de Caldagués cayó prisionero y lo mismo varios coroneles. Quedó en poder de los contrarios toda la artillería.

Derrota de los españoles y tristes resultas.

Por loable que fuera el deseo que animaba al general Reding, con razon debió tacharse de extrema imprudencia el aventurar una accion con un ejército que ademas de novel, acababa pocos dias antes de ser deshecho y en parte disperso. Así fué que el general Saint-Cyr maniobrando con sumo arte, sin grande esfuerzo desbarató completamente nuestras

filas atropellándose unos soldados sobre otros. Aciagas y de trascendencia fueron las resultas. Perdiéronse las armas que arrojaron los infantes, se abandonaron los cuantiosos almacenes que habia en el Llobregat, en Villafranca de Panadés y en Villanueva de Sitjes, y en fin, deshizóse enteramente el ejército. Cataluña quedó cási toda ella á merced del vencedor, que no solo forzó el paso del Bruch para él tan ominoso, sino que tambien derramó por todas partes el espanto y la desolacion.

Embarazosa tambien la situacion de Saint-Cyr.

Admiró á algunos que el general Saint-Cyr parmaneciese ocioso, alcanzadas tales ventajas, y atribuíanlo á la condicion perezosa de que le tachaban. Pero otros motivos obraron en su mente para proceder con lentitud y circunspeccion. Habia en su ejército, á pesar de los acopios cogidos, mucha escasez por la necesidad de abastecer á Barcelona; el país que le rodeaba estaba ya agotado, la comunicacion con Francia no fácil, y los obstáculos mayores cada dia por el pronto retoño de la guerra de somatenes, contra cuyos continuos y desparramados esfuerzos se estrellaba la pericia de los generales franceses.

Acontecimientos de Tarragona.

Era por cierto situacion esta embarazosa para ellos, y de grande ayuda para los españoles, cuyos dispersos se iban allegando á Tarragona. En sus muros alborotóse el pueblo, amenazó de muerte al general Vives, quien para preservarse de una catástrofe cási inevitable, rotos los vínculos de la subordinacion, dejó el mando, que recayó en don Teodoro Reding, grató á la opinion popular. Poco á poco recobró la autoridad su fuerza, la junta se trasladó á Tortosa, y el nuevo general con actividad y celo empezó á arreglar el ejército, á la sazon descompuesto é insubordinado. Todo anunciaba mejora, mas todo se malogró, como veremos despues por la fatal manía de dar batallas, y tambien por el laudable deseo de socorrer á Zaragoza.

Sucede Reding á Vives.

Segundo sitio de Zaragoza.

Esta ciudad, si bien ilustró su nombre en el primer sitio, ahora le engrandeció en el segundo, perpetuándole con nuevas proezas y con su imperturbable constancia, en medio de padecimientos y angustias. Situada no léjos de la frontera de Francia, temióse contra ella ya en setiembre un nuevo y mas terrible acometimiento. Palafox, como general advertido, aprestóse á repelerle, fortificando con esmero y en cuanto se podia poblacion tan extensa y descubierta. Encargó la direccion de las obras á don Antonio San Genis, ya célebre por lo que trabajó en el primer sitio. El tiempo y los medios no permitian convertir á Zaragoza en plaza respetable. Hubo varios planes para fortalecerla: adoptóse como mas fácil el de una fortificacion provisional, aprovechándose de los edificios que habia en su recinto. Por la márgen derecha del Ebro se recompuso y mejoró el castillo de la Aljafería, estableciendo comunicacion con el Portillo por medio de una doble caponera, y asegurando bastantemente la defensa hasta la puerta de Sancho. Del otro lado del castillo hasta el puente de Huerba se habian fortificado los conventos intermedios, se habia levantado un terraplen revestido de piedra, abierto en partes un foso y construido en el mismo puente un reducto que se denominó del Pilar. De allí un atrincheramento doble se extendia al monasterio de Santa Engracia, cuyas ruinas se habian grandemente fortalecido. En seguida y hasta el Ebro defendian la ciudad varias obras y baterías, no habiéndose descuidado fortificar el convento de San José, que situado á la derecha de Huerba, descubria los ataques del enemigo y protegia las salidas de los sitiados. En el monte Torrero solo se levantó un atrincheramiento, no creyendo el puesto susceptible de larga resistencia. Por la ribera izquierda del Ebro se resguardó el arrabal con reductos y flechas, revestidos de ladrillo ó adove, haciendo ademas cortaduras en las calles y aspillerando

Preparativos de defensa.

las casas. Otro tanto se practicó en la ciudad, tapiando los pisos bajos, atronerando los otros y abriendo comunicaciones por las paredes medianeras. Las quintas y edificios, los jardines y los árboles que en derredor del recinto quedaban aun en pié despues de los destrozos del primer sitio, se arrasaron para despejar los contornos. Todos los moradores á porfia y con afanado ahinco coadyuvaron á la pronta conclusion de los trabajos emprendidos.

La artillería no era en general de grueso calibre. Habia unas 60 piezas de á 16 y 24, sacadas por la mayor parte del canal, en donde los franceses las habian arrojado: apenas se hizo uso de los morteros por falta de bombas. Se reservaban en los almacenes provisiones suficientes para alimentar 15000 hombres durante seis meses; cada vecino tenia un acopio particular para su casa, y los conventos muchas y considerables vituallas. En un principio no se contaba para la defensa sino con 14 ó 15000 hombres: aumentáronse hasta 28000 con los dispersos de Tudela que se incorporaron á la guarnicion. Era segundo de Palafox don Felipe Sain-March: mandaba la artillería el general Villalba, y los ingenieros el coronel San Genis. Componíase la caballería de 1400 hombres á las órdenes del general Butron.

Disposiciones de los franceses.

Los franceses, despues de la batalla de Tudela, tambien se preparaban por su parte á comenzar el sitio, reuniendo en Alagon las tropas y medios necesarios. El mariscal Moncey aguardaba allí con el 3er cuerpo la llegada del 5°, que mandaba el mariscal Mortier, destinados ambos á aquel objeto, y ascendiendo sus fuerzas reunidas á 35000 hombres, sin contar con 6 compañías de artillería, 8 de zapadores y 3 de minadores que se agregaron. Mandaba la primera el general Dedon, y los ingenieros el general Lacoste. A todos y en jefe debia capitanear el mariscal Lannes, que por indisposicion se detuvo algunos dias en Tudela.

Preséntanse delante de Zaragoza.

Unidos en Alagon el 19 de diciembre los mencionados 3° y 5° cuerpo, presentáronse el 20 delante de Zaragoza, uno por la ribera derecha del Ebro, otro por la izquierda. Antes de formalizar el sitio pensó el mariscal Moncey, general en jefe por ausencia de Lannes, en apoderarse del monte Torrero, que resguardaba con 5000 hombres don Felipe Saint-March. Para ello al amanecer del 21 coronaron sus tropas las alturas que dominan aquel sitio, al mismo tiempo que distrayendo la atencion por nuestra izquierda, se enseñorearon por la derecha del puente de la Muela y de la Casa-Blanca. Desde allí flanquearon la batería de Buena-Vista, en la que volándose un repuesto de granadas con una arrojada por los enemigos, causó desórden y obligó á los nuestros á abandonar el puesto. Entonces Saint-March, descubierto por su derecha, pegó fuego en Torrero al puente de América, y se replegó al reducto del Pilar, en donde repelidos los enemigos tuvieron que hacer alto. De mal pronóstico era para la defensa de Zaragoza la pérdida de Torrero: en el anterior sitio igual hecho habia costado la vida al general Falcó: en el actual avínole bien á Saint-March para no ser perseguido la particular proteccion de Palafox.

El mariscal Moncey se apodera del monte Torrero.

Son rechazados los franceses en el arrabal.

Compensóse en algo este golpe con lo acaecido en el arrabal el mismo dia. Queriendo tomarle el general Gazan, empezó por acometer á los suizos del ejército español, que estaban en el camino de Villamayor: superior en número, los obligó á retirarse á la torre del Arzobispo, en donde si bien se defendieron con el mayor valor, dándoles ejemplo su jefe don Adriano Walker, quedaron allí los mas muertos ó prisioneros. Animados los franceses embistieron tres de las baterías del arrabal, en cuyo paraje mandaba don José Manso. Durante cinco horas persistieron en sus acometidas. Infructuosamente llegaron algunos hasta el pié de

los cañones del Rastro y el Tejar. El coronel de artillería don Manuel Velasco que dirigia los fuegos, cubrióse aquel dia de gloria por su acierto y bizarra serenidad. Mucho igualmente influyó con su presencia don José de Palafox, que acudia á donde mayor peligro amagaba. El éxito fué muy feliz para los españoles, y el haber sido rechazado el enemigo, así en este como en otros puntos, comunicó aliento á los aragoneses, y convenció al francés que tampoco en esta ocasion seria ganada de rebate la ciudad de Zaragoza. Por eso recurrió igualmente el mariscal Moncey á la via de la negociacion; mas Palafox desechó su propuesta con ánimo levantado y arrogante.*

Intimacion á la plaza.

(* Ap. n. 4.)

Los franceses trataron entonces de establecer un riguroso bloqueo. Del lado del arrabal el general Gazan inundó el terreno para impedir las salidas de los sitiados, los cuales el 25 al mando de don Juan Oneille desalojaron á los enemigos del soto de Mezquita, obligándolos á retirarse hasta las alturas de San Gregorio. Por la derecha del rio propuso el general Lacoste tres ataques, uno contra la Aljafería, y los otros dos contra el puente de Huerba y convento de San José, punto que miraban los enemigos como mas flaco por no haber detrás en el recinto de la plaza muro terraplenado. Empezaron á abrir la trinchera en la noche del 29 al 30 de diciembre.

Bloqueo y ataques que preparan los franceses.

Notando los españoles que avanzaban los trabajos de los sitiadores, se dispusieron el 31 á hacer una salida mandada por el brigadier don Fernando Gomez de Butron. Fingióse un ataque en todo lo largo de la línea, enderezándose nuestra gente á acometer la izquierda enemiga; mas advertido Butron de que por la llanura que se extiende delante de la puerta de Sancho se adelantaba una columna francesa, prontamente revolvió sobre ella, y dándole una carga con la caballería, la arrolló y cogió 200 prisioneros. Palafox para es-

Salida del general Butron.

timular á la demas tropa, y borrar la funesta impresion que pudieran causar las tristes noticias del resto de España, recompensó á los soldados de Butron con el distintivo de una cruz encarnada.

Reemplaza Junot á Moncey. Sale Mortier para Calatayud.

El 1º de enero reemplazó en el mando en jefe al mariscal Moncey el general Junot, duque de Abrantes. En aquel dia los sitiadores para adelantarse salieron de las paralelas de derecha y centro, perdiendo mucha gente, y el mariscal Mortier, disgustado del nombramiento de Junot, partió para Calatayud con la division del general Suchet, lo cual disminuyó momentáneamente las fuerzas de los franceses.

Empieza el bombardeo. Ataques contra San José y reducto del Pilar.

Estos, habiendo establecido el 9 ocho baterías, empezaron en la mañana del 10 el bombardeo, y á batir en brecha el reducto del Pilar y el convento de San José, que aunque bien defendido por don Mariano Renovales, no podia resistir largo tiempo. Era edificio antiguo, con paredes de poco espesor, y que desplomándose, en vez de cubrir dañaban con su caida á los defensores. Hiciéronse sin embargo notables esfuerzos, sobresaliendo en bizarría una mujer llamada Manuela Sancho, de edad de veinticuatro años, natural de Plenas en la serranía. El 11 dieron los franceses el asalto, teniendo que emplear en su toma las mismas precauciones que para una obra de primer órden.

Manuela Sancho.

Alojados en aquel convento, fueron dueños de la hondonada de Huerba, pero no podian avanzar al recinto de la plaza sin enseñorearse del reducto del Pilar, cuyos fuegos los incomodaban por su izquierda. El 11 tambien este punto habia sido atacado con empeño, sin que los franceses alcanzasen su objeto. Mandaba don Domingo la Ripa, y se señaló con sus acertadas providencias, así como el oficial de ingenieros don Marcos Simonó, y el comandante de la batería don Francisco Betbezé. Por la noche hicieron los nuestros una salida que difundió el terror en el campo enemigo, hasta

que su ejército vuelto en sí y puesto sobre las armas obligó á la retirada. Arrasado el 15 el reducto, quedando solo escombros, y muertos los mas de los oficiales que le defendian, fué abandonado entre ocho y nueve de la noche, volando al mismo tiempó el puente de Huerba, en que se opoyaba su gola.

Resolucion de los moradores.

Entre este y el Ebro del lado de San José no restaba ya á Zaragoza otra defensa sino su débil recinto y las paredes de sus casas; pero habitadas estas por hombres resueltos á pelear de muerte, allí empezó la resistencia mas vigorosa, mas tenaz y sangrienta.

Enfermedades y contagio.

De la determinacion de defender las casas, nació la necesidad de abandonarlas, y de que se agolpase parte de la poblacion á los barrios mas lejanos del ataque, con lo cual crecieron en ellos los apuros y angustias. El bombardeo era espantoso desde el 10, y para guarecerse de él, amontonándose las familias en los sótanos, inficionaban el aire con el aliento de tantos, con la falta de ventilacion, y el continuado arder de luces y leña. De ello provinieron enfermedades, que á poco se transformaron en horroroso contagio. Contribuyeron á su propagacion los malos y no renovados alimentos, la zozobra, el temor, la no interrumpida agitacion, las dolorosas nuevas de la muerte del padre, del esposo, del amigo; trabajos que á cada paso martillaban el corazon.

Los franceses continuaron sus obras concluyendo el 21 la tercera paralela de la derecha, y entonces fijaron el emplazamiento de contrabaterías y baterías de brecha del recinto de la plaza. Procuraban los españoles por su parte molestar al enemigo con salidas, y ejecutando acciones arrojadas, largas de referir.

Temores de los franceses.

No solo padecian los franceses con el daño que de dentro de Zaragoza se les hacia, sino que tambien andaban alte-

rados con el temor de que de fuera los atacasen cuadrillas numerosas: y se confirmaron en ello con lo acaecido en Alcañiz. Por aquella parte y camino de Tortosa habian destacado para acopiar víveres al general Vathier con 600 caballos y 1200 infantes. En su ruta fué este molestado por los paisanos y algunos soldados sueltos, en términos, que deseoso de destruirlos los acosó hasta Alcañiz, en cuyas calles los perseguidos y los moradores defendiéronse con tal denuedo, que para enseñorearse de la poblacion perdieron los franceses mas de 400 hombres.

Gente que perdieron en Alcañiz.

Acrecentóse su desasosiego con las voces esparcidas de que el marqués de Lazan y don Francisco Palafox venian al socorro de Zaragoza; voces entonces falsas, pues Lazan estaba léjos en Cataluña, y su hermano don Francisco, si bien habia pasado á Cuenca á implorar la ayuda del duque del Infantado, no le fué á este lícito condescender con lo que pedia. Daba ocasion al engaño una corta division de 4 á 5000 hombres que don Felipe Perena, saliendo de Zaragoza, reunió fuera de sus muros, y la cual ocupando á Villafranca, Leciñena y Zuera, recorria la comarca.

Por escasas que fuesen semejantes fuerzas instaba á los franceses destruirlas: cuando no, podian servir de núcleo á la organizacion de otras mayores. Favoreció á su intento la llegada el 22 de enero del mariscal Lannes. Restablecido de su indisposicion acudia este á tomar el mando supremo del 3º y 5º cuerpo, que mandados separadamente por jefes entre sí desavenidos, no concurrian á la formacion del sitio con la debida union y celeridad. Puesto ahora el poder en una sola mano, notáronse luego sus efectos. Por de pronto ordenó Lannes al mariscal Mortier que de Calatayud volviese con la division del general Suchet, y que con ella y el apoyo de la de Gazan, que bloqueaba el arrabal, marchase al encuentro de la gente de Perena, que los franceses

Llegada del mariscal Lannes.

Llama á Mortier.

creian ser don Francisco de Palafox. Aquel oficial, dejando hácia Zuera alguna fuerza, replegóse con el resto desde Perdiguera, donde estaba, á nuestra Señora de Magallon. Gente la suya nueva y allegadiza, ahuyentáronla fácilmente los franceses de las cercanías de Zaragoza, y pudieron continuar el sitio sin molestia ni diversion de afuera.

Dispersa este á Perena.

Redoblando pues su furia contra la ciudad, abrieron espaciosa brecha en su recinto, y ya no les quedaba sino pasar el Huerba para intentar el asalto. Construyeron dos puentes, y en la orilla izquierda dos plazas de armas donde se reuniese la gente necesaria al efecto. Los nuestros, sin dejar de defender algunos puntos aislados que les quedaban fuera, perfeccionaban tambien sus atrincheramientos interiores.

El 27 determinaron los enemigos dar el asalto. Dos brechas practicables se les ofrecian, una en frente del convento de San José, y otra mas á la derecha cerca de un molino de aceite que ocupaban. En el ataque del centro habian tambien abierto una brecha en el convento de Santa Engracia, y por ellas y las otras dos corrieron al asalto en aquel dia á las doce de la mañana. La campana de la Torre Nueva avisó á los sitiados del peligro. Todos á su tañido se atropellaron á las brechas. Por la del molino embistieron los franceses, y se encaramaron sin que los detuvieran dos hornillos á que se prendió fuego; mas un atrincheramiento interior y una granizada de balas, metralla y granadas, los forzaron á retirarse, limitándose á coronar con dificultad lo alto de la brecha por medio de un alojamiento. En frente de San José, rechazados repetidas veces, consiguieron al fin meterse desde la brecha en una casa contigua, y hubieran pasado adelante á no haberlos contenido la intrepidez de los sitiados. El ataque contra Santa Engracia, si bien al principio ventajoso el enemigo, salióle despues mas caro que los otros. Tomaron en efecto sus soldados aquel monaste-

Asalto de los franceses al recinto de la ciudad.

rio, enseñoreáronse del convento inmediato de las Descalzas, y enfilando desde él la larga cortina que iba de Santa Engracia al puente de Huerba, obligaron á los españoles á abandonarla. Alentados los franceses con la victoria se extendieron hasta la puerta del Cármen, y llevados de igual ardor los que de ellos guardaban la paralela del centro, acometieron por la izquierda, se hicieron dueños del convento de Trinitarios descalzos, y ya avanzaban á la Misericordia, cuando se vieron abrasados con el fuego de 2 cañones, y el daño que recibian de calles y casas. Los nuestros persiguiéndolos hicieron una salida, y hasta se metieron en el convento de Trinitarios, que fuera otra vez suyo sin el pronto socorro que trajo á los contrarios el general Morlot. Murieron de los franceses 800 hombres, en cuyo número se contaron varios oficiales de ingenieros.

Muerte de San Genis.

Pero de esta clase tuvieron los españoles que llorar al siguiente dia la dolorosa pérdida del comandante don Antonio San Genis, que fué muerto en la batería llamada Palafox al tiempo que desde ella observaba los movimientos del enemigo. Tenia cuarenta y tres años de edad, y amábanle todos por ser oficial valiente, experimentado y entendido. Y aunque de condicion afable, era tal su entereza, que desde el primer sitio habia dicho, « no se me llame á » consejo si se trata de capitular, porque nunca será mi » opinion que no podamos defendernos. »

Estragos de bombardeo y epidemia.

El bombardeo mientras tanto continuaba sus estragos, siendo mayores los de la epidemia, de que ya morian 350 personas por dia, y los hubo en que fallecieron 500. Faltaban los medicamentos, estaban henchidos de enfermos los hospitales, costaba una gallina 5 pesos fuertes, carecíase de carne y de cási toda legumbre. Ni habia tiempo ni espacio para sepultar los muertos, cuyos cadáveres hacinados delante de las iglesias, esparcidos á veces y desgarrados

por las bombas, ofrecian á la vista espantoso y lamentable espectáculo. Confiado el mariscal Lannes de que en tal aprieto se darian á partido los españoles, sobre todo si eran noticiosos de lo que en otras partes ocurria, envió un parlamento comunicando los desastres de nuestros ejércitos y la retirada de los ingleses. Mas en balde: los zaragozanos nada escucharon; en vez de amilanarse crecia su valor al par de los apuros. Su caudillo, firme con ellos, repetia: «defenderé hasta la última tapia.»

Intimacion de Lannes.

Dicho de Palafox.

Los franceses entonces yendo adelante con sus embestidas, inútilmente quisieron el 28 y 29 apoderarse por su derecha de los conventos de San Agustin y Santa Mónica. Tampoco pudieron vencer el obstáculo de una casa intermedia que les quedaba para penetrar en la calle de la Puerta quemada. Lo mismo les sucedió con una manzana contigua á Santa Engracia, empezando entonces á disputarse con encarnizamiento la posesion de cada casa, y de cada piso y de cada cuarto.

Resistencia en casas y edificios.

Siendo muy mortífero para los franceses este desconocido linaje de defensa, resolvieron no acometer á pecho descubierto, y emprendieron por medio de minas una guerra terrible y escondida. Aunque en ella les daban su saber y recursos grandes ventajas, no por eso se abatieron los sitiados; y sosteniéndose entre las ruinas y derribos que causaban las minas enemigas, no solo procuraban conservar aquellos escombros, sino que tambien querian recuperar los perdidos. Intentáronlo aunque en vano con el convento de Trinitarios descalzos. La lid fué porfiada y sangrienta; quedó herido el general francés Rostoland y muertos muchos de sus oficiales. Nuestros paisanos y soldados abalanzábanse al peligro como fieras. Y sacerdotes piadosos y atrevidos no cesaban de animarlos con su lengua y dar consuelos religiosos á los que caian heridos de muerte, sien-

Minas de los franceses.

Patriotismo y fervor de algunos eclesiásticos.

do á veces ellos mismos víctimas de su fervor. Augusto entonces y grandioso ministerio, que al paso que desempeñaba sus propias y sagradas obligaciones, cumplia tambien con las que en tales casos y sin excepcion exige la patria de sus hijos.

A fuerza de empeño y trabajos, y valiéndose siempre de sus minas, se apoderaron los franceses el 1º de febrero de San Agustin y Santa Mónica, y esperaron penetrar hasta el Coso por la calle de la Puerta quemada; empresa la última que se les malogró con pérdida de 200 hombres. Dolorosa fué tambien para ellos la toma en aquel dia de algunas casas en la calle de Santa Engracia, cayendo atravesado de una bala por las sienes el general Lacoste, célebre ya en otros nombrados sitios. Sucedióle Mr. Rogniat, herido igualmente en el siguiente dia.

Muerte del general Lacoste.

Aunque despacio, y por decirlo así, á palmos, avanzaba el enemigo por los tres puntos principales de su ataque, que acabamos de mencionar. Mas como le costaba tanta sangre, excitáronse murmuraciones y quejas en su ejército, las cuales estimularon al general Lannes á avivar la conclusion de tan fatal sitio, acometiendo el arrabal.

Murmuraciones del ejército francés.

Seguia en aquella parte el general Gazan, habiéndose limitado hasta entonces á conservar riguroso bloqueo. Ahora segun lo dispuesto por Lannes, emprendió los trabajos de sitio. El 7 de febrero embistieron ya sus soldados el convento de Franciscanos de Jesus, á la derecha del camino de Barcelona. Tomarónle despues de tres horas de fuego, arrojando de dentro á 200 hombres que le guarnecian; y no pudiendo ir mas adelante por la resistencia que los nuestros les opusieron, paráronse allí y se atrincheraron.

Embestida del arrabal.

Trató Lannes al mismo tiempo de que se diesen la mano con este ataque los de la ciudad, y puso su particular conato en que el de la derecha de San José se extendiese por

Los progresos del enemigo en la ciudad.

la universidad y puerta del Sol hasta salir al pretil del rio. Tampoco descuidó el del centro, en donde los sitiados defendieron con tal tenacidad unas barracas que habia junto á las ruinas del hospital, que segun la expresion de uno de los jefes enemigos, «era menester matarlos para vencerlos.» Allí el sitiador, ayudado de los sótanos del hospital, atravesó la calle de Santa Engracia por medio de una galería, y con la explosion de un hornillo se hizo dueño del convento de San Francisco: hasta que subiendo por la noche al campanario el coronel español Fleury acompañado de paisanos, agujerearon juntos la bóveda y causaron tal daño á los franceses desde aquella altura, que huyeron estos, recobrando despues á duras penas el terreno perdido.

Nuevas murmuraciones del ejército francés.

Los combates de todos lados eran continuos, y aunque los sostenian por nuestra parte hombres flacos y macilentos, ensañábanse tanto, que creciendo las quejas del soldado enemigo, exclamaba: « que se aguardasen refuerzos, » si no se queria que aquellas malhadadas ruinas fuesen su » sepulcro.»

Toma del arrabal.

Urgia pues á Lannes acabar sitio tan extraño y porfiado. El 18 de febrero volvió á seguirse el ataque del arrabal; y con horroroso fuego, al paso que de un lado se derribaban frágiles casas, flanqueábase del otro el puente del Ebro para estorbar todo socorro, pereciendo al querer intentarlo el baron de Versages. A las dos de la tarde abierta brecha, penetraron los franceses en el convento de Mercenarios llamado de San Lázaro. Fundacion del rey don Jaime el Conquistador y edificio grandioso, fué defendido con el mayor valor; y en su escalera, de construccion magnífica, anduvo la lucha muy reñida: perecieron cási todos los que lo guarnecian. Ocupado el convento por los franceses, quedó á los demas soldados del arrabal cortada la retirada. Imposible fué, excepto á unos cuantos, repasar el puente, siendo tan

tremendo el fuego del enemigo, que no parecia sino que á manera de las del Janto, se habian incendiado las aguas del Ebro. En tamaño aprieto echaron los mas de los nuestros por la orilla del rio, capitaneándolos el comandante de guardias españolas Manso; pero perseguidos por la caballería francesa, enfermos, fatigados y sin municiones, tuvieron que rendirse. Con el arrabal perdieron los españoles entre muertos, heridos y prisioneros 2000 hombres.

Furioso ataque que los franceses preparan.

Dueños así los franceses de la orilla izquierda del Ebro, colocaron en batería 50 piezas, con cuyo fuego empezaron á arruinar las casas situadas al otro lado en el pretil del rio. Ganaban tambien terreno dentro de la ciudad, extendiéndose por la derecha del Coso; y ocupado el convento de Trinitarios calzados, se adelantaron á la calle del Sepulcro, procurando de este modo concertar diversos ataques. En tal estado, meditando dar un gopel decisivo, habian formado seis galerías de mina que atravesaban el Coso, y cargando cada uno de los hornillos con 3000 libras de pólvora, confiaban en que su explosion, causando terrible espanto en los zaragozanos, los obligaria á rendirse.

No necesitaron los franceses acudir á medio tan violento. Menos eran de 4000 los hombres que en la ciudad podian sustentar las armas, 14000 estaban postrados en cama, muchos convalecientes y los demas habian perecido al rigor de la epidemia y de la guerra. Desvanecíanse las esperanzas de socorro; y el mismo general don José de Palafox, acometido de la enfermedad reinante, tuvo que transmitir sus facultades á una junta que se instaló en la noche del 18 al 19 de febrero. Componíase esta de 34 individuos, siendo su presidente don Pedro María Ric, regente de la audiencia. Rodeada de dificultades convocó la nueva autoridad á los principales jefes militares, quienes trazando un tristísimo cuadro de los medios que quedaban de defensa, in-

Deplorable estado de la ciudad.

Enfermedad de Palafox.

clinaron los ánimos á capitular. Discutióse no obstante largamente la materia; mas pasando á votacion, hubo de los vocales 26 que estuvieron por la rendicion, y solo 8, entre ellos Ric, se mantuvieron firmes en la negativa. En virtud de la decision de la mayoría, envióse al cuartel general enemigo un parlamento, á nombre de Palafox, aceptando con alguna variacion las ofertas que el mariscal Lannes habia hecho dias antes; pero este por tardía desechó con indignacion la propuesta.

Propone la junta capitular.

La junta entonces pidió por sí misma suspension de hostilidades. Aceptó el mariscal francés, con expresa condicion de que dentro de dos horas se le presentasen sus comisionados á tratar de la capitulacion. En el pueblo y entre los militares habia un partido numeroso que reciamente se oponia á ella, por lo cual hubo de usarse de precauciones.

Conferencia con Lannes.

Fué nombrado para ir al cuartel general francés don Pedro María Ric con otros vocales. Recibiólos aquel mariscal con desden y aun desprecio, censurando ágriamente y con irritacion la conducta de la ciudad, por no haber escuchado primero sus proposiciones. Amansado algun tanto con prudentes palabras de los comisionados, añadió Lannes, « respetaránse las mujeres y los niños, con lo que queda » el asunto concluido. » « Ni aun empezado, replicó pron- » tamente, mas con serenidad y firmeza don Pedro Ric: eso » seria entregarnos sin condicion á merced del enemigo, y » en tal caso continuará Zaragoza defendiéndose, pues aun » tiene armas, municiones y sobre todo puños. »

Capitulacion.

No queriendo sin duda el mariscal Lannes compeler á despecho ánimos tan altivos, reportóse aun mas, y comenzó á dictar la capitulacion. En vano se esforzó don Pedro Ric por alterar alguna de sus cláusulas, ó introducir otras nuevas. Fueron desatendidas las mas de sus reclamaciones. Sin embargo instando para que por un artículo expreso se per-

Palabra que da Lannes.

mitiese á don José Palafox ir á donde tuviese por conveniente, replicó Lannes que nunca un individuo podia ser objeto de una capitulacion; pero añadió que empeñaba su palabra de honor de dejar á aquel general entera libertad, así como á todo el que quisiese salir de Zaragoza. Estos pormenores, que es necesario no echar en olvido, fueron publicados en una relacion impresa por el mismo don Pedro María Ric, de cuya boca tambien nosotros se los hemos oido repetidas veces, mereciendo su dicho entera fé, como de magistrado veraz y respetable.

Firma la junta la capitulacion.

La junta admitió y firmó el 20 la capitulacion, airándose Lannes de que pidiese nuevas aclaraciones; mas de nada sirvió ni aun lo estipulado. En aquella misma noche la soldadesca francesa saqueó y robó; y si bien pudieran atribuirse tales excesos á la dificultad de contener al soldado despues de tan penoso sitio, no admite igual excusa el quebrantamiento de otros artículos, ni la falta de cumplimiento de la palabra empeñada de dejar ir libre á don José de Palafox. Moribundo sacáronle de Zaragoza, á donde tuvieron que volverle por el estado de postracion en que se hallaba. Apenas restablecido llevároníe á Francia, y encerrado en Vincennes, padeció hasta en 1814 durísimo cautiverio.

Quebrántase por los franceses horrorosamente.

Mal trato dado á Palafox.

Fueron aun mas allá los enemigos en sus demasías y crueldades. Despojaron á muchos prisioneros, mataron á otros y maltrataron á cási todos. Tres dias despues de la capitulacion á la una de la noche llamaron de un cuarto inmediato al de Palofox, donde siempre dormia, á su antiguo maestro el padre don Basilio Boggiero, y al salir se encontró con el alcalde mayor Solanilla, un capitan francés y un destacamento de granaderos, que le sacaron fuera, sin decirle á dónde le llevaban. Tomaron al paso al capellan don Santiago Sas, que se habia distinguido en el segundo sitio tanto como en el anterior, despidieron á Solanilla, y solos

Muerte de prisioneros, de Boggiero y Sas.

los franceses marcharon con los dos presos al puente de Piedra. Allí matáronlos á bayonetazos, arrojando sus cadáveres al rio. Hirieron primero á Sas, y no se oyó de su boca, como tampoco de la de Boggiero, otra voz que la de animarse recíprocamente á muerte tan bárbara é impensada. Contólo así despues y repetidas veces el capitan francés encargado de su ejecucion, añadiendo que el mariscal Lannes le habia ordenado los matase sin hacer ruido. ¡Atrocidad inaudita! A tal punto el vencedor atropelló en Zaragoza las leyes de la guerra y los derechos sagrados de la humanidad.

La capitulacion se publicó en la Gaceta de Madrid de * 28 de febrero, nunca en los papeles franceses, sin duda para que se creyese que se habia entregado Zaragoza á merced del conquistador, y disculpar así los excesos: como si con capitulacion ó sin ella pudieran permitirse muchos de los que se cometieron. (* Ap. n. 5.)

Entrada de Lannes en Zaragoza.

Fué nombrado el general Laval gobernador de Zaragoza. Hizo el 5 de marzo su entrada solemne Lannes, recibiéndole en la iglesia de nuestra Señora del Pilar el padre Santander, obispo auxiliar, que ausente en los dos sitios, volvió á Zaragoza á celebrar el triunfo de los enemigos de su patria. Del joyero de aquel templo se sacaron las mas preciosas alhajas, pasando á manos de los principales jefes franceses bajo el nombre de regalos que hacia la junta. * El mariscal Lannes permaneció en Zaragoza hasta el 14 de marzo, que partió á Francia, sucediéndole por entonces en el mando el general Junot, duque de Abrantes.

Padre Santander.

(* Véase ap. n. 6.)

Junot sucede otra vez á Lannes.

Duró el sitio de Zaragoza sesenta y dos dias; y sin la epidemia, principal ayudadora de los franceses, muchos esfuerzos y tiempo hubieran todavía empleado estos en la conquista. Al capitular solo era suya una cuarta parte de la ciudad, el arrabal y trece iglesias ó conventos, y sin embargo su posesion les habia costado tanto trabajo y la pér-

Pérdidas de unos y de otros.

dida de mas de 8000 hombres. Murieron de los españoles en ambos sitios 53873 * personas; el mayor número en el último y de la epidemia. Fueron destruidos con las bombas los mas de los edificios. Desapareció, pábulo de las llamas, el antiguo, famoso y escogido archivo de la Diputacion aragonesa: la biblioteca de la Universidad, formada con la antigua de los jesuitas y enriquecida con varias dádivas, entre ellas una del ilustre aragonés don Ramon de Pignatelli, se voló con una mina. Pereció tambien al final del sitio la del convento de Dominicos de San Ildefonso, fundada por el marqués de la Compuesta, secretario de Gracia y Justicia de Felipe V, en la que habia, sin los impresos, mas de dos mil curiosos manuscritos. Tan destrutora y enemiga de las letras es la guerra, aun hecha por naciones cultas.

(* Ap. n. 7.)

Ruinas de edificios y bibliotecas.

Muchos han dudado de si fué ó no conveniente defender á Zaragoza; desaprobando otros con mas razon el que se hubiesen encerrado tantas tropas en su recinto. Debiérase ciertamente haber acudido al remedio de semejante embarazo, sacando de allí las que se recogieron despues de la rota de Tudela ó cualesquiera otras: con tal que se hubiera limitado su numero á los 14 ó 15000 hombres que antes habia, y los cuales unidos al entusiasmado vecindario bastaban para escarmentar de nuevo al enemigo y detenerle largo tiempo delante de sus muros. Mas por lo que toca á la determinacion de defender la ciudad, nos parece que fué acertada y provechosa. Los laureles adquiridos en el primer sitio habian dado al nombre de Zaragoza tan mágico influjo, que su pronta y fácil entrega hubiera causado desmayo en toda la nacion. De otra parte su resistencia no solo impidió la ocupacion de algunas provincias, deteniendo el ímpetu de huestes formidables, sino que tambien aquellos mismos hombres que tan bravos é impávidos se mostraban guarecidos de las tapias y las casas, no hubieran inexper-

Juicio sobre este sitio.

tos y en campo raso podido sostenerse contra la práctica y disciplina de los franceses, mayormente cuando la impaciencia pública forzaba á aventurar imprudentes batallas.

Por varios y encontrados que en este punto hayan sido los dictámenes, nunca discordaron ni discordarán en calificar de gloriosísima y extraordinaria la defensa de Zaragoza. El general francés Rogniat, testigo de vista, nos dice con loable imparcialidad: * « La alteza de ánimo que mos- (* Ap. n. 8.)
» traron aquellos moradores, fué uno de los mas admirables
» espectáculos que ofrecen los anales de las naciones des-
» pues de los sitios de Sagunto y Numancia. » Fuélo en efecto tanto, que en 1814 citóse ya su ejemplo á los pueblos de Francia, como digno de imitarse, por aquel mismo Napoleon, que antes hubiera querido borrarle de la memoria de los hombres.

RESUMEN

DEL

LIBRO OCTAVO.

José en Madrid. — Felicitaciones. — Sus providencias. — Comisarios regios. — Tropa española. — Junta criminal. — Comisarios de hacienda. — Opinion acerca de José. — Junta central en Sevilla. — Declaracion unánime en favor de la causa peninsular de las provincias de América y Asia. — Auxilios que envian. — Decreto de la central sobre América de 25 de enero. — Nuevo reglamento para las juntas provinciales de España. — Tratado con Inglaterra de 9 de enero. — Subsidios de Inglaterra. — Tribunal de seguridad pública. — Centrales enviados á las provincias. — Marqués de Villel en Cádiz. — Los ingleses quieren ocupar la plaza. — Altercados que hubo en ello. — Alboroto de Cádiz. — Conducta extraña de Villel. — Riesgo que corre su persona. — Matan á Heredia. — Sosiégase el alboroto. — Ejércitos. — El de la Mancha. — Ataque de Mora. — Alburquerque y Cartaojal. — Pasa Alburquerque al ejército de Cuesta. — Avanza Cartaojal y se retira. — Accion de Ciudad-Real. — Ejército de Extremadura. — Avanza á Almaraz. — Córtase el puente. — Pasan los franceses el Tajo. — Retíranse los nuestros. — Ventajas conseguidas por los españoles. — Unese Alburquerque á Cuesta. — Batalla de Medellin. — Sus resultas. — Determinacion de la central. — Venegas sucede á Cartaojal. — Reflexiones. — Comision de

Sotelo. — Respuesta de la central. — Cartas de Sebastiani á Jovellanos y otros. —Cartas de Sebastiani al señor Jovellanos.—Contestacion del señor Jovellanos. — Guerra de Austria. — Cataluña. — Alboroto de Lérida. — Reding en Tarragona. — Plan prudente de Marti. — Varíase. — Situacion del ejército español. — Le atacan los franceses. — Entran en Igualada. —Movimientos de Saint-Cyr y Reding. —Batalla de Valls. — Entran los franceses en Reus. — Esperanzas de Saint-Cyr. — Salen vanas. — Guerra de somatenes. — Dificultad de las comunicaciones. — Retírase Saint-Cyr de las cercanías de Tarragona.—Pasa por Barcelona. — Estado de la ciudad. —Niéganse las autoridades civiles á prestar juramento. — Prenden á muchos y los llevan á Francia. — Pasa Saint-Cyr á Vich. — Muerte de Reding. —Sucede Coupigny. —Paisanos del Vallés. — Principio de las partidas en todo el reino. — Decreto de la central. — Porlier. —Don Juan Echavarri.—El Empecinado.—Ciudad-Rodrigo y Wilson. — Asturias. — La junta. — Ballesteros. —Sus operaciones en Colombres. — Armamento de la provincia. — Worster.— Entran los asturianos en Rivadeo. — Y en Mondoñedo. — Sorprenden y dispersan los franceses á Worster. —Romana. —Su ejército. —Empieza el levantamiento de Galicia. — Mariscal Soult. — Trata de invadir á Portugal. — Inútil tentativa para atravesar el Miño. —Toma Soult hácia Orense. — Insurreccion. — Los abades de Couto y Valladares. — El paisanaje molesta á los franceses en su marcha. — Soult y Romana. — Intimacion á este. — Es desbaratada la retaguardia española. —Ataca á Villafranca. —Se apodera de la guarnicion. —Llega Romana á Oviedo. —Altercado con la junta. —Invade Ney á Asturias. —Kellerman. — Romana se embarca en Jijon. — Saquean los franceses á Oviedo. — Sale Ney de Asturias. — Mahy amenaza á Lugo. — Desbarata al general Fournier. — Pone cerco á la ciudad. — Crece la insurreccion de Galicia. — Junta de Lobera. — Sitia á Vigo el abad de Valladares. Limia. — Tenreiro y el portugués Almeida. —Morillo. — Gogo. —Ríndese Vigo á los españoles. —Bloqueo de Tuy. —Le alzan. —Y evacuan la ciudad los franceses. — Se crea y aumenta la division del Miño.— Mándala don Martin de la Carrera. — Desbarata á los franceses en el campo de la Estrella. — Campaña de Soult en Portugal. — Entran los franceses en Chaves. — En Braga. — Asoman á Oporto. — Estado de la ciudad. — Entranla los franceses. — Gran matanza. — Conducta del mariscal Soult. — Pídenle sea rey. — Silveira recobra á Chaves. — Coronel Trant. — Regencia de Portugal. — Cradock y los ingleses. —Beresford manda á los portugueses. — Refuérzase el ejército inglés. — Sir

A. Wellesley nombrado general en jefe.— Sus providencias. — Avanza á Coimbra.—Situacion de los franceses.— Sociedad secreta de los filadelfos. — Plan de Wellesley. — Se apoderan los ingleses de Oporto.— Apuros de Soult. — Pasa la frontera. —Llega á Lugo.— Levanta Mahy el cerco. — Encuéntrase con Romana en Mondoñedo. — Marcha atrevida de los españoles. — Descontento del soldado con Romana. — Ney y Soult en Lugo. — Conciértanse para destruir el ejército español. — Conde de Noroña, egundo comandante de Galicia.—Accion del puente de San Payo. — Soult trata de pasar á Castilla. — Paisanos del Sil.— Quema de varios pueblos. — Romana en Celanova. — Soult en la Puebla de Sanabria. — General Franceschi cogido por el Capuchino. —Situacion de Ney. — Mazarredo. — Bazan. — Evacua Ney á Galicia.— Entra Noroña en la Coruña. — Worster y Bárcena. — Ballesteros pasa á Castilla y á las montañas de Santander. — Ocupa á Santander.— Échanle los franceses y se embarca. —Intrepidez de Porlier. —Marcha admirable del batallon de la Princesa. — Romana en la Coruña. — Sus providencias y negligencia. — Sale á Castilla. — Nombra á Mahy para Asturias. — Nombra á Ballesteros para mandar 10000 hombres. —Sucédele despues en el mando del ejército el duque del Parque. — Fin de este libro. — Parangon de la guerra de Austria y España. — Prevision notable de Pitt.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

LIBRO OCTAVO.

HABIENDO la suerte favorecido tan poderosamente las armas francesas, pareció á muchos estar ya afianzada la corona de España en las sienes de José Bonaparte. Aumentóse así el número de sus parciales, y ora por este motivo, y ora sobre todo por exigirlo el conquistador, acudieron sucesivamente á la corte á felicitar al nuevo rey diputaciones de los ayuntamientos y cuerpos de los pueblos sojuzgados. Esmeráronse algunas en sus cumplidos, y no quedaron en zaga las que representaban á los cabildos eclesiásticos y á los regulares, con la esperanza sin duda estos de parar el golpe que los amagaba. Mostráronse igualmente adictos varios obispos, y en tanto grado, que dió contra ellos un decreto la Junta central, * coligiéndose de ahí que si bien la mayoría del clero español como la de la nacion estuvo por la

José en Madrid.

Felicitaciones.

(* Ap. n. 1.)

causa de la independencia, no fué exclusivamente aquella clase ni el fanatismo, segun queda ya apuntado, la que le dió impulso, sino la justa indignacion general. Corrobórase esta opinion al ver que entre los eclesiásticos que abrazaron el partido de José, contáronse muchos de los que pasaban plaza de ignorantes y preocupados. Tan cierto es que en las convulsiones políticas el acaso, el error, el miedo, colocan como á ciegas en una y otra parcialidad á varios de los que siguen sus opuestas banderas: motivos que reclaman al final desenlace recíproca indulgencia.

Sus providencias.

José luego que entró en Madrid en vano procuró tomar providencias, que volviendo la paz y órden al reino, cautivasen el ánimo de sus nuevos súbditos. Ni tenia para ello medios bastantes, ni era fácil que el pueblo español, lastimado hasta en lo mas hondo de su corazon, escuchase una voz que á su entender era fingida y engañosa. Desgraciada por lo menos fué y de mal sonido la primera que resonó en los templos, y que se transmitió por medio de una circular fecha 24 de enero. Ordenábase en su contenido con promesa de la futura evacuacion de los franceses cantar en todos los pueblos un *Te Deum* en accion de gracias por las victorias que habia en la península alcanzado Napoleon, que era como obligar á los españoles á celebrar sus propias desdichas.

Comisarios regios.

Al mismo tiempo salieron para las provincias con el título de comisarios regios sugetos de cuenta á restablecer el órden y las autoridades, predicar la obediencia y representar en todo y extraordinariamente la persona del monarca. Hubo de estos quienes trataron de disminuir los males que agoviaban á los pueblos; hubo otros que los acrecentaron desempeñando su encargo en provecho suyo y con acrimonia y pasion. Su influjo no obstante era cási siempre limitado, teniendo que someterse á la voluntad varia y antojadiza de los generales franceses.

Solo en Madrid se guardaba mayor obediencia al gobierno de José, y solo con los recursos de la capital y sobre todo con los derechos cobrados á la entrada de puertas podia aquel contar para subvenir á los gastos públicos. Estos en verdad no eran grandes, ciñéndose á los del gobierno supremo, pues ni corria de su cuenta el pago del ejército francés, ni tenia aun tropa ni marina española que aumentasen los presupuestos del estado. Sin embargo fué uno de sus primeros deseos formar regimientos españoles. La derrota de Uclés y las que la siguieron, proporcionaron á las banderas de José algunos oficiales y soldados; pero los madrileños miraban á estos individuos con tal ojeriza y desvío, tiznándolos con el apellido de jurados, que no pudo al principio el gobierno intruso enregimentar ni un cuerpo completo de españoles. Apenas se veia el soldado vestido y calzado y repuesto de sus fatigas, pasaba del lado de los patriotas, y no parecia sino que se habia separado temporalmente de sus filas para recobrar fuerzas, y empuñar armas que le volviesen la estimacion perdida. Por eso ya en enero dieron en Madrid un decreto riguroso contra los ganchos y seductores de soldados y paisanos que de nada sirvió, empeñando este género de medidas en actos arbitrarios y de cada vez mas odiosos cuando la opinion se encuentra contraria y universal.

Tropa española.

Así fué que en 16 de febrero creó el gobierno de José una junta criminal extraordinaria compuesta de 5 alcaldes de corte, la cual entendiendo en las causas de asesinos y ladrones, debia tambien juzgar á los patriotas. En el decreto * de su creacion confundíanse estos bajo el nombre de revoltosos, sediciosos y esparcidores de malas nuevas, y no solo se les imponia á todos la misma pena, sino tambien á los que usasen de puñal ó rejon. Espantosa desigualdad, mayormente si se considera que la pena impuesta era la de

Junta criminal.

(* Ap. n. 2.)

horca, la cual, segun la expresion del decreto, *habia de ser ejecutada irremisiblemente y sin apelacion.* Y como si tan destemplado rigor no bastase, añadíase en su contexto, que aquellos á quienes no se probase del todo su delito, quedarian á disposicion del ministro de policía general para enviarlos á los tribunales ordinarios, y ser castigados con penas extraordinarias, conforme á la calidad de los casos y de las personas. Muchos perjuicios se siguieron de estas determinaciones: varias fueron las víctimas, teniendo que llorar entre ellas á un abogado respetable, de nombre Escalera, cuyo delito se reducia á haber recibido cartas de un hijo suyo que militaba del lado de los patriotas. Su infausta suerte esparció en Madrid profunda consternacion. Don Pablo Arribas, hombre de algunas letras, despierto, pero duro é inflexible, y que siendo ministro de policía promovia con ahinco semejantes causas, fué tachado de cruel y en extremo aborrecido, como varios de los jueces del tribunal criminal extraordinario: suerte que cabrá siempre á los que no obren muy moderadamente en el castigo de los delitos políticos, que por lo general solo se consideran tales en medio de la irritacion de los ánimos, soliendo luego absolverlos la fortuna.

A las medidas de severidad del gobierno de José acompañaron ó siguieron algunas benéficas, que sucesivamente iremos notando. Su establecimiento sin embargo fué lento, ó nunca tuvo otro efecto que el de estamparse en la coleccion de sus decretos. Inútilmente se mandó en 24 de abril que no se impusieran contribuciones extraordinarias en las provincias sometidas, nombrando comisarios de hacienda que lo evitasen y diesen principio á arreglar debidamente aquel ramo. El continuo paso y mudanza de tropas francesas, la necesidad y la codicia y malversion de ciertos empleados, impedian el cumplimiento de bien ordenadas pro-

Comisarios de hacienda.

videncias, y achacábanse á veces al gobierno intruso los daños y males que eran obra de las circunstancias. Por lo demas nunca hubo, digámoslo así, un plan fijo de administracion, destruido cási en sus cimientos el antiguo, y no adoptado aun el que habia de emanar de la Constitucion de Bayona.

Opinion acerca de José.

José por su parte, entregado demasiadamente á los deleites, poco respetado de los generales franceses, y desairado con frecuencia por su hermano, no crecia en aprècio á los ojos de la mayoría española, que le miraba como un rey de bálago, sujeto al capricho, á la veleidad y á los intereses del gabinete de Francia. Con lo cual si bien las victorias le granjeaban algunos amigos, ni su gobierno se fortalecia, ni la confianza tomaba el conveniente arraigo.

Junta central en Sevilla.

Menos afortunada que José en las armas, fuélo mas la Junta central en el acatamiento y obediencia que le rindieron los pueblos. Sin que la tuviesen grande aficion, censurando á veces con justicia muchas de sus resoluciones, la respetaban y cumplian sus órdenes como procedentes de una autoridad que estimaban legítima. José Bonaparte no era dueño sino de los pueblos en que dominaban las tropas francesas: la central éralo de todos aun de los ocupados por el enemigo, siempre que podian burlar la vigilancia de los que apellidaban opresores. Tranquila en su asiento de Sevilla, apareció allí con mas dignidad y brillo, dándole mayor realce la declaracion en favor de la causa peninsular que hicieron las provincias de América y Asia.

Declaracion unánime en favor de la causa peninsular de las provincias de América y Asia.

A imitacion de las de Europa levantaron estas un grito universal de indignacion al saber los acontecimientos de Bayona y el alzamiento de la península. Los habitantes de Cuba, Puerto-Rico, Yucatan y el poderoso reino de Nueva-España pronunciáronse con no menor union y arrebatamiento que sus hermanos de Europa. En la ciudad de Mé-

jico, despues de recibir pliegos de los diputados de Asturias en Lóndres y de la junta de Sevilla, celebróse en 9 de agosto de 1808 una reunion general de las autoridades y principales vecinos, en la que reconociendo á todas y á cada una de las juntas de España, se juró no someterse á otro soberano mas que á Fernando VII y á sus legítimos sucesores de la estirpe real de Borbon, comprometiéndose á ayudar con el mayor esfuerzo tan sagrada causa. En las islas se entusiasmaron á punto de recobrar en noviembre de aquel año la parte española de Santo Domingo cedida á Francia por el tratado de Basilea. Idénticos fueron los sentimientos que mostraron sucesivamente Tierra-Firme, Buenos-Aires, Chile, el Perú y Nueva-Granada. Idénticos los de todas las otras provincias de una y otra América española, cundiendo rápidamente hasta las remotas islas Filipinas y Marianas. Y si los agravios de Madrid y Bayona tocaron por su enormidad en inauditos, tambien es cierto que nunca presentó la historia del mundo un compuesto de tantos millones de hombres esparcidos por el orbe en distintos climas y lejanas regiones, que se pronunciasen tan unánimemente contra la iniquidad y violencia de un usurpador extranjero.

Auxilios que envian.

Ni se limitó la declaracion á vanos clamores, ni su expresion á estudiadas frases: acompañaron á uno y á otro cuantiosos donativos, que fueron de gran socorro en la deshecha tormenta de fines del año de 8 y principios del 9. El laborioso catalan, el gallego, el vizcaino, los españoles todos, que á costa de sudor y trabajo habian allí acumulado honroso caudal, apresuráronse á prodigar socorros á su patria ya que la lejanía no les permitia servirla con sus brazos. El natural de América tambien siguió entonces el impulso que le dieron sus padres, * y no menos que 284 millones de reales vinieron para el gobierno de la central en el año de 1809. De ellos cási la mitad consistió en do-

(* Ap. n. 3)

nes gratuitos ó anticipaciones, estando las arcas reales muy agotadas con las negociaciones y derroche del tiempo de Cárlos IV.

Tan desinteresado y general pronunciamiento provocó en la central el memorable decreto* de 22 de enero, por el cual declarándose que no eran los vastos dominios españoles de Indias propiamente colonias sino parte esencial é integrante de la monarquía, se convocaba para representarlos á individuos que debian ser nombrados al efecto por sus ayuntamientos. Cimentáronse sobre este decreto todos los que despues se promulgaron en la materia, y conforme á los cuales se igualaron en un todo con los peninsulares los naturales de América y Asia. Tal fué siempre la mente y aun la letra de la legislacion española de Indias, debiendo atribuirse el olvido en que á veces cayó á las mismas causas que destruyeron y atropellaron en España sus propias y mejores leyes. La lejanía, lo tarde que á algunas partes se comunicó el decreto é impensados embarazos no permitieron que oportunamente acudiesen á Sevilla los representantes de aquellos paises, reservándose novedad de tamaña importancia para los gobiernos que sucedieron á la Junta central.

(* Ap. n. 3, bis.) Decreto de la central sobre América de 22 de enero.

Otros cuidados de no menor interes ocuparon á esta al comenzar el año de 1809. Fué uno de los primeros dar nueva planta á las juntas provinciales de donde se derivaba su autoridad, formando un reglamento con fecha de 1° de enero, segun el cual se limitiban las facultades que antes tenian, y se dejaba solo á su cargo la respectivo á contribuciones extraordinarias, donativos, alistamiento, requisiciones de caballos y armamento. Reducíase á 9 el número de sus individuos, se despojaba á estos de parte de sus honores, y se cambiaba la antigua denominacion de juntas supremas en la de *superiores provinciales de obser-*

Nuevo reglamento para las juntas provinciales de España.

vacion y defensa. Tambien se encomendaba á su celo precaver las asechanzas de personas sospechosas, y proveer á la seguridad y apoyo de la central; encargo, por decirlo de paso, á la verdad extraño, poner su defensa en manos de autoridades que se deprimian. Aunque muchos aprobaron y en lo general se tuvo por justo circunscribir las facultades de las juntas, causó gran desagrado el artículo 10 del nuevo reglamento, segun el cual se prohibia el libre uso de la imprenta, no pareciendo sino que al extenderse no estaba aun yerto el puño de Floridablanca. Alborotáronse varias juntas con la reforma, y la de Sevilla se enojó sobremanera, y á punto que suscitó la cuestion de renovar cada seis meses uno de sus individuos en la central, y aun llegó á dar sucesor al conde de Tilly. Encendiéndose mas y mas las contestaciones, suspendióse el nuevo reglamento, y nunca tuvo cumplido efecto ni en todas las provincias, ni en todas sus partes. Quizá obró livianamente la central en querer arreglar tan pronto aquellas corporaciones, mayormente cuando los acontecimientos de la guerra cortaban á veces la comunicacion con el gobierno supremo; pero al mismo tiempo fueron muy reprensibles las juntas que movidas de ambicion, dieron lugar en aquellos apuros á altercados y desabrimientos.

Tratado con Inglaterra de 9 de enero.

Señalóse tambien la entrada del año de 1809 con estrechar de un modo solemne las relaciones con Inglaterra. Hasta entonces las que mediaban entre ambos gobiernos eran francas y cordiales, pero no estaban apoyadas en pactos formales y obligatorios. Túvose pues por conveniente darles mayor y verdadera firmeza, concluyendo en 9 de enero en Lóndres un tratado de paz y alianza. Segun su contenido se comprometió Inglaterra á asistir á los españoles con todo su poder, y á no reconocer otro rey de España é Indias sino á Fernando VII, á sus herederos ó al

legítimo sucesor que la nacion española reconociese; y por su parte la Junta central se obligó á no ceder á Francia porcion alguna de su terrritorio en Europa y demas regiones del mundo, no pudiendo las partes contratantes concluir tampoco paz con aquella nacion sino de comun acuerdo. Por un artículo adicional se convino en dar mutuas y temporales franquicias al comercio de ambos estados, hasta que las circunstancias permitiesen arreglar sobre la materia un tratado definitivo. Queria entonces la central entablar uno de subsidios mas urgente que ningun otro; pero en vano lo intentó.

Subsidios de Inglaterra.

Los que España habia alcanzado de Inglaterra habian sido cuantiosos, si bien nunca se elevaron, sobre todo en dinero, á lo que muchos han creido. De las juntas provinciales solo las de Galicia, Asturias y Sevilla recibieron cada una 20 millones de reales vellon, no habiendo llegado á manos de las otras cantidad alguna, por lo menos notable. Entregáronse á la central 1.600,000 reales en dinero, y en barras 20 millones de la misma moneda. A sus continuas demandas respondia el gobierno británico que le era imposible tener pesos fuertes si España no abria al comercio inglés mercados en América, por cuyo medio y en cambio de géneros y efectos de su fabricacion le darian plata aquellos naturales. Por fundada que fuera hasta cierto punto dicha contestacion, desagradaba al gobierno español, que con mas ó menos razon estaba persuadido de que con la facilidad adquirida desde el principio de la guerra de introducir en la península mercaderías inglesas, de donde se difundian á América, volvia á Inglaterra el dinero anticipado á los españoles, ó invertido en el pago de sus propias tropas, siendo contados los retornos de otra especie que podia suministrar España.

Lo cierto es que la Junta central con los cortos auxilios

pecuniarios de Inglaterra, y limitada en sus rentas á los productos de las provincias meridionales, invirtiendo las otras los suyos en sus propios gastos, difícilmente hubiera levantado numerosos ejércitos sin el desprendimiento y patriotismo de los españoles, y sin los poderosos socorros con que acudió América, principalmente cuando dentro del reino era cási nulo el crédito, y poco conocidos los medios de adquirirle en el extranjero.

Levantáronse clamores contra la central respecto de la distribucion de fondos, y aun acusáronla de haber malversado algunos. Probable es que en medio del trastorno general, y de resultas de batallas perdidas y de dispersiones haya habido abusos y ocultaciones hechas por manos subalternas, mas injustísimo fué atribuir tales excesos á los individuos del gobierno supremo, que nunca manejaron por sí caudales, y cuya pureza estaba al abrigo en cási todos hasta de la sospecha. A los ojos del vulgo siempre aparecen abultados los millones, y la malevolencia se aprovecha de esta propension á fin de ennegrecer la conducta de los que gobiernan. En la ocasion actual eran los gastos harto considerables para que no se consumiese con creces lo que entró en el erario.

Tribunal de seguridad pública.

A modo del tribunal criminal de José creó asímismo la central uno de seguridad pública que entendiese en los delitos de infidencia, y aunque no arbitrario como aquel en la aplicacion y desigualdad de las penas, reprobaron con razon su establecimiento los que no quieren ver rotos bajo ningun pretexto los diques que las leyes y la experiencia han puesto á las pasiones y á la precipitacion de los juicios humanos. Ya en Aranjuez se estableció dicho tribunal con el nombre de extraordinario de vigilancia y proteccion; y aun se nombraron ministros por la mayor parte del consejo que le compusieran; mas hasta Sevilla y bajo otros jue-

ces no se vió que ejerciese su terrible ministerio. Afortunadamente rara vez se mostró severo é implacable. Dirigió cási siempre sus tiros contra algunos de los que estaban ausentes y abiertamente comprometidos, respondiendo en parte á los fallos de la misma naturaleza que pronunciaba el tribunal extraordinario de Madrid. Solo impuso la pena capital á un ex-guardia de Corps que se habia pasado al enemigo, y en abril de 1809 mandó ajusticiar en secreto, exponiéndolos luego al público, á Luis Gutierrez y á un tal Echevarría, su secretario, mozo de entendimiento claro y despejado. El Gutierrez habia sido fraile y redactor de una gaceta en español que se publicada en Bayona, y el cual con su compañero llevaba comision para disponer los ánimos de los habitantes de América en favor de José. Encontráronles cartas del rey Fernando y del infante don Cárlos que se tuvieron por falsas. Quizá no fué injusta la pena impuesta, segun la legislacion vigente, pero el modo y sigilo empleado merecieron la desaprobacion de los cuerdos é imparciales.

Centrales enviados á las provincias.

Tampoco reportó provecho el enviar individuos de la central á las provincias, de cuya comision hablamos en el libro sexto. La Junta intitulándolos comisarios, los autorizó para presidir á las provinciales y representarla con la plenitud de sus facultades. Los mas de ellos no hicieron sino arrimarse á la opinion que encontraron establecida, ó entorpecer la accion de las juntas, no saliendo por lo general de su comision ninguna providencia acertada ni vigorosa. Verdad es que siendo, conforme queda apuntado, pocos entre los individuos de la central los que se miraban como prácticos y entendidos en materias de gobierno, quedáronse cási siempre los que lo eran en Sevilla, yendo ordinariamente á las provincias los mas inútiles y limitados. Fué de este número el marqués de Villel: enviado á Cádiz para

Marqués de Villel en Cádiz.

atender á su fortificacion, y desarraigar añejos abusos en la administracion de la aduana, provocó por su indiscrecion y desatentadas providencias un alboroto, que á no atajarse con oportunidad, hubiera dado ocasion á graves desazones. Como este acontecimiento se rozó con otro que por entonces y en la misma ciudad ocurrió con los ingleses, será bien que tratemos á un tiempo de entrambos.

Los ingleses quieren ocupar la plaza.

Luego que el gobierno británico supo las derrotas de los ejércitos españoles, y temiendo que los franceses invadiesen las Andalucías, pensó poner al abrigo de todo rebate la plaza de Cádiz, y enviar tropas suyas que la guarneciesen. Para el recibimiento de estas y para proveer en ello lo conveniente envió á sir Jorje Smith, con la advertencia, segun parece, de solo obrar por sí en el caso de que la Junta central fuese disuelta, ó de que se cortasen las comunicaciones con el interior. No habiendo sucedido lo que recelaba el ministerio inglés, y al contrario estando ya en Sevilla el gobierno supremo, de repente y sin otro aviso notició el sir Jorje al gobernador de Cádiz cómo S. M. B. le habia autorizado para exigir que se admitiese dentro de la plaza guarnicion inglesa: escribiendo al mismo tiempo á sir Juan Cradock, general de su nacion en Lisboa, á fin de que sin tardanza enviase á Cádiz parte de las tropas que tenia á sus órdenes. Advertida la Junta central de lo ocurrido, extrañó que no se la hubiera de antemano consultado en asunto tan grave, y que el ministro inglés Mr. Frere no le hubiese hecho acerca de ello la mas leve insinuacion. Resentida dióselo á á tender con oportunas reflexiones, previniendo al marqués de Villel, su representante en Cádiz, y al gobernador, que de ningun modo permitiesen á los ingleses ocupar la plaza, guardando no obstante en la ejecucion de la órden el miramiento debido á tropas aliadas.

A poco tiempo y al principiar febrero llegaron á la bahía

gaditana con el general Mackenzie 2 regimientos de los pedidos á Lisboa, y súpose tambien entonces por el conducto regular, cuáles eran los intentos del gobierno inglés. Este, confiado en que la expedicion de Moore no tendria el pronto y malhadado término que hemos visto, queria, conforme manifestó, trasladar aquel ejército ó bien á Lisboa, ó bien al mediodia de España; y para tener por esta parte un punto seguro de desembarco, habia resuelto enviar de antemano á Cádiz al general Sherbrooke con 4000 hombres, que impidiesen una súbita acometida de los franceses. Así se lo comunicó Mr. Frere á la Junta central, y así en Lóndres Mr. Canning al ministro de España don Juan Ruiz de Apodaca, añadiendo que S. M. B. deseaba que el gobierno español examinase si era ó no conveniente dicha resolucion.

Altercados que hubo en ello.

Parecian contrarios á los anteriores procedimientos de Jorje Smith los pasos que en la actualidad se daban, y disgustábale á la central que despues de haber desconocido su autoridad, se pidiese ahora su dictámen y consentimiento. No pensaba que Smith se hubiese excedido de sus facultades segun se le aseguró, y mas bien presumió que se achacaba al comisionado una culpa, que solo era hija de resoluciones precipitadas, sugeridas por el temor de que los franceses conquistasen en breve á España. Siguiéronse varias contestaciones y conferencias, que se prolongaron bastantemente. La Junta mantúvose firme y con decoro, y terminó el asunto por medio de una juiciosa nota * pasada en 1º de marzo, de cuyas resultas dióse otro destino á las tropas inglesas que iban á ocupar á Cádiz.

(* Ap. n. 4.)

Alboroto en Cádiz.

Al propio tiempo y cuando aun permanecian en su bahía los regimientos que trajo el general Mackenzie, se suscitó dentro de aquella plaza el alboroto arriba indicado, cuya coincidencia dió ocasion á que unos le atribuyesen á manejos de agentes británicos, y otros á enredos y maquinacio-

nes de los parciales de los franceses; estos para impedir el desembarco é introducir division y cizaña, aquellos para tener un pretexto de meter en Cádiz las tropas que estaban en la bahía. Así se inclina el hombre á buscar en orígen obscuro y extraordinario la causa de muchos acontecimientos. En el caso presente se descubre fácilmente esta en el interes que tenian varios en conservar los abusos que iba á desarraigar el marqués de Villel; en los desacordados procedimientos del último y en la suma desconfianza que á la sazon reinaba. El marqués, en vez de contentarse con desempeñar sus importantes comisiones, se entrometió en dar providencias de policía subalterna, ó solo propias del recogimiento de un claustro. Prohibia las diversiones, censuraba el vestir de las mujeres, perseguia á las de conducta equívoca, ó á las que tal le parecian, dando pábulo con estas y otras medidas no menos importunas á la indignacion pública. En tal estado bastaba el menor incidente para que de las hablillas y desabrimientos se pasase á una abierta insurreccion.

Conducta extraña de Villel.

Presentóse con la entrada en Cádiz el 22 de febrero de un batallon de extranjeros, compuesto de desertores polacos y alemanes. Desagradaba á los gaditanos que se metiesen en la plaza aquellos soldados, á su entender poco seguros: con lo que los enemigos de la central y los de Villel, que eran muchos, soplando el fuego, tumultuaron la gente, que se encaminó á casa del marqués para leer un pliego sospechoso á los ojos del vulgo, y el cual acababa de llegar al capitan del puerto. Manifestóse el contenido á los alborotados, y como se limitase este á una órden para trasladar los prisioneros franceses de Cádiz á las islas Baleares, aquietáronse por de pronto, mas luego arreciando la conmocion, fué llevado el marqués con gran peligro de su persona á las casas consistoriales. Crecieron las amena-

Riesgo que corre su persona.

zas, y temerosos algunos vecinos respetables de que se repitiese la sangrienta y deplorable escena de Solano, acudieron á libertar al angustiado Villel acompañados del gobernador don Felix Jones, y de fray Mariano de Sevilla, guardian de capuchinos, que ofreció custodiarle en su convento. De entre los amotinados salieron voces de que los ingleses aprobaban la sublevacion, y teniéndolas por falsas, rogó el gobernador Jones al general Mackenzie que las desvaneciese, en cuyo deseo condescendió el inglés. Con lo cual y con fenecer el dia, se sosegó por entonces el tumulto.

A la mañana siguiente publicó el gobernador un bando que calmase los ánimos; mas enfureciéndose de nuevo el populacho, quiso forzar la entrada del castillo de Santa Catalina, y matar al general Carraffa, que con otros estaba allí preso. Púdose afortunadamente contener con palabras á la muchedumbre, entre la que hallándose ciertos contrabandistas, revolvieron sobre la Puerta del mar, cogieron á don José Heredia, comandante del resguardo, contra quien tenian particular encono, y le cosieron á puñaladas. La atrocidad del hecho, el cansancio y los ruegos de muchos calmaron al fin el tumulto, prendiendo los voluntarios de Cádiz á unos cuantos de los mas desasosegados.

Matan á Heredia.

Sosiégase el alboroto.

Afligian á los buenos patricios tan tristes y funestas ocurrencias, sin que por eso se dejase de continuar con la misma constancia en el santo propósito de la libertad de la patria. La central ponia gran dilgencia en reforzar y dar nueva vida á los ejércitos, que habiéndose acogido al mediodia de España, le servian de valladar. En febrero, del apellidado del centro y de la gente que el marqués del Palacio y despues el conde de Cartaojal habian reunido en la Carolina, formóse solo uno, segun insinuamos, á las órdenes del último general. En Extremadura prosiguió don Gregorio de la Cuesta juntando dispersos y restableciendo el órden y la dis-

Ejércitos.

ciplina para hacer sin tardanza frente al enemigo. De cada uno de estos dos ejércitos y de sus operaciones hablarémos sucesivamente.

El de la Mancha. El que mandaba Cartaojal, ahora llamado de la Mancha, constaba de 16000 infantes y mas de 3000 caballos. Los que de ellos se reunieron en la Carolina tuvieron mas tiempo de arreglarse; y la caballería numerosa y bien equipada, si no tenia la práctica y ejercicios necesarios, por lo menos sobresalia en sus apariencias. Debian darse la mano las operaciones de este ejército con las del general Cuesta en Extremadura, y ya antes de ser separado del mando del ejército del centro el duque del Infantado, se habia convenido en febrero entre él y el de Cartaojal hacer un movimiento hácia Toledo, que distrajese parte de las fuerzas enemigas que intentaban cargar á Cuesta. Con este propósito púsose á las órdenes del duque de Alburquerque, encargado del mando de la vanguardia del ejercito del centro despues de la batalla de Uclés, una division formada con soldados de aqnel y con otros del de la Carolina; constando en todo de 9000 infantes, 2000 caballos y 10 piezas de artillería.

Ataque de Mora. Era el de Alburquerque mozo valiente, dispuesto para este género de operaciones. Encaminóse por Ciudad-Real y el país quebrado y de bosque espeso llamado la Gualdería, y se acercó á Mora, que ocupaba con 500 á 600 dragones franceses el general Dijon. Aunque por equivocacion de los guias y cierto desarreglo que cási siempre reinaba en nuestras marchas, no habia llegado aun toda la gente de Alburquerque, particularmente la infantería, determinó este atacar á los enemigos el 18 de febrero: los cuales advertidos por el fuego de las guerrillas españolas evacuaron la villa de Mora, y solo fueron alcanzados camino de Toledo. Acometiéronlos con brio nuestros jinetes, señala-

damente los regimientos de España y Pavía, mandados por sus coroneles Gamez y príncipe de Anglona, y acosándolos de cerca se cogieron unos 80 hombres, equipajes y el coche del general Dijon.

Avisados los franceses de los cercanías de tan impensado ataque, comenzaron á reunir fuerzas considerables, de lo que temeroso Alburquerque se replegó á Consuegra, en donde permaneció hasta el 22. En dicho dia se descubrieron los franceses por la llanura que yace delante de la villa, y desde las nueve de la mañana estuvo jugando de ambos lados la artillería, hasta que á las tres de la misma tarde sabedor Alburquerque de que 11000 infantes y 3000 caballos venian sobre él, creyó prudente replegarse por la Cañada del puerto de Jineta. No siguió el enemigo, parándose en el bosque de Consuegra, y los españoles se retiraron á Manzanares descansadamente. Infundió esta excursion, aunque de poca importancia, seguridad en el soldado, y hubiera podido ser comienzo de otras que le hiciesen olvidar las anteriores derrotas y dispersiones.

Alburquerque y Cartaojal.

Pero en vez de pensar los jefes en llevar á cabo tan noble resolucion, entregáronse á celos y rencillas. El de Alburquerque fundadamente insistia en que se hiciesen correrías y expediciones para adiestrar y foguear la tropa, mas inquieto y revolvedor sustentaba su opinion de modo, que enojando á Cartaojal, mirábale este con celosa ojeriza. En tanto los franceses habian vuelto á sus antiguas posiciones, y fortaleciéndose en el ejercito español y cundiendo el dictámen de Alburquerque, aparentó el general en jefe adherir á él; determinando que dicho duque fuese con 2000 jinetes la vuelta de Toledo, en donde los enemigos tenian 4000 infantes y 1500 caballos. Dobladas fuerzas que las que estos tenian habia pedido aquel para la expedicion, único medio de no aventurar malamente tropas bisoñas

como lo eran las nuestras. Por lo mismo juzgó con razon el de Alburquerque que la condescendencia del conde de Cartaojal no era sino imaginada traza para comprometer su buena fama; con lo cual creciendo entre ambos la enemistad, acudieron con sus quejas á la central, sacrificando así á deplorables pasiones la causa pública.

Pasa Alburquerque al ejército de Cuesta.

Se aprobó en Sevilla el plan del duque, pero debiendo aumentarse el ejército de Cuesta con parte del de la Mancha, por haber engrosado el suyo en Extremadura los franceses, aprovechóse Cartaojal de aquella ocurrencia para dar al de Alburquerque el encargo de capitanear las divisiones de los generales Bassecourt y Echavarry, destinadas á dicho objeto. Mas compuestas ambas de 3500 hombres y 200 caballos, advirtieron todos que con color de poner al cuidado del duque una comision importante, no trataba Cartaojal sino de alejarle de su lado. Censuróse esta providencia no acomodada á las circunstancias: pues si Alburquerque empleaba á veces reprensibles manejos y se mostraba presuntuoso, desvanecíanse tales faltas con el espíritu guerrero y deseo de buen renombre que le alentaban.

El conde de Cartaojal habia sentado su cuartel general en Ciudad-Real; extendíase la caballería hasta Manzanares ocupando á Daymiel, Torralba y Carrion, y la infantería se alojaba á la izquierda y á espaldas de Valdepeñas. Don Francisco Abadía, cuartel maestre, y los jefes de las divisiones trabajaron á porfía en ejercitar la tropa, pero faltaba práctica en la guerra y mayor conocimiento de las grandes maniobras.

Avanza Cartaojal y se retira.

Comenzó Cartaojal á moverse por su frente, y avanzó el 24 de marzo hasta Yébenes. Allí don Juan Bernuy, que mandaba la vanguardia, atacó á un cuerpo de lanceros polacos, el cual queriendo retirarse por el camino de Orgaz, tropezó con el vizconde de Zolina, que le deshizo y cogió

unos cuantos prisioneros. Mas entonces informado Cartaojal de que los franceses venian por otro lado á su encuentro con tropas considerables, en vano trató de recogerse á Consuegra, ocupada ya la villa por los enemigos. Sorprendido de que le hubiesen atajado así el paso, volvió precipitadamente por Malagon á Ciudad-Real, en donde entró en 26 á los tres dias de su salida, y despues de haber inútilmente cansado sus tropas.

Accion de Ciudad-Real.

Habian los franceses juntado á las órdenes del general Sebastiani, sucesor en el mando del 4º cuerpo del mariscal Lefebvre, 12000 hombres de infantería y caballería, de los cuales, divididos en dos trozos, habia tomado uno por el camino real de Andalucía, en tanto que otro partiendo de Toledo seguia por la derecha para flanquear y envolver á los españoles, que confiadamente se adelantaban. No habiendo alcanzado su objeto, acosaron á los nuestros y los acometieron el 27 por todas partes. Desconcertado Cartaojal, sin tomar disposicion alguna dejó en la mayor confusion sus columnas, que rechazadas aquel dia y el siguiente en Ciudad-Real, el Viso, Visillo y Santa Cruz de Mudela, fueron al cabo desordenadas, apoderándose el enemigo de varias piezas de artillería y muchos prisioneros. Las reliquias de nuestro ejército se abrigaron de la sierra, y prontamente empezaron á juntarse en Despeñaperros y puntos inmediatos. Situóse el cuartel general en Santa Helena y los franceses se detuvieron en Santa Cruz de Mudela, aguardando noticias del mariscal Victor, que al propio tiempo maniobraba en Extremadura.

Ejército de Extremadura.

Encargado el general Cuesta en diciembre del ejército que se habia poco antes dispersado en aquella provincia, trató con particular conato de infundir saludable terror en la soldadesca desmandada y bravía desde el asesinato del general San Juan, y de reprimir al populacho de Badajoz, des-

bocado con las desgracias que allí ocurrieron al acabar el año. Y cierto que si á su condicion dura hubiera entonces unido Cuesta mayor conocimiento de la milicia, y no tanto apresuramiento en batallar, con gran provecho de la patria y realce suyo hubiera llevado á término importantes empresas. A su solo nombre temblaba el soldado, y sus órdenes eran cumplidas pronta y religiosamente.

Avanza a Almaraz.

Rehecho y aumentado el corto ejército de su mando, constaba ya á mediados de enero de 12000 hombres, repartidos en 2 divisiones y una vanguardia. El 25 del mismo yendo de Badajoz sentó sus reales en Trujillo, y retirándose los franceses hácia Almaraz, fueron desalojados de aquellos alrededores, enseñoreándose el 29 del puente la vanguardia capitaneada por don Juan de Henestrosa. Trasladóse despues el general Cuesta á Jaraicejo y Deleitosa, y dispuso cortar dicho puente, como en vano lo habia antes intentado el general Galluzo. Competia aquella obra con las principales de los romanos, fabricada por Pedro Uria á expensas de la ciudad de Plasencia en el reinado de Cárlos V. Tenia 580 pies de largo, mas de 25 de ancho y 134 de alto hasta los pretiles. Constaba de dos ojos, y el del lado del norte, cuya abertura excedia de 150 pies, fué el que se cortó. No habiendo al principio surtido efecto los hornillos, hubo que descarnarle á pico y barreno, é hízose con tan poca precaucion, que al destrabar de los sillares, cayeron y se ahogaron 26 trabajadores con el oficial de ingenieros que los dirigia. Lástima fué la destruccion de tamaña grandeza, y en nuestro concepto arruinábanse con sobrada celeridad obras importantes y de pública utilidad, sin que despues resultasen para las operaciones militares ventajas conocidas.

Pasan los franceses el Tajo.

El general Cuesta continuó en Deleitosa hasta el mes de marzo, no habiendo ocurrido en el intermedio sino un amago que hizo el enemigo hácia Guadalupe, de donde lue-

go se retiró repasando el Tajo. Mas en dicho mes acercándose el mariscal Victor á Extremadura, se situó en el pueblo de Almaraz para avivar la construccion de un puente de balsas que supliese el destruido, no pudiendo la artillería transitar por los caminos que salian á Extremadura, desde los puentes que aun se conservaban intactos. Preparado lo necesario para llevar á efecto la obra, juzgó antes oportuno el enemigo desalojar á los españoles de la ribera opuesta en que ocupaban un sitio ventajoso, para cuyo fin pasaron 13000 hombres y 800 caballos por el puente del Arzobispo, así denominado de su fundador el célebre don Pedro Tenorio, prelado de Toledo. Puestos ya en la márgen izquierda se dividieron al amanecer del 18 en 2 trozos, de los cuales uno marchó sobre las Mesas de Ibor, y otro á cortar la comunicacion entre este punto y Fresnedoso. Estaba entonces el ejército de don Gregorio de la Cuesta colocado del modo siguiente: 5000 hombres formando la vanguardia, que mandaba Henestrosa, en frente de Almaraz; la 1ª division, de menos fuerza, y á las órdenes del duque del Parque, recien llegado al ejército, en las Mesas de Ibor; la 2ª de 2 á 3000 hombres, mandada por don Francisco Trias, en Fresnedoso, y la 3ª, algo mas fuerte, en Deleitosa con el cuartel general, por lo que se ve que hubo desde enero aumento en su gente. El trozo de franceses que tomó del lado de Mesas de Ibor acometió el mismo 18 al duque del Parque, quien despues de un reencuentro sostenido se replegó á Deleitosa, adonde por la noche se le unió el general Trias. La víspera se habia desde allí trasladado Cuesta al puerto de Miravete, en cuyo punto se reunió el ejército español, habiéndosele agregado Henestrosa con la vanguardia al saber que los enemigos se acercaban al puente de Almaraz por la orilla izquierda de Tajo.

Retíranse los nuestros.

Entraron los nuestros en Trujillo el 19, y prosiguieron á

Ventajas conseguidas por los españoles.

Santa Cruz del Puerto: la vanguardia de Henestrosa, que protegia la retirada, tuvo un choque con parte de la caballería enemiga y la rechazó, persiguiéndola con señalada ventaja camino de Trujillo. Cuesta habia pensado aguardar á los franceses en el mencionado Santa Cruz; mas detúvole el temor de que quizá viniesen con fuerza superior á la suya. Continuó pues retirándose con la buena dicha de que cerca de Miajadas los regimientos del Infante y de dragones de Almansa arremetiesen al del número 10 de caballería ligera de la vanguardia francesa y le acuchillasen, matando mas de 150 de sus soldados. Entró Cuesta en Medellin el 22, y se alejó de allí queriendo esquivar toda pelea hasta que se le uniese el duque de Alburquerque, lo cual se verificó en la tarde del 27 en Villanueva de la Serena, viniendo, segun en su lugar dijimos, de la Mancha.

Unese Albuquerque á Cuesta.

Batalla de Medellin.

Juntas todas nuestras fuerzas revolvió el general Cuesta sobre Medellin en la mañana del 28, resuelto á ofrecer batalla al enemigo. Está situada aquella villa á la márgen izquierda de Guadiana, y á la falda occidental de un cerro en que tiene asiento su antiguo castillo muy deteriorado, y cuyo pié baña el mencionado rio. Merece particular memoria haber sido Medellin cuna del gran Hernan Cortés, existiendo todavía entonces, calle de la Feria, la casa en que nació; mas despues de la batalla de que vamos á hablar, fué destruida por los franceses, no quedando ahora sino algunos restos de las paredes. Llégase á Medellin viniendo de Trujillo por una larga puente, y por el otro lado ábrese una espaciosa llanura despojada de árboles, y que yace entre la madre del rio, la villa de Don Benito y el pueblo de Mingabril. Cuesta trajo allí su gente en número de 20000 infantes y 2000 caballos, desplegándose en una línea de una legua de largo, á manera de media luna, y sin dejar la menor reserva. Constaba la izquierda, colocada del lado de

Mingabril, de la vanguardia y 1ª division, regidas por don Juan de Henestrosa y el duque del Parque: el centro avanzado, y enfrente de Don Benito le guarnecia la 2ª division del mando de Trias; y la derecha, arrimada al Guadiana, se componia de la 3ª division del cargo del marqués de Portago, y de la fuerza traida por el duque de Alburquerque, formando un cuerpo que gobernaba el teniente general don Francisco de Eguía. Situóse don Gregorio de la Cuesta en la izquierda, desde donde por ser el terreno algo mas elevado descubria la campaña: tambien colocó del mismo lado cási toda la caballería, siendo el mas amenazado por el enemigo.

Eran las once de la mañana, cuando los franceses, saliendo de Medellin, empezaron á ordenarse á poca distancia de la villa, describiendo un arco de círculo comprendido entre el Guadiana y una quebrada de arbolado y viñedo que va de Medellin á Mingabril. Estaba en su ala izquierda la division de caballería ligera del general Lassalle, en el centro una division alemana de infantería, y á la derecha la de dragones del general Latour-Maubourg, quedando de respeto las divisiones de infantería de los generales Villatte y Ruffin. El total de la fuerza ascendia á 18000 infantes y cerca de 3000 caballos. Mandaba en jefe el mariscal Victor.

Dió principio á la pelea la division alemana, y cargando 2 regimientos de dragones, repelióles nuestra infantería, que avanzaba con intrepidez. Durante dos horas lidiaron los franceses, retirándose lentamente y en silencio: nuestra izquierda progresaba, y el centro y la derecha cerraban de cerca al enemigo, cuya ala siniestra cejó hasta un recodo que forma el Guadiana al acercarse á Medellin. Las tropas ligeras de los españoles, esparcidas por el llano, amedrentaban por su número y arrojo á los tiradores del enemigo; y como si ya estuviesen seguras de la victoria, anunciaban con grande algazara que los campos de Medellin serian el

sepulcro de los franceses. Por todas partes ganaba terreno el grueso de nuestra línea, y ya la izquierda iba á posesionarse de una batería enemiga, á la sazon que los regimientos de caballería de Almansa y el Infante, y 2 escuadrones de cazadores imperiales de Toledo, en vez de cargar á los contrarios volvieron grupa, y atropellándose unos á otros huyeron al galope vergonzosamente. En vano don José de Zayas, oficial de gran valor y pericia, y que en realidad mandaba la vanguardia, en vano les gritaba acompañado de sus infantes firmes y serenos, « ¿qué es esto? Alto la caballería. » Volvamos á ellos, que son nuestros.....» Nada escuchaban, el pavor habia embargado sus sentidos. Don Gregorio de la Cuesta, al advertir tamaño baldon, partió aceleradamente para contener el desórden; mas atropellado y derribado de su caballo estuvo próximo á caer en manos de los jinetes enemigos, que pasando adelante en su carga afortunadamente no le percibieron. Aunque herido en el pié, maltratado y rendido con sus años, pudo Cuesta volver á montar á caballo, y libertarse de ser prisionero.

Abandonada nuestra infantería de la izquierda por la caballería, fué desunida y rota, y cayendo sobre nuestro centro y derecha, que al mismo tiempo eran atacados por su frente, desapareció la formacion de nuestra dilatada y endeble línea como hilera de naipes. El duque de Alburquerque fué el solo que pudo por algun tiempo conservar el órden, para tomar una loma plantada de viña que habia á espaldas del llano; pero estrechada su gente por los dispersos, y aterrada con los gritos de los acuchillados, desarreglóse simultáneamente, corriendo á guarecerse á los viñedos. Desde entonces todo el ejército no presentó ya otra forma sino la de una muchedumbre desbandada, huyendo á toda priesa de la caballería enemiga, que hizo gran mortandad en nuestros pobres infantes. Durante mucho tiem

po los huesos de los que allí perecieron se percibian y blanqueaban, contrastando su color macilento en tan hermoso llano con el verde y matizadas flores de la primavera. Fué nuestra pérdida entre muertos, heridos y prisioneros de 10000 hombres; la de los franceses, aunque bastante inferior, no dejó de ser considerable.

Así terminó y tan desgraciadamente la batalla de Medellin. Gloriosa para la infantería, no lo fué para algunos cuerpos de caballería, que castigó severamente don Gregorio de la Cuesta suspendiendo á 3 coroneles, y quitando á los soldados una pistola hasta que recobrasen en otra accion el honor perdido. Pero por reprensible que en efecto fuese la conducta de estos, en nada descargaba á Cuesta del temerario arrojo de empeñar una batalla campal con tropas bisoñas y no bien disciplinadas, en una posicion como la que escogió y en el órden en que lo hizo, sin dejar á sus espaldas cuerpo alguno de reserva. Claro era que rota una vez la línea quedaba su ejército deshecho, no teniendo en qué sostenerse ni punto adonde abrigarse, al paso que los franceses, aun perdida por ellos la batalla, podian cubrirse detrás de unas huertas cerradas con tapia que habia á la salida de Medellin, y escudarse luego con el mismo pueblo desamparado de los vecinos, apoyándose en el cerro del castillo. Don Gregorio de la Cuesta con los restos de su ejército se retiró á Monasterio, límite de Extremadura y Andalucía, y en cuyo fuerte sitio debiera haber aguardado á los franceses, si hubiera procedido como general entendido y prudente.

Sus resultas.

La Junta central al saber la rota de Medellin no sintió descaido su ánimo, á pesar del peligro que de cerca le amagaba. Elevó á la dignidad de capitan general á don Gregorio de la Cuesta, al paso que temia su antiguo resentimiento en caso de que hubiese triunfado, y repartió mercedes á

Determinaciones de la central.

los que se habian conducido honrosamente, no menos que á los huérfanos y viudas de los muertos en la batalla. Púsose tambien el ejército de la Mancha á las órdenes de Cuesta, aunque se nombró para mandarle de cerca á don Francisco Venegas, restablecido de una larga enfermedad, y fué llamado el conde de Cartaojal, cuya conducta apareció muy digna de censura por lo ocurrido en Ciudad-Real, pues allí no hubo sino desórden y confusion, y por lo menos en Medellin se habia peleado.

Venegas sucede á Cartaojal.

Reflexiones.

Ahora haciendo corta pausa, séanos lícito examinar la opinion de ciertos escritores, que al ver tantas derrotas y dispersiones, han querido privar á los españoles de la gloria adquirida en la guerra de la independencia. Pocos son en verdad los que tal han intentado, y en alguno muéstrase á las claras la mala fé, alterando ó desfigurando los hechos mas conocidos. En los que no han obrado impelidos de mezquinas y reprensibles pasiones, descúbrese luego el orígen de su error en aquel empeño de querer juzgar la defensa de España como el comun de las guerras, y no segun deben juzgarse las patrióticas y nacionales. En las unas gradúase su mérito conforme á reglas militares; en las otras ateniéndose á la constancia y duracion de la resistencia. « Median imperios (decia Napoleon en Leipsic) » entre ganar ó perder una batalla. » Y decíalo con razon en la situacion en que se hallaba; pero no así á haber sostenido la Francia su causa, como lo hizo con la de la libertad al principio de la revolucion. La Holanda, los Estados-Unidos, todas las naciones en fin que se han visto en el caso de España, comenzaron por padecer descalabros y completas derrotas, hasta que la continuacion de la guerra convirtió en soldados á los que no eran sino meros ciudadanos. Con mayor fundamento debia acaecer lo mismo entre nosotros. La Francia era una nacion vecina, rica y pode-

rosa, de donde sin apuro podian á cada paso llegar refuerzos. Sus ejércitos en gran parte no eran puramente mercenarios: producto de su revolucion conservaban cierto apego al nombre de patria, y quince años de guerra y de exclaclarecidos triunfos les habian dado la pericia y confianza de invencibles conquistadores. Austriacos, prusianos, rusos, ingleses, preparados de antemano con cuantiosos medios, con tropas antiguas y bien disciplinadas, les habian cedido el campo en repetidas lides. ¿Qué estraño pues sucediese otro tanto á los españoles en batallas campales, en que el saber y maña en evoluciones y maniobras valian mas que los ímpetus briosos del patriotismo? Al empezar la insurreccion en mayo ya vimos cuán desapercibida estaba España para la guerra con 40000 soldados escasos, inexpertos y mal acondicionados; dueños los franceses de muchas plazas fuertes, y teniendo 100000 hombres en el corazon del reino. Y sin embargo, ¿qué no se hizo? En los primeros meses victoriosos los españoles en cási todas partes, estrecharon á sus contrarios contra el Pirineo. Cuando despues reforzados estos inundaron con sus huestes los campos peninsulares, y oprimieron con su superioridad y destreza á nuestros ejércitos, la nacion ni se desalentó, ni se sometieron los pueblos fácil ni voluntariamente. Y en enero embarcados los ingleses, solos los españoles, teniendo contra sí mas de 200000 enemigos, mirada ya en Europa como perdida su justísima causa, no solo se desdeñó todo acomodamiento, sino que peleándose por do quiera transitaban franceses, aparecieron de nuevo ejércitos que osaron aventurar batallas, desgraciadas es cierto, pero que mostraban los redoblados esfuerzos que se hacian, y lo profiadamente que habia de sustentarse la lucha empeñada. Cometiéronse graves faltas, descubrióse á las claras la impericia de varios generales, lo bisoño de nuestros soldados, el abandono y

atraso en que el anterior gobierno habia tenido el ramo militar como los demas; pero brilló con luz muy pura el elevado carácter de la nacion, la sobriedad y valor de sus habitadores, su desprendimiento, su conformidad é inalterable constancia en los reveses y trabajos, virtudes raras, esquisitas, mas difíciles de adquirir que la táctica y disciplina de tropas mercenarias. Abulte en buen hora la envidia, el despecho, la ignorancia los errores en que incurrimos: su voz nunca ahogará la de la verdad, ni podrá desmentir lo que han estampado en sus obras, y cási siempre con admirable imparcialidad, muchos de los que entonces eran enemigos nuestros, y señaladamente los dignos escritores Foy, Suchet y Saint-Cyr, que mandando á los suyos pudieron mejor que otros apreciar la resistencia y el mérito de los españoles.

Comision de Sotelo.

Volvamos ya á nuestro propósito. Ocurridas las jornadas de Cuidad-Real y Medellin, pensó el gobierno de José ser aquella buena sazon para tantear al de Sevilla, y entrar en algun acomodamiento. Salió de Madrid con la comision don Joaquin María Sotelo, magistrado que gozaba antes del concepto de hombre ilustrado, y que deteniéndose en Mérida, dirigió desde allí al presidente de la Junta central, por medio del general Cuesta, un pliego con fecha 12 de abril, en el que anunciando estar autorizado por José para tratar con la Junta el modo de remediar los males que ya habian experimentado las provincias ocupadas, y el de evitar los de aquellas que todavía no lo estaban, invitaba á que se nombrase al efecto por la misma Junta una ó mas personas que se abocasen con él. La central sin contextar en derechura á Sotelo, mandó á don Gregorio de la Cuesta que le comunicase el acuerdo que de resultas habia formado, justo y enérgico, concebido en estos términos. «Si Sotelo trae po-» deres bastantes para tratar de la restitucion de nuestro

Respuesta de la central.

» amado rey, y de que las tropas francesas evacuen al ins-
» tante todo el territorio español, hágalos públicos en la
» forma reconocida por todas las naciones, y se le oirá con
» anuencia de nuestros aliados. De no ser así, la Junta no
» puede faltar á la calidad de los poderes de que está re-
» vestida, ni á la voluntad nacional, que es de no escuchar
» pacto, ni admitir tregua, ni ajustar transaccion que no
» sea establecida sobre aquellas bases de eterna necesidad
» y justicia. Cualquiera otra especie de negociacion, sin
» salvar al estado, envileceria á la Junta, la cual se ha obli-
» gado solemnemente á sepultarse primero entre las ruinas
» de la monarquía, que á oir proposicion alguna en men-
» gua del honor é independencia del nombre español.» Insistió Sotelo respondiendo con una carta bastantemente moderada; mas la Junta se limitó á mandar á Cuesta repitiese el mencionado acuerdo, «advirtiendo á Sotelo que » aquella seria la última contestacion que recibiria mientras » los franceses no se allanasen lisa y llanamente á lo que » habia manifestado la Junta.» No pasó por consiguiente mas adelante esta negociacion, emprendida quizá con sano intento; pero que entonces se interpretó mal, y dañó al anterior buen nombre del comisionado.

Cartas de Sebastiani á Jovellanos y otros. (* Ap. n. 6.)

Tambien por la parte de la Mancha se hicieron al mismo tiempo iguales tentativas, escribiendo el general francés Sebastiani, que * allí mandaba, á don Gaspar Melchor de Jovellanos, individuo de la central, á don Francisco de Saavedra, ministro de Hacienda, y al general del ejército de la Carolina don Francisco Venegas. Es curiosa esta correspondencia, por colegirse de ella el modo diverso que tenian entonces de juzgar las cosas de España los franceses y los nacionales. Como seria prolijo insertarla íntegra, hemos preferido no copiar sino la carta del general Sebastiani á Jovellanos, y la contestacion de este. «Señor: la repu-

Carta de Sebastiani al señor Jovellanos.

» tacion de que gozais en Europa, vuestras ideas liberales,
» vuestro amor por la patria, el deseo que manifestais de
» verla feliz, deben haceros abandonar un partido que solo
» combate por la Inquisicion, por mantener las preocupa-
» ciones, por el interes de algunos grandes de España, y
» por los de la Inglaterra. Prolongar esta lucha es querer
» aumentar las desgracias de la España. Un hombre cual
» vos sois, conocido por su carácter y sus talentos, debe
» conocer que la España puede esperar el resultado mas
» feliz de la sumision á un rey justo é ilustrado, cuyo ge-
» nio y generosidad deben atraerle á todos los españoles
» que desean la tranquilidad y prosperidad de su patria.
» La libertad constitucional bajo un gobierno monárquico,
» el libre ejercicio de vuestra religion, la destruccion de
» los obstáculos que varios siglos ha se oponen á la rege-
» neracion de esta bella nacion, serán el resultado feliz de
» la Constitucion que os ha dado el genio vasto y sublime
» del emperador. Despedazados con facciones, abandonados
» por los ingleses, que jamas tuvieron otros proyectos que
» el de debilitaros, el robaros vuestras flotas y destruir
» vuestro comercio, haciendo de Cádiz un nuevo Gibral-
» tar, no podeis ser sordos á la voz de la patria que os pide
» la paz y la tranqnilidad. Trabajad en ella de acuerdo
» con nosotros, y que la energía de España solo se emplee
» desde hoy en cimentar su verdadera felicidad. Os presento
» una gloriosa carrera; no dudo que acojais con gusto la
» ocasion de ser útil al rey José y á vuestros conciudada-
» nos. Conoceis la fuerza y el número de nuestros ejérci-
» tos, sabeis que el partido en que os hallais no ha obte-
» tido la menor vislumbre de suceso: hubiérais llorado un
» dia si las victorias le hubieran coronado; pero el Todo-
» poderoso en su infinita bondad os ha libertado de esta
» desgracia. »

« Estoy pronto á entablar comunicacion con vos y daros » pruebas de mi alta consideracion.=Horacio Sebastiani.»

« Señor general: Yo no sigo un partido, sigo la santa y » justa causa que sigue mi patria, que unánimemente adop- » tamos los que recibimos de su mano el augusto encargo » de defenderla y regirla, y que todos habemos jurado se- » guir y sostener á costa de nuestras vidas. No lidiamos, » como pretendeis, por la Inquisicion ni por soñadas preo- » cupaciones, ni por el interes de los grandes de España: » lidiamos por los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra » religion, nuestra Constitucion y nuestra independencia. » Ni creais que el deseo de conservarlos esté distante del » de destruir los obstáculos que puedan oponerse á este fin; » antes por el contrario y para usar de vuestra frase, el » deseo y el propósito de regenerar la España y levantarla » al grado de esplendor que ha tenido algun dia, es mirado » por nosotros como una de nuestras principales obligacio- » nes. Acaso no pasará mucho tiempo sin que la Francia y » la Europa entera reconozcan, que la misma nacion que » sabe sostener con tanto valor y constancia la causa de su » rey y de su libertad contra una agresion tanto mas injusta, » cuanto menos debia esperarla de los que se decian sus pri- » meros amigos, tiene tambien bastante celo, firmeza y » sabiduría para corregir los abusos que la condujeron in- » sensiblemente á la horrorosa suerte que le preparaban. No » hay alma sensible que no llore los atroces males que esta » agresion ha derramado sobre unos pueblos inocentes, á » quienes despues de pretender denigrarlos con el infame » título de rebeldes, se niega aun aquella humanidad que el » derecho de la guerra exige y encuentra en los mas bárba- » ros enemigos. Pero ¿á quien serán imputados estos males? » ¿A los que los causan violando todos los principios de la » naturaleza y la justicia, ó á los que lidian generosamente

Contestacion del señor Jovellanos.

» para defenderse de ellos y alejarlos de una vez y para siem-
» pre de esta grande y noble nacion? Porque, señor general,
» no os dejeis alucinar: estos sentimientos que tengo el ho-
» nor de expresaros son los de la nacion entera, sin que
» haya en ella un solo hombre bueno, aun entre los que
» vuestras armas oprimen, que no sienta en su pecho la no-
» ble llama que arde en el de sus defensores. Hablar de
» nuestros aliados fuera impertinente, si vuestra carta no
» me obligase á decir en honor suyo, que los propósitos que
» les atribuis son tan injuriosos como ajenos de la genero-
» sidad con que la nacion inglesa ofreció su amistad y sus
» auxilios á nuestras provincias, cuando desarmadas y em-
» pobrecidas los imploraron desde los primeros pasos de la
» opresion con que la amenazaban sus amigos.

» En fin, señor general, yo estaré muy dispuesto á res-
» petar los humanos y filosóficos principios, que segun nos
» decis, profesa vuestro rey José, cuando vea que ausen-
» tándose de nuestro territorio reconozca que una nacion,
» cuya desolacion se hace actualmente á su nombre por
» vuestros soldados, no es el teatro mas propio para des-
» plegarlos. Este seria ciertamente un triunfo digno de su
» filosofía, y vos, señor general, si estais penetrado de los
» sentimientos que ella inspira, debereis gloriaros tambien
» de concurrir á este triunfo, para que os toque alguna
» parte de nuestra admiracion y nuestro reconocimiento.
» Solo en este caso me permitirán mi honor y mis senti-
» mientos entrar con vos en la comunicacion que me pro-
» poneis, si la suprema Junta central lo aprobare. Entre-
» tanto recibid, señor general, la expresion de mi sincera
» gratitud por el honor con que personalmente me tratais,
» seguro de la consideracion que os profeso. Sevilla 24 de
» abril de 1809.=Gaspar de Jovellanos.=Excmo. Sr. ge-
» neral Horacio Sebastiani. »

Esta respuesta, digna de la pluma y del patriotismo de su autor, fué muy aplaudida en todo el reino, así por su noble y elevado estilo, como por retratarse en su contenido los verdaderos sentimientos que animaban á la gran mayoría de la nacion.

Guerra de Austria.

Semejantes tentativas de conciliacion, prescindiendo de lo impracticables que eran, parecieron entonces, á pesar de tantas desgracias, mas fuera de sazon por la guerra que empezaba en Alemania. Temores de ella, que no tardaron en realizarse, habian, segun se dijo, estimulado á Napoleon á salir precipitadamente de España. No olvidando nunca el Austria las desventajosas paces á que se habia visto forzada desde la revolucion francesa, y sobre todo la última de Presburgo, estaba siempre en acecho para no desperdiciar ocasion de volver por su honra y de recobrar lo perdido. Parecióle muy oportuna la de la insurreccion española, que produjo en toda Europa impresion vivísima, y siguió aquel gobierno cuidadosamente el hilo de tan grave acontecimiento. Demasiadamente abatida el Austria desde la última guerra, no podia por de pronto mostrar á las claras su propósito antes de prepararse y estar segura de que continuaba la resistencia peninsular. En Erfurth mantúvose amiga de Francia, mas con cierta reserva, y solo difirió bajo especiosos pretextos el reconocimiento de José. Napoleon, aunque receloso, confiando en que si apagaba pronto la insurreccion de España nadie se atreveria á levantar el grito; sacó para ello, conforme insinuamos, gran golpe de gente de Alemania, y dió de este modo nuevo aliento al Austria, que disimuladamente aceleró los preparativos de guerra. En los primeros meses del año de 1809 dicha potencia comenzó á quitarse el embozo publicando una especie de manifiesto, en que declaraba queria ponerse al abrigo de cualquiera empresa contra su independencia, y al fin arrojóle del todo en

9 de abril, en que el archiduque Cárlos, mandando su grande y principal ejército, abrió la campaña por medio de un aviso y atravesó el Inn, rio que separa la Baviera de los estados austriacos. Lo poco prevenido que cogia á Napoleon esta guerra, las formidables fuerzas que de súbito desplegó el Austria, las muchas que Francia tenia en España, y lo desabrida que se mostraba la voz pública en el mismo imperio francés, daba á todos fundamento para creer que la primera alcanzaria victorias, de cuyas resultas tal vez se cambiaria la faz política de Europa. Para contribuir á ello y no desaprovechar la oportunidad, envió la Junta central á Viena como plenipotenciario suyo á don Eusebio de Bardají y Azara, y aquella corte autorizó á Mr. Gennotte en calidad de encargado de negocios cerca del gobierno de Sevilla. Veremos luego cuán poco correspondió el éxito á esperanzas tan bien concebidas.

Cataluña.

Ahora, despues de haber referido lo que ocurrió durante estos meses en las provincias meridionales de España, será bien que hablemos de Cataluña y de las demas partes del reino. En aquella los ánimos habian andado perturbados despues de las acciones perdidas, y de las voces y amenazas que venian de Aragon y varios puntos. Sin embargo en Tarragona no habrá olvidado el lector cómo la turbacion no pasó de ciertos límites, luego que Vives dejó el mando y recayó este en Reding, mas en Lérida manchóse con sangre. Fué el caso que en 1° de enero habiendo introducido en la plaza de dia y sin precaucion varios prisioneros franceses, alborotándose á su vista el vecindario y vociferando palabras de muerte, forzó el castillo á donde aquellos habian sido conducidos. Estaban tambien dentro encerrados el oidor de la audiencia de Barcelona don Manuel Fortuny y su esposa, con otros cuatro ó cinco individuos tachados con razon ó sin ella de infidencia. Ciega la mu-

Alboroto de Lérida.

chedumbre penetró en lo interior, y mató á estos desgraciados y á varios de los prisioneros franceses. Duró tres dias la sublevacion, hasta que llegaron 300 soldados que envió el general Reding, con cuyo refuerzo y las prudentes exhortaciones del gobernador don José Casimiro Lavalle, del obispo y otras personas, se sosegó el bullicio. Los principales sediciosos recibieron despues justo y severo castigo: siendo muy de sentir que las autoridades andando mas precavidas no hubiesen evitado de antemano tan lamentable suceso.

Reding en Tarragona.

Por su parte don Teodoro Reding con nuevos cuerpos que llegaron de Granada y Mallorca y con reclutas habia ido completando su ejército desde diciembre hasta febrero, en cuyo espacio de tiempo habia permanecido tranquilo el de los franceses sin empeñarse en grandes empresas, teniendo para proveerse de víveres que hacer excursiones, en que perdió hombres y consumió 2 millones de cartuchos. El plan que en Tarragona siguió al principio el general Reding fué prudente, escarmentado con lo sucedido en Llinas y Molins de Rey. Era obra de don José Joaquin Martí, y consistia en no trabar acciones campales, en molestar al enemigo al abrigo de las plazas y puntos fragosos, en mejorar así sucesivamente la instruccion y disciplina del ejército, y en convertir la principal defensa en una guerra de montaña, segun convenia á la índole de los naturales y al terreno en que se lidiaba. Todos concurrian con entusiasmo á alcanzar el objeto propuesto, y la junta corregimental de Tarragona mostró acendrado patriotismo en facilitar caudales, en acuñar la plata de las iglesias y de los particulares, y en proporcionar víveres y prendas de vestuario. Quisose sujetar á regla á los miqueletes, pero encontró la medida grande obstáculo en las costumbres y antiguos usos de los catalanes.

Plan prudente de Martí.

En sus demas partes, por juicioso que fuese el plan adoptado, no se persistió largo tiempo en llevarle adelante. Contribuyó á alterarle el marqués de Lazan, que habiendo sido llamado de Gerona con la division de 6 á 7000 hombres que mandaba, llegó á la línea española en sazon de estar apurada Zaragoza. Interesado particularmente en su conservacion, propuso el marqués y se aprobó que pasaria la sierra de Alcubierre con la fuerza de su mando, y que prestaria, si le era dado, algun auxilio á aquella ciudad.

Variase. Llenos entonces los españoles de admiracion y respeto por la defensa que allí se hacia, murmuraban de que mayores fuerzas no volasen al socorro, pareciéndoles cosa fácil desembarazarse en una batalla del ejército del general Saint-Cyr. Habia crecido el aliento de resultas de algunas cortas ventajas obtenidas en reencuentros parciales, y sobre todo porque retirándose el enemigo y reconcentrándose mas y mas, atribuyóse á recelo lo que no era sino precaucion. Aveníase bien con el osado espíritu de Reding la voz popular, y cundiendo esta con rapidez, resolvió aquel caudillo dar un ataque general; sobreponiéndose á las justas reflexiones de algunos jefes cuerdos y experimentados. Movíanle igualmente las esperanzas que le daban secretas relaciones de que Barcelona se levantaria al tiempo que su ejército se aproximase.

Situacion del ejército español. Se hallaba este en Tarragona esparcido en una enorme línea de 16 leguas, que partiendo de aquella ciudad, se extendia hasta Olesa por el Coll de Santa Cristina, la Llacuna, Igualada y el Bruch. Las tropas de dicha línea que estaban fuera de Tarragona pasaban de 15000 hombres, y las mandaba don Juan Bautista de Castro. Las que habia dentro de la plaza á las órdenes inmediatas del general en jefe don Teodoro Reding ascendian á unos 10000 hombres. Segun el plan de ataque que se concertó, debia el general

Castro avanzar é interponerse entre el enemigo y Barcelona, al paso que el general Reding apareceria con 8000 hombres en el Coll de Santa Cristina, descolgándose tambien de las montañas y por todos lados los somatenes.

Le atacan los franceses.

Los franceses en número de 18000 hombres se alojaban en el Panadés, y su general en jefe habia dejado maniobrar con toda libertad al de los españoles, confiado en que fácilmente romperia la inmensa línea dentro de la cual se presumia envolverle. Por fin el 16 de febrero cuando vió que iba á ser atacado, se anticipó tomando la ofensiva. Para ello, despues de haber dejado en el Vendrell la division del general Souham, salió de Villafranca con la de Pino, debiéndose juntar las de los generales Chavot y Chabran cerca de Capelladas, y componiendo las tres 11000 hombres. Antes de que se uniesen se habian encontrado las tropas del general Chavot con los españoles, cuyas guerrillas al mando de don Sebastian Ramirez habian rechazado las del enemigo y cogido mas de 100 prisioneros, entre los que se contó al coronel Carrascosa. Sacó de apuro á los suyos la llegada del general Saint-Cyr, quien repelió á los nuestros, y maniobrando despues con su acostumbrada destreza, atravesó la línea española en la direccion de la Llacuna, y con un movimiento por el costado se apareció súbitamente á la vista de Igualada, y sorprendió al general Castro, que se imaginaba que solo seria atacado por el frente. Vuelto de su error apresuradamente se retiró á Montmeneu y Cervera, á cuyos parajes ciaron tambien en bastante desórden las tropas mas avanzadas. Los enemigos se apoderaron en Igualada de muchos acopios de que tenian premiosa necesidad, y recobraron los prisioneros que habian perdido la víspera en Capelladas.

Entran en Igualada.

Movimientos de Saint-Cyr y Reding.

Habiendo cortado de este modo el general Sain-Cyr la línea española, trató de revolver sobre su izquierda para

destruir las tropas que guarnecian los puntos de aquel lado, y unirse al general Souham. Dejó en Igualada á los generales Chavot y Chabran, y partió el 18 la vuelta de San Magin, de donde desalojó al brigadier don Miguel Iranzo, obligándole á recogerse al monasterio de Santas Cruces, cuyas puertas en vano intentó el general francés que se le abriesen ni por fuerza ni por capitulacion.

Noticioso en tanto don Teodoro Reding de lo acaecido con Castro, salió de Tarragona acompañado de una brigada de artillería, 300 caballos y un batallon de suizos, con objeto de unir los dispersos y libertar al brigadier Iranzo. Consiguió que este y una parte considerable de la demas tropa se agregasen en el Plá, Sarreal y Santa Coloma; pero Sain-Cyr, temeroso de ser atacado por fuerzas superiores, estando solo con la division de Pino, procuró unirse á la de Souham, y colocarse entre Tarragona y don Teodoro Redign. Advertido este del movimiento del enemigo, decidió retroceder á aquella plaza, dejando á cargo de don Luis Wimpffen unos 5000 hombres que cubriesen el corregimiento de Manresa, y observasen á los franceses que habian quedado en Igualada. Se mandó asímismo á Wimpffen proteger al somaten del Vallés y á los inmediatos destinados á ayudar la proyectada conspiracion de Barcelona. Movióse despues Reding hácia Montblanc llevando 10000 hombres, y el 24 congregó á junta para resolver definitivamente si retrocederia á Tarragona, ó si iria al encuentro de los franceses: tanto pesaba á su atrevido ánimo volver la espalda sin combatir. En el consejo opinaron muchos por enriscarse del lado de Prades y enderezar la marcha á Constantí enviando la artillería á Lérida: otros, y fué lo que se decidió, pensaron ser mas honroso caminar con la artillería y los bagajes por la carretera, que pasando entre el Coll de Riba y orillas del Francolí, va á Tarragona, mas con la advertencia

de no buscar al enemigo, ni de esquivar tampoco su encuentro si provocase á la pelea. Emprendióse la marcha, y el 24 al rayar el alba, despues de cruzar el puente de Goy, tropezaron los nuestros con la gran guardia de los franceses, la cual haciendo dos descargas se recogió al cuerpo de su division, que era la del general Souham, situada en las alturas de Valls.

Batalla de Valls.

Don Teodoro Reding, en vez de proseguir su marcha á Tarragona conforme á lo acordado, retrocedió con la vanguardia y se unió al grueso del ejército que estaba en la orilla derecha del Francolí, colocado en la cima de unas colinas. Tomada esta determinacion empeñóse luego una accion general, á la que sobre todo alentó haber nuestras tropas ligeras rechazado á las enemigas. El general Castro regia la derecha española; quedaron la izquierda y centro al cargo del general Martí.

La fuerza de los franceses consistia únicamente hasta entonces en la division de Souham, que teniendo su derecha del lado de Plá, apoyaba su izquierda en el Francolí. En aquel pueblo permanecia el general Sain-Cyr con la division de Pino, cuya vanguardia cubria el boquete de Coll de Cabra, hasta que sabedor de haber Reding venido á las manos con Souham, se apresuró á juntarse con este. Antes de su llegada combatieron bizarramente los españoles durante cuatro horas, perdiendo terreno los franceses, los cuales reforzados á las tres de la tarde cobraron de nuevo ánimo. Entonces hubo generales españoles que creyeron prudente no aventurar las ventajas alcanzadas contra tropas que venian de refresco, resolviéndose por tanto á volver á ocupar la primera línea y proseguir el camino á Tarragona. Mas fuese por impetuosidad de los contrarios, ó por la natural inclinacion de Reding á no abandonar el campo, trabóse de nuevo y con mayor ardor la pelea.

Formó el general Sain-Cyr 4 columnas, 2 en el centro con la division de Pino, y 2 en las alas con la de Souham. Pasó el Francolí, y arremetió subir á la cima en que se habian vuelto á colocar nuestras tropas. La resistencia de los españoles fué tenacísima, cediendo solo al bien concertado ataque de los enemigos. Rota despues y al cabo de largo rato la línea, en vano se quiso rehacerla, salvándose nuestros soldados por las malezas y barrancos de la tierra. Alcanzaron á don Teodoro Reding algunos jinetes enemigos; defendióse él y los oficiales que le acompañaban valerosamente, mas recibió cinco heridas y con dificultad pudo ponerse en cobro. Nuestra pérdida pasó de 2000 hombres: menor la de los franceses. Contamos entre los muertos oficiales superiores, y quedó prisionero con otros el marqués de Casteldosrius, grande de España. Los dispersos se derramaron por todas partes acogiéndose muchos á Tarragona, á donde llegó por la noche el general Reding sin que el pueblo le faltase al debido respeto, noticioso de cuánto habia expuesto su propia persona.

Entran los franceses en Reus.

Los franceses entraron al siguiente dia en Reus, cuyos vecinos permanecieron en sus casas contra la costumbre general de Cataluña, y el ayuntamiento salió á recibir á los nuevos huéspedes, y aun repartió una contribucion para auxiliarlos. Irritó sobremanera tan desusado proceder, y desaprobóle agriamente el general Reding como de mal ejemplo. Villa opulenta á causa de sus fábricas y manufacturas, no quiso perder en pocas horas la acumulada riqueza de muchos años. Extendiéronse los franceses hasta el puerto de Salou, y cortaron la comunicacion de Tarragona con el resto de España. Mucho esperó Sain-Cyr de la batalla de Valls, principalmente padeciéndose en Tarragona una enfermedad contagiosa nacida de los muchos enfermos y heridos hacinados dentro de la plaza, y cuyo número se habia

Esperanzas de Saint-Cyr.

aumentado de resultas de un convenio que propuso el general Sain-Cyr y admitió Reding, segun el cual no debian en adelante considerarse los enfermos y heridos de los hospitales como prisioneros de guerra, sino que luego de convalecidos se habian de entregar á sus ejércitos respectivos. Como estaban en este caso muchos mas soldados españoles que franceses, pensaba el general Saint-Cyr que aumentándose así los apuros dentro de Tarragona, acabaria esta plaza por abrirle sus puertas. Tenia en ello tanta confianza, que conforme él mismo nos refiere en sus Memorias, determinó no alejarse de aquellos muros mientras que pudiese dar á sus soldados la cuarta parte de una racion. Conducta permitida si se quiere en la guerra, pero que nunca se calificará de humana.

Salen vanas.

Nada logró: los catalanes sin abatirse empezaron por medio de los somatenes y miqueletes á renovar una guerra destructora. Diez mil de ellos bajo el general Wimpffen y los coroneles Milans y Clarós, atacaron á los franceses de Igualada, y los obligaron con su general Chabrán á retirarse hasta Villafranca. Bloquearon otra vez á Barcelona, y cortando las comunicaciones de Saint-Cyr con aquella plaza, infundieron nuevo aliento en sus moradores. Quiso Chabran restablecerlas, mas rechazado retiróse precipitadamente, hasta que insistiendo despues con mayores fuerzas y por órden repetida de su general en jefe, abrió el paso en 14 de marzo.

Guerra de somatenes.

No pudiendo ya, falto de víveres, sostenerse el general Saint-Cyr en el campo de Tarragona, se dispuso á abandonar sus posiciones y acercarse á Vich, como país mas provisto de granos y bastante próximo á Gerona, cuyo sitio meditaba. Debia el 18 de marzo emprender la marcha: difirióse dos dias á causa de un incidente que prueba cuán hostil se mantenia contra los franceses toda aquella tierra.

Dificultad de las comunicaciones.

Estaba el general Chavot apostado en Montblanc para impedir la comunicacion de Reding con Wimpffen, y de este con la plaza de Lérida. Oyóse un dia en los puntos que ocupaba el ruido de un fuego vivo, que partia de mas allá de sus avanzadas. Tal novedad obligóle á hacer un reconocimiento, por cuyo medio descubrió que provenia el estrépito de un encuentro de los somatenes con 600 hombres y 2 piezas que traia un coronel enviado de Fraga por el mariscal Mortier, á fin de ponerse en relacion con el general Saint-Cyr. A duras penas habian llegado hasta Montblanc, mas no les fué posible retroceder á Aragon, teniendo despues que seguir la suerte de su ejército de Cataluña. Hecho que muestra de cuán poco habia servido domeñar á Zaragoza, y ganar la batalla de Valls para ser dueños del país, puesto que á poco tiempo no le era dado á un oficial francés poder hacer un corto tránsito á pesar de tan fuerte escolta.

Retírase Saint-Cyr de las cercanías de Tarragona.

Esta ocurrencia, la de Chabran y lo demas que por todas partes pasaba, afligia á los franceses viendo que aquella era guerra sin término, y que en cada habitante tenia un enemigo. Para inspirar confianza y dar á entender que nada temia, el 19 de marzo antes de salir de Valls envió el general Saint-Cyr á Reding un parlamentario avisándole, que forzado por las circunstancias á acercarse á la frontera de Francia, partiria al dia siguiente, y que si el general español queria enviar un oficial con un destacamento, le entregaria el hospital que allí habia formado. Accedió Reding á la propuesta, manifestando con ella el general francés á su ejército el poco recelo que le daban en su retirada los españoles de Tarragona, oprimidos con enfermedades y trabajos. Paráronse algunos dias las divisiones francesas del Llobregat allá, y aprovechándose de su reunion, ahuyentaron á Wimpffen del lado de Manresa.

Pasa por Barcelona.

Entró al paso en Barcelona el general Saint-Cyr, en donde permaneció hasta el 15 de abril. Durante su estancia no solo se ocupó en la parte militar, sino que tambien tomó disposiciones políticas, de las que algunas fueron sobradamente opresivas. El general Duhesme habia en todos tiempos mostrado temor de las conspiraciones que se tramaban en Barcelona, ya porque realmente las juzgase graves, ó ya tambien por encarecer su vigilancia. No hay duda que continuaron siempre tratos entre gentes de fuera de la plaza y personas notables de dentro, siendo de aquellas principal jefe don Juan Clarós, y de estas el mismo capitan general Villalba, sucesor que habian dado á Ezpeleta los franceses. En el mes de marzo recobrando ánimo despues de pasados algunos dias de la rota de Valls, acercóse muchedumbre de miqueletes y somatenes á Barcelona, ayudándoles los ingleses del lado de la mar; hubo noche que llegaron hasta el glacis, y aun de dentro se tiraron tiros contra los franceses. En muchas de estas tentativas estaban quizá los conspiradores mas esperanzados de lo que debieran, y á veces la misma policía aumentaba los peligros, y aun fraguaba tramas para recomendar su buen celo. Tal se decia de su jefe el español Casanova, y aun lo sospechaba el general Saint-Cyr, sirviendo de pretexto el nombre de conjuracion para apoderarse de los bienes de los acusados. Mas con todo no dejó de haber conspiraciones que fueron reales, y que mantuvieron justo recelo entre los enemigos: motivo por el que quiso el general Saint-Cyr obligar con juramento á las autoridades civiles á reconocer á José, del mismo modo que se habia intentado antes con los militares, sin que en ello fuese mas dichoso.

Estado de la ciudad.

Niéganse las autoridades civiles á prestar juramento.

Hasta entonces no habia parecido á Duhesme conveniente exigírselo deseoso de evitar nueva irritacion y disgustos, y se contentaba con que ejerciesen sus respectivas jurisdiccio-

nes: resolucion prudente, y que no poco contribuyó á la tranquilidad y buen órden de Barcelona. Mas ahora cumpliendo con lo que habia dispuesto el general Saint-Cyr, convocó al efecto el 9 de abril á la casa de la audiencia á las autoridades civiles, y señaladamente concurrieron á ella los oidores Mendieta, Vaca, Córdoba, Beltran, Marchamalo, Dueñas, Lasauca, Ortiz, Villanueva y Gutierrez; nombres dignos de mentarse por la entereza y brio con que se portaron. Abrióse la sesion con un discurso en que se invitaba á prestar el juramento, obligacion que se suponia suspendida á causa de particulares miramientos. Negáronse á ello resueltamente cási todos, replicando con claras y firmes razones, principalmente los señores Mendieta y don Domingo Dueñas, quien concluyó con expresar, «que primero » pisaria la toga que le revestia, que deshonrarla con jura» mentos contrarios á la lealtad.» Siguieron tan noble ejemplo 6 de los 7 regidores que habian quedado en Barcelona: lo mismo hicieron los empleados en las oficinas de contaduría, tesorería y aduana, afirmando el contador Asaguirre, «que aun cuando toda España proclamase á José, » él se expatriaria.» Veintinueve fueron los que de resultas se enviaron presos á Monjuich y á la ciudadela, sin contar otros muchos que quedaron arrestados en sus casas, en cuyo número se distinguian el conde de Ezpeleta y su sucesor don Galceran de Villalba. Al conducirlos á la prision el pueblo agolpábase al paso, y mirándolos como mártires de la lealtad, los colmaba de bendiciones, y les ofrecia todo linaje de socorros.

Prenden á muchos y los llevan á Francia.

No satisfecho Saint-Cyr con esta determinacion, resolvió poco despues trasladarlos á Francia; medida dura y en verdad ajena de la condicion apacible y mansa, que por lo comun mostraba aquel general, y tanto menos necesaria, cuanto entre los presos, si bien se contaban magistrados

y empleados íntegros y de capacidad, no habia ninguno inclinado á abanderizar parcialidades.

Tomada esta y otras providencias, se alejó el general Saint-Cyr de Barcelona, y llegó á Vich el 18 de abril, cuya ciudad encontró vacía de gente, excepto los enfermos, seis ancianos y el obispo. Con la precipitacion llevároнse solamente los vecinos las alhajas mas preciosas, dejando provisiones bastantes, que aliviaron la penuria con que siempre andaba el ejército enemigo. Allí recibió su general noticias de Francia, de que carecia por el camino directo despues de cinco meses, y empezóse á preparar para el sitio de Gerona, pensando que el ejército español no estaba en el caso de poder incomodarle tan en breve. No se engañaba en su juicio, así por el estado enfermizo y desórden en que se hallaba despues de la batalla de Valls, como tambien por el fallecimiento del general Reding, acaecido en aquella plaza en 25 de abril. Al principio no se habian creido sus heridas de gravedad, pero empeorándose con las aflicciones y sinsabores, pusieron término á su vida. Reding, general diligente y de gran denuedo, mostróse, aunque suizo de nacion, tan adicto á la causa de España, como si fuera hijo de su propio suelo. Sucedióle interinamente el marqués de Coupigny.

Pasa Saint-Cyr á Vich.

Muerte de Reding.

Sucédele Coupigny.

La guerra de somatenes siempre proseguia encarnizadamente, y largos y difíciles de contar serian sus particulares y diversos trances. Muestra fué del ardor que los animaba la vigorosa respuesta de los paisanos del Vallés á la intimacion que los franceses les hicieron de rendirse. « El general » Saint-Cyr (decian) y sus dignos compañeros podrán tener » la funesta gloria de no ver en todo este país mas que un » monton de ruinas..... pero ni ellos ni su amo dirán jamas » que este partido rindió de grado la cerviz á un yugo, que » justamente rechaza la nacion.

Paisanos del Vallés.

Principio de las partidas en todo el reino.

Tal género de guerra cundió á todas las provincias, nacido de las circunstancias y por acomodarse muy mucho á la situacion física y geográfica de esta tierra de España, entretejida y enlazada con los brazos y ramales de montañas y sierras, que como de principal tronco, se desgajan de los Pirineos y otras cordilleras, las cuales aunque interrumpidas á veces por parameras, tendidas llanuras y deliciosas vegas, acanalando en unas partes los rios, y en otras quebrando y abarrancando el terreno con los torrentes y arroyadas que de sus cimas descienden, forman á cada paso angosturas y desfiladeros propios para una guerra defensiva y prolongada. No menos ayudaba á ella la índole de los naturales su valor, la agilidad y soltura de los cuerpos, su sencillo arreo, la sobriedad y templanza en el vivir, que los hace por lo general tan sufridores de la hambre, de la sed y trabajos. Hubo sitios en que guerreaba toda la poblacion: así acontecia en Cataluña, así en Galicia, segun lo verémos, así en otras comarcas. En los demas parajes levantáronse bandas de hombres armados, á las que se dió el nombre de *guerrillas*. Al principio cortas en número, crecieron despues prodigiosamente; y acaudilladas por jefes atrevidos, recorrian la tierra ocupada por el enemigo y le molestaban como tropas ligeras. Sin subir á Viriato, puede con razon afirmarse, que los españoles se mostraron siempre inclinados á este linaje de lides, que se llaman en la 2ª Partida correduras y algaras, fruto quizá de los muchos siglos que tuvieron aquellos que pelear contra los moros, en cuyas guerras eran continuas las correrías, á que debieron su fama los Vivares y los Munios Sanchos de Hinojosa. En la de sucesion, aunque varias provincias no tomaron parte por ninguno de los pretendientes, aparecieron no obstante cuadrillas en algunos parajes, y con tanta utilidad á veces de la bandera de la casa de Borbon, que el marqués de Santa

Cruz de Marcenado en sus Reflexiones militares las recomienda por los buenos servicios que habian hecho los paisanos de Benavarre. En la guerra contra Napoleon nacieron, mas que de un plan combinado, de la naturaleza de la misma lucha. Engruesábanlas con gente las dispersiones de los ejércitos, la falta de ocupacion y trabajo, la pobreza que resultaba, y sobre todo la aversion contra los invasores, viva siempre y mayor cada dia por los males que necesariamente causaban sus tropas en guerra tan encarnizada.

Decreto de la central.

La Junta central sin embargo previendo cuán provechoso seria no dar descanso al enemigo y molestarle á todas horas y en todos sentidos, imaginó la formacion de estos cuerpos francos, y al efecto publicó un reglamento en 28 de diciembre de 1808, en que despertando la ambicion y excitando el interes personal, trataba al mismo tiempo de poner coto á los desmanes y excesos que pudieran cometer tropas no sujetas á la rigorosa disciplina de un ejército. Nunca se practicó este reglamento en muchas de sus partes, y aun no habia circulado por las provincias, cuando ya las recorrian algunos partidarios. Fué uno de los primeros don Juan Diaz Porlier, á quien denominaron el Marquesito, por creerle pariente de Romana. Oficial en uno de los regimientos que se hallaron en la accion de Burgos, tuvo despues encargo de juntar dispersos, y situóse con este objeto en San Cebrian de Campos, á tres leguas de Palencia. Allegó en diciembre de 1808 alguna gente, y ya en enero sorprendió destacamentos enemigos en Frómista, Rivas y Paredes de Nava, en donde se pusieron en libertad varios prisioneros ingleses, señalándose por su intrepidez don Bartolomé Amor, segundo de Porlier. Próximo este á ser cogido en Saldaña y dispersada su tropa, juntóla de nuevo, haciéndose dueño en febrero del depósito de prisioneros que tenian los franceses en Sahagun, y de mas de 100 de sus soldados. Cre-

Porlier.

ció entonces su fama, difundióse á Asturias, y la Junta le suministró auxilios, con lo que, y engrosada su partida, acometió á la guarnicion enemiga de Aguilar de Campó, compuesta de 400 hombres y 2 cañones, siendo curioso el modo que empleó para rendirlos. Encerrados los franceses en su cuartel, bien pertrechados y sostenidos por su artillería, dificultoso era entrarlos á viva fuerza. Viendo esto Porlier, hizo subir algunos de los suyos á la torre, y de allí arrojar grandes piedras, que cayendo sobre el tejado del cuartel, le demolieron y dejaron descubiertos á los franceses, obligándolos á entregarse prisioneros. Concluyó otras empresas con no menor dicha.

Don Juan Echavarri.

No fué tanta entonces la de don Juan Fernandez de Echavarri, que con nombre de Compañía del Norte levantó una cuadrilla que corria la montaña de Santander y señorío de Vizcaya, pues preso él y algunos de sus compañeros en 30 de marzo, fué sentenciado á muerte por un tribunal criminal extraordinario, que á manera del de Madrid se estableció en Bilbao, el cual en este y otros casos ejerció inhumanamente su odioso ministerio.

El Empecinado.

Otras partidas de menos nombre nacieron y comenzaron á multiplicarse por todas las provincias ocupadas. Distinguióse desde los principios la de don Juan Martin Diez, que llamaron el *Empecinado* (apodo que dan los comarcanos á los vecinos de Castrillo de Duero, de donde era natural). Soldado licenciado despues de la guerra de Francia de 1793, pasaba honradamente la vida dedicado á la labranza en la villa de Fuentecen. Mal enojado como todos los españoles con los acontecimientos de abril y mayo de 1808, dejó la esteva y empuñó la espada, hallándose ya en las acciones de Cabezon y Rioseco. Persiguiéronle despues envidias y enemistades, y le prendieron en el Burgo de Osma, de donde se escapó al entrar los franceses. Luego que se vió

libre reunió gente ayudado de tres hermanos suyos; y empezando en diciembre á molestar al enemigo, recorrió en enero y febrero con fruto los partidos de Aranda, Segovia, tierra de Sepúlveda y Pedraza. Aunque acosado en seguida por los enemigos, internándose en Santa María de Nieva, recogió en sus cercanías muchos caballos y hombres. Con tales hechos se extendió la fama de su nombre, mas tambien el perseguimiento de los franceses, que enviaron en su alcance fuerzas considerables, y prendieron como en rehenes á su madre. Cási rodeado salvóse en la primavera con su partida, y sin abandonar ninguno de los prisioneros que habia hecho, yendo por las sierras de Ávila, se guareció en Ciudad-Rodrigo. Llegaron entonces á noticia de la central sus correrías, y le condecoró con el grado de capitan. Tambien por los meses de abril y mayo tomó las armas y formó partida don Jerónimo Merino, cura de Villoviado. Lo mismo hicieron otros muchos, de los que y de sus cuadrillas suspenderemos hablar hasta que ocurra algun hecho notable, ó refiramos lo que pasaba en las provincias en que tenian su principal asiento.

Ciudad-Rodrigo y Wilson.

Ayudaron al principio mucho á estas partidas, amparándolas en sus apuros las plazas y puntos que todavía quedaban libres. Acabamos de ver cómo el Empecinado se abrigó á Ciudad-Rodrigo, en cuya plaza y sus alrededores solia permanecer el digno é incansable jefe inglés sir Roberto Wilson. Asistido de su legion lusitana, á la que se habian agregado españoles é ingleses dispersos, y una corta fuerza bajo don Cárlos de España, protegia á nuestros partidarios é incomodaba al general Lapisse, colocado en Ledesma y Salamanca. Este, aunque al frente de 10000 hombres y con mucha artillería, apenas habia hecho cosa notable hasta abril desde enero en que se apoderó de Zamora, ciudad cási abandonada. Solo en 2 de marzo esperanzado en malos

tratos se presentó delante de Ciudad-Rodrigo para entrar de rebate la plaza, mas el aviso de buenos españoles y la diligencia de Wilson le impidieron salir adelante con su proyecto, incomodándole este continuamente aun en sus mismos reales.

Asturias. Por aquel tiempo Asturias, provincia que despues de la invasion de Galicia era la sola libre entre las del norte, mostróse firme, y continuó desplegando sus patrióticos sentimientos. Gobernábala la misma junta que se habia congregado en 1808, compuesta de hacendados y personas principales del país. Dió para el armamento y defensa enér-

La junta. gicas providencias, que la malquistaron con muchos. Tales fueron un alistamiento general sin excepcion de clase ni persona; el repartimiento extraordinario á toda la provincia de 2 millones de reales, y el de otras sumas entre los mas ricos capitalistas y propietarios; la rebaja de sueldos á los empleados, y por último el haber mandado á las corporaciones eclesiásticas que tuviesen á su disposicion los caudales que existieran en sus depósitos. Con estos recursos hubo bastante para hacer frente á los considerables gastos que ocasionaron las dispersiones de Espinosa y las posteriores, y arreglar de nuevo y aumentar la fuerza necesaria para la defensa del principado.

Ballesteros. Uno de los puntos que urgia poner al abrigo de un impensado ataque era el del lado oriental, por donde los enemigos se habian extendido hasta mas acá de San Vicente de la Barquera. Juntáronse las pocas tropas que quedaban, y se pusieron á las órdenes de don Francisco Ballesteros, que de capitan retirado y visitador de tabacos habia ascendido á mariscal de campo en la profusion de grados que se concedieron. Contentóse al principio el nuevo general con ocupar las orillas del Sella, hasta que reforzado avanzó en enero de 1809 á Colombres y riberas del Deva. Descubrie-

ron luego Ballesteros y otros jefes suma actividad y celo, esmerándose en la instruccion y disciplina de subalternos y soldados. Y en aquel campo al paso que se perfeccionaron unos y otros en los ejercicios de su profesion, habituáronse tambien al fuego, no estando separados del enemigo sino por el Deva, y al fin se alcanzó formar una division, que regida por Ballesteros, adquirió justo renombre en el curso de la guerra.

Sus operaciones en Colombres.

Antes de empezar febrero ascendia dicha fuerza á 5000 hombres, y el 6 del mismo desalojó ya á la del enemigo de la línea que ocupaba, incomodándole con frecuencia, y cási siempre ventajosamente. Hubo ocasiones en que las refriegas fueron de mas empeño, sobre todo una acaecida en fines de abril, consiguiendo los nuestros penetrar hasta San Vicente de la Barquera, en cuyo pueblo celebró su victoria el general Ballesteros con grande aparato; vana ostentacion á que era inclinado, pero con la que entusiasmaba al soldado y granjeaba su voluntad.

Armamento de la provincia.

La junta de Asturias habia ademas establecido dentro del principado, bajo el nombre de *Alarma*, un levantamiento general para que acudiesen á la defensa, en caso de irrupcion, todos los hombres capaces de manejar un fusil ó un chuzo, de cuyas armas no habia vecino que no estuviese provisto.

Worster.

A últimos de enero, al saberse la ocupacion de Galicia, igualmente paró su atencion en formar y juntar con prontitud una division de 7000 hombres que cubriese la parte occidental de Asturias, y cuyo mando por desgracia dió á don José Worster, general de menguado seso, aunque antiguo oficial de artillería.

Entran los asturianos en Rivadeo.

Puesta esta fuerza á orillas del Eo, sabiendo ser corta la que tenian enfrente los enemigos, y ansiando por tener un apoyo los patriotas de aquellos partidos, de los que del lado

de Vivero se habian ya levantado algunos, tratóse seriamente al comenzar febrero de hacer una excursion en Galicia. Verificóse así, mas con tan poco órden, que las tropas de Worster cometieron excesos en Ribadeo como si fuesen enemigas, y mataron á don Raimundo Ibañez, comerciante rico é ilustrado de aquella villa. Difícil era que soldados tan insubordinados se comportasen debidamente cuando se tratase de guerrear. No obstante intentó Worster sorprender á los franceses que guarnecian á Mondoñedo. Sita esta ciudad en un profundo valle, cercada de altas montañas, y sin otro camino llano mas que el que conduce á Asturias, pudiera fácilmente haberse conseguido la empresa. Pero Worster por sus mal concertadas órdenes, y el coronel Linares por no atender cumplidamente al punto que guardaba, diéronse tan torpe maña, que dejaron retirarse á los franceses sin grande molestia. Worster luego que entró en Mondoñedo, en vez de tener presente la clase de enemigo con quien las habia, entregóse á fiestas y convites que le dieron los vecinos, de cuyo descuido enterado el general francés Maurice Mathieu, que mandaba por aquella parte, despues de entrar en Vivero, en que se habia formado una junta, y de entregar al saco y furor del soldado aquella villa, revolvió sobre Mondoñedo, sorprendió y dispersó la division de Worster, superior en número, y penetrando en Asturias hasta el Navia, saqueó y aniquiló los concejos que median entre este rio y el Eo. Afortunadamente se hallaba en las cercanías don Manuel Acevedo, individuo de la junta, y hermano del general que pereció despues de la batalla de Espinosa, y á su actividad é ilustrada diligencia debióse la pronta reunion á esta parte del Navía de los soldados desbandados, ayudándole con esmero el gobernador del partido don Matías Menendez, y el bizarro corronel Galdiano. Advertido el general francés de que la tropa astu-

Y en Mondoñedo.

Sorprenden y dispersan los franceses á Worster.

riana se habia rehecho, y juzgando arriesgado internarse aun en el principado, retrocedió á Galicia y se contentó con ocupar sus antiguas posiciones.

Romana.

Tales eran los acontecimientos ocurridos en Asturias, mientras que esta provincia, si bien libre, se habia mantenido como aislada y sin comunicacion con las otras, hasta que en la primavera de 1809 pisó su suelo por primera vez el marqués de la Romana; mas para averiguar los motivos que trajeron á este caudillo al principado, necesario es referir antes lo que pasó en Galicia despues que le dejamos en enero á él y á su gente cerca de la frontera de Portugal.

Su ejército.

Allí continuó todo el febrero mudando á menudo de posicion, y aproximándose á veces á la plaza portuguesa de Chaves. Consistia su fuerza en 9000 hombres, distribuidos en una vanguardia al cargo de don Gabriel Mendizabal, y en 2 divisiones que mandaban los generales Mahy y Taboada. Su estancia en aquellos parajes animó mucho al paisanaje de Galicia, abultándose el número de sus tropas y el de sus recursos. Tambien procuraba el mismo marqués por medio de emisarios atizar el fuego, y el ayudante general Moscoso, en una comision que tuvo en lo interior de aquella provincia, repartió con buen éxito ejemplares manuscritos de una instruccion que habia compuesto para la guerra de partidas.

Empieza el levantamiento de Galicia.

Hubo sitios en que produjeron estos pasos conveniente efecto; mas hubo otros en que sin ajeno estímulo formáronse muy luego los habitantes en cuadrillas. Así aconteció con los paisanos de la Puebla de Tribes, que los primeros y antes de comenzar febrero, dirigidos por Diego Nuñez de Millaroso, cogieron prisioneros á 80 dragones de la division del general Marchand, los cuales con varios despojos llevaron en triunfo adonde estaba Romana. Imitáronlos en breve otros muchos en el valle de Valdeorras, y uniéndose

cinco fieldades eligieron una junta, escogiendo por su general á don José, abad de Casoyo, mozo arrojado y de la casa de Quiroga, ilustre en aquella tierra. Su hermano don Juan, tambien de Quiroga y Uria, cooperó grandemente á sus empresas, que se multiplicaron y extendieron hácia el Vierzo. En la línea de Lugo desde el valle de Cruzul hasta Monte Salgueiro, no léjos de Betanzos, interceptaron los naturales correos y destacamentos, señalándose el juez de Cancelada don Ignacio Herbon, quien al acabar febrero atacó en Doncos un convoy, y le cogió en su mayor parte. Pero en donde se encendió extraordinariamente y tomó forma mas regular la insurreccion, segun veremos mas adelante, fué del lado de Tuy.

Mucho hubiera podido contribuir á darle pronto y vigoroso centro la permanencia de Romana hácia Monterey; mas nuevas ocurrencias le obligaron á alejarse. Indicamos en otro libro cómo el mariscal Soult avanzaba por la costa de Galicia via de Portugal. Ejecutó este movimiento en virtud de órden que en 28 de enero recibió en el Ferrol para invadir aquel reino.

Mariscal Soult.

Luego que se embarcaron los ingleses en la Coruña quedando pocos en Lisboa, parecióle fácil á Napoleon llegar á las puertas de esta capital, y lavar con su conquista la antigua mancha. Para ello al paso que Soult habia de realizar la principal invasion por la costa de Galicia y provincias portuguesas del norte, el general Lapisse y el mariscal Victor estaban encargados de amenazar la frontera portuguesa por Ciudad-Rodrigo y Extremadura. Componíanse las fuerzas de Soult del 2° cuerpo y de parte del que habia mandado Junot: segun Napoleon ascendian en todo á 50000 hombres, como si no hubiesen tenido pérdidas ni baja alguna; mas realmente estaban reducidos á la mitad: 4000 eran de caballería.

Trata de invadir á Portugal.

El mariscal Soult, despues de tomar las correspondientes providencias y de dejar en su lugar á Ney, ausente en Lugo al recibo de la órden, púsose en marcha, y el 3 de febrero llegó á Santiago. Precediéronle los generales Lahoussaye y Franceschi: el primero con los dragones se encaminó á Ribadavia y Salvatierra, plaza de poco valer y desmantelada á orilla derecha del Miño; y el segundo con la caballería ligera fué la vuelta de Tuy, ciudad colocada en la misma ribera. Sostenia á estas divisiones la de infantería del general Merle, que avanzó á Pontevedra. Las otras con el mariscal Soult salieron de Santiago el 8, llegando el 10 á Tuy. Corre el Miño por allí muy caudaloso, y sin que desde Orense se encuentre puente alguno; no obstante pensó Soult cruzarle hácia la marina, acopiando los preparativos necesarios en el puertecillo de la Guardia, separado de la desembocadura por el monte de Santa Tecla. Habiendo dificultades para doblar la punta que este forma, y subir rio arriba, trasladaron los franceses por tierra en carros gallegos cosa de una legua con mucho trabajo los botes destinados al transporte de la tropa, y los volvieron á poner boyantes en el Tamuje, rio pequeño que desagua en el Miño. El 15 en la noche á la hora de la marea alta quedó encargado de empezar la operacion el general Thomieres. Ejecutóse en buen órden por el Tamuje, pero al entrar en la gran corriente del Miño, mas rápida con el reflujo que comenzaba, separáronse los botes, y pocos fueron los que arribaron á la orilla opuesta. Los portugueses mandados por el general Bernardino Freire hicieron contra ellos un fuego vivo y acertado, con lo cual y la marea ya contraria tuvieron que volver los mas á tierra de España, quedando prisioneros de los portugueses unos 40 hombres. El malogramiento de esta tentativa cundiendo por una y otra frontera

Inútil tentativa para atravesar el Miño.

animó al paisanaje, deseoso de molestar á los franceses.

Toma Soult hácia Orense.

Tambien con aquel contratiempo vió el mariscal Soult los obstáculos que se le ofrecian para pasar el Miño, no teniendo á su pronta disposicion los medios necesarios. Por lo cual determinó entrar en Portugal via de Orense, tomando rio arriba. Salió pues de Tuy el 17 de febrero, y nombró al general Lamartiniere comandante de la ciudad, en la que dejó los enfermos, la mayor parte de la artillería, y alguna guarnicion.

Insurreccion.

Los abades de Couto y Valladares.

A corta distancia ya percibió síntomas de una insurreccion general. Habíanla fomentado varios individuos, entre los que se señalaron el abad de Couto y el de Valladares. Aquella tierra está bien cultivada, con poblacion numerosa y desparramada en caseríos rústicos. De las heredades distribuidas en cortas porciones, y por lo general á foro enfitéutico, disponen los usufructuarios como de cosa propia. Y la gente trabajadora y de suyo guardosa, temia mas que la de otras provincias perder con la invasion de extraños el producto de sus labores é industria, y con tanta mayor razon, cuanto los franceses escasos de provisiones comenzaron á hacer repartimientos excesivos, y á cometer robos y saqueos.

El paisanaje molesta á los franceses en su marcha.

Allí los abades, nombre que se da á los curas párrocos, tienen mucho influjo por su riqueza y poder. Lo tienen los ricos y cercanos monasterios del órden cisterciense de San Clodio y Melon, y teníanlo tambien entonces por su patriotismo varios particulares, los cuales juntos y separadamente trataron de aprovechar la buena disposicion del pueblo contra los extranjeros. Antes que ninguno descubrióse el abad de Couto don Mauricio Troncoso, quien congregando á sus feligreses con motivo de un repartimiento que los invasores habian echado, díjoles: «En vez de » dar á los enemigos lo que nos piden, seré vuestra guia

» si quereis negárselo y emplearlo en vuestra defensa.» Aplaudieron todos aquellas palabras, y agregándose personas de cuenta y aun portugueses, soltáronse de todos lados partidas que hostigaron á los franceses en su marcha. En Mourentan hízoles notable daño el mismo abad de Couto, y quemaron aquel pueblo en venganza. Desde el puente de las Hachas hasta Ribadavia tambien padecieron varias acometidas, acaudillando al paisanaje José Labrador, el monje bernardo fray Francisco Carrascon, y despues el juez de Maside; y si bien en estos reencuentros los franceses con su pericia y buenas armas rompian al fin por medio é iban adelante, perdian gente y amilanábanse sus soldados con guerra tan continua y encarnizada.

Soult y Romana.

De Ribadavia pasó el mariscal Soult á Orense resuelto á entrar en Portugal por la plaza de Chaves, y á disipar antes el corto ejército de Romana. Manteníase este general en el valle de Monterey, y hallábase en Lamadarcos el 4 de marzo cuando llegó un parlamentario francés con un pliego, ofreciendo recompensas y condecoraciones con tal que Romana y su ejército reconociesen á José. Replicó el general español debidamente, diciendo que á tales proposiciones no habia otra respuesta sino cañonazos. Pero no habiéndose tomado en el recibimiento del oficial parlamentario las acostumbradas precauciones, examinó este con sus propios ojos el deplorable estado de nuestro ejército, y dió cuenta de ello á su mariscal, quien determinó atacar sin dilacion á los españoles.

Intimacion á este.

Es desbaratada la retaguardia española.

El marqués de la Romana queria evitar cualquiera refriega, mas no habiéndose retirado tan prontamente como era de desear, fué el 6 de marzo alcanzada su retaguardia á las órdenes de don Nicolás Mahy en las inmediaciones de Verin. Cogióle el general Franceschi algunos prisioneros y la desordenó, pero no insistiendo en su perseguimiento, pudo

continuar su marcha. Los franceses solo pensaron en entrar en Portugal, cuyas tropas mandadas por el general Silveira habian sido acometidas en Villaza el mismo dia que las españolas por la division de Delaborde, teniendo que retirarse despues de alguna pérdida al abrigo de la noche.

El general Mahy dirigióse á las Portillas, gargantas que parten término con Castilla, y se unió en Luvian con el marqués de la Romana. Andaban todos inciertos acerca del camino que tomarian, y pesábales á algunos que se abandonase á Galicia en la propia sazon en que por todas partes cundia el fuego insurreccional. Aprobóse al fin á propuesta del ayudante general Moscoso el no alejarse de la tierra montañosa, y conforme á esta determinacion decidió Romana partir la vuelta de Asturias, de donde soplaria la hoguera encendida en Galicia. En consecuencia cambióse de improviso la marcha, y se revolvió sobre las montañas de las Cabreras para cruzarlas por el puerto del Palo, país escabroso, solitario, y cuyas sierrras mas bien se escalan que se suben. A su paso sobrecogió la noche á nuestros soldados, en estacion cruda, expuestos á la inclemencia, desprovistos de todo. Animándose unos á otros llegaron por fin á Ponferrada del Vierzo con admiracion de sus vecinos, que los creian léjos de sus hogares. En aquella villa y otros muchos pueblos no habia francés alguno, contentándose estos con ocupar la línea de comunicacion de la calzada que de Galicia va á Castilla, y aun en ella tenian poca tropa, excepto en Villafranca, en que contaban unos 1000 hombres de escogidas tropas.

Ataca á Villafranca.

Las de Romana no estaban para emprender expediciones de grande importancia, pero el haber casualmente encontrado en una ermita cerca de Ponferrada un cañon de á doce abandonado con su cureña y balas de su calibre, sugirió la idea al ayudante Moscoso de proponer al general en jefe

un ataque contra los franceses de Villafranca. Condescendió Romana, y desde Toreno, á donde se habia ya trasladado para entrar en Asturias, dispuso que acometiese la empresa con 1500 hombres el general Mendizabal.

Los franceses, á la inesperada vista de los españoles y del cañon de grueso calibre, imaginándose venia sobre ellos gran fuerza, se arredraron y metieron en el castillo-palacio de la villa, perteneciente á los marqueses que llevan su nombre: era edificio antiguo de muros sólidos con cuatro torreones que defendian cañones de hierro, y el cual quemaron despues los paisanos para que no sirviese otra vez de refugio al enemigo. Comenzaron los españoles su ataque en la mañana del 17 de marzo, distinguiéndose el regimiento de voluntarios de la Corona, é íbase ya á entrar por fuerza el castillo, cuando intimada la rendicion abrieron los franceses la puerta, y quedaron prisioneros 1000 granaderos que le guarnecian de las mas acreditadas tropas. Avergonzábanse despues de haber entregado las armas á tan corto número de hombres y á gente de tan poca apariencia como eran entonces las tropas de aquel ejército. La nueva de este suceso creciendo de boca en boca alentó á los patriotas de Galicia, que se figuraban ser ya mas numerosas las tropas que capitaneaba Romana. ¡Ojalá se hubiera siempre limitado este caudillo á tal linaje de empresas, dignas de un militar y de su elevado puesto, evitando entrometerse en querellas y divisiones de provincias, segun aconteció en Oviedo, á cuya ciudad llegó poco despues de la toma del castillo de Villafranca!

Se apodera de la guarnicion.

Los disgustos excitados con las providencias oportunas y enérgicas de aquella junta, habíanse entonces aumentado con otras intempestivas y arbitrarias dadas contra algunas personas. Los descontentos, sobre todo ciertos individuos de corporaciones privilegiadas, salieron á recibir á

Llega Romana á Oviedo.

Altercado con la junta.

Romana, y por desgracia de tal modo preocuparon su ánimo, que en vez de obrar desapasionadamente, y de contentarse con deprimir los abusos de autoridad que hubiese habido, púsose del bando de los que se creian agraviados. Tratáronse por consiguiente el general y la junta con frialdad y desvío, sin que le fuese dado conciliarlos á la prudencia y buen tino de su presidente el brigadier don José Valdés, antiguo jefe de Romana cuando este servia en la armada. La central habia autorizado al marqués con ámplias facultades en la parte militar, y él ensanchándolas á su sabor, empezó por reprender á la junta en lo que precisamente merecia mas alabanza, como lo era en haber mandado que tomasen las armas todos sin excepcion, inclusos los donados y legos de los conventos, y los beneficiados no ordenados *in sacris*. Compuesta dicha corporacion de los principales de la provincia y de suyo altiva, respondió acerbamente á la inadvertida reprension; con lo cual irritado aun mas Romana quiso llamarla á cuentas. Negóse á ello la junta por no creerle autoridad competente, pero añadiendo que haria públicas sus entradas é inversiones para satisfaccion de sus comitentes. Encendiéndose así el enojo de ambas partes, en especial con motivo de un repartimiento de 4 millones enviados por la central para uso del principado y que Romana queria por sí aplicar á su solo ejército, decidióse el último á disolver la junta, á cuyo fin y por órden suya penetró en la sala de las sesiones el coronel don José de Odonell con 50 hombres del regimiento de la Princesa, haciendo en ello un pequeño y ridículo remedo del 18 Brumario de Napoleon. Cedieron los vocales á la violencia, sin dejar de hacer fuerte y enérgica oposicion, señaladamente don Manuel María de Acevedo. Romana nombró otra junta en su lugar, mas la tropelía cometida con la anterior disgustó á los mas, y desencajó, por decirlo así, de su asiento en

el principado el órden y buen gobierno. * Injustamente acusaron algunos á la junta disuelta de malversacion de caudales: pudientes y ricos los mas de sus individuos habian hecho los mas de ellos donativos cuantiosos, y su patriotismo y celo estaban libres de tacha: solo, repetimos, incurrieron en merecida censura por algunas medidas arbitrarias contra determinadas personas. Hablamos en este punto con tanto mayor imparcialidad, cuanto no andábamos bien avenidos con aquella junta, por lo que merecimos de Romana que nos nombrase de la que habia en su lugar creado, gracia que no admitimos por considerar su procedimiento ilegal y dañoso. (* Ap. n. 7.)

Invade Ney á Asturias.

Sabedor el mariscal Ney de la discordia suscitada entre la junta de Asturias y Romana, y temeroso sobre todo con lo sucedido en Villafranca, de que uniendo este caudillo sus tropas á las del principado formase un cuerpo respetable y bastante numeroso para incomodarle y cortarle su comunicacion con el reino de Leon, se preparó á invadir á Asturias, poniéndose de acuerdo con fuerzas que habia en Castilla y en Santander. Parece ser que desde Francia tambien le habia venido órden de no desperdiciar oportuna coyuntura de verificar dicha invasion. Romana por su parte, mas ocupado en las contestaciones y querellas de la junta, que en uniformar y arreglar la mucha gente que ahora tenia á su disposicion, no tomó acerca de ello providencia alguna. Dejó correr en el principado los asuntos militares segun iban á su llegada, y olvidó á su ejército de Galicia, el cual á las órdenes de don Nicolás Mahy pasando el puerto de Ancares se habia situado hácia el Navia, extendiéndose hasta las avenidas de Lugo y Mondoñedo.

El mariscal Ney rozándose cási con este ejército y acompañado de 6000 hombres, se dirigió desde Galicia por la tierra áspera y encumbrada de Navia de Suarna á Ibias, y

descendiendo á Cangas de Tineo, Salas y Grado se adelantó á Oviedo, al mismo tiempo que procedente de Valladolid y con otra tanta ó mas fuerza se metia en el principado por el puerto de Pajares el general Kellermann. Estaba ya cercano á Oviedo el mariscal Ney y todavía lo ignoraba Romana. Recibió este al fin un aviso, y apresuradamente despues de dar por primera vez órdenes á la division de Ballesteros y á la de Worster, poco antes malamente repuesto en el mando, pasó á Jijon, en donde se embarcó tomando en seguida tierra en Ribadeo. Entró Ney en Oviedo el 19 de mayo, de cuya ciudad habian salido cási todos sus moradores, dejando abandonadas sus casas y haberes. Entregada al saco durante tres dias, viéronse muchos arruinados y menguaron los intereses de otros. A la noticia de la invasion acercóse el general Worster lentamente á Oviedo por el país de montaña, y Ballesteros, retrocediendo de Colombres al Infiesto, enriscóse luego por las asperezas de Covadonga, santuario célebre, mirado como cuna de la monarquía de Castilla. Paróse poco Ney en la capital de Asturias, y dejando allí á Kellermann y en Villaviciosa al general Bonnet, que habia venido con su division hasta aquel sitio de los lindes de Santander, tornó por la costa á Galicia, á donde le llamaban acontecimientos de cuantía, y á que daban ocasion reveses de Soult en Portugal, la insurreccion de la provincia de Tuy y otras, y aun tambien los movimientos del ejército de la Romana, el cual amenazaba á Lugo y alentaba al paisanaje con la abultada fama de sus hazañas.

Kellermann.

Romana se embarca en Jijon.

Saquean los franceses á Oviedo.

Sale Ney de Asturias.

La fuerza de este ejército puede decirse que estaba dividida en dos partes, de la una que era la principal acabamos de hacer mencion, la otra entonces menos numerosa habia quedado en la Puebla de Sanabria á las órdenes de don Martin de la Carrera. La primera, gobernada en ausencia de Romana por don Nicolás Mahy, constaba de unos 6000 hom-

Mahy amenaza á Lugo.

bres y de 200 caballos: la cual, á la propia sazon que Ney se movia la vuelta de Asturias, se adelantó hácia el monasterio cisterciense de Meira, no lejano de Lugo. El general Worster no habia querido acompañar á Mahy en aquel movimiento, creyendo que la fuerza que mandaba debia pensar antes que en otra cosa en cubrir á Asturias. Siguió avanzando dicho general Mahy, y su vanguardia capitaneada por don Gabriel de Mendizabal tropezó el 17 de mayo en Feria de Castro, á dos leguas de Lugo, con una columna enemiga de 1500 hombres, que obligó á meterse en la ciudad. Al dia siguiente el general Fournier, gobernador francés, militar entendido pero de condicion singular, y muy dado á hablar en latin á los obispos y á los clérigos, salió de dentro y se dispuso á aguardar á los nuestros en las inmediaciones, apoyando la izquierda en los mismos muros y la derecha en un pinar vecino. Acometióle don Nicolás Mahy formando su gente en 2 columnas guiadas por los generales Mendizabal y Taboada, junto con los 200 jinetes que mandaba don Juan Caro. A espaldas quedó la reserva á las órdenes del brigadier Losada, y aparentóse tener otro cuerpo de caballería colocando á distancia, montados en acémilas y caballos de oficiales, cierto número de soldados; ardid que no dejó de servir, notándose tambien en nuestras tropas mas instruccion y confianza. Trabóse la pelea, y á poco volviendo caras la caballería enemiga, desconcertó su línea de batalla, é infantes y jinetes corrieron precipitadamente á guarecerse de la ciudad, acometiendo con tal brio nuestra gente, que varios catalanes de tropas ligeras metiéndose dentro al mismo tiempo que aquellos, tuvieron despues que descolgarse por las casas pegadas al muro ayudados de los vecinos. Los franceses perdieron bastante gente y los españoles varios oficiales, y en este número al comandante de ingenieros don Pedro Gonzalez Dávila, distinguido por su valor. No

Desbarata al general Fournier.

Pone cerco á la ciudad.

pudiendo los españoles ganar en seguida á Lugo, ciudad rodeada de una antigua y elevada muralla y de muchos torreones aunque socavado el revestimiento por los años, intimaron la rendicion al gobernador, que respondió con honrosa arrogancia. Entonces decidióse á formalizar el cerco el general Mahy, allí le dejarémos para acudir á donde nos llaman los gloriosos hechos de las orillas del Miño.

Crece la insurreccion de Galicia.

Luego que el mariscal Soult hubo pasado de Orense via de Portugal, la insurreccion del paisanaje gallego se aumentó, cundiendo por las feligresías de las provincias de Tuy, Lugo, Orense y Santiago hasta las riberas del Ulla y aun mas allá. Por todas partes aparecieron jefes para acaudillarla, y Romana y la central enviaron tambien algunos que la fomentasen. Entre los primeros fueron los mas distinguidos los abades ya nombrados de Couto y Valladares, y ademas un caballero de nombre don Joaquin Tenreiro, el alcalde de Tuy don Cosme de Seoane, y don Manuel Cordido, labrador y juez de Cotobad. Así indistintamente se aunaban todas las clases contra el enemigo comun. El último hizo guerra terrible en la carretera de Pontevedra á Santiago, los otros despues de varios choques recorriendo la tierra de Tuy y Vigo, obligaron á los franceses á encerrarse en el recinto de ambas plazas. De los emisarios de Romana diéronse particularmente á conocer los capitanes don Bernardo Gonzalez, dicho Cachamuiña, del pueblo de donde era natural, y don Francisco Colombo, incomodando mucho el primero á los enemigos por la parte de Soutelo de Montes y puente de Ledesma. Fueron los enviados de la central el teniente coronel don Manuel García del Barrio, el entonces alferez don Pablo Morillo, el canónigo de Santiago don Manuel de Acuña, gallego, y de familia que tenia deudos y amigos en el país. Llegaron estos cuando todavía el marqués de la Romana estaba en el valle de Monterey,

y permaneciendo Barrio en su compañía hasta que partió á Asturias, envió hácia Tuy á los otros dos comisionados para obrar de acuerdo con los que por allí lidiaban contra los franceses.

Ademas no hubo partido ni punto en que antes ó despues no fuesen molestados: así sucedió en Trasdeza, no léjos de Santiago, en que se formó una junta, y mandaron la gente los hermanos estudiantes don Benito y don Gregorio Martinez: así en Muros, en Corcubion, en Monforte de Lemos, aunque con la desgracia en las tres últimas villas de haber sido incendiadas y horrorosamente puestas á saco. No desanimándose los moradores por tamaños contratiempos, sabedor Barrio de que en las alturas de Lobera reunia bastante gente el administrador de rentas de la Boullosa don José Joaquin Márquez, incorporósele el 17 de marzo viniendo de hácia Chaves. Reconocido Barrio como comisionado de la central, convino con los demas en congregar una junta compuesta de vocales del partido y de las personas que mas habian contribuido al levantamiento de otras feligresías. Verificóse en efecto, instalándose el 21 del mismo mes de marzo en aquellas alturas y en campo raso, renovando la sencillez de los tiempos primitivos. Sujetáronse todos á la autoridad creada, nombróse presidente al obispo de Orense, y sin detencion se tomaron disposiciones que mantuvieron é impulsaron mas ordenadamente la insurreccion. Al Márquez, hombre esforzado y que habia trabajado en favor de la causa comun mas que los otros, diósele el mando de un nuevo regimiento que se apellidó de Lobera, y mandósele ir á reforzar á los que bloqueaban á Tuy. Tambien se expidió órden á Cachamuiña para que Soutelo cayese sobre Vigo y engrosase el número de los sitiadores. Dispusiéronse asímismo para entonces y para despues varias otras correrías, en especial hácia Lugo y valle de Valdeorras, acaudillando

Barrio. Junta de Lobera.

siempre al paisanaje don Juan Bernardo de Quiroga y su hermano el abad de Casoyo.

Sitia á Vigo el abad de Valladares.

Entre tanto seguian apretando á las ciudades de Tuy y Vigo los abades de Couto y Valladares. Guarnecian á la última 1300 franceses al mando del jefe de escuadron Chalot. Aunque es aquel puerto uno de los mejores y mas abrigados de España, la fortificacion de tierra es defectuosa, y á su muralla baja en algunas partes y sin foso, la domina á corta distancia el castillo del Castro. Sin embargo la plaza estaba bien provista y artillada. Estrechábala el abad de Valladares don Juan Rosendo Arias Henriquez, á quien se le habia agregado la gente que en el valle de Fragoso habia levantado su anciano alcalde don Cayetano Limia, para lo que le facilitó armas el crucero inglés de la inmediata costa. Asímismo se le juntó don Joaquin Tenreiro, que con el portugués don Juan Bautista Almeida habia recogido muchos voluntarios de algunos valles, engrosándose de este mado considerablemente el número de sitiadores.

Limia.

Tenreiro y el portugués Almeida.

Morillo.

Tambien en marzo se presentó entre ellos don Pablo Morillo, quien enterado de que una columna francesa intentaba, encaminándose del lado de Pontevedra, venir al socorro de la plaza, corrió al puente de San Payo para reconocerle y asegurar su defensa, como lo verificó ayudado de don Antonio Gogo, vecino de Marin, que capitaneaba una partida numerosa de paisanos, y era dueño de 2 piezas de artillería. Colocó estas Morillo con otras 3 que fueron de Redondela en el paso del puente, que fortalecido dejó al mando de don Juan de Odogerti, comandante de 3 lanchas cañoneras. Volvióse luego don Pablo al sitio de Vigo, y en su compañía 300 hombres mandados por don Bernardo Gonzalez Cachamuiña y don Francisco Colombo.

Gogo.

Rindese Vigo á los españoles.

Habia el abad de Valladares intimado á la plaza varias veces la rendicion sin que el comandante francés quisiera abri-

las puertas, pareciéndole vergonzoso y poco seguro capitular con paisanos. Torno como hemos dicho Morillo, y ya por sus activas y acertadas disposiciones, y ya por haber sido enviado de Sevilla, eleváronle los sitiadores á coronel, y reconociéronle como superior, á fin de que á vista de un militar cesasen los escrúpulos y recelos del comandante francés. Sin tardanza repitió el nuevo jefe español una áspera intimacion, amenazando el 27 de marzo con tomar por asalto la plaza y no dar cuartel. Pidieron los franceses 24 horas de término para contestar, y no accediendo Morillo, rindiéronse por fin concedidos que les fueron los honores de la guerra, y con la cláusula de que serian llevados prisioneros á Inglaterra, por lo cual firmó la capitulacion, en union con el jefe español, el comandante británico del crucero. Exigió ademas Morillo que inmediatamente se ratificase lo convenido, pues si no acometeria la plaza. Retardábase la respuesta, y á las ocho de la noche aproximáronse á sus muros los sitiadores, arrojándose á la puerta de Camboa para hacerla hastillas y armado de una hacha un marinero anciano, que cayó muerto de un balazo: ocupó su puesto y tomó el hacha Gonzalez Cachamuiña, y rompióla, aunque herido en varias partes de su cuerpo. Ibase ya á entrar por ella, cuando Morillo recibió la ratificacion, y á duras penas pudo con su recia voz hacer cesar el fuego y detener á los suyos, que se posesionaron de la plaza al dia siguiente 28. No hubo en su reconquista ni ingenieros ni cañones, ganada solo á impulsos del patriotismo gallego. Entregáronse prisioneros 1213 hombres y 46 oficiales, y cogiéronse otras preseas con 117,000 francos en moneda de Francia. A poco de haberse rendido, súpose que de Tuy acudian soldados enemigos en auxilio de la guarnicion de Vigo: dióse priesa Morillo á enviar á su encuentro personas y gente de su confianza, quienes los deshicieron, mataron á muchos y aun

tomaron 72 prisioneros, que se pusieron á bordo juntamente con los de Vigo.

Bloqueo de Tuy.

Sin embargo la facilidad con que se enviaba este socorro, mostraba no ser rigoroso el bloqueo de Tuy. Habíale comenzado el 15 de marzo el abad de Couto, y con él el juez y procurador general de la misma ciudad y otros caudillos. Tambien concurrieron portugueses de la orilla opuesta, y la plaza de Valencia, situada enfrente, habia tratado de molestar á los franceses con sus fuegos. Libertado Vigo, esperábase que el cerco tendria pronto y feliz éxito, pues ademas de acudir desde allí con su gente Morillo, Tenreiro, Almeida y otros, vino tambien por su lado don Manuel García del Barrio, reconocido comandante general por la junta de Lobera. Pero tanto concurso de jefes y caudillos no sirvió sino para suscitar celos y rencillas. Morillo fuése en comision camino de Santiago, y los otros, en especial Barrio y Tenreiro, el uno presuntuoso y el otro díscolo de condicion, desaviniéronse y ocupáronse en recíprocos piques y zaherimientos. Y así este bloqueo sostenido con cañones y mas gente fué mal dirigido, y al cabo se malogró. Mandaba dentro el general La Martiniere, y el 6 de abril haciendo una salida, apoderóse de 4 piezas colocadas en la altura de Francos, no muy distante de la ciudad. Ocurrida esta desgracia, y agriándose mas los ánimos, dióse lugar á que llegasen socorros á Tuy, avanzando del lado de Santiago una columna de infantería y caballería á las órdenes del general Maucune, y otra del lado de Portugal mandada por el general Heudelet, que enviaba Soult, ya posesionado de Oporto, para recoger la artillería que allí habia dejado.

Le alzan.

Enseñoreóse el 10 de abril sin resistencia el general Heudelet de Valencia del Miño. Sabedores los españoles que bloqueaban á Tuy de aquel suceso, levantaron el sitio, quedándose unos en las alturas que median entre esta plaza y

la de Vigo, y alejándose otros con Barrio á Puente-Areas. Al mismo tiempo los franceses que venian de Santiago arrollaron á la gente de Morillo en el camino de Redondela, y en venganza incendiaron la villa, metiéndose despues parte de ellos en Tuy, y tornando los otros con el general Maucune al punto de donde habian salido. Socorrida la plaza, sacaron los enemigos todos sus efectos y artillería, y temiendo nuevo bloqueo la abandonaron el 16, y se unieron con los de Valencia.

Evacúan la ciudad los franceses.

Por tanto si no tuvo dichoso remate el cerco de Tuy, consiguióse por lo menos infundir recelo en los franceses, y ver desembarazada la márgen derecha del Miño. Esmeráronse entonces aquellos naturales en arreglar y disciplinar la gente que se habia levantado, y que se denominó division del Miño, creando varios regimientos que se distinguieron en posteriores acciones. Incorporóse á ella la partida de don José María Vazquez, conocido en Castilla por sus hechos con el nombre del Salamanquino, y al fin aumentóse su fuerza, y ganó en la opinion gran peso con ponerse á la cabaza el 7 de mayo don Martin de la Carrera, segun el deseo público, y cediéndole Barrio las facultades que tenia del gobierno supremo.

Se crea y aumenta la division del Miño.

Mándala don Martin de la Carrera.

Habia don Martin permanecido todo aquel tiempo en la Puebla de Sanabria juntando dispersos. Unido á la division del Miño completo hasta unos 16000 hombres, y ademas tenia algunos caballos y 9 cañones. Adelantóse con parte de su gente por la provincia de Tuy á Santiago, de cuya ciudad salieron á repelerle el 23 de mayo unos 3000 infantes y 300 caballos á las órdenes del general Maucune, acometiéndole en el campo de la Estrella. Los debarató Carrera, persiguiéndolos y metiéndose primero que nadie en la ciudad de Santiago don Pablo Morillo. Cogiéronse allí fusiles y vestuarios y cuarenta y una arrobas de plata

Desbarata á los franceses en el campo de la Estrella.

labrada, sin contar otra mucha de los templos. Recibidos los nuestros con universal regocijo, hubieron sin embargo de retirarse por las operaciones combinadas que luego meditaron los mariscales Ney y Soult, de vuelta uno de Asturias y otro de Portugal.

Campaña de Soult en Portugal.

La campaña del último en este reino habia terminado con suma desdicha de sus armas. Recorreremos lo que allí pasó con rapidez, segun es nuestra costumbre en las cosas de Portugal. Pisó el 10 de marzo la frontera lusitana el mariscal Soult, y el 11 se le rindió Chaves, plaza en la provincia de Tras-los-Montes en mal estado, y que aun conservaba las brechas de la guerra con España de 1762. Penetró con 21000 hombres, retirándose el general Silveira hácia Villa-Pouca. El 13 continuaron los franceses su marcha á Braga, con gran recelo de las fuerzas que allí mandaba Bernardino Freire. En este tránsito lleno de desfiladeros encontraron mucha oposicion, teniendo que caminar lentamente y escasos de mantenimientos. Acercándose al fin á Braga, no pensó Freire, general poco respetado, en que se pudiese defender la ciudad, y así dispuso retirarse. Enojado el pueblo le arrestó en un pueblo inmediato, y le volvió á Braga, en donde fué bárbaramente asesinado. Vióse entonces su segundo el baron de Ebben en la necesidad de defender con gente colecticia la posicion de Carballo, legua y media distante, de la que apoderados los franceses penetraron el 20 en Braga, asomando el 28 á Oporto, vencidos otros obstáculos no menos dificultosos.

Entran los franceses en Chaves.

En Braga.

Asoman á Oporto.

Intimó luego la rendicion el mariscal Soult á esta ciudad, que situada á la derecha de Duero y á una legua de su embocadura, es por su poblacion de 70000 almas y por su gran comercio la primera de Portugal despues de Lisboa. El ánimo de los naturales mostrábase levantado, tantomas cuanto con la invasion francesa veian estancado y destrui-

do su principal tráfico, que consiste en la salida de sus vinos para Inglaterra. Con objeto de defender la ciudad se habia en su derredeor construido un campo atrincherado erizado de cañones, cuya derecha se apoyaba en el Duero, y la izquierda en los fuertes vecinos al mar; ademas habian atajado las calles, y colocado en ellas y en diversos puntos muchas piezas de artillería. La exaltacion popular era tal, que fueron víctima de ella varias personas, y con dificultad pudo el mariscal Soult intimar la rendicion, no queriendo la ciudad dar oidos á tregua ni convenio. Hubo tambien ocasion en que so color de querer escuchar las proposiciones cogieron á los parlamentarios, como aconteció al general Foy, que se llevaron prisionero con grave riesgo de su persona. Mandaba en jefe el obispo, pero la víspera del ataque abandonó la ciudad poniendo en su lugar al general Parreiras. Acometieron los franceses las líneas el 29 de marzo, que de grande extension, mal dispuestas y defendidas por gente allegadiza, fueron ganadas sin grande esfuerzo, entrando en la ciudad los vencedores, y haciendo su caballería tremenda matanza. Los habitantes huyendo del peligro se avalanzaron al puente de Duero, que formado de barcas, rompióse con el gentío, y allí fueron las mayores lástimas ahogándose unos y ametrallando á otros los franceses desapiadadamente. Perecieron de 3 á 4000 personas, de ellas muchas mujeres y niños. Hubo hechos que ensalzaron el ya tan ilustrado valor de los portugueses: 200 hombres esforzados se defendieron en la catedral hasta que no quedó uno con vida.

Estado de la ciudad.

Entranla los franceses.

Gran matanza.

Siguiéronse deplorables excesos, no pudiendo Soult contener los ímpetns desmandados de su tropa. Este mariscal procuró entonces y despues granjearse la voluntad de los moradores, aun imitándolos en las prácticas de un fervoroso celo religioso.

Conducta del mariscal Soult.

Pídenle sea rey.

Sus votos y ofrendas, y el particular cuidado del mariscal en agradar á los portugueses, dieron á sospechar si pensaba á modo de Junot ceñir la corona lusitana. Vino como en apoyo la exposicion seguida de otras, que se imprimió y publicó, de doce habitantes de Braga, en la que llamándole padre y libertador, se mostraba deseo de que Napoleon le nombrase por su rey. Y aunque es cierto que el mariscal les replicó que no pendia de él darles respuesta, la mera publicacion de aquella demanda en país en donde él era árbitro de impedirla ó autorizarla, manifestaba que si no dimanaba de sugestiones suyas, por lo menos no era desagradable á sus oidos.

Sus providencias.

Posesionados los franceses de Oporto no prosiguieron á Lisboa, así por la oposicion que encontraron en el país, como tambien por ignorar el paradero del general Lapisse y del mariscal Victor, cuyos movimientos del lado de Castilla y Extremadura debieron corresponder con el de Galicia. Limitáronse pues á conservar lo ganado, y á prepararse para mas adelante. Ya hablamos cómo con este objeto y el de tener la artillería que quedó en Tuy, habia retrocedido hácia esta plaza y desembarazádola de sitiadores el general Heudelet; otro tanto trataron de hacer los enemigos por la parte de Chaves, cuya ciudad habia recobrado el 20 de marzo el general Silveira, extendiéndose despues por el Tamega hasta Amarante y Peñafiel. Reforzado luego el mismo general, y molestando incansablemente á los franceses, permaneció en aquellos sitios cerca de un mes; pero en 18 de abril queriendo el mariscal Soult abrir paso y tener libres las comunicaciones con Tras-los-Montes, envió al general Delaborde auxiliado de fuerza considerable. Al aproximarse situóse Silveira en Amarante, y defendió con tal teson el paso del puente, que no pudieron superar los franceses hasta el 2 de mayo los obstáculos que

Silveira recobra á Chaves.

se les oponian. Defensa para él muy honrosa aunque tuviese por entonces que alejarse momentaneamente.

Al mediodia de Oporto y camino de Lisboa no dilataron los franceses sus excursiones y correrías mas allá de Vouga, persuadidos de que resguardaban á Coimbra numerosas fuerzas. Sin embargo reducíanse estas á unos 4000 hombres mal disciplinados, y á una turba de paisanos que mandaba el coronel Trant, quien no pudo hacer otra cosa sino maniobrar con acierto, aparentando mayores medios que los que tenia. Mas como eran cortos, se hubiera encaminado al fin el mariscal Soult á Lisboa luego que supo las resultas de la batalla de Medellin, si no hubiesen llegado inmediatamente grandes refuerzos al ejército inglés de Portugal. Coronel Trant.

Continuaba gobernando á este reino la regencia restablecida despues de la evacuacion de Junot. La gente que habia levantado nunca habia salido de sus lindes, no obstante las repetidas instancias de la Junta central. Obró quizá el gobierno portugués cuerdamente en no acceder á ellas, hallándose todavía su tropa bastante indisciplinada. De los ingleses habian quedado unos 10000 hombres á las órdenes de sir Juan Cradock, contra los que prorumpieron en grande enojo los portugueses á causa de las muestras que dieron de embarcarse al saber la suerte de Moore, apareciendo en sus providencias, mas que premeditado plan, desconcierto y abatimiento. Aquietado en fin el general inglés por órdenes posteriores de su gabinete, permaneció en Lisboa, adelantándose despues á Leira al mismo tiempo que el ejército portugués se situaba en Tomar, el cual sin contar con las fuerzas de Silveira, la legion lusitana y las reuniones de paisanos, constaba de unos 15 á 20000 hombres. Disciplinábalos el general Beresford, autorizado desde el mes de febrero por el príncipe regente de Por- Regencia de Portugal. Cradock y los ingleses. Beresford manda á los portugueses.

tugal para obrar como comandante en jefe de sus tropas.

Refuérzase el ejército inglés.

Así andaban las cosas en aquel reino, cuando el gobierno británico viendo que España no se sometia al yugo extranjero á pesar de sus desgracias y de la retirada de Moore, y vislumbrando tambien la guerra entre Austria y Francia, determinó probar de nuevo fortuna en la península reforzando considerablemente su ejército, y poniéndole á las órdenes de sir Arturo Wellesley, ceñido ya con los laureles de Roliza y Vimeiro. Fueron llegando sucesivamente las tropas á las costas portuguesas, y su general en jefe desembarcó en Lisboa el 22 de abril, bien recibido y obsequiado de sus moradores. Poco despues el 29 púsose en marcha sobre Coimbra, llevando consigo 20000 ingleses y 8000 portugueses. Doce mil de los últimos con 2 brigadas británicas á las órdenes del general Mackenzie se apostaron en Santaren y Abrantes, adelantándose un regimiento de milicias y la legion lusitana, al cargo ahora del coronel Mayne, hasta el puente de Alcántara. Sir Roberto Wilson, que poco antes mandaba dicha legion, hallábase destacado con un corto cuerpo de portugueses hácia Viseo. El general Wellesley llegó á Coimbra en 2 de mayo, prefiriendo antes arrojar á Soult de Portugal que obrar por Extremadura de concierto con Cuesta, segun era el deseo de este caudillo y el del gobierno español.

Sir Arturo Wellesley nombrado general en jefe.

Sus providencias.

Avanza á Coimbra.

Situacion de los franceses.

Sociedad secreta de los Filadelfos.

Los franceses no se habian movido de Oporto y de sus puestos del Vouga. En su ejército manifestábase disgusto, aburridos todos y cansados con aquella clase de guerra, y fomentando gran descontento una sociedad secreta, llamada de los Filadelfos, cuyo objeto era destruir la dinastía imperial y restablecer en Francia un gobierno republicano. Entre los que la componian habia oficiales superiores, y tenian pensado poner á su cabeza al mariscal Ney, ó al general Gouvion-Saint-Cyr. Extendíanse las ramificaciones

de la sociedad á los demas ejércitos de Napoleon, y en el de España no abandonaron los conspiradores su proyecto hasta el año 10. Habia echado profundas raices en las tropas del mariscal Soult, y eran tantos los partícipes del secreto, que enviado para abrir tratos acerca de ello el ayudante mayor Mr. d'Argentou, pudo sin tropiezo ir hasta Lisboa, y con tal desembozo, que inspiró disconfianza en sir Arturo Wellesley, para lo cual respondió al emisario francés que rebelárase ó no su ejército le atacaria en tanto que se mantuviese en Portugal: sin embargo añadió que si se declaraba contra Bonaparte, se ajustaria quizá un convenio para su retirada. Otros jefes parece ser que tuvieron tambien conferencias con el general británico, y de ellos se citan á los coroneles Donadieu y Lafitte. Mas d'Argentou de vuelta á Oporto habiéndose descubierto al general Lefebvre, que creia en la trama ó favorable á ella, fué arrestado en la noche del 8 al 9 de mayo teniendo pasaportes del almirante inglés Berkley. Dilatóse su castigo para averiguar cuáles fuesen sus cómplices, y ayudado de estos tuvo ocasion de escaparse y pasar á inglaterra. * (* Ap. n. s.)

Sobresaltó al mariscal Soult tan funesto acontecimiento, que realizaba anteriores sospechas, al paso que aguijó por su parte al general Wellesley á avanzar prontamente, no contando sin embargo mucho con la sublevacion del ejército contrario. Era el plan del general inglés envolver á Soult, y obligarle á una retirada desastrada ó á rendirse. Y conforme á su pensamiento dispuso que el general Beresford con las tropas de su mando, y las portuguesas que estaban en Viseo á las órdenes de sir Roberto Wilson, se dirigiesen anticipadamente por Lamego, y pasasen el Duero para juntarse en Amarante con Silveira, cuya retirada todavía se ignoraba. Hecho este movimiento, la demas fuerza británica debia avanzar en 2 columnas sobre Oporto, una

Plan de Wellesley.

via de Aveiro y otra por el camino real. No se varió el plan aunque se supo luego el descalabro de Silveira, y el 6 de mayo se empezó la operacion convenida. El 10 y el 11 fué arrojado de las alturas de Grijo el general Franceschi que mandaba la vanguardia de los enemigos, la cual en seguida repasó el Duero.

Se apoderan los ingleses de Oporto.

El mariscal Soult tomando sin tardanza disposiciones para evacuar á Oporto y asegurar su retirada, voló el puente de barcas y retuvo en la márgen derecha todos los botes. Dió vista el 12 á la ciudad sir Arturo Wellesley, y aunque cercano, separábale la profunda y rápida corriente de Duero. No teniendo prontos los medios necesarios para atravesarla, hubiera Soult podido retirarse tranquilamente á Galicia, si un feliz acaso no hubiese servido á ayudar la combinacion que para la travesía preparaba el general inglés, quien habia destacado rio arriba al general Murray, á fin de que cruzase el Duero por Avintas y cayese sobre el flanco del enemigo al tiempo que este fuese atacado por el frente. Partió Murray; mas dudábase sobre el modo de verificar el paso, á la sazon que el coronel Waters descubrió en un recodo que forma el rio un pequeño bote, con el que yendo á la otra orilla, acompañado de dos ó tres individuos, se apoderó sin ser notado de 4 grandes barcas abandonadas, y de priesa trájolas del lado de los suyos. Al instante y el mismo 12 á las diez del dia pasó en ellas el Duero lord Paget con 3 compañías. Siguieron otros, permaneciendo los enemigos tan descuidados, que burlándose de los primeros avisos que dió un oficial, á nada dieron crédito, hasta que el general Foy, subiendo casualmente á la altura que se eleva enfrente del convento de Serra, advirtió que en efecto pasaban los ingleses el rio. Entonces todo el campo francés se conmovió y se puso sobre las armas. Trabóse entre los soldados de ambos ejércitos un vivísimo choque, agolpá-

ronse sucesivamente de uno y otro lado tropas, y llegando en fin de Avintas el general Murray, abandonaron los franceses á Oporto, perseguidos por los ingleses hasta cierta distancia de la cuidad. La matanza fué grande. Cayeron heridos los generales Delaborde y Foy de una parte, y lord Paget de la contraria, sin contar otros muchos de ambas. Censuróse agriamente en su propio ejército al mariscal Soult por el descuido de dejar á los ingleses pasar en medio del dia sin resistencia un rio tan caudaloso como por allí corre el Duero.

Apuros de Soult.

Despues de la salida de Oporto dos caminos le quedaban á dicho mariscal para retirarse, si queria conservar su artillería; uno por Puente de Lima y Valencia de Miño, y el otro por el lado de Amarante. Contaba con que el último paso seria resguardado por el general Loison; mas este perseguido por los generales Beresford, Silveira y Wilson, le adandonó y puso á Soult en el mayor aprieto, sobre todo no pudiendo ir por el otro camino de Puente de Lima sin encontrarse con el general Wellesley. Aunque rodeado de inminentes peligros no se abatió el mariscal francés, y con entereza y prontitud de ánimo admirables, destruyendo la artillería y los carruajes, y acallando las voces que ya se oian de capitulacion, echóse por medio de senderos estrechos y cási intransitables, guiado en su laberinto por un hombre de la Navarra francesa, de los que van á España á ejercer una profesion lucrativa, si bien poco honrosa. El tiempo, aunque en mayo, era lluvioso, los trabajos grandes, la persecucion y molestia de los paisanos continua, precipitándose á veces hombres y caballos por aquellos abismos y derrumbaderos: de suerte que hasta cierto punto renovaba ahora el mariscal Soult la escena que meses antes habia representado el general Moore cuando él iba en su perseguimiento. Los pueblos del tránsito fueron quemados y

sus habitantes tratados cruelmente, y al mismo son que ellos cuando podian trataban á los franceses. Llegó el ejército de estos el 17 á Montealegre y el 18 pasó la frontera, no siguiendo el alcance los ingleses tierra adentro de España por querer su general retroceder á Extremadura, segun antes habia prometido á Cuesta. Subió á bastante la pérdida de los enemigos en la retirada, y sin la celeridad y consumada pericia del mariscal Soult difícilmente se hubieran libertado de caer en manos del inglés, cuya excesiva prudencia motejaron muchos. Llegaron los franceses á Lugo el 23, habiéndolos molestado poco el paisanaje español, que estaba como desprevenido.

Pasa la frontera.

Llega á Lugo.

La víspera sabedor el general Mahy de que se acercaban, levantó el sitio que habia poco antes puesto á aquella ciudad y se replegó á la de Mondoñedo. Encontráronse allí el 24 él y Romana, procedente el último de Ribadeo, á donde habia desembarcado, salvándose de Asturias. Mal colocados entonces y expuestos á ser cogidos entre los mariscales Ney y Soult, resolvieron los generales españoles emprender por medio de una marcha atrevida un movimiento hácia el Sil, para abrigarse de Portugal, cruzando con cautela el camino real en las inmediaciones de Lugo. Verificóse así felizmente, y por Monforte tomaron los nuestros á Orense. Aunque esta marcha era necesaria así para esquivar, como hemos dicho, el encuentro de los mariscales franceses, como tambien para darse la mano con don Martin de la Carrera y las fuerzas que habia en las provincias de Tuy y Santiago, disgustó mucho al soldado, que comenzaba á murmurar de tanto camino como sin fruto habia andado, apellidando al de la Romana marqués de las Romerías: porque en efecto si bien era loable su constancia en los trabajos y la conformidad con que sobrellevaba las escaseces y miserias, nunca se habia visto salir de su mente

Levanta Mahy el cerco.

Encuéntrase con Romana en Mondoñedo.

Morcha atrevida de los españoles.

Descontento del soldado con Romana.

otra providencia que la de marchar y contramarchar, y las mas veces á tientas, de impoviso y precipitadamente, falto de plan, á la ventura, y como suele decirse, á la buena de Dios. Solo en su ausencia y en los puntos en que no se hallaba peleábase, y jefes entendidos y diligentes procuraban introducir mayor arreglo y obrar con mas concierto y actividad. El único, pero en verdad gran servicio, que hizo Romana fué el de mantenerse constante en la buena causa, y el de alimentar con su nombre las esperanzas y brios de los gallegos.

Ney y Soult en Lugo.

Mas las tropas que mandaba por poco numerosas que fuesen, si se unian con las que estaban hácia la parte de Pontevedra y fomentaban de cerca la insurreccion de la tierra, ponian en peligro á los franceses exigiendo de ellos prontas y acordadas medidas. Tales eran las que tomaron en Lugo el 29 de mayo los mariscales Soult y Ney de vuelta ya este de su rápida excursion en Asturias. Segun ellas debia el primero perseguir y dispersará Romana, dirigiéndose sobre la Puebla de Sanabria, y conservar por Orense comunicacion con el segundo: quien, derrotado que fuese Carrera, habia de avanzar á Tuy y Vigo para sofocar del tado la insurreccion. Púsose pues el mariscal Ney en camino con 8000 infantes y 1200 caballos, y avanzó contra la division del Miño animada del mayor entusiasmo. La mandaba entonces en jefe el conde de Noroña, nombrado por la central segundo comandante de Galicia, mas este tuvo el buen juicio de seguir el dictámen de Carrera, de Morillo y de otros jefes que por aquellas partes y antes de su llegada se habian señalado; con lo cual obraron todos muy d econcierto.

Conciértanse para destruir el ejército español.

Conde de Norona, segundo comandante de Galicia.

Al aviso de que Ney se aproximaba cejaron los nuestros á San Payo, punto en donde resolvieron hacerle rostro. Mas cortado anteriormente el puente por Morillo, hubo que

Accion del puente de San Payo.

formar otro de priesa con barcas y tablazon, dirigiendo la obra con actividad y particular tino el teniente coronel don José Castellar. Eran los españoles en número de 10000, 4000 sin fusiles, y el 7 de junio muy de mañana acabaron todos de pasar, atajando despues y por segunda vez el puente. A las nueve del mismo dia aparecieron los franceses en la orilla opuesta, y desde luego se rompió de ambos lados vivísimo fuego. Los españoles se aprovecharon de las baterías que antes habia levantado don Pablo Morillo, y aun establecieron otras: los principales fuegos enfilaban de lo alto de una eminencia el camino que viene al puente; ocupóse el paso de Caldelas dos leguas rio arriba por don Ambrosio de la Cuadra que regia la vanguardia, y por don José Joaquin Márquez, comandante del regimiento de Lobera; apoyóse la derecha de San Payo en un terreno escabroso, y la izquierda estaba amparada de la ria en donde se habian colocado lanchas cañoneras. Duró el fuego hasta las tres de la tarde sin que los franceses consiguiesen cosa alguna. Renovóse con mayor furor al dia siguiente 8, buscando los enemigos medio de pasar por su derecha un vado largo que queda á marea baja, y de envolver por su izquierda el costado nuestro que estaba del lado del puente de Caldelas y vados de Sotomayor. Rechazados en todas partes vieron ser infructosos sus ataques, y al amanecer del 9 se retiraron á las calladas, despues de haber experimentado considerable pérdida. Señalarónse entre los nuestros, y bajo el mando del conde de Noroña, la Carrera, Cuadra, Roselló, que gobernaba la artillería, Castellar, Márquez y don Pablo Morillo: por su parte tambien se manejaron con destreza los marinos, y sin duda fué muy gloriosa para las armas españolas la defensa del puente de San Payo.

Romana en tanto se habia acogido á Orense al adelantarse el mariscal Soult: mas en vez de seguir la huella del pri-

mero, detúvose este en Monforte algunos dias. Lo alterado del pais, noticias de la guerra de Austria, y mas que todo los celos y rivalidad que mediaban entre él y el mariscal Ney, le alejaron de continuar el perseguimiento de Romana, y le decidieron á volver á Castilla. Para ello no pudiendo atravesar el Sil por allí falto de vados y de puentes, tuvo que subir rio arriba hasta Monte-Furado, así dicho por perforarle en una de sus faldas la corriente del mismo Sil, obra segun parece del tiempo de los romanos. Los naturales de los contornos colocados en la orilla opuesta le causaron grave mal, acaudillados por el abad de Casoyo y su hermano don Juan Quiroga. Para vengarse del daño ahora y antes recibido, desde Monte-Furado mandó el mariscal Soult al general Loison descender por la orilla izquierda del Sil y castigar á los habitantes. Cumplió este tan largamente con el encargo, que asoló la tierra y varios pueblos fueron quemados, Castro de Caldelas, San Clodio y otros menos conocidos. Tambien padecieron mucho los otros valles que recorrieron ó atravesaron los enemigos. Romana retiróse á Celanova y en seguida á Baltar, frontera de Portugal, en donde le dejó tranquilo el mariscal Soult, pues dirigiéndose por el camino de las Portillas llegó el 23 á la Puebla de Sanabria, de cuyo punto se retiraron á Ciudad-Rodrigo despues de haber clavado algunos cañones los pocos españoles que lo guarnecian.

Soult trata de pasar á Castilla.

Paisanos del Sil.

Quema de varios pueblos.

Romana en Celanova.

Soult en la Puebla de Sanabria.

Soult permaneció en la Puebla breves dias, habiendo despachado á Madrid á Franceschi para informar á José del estado de su ejército y de sus necesidades. Aquel general partió de Zamora en posta á caballo con otros dos compañeros mas; pasado Toro fueron todos cogidos é interceptados los pliegos por una guerrilla que mandaba el capuchino fray Julian de Delica. Los pliegos eran importantes, así porque * expresaban el quebranto y escaseces de aquellas

General Franceschi cogido por el Capuchino.

(* Ap. n. 9.)

tropas, como tambien por indicarse en su contenido el mal ánimo de algunos generales.

Situacion de Ney.

Viéndose el mariscal Ney abandonado de Soult, conoció lo crítico de su situacion. Con nada en realidad podia contar sino con la fuerza que le quedaba, y era esta harto corta para hacer rostro á la poblacion armada, y al ejército bastante numeroso que contra él podian ahora reunir sin embarazo los generales Romana y Noroña. El auxilio que le prestaban los españoles sus allegados era cási nulo, y

Mazarredo.

por decirlo así, perjudicial. Habia ido de comisario regio el general de marina Mazarredo, que separándose de su profesion, en la que habia adquirido bien merecido renombre, metióse á dar proclamas y esparcir entre los eclesiásticos y los pueblos una especie de catecismo, por cuyo medio apoyándose en textos de la Escritura, queria probar la conveniencia y obligacion de reconocer la autoridad intrusa. No conmovian las conciencias argumentos tan extraños, al contrario las irritaban, provocando tambien á mofa ver convertido en misionero político al que solo gozaba de reputacion

Bazan.

de inteligente en la maniobra náutica. Hubo igualmente en Santiago un director de policía llamado don Pedro Bazan de Mendoza, doctor en teología, el cual y otros tantos de la misma lechigada cometieron muchas tropelías y defraudaron plata y caudales: denominaban los paisanos semejante

Evacua Ney á Galicia.

reunion el conciliábulo de Compostela. Rodeado por tanto de peligros y escaso de fuerzas y recursos, resolvió Ney salir de Galicia, y el 22 evacuó la Coruña, enderezándose á Astorga por el camino real; en cuyo tránsito asolaron sus tropas horrorosamente pueblos y ciudades.

Así tornó aquel reino á verse libre de enemigos al cabo de cinco meses de ocupacion, durante los cuales perdieron los franceses la mitad de la tropa con que habian penetrado en aquel suelo, ya en las acciones con los ingleses, ya en

la terrible guerra con que les habian continuamente molestado los ejércitos y poblacion de Galicia y Portugal.

A pocos dias entró en la Coruña el conde de Noroña y la division del Miño, siendo recibidos no solo con alborozo general y bien sentido, sino tambien quedándose los espectadores admirados, de que gente mal pertrechada y tan varia en su formacion y armamento hubiera consegido tan señaladas ventajas contra un ejército de la apariencia, práctica y regularidad que asistian al de los franceses. Entra Noroña en la Coruña.

Por entonces y antes de promediar junio, fué tambien evacuado el principado de Asturias. Ademas de lo ocurrido en Galicia y Portugal aceleraron la retirada de los enemigos los movimientos y amago que hicieron las tropas y paisanaje de la misma provincia. Diez y ocho mil hombres la habian invadido: una parte, segun en su lugar se dijo, volvió luego á Galicia con el mariscal Ney, otra mandada por el general Bonet vióse obligada á acudir á la montaña á donde la llamaba la marcha de don Francisco Ballesteros, y la restante fuerza, sobrado débil para resistir á los generales don Pedro de la Bárcena y Worster, que avanzaban á Oviedo del lado de poniente, salió con Kellermann camino de Castilla. El primero de aquellos generales cayendo de Teberga sobre Grado habia antes arrojado de esta villa á unos 1300 franceses que estaban allí apostados, cogiendo 80 prisioneros. Worster y Bárcena.

Por la parte oriental del principado habia reunido el general Ballesteros mas de 10000 hombres. Entraba en su número un batallon de la Princesa que habia ido á Oviedo con Romana, y el cual mandado por su coronel don José Odonell se le habia unido, no pudiendo embarcarse en Jijon. Tambien se agregó despues el regimiento de Laredo, que pertenecia á las montañas de Santander, y la partida ó cuerpo volante de don Juan Diaz Porlier. Entusiasmado el general Ballesteros con las memorias de Covadonga, pensó Ballesteros pasa á Castilla y á las montañas de Santander.

que podian resucitar en aquel sitio los dias de Pelayo. Anduvo por tanto reacio en alejarse, hasta que falto de víveres y estrechado por el enemigo tuvo el 24 de mayo que abandonar de noche la cueva y santuario, y trepar por las faldas de elevados montes, no teniendo mas direccion que la de sus cimas, pues allí no habia otra salida que el camino que va á Cangas de Onís, y este le ocupaban los franceses. En medio de afanes consiguió Ballesteros llegar el 26 á Valdeburon en Castilla, de donde se retiró á Potes. Meditando entonces lo mas conveniente, resolvió, de acuerdo con los otros jefes, acometer á Santander, cuya guarnicion desprevenida se juzgaba ser solo de 1000 hombres. Se encaminó con este propósito á Torre la Vega, en donde se detuvo mas de lo necesario. Por fin al amanecer del 10 emprendióse la expedicion, pero tan descuidadamente, que el enemigo se abrió paso dejando solo en nuestro poder 200 prisioneros. Entraron las tropas de Ballesteros el mismo dia en Santander, mas la ocupacion de esta ciudad no duró largo tiempo. En la misma noche revolviendo sobre ella los franceses ya reforzados, penetraron por sus calles y pusiéronlo todo en tal confusion, que los mas de los nuestros se desbandaron, y el general Ballesteros creyendo perdida su division se embarcó precipitadamente con don José Odonell en una lancha, en que bogaron por falta de remos y remeros 2 soldados con sus fusiles. Don Juan Diaz Porlier se salvó con alguna tropa atravesando por medio de los enemigos con la intrepidez que le distinguia. Fué tambien notable y digna de la mayor alabanza la conducta del batallon de la Princesa, que privado de su fugitivo coronel y á las órdenes del valiente oficial don Francisco Garvayo, conservó bastante órden y serenidad para libertarse y pasar á Medina de Pomar, desde donde, ¡marcha admirable! poniéndose en camino atravesó la Castilla y Aragon rodeado

Ocupa á Santander.

Intrepidez de Porlier.

Marcha admirable del batallon de la Princesa.

de peligros y combates, y se incorporó en Molina con el general Villacampa.

Libres en el mes de junio Asturias y Galicia, era ocasion de que el marqués de la Romana, tan autorizado como estaba por el gobierno supremo, emplease todo su anhelo en mejorar la condicion de su ejército, y la de ambas provincias. Entró en la Coruña poco despues que Noroña, y fué recibido con el entusiasmo que excitaba su nombre. Resumió en su persona toda la autoridad, suprimió las juntas de partido, que se habian multiplicado con la insurreccion, y nombró en su lugar gobernadores militares. No contento con la destruccion de aquellas corporaciones, trató de examinar con severidad la conducta de varios de sus individuos, á quienes se acusaba de desmanes en el ejercicio de su cargo, procedimiento que desagradó; pues al paso que se escudriñaban estos excesos, nacidos por lo general de los apuros del tiempo, mostró el marqués suma benignidad con los que habian abrazado el bando de los enemigos. Por lo demas sus providencias en todos los ramos adolecieron de aquella dejadez y negligencia característica de su ánimo. Suprimidas las juntas cortó el vuelo al entusiasmo é influjo popular, y no introdujo con los gobernadores que creó el órden y la energía que son propias de la autoridad militar. Transcurrió mas de un mes sin que se recogiese el fruto de la evacuacion francesa, no pasando el tiempo aquel jefe sino en agasajos, y en escuchar las quejas y solicitudes de personas que se creian agraviadas ó que ansiaban colocaciones; y entre ellas, como acontece, no andaban ni las realmente ofendidas ni las mas beneméritas. Por fin reunió el marqués la flor del ejército de Galicia y trató de salir á Castilla.

Romana en la Coruña.

Sus providencias y negligencia.

Sale á Castilla.

Antes de efectuar su marcha envió á tomar el mando militar de Asturias á don Nicolás Mahy: el político y eco-

Nombra á Mahy para Asturias.

nómico seguia al cuidado de la junta que el mismo marqués habia nombrado. Ordenó ademas este que se le uniese en Castilla con 10000 hombres de lo mas escogido de las tropas asturianas don Francisco Ballesteros, que en vez de ser reprendido por lo de Santander, recibió este premio. Debiólo á haberse salvado con don José Odonell, favorito del marqués, y mal hubiera podido ser censurada la conducta del general sin tocar al abandono ó desercion del coronel su compañero: así un indisculpable desastre sirvió á Ballesteros de principal escalon para ganar despues gloria y renombre.

Nombra á Ballesteros para mandar 10000 hombres.

Romana llegó á Astorga con unos 16000 hombres y 40 piezas de artillería. Dejó en Galicia pocos cuadros y escasos medios para que con ellos pudiese Noroña formar un ejército de reserva. Una corta division al mando de don Juan José García se situó en el Vierzo, y Ballesteros desde las cercanías de Leon hizo posteriormente hácia Santander una excursion que no tuvo particular resulta.

Permaneció Romana en Astorga hasta el 18 de agosto, en que se despidió de sus tropas habiendo sido nombrado por la junta de Valencia para desempeñar el puesto vacante en la central por fallecimiento del Príncipe Pio. El mando de su ejército recayó despues en el duque del Parque, al cual tambien se unió aunque mas tarde Ballesteros, caminando todos la vuelta de Ciudad-Rodrigo.

Súcedele despues en el mando del ejército el duque del Parque.

Los franceses que salieron de Galicia y que componian el 2º y 6º cuerpo, debieron ponerse por resolucion de Napoleon recibida en 2 de julio á las órdenes de Soult, como igualmente el 5º del mando del mariscal Mortier, que estaba en Valladolid procedente de Aragon. Varios obstáculos opuso José al inmediato cumplimiento en todas sus partes de la voluntad de su hermano, y de ello daremos cuenta en el próximo libro.

Ahora, terminando este, conviene notar lo poco que á pesar de tan grandes esfuerzos habian adelantado los franceses en la conquista de España. Ocho meses eran corridos despues de la terrible invasion en noviembre del emperador francés, y sus huestes no enseñoreaban todavía ni un tercio del territorio peninsular. Inútilmente daban y ganaban batallas, inútilmente se derramaban por las provincias, de las que ocupadas unas levantábanse otras, y yendo al remedio de estas, aquellas se desasosegaban y de nuevo se trocaban en enemigas. ¡Cuán diferente cuadro presentaba por aquel tiempo el Austria! Allí habia en abril abierto la campaña el archiduque Cárlos con ejércitos bien pertrechados y numerosos, solo tres ó cuatro batallas se habian dado, una de éxito contrario á Napoleon, y sin embargo ya en 12 de julio celebróse en Znaim una suspension de armas, preludio de la paz. Así una nacion poderosa y militar sujetábase á las condiciones del vencedor al cabo de tres meses de guerra, y España despues de un año, sin verdaderos ejércitos y muchas veces sola en la lucha, manteníase incontrastable por la firme voluntad de sus moradores. Tanta diferencia media, no nos cansarémos de repetirlo, entre las guerras de gabinete y las nacionales. Al primer reves se cede en aquellas, mas en estas sin someterse fácilmente los defensores al remolino de la fortuna, cuando se les considera deshechos, crecen; cuando caidos, se empinan. Conocíalo muy bien el grande estadista Pitt, * quien rodeado de sus amigos en 1805 al saber la rendicion de Mack en Ulma con 40000 hombres, exclamando aquellos *que todo estaba perdido y que no habia ya remedio contra Napoleon*, replicó, *todavía lo hay si consigo levantar una guerra nacional en Europa*, añadiendo en tono, al parecer profético, *y esta guerra ha de comenzar en España.*

Fin de este libro.

Parangon de la guerra de Austria y España.

Prevision notable de Pitt. (* Ap. n. 10.)

RESUMEN

DEL

LIBRO NOVENO.

Conducta de la central despues de la rota de Medellin. — Su decreto de 18 de abril. — Ideas añejas de algunos de sus individuos. — Reprué-balas el gobierno inglés. — Fuerza que adquiere el partido de Jovellanos. — Proposicion de Calvo de Rozas para convocar á Córtes, 15 de abril. — Ensanche que se da á la imprenta. — Semanario patriótico. — Descontentos con la Junta. — Infantado. — Don Francisco Palafox. — Montijo. — Alboroto que promueve el último en Granada reprimido. — Discútese en la Junta convocar á Córtes. — Decídese convocar las Córtes. — Decreto de 22 de mayo. — Efecto que produce en la opinion. — Restablecimiento de todos los Consejos en uno solo. — Operaciones de los ejércitos. — Aragon. — Ríndese Jaca á los franceses. — El padre Consolacion. — Pérdida de Monzon. — Son rechazados los franceses en Mequinenza. — Molina. — Pasa el 5° cuerpo de Aragon á Castilla. — Sucede á Junot Suchet en el mando de Aragon. — Formacion del 2° ejército español de la derecha. — Mándale Blake. — Reino de Valencia. — Reune Blake el mando de toda la corona de Aragon. — Múevese Blake. — Conmociones en Aragon. — Albelda. — Tamarite. — Abandonan los franceses á Monzon. — En vano intentan recobrarle. — Ríndense 600 franceses. — Entra Blake en Alcañiz. — Va Suchet á su encuentro. — Batalla de Alcañiz. — Retírase Suchet á Zaragoza. — Situacion crítica

de Suchet. — Partidarios. — Adelántase Blake á Zaragoza. — Batalla de María. — Retírase Blake á Botorrita. — Retírase de Botorrita. — Batalla de Belchite. — Resultas desastradas de la batalla. — Pasa Blake á Cataluña. — Conspiracion de Barcelona. — Suplicio de algunos patriotas. — Sucesos del mediodia de España. — Mariscal Victor. — Patriotismo de Extremadura. — Inaccion de Victor. — Pasa Lapisse de tierra de Salamanca á Extremadura. — Entra en Alcántara. — Únense Lapisse y Victor. — Marchan contra Portugal. — Desisten de su intento. — Muévese Cuesta. — Partidarios de Extremadura y Toledo. — Vuelan los franceses el puente de Alcántara. — Ejército de la Mancha. — Va á su encuentro sin fruto José Bonaparte. — Campaña de Talavera. — Fuerzas que tomaron parte en ella. — Marcha Wellesley á Extremadura. — Planes diversos de los franceses. — Situacion de Soult. — Cuesta en las Casas del Puerto. — Avístase allí con él Wellesley. — Plan que adoptan. — Medidas que habia tomado la central. — Marcha adelante el ejército aliado. — Propone Wellesley á Cuesta atacar. — Rehúsalo el general español. — Incomódase Wellesley. — Avanza solo Cuesta. — Reconcéntranse los franceses. — Avanza Wilson á Navalcarnero. — Peligro que corre el ejército de Cuesta. — Batalla de Talavera, 27 y 28 de julio. — Severidad de Cuesta. — Recompensas que da la Junta central y el gobierno inglés. — Retíranse los franceses á diversos puntos. — No sigue Wellington el alcance. — Motivos de ello. — Llega Soult á Extremadura. — Va Wellington á su encuentro. — Tropas que se agolpan al valle del Tajo. — Cuesta se retira de Talavera. — El ejército aliado se pone en la orilla izquierda del Tajo. — Paso del puente del Arzobispo por los franceses. — Deja Cuesta el mando. — Sucédele Eguía. — Nuevas disposiciones de los franceses. — Encuéntranse Wilson y Ney en el puerto de Baños. — Extorsiones del ejército de Soult. — Muerte violenta del obispo de Coria. — Ejército de Venegas — Su marcha. — Nómbrale la Junta capitan general de Castilla la Nueva. — Su incertidumbre. — Defiende el paso del Tajo en Aranjuez. — Batalla de Almonacid. — Retirada del ejército español. — Su dispersion. — Contestaciones con los ingleses sobre subsistencias. — Llegada á España del marqués de Wellesley. — Plan de subsistencias. — Conducta y tropelías del gobierno de José. — Opinion de Madrid. — Júbilo que allí hubo el dia de santa Ana. — Nuevos decretos de José. — Medidas económicas. — Plata de particulares. — Del Palacio. — De iglesias. — Mr. Napier. — Cédulas hipotecarias. — Cédulas de idemnizacion y recompensa. — Otros decretos.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

LIBRO NOVENO.

El querer llevar á término en el libro anterior la evacuacion de Galicia y Asturias, nos obligó á no detenernos en nuestra narracion hasta tocar con los sucesos de aquellas provincias en el mes de agosto. Volverémos ahora atrás para contar otros no menos importantes que acaecieron en el centro del gobierno supremo y demas partes.

Conducta de la central despues de la rota de Medellin.

La rota de Medellin sobre el destrozo del ejército habia causado en el pueblo de Sevilla mortales angustias por la siniestra voz esparcida de que la Junta central se iba á Cádiz para de allí trasladarse á América. Semejante nueva solo tuvo orígen en los temores de la muchedumbre y en indiscretas expresiones de individuos de la central. Mas de estos los que eran de temple sereno y se hallaban resueltos á perecer antes que á abandonar el territorio peninsular,

Su decreto de 18 de abril.

aquietaron á sus compañeros y propusieron un decreto publicado en 18 de abril, en el cual se declaraba que nunca « mudaria (la Junta) su residencia, sino cuando el lugar » de ella estuviese en peligro ó alguna razon de pública » utilidad lo exigiese.» Correspondió este decreto al buen ánimo que habia la Junta mostrado al recibir la noticia de la pérdida de aquella batalla, y á las contestaciones que por este tiempo dió á Sotelo, y que ya quedan referidas. Así puede con verdad decirse, que desde entonces hasta despues de la jornada de Talavera fué cuando obró aquel cuerpo con mas dignidad y acierto en su gobernacion.

Ideas añejas de algunos de sus individuos.

Antes algunos individuos suyos, si bien noveles repúblicos é hijos de la insurreccion, continuaban tan apegados al estado de cosas de los reinados anteriores, que aun faltándoles ya el arrimo del conde de Floridablanca, á duras penas se conseguia separarlos de la senda que aquel habia trazado: presentando obstáculos á qualquiera medida enérgica, y señaladamente á todas las que se dirigian á la convocacion de Córtes, ó á desatar algunas de las muchas trabas de la imprenta. Apareció tan grande su obstinacion, que no solo provocó murmuraciones y desvío en la gente ilustrada, segun en su lugar se apuntó, sino que tambien se disgustaron todas las clases: y hasta el mismo gobierno inglés, temeroso de que se ahogase el entusiasmo público, insinuó en una nota de 20 de julio de 1009 que * « si se atreviera » á criticar (son sus palabras) cualquiera de las cosas que » se habian hecho en España, tal vez manifestaria sus du- » das..... de si no habia habido algun recelo de soltar el » freno..... á toda la energía del pueblo contra el enemigo.»

Repruébalas el gobierno inglés.

(* Ap. n. 1.)

Fuerza que adquiere el partido de Jovellanos.

Tan universales clamores y los desastres, principal aunque costoso despertador de malos ó poco advertidos gobiernos, hicieron abrir los ojos á ciertos centrales, y dieron mayor fuerza é influjo al partido de Jovellanos, el mas sen-

sato y distinguido de los que dividian á la Junta, y al cual se unió el de Calvo de Rozas, menor en número, pero mas enérgico é igualmente inclinado á fomentar y sostener convenientes reformas. Ya dijimos cómo Jovellanos fué quien primero propuso en Aranjuez llamar á Córtes, y tambien cómo se difirió para mas adelante tratar aquella cuestion. En vano con los reveses se intentó despues renovarla, esquivándola asímismo, mientras vivió, el presidente conde de Floridablanca; á punto que no contento con hacer borrar el nombre de Córtes que se hallaba inserto en el primer manifiesto de la central, rehusó firmar este, aun quitada aquella palabra, enojado con la expresion substituida de que se restablecerian « las leyes fundamentales de la » monarquía. » Rasgo que pinta lo aferrado que estaba en sus máximas el antiguo ministro.

Proposicion de Calvo de Rozas para convocar á Cortes, 15 de abril.

Ahora muerto el conde y algun tanto ablandados los partidarios de sus doctrinas, osó Calvo de Rozas proponer de nuevo, en 15 de abril, el que se convocase la nacion á Córtes. Hubo vocales que todavía anduvieron rehacios, mas estando la mayoría en favor de la proposicion, fué esta admitida á exámen; debiendo antes discutirse en las diversas secciones en que para preparar sus trabajos se distribuia la Junta.

Ensanche que se da á la imprenta.

Semanario patriótico.

Por el mismo tiempo dióse algun ensanche á la imprenta, y se permitió la continuacion del periódico intitulado *Semanario patriótico*: obra empezada en Madrid por don Manuel Quintana, y que los contratiempos militares habian interrumpido. Tamáronla en la actualidad á su cargo don I. Antillon y don J. Blanco; mereciendo este hecho particular mencion por el influjo que ejerció en la opinion aquel periódico y por haberse tratado en él con toda libertad y por primera vez en España graves y diversas materias políticas.

Descontentos con la Junta.

Mudado y mejorado así el rumbo de la Junta, aviváronse las esperanzas de los que deseaban unir á la defensa de la patria el establecimiento de buenas instituciones, y se reprimieron aviesas miras de descontentos y perturbadores. Contábanse entre los últimos muchos que estaban en opuestos sentidos, divisándose al par de individuos del Consejo otros de las juntas, y amigos de la Inquisicion al lado de los que lo eran de la libertad de imprenta. Desabrido por lo menos se mostró el duque del Infantado; no olvidando la preferencia que se daba á Venegas, rival suyo desde la jornada de Uclés. Creíase que no ignoraba los manejos y amaños en que ya entonces andaban don Francisco de Palafox y el conde del Montijo, persuadido el primero de que bastaba su nombre para gobernar el reino, y arrastrado el segundo de su índole inquieta y desasosegada.

Infantado.

Don Francisco de Palafox.

Montijo.

Alboroto que promueve el último en Granada reprimido.

Centellearon chispas de conjuracion en Granada, á donde el del Montijo teniendo parciales habia acudido para enseñorearse de la ciudad. Acompañóle en su viaje el general inglés Doyle; y el conde, atizador siempre oculto de asonadas, movió el 16 de abril un alboroto en que corrieron las autoridades inminente peligro. La pérdida de estas hubiera sido cierta, si el del Montijo al llegar al lance no desmayara segun su costumbre, temiendo ponerse á la cabeza de un regimiento ganado en favor suyo y de la plebe amotinada. La junta provincial habiendo vuelto del sobresalto, recobró su ascendiente y prendió á los principales instigadores. Mal lo hubiera pasado su encubierto jefe, si á ruegos de Doyle, á quien escudaba el nombre de inglés, no se le hubiera soltado con tal que se alejara de la ciudad. Pasó el conde á Sanlúcar de Barrameda, y no renunció ni á sus enredos ni á sus tramas. Pero con el malogro de la urdida en Granada desvaneciéronse por entonces las esperanzas de los enemigos de la central, conteniéndolos

tambien la voz pública, que pendiente de la convocacion de Córtes y temerosa de desuniones, queria mas bien apoyar al gobierno supremo en medio de sus defectos, que dar pábulo á la ambicion de unos cuantos, cuyo verdadero objeto no era el procomunal.

Discútese en la Junta convocar á Córtes.

Mientras tanto examinada en las diversas secciones de la Junta la proposicion de Calvo de llamar á Córtes, pasóse á deliberar sobre ella en junta plena. Suscitáronse en su seno opiniones varias, siendo de notar que los individuos que habia en aquel cuerpo mas respetables por su riqueza, por sus luces y anteriores servicios sostuvieron con ahinco la proposicion. De su número fueron el presidente marqués de Astorga, el bailío don Antonio Valdés, don Gaspar de Jovellanos, don Martin de Garay y el marqués de Camposagrado. Alabóse mucho el voto del último por su concision y firmeza: explayó Jovellanos el suyo con la erudicion y elocuencia que le eran propias; mas excedió á todos en libertad y en el ensanche que queria dar á la convocatoria de Córtes el bailío Valdés, asentando, que salvo la religion católica y la conservacion de la corona en las sienes de Fernando VII, no deberian dejar aquellas institucion alguna ni ramo sin reformar, por estar todos viciados y corrompidos. Dictámenes que prueban hasta qué punto ya entonces reinaba la opinion de la necesidad y conveniencia de juntar Córtes entre las personas señaladas por su capacidad, cordura y aun aversion á excesos populares.

Aparecieron como contrarios á la proposicion don José García de la Torre, don Sebastian Jócano, don Rodrigo Riquelme y don Francisco Javier Caro. Abogado el primero de Toledo, magistrados los otros dos de poco crédito por su saber, y el último mero licenciado de la universidad de Salamanca, no parecia que tuviesen mucho que temer de las Córtes ni de las reformas que resultasen, y sin em-

bargo se oponian á su reunion, al paso que la apoyaban los hombres de mayor valía, y que pudieran con mas razon mostrarse mas asombradizos. A pesar de los encontrados dictámenes, se aprobó por la gran mayoría de la Junta la proposicion de Calvo, y se trató luego de extender el decreto.

Decídese á convocar las Córtes.

Al principio presentóse una minuta arreglada al voto del bailío Valdés, mas conceptuando que sus expresiones eran harto libres, y aun peligrosas en las circunstancias, y alegando de fuera y por su parte el ministro inglés Frere razones de conveniencia política, varióse el primer texto, acordando en su lugar otro decreto que se publicó con fecha de 22 de mayo, y en el que se limitaba la Junta á anunciar « el restablecimiento de la representacion legal y conocida » de la monarquía en sus antiguas Córtes, convocándose » las primeras en el año próximo, ó antes si las circunstan- » cias lo permitiesen. » Decreto tardío y vago, pero primer fundamento del edificio de libertad, que empezaron despues á levantar las Córtes congregadas en Cádiz.

Decreto de 22 de mayo.

Disponíase tambien por uno de sus artículos, que una comision de 5 vocales de la Junta se ocupase en reconocer y preparar los trabajos necesarios para el modo de convocar y formar las primeras Córtes, debiéndose ademas consultar acerca de ello á varias corporaciones y personas entendidas en la materia.

El no determinarse dia fijo para la convocacion, el adoptar el lento y trillado camino de las consultas, y el haber sido nombrados para la comision indicada con los señores arzobispos de Laodicea, Castanedo y Jovellanos los señores Riquelme y Caro, enemigos de la resolucion, excitó la sospecha de que el decreto promulgado no era sino engañoso señuelo para atraer y alucinar; por lo que su publicacion no prodnjo en favor de la central todo el fruto que era de esperarse.

Efecto que produce en la opinion.

Poco despues disgustó igualmente el restablecimiento de todos los Consejos: á sus adversarios por juzgar aquellos cuerpos, particularmente al de Castilla, opuestos á toda variacion ó mejora, á sus amigos por el modo cómo se restablecieron. Segun decreto de 3 de marzo debia instalarse de nuevo el Consejo real y supremo de Castilla, resumiéndose en él todas las facultades, que tanto por lo respectivo á España, como por lo tocante á Indias, habian ejercido hasta aquel tiempo los demas Consejos. Por entonces se suspendió el cumplimiento de este decreto, y solo en 25 de junio se mandó llevar á debido efecto. La reunion y confusion de todos los Consejos en uno solo fué lo que incomodó á sus individuos y parciales, y la Junta no tardó en sentir de cuán poco le servia dar vida y halagar á enemigo tan declarado.

Restablecimiento de todos los Consejos en uno solo.

A pesar de esta alternativa de varias y al parecer encontradas providencias, la Junta central, repetimos, se sostuvo desde el abril hasta el agosto de 1809 con mas séquito y aplauso que nunca; á lo que tambien contribuyó no solo haber sido evacuadas algunas provincias del norte, sino el ver que despues de las desgracias ocurridas se levantaban de nuevo y con presteza ejércitos en Aragon, Extremadura y otras partes.

Rendida Zaragoza, cayó por algun tiempo en desmayo el primero de aquellos reinos. Conociéronlo los franceses, y para no desaprovechar tan buena oportunidad, trataron de apoderarse de las plazas y puntos importantes que todavía no ocupaban. De los dos cuerpos suyos que estuvieron presentes al sitio de Zaragoza, se destinó el 5º á aquel objeto, permaneciendo el 3º en la ciudad, cuyos escombros aun ponian espanto al vencedor. Hubieran querido los enemigos enseñorearse de una vez de Jaca, Monzon, Benasque y Mequinenza. Mas á pesar de su conato no se hicieron due-

Operaciones de los ejércitos. Aragon.

ños sino de las dos primeras plazas, aprovechándose de la flaqueza de las fortificaciones y falta de recursos, y empleando otros medios ademas de la fuerza.

Rindese Jaca á los franceses.

Salió para Jaca el ayudante Fabre, del estado mayor, llevando consigo el regimiento 34 y un auxiliar de nuevo género, que desdecia del pensar y costumbres de los militares franceses. Era pues este un fraile agustino, de nombre fray José de la Consolacion, misionero, tenido en la tierra en gran predicamento, mas de aquellos cuyo traslado con tanta maestría nos ha delineado el festivo y satírico padre Isla. El 8 de marzo entró el fray José en la plaza, y la elocuencia que antes empleaba, si bien con poca mesura, por lo menos en respetables objetos, sirvióle ahora para pregonar su mision en favor de los enemigos de la patria, no siendo aquella la sola ocasion en que los franceses se valieron de frailes y de medios análogos á los que reprendian en los españoles. Convocó á junta el padre Consolacion á las autoridades y á otros religiosos, y saliéndole vanas por esta vez sus predicaciones, fomentó en secreto ayudado de algunos la desercion, la cual creció en tanto grado, que no quedando dentro sino poquísimos soldados, tuvo el 21 que rendirse el teniente-rey don Francisco Campos, que hacia de gobernador. Aunque no fuese Jaca plaza de grande importancia por su fortaleza, éralo por su situcion, que impedia comunicarse con Francia. Desacreditóse en Aragon el fraile misionero, prevaleciendo sobre el fanatismo el odio á la dominacion extranjera.

El padre Consolacion.

Pérdida de Monzon.

Perdióse Monzon á principios de marzo. Habia el 1º del mes llegado á sus muros el marqués de Lazan, procedente de Cataluña, y acompañado de la division de que hablamos anteriormente. Adelantóse á la sierra de Alcubierre, hasta que sabedor de la rendicion de Zaragoza y de que los franceses se acercaban, retrocedió al cuarto dia. Don Felipe

Perena, á quien habia dejado en Beabegal, tampoco tardó en retirarse á Monzon, en donde luego apareció con su brigada el general Girard. Informado Lazan de que el francés traia respetable fuerza, caminó la vuelta de Tortosa, y viéndose solo el gobernador de Monzon don Rafael de Anseátegui, desamparó con toda su gente el castillo, evacuando igualmente la villa los vecinos.

Son rechazados los franceses en Mequinenza.

No salieron los franceses tan lucidos en otras empresas que en Aragon intentaron, á pesar del abatimiento que habia sobrecogido á sus habitantes. El mariscal Mortier, jefe, como sabe el lector, del 5º cuerpo, quiso apoderarse en persona y de rebate de Mequinenza, villa solo amparada de un muro antiguo y de un mal castillo, pero de alguna importancia por ser llave hácia aquella parte del Ébro, y tener su asiento en donde este rio y el Segre se juntan en una madre. Tres tentativas hicieron en marzo los enemigos contra la villa: en todas ellas fueron repelidos, auxiliando á los de Mequinenza los vecinos de la Granja, pueblo catalan no muy distante.

Molina.

Extendiéronse igualmente los franceses via de Valencia hasta Morella, de donde exigidas algunas contribuciones, se replegaron á Alcañiz. Por el mediodia de Aragon se enderezaron á Molina, enojados del brio que mostraban los naturales, quienes bajo la buena guia de su junta habian atacado el 22 de marzo y ahuyentado en Truecha 300 infantes y caballos de los contrarios. Por ello y por verse así cortada la comunicacion entre Madrid y Zaragoza, dirigiéronse los últimos en gran número contra Molina, de lo que advertida su junta, se recogió á cinco leguas en las sierras del señorío. Todos los vecinos desampararon la villa, cuyo casco ocuparon los franceses, mas solo por pocos dias.

Napoleon en tanto creyendo que los aragoneses estaban sometidos con la caida de Zaragoza, é importándole acu-

Pasa el 5° cuerpo de Aragon á Castilla.

dir á Castilla á fin de proseguir las operaciones contra los ingleses, determinó que el 5° cuerpo marchase á últimos de abril del lado de Valladolid, poniéndole despues, así como al 2° y 6°, segun ya se dijo, bajo el mando supremo del mariscal Soult.

Sucede á Junot Suchet en el mando de Aragon.

Quedó por consiguiente para guardar á Aragon solo el 3er cuerpo regido por el general Junot, quien permaneció allí corto tiempo, habiendo caido enfermo, y no juzgándosele capaz de gobernar por sí país tan desordenado y poco seguro. Sucedióle Suchet, que estaba al frente de una de las divisiones del 5° cuerpo, y dejando dicho general á Mortier en Castilla, volvió á Zaragoza y se encargó del mando de la provincia y del 3er cuerpo, cuya fuerza se hallaba reducida con las pérdidas experimentadas en el sitio de aquella ciudad y con las enfermedades, notándose ademas en sus filas muy menguada la virtud militar. Llegó el 19 de marzo á Zaragoza el general Suchet con la esperanza de que tendria suficiente espacio para restablecer el órden y la disciplina sin ser incomodado por los españoles.

Formacion del 2° ejército español de la derecha.

Mas engañóse, habiendo la Junta central acordado con laudable prevision medidas de que luego se empezó á recoger el fruto. Debe mirarse como la mas principal la de haber ordenado á mediados de abril la formacian de un 2° ejército de la derecha, que se denominaria de Aragon y Valencia, y cuyo objeto fuese cubrir las entradas de la última provincia é incomodar á los franceses en la otra. Confióse el mando á don Joaquin Blake, que se hallaba en Tortosa, habiéndole la central poco antes enviado á Cataluña bajo las órdenes de Reding, quien á su arribo le destinó á aquella plaza para mandar la division de Lazan, acuartelada en su recinto. El nuevo ejército debia componerse de esta misma division, que constaba de 4 á 5000 hombres, y de las fuerzas que aprontase Valencia.

Mándale Blake.

Rica y populosa esta provincia, hubiera en verdad podido coadyuvar grandemente á aquel objeto, si reyertas interiores no hubieran en parte inutilizado los impulsos de su patriotismo. Habíase su territorio mantenido libre de enemigos desde el junio del año anterior. Continuaba á su frente la primera junta, que era sobrado turbulenta, y permaneció mucho tiempo mandando como capitan general el conde de la Conquista, hombre no muy entusiasmado por la causa nacional, que consideraba perdida. En diciembre de 1808 se recogió allí desde Cuenca, hasta donde habia acompañado al ejército del centro, don José Caro, y con él una corta division. Luego que llegó este á Valencia fué nombrado segundo cabo, y prontamente se aumentaron los piques y sinsabores, queriendo el don José reemplazar en el mando al de la Conquista. No cortó la discordia el baron de Sabasona, individuo de la central, enviado á aquel reino en calidad de comisario: buen patricio, pero ignorante, terco y de fastidiosa arrogancia, no era propio para conciliar voluntades desunidas, ni para imponer el debido respeto. Anduvieron pues sueltas mezquinas pasiones, hasta que por fin en abril de 1809 consiguió Caro su objeto, sin que por eso se ahogase, conforme despues veremos, la semilla de enredos echada en aquel suelo por hombres inquietos. Así fué que Valencia, á pesar de sus muchos y variados recursos y de tener cerca á Murcia, libre tambien de enemigos, y sujeta en lo militar á la misma capitanía general, no ayudó por de pronto á Blake con otra fuerza que la de 8 batallones apostados en Morella á las órdenes de don Pedro Roca.

Reino de Valencia.

Con estos y la division mencionada de Lazan empezó á formar don Joaquin Blake el 2° ejército de la derecha. Entonces solo trató de disciplinarlos, contentándose con establecer una línea de comunicacion sobre el rio Algas, y otra

Reune Blake el mando de toda la corona de Arsgon.

Muévese Blake. del lado de Morella. Mas poco despues animado con que la central hubiese añadido á su mando el de Cataluña, vacante por muerte de Reding, y sabedor de que la fuerza francesa en Aragon se habia reducido á la del 3er cuerpo, como tambien que muchos de aquellos moradores se movian, resolvió obrar antes de lo que pensaba, saliendo de Tortosa el 7 de mayo. Manifestáronse los primeros síntomas de levantamiento hácia Monzon. Sirvieron de estímulo las vejaciones y tropelías que cometian en Barbastro y orillas del Cinca las tropas del general Habert. Dió la señal en principios de mayo la villa de Albelda, negándose á pagar las contribuciones y repartimientos que le habian impuesto. Enviaron los franceses gente para castigar tal osadía; mas protegidos los habitantes por 700 hombres que de Lérida envió el gobernador don José Casimiro Lavalle á las órdenes de los coroneles don Felipe Perena y don Juan Baget, no solo se libertaron del azote que los amagaba, sino que tambien consiguieron escarmentar en Tamarite á los enemigos, cuyo número se retiró á Barbastro quedando unos 200 en Monzon. Alentados con el suceso los naturales de esta villa y cansados del yugo extranjero, levantáronse contra sus opresores, y los obligaron á retirarse de sus hogares.

Conmociones en Aragon.

Albelda.

Tamarite.

Abandonan los franceses á Monzon.

Necesario era que los franceses vengasen tamaña afrenta. Dirigieron pues crecida fuerza lo largo de la derecha del Cinca, y el 16 cruzaron este rio por el vado y barca del Pomar. Atacaron á Monzon, que guarnecia con un reducido batallon y un tercio de miqueletes don Felipe Perena: creian ya los enemigos seguro el triunfo, cuando fueron repelidos y aun desalojados del lugar del Pueyo. Insistieron al dia siguiente en su propósito, y hasta penetraron en las calles de Monzon; pero acudiendo á tiempo desde Fonz don Juan Baget, tuvieron que retirarse con pérdida considerable. Escarmentados de este modo pidieron socorro á Barbastro,

En vano intentaron recobrarle.

de donde salieron con presteza en su ayuda 2000 hombres. Desgraciadamente para ellos el Cinca hinchándose con las avenidas salió de madre, y les impidió vadear sus aguas. Separados por este incidente, y sin poder comunicarse los franceses de ambas orillas, conocieron su peligro los que ocupaban la izquierda, y para evitarle corrieron hácia Albalate en busca del puente de Fraga. Habia antes previsto su movimiento el gobernador español de Lérida, y se encontraron con que aquel paso estaba ya atajado. Revolvieron entonces sobre Fonz y Estadilla, queriendo repasar el Cinca del lado de las montañas situadas en la confluencia del Esera. Hostigados allí por todos lados, faltos de recursos y sin poder recibir auxilio de sus compañeros de la márgen derecha, tuvieron que rendirse estos, que en vano habian recorrido toda la izquierda, entregándose prisioneros el 21 de mayo á los jefes Perena y Baget en número de unos 600 hombres. Encendióse mas y mas con hecho tan glorioso la insurreccion del paisanaje, y fué estimulado Blake á acelerar sus movimientos.

Rindense 600 franceses.

Ya este general despues de su salida de Tortosa se habia aproximado á la division francesa que en Alcañiz y sus alrededores mandaba el general Laval, obligándole á evacuar aquella ciudad el 18 del mas de mayo. Los enemigos todavía no tenian por allí numerosa fuerza, pues dicha division no permanecia entera y reunida en un punto, sino que acantonada se extendia hasta Barbastro, mediando el Ebro entre sus esparcidos trozos. Nada hubiera importado á los franceses semejante desparramamiento si no perdieran á Monzon, y si impensadamente no se hubiera aparecido don Joaquin Blake, cuyos dos acontecimientos supiéronse en Zaragoza el 20 á la propia sazon que Suchet acababa de tomar el mando.

Entra Blake en Alcañiz.

Se desvanecieron por consiguiente los planes de este

Va Suchet á su encuentro.

general de mejorar el estado de su ejército antes de obrar, y en breve se preparó á ir á socorrer á su gente. Dejó en Zaragoza pocas tropas, y llevando consigo la mayor parte de la 2ª division, marchó á reforzar la 1ª del mando de Laval, que se reconcentraba en las alturas de Híjar. Juntas ambas ascendian á unos 8000 hombres, de los que 600 eran de caballería. Arengó Suchet á sus tropas, recordóles pasadas glorias, y yendo adelante se aproximó á Alcañiz, en donde ya estaba apostado don Joaquin Blake. Contaba por su parte el general español, reunidas que fueron las divisiones valenciana de Morella y aragonesa de Tortosa, 8176 infantes y 481 caballos.

Batalla de Alcañiz.

La derecha, al mando de don Juan Cárlos de Areizaga, se alojaba en el cerro de los Pueyos de Fórnoles; la izquierda, gobernada por don Pedro Roca, permaneció en el cabezo ó cumbre baja de Rodriguer, situándose el centro en el de Capuchinos á las inmediatas órdenes del general en jefe y de su segundo el marqués de Lazan. Corria á la espalda del ejército el rio Guadalope, y mas allá se descubria colocada en un recuesto la ciudad de Alcañiz.

A la seis de la mañana del 23 aparecieron los enemigos por el camino de Zaragoza, retirándose á su vista la vanguardia española que regia don Pedro Tejada. Pusieron aquellos su primer conato en apoderarse de la ermita de Fórnoles, atacando el cerro por el frente y flanco derecho, al mismo tiempo que ocupaban las alturas inmediatas. Contestaron con acierto los nuestros á sus fuegos, y repelieron despues con serenidad y vigorosamente una columna sólida de 900 granaderos, que marchaba arma al brazo y con grande algazara. Queriendo entonces el general Blake causar diversion al enemigo, envió contra su centro un trozo de gente escogida al mando de don Martin de Menchaca. No estorbó esta atinada resolucion el que Suchet repitiese sus

ataques para enseñorearse de la ermita de Fórnoles, si bien infructuosamente, alcanzando gloria y prez Areizaga y los españoles que defendian el puesto. Enojados los franceses al ver cuán inútiles eran sus esfuerzos, revolvieron sobre Menchaca, que acometido por superiores fuerzas, tuvo que recogerse al cerro de la mencionada ermita. Extendióse en seguida la pelea al centro é izquierda española, avanzando una columna enemiga por el camino de Zaragoza con tal impetuosidad, que por de pronto todo lo arrolló. Mandábala el general francés Fabre, y sus soldados llegaron al pié de las baterías españolas del centro, en donde los contuvo y desordenó el fuego vivísimo de los infantes, y el bien acertado á metralla de la artillería que gobernaba don Martin García Loigorri. Rota y deshecha esta columna tuvieron los enemigos que replegarse, dejando el camino de Zaragoza cubierto de cadáveres. Nuestras tropas picaron algun trecho su retirada, y no insistió Blake en el perseguimiento por la desconfianza que le inspiraba su propia caballería, que anduvo floja en aquella jornada. Perdieron los españoles de 200 á 300 hombres: los franceses unos 800, quedando herido levemente en un pié el general Suchet. Prosiguieron los últimos por la noche su marcha retrógrada, y tal era el terror infundido en sus filas, que esparcida la voz de que llegaban los españoles, echaron sus soldados á correr, y mezclados y en confusion llegaron á Samper de Calanda. Avergonzados con el dia volvieron en sí, y pudo Suchet recogerse á Zaragoza, cuyo suelo pisó de nuevo el 6 de junio.

Retírase Suchet á Zaragoza.

Satisfecho Blake de haber reanimado á sus tropas con la victoria alcanzada, limitóse durante algunos dias á ejercitarlas en las maniobras militares, mudando únicamente de acantonamientos. La junta de Valencia acudió en su auxilio con gente y otros socorros, y la central estableciendo un parte ó correo extraordinario dos veces por semana,

mantuvo activa correspondencia, remitiendo en oro y por conducto tan expedito los suficientes caudales. Reforzado el general Blake y con mayores recursos se movió camino de Zaragoza, confiado tambien en que el entusiasmo de las tropas supliria hasta cierto punto lo que les faltase de aguerridas.

Por su parte el general Suchet tampoco desperdició el tiempo que le habia dejado su contrario, pues acampando su gente en las inmediaciones de Zaragoza, procuró destruir las causas que habian algun tanto corrompido la disciplina.

Situacion crítica de Suchet.

Formó igualmente con objeto de evitar cualquiera sorpresa atrincheramientos en Torrero y á lo largo de la acequia, barreó el arrabal, mejoró las fortificaciones de la Aljafería, y envió caminó de Pamplona lo mas embarazoso de la artillería y del bagaje.

Partidarios.

En las apuradas circunstancias que le rodeaban no solo tenia que prevenirse contra los ataques de Blake, sino tambien contra las asechanzas de los habitantes, y los esfuerzos de varios partidarios. De estos se adelantó orillas del Jalon un cuerpo franco de 1000 hombres al mando del coronel don Ramon Gayan, y por el lado de Monzon é izquierda del Ebro acercóse al puente del Gállego el brigadier Perena. De suerte que otro descalabro como el de Alcañiz bastaba para que tuviesen los franceses que evacuar á Zaragoza, y dejar libre el reino de Aragon.

Afanado así el general Suchet y lleno de zozobra, ocupábase sobre todo en averiguar las operaciones de don Joaquin Blake, cuando supo que este se aproximaba. Preparóse pues á recibirle, y dejando la caballería en el Burgo, distribuyó los peones entre el monte Torrero y el monasterio de Santa Fé, camino de Madrid, al paso que destacó á Muel al general Fabre con 1200 hombres.

El ejército español proseguia su movimiento, y engrosa-

das sus filas con nuevas tropas reunidas de varias partes, pasaba su número de 17000 hombres. De ellos hallábase el 13 avanzada en Botorrita la division de don Juan Cárlos de Areizaga, estando en Fuendetodos con los demas don Joaquin Blake. Noticioso este general de que Fabre se habia adelantado de Muel á Longares, apresuró su marcha en la misma tarde con intento de coger al francés entre sus tropas y las de Areizaga. Mas aquel viéndose cortado del lado de Zaragoza, abandonó un convoy de víveres y se retiró á Plasencia de Jalon. Inútilmente corrió en su ayuda la 2ª division francesa, que ni pudo abrir la comunicacion ni apoderarse del puesto que en Botorrita ocupaba Areizaga, teniendo al fin que replegarse sabedora de que venia sobre ella el grueso del ejército español.

Adelántase Blake á Zaragoza.

Cerciorado de lo mismo el general Suchet y resuelto á combatir, tomó sus disposiciones. La fuerza con que contaba ascendia á unos 12000 hombres, debiéndose juntar en breve 2 regimientos procedentes de Tudela, y Fabre que desde Plasencia caminaba á Zaragoza. La disciplina de sus soldados se habia mejorado, mostrándose mas serenos y animados que en Alcañiz.

En la mañana del 15 el general Blake luego que llegó á María, distante dos leguas y media de Zaragoza, pasó mas allá y cruzó el arroyo que pasa por delante de aquel pueblo. Su ejército estaba distribuido en columnas mandadas por coroneles, y le colocó sobre unas lomas repartido en dos líneas. La primera de estas la mandaba don Pedro Roca, y en ella se mantuvo desde el principio don Joaquin Blake. Estaba al frente de la segunda el marqués de Lazan. Situóse sobre la derecha, que era la parte mas llana, la caballería, capitaneada por el general Odonojú con algunos infantes, apoyándose en el Huerba, cuyas dos orillas ocupaba. La fuerza allí presente no pasaba de 12000 hombres, conti-

Batalla de María.

nuando destacada en Botorrita la division de Areizaga compuesta de 5000 combatientes.

Enfrente y á corta distancia del nuestro se divisaba el ejército francés, guiado por su general Suchet. Los españoles permanecian quietos en su puesto, y los enemigos no se apresuraron á empeñar la accion hasta las dos de la tarde, que les llegó el refuerzo de los regimientos de Tudela. Entonces habiendo dejado de antemano en Torrero al general Laval para tener en respeto á Zaragoza, movióse Suchet por el frente haciendo otro tanto los españoles. Dieron estos muestras de flanquear con su izquierda la derecha de los enemigos, lo cual estorbó el general francés reforzándola, hasta querer por aquella parte romper nuestras filas. Separaba á entrambos ejércitos una quebrada, que recibió órden de cruzar el general Musnier, á quien no solo repelieron los españoles, sino que reforzada su izquierda con gente de la derecha, le desordenaron y deshicieron. Acudió en su auxilio por mandato de Suchet el intrépido general Harispe, consiguiendo aunque herido restablecer entre sus tropas el ánimo y la confianza. En aquella hora sobrevino una horrorosa tronada con lluvia y viento que cási suspendió el combate, impidiendo á ambos ejércitos el distinguirse claramente.

Serenado el tiempo, pensó Suchet que seria mas fácil romper la derecha no colocada tan ventajosamente, y en donde se hallaba la caballería, inferior á la suya en número y disciplina. Así fué que con una columna avanzó de aquel lado el general Habert, precediéndole Vattier con 2 regimientos de caballería. Ejecutada la operacion con celeridad, se vieron arrollados los jinetes españoles y rota la derecha, apoderándose los franceses de un puentecillo por el cual se cruzaba el arrollo colocado detrás de nuestra posicion. Permaneció no obstante firme en esta don Joaquin Blake, y

ayudado de los generales Lazan y Roca, resistió durante largo rato y con denuedo á las impetuosas acometidas que por el frente y oblicuamente hicieron los franceses. Al fin flaqueando algunos cuerpos españoles, se arrojaron todos abajo de las lomas que ocupaban, en cuyas hondonadas, formándose barrizales con la lluvia de la tormenta, se atascaron muchos cañones, de los que en todo se perdieron hasta unos 15. Fueron cogidos prisioneros el general Odonojú y el coronel Menchaca, siendo bastantes los muertos.

Retiráronse despues los españoles sin particular molestia, uniéndose en Botorrita á la division de Areizaga, que lastimosamente no tomó parte en la accion. Ignoramos las razones que asistieron á don Joaquin Blake para tenerla alejada del campo de batalla. Si fué con intento de buscar en ella refugio en caso de derrota, lo mismo le hubiera encontrado teniéndola mas cerca y á su vista, con la diferencia de que empleados oportunamente sus soldados al desconcertarse la derecha, muy otro hubiera sido el éxito de la refriega, bien disputada por nuestra parte, recientes todavía los laureles de Alcañiz, y desasosegados los franceses con la terrible imágen de Zaragoza, que á la espalda aguardaba silenciosa su libertad.

Retírase Blake á Botorrita.

El general Suchet volvió por la noche á aquella ciudad, mandando al general Laval que de Torrero caminase á amenazar la retaguardia de los españoles. Permaneció don Joaquin Blake el 16 en Botorrita, resuelto á aguardar á los franceses: pudiera haberle costado cara semejante determinacion, si el general Laval, descarriado por sus guias, no se hubiese retardado en su marcha. Admiróse Suchet al saber que Blake aunque derrotado se mantenia en Botorrita, de cuyo punto no se hubiera tan pronto movido si el amo de la casa donde almorzó Laval no le hubiese avisado de la marcha de este. Así el patriotismo de un individuo preser-

vó quizás al ejército español de un nuevo contratiempo.

Retírase de Botorrita.

Advertido Blake abrevió su retirada, sin que por eso hubiese antes habido ningun empeñado choque. Siguióle Suchet el 17 hasta la Puebla de Alborton, y el 18 ambos ejércitos se encontraron en Belchite. No era el de Blake mas numeroso que en María, pues si bien por una parte se le unió la division de Areizaga y un batallon del regimiento de Granada procedente de Lérida, por otra habíase perdido en la accion mucha gente entre muertos y extraviados, y separádose el cuerpo franco de don Ramon Gayan. Ademas la disposicion de los ánimos era diversa, decaidos con la desgracia. Lo contrario sucedia á los franceses, que recobrado su antiguo aliento y contando cási las mismas fuerzas, podia confiadamente ponerse al riesgo de nuevos combates.

Batalla de Belchite.

Está Belchite situado en la pendiente de unas alturas que le circuyen de todos lados excepto por el frente y camino de Zaragoza, en donde yacen olivares y hermosas vegas, que riegan las aguas de la Cuba ó pantano de Almonacid. Don Joaquin Blake puso su derecha en el Calvario, colina en que se respalda Belchite; su centro en Santa Bárbara, punto situado en el mismo pueblo, habiendo prolongado su izquierda hasta la ermita de nuestra señora del Pueyo. En algunas partes formaba el ejército tres líneas. Guarneciéronse los olivares con tiradores, y se apostó la caballería camino de Zaragoza. Aparecieron los franceses por las alturas de la Puebla de Alborton, atacando principalmente nuestra izquierda la division del general Musnier. Amagó de léjos la derecha el general Habert, y tropas ligeras entretuvieron el centro con varias escaramuzas. A él se acogieron luego nuestros soldados de la izquierda, agrupándose alrededor de Belchite y Santa Bárbara, lo que no dejó ya de causar cierta confusion. Sin embargo nuestros fuegos respondieron bien al principio á los de los con-

trarios, y por todas partes se manifestaban al menos deseos de pelear honradamente. Mas á poco incendiándose 2 ó 3 granadas españolas, y cayendo una del enemigo en medio de un regimiento, espantáronse unos, cundió el miedo á otros, y terror pánico se extendió á todas las filas, siendo arrastrados en el remolino mal de su grado aun los mas valerosos. Solos quedaron en medio de la posicion los generales Blake, Lazan y Roca, con algunos oficiales; los demas cási todos huyeron ó fueron atropellados. Sentimos, por ignorarlo, no estampar aquí para eterno baldon el nombre de los causadores de tamaña afrenta. Como la dispersion ocurrió al comenzarse la refriega, pocos fueron los muertos y pocos los prisioneros, ayudando á los cobardes el conocimiento del terreno. Perdiéronse 9 ó 10 cañones que quedaban despues de la batalla de María, y perdióse sobre todo el fruto de muchos meses de trabajos, afanes y preparativos. Aunque es cierto que no fué don Joaquin Blake quien dió inmediata ocasion á la derrota, censuróse con razon en aquel general la extremada confianza de aventurar una segunda accion tres dias despues de la pérdida de la de María, debiendo temer que tropas nuevas como las suyas no podian haber olvidado tan pronto tan reciente y grave desgracia.

Resultas desastradas de la batalla.

Los franceses avanzaron el mismo dia 18 á Alcañiz. Los españoles se retiraron en mas ó en menos desórden á puntos diversos: la division aragonesa de Lazan á Tortosa de donde habia salido, la de Valencia á Morella y San Mateo: acompañaron á ambas varios de los nuevos refuerzos, algunos tiraron á otros lados. Tambien repartiendo en columnas su ejército el general francés, dirigió una la vuelta de Tortosa, otra del lado de Morella, y apostó al general Musnier en Alcañiz y orillas de Guadalope. En cuanto á el, despues de pasar en persona el Ebro por Caspe, de recono-

cer á Maquinenza y de recuperar á Monzon, volvió á Zaragoza, habiendo dejado de observacion en la línea del Cinca al general Habert.

Ganada la batalla de Belchite, si tal nombre merece, y despejada la tierra, figuróse Suchet que seria árbitro de entregarse descansadamente al cuidado interior de su provincia. En breve se desengañó, porque animados los naturales al recibo de las noticias de otras partes, y engrosándose las guerrillas y cuerpos francos con los dispersos del ejército vencido, apareció la insurreccion, como veremos despues, mas formidable que antes, encarnizándose la guerra de un modo desusado.

pasa Blake á Cataluña.

Desde Tortosa volvió el general Blake la vista al norte de Cataluña, y en especial la fijó en Gerona, de cuyo sitio y anexas operaciones suspenderemos hablar hasta el libro próximo, por no dividir en trozos hecho tan memorable. En lo demas de aquel principado continuaron tropas destacadas, somatanes y partidas incomodando al enemigo, pero de sus esfuerzos no se recogió abundante fruto faltando en aquellas lides el debido órden y concierto.

Conspiracion de Barcelona.

Tampoco cesaban las correspondencias y tratos con Barcelona, y fué notable y de tristes resultas lo que ocurrió en mayo. Tramábase ganar la plaza por sorpresa. El general interino del principado marqués de Coupigny se entendia con varios habitantes, debiendo una division suya entrar el 16 á hurtadillas y por la noche en la ciudad, al mismo tiempo que del lado de la marina divirtiesen fuerzas navales á los franceses. Mas avisados estos frustraron la tentativa, arrestando á varios conspiradores que el 3 de junio pagaron públicamente su arrojo con la vida. Entre ellos reportado y con firmeza respondió al interrogatorio que precedió al suplicio el doctor Pou, de la universidad de Cerbera: no menos atrevido se mostró un mozo del comercio llamado

Suplicio de algunos patriotas.

Juan Massana, quien ofendido de la palabra traidor con que le apellidó el general francés, replicóle: «el traidor es » V. E, que con capa de amistad se ha apoderado de nues- » tras fortalezas.» Recompensó el patíbulo tamaño brio.

Habia alterado al gobierno de José la excursion de Blake en Aragon, á punto de pedir á Saint-Cyr que de Cataluña cayese sobre la retaguardia del general español. Graves razones le asistian para tal cuidado, pues ademas de las inmediatas resultas de la campaña, temia el influjo que podia esta ejercer en el mediodia de España, donde el estado de cosas cada dia presagiaba extensas é importantes operaciones militares. Por lo cual será bien que volviendo atrás relatemos lo que por allí pasaba.

Sucesos del mediodia de España.

Despues de la batalla de Medellin habia sentado el mariscal Victor sus reales en Mérida, ciudad célebre por los restos de antigüedades que aun conserva, y desde la cual, situada en feraz terreno, se podia fácilmente observar la plaza de Badajoz, y tener en respeto las reliquias del ejército de don Gregorio de la Cuesta. Para mayor seguridad de sus cuarteles fortificó el mariscal francés la casa del *Conventual*, residencia hoy de un provisor de la órden de Santiago, y antes parte de una fortaleza edificada por los romanos, divisándose todavía del lado de Guadiana, en el lugar llamado el Mirador, un murallon de fábrica portentosa. En lo interior establecieron los franceses un hospital y almacenaron muchos bastimentos.

Mariscal Victor.

De Mérida destacaron los enemigos á Badajoz algunas tropas é intimaron la rendicion á la plaza, confiados en el terror que habia infundido la jornada de Medellin y tambien en secretos tratos. Salió su esperanza vana, respondiendo á sus proposiciones la junta provincial á cañonazos. Era en esta parte tan unánime la opinion de Extremadura, que por entonces no consiguió el mariscal Victor que pueblo algu-

Patriotismo de Extremadura.

no prestase juramento ni reconociese el gobierno intruso. Solo en Mérida obtuvo de varios vecinos, cási á la fuerza, que firmasen una representacion congratulatoria á José; mas el acto produjo tal escándalo en toda la provincia, que al decretar la junta contra los firmantes formacion de causa, prefirieron estos comparecer en Badajoz y correr todo riesgo á mancillar su fama con la tacha de traidores. Su espontánea presentacion los libertó de castigo. No era extraño que los naturales mirasen con malos ojos á los que seguian las banderas del extranjero, cuando este saqueaba y asolaba horrorosamente la desgraciada Extremadura.

Inaccion de Victor.

Por lo demas Victor habia permanecido inmoble despues de lo de Medellin, no tanto porque temiese invadir la Andalucía, cuanto por ser principal deseo del emperador la ocupacion de Portugal. Ya dijimos fuera su plan, que al tiempo que Soult penetrase aquel reino via de Galicia, otro tanto hiciesen Lapisse por Ciudad-Rodrigo y Victor por Extremadura. La falta de comunicaciones impidió dar á lo mandado el debido cumplimiento, dificultándose estas á punto de que se interrumpieron aun entre los dos últimos generales. Ocasionóles tamaño embarazo sir Roberto Wilson, quien antes de pasar á Portugal en cooperacion de Wellesley, habia destacado 2 batallones al puerto de Baños, y cortado así la correspondencia á los enemigos. Incomodados estos con tales obstáculos, estuviéronlo mucho mas con la insurreccion del paisanaje, que cundió por toda la tierra de Cuidad-Rodrigo, de manera que temiendo Lapisse no entrar en Portugal á tiempo, determinó pasar á Extremadura y obrar de acuerdo con Victor. Así lo verificó, haciendo una marcha rápida sobre Alcántara por el puerto de Perales.

Pasa Lapisse de tierra de Salamanca á Extremadura.

Los vecinos de aquella villa trataron de defender la entrada apostándose en su magnífico puente, mas vencidos

Entra en Alcántara.

penetraron los franceses dentro, y en venganza todo lo pillaron y destruyeron, sin que respetesen ni aun los sepulcros. Diéronse no obstante los últimos priesa á evacuarla, continuando por la noche su camino, temerosos del coronel Grant y de don Cárlos de España que seguian su huella, y los cuales, entrando por la mañana en Alcántara, se hallaron con el espantoso espectáculo de casas incendiadas y de calles obstruidas de cadáveres. Se incorporó en seguida Lapisse con Victor en Mérida el 19 de abril.

Unese Lapisse á Victor.

Entonces prevaleciendo ante todo en la mente de los franceses la invasion de Portugal, mandó José al mariscal Victor que en union con el general Lapisse marchase la vuelta de aquel reino. Parecia oportuno momento para cumplir á lo menos en parte el plan del emperador, pues á la propia sazon se enseñoreaba el mariscal Soult de la provincia de Entre-Duero-y-Miño.

Marchan contra Portugal.

Encaminóse pues Victor hácia Alcántara, poniendo al cuidado de Lapisse repasar el puente, ocupado á su llegada por el coronel inglés Mayne, quien en ausencia de Wilson al norte de Portugal mandaba la legion lusitana. Quiso el inglés volar un arco del puente, y no habiéndolo conseguido, se replegó el 14 de mayo á su antigua posicion de Castello-Branco. Hasta allí despues de cruzar el Tajo envió Lapisse sus descubiertas por querer el mariscal Victor ir mas adelante; mas aunque resuelto á ello, detuvieron á este temores del general Mackenzie, el cual, segun apuntamos en el libro anterior, apostado en Abrantes al avanzar Wellesley á Oporto, salió al encuentro de los franceses para prevenir su marcha. El movimiento del inglés y voces vagas que empezaron á correr de la retirada de Soult de las orillas del Duero, decidieron á Victor no solo á desistir de su primer propósito, sino tambien á retroceder á Extremadura.

Desisten de su intento.

Muévese Cuesta.

Por su parte don Gregorio de la Cuesta luego que supo la partida de aquel mariscal, movióse con su ejército rehecho y engrosado, y puso los reales en la Fuente del Maestre, amagando sin estrecharle al Conventual de Mérida, que guarnecian los franceses. Victor al volver de su correría se colocó en Torremocha, vigilando sus puestos avanzados los pasos de Tajo y Guadiana. Pero su inútil tentativa contra Portugal, el haber asomado ingleses á los lindes extremeños, y el reequipo y aumento del ejército de Cuesta, dieron aliento á la poblacion de las riberas del Tajo, la cual interceptando las comunicaciones, molestó continuadamente á los enemigos. Mucho estimuló á la insurreccion la junta de Extremadura, enviando para dirigirla á don José Joaquin de Ayesteran y á don Francisco Longedo, quienes de acuerdo con don Miguel de Quero, que ya antes habia empezado á guerrar en la Higuera de las Dueñas, provincia de Toledo, juntaron un cuerpo de 600 infantes y 100 caballos bajo el nombre de voluntarios y lanceros de Cruzada del valle de Tiétar. Recorriendo la tierra molestaron los convoyes enemigos, y fueron notables mas adelante dos de sus combates, uno trabado el 29 de junio en el pueblo de Menga con las tropas del general Hugo, comandante de Avila, otro el que sostuvieron el 1º de julio en el puente de Tiétar, y de cuyas resultas cogieron á los franceses mucho ganado lanar y vacuno. Se agregó despues esta gente á la vangardia del ejército de Cuesta.

Partidarios de Extremadura y Toledo.

Vuelan los franceses el puente de Alcántara.

Mientras tanto el mariscal Victor viendo lo que crecia el ejército español, y temeroso de las fuerzas inglesas que se iban arrimando á Castello-Branco, repasó el Tajo situándose el 19 de junio en Plasencia. Poco antes envió un destacamento para volar el famoso puente de Alcántara, admirable y portentosa obra del tiempo de Trajano, que nunca fuera tan maltratada como esta vez, habiéndose contentado los

moros y los portugueses en antiguas guerras con cortar uno de sus arcos mas pequeños.

Ejército de la Mancha.

Otras atenciones obligaron luego á Victor á mudar de estancia. En la Mancha y asperezas de Sierramorena, despues que Venegas tomó el mando de aquel ejército, se habian aumentado sus filas, ascendiendo el número de hombres á principios de junio á unos 19000 infantes y 3000 caballos. Para no permanecer ocioso y foguear su gente, resolvió Venegas salir en 14 del mismo mes de las estrechuras de la sierra y sus cercanías, y recorrer las llanuras de la Mancha. Alcanzaron sus partidas de guerrilla algunas ventajas, y el 28 de junio la division de vanguardia, regida por don Luis Lacy, escarmentó con gloria al enemigo en el pueblo de Torralba.

Va á su encuentro sin fruto José Bonaparte.

La repentina marcha de Venegas asustó en Madrid á José, ya inquieto, segun hemos dicho, con la entrada de Blake en Aragon. Así fué que al paso que ordenó á Mortier que se aproximase por el lado de Castilla la Vieja á las sierras de Guadarrama, previno al mariscal Victor que poniéndose sobre Talavera, le enviase una division de infantería y caballería ligera. Agregada esta fuerza á sus guardias y reserva, se metió José desde Toledo en la Mancha, y uniéndose con el 4º cuerpo del mando de Sebastiani, avanzó hasta Ciudad-Real. Venegas, que por entonces no pensaba comprometer sus huestes, replegóse á tiempo, y ordenadamente tornó á Santa Elena. Penetró el rey intruso hasta Almagro, y no osando arriscarse mas adentro, se restituyó á Madrid, devolviendo al mariscal Victor las tropas que de su cuerpo de ejército habia entresacado.

Tales fueron las marchas y correrías que precedieron en Extremadura y Mancha á la campaña llamada de Talavera, la cual siendo de la mayor importancia, exige que antes de entrar en la relacion de sus complicados sucesos, contemos

las fuerzas que para ella pusieron en juego las diversas partes beligerantes.

Campaña de Talavera.

De los 8 cuerpos en que Napoleon distribuyó su ejército al hacer en octubre de 1808 su segunda y terrible invasion, incorporóse mas tarde el de Junot con los otros, reduciéndose por consiguiente á 7 el número de todos ellos. Cinco fueron los que cási en su totalidad coadyuvaron á la campaña de Talavera. Tres, el 2°, 5° y 6° acantonados en julio en Valladolid, Salamanca y tierra de Astorga bajo el mando supremo del mariscal Soult, y el 1° y 4° alojados por el mismo tiempo en la Mancha y orillas del Tajo hácia Extremadura. Concurrió tambien de Madrid la reserva y guardia de José, pudiéndose calcular que el conjunto de todas estas tropas rayaba en 100000 hombres. De los españoles vinieron sobre aquellos puntos los ejércitos de Extremadura y Mancha, el 1° de 36000 combatientes, el 2° de unos 24000. La fuerza de Wellesley acampada en Abrantes despues de su vuelta de Galicia, aunque engrosada con 5000 hombres, no excedia de 22000, menguada con los muertos y enfermos. Pasaban de 4000 portugueses y españoles los que regia el bizarro sir Roberto Wilson: de los últimos, 2 batallones habian sido destacados del ejército de Cuesta. Ademas 15000 de los primeros, que disciplinaba el general Beresford, desde el Águeda se trasladaron despues hácia Castello-Branco. Por manera que el número de hombres llamado á lidiar ó á cooperar en la campaña era de parte de los franceses, segun acabamos de decir, de unos 100000, y de cási otro tanto de la de los aliados, con la diferencia de ser aquellos homogéneos y aguerridos, y estos de varia naturaleza y en su mayor parte noveles y poco ejercitados en las armas.

Fuerzas que tomaron parte en ella.

El general Wellesley, aunque al desembarcar en Lisboa habia conceptuado como mas importante la destruccion del mariscal Victor, empezó sin embargo, conforme relatamos,

por arrojar á Soult de Portugal para caer despues mas desembarazadamente sobre el primero. Así se lo habia ofrecido al gobierno español al ir á Oporto, rogando que en el intermedio evitasen los generales españoles de Extremadura y Mancha todo serio reencuentro con los franceses. Cumplióse por ambas partes lo prometido; vióse forzado Soult á evacuar á Portugal, y Wellesley, despues de haber dado descanso y respiro á sus tropas en Abrantes, salió de allí el 27 de junio poniéndose en marcha hácia la frontera de Extremadura.

Marcha Wellesley á Extremadura.

Andaban los franceees divididos acerca del plan que convendria adoptar en aquellas circunstancias. José deseaba conservar lo conquistado, y sobre todo no abandonar á Madrid, pensando quizá con razon, que la evacuacion de la capital imprimiria en los ánimos errados sentimientos, en ocasion en que aun se mostraba viva la campaña de Austria. El mariscal Soult ateniéndose á reglas de la mas elevada estrategia, prescindia de la posesion de mas ó menos territorio, y opinaba que se obrase en dos grandes cuerpos ó masas, cuyos centros se establecerian uno en Toro, donde él estaba, y otro donde José residia.

Planes diversos de los franceses.

Despues de la vuelta de Soult á Castilla nada de particular habia ocurrido allí, esforzándose solamente dicho mariscal por arreglar y reconcentrar los 3 cuerpos que el emperador habia puesto á su cuidado. Encontró en ello estorbos, así en algunas providencias de José, que habia, segun se dijo, llamado hácia Guadarrama á Mortier, y así en la mal dispuesta voluntad del mariscal Ney, quien picado de la preferencia dada por el emperador á su compañero, queria separarse, so pretexto de enfermedad, del mando del 6º cuerpo. Embarazaban tambien escaseces de varios efectos, y sobre todo el carecer de artillería el 2º cuerpo, abandonada á su salida de Portugal. Para remover tales obstácu-

Situacion de Soult.

los, pedir auxilios y predicar en favor de su plan, envió Soult á Madrid al general Foy, que en posta partió el 19 de julio. Tornó este el 24 del mismo, y aunque se remediaron las necesidades mas urgentes y se compusieron hasta cierto punto las desavenencias entre Ney y Soult, no se accedió al plan de campaña que el último proponia, atento solamente José á conjurar el nublado que le amenazaba del lado del Tajo.

Cuesta en las Casas del Puerto.

Manteníase en Extremadura tranquilo don Gregorio de la Cuesta en espera del movimiento del general Wellesley, no habiendo emprendido, aunque bien á su pesar, accion alguna de gravedad. Hubo solamente choques parciales, y honró á las armas españolas el que sostuvo en Aljucen don José de Zayas, y otro que con no menor dicha trabó en Medellin el brigadier Ribas. Forzoso le era al anciano general reprimir su impaciencia, pues tal órden tenia de la Junta central. Limitábase á avanzar siempre que los franceses retrocedian, y al situarse en Plasencia el mariscal Victor el 19 de junio, sentó Cuesta el 20 del mismo sus cuarteles en las Casas del Puerto, orilla izquierda del Tajo. Allí aguardó á que adelantasen los ingleses, enviando al comisionado de esta nacion, coronel Bourke, á proponer á su general el plan que le parecia mas oportuno para abrir la campaña.

Avistase allí con él Wellesley.

Sir Arturo Wellesley, despues de levantar el 27 de junio su campo de Abrantes, prosiguió su marcha y estableció el 8 de julio su cuartel general en Plasencia, pasando el 10 á avistarse con Cuesta en las Casas del Puerto. Conferenciaron entre sí largamente ambos generales, y propuestos varios planes, se adoptó al fin el siguiente como preferible y mas acomodado. Sir Roberto Wilson con la fuerza de su mando y 2 batallones que Cuesta le proporcionaria, habia de marchar el 16 por la vera de Plasencia con direccion al Alberche, ocupando hasta Escalona los pueblos de la orilla

Plan que adoptan.

derecha: el 18 cruzaria el ejército británico por la Bazagona el Tiétar, en que se habia echado un puente provisional, y dirigiéndose por Majadas y Centenilla á Oropesa y al Casar, habia de extender su izquierda hasta San Roman y ponerse en contacto con la division de Wilson. El ejército español de Cuesta, cruzando el 19 el Tajo por Almaraz y puente del Arzobispo, habia de seguir el camino real de Talavera, y ocupar el frente del enemigo desde el Casar hasta el puente de tablas que hay sobre el Tajo en aquella ciudad, mas procurando en su marcha no embarazar la del ejército aliado. Tambien se acordó que Venegas, cuyo cuartel general estaba entonces en Santa Cruz de Mudela, y que dependia hasta cierto punto de Cuesta, avanzase si la fuerza del general Sebastiani no era superior á la suya, y que pasando el Tajo por Fuentidueña se pusiese sobre Madrid, debiendo retroceder á la sierra por Tarancon y Torrejoncillo, en caso que acudiesen contra él tropas numerosas. Agradó este plan por lo respectivo al movimiento de Cuesta y de los ingleses: no pareció tan atinado en lo tocante á Venegas, cuyo ejército, alejándose demasiado del centro de operaciones, ni podia fácilmente darse la mano con los aliados en cualquiera mudanza de plan que hubiese, ni era posible acudir con prontitud en su auxilio, si aceleradamente caian reforzados sobre él los enemigos.

Acordes Cuesta y Wellesley volvió el último á Plasencia, é impensadamente escribió el 16 al ayudante general don Tomás Odonojú diciéndole, que si bien estaba pronto á ejecutar el plan convenido, desprovisto su ejército de muchos artículos y sobre todo de transportes, podrian quizá presentarse dificultades inesperadas; y despues añadia con tono mas acerbo, que en todo país en que se abre una campaña, debiendo los naturales proveer de medios de subsistencia, si en este caso no se proporcionaban, tendria Es-

paña que pasarse sin la ayuda de los aliados. Tal fué la primera queja que de este género se suscitó. Habia la Junta central ofrecido suministrar cuantos auxilios estuviesen en su mano, y en efecto expidió órdenes premiosas á las juntas de Badajoz, Plasencia y Ciudad-Rodrigo para hacer abundantes acopios de todos los artículos precisos á la subsistencia del ejército británico, escogiendo ademas á don Juan Lozano de Torres con los correspondientes comisarios de guerra para que le saliesen á recibir á la frontera de España. Semejantes resoluciones pudieran haber bastado en tiempos ordinarios, ahora no, mayormente estando para ejecutarlas el Lozano de Torres, hombre antes embrollador que prudente y activo. Las escaseces fueron reales; mas agriándose las contestaciones, se trataron con injusticia unos y otros, dando ocasion, segun veremos, á enojos y desabrimientos.

Medidas que habia tomado la central.

Comenzó no obstante al tiempo convenido la marcha de los ejércitos aliados, haciendo solo en ella los españoles una corta variacion por falta de agua en el camino de Talavera. El 21 de julio se alojaban ambos entre Oropesa y Velada: prosiguieron el 22 su camino encontrándose la vanguardia regida por don José de Zayas con fuerza enemiga capitaneada por el capitan Latour-Maubourg. Las escaramuzas duraron parte del dia, portándose nuestros soldados bizarramente, y con eso y aparecer los ingleses cruzaron los enemigos el Alberche, estando en Cazalegas el cuartel general del mariscal Victor. Las divisiones de Villatte y Lapisse formaban sobre su derecha en altozanos que dominan la campaña, y la de Ruffin cubria sobre la izquierda tocando al Tajo el puente del Alberche, larguísimo y de tablas, amparado ademas su desembocadero con 14 piezas de artillería. Ascendian sus fuerzas á 25000 hombres, y permanecieron en sus puestos los dias 22 y 23.

Marcha adelante el ejército aliado.

Acercáronse allí por su lado los ejércitos aliados, y sir Arturo Wellesley propuso á don Gregorio de la Cuesta atacar á los enemigos sin tardanza el mismo 23, mas el general español pidió que se difiriese hasta la madrugada siguiente. Fútiles fueron las razones que despues alegó para tal dilacion, contrastando el detenimiento de ahora con el prurito que tuvo siempre y renovó luego de combatir á todo trance. Aseguran algunos extranjeros que se negó por ser domingo, mas ni Cuesta pecaba de tan nimio, ni en España prevalecia semejante preocupacion. Ha habido ingleses que han tachado á cierto oficial del estado mayor de Cuesta de la nota de entenderse con los enemigos. Ignoramos el fundamento de sus sospechas. Lo cierto es que los franceses, ya en situacion apurada, decamparon en la noche del 23 al 24, y en lugar de seguir el camino de Madrid, tomaron por Torrijos el de Toledo. Falló así destruir al mariscal Victor á la sazon que sus fuerzas eran inferiores á las aliadas, y falló por la inoportuna prudencia de Cuesta, prenda nunca antes notada entre las de este general.

Propone Wellesley á Cuesta atacar.

Rehúsalo el general español.

Incomodado por ello Wellesley, receloso de que continuasen escaseando las subsistencias, y pareciéndole quizá arriesgado internarse más antes de estar cierto de lo que pasaba en Castilla la Vieja, declaró formalmente que no daria un paso mas allá del Alberche á no afianzársele la manutencion de sus tropas. Cuesta, que el 23 se remoloneaba para atacar, impelido ahora por aviesa mano, ó renaciendo en su ambicioso ánimo el deseo de entrar antes que ninguno en Madrid, marchó solo y sin los ingleses, y llegó el 24 al Bravo y Cebolla, y adelantándose el 25 á Santa Olalla y Torrijos, hubo de costar cara su loca temeridad.

Incomódase Wellesley.

Avanza solo Cuesta.

Los franceses no se retiraban sino para reconcentrarse y engrosar sus fuerzas. José, despues de dejar en Madrid una

Reconcéntranse los franceses.

corta guarnicion, habia salido con su guardia y reserva, uniéndose á Victor el 25 por Vargas y orilla izquierda del Guadarrama. Otro tanto hizo Sebastiani, que observaba á Venegas en la Mancha cerca de Daimiel, cuando se le mandó acudir al Tajo. Con esta union los franceses, que poco antes tenian para oponerse á los aliados solo unos 25000 hombres, contaban ahora sobre 50000 alojados á corta distancia de Cuesta, detrás del rio Guadarrama. Venegas, sabedor de la marcha de Sebastiani, envió en pos de él y hácia Toledo una division al mando de don Luis Lacy, aproximándose en persona á Aranjuez con lo restante de su ejército. No por eso dividieron los franceses sus fuerzas, ni tampoco por otros movimientos de sir Roberto Wilson, quien extendiéndose con sus tropas por Escalona y la Villa del Prado, se habia el 25 metido hasta Navalcarnero, distante cinco leguas de Madrid, cuyo suceso hubo de causar en la capital un levantamiento.

Avanza Wilson á Navalcarnero.

Aunque juntos los cuerpos de Victor y Sebastiani con la reserva y guardia de José, no pensaban los franceses empeñarse en accion campal, aguardando á que el mariscal Soult, con los 3 cuerpos que capitaneaba en Salamanca, viniese sobre la espalda de los aliados por las sierras que dividen aquellas provincias de la de Extremadura. Plan sabio, de que habia sido portador desde Madrid el general Foy, y cuyas resultas hubieran podido ser funestísimas para el ejército combinado. La impaciencia de los franceses malogró en el campo lo que prudentemente se habia determinado en el consejo.

Viendo el 26 de julio la indiscreta marcha de Cuesta, quisieron escarmentarle. Así arrollaron aquel dia sus puestos avanzados, y aun acometieron á la vanguardia. El comandante de esta don José de Zayas avanzó á las llanuras que se extienden delante de Torrijos, en donde lidió largo

Peligro que corre el ejército de Cuesta.

rato, tratando solo de retirarse al noticiarle que mayor número de gente venia á su encuentro. Comenzó entonces ordenadamente su movimiento retrógado, pero arredrados los infantes con ver que no podia maniobrar el regimiento de caballería de Villaviciosa metido entre unos vallados, retrocedieron en desórden á Alcabon, á donde corrió en su amparo el duque de Alburquerque, asistido de una division de 3000 caballos. Dióse con esto tiempo á que la vanguardia se recogiese al grueso del ejército, que teniendo á su cabeza al general Cuesta, caminaba no con el mejor concierto á abrigarse del ejército inglés. La vanguardia de este ocupaba á Cazalegas, y su comandante el general Sherbrooke hizo ademan de resistir á los enemigos, que se detuvieron en su marcha. Parecia que con tal leccion se hablandaria la tenacidad del general Cuesta, mas desentendiéndose de las justas reflexiones de sir Arturo Wellesley, á duras penas consintió repasar el Alberche.

Anunciaba la union y marcha de los enemigos la proximidad de una batalla, y se preparó á recibirla el general inglés. En consecuencia mandó á Wilson que de Navalcarnero volviese á Escalona, y no dejó tropa alguna á la izquierda del Alberche, resuelto á ocupar una posicion ventajosa en la márgen opuesta.

Batalla de Talavera, 27 y 28 de julio.

Escogió como tal el terreno que se dilata desde Talavera de la Reina hasta mas allá del cerro de Medellin, y que abraza en su extension unos tres cuartos de legua. Alojábase á la derecha y tocando al Tajo el ejército español: ocupaba el inglés la izquierda y centro. Era como sigue la fuerza y distribucion de entrambos. Componíase el de los españoles de 5 divisiones de infantería y 2 de caballería, sin contar la reserva y vanguardia. Mandaban las últimas don Juan Berthuy y don José de Zayas. De las divisiones de caballería guiaba la primera don Juan de Henestrosa, la se-

gunda el duque de Alburquerque. Regian las de infantería segun el órden de su numeracion el marqués de Zayas, don Vicente Iglesias, el marqués de Portago, don Rafael Manglano y don Luis Alexandro Bassecourt. El total de tropas españolas deducidas pérdidas, destacamentos y extravíos no llegaba á 34000 hombres, de ellos cerca de 6000 de caballería. Contaban allí los ingleses mas de 16000 infantes y 3000 jinetes repartidos en 4 divisiones á las órdenes de los generales Sherbrooke, Hill, Mackenzie y Campbell.

La derecha, que formaban los españoles, se extendia delante de Talavera y detrás de un vallado que hay á la salida. Colocóse en frente de la suntuosa ermita de nuestra Señora del Prado una fuerte batería, con cuyos fuegos se enfilaba el camino real que conduce al puente del Alberche. Por el siniestro costado de los españoles, y en un intermedio que habia entre ellos y los ingleses, empezóse á construir en un altozano un reducto que no se acabó; viniendo despues é inmediatamente la division de Campbell, á la que seguia la de Sherbrooke, cubriendo con la suya la izquierda el general Hill. Permaneció apostada cerca del Alberche la division del general Mackenzie con órden de colocarse en segunda línea y detrás de Sherbrooke al trabarse la refriega. Era la llave de la posicion el cerro en donde se alojaba Hill, llamado de Medellin, cuya falda baña por delante y defiende con hondo cauce el arroyo Portiña, separándole una cañada por el siniestro lado de los peñascales de la Atalaya é hijuelas de la sierra de Segurilla.

Al amanecer del 27 de julio poniendo José desde Santa Olalla sus columnas en movimiento, llegaron aquellas á la una del dia á las alturas de Salinas, izquierda del Alberche. Sus jefes no podian ni aun de allí descubrir distintamente las maniobras del ejército combinado, plantado el terreno de olivos y moreras. Mas escuchando José al mariscal Vic-

tor, que conocia aquel país, tomó en su consecuencia las convenientes disposiciones. Dirigió el 4° cuerpo del mando de Sebastiani contra la derecha que guardaban los españoles, y el 1° del cargo de Victor contra la izquierda, al mismo tiempo que amenazaba el centro la caballería. Cruzado el Alberche, siguió el 4° cuerpo con la reserva y guardia de José, que le sostenia, el camino real de Talavera, y el 1°, que vino por el vado, cayó tan de repente sobre la torre llamada de Salinas, en donde estaba apostado el general Mackenzie, que causó algun desórden en su division, y estuvo para ser cogido prisionero sir Arturo Wellesley, que observaba desde aquel punto los movimientos del enemigo. Pudieron al fin todos, aunque con trabajo, recogerse al cuerpo principal del ejército aliado.

Iba pues á empeñarse una batalla general. Los franceses avanzando empezaron antes de anochecer su ataque con un fuerte cañoneo y una carga de caballería sobre la derecha, que defendian los españoles, de los que ciaron los cuerpos de Trujillo y Badajoz de línea y leales de Fernando VII, y aun hubo fugitivos que esparcieron la consternacion hasta Oropesa, yendo envueltos con ellos y no menos aterrados algunos ingleses. No fué sin embargo mas allá el desórden, contenido el enemigo por el fuego acertado de la artillería y de los otros cuerpos, y tambien por ser su principal objeto caer sobre la izquierda en que se alojaba el general Hill.

Dirigieron contra ella las divisiones de los generales Ruffin y Villatte, y encaramáronse al cerro á pesar de ser la subida áspera y empinada, con la dificultad tambien de tener que cruzar el cauce del Portiña. Atropellándolo todo con su impetuosidad tocaron á la cima, de donde precipitamente descendieron los ingleses por la ladera opuesta. El general Hill, aunque herido su caballo y á riesgo de caer prisionero, volvió á la carga y con la mayor bizarría recu-

peró la altura. Ya bien entrada la noche insistieron los franceses en su ataque, extendiéndole por la izquierda de ellos el general Lapisse contra otra de las divisiones inglesas. Viva fué la refriega y larga, sin fruto para los enemigos. Pasadas las doce de la misma noche un arma falsa, esparcida entre los españoles, dió ocasion á un fuego graneado que duró algun tiempo, y causó cierto desórden que afortunadamente no cundió á toda la línea.

Al amanecer del 28 renovaron los franceses sus tentativas, acometiendo el general Ruffin el cerro de Medellin por su frente y la cañada de la izquierda: sostúvole en su empresa el general Villatte. La pelea fué porfiada, repetidos los ataques ya en masa ya en pelotones, la pérdida grande de ambas partes, herido el general Hill, dudoso el éxito en ocasiones, hasta que los franceses tornando á sus primeros puestos, abrigados de formidable artillería, suspendieron el combate.

Falto el ejército británico de cañones de grueso calibre, pidió el general Wellesley algunos de esta clase á don Gregorio de la Cuesta: los cuales se colocaron al mando del capitan Uclés en el reducto empezado á construir en el altozano interpuesto entre españoles é ingleses. Viendo tambien el general Wellesley el empeño que ponia el enemigo en apoderarse del cerro de Medellin, sintió no haber antes prolongado su izquierda y guarnecídola del lado de la cañada; por lo que, para corregir su olvido, colocó allí parte de su caballería, que sostuvo la de Alburquerque, y alcanzó de Cuesta el que destacase la 5ª division del mando de Bassecourt, cuyo jefe se situó cubriendo la cañada en la falda y peñascales de la Atalaya.

En aquel momento dudó José de si convenia retirarse ó continuar el combate. Victor estaba por lo último, el mariscal Jourdan por lo primero. Vacilante José por algun

tiempo decidióse por la continuacion, habiendo recorrido antes la línea en todo su largo.

En el intermedio hubo un respiro que duró desde las nueve hasta las doce de la mañana, bajando sin ofenderse los soldados de ambos ejércitos á apagar en el arroyo de Portiña la sed ardiente que les causaba lo muy bochornoso del dia.

Por fin los franceses volvieron á proseguir la accion. Vigilaba sus movimientos sir Arturo Wellesley desde el cerro de Medellin. Acometió primero el general Sebastiani el centro, por la parte en que se unian los ingleses y los españoles. Aquí se hallaban de parte de los últimos las divisiones 3ª y 4ª al cuidado ambas de don Francisco Eguía, formando dos líneas, la primera mas avanzada que la inmediata de los ingleses. El francés quiso sobre todo apoderarse de la batería del reducto, mas al poner el pié en ella recibieron sus soldados una descarga á metralla de los cañones puestos allí poco antes al mando del capitan Uclés, y cayendo los ingleses en seguida sobre sus filas, experimentaron estas horrorosa carnicería. Replegados en confusion los franceses á su línea, rechazaron á sus contrarios cuando avanzaron. Reiteráronse tales tentativas, hasta que en la última intentando los enemigos meterse entre los ingleses y los españoles, se vieron flanqueados por la primera línea de estos mas avanzada, y acribillados por una batería que mandaba don Santiago Piñeiro, militar aventajado. Repelidos así y al tiempo que ya flaqueaban, dió sobre ellos asombrosa carga el regimiento español de caballería del Rey guiado por su coronel don José María de Lastres, á quien herido substituyó en el acto con no menor brio su teniente don Rafael Valparda. Todo lo atropellaron nuestros jinetes, dando lugar á que se cogieran 10 cañones, de los que 4 trajo al campo español el mencionado Piñeiro.

A la misma sazon en la izquierda del ejército aliado trató la division del general Ruffin de rodear por la cañada el cerro de Medellin, amenazando parte de la de Villatte subir á la cima. Colocada la caballería inglesa en dicha cañada, aunque padeció mucho, en especial un regimiento de dragones, logró desconcertar á Ruffin, sosteniendo sus esfuerzos la division de Bassecourt y la caballería de Alburquerque. Tambien sirvió de mucho la oportunidad con que el distinguido oficial don Miguel de Álava, ayudante del último, condescendiendo con los deseos del general inglés Fane, y sin aguardar por la premura el permiso de su jefe, dispuso que obrasen 2 cañones al mando del capitan Entrena, que hicieron en el enemigo grande estrago. Así se ve cómo en ambas alas andaba la refriega favorable á los aliados.

Hubo de comprometerse su éxito durante cierto espacio en el centro. Acometió allí al general Sherbrooke el francés Lapisse, el cual, si bien al principio fué rechazado gallardamente, prosiguiendo los guardias ingleses con sobrado ardor el triunfo, repeliéronlos á su vez los franceses introduciendo confusion en su línea: momento apurado, pues roto el centro hubieran los aliados perdido la batalla. Felizmente al ver Wellesley lo que se empeñaban los guardias, con prevision ordenó desde el cerro donde estaba bajar al regimiento número 48 mandado por el coronel Donellan, cuyo cuerpo se portó con tal denuedo, que conteniendo á los franceses dió lugar á que los suyos volviesen en sí y se rehiciesen. Sucedido lo cual avanzando de la segunda línea la caballería ligera á las órdenes de Cotton, y maniobrando por los flancos la artillería, entre la que tambien lució con sus cañones el capitan Entrena, ciaron desordenados los franceses, cayendo mortalmente herido el general Lapisse. Ya entonces se mostraron por toda la lí-

nea victoriosos los aliados. Recogiéronse los franceses á su antigua posicion, cubriendo el movimiento los fuegos de su artillería. El calor y lo seco de la tierra con el tráfago y pisar de aquel dia, produjeron poco despues en la yerba y matorrales un fuego, que recorriendo por muchas partes el campo, quemó á muertos y á postrados heridos. Perdieron los ingleses en todo 6268 hombres, los franceses 7389 con 17 cañones: murieron de cada parte 2 generales. Ascendió la pérdida de los españoles á 1200 hombres, quedando herido el general Manglano.

De este modo pasó la batalla de Talavera de la Reina, que empezada el 27 de julio no concluyó hasta el siguiente dia, y la cual tuvo, por decirlo así, tres pausas ó jornadas. En la última del 28 se comportaron los españoles con valor é intrepidez. A los cuerpos que el 27 flaquearon, nada menos intentó Cuesta que diezmarlos, como si su falta no proviniese mas bien de anterior indisciplina que de cobardía villana. Intercedió el general inglés y amansó el feroz pecho del español, mas desgraciadamente cuando ya habian sido arcabuceados 50 hombres.

Severidad de Cuesta.

Nombró la Junta central á sir Arturo Wellesley capitan general de ejército, y elevóle su gobierno á par de Inglaterra bajo el título de lord vizconde Wellington de Talavera, con el cual le distinguiremos en adelante. Dispensó tambien la central otras gracias á los jefes españoles, condecorando á don Gregorio de la Cuesta con la gran cruz de Cárlos III.

Recompensas que da la Junta central y el gobierno inglés.

El 29 de julio repasaron los franceses el Alberche, apostándose en las alturas de Salinas. Marchó en seguida José con el 4° cuerpo y la reserva á Santa Olalla, y se colocó el 31 en Illescas, habiendo antes destacado una division vuelta de Toledo, á cuya ciudad amenazaba gente de Venegas. El mariscal Victor recelándose de los movimien-

Retíranse los franceses á diversos puntos.

tos por su flanco de sir Roberto Wilson, cuya fuerza creia superior, se retiró tambien el 1° de agosto hácia Maqueda y Santa Cruz del Retamar, creciendo el desacuerdo entre él y el mariscal Jourdan, como acontece en la desgracia.

No sigue Wellington el alcance.

Lord Wellington y los españoles se mantuvieron en Talavera, adonde llegó el 29 con 3000 hombres de refresco el general Crawfurd, que al ruido de la batalla se apresuró á incorporarse á tiempo, aunque inútilmente, al grueso del ejército. No quiso Wellington á pesar del refuerzo seguir el alcanze, ya porque considerase á los franceses mas bien repelidos que deshechos, ó ya porque no se fiase en la disciplina y organizacion del ejército español, tolerable en posicion abrigada, pero muy imperfecta para marchas y grandes evoluciones. Otras causas pudieron tambien influir en su determinacion: tal fué el anuncio del armisticio de Znaim, que se público en Gaceta extraordinaria de Madrid de 27 de julio; tal asímismo la marcha progresiva de Soult, de que se iban teniendo avisos mas ciertos. Sin embargo no fundó el general inglés su resolucion en ninguna de tan poderosas é insinuadas razones, fuese que no quisiera ofender á los caudillos españoles, ó que temiera sobresaltar los ánimos con malas nuevas. Disculpóse solamente para no avanzar con la falta de víveres, pareciendo á algunos que si realmente tal escasez afligia al ejército, no era oportuno modo de remediarla permanecer en el lugar en donde mas se sentia, cuando yendo adelante se encontrarian paises menos devastados, y ciudades y pueblos que ansiosamente y con entusiasmo aguardaban á sus libertadores.

Motivos de ello.

Llega Soult á Extremadura.

Por tanto creyóse en general que si bien no abundaban las vituallas, la detencion del ejército inglés pendia principalmente de los movimientos del mariscal Soult, quien segun aviso recibido en 30 de julio intentaba atravesar el

puerto de Baños, defendido por el marqués del Reino con 4 batallones, 2 destacados anteriormente del ejército de Cuesta y 2 de Béjar. A la primera noticia pidió lord Wellington que tropa española fuese á reforzar el punto amenazado, y dificultosamente recabó de don Gregorio de la Cuesta que destacase para aquel objeto en 2 de agosto la 5ª division del mando de don Luis Bassecourt: poca fuerza y tardía, pues no pudiendo el marqués del Reino resistir á la superioridad del enemigo, se replegó sobre el Tiétar, entrando los franceses en Plasencia el 1º de agosto.

Va Wellington á su encuentro.

Cerciorados los generales aliados de tan triste acontecimiento, convinieron en que el ejército británico iria al encuentro de los enemigos, y que los españoles permanecerian en Talavera para hacer rostro al mariscal Victor en caso de que volviese á avanzar por aquel lado. Las fuerzas que traian los franceses constaban del 5º, 2º y 6º cuerpo, ascendiendo en su totalidad á unos 50000 hombres. Precedia á los demas el 5º á las órdenes del mariscal Mortier, seguíale el 2º á las inmediatas de Soult, que ademas mandaba á todos en jefe, y cerraba la marcha el 6º capitaneado por el mariscal Ney. Fué de consiguiente Mortier quien arrojó de Baños al marqués del Reino, extendiéndose ya hácia la venta de la Bazagona por una parte y por otra hácia Coria, cuando el 3 de agosto pisó Soult las calles de Plasencia, y cuando Ney cruzaba en el mismo dia los lindes extremeños. Tal y tan repentina avenida de gente asoló aquella tierra, frondosísima en muchas partes, no escasa de cierta industria, y en donde aun quedan rastros y mijeros de una gran calzada romana. El general Beresford, que antes estaba situado con unos 15000 portugueses detrás del Águeda, siguió al ejército francés en una línea paralela, y atravesando el puerto de Perales llegó á Salva-

tierra el 17 de agosto, desde cuyo punto trató de cubrir el camino de Abrantes.

Tropas que se agolpan al valle del Tajo.

Ibanse de esta manera acumulando en el valle ó prolongada cuenca que forma el Tajo desde Aranjuez hasta los confines de Portugal muchedumbre de soldados, cuyo número, inclusos los ejércitos de Venegas y Beresford, rayaba en el de 200000 hombres de muchas y varias naciones. Siendo difícil su mantenimiento en tan limitado terreno y corto el tiempo que se requeria para reunir las masas, era de conjeturar que unos y otros estaban próximos á empeñar decisivos trances. Pero en aquella ocasion como en tantas otras no aconteció lo que parecia mas probable.

Lord Wellington informado de que el mariscal Soult se interponia entre su ejército y el puente de Almaraz, resolvió pasar por el del Arzobispo y establecer su línea de defensa detrás del Tajo. Por su parte don Gregorio de la Cuesta, temeroso tambien de aguardar solo en Talavera á José y Victor, que de nuevo se unian, abandonó la villa y se juntó en Oropesa con la 5ª division y el ejército británico. Desazonó á Wellington la determinacion del general español por parecerle precipitada, y sobre todo por no haber puesto el correspondiente cuidado en sàlvar los heridos ingleses que habia en Talavera. Desatendió por tanto y con justicia los clamores de don Gregorio de la Cuesta, que insistia en que se conservase la posicion de Oropesa como propia para una batalla. Cruzó pues Wellington el puente del Arzobispo, y estableció su cuartel general en Deleitosa el 7 de agosto, poniendo en Mesas de Ibor su retaguardia. Envió tambien por la orilla izquierda de Tajo al general Crawfurd con una brigada y 6 piezas, el cual llegó felizmente á tiempo de cubrir el paso de Almaraz y los vados.

Cuesta se retira de Talavera.

Forzado bien á su pesar el general Cuesta á seguir al

ejército inglés, pasó el 5 el puente del Arzobispo, hácia donde con presteza se agolpaban los enemigos. Prosiguió su marcha por la Peraleda de Garbin á Mesas de Ibor, dejando en guarda del puente á la 5ª division del cargo de don Luis Bassecourt, y por la derecha en Azutan para atender á los vados al duque de Alburquerque con 3000 caballos. Mas apenas habia llegado Cuesta á la Peraleda, cuando ya eran dueños los enemigos del puente del Arzobispo.

El ejército aliado se pone en la orilla izquierda del Tajo.

Acercándose allí de todas partes el 5º cuerpo, se habia colocado su jefe Mortier en la Puebla de Naciados. Estaba á la sazon en Navalmoral el mariscal Ney, y Soult desde el Gordo habia destacado caballería camino de Talavera para ponerse en comunicacion con Victor, de vuelta ya este el 6 en aquella villa. Así todas las tropas francesas podian ahora darse la mano y obrar de acuerdo.

Reconcentráronse pues para forzar el paso del puente del Arzobispo el 5º y 2º cuerpo, al tiempo que Victor por el puente de tablas de Talavera debia llamar la atencion de los españoles, y aun acometerlos siguiendo la izquierda del Tajo. A las dos de la tarde del 8 formalizaron los franceses su ataque contra el paso del Arzobispo: dirigíalo el mariscal Mortier. El calor del dia y el descuido propio de ejércitos mal disciplinados hizo que no hubiese de nuestra parte gran vigilancia, por lo cual en tanto que los enemigos embestian el puente, cruzaron descansadamente un vado 800 caballos suyos guiados por el general Caulincourt, quedando unos 6000 al otro lado prontos á ejecutar lo mismo. Procuraron los españoles impedir el paso del Arzobispo abriendo un fuego muy vivo de artillería, ajenos de que Caulincourt pasando el vado acometeria como lo hizo por la espalda. Solo habia en el puente 300 húsares del regimiento de Extremadura, que contuvieron largo rato los ímpetus de los jinetes enemigos, á quienes hubiera costa-

Paso del puente del Arzobispo por los franceses.

do caro su arrojo si Alburquerque hubiese llegado á tiempo. Pero los caballos de este desensillados y sin bridas tardaron en prepararse, acudiendo despues atropelladamente, con cuya detencion y falta de órden dióse lugar á que vadease el rio toda la caballería francesa, que ayudada de algunos infantes desconcertó á nuestra gente, de la cual parte tiró á Guadalupe y parte á Valdelacasa, perdiéndose cañones y equipajes.

Afortunadamente no prosiguieron los enemigos mas adelante dirigiendo sus fuerzas á otros puntos, por lo que los aliados pudieron mantenerse tranquilos; los ingleses sobre la izquierda hácia Almaraz con su cuartel general en Jaraicejo, los españoles sobre la derecha con el suyo en Deleitosa, atentos tambien á proteger la posicion de Mesas de Ibor. Don Gregorio de la Cuesta abrumado con los años, sinsabores é incomodidades de la campaña hizo dimision del mando el 12 de agosto, sucediéndole interinamente y despues en propiedad don Francisco de Eguía.

Deja Cuesta el mando.

Sucédele Eguía.

Puestos los aliados á la orilla izquierda del Tajo, y temiéndo José movimientos en Castilla la Vieja, cuyas guarniciones estaban faltas de gente, determinó siguiendo el parecer de Ney suspender las operaciones del lado de Extremadura. Así lo tenia igualmente insinuado Napoleon desde Schoenbrun con fecha de 29 de julio, desaprobando que se empeñasen acciones importantes hasta tanto que llegasen á España nuevos refuerzos que se disponia á enviar del norte. Conforme á la resolucion de José situóse Soult en Plasencia, reemplazó en Talavera al cuerpo de Victor el de Mortier, y retrocedió con el suyo á Salamanca el mariscal Ney.

Nuevas disposiciones de los franceses.

Caminaba el último tranquilamente á su destino sin pensar en enemigos, cuando de repente tropezó en el puerto de Baños con obstinada resistencia. Causábala sir Roberto

Encuéntranse Wilson y Ney en el puerto de Baños.

Wilson, quien abandonado y estando el 4 de agosto en Velada sin noticia del paradero de los aliados, repasó el Tiétar, y atravesando acelerada é intrepidamente las sierras que parten términos con las provincias de Ávila y Salamanca, fué á caer á Béjar por sitios solitarios y fragosos. Desde allí, queriendo incorporarse con los aliados, contramarchó hácia Plasencia por el puerto de Baños, á la propia sazon que el mariscal Ney revolvia sobre Salamanca. La fuerza de Wilson de 4000 hombres la componian portugueses y españoles. Dos batallones de estos avanzados en Aldeanueva defendieron á palmos el terreno hasta la altura del desfiladero, en donde se alojaban los portugueses. Sostúvose Wilson en aquel punto durante horas, y no cedió sino á la superioridad del número: segun la relacion de tan digno jefe, sus soldados se portaron con el mayor brio, y al retirarse los hubo que respondiendo á fusilazos á la intimacion del enemigo de rendirse, se abrieron paso valerosamente.

Extorsiones del ejército de Soult.

El cuerpo del mariscal Soult mientras permaneció en tierra de Plasencia, acostumbrado á vivir de rapiña, taló campos, quemó pueblos, y cometió todo género de excesos. Al obispo de Coria don Juan Álvarez de Castro, anciano de ochenta y cinco años, postrado en una cama, sacáronle de ella violentamente merodeadores franceses, y sin piedad le arcabucearon. Parecida atrocidad cometieron con otros pacíficos y honrados ciudadanos.

Muerte violenta del obispo de Coria.

Ejército de Venegas.

En tanto José pensó en hacer frente al general Venegas, que por su parte habia puesto en gran cuidado á la corte intrusa adelantándose al Tajo en 23 de julio, al tiempo que el general Sebastiani retrocedió á Toledo. Era el ejército de don Francisco Venegas de los mejor acondicionados de España, y sobresalian sus jefes entre los mas señalados. Estaba distribuido en 5 divisiones, que regian: la 1ª don

Luis Lacy; la 2ª don Gaspar Vigodet; la 3ª don Pedro Agustin Jiron; la 4ª don Francisco Gonzalez Castejon, y la 5ª don Tomás de Zerain. Gobernaba la caballería el marqués de Jelo. Ya hablamos de su fuerza total.

Su marcha.

El 27 de julio dispuso el general Venegas que la 1ª division pasase á Mora, cayendo sobre Toledo al paso que él se trasladaba á Tembleque con la 4ª y 5ª, y avanzaban á Ocaña la 2ª y 3.ª Ejecutóse la operacion yendo hasta Aranjuez en la mañana del 29. Un destacamento de 400 hombres mandados por el coronel don Felipe Lacorte se extendió á la Cuesta de la Reina, en donde dispersó tropas del enemigo y les cogió varios prisioneros.

Nómbrale la Junta capitan general de Castilla la Nueva.

En tal situacion parecia natural que Venegas se hubiera metido en Madrid, desguarnecido con la salida de José via de Talavera. Aguijon era para ello el nombramiento que el mismo dia 29 recibió de la central, encargándole interinamente el mando de Castilla la Nueva, con prevencion de que residiese en Madrid. Pero siendo el verdadero motivo de concederle esta gracia el disminuir el influjo pernicioso de Cuesta, caso que nuestras tropas ocupasen la capital, se le advertia al mismo tiempo que no se empeñase muy adelante, pues los ingleses con pretexto de falta de subsistencias no pasarian del Alberche.

Hubiera aun podido detener á Venegas para entrar en Madrid el parte que el 30 le dió Lacy desde nuestra Señora de la Sisla, de que enemigos se agolpaban á Toledo, si en el mismo dia no hubiese tambien recibido oficio de Cuesta anunciando la victoria de Talavera, coligiéndose de ahí que la gente divisada por Lacy venia mas bien de retirada que con intento de atacarle. Sin embargo se limitó Venegas á reconcentrar su fuerza en Aranjuez, apostando en el puente Largo la division de Lacy, que habia llamado de las cercanías de Toledo.

Su incertidumbre.

Permanecia así incierto, cuando el 3 de agosto le avisó don Gregorio de la Cuesta cómo se retiraba de Talavera. Con esta noticia parecia que quien se habia mostrado circunspecto en momentos favorables, seríalo ahora mucho mas y con mayor fundamento. Pero no fue así, pues en vez de retirarse tomó el 5 disposiciones para defender el paso del Tajo. Apostó en sus orillas las divisiones 1ª, 2ª y 3ª, al mando todas de don Pedro Agustin Jiron, que debian atender á los vados y á los puentes Verde, de Barcas y la Reina, quedándose detrás camino de Ocaña con las otras 2 divisiones el mismo Venegas.

Defiende el paso del Tajo en Aranjuez.

Los franceses se presentaron en la ribera derecha á las dos de la tarde del mismo 5, y empezaron por atacar la izquierda española colocada en el jardin del infante don Antonio, acometiendo despues los tres puentes. A todas partes acudia el general Jiron con admirable presteza, y en particular á la izquierda, apoyando sus esfuerzos los generales Lacy y Vigodet. No menos animosos se mostraban los otros jefes y soldados, y los hubo que apenas curados de sus heridas volvian á la pelea. Los franceses, viendo la porfía de la defensa, abandonaron al anochecer su intento. Perdimos 200 hombres; los enemigos 500, estando mas expuestos á nuestros fuegos.

Bastábale á Venegas la ventaja adquirida para que satisfecho se retirase con honra; mas creciendo su confianza permaneció en Ocaña, y se aventuró á una batalla campal. Los franceses frustrado su deseo de pasar el Tajo por Aranjuez, hicieron continuos movimientos con direccion á Toledo, lo cual excitó en Venegas la sospecha de que querian atravesar hácia allí el rio, y cogerle por la espalda. Situó en consecuencia su ejército en escalones desde Aranjuez á Tembleque, en donde estableció su cuartel general, enviando la 5ª division sobre Toledo. En efecto los franceses

pasaron en 9 de agosto el Tajo por esta ciudad y los vados de Añover, y el 10 juntó el general español sus fuerzas en Almonacid.

Batalla de Almonacid.

En la creencia de que los franceses solo eran 14000, repugnábale á don Francisco Venegas desamparar la Mancha, inclinándose á presentar batalla. Oyó sin embargo antes la opinion de los demas generales, la cual coincidiendo con la suya se acordó entre ellos atacar á los franceses el 12, dando el 11 descanso á las tropas. Mas en este dia previnieron los enemigos los deseos de los nuestros trabando la accion en la madrugada.

Componíase la fuerza francesa del 4º cuerpo al mando de Sebastiani, y de la reserva á las órdenes de Dessoles y de José en persona, cuyo total ascendia á 26000 infantes y 4000 caballos. Situáronse los españoles delante de Almonacid y en ambos costados. El derecho le guarnecia la 2ª division, el izquierdo la 1ª, y ocupaban el centro la 4ª y 5.ª Quedó la reserva á retaguardia, destacándose solo de ella 2 ó 3 cuerpos. Distribuyóse la caballería entre ambos extremos de la línea, excepto algunos jinetes que se mantuvieron en el centro.

Empezó á atacar el general Sebastiani antes que llegase su reserva, dirigiéndose contra la izquierda española. Vióse por tanto muy comprometido un cuerpo de la 1ª division, y á punto de tener que replegarse sobre los batallones de Bailen y Jaen, que eran 2 de los destacados de la 3ª division. Ciaron tambien estos de la cresta de un monte á la izquierda de la línea donde se alojaban, herido mortalmente el teniente coronel de Bailen don Juan de Silva. Inútilmente fué á su socorro el general Jiron, hasta que desplegando al frente de las columnas enemigas don Luis Lacy con lo restante de su 1ª division contuvo á aquellas, y las rechazó apoyado por la caballería.

A la sazon llegó el general Dessoles con parte de la reserva francesa, y animando á los soldados de Sebastiani, renovóse con mas ardor la refriega. Viéronse entonces tambien acometidas la 4ª y 5ª division española: la última colocada á la derecha de Almonacid, dió luego indicio de flaquear; mas la otra sostúvose bizarramente, distinguiéndose los cuerpos de Jerez, Córdoba y guardias españolas, guiado el 2º con conocimiento y valentía por don Francisco Carvajal. Cargaba igualmente la caballería, y anunciábase allí la victoria, cuando muerto el caballo del comandante de aquellos jinetes, vizconde de Zolina, hombre de nimia supersticion aunque de valor no escaso, paróse este tomando por aviso de Dios la muerte de su caballo.

Entre tanto acudió José con el resto de la reserva al campo de batalla, y rota la 5ª division que ya habia flaqueado, penetraron los franceses hasta el cerro del castillo, al que subieron despues de una muy viva resistencia. Llegó con esto á ser muy crítica la situacion del ejército español, en especial la de la gente de Lacy, por lo cual Venegas juzgó prudente retirarse. Para ello ordenó á la 2ª division del mando de Vigodet, que era la menos comprometida, que formase á espaldas del ejército. Ejecutó dicho jefe esta maniobra con prontitud y acierto, siguiendo á su division la 4ª del cargo de Castejon.

Retirada del ejército español.

No bastó tan oportuna precaucion para verificar la retirada ordenadamente, pues asustados algunos caballos con la voladura de varios carros de municiones, dispersáronse é introdujeron desórden. De allí no obstante con mas ó menos concierto dirigiéronse todas las divisiones por dintintos puntos á Herencia y en seguida á Manzanares. En esta villa corriendo entre la caballería la voz falsa y aciaga de que los enemigos estaban ya á la espalda de Valdepeñas, desranchárонse los soldados, y de tropel y desmandadamente no

Su dispersion.

pararon hasta Sierramorena, en donde, segun costumbre, se juntaron despues y rehicieron. Costó á los españoles la batalla de Almonacid 4000 hombres, unos 2000 á los franceses.

Tan desventajosamente finalizó esta campaña de Talavera y la Mancha, comenzada con favorable estrella. No se advirtió sin embargo en sus resultas, á lo menos de parte de los españoles, lo que comunmente acontece en las guerras, en las que, segun con razon asienta Montesquieu, no suele ser lo mas funesto las pérdidas reales que en ellas se experimentan, sino las imaginarias y el desaliento que producen. Lo que hubo de lastimoso en este caso fué haber desaprovechado la ocasion de lanzar tal vez á los franceses del Ebro allá, y sobre todo la desunion momentánea de los aliados, á la que sirvió de principal motivo la falta de bastimentos.

Contestaciones con los ingleses sobre subsistencias.

Cuestion ha sido esta que ya hemos tocado, y no volveriamos á renovarla, si no hubiese tenido particular influjo en las operaciones militares, y mezcládose tambien en los vaivenes de la política. Hubo en ella por ambas partes injusticia en las imputaciones, achacándose á la central mala voluntad y hasta perfidia, y calificando esta de mero pretexto las quejas á veces fundadas de los ingleses. Todos tuvieron culpa, y mas las circunstancias de entonces, juntamente con la dificultad de alimentar un ejército en campaña cuando no es conquistador, y de prevenir las necesidades por medio de oportunos almacenes. Se equivocó la central en imaginar, que con solo dar órdenes y enviar empleados se abasteceria el ejército inglés y español. A aquellas hubieran debido acompañar medidas vigorosas de coaccion, poniendo tambien cuidado en encargar el desempeño de comision tan espinosa á hombres íntegros y capaces. Cierto que á un gobierno de índole tan débil como la central, érale difícil emplear la coaccion, sobre todo en Extremadura,

provincia devastada, y en donde hasta las mismas y fértiles comarcas del valle y vera de Plasencia, primeras que habian de pisar los ingleses, acababan de ser asoladas por las tropas del mariscal Victor. Pero hubo azar en escoger por cabeza de los empleados á Lozano de Torres, quien al paso que bajamente adulaba al general en jefe inglés, escribia á la central que eran las quejas de aquel infundadas: juego doble y villano, que descubierto, obligó á Wellington á echar con baldon de su campo al empleado español.

De parte de los ingleses hubo imprevision en figurarse que con los ofrecimientos y buenos deseos de la central, podria su ejército ser completamente provisto y ayudado. Ya habia este padecido en Portugal falta de muchos artículos, aunque en realidad el gobierno británico allí mandaba, y con la ventaja de tener próxima la mar. Mayores escaseces hubieran debido temer en España, país entonces por lo general mas destruido y maltratado, no pudiendo contar con que solo el patriotismo reparase el apuro de medios despues de tantas desgracias y escarmientos. Creer que el gobierno español hubiera de antemano preparado almacenes, era confiar sobradamente en su energía y principalmente en sus recursos. Los ingleses sabian por experiencia lo dificultoso que es arreglar la hacienda militar ó sea *comisariato*, pues todavía en aquel tiempo tachaban ellos mismos de defectuosísimo el suyo, y no era dable que España, en todo lo demas tan atrasada respecto de Inglaterra, se le aventajase en este solo ramo y tan de repente.

En vano pensó la Junta suprema remediar en parte el mal enviando á Extremadura á don Lorenzo Calvo de Rozas, individuo suyo, y en cuyo celo y diligencia ponia firme esperanza. Semejante determinacion, que no se tomó hasta 1º de agosto, llegaba ya tarde, indispuestos los ánimos de los generales entre sí y agriados cada vez mas con el escaso

fruto que se sacaba de la campaña emprendida. De poco sirvió tambien para concordarlos la dejacion voluntaria que hizo Cuesta de su mando, anhelada por los mismos ingleses y expresamente pedida por su ministro en Sevilla. Lord Wellington viendo que la abundancia no crecia * cual deseaba, y que sus soldados enfermaban y perecian sus caballos, declaró que estaba resuelto á retirarse á Portugal. Entonces Eguía y Calvo hicieron para desviarle de su propósito nuevos ofrecimientos, concluyendo con decirle el primero, que á no ceder á sus instancias, creeria que otras causas y no la falta de subsistencias le determinaban á retirarse. Otro tanto y con mas descaro escribióle Calvo de Rozas. Asperamente replicó Wellington, indicando á Eguía que en adelante seria inútil proseguir entre ellos la comenzada correspondencia.

(* Ap. n. 3.)

Llegada á España del marqués de Wellesley.

Algunos no obstante mantuvieron esperanzas de que todo se compondria con la venida á Sevilla del marqués de Wellesley, hermano del general inglés y embajador nombrado por S. M. B. cerca del gobierno de España. Habia llegado el marqués á Cádiz el 4, y acogídole la ciudad cual merecia su elevada clase y la fama de su nombre. No nos detendremos en describrir su entrada, mas no podemos omitir un hecho que allí ocurrió digno de memoria. Fué pues que queriendo el embajador, agradecido al buen recibimiento, repartir dinero entre el pueblo, Juan Lobato, zapatero de oficio y de un batallon de voluntarios, saliendo de entre las filas, díjole mesuradamente: « Señor excelentísimo, » no honramos á V. E. por interes, sino para corresponder » á la buena amistad que nuestra nacion debe á la de V. E. » Rasgo muy característico y frecuente en el pueblo español. Pasó despues á Sevilla el nuevo embajador y reemplazó á Mr. Frere, á quien la Junta dió el título de marqués de la Union en prueba de lo satisfecha que estaba de su buen

porte y celo. Uno de los primeros puntos que trató Wellesley con la Junta fué el de la retirada de su hermano. Recayendo la principal queja sobre la falta de provisiones, rogóle el gobierno español que le propusiese un remedio, y el marqués extendió un plan sobre el modo de formar almacenes y proporcionar transportes, como si el estado general de España y el de sus caminos y sus carruajes estuviese al par del de Inglaterra. No obstante los obstáculos insuperables que se ofrecian para su ejecucion, aprobólo la central, quizá con sus puntas de malicia, sin que por eso se adelantase cosa alguna. Lord Wellington habia ya empezado el 20 de agosto desde Jaraicejo su marcha retrógrada, y deteniéndose algunos dias en Mérida y Badajoz, repartió en principios de setiembre su ejército entre la frontera de Portugal y el territorio español. Muchos atribuyeron esta retirada al deseo que tenia el gobiero inglés de que recayese en lord Wellington el mando en jefe del ejército aliado. Nosotros, sin entrar en la refutacion de este dictámen, nos inclinamos á creer, que mas que de aquella causa y de la falta de subsistencias, que en efecto se padeció, provino semejante resolucion del rumbo inesperado que tomaron las cosas de Austria. Los ingleses habian pasado á España en el concepto de que prolongándose la guerra del norte, tendrian los franceses que sacar tropas de la península, y que no habria por tanto que luchar en las orillas del Tajo sino con determinadas fuerzas. Sucedió lo contrario, atribuyendo despues unos y otros á causas inmediatas lo que procedia de orígen mas alto. De todos modos las resultas fueron desgraciadas para la causa comun, y la central, como diremos despues, recibió de este acontecimiento gran menoscabo en su opinion.

Plan de subsistencias.

Retírase Wellington á Badajoz y fronteras de Portugal.

El gobierno de José por su parte lleno de confianza habia aumentado ya desde mayo sus persecuciones contra los

Conducta y tropelías del gobierno de José.

que no graduaba de amigos, incomodando á unos y desterrando á otros á Francia. Confundia en sus tropelías al prócer con el literato, al militar con el togado, al hombre elocuente con el laborioso mercader. Así salieron de Madrid juntos, ó unos en pos de otros á tierra de Francia el duque de Granada y el poeta Cienfuegos, el general Arteaga y varios consejeros, el abogado Argumosa y el librero Perez. Mala manera de allegar partidarios, é innecesaria para la seguridad de aquel gobierno, no siendo los extrañados hombres de arrojo ni cabezas capaces de coligacion. Expidiéronse igualmente entonces por José decretos destemplados, como lo fueron el de disponer de las cosechas de los habitantes sin su anuencia, y el de que se obligase á los que tuviesen hijos sirviendo en los ejércitos españoles á presentar en su lugar un sustituto ó dar en indemnizacion una determinada suma. Estos decretos, como los demas, ó no se cumplian ó cumplíanse arbitrariamente, con lo que en el último caso se añadia á la propia injusticia la dureza en la ejecucion.

Opinion de Madrid.

La guerra de Austria, aunque habia alterado algun tanto al gobierno intruso, no le desasosegó extremadamente, ni le contuvo en sus procedimientos. Llególe mas al alma la cercanía de los ejércitos aliados, y el ver que con ella los moradores de Madrid recobraban nuevo aliento. Procuró por tanto deslumbrarlos y divertir su atencion haciendo repetidas salvas que anunciasen las victorias conseguidas en Alemania; mas el español, inclinado entonces á dar solo asenso á lo que le era favorable, acostumbrado ademas á las artimañas de los franceses, no dando fé á lejanas nuevas, reconcentraba todas sus esperanzas en los ejércitos aliados, cuya proximidad en vano quiso ocultar el gobierno de José. Tocó en frenesí el contentamiento de los madrileños el 26 de julio, dia de santa Ana, en el que los aldeanos que andan en el tráfico de frutas de Navalcarnero y

Júbilo que allí hubo el dia de santa Ana.

pueblos de su comarca, esparcieron haber llegado allí y estar de consiguiente cercano á la capital sir Roberto Wilson y su tropa. Con la noticia saliendo de sus casas los vecinos, espontáneamente y de monton se enderezaron los mas de ellos hácia la puerta de Segovia para esperar á sus libertadores. Los franceses no dieron muestra de impedirlo, limitándose el general Belliard, que habia quedado de gobernador, á sosegar con palabras blandas el ánimo levantado de la muchedumbre. Durante el dia reinó por todo Madrid el júbilo mas exaltado, dándose el parabien conocidos y desconocidos, y entregándose al solaz y holganza. Pero en la noche llegado aviso del descalabro que padeció el mismo 26 la vanguardia de Zayas, anunciáronlo los franceses al dia siguiente como victoria alcanzada contra todo el ejército combinado: sin que la publicacion hiciese mella en los madrileños calificándola de falsa, sobre todo cuando el 31 de resultas de la batalla de Talavera vieron que los franceses tomaban disposiciones de retirada, y que los de su partido se apresuraban á recogerse al Retiro. Salieron no obstante fallidas, segun en su lugar contamos, las esperanzas de los patriotas; mas inmutables estos en su resolucion, comenzaron á decir el tan sabido *no importa*, que repetido á cada desgracia y en todas las provincias, tuvo en la opinion particular influjo, probando con la constancia del resistir que aquella frase no era hija de irrefleja arrogancia, sino expresion significativa del sentimiento íntimo y noble de que una nacion, si quiere, nunca es sojuzgada.

Nuevos decretos de José.

José sin embargo persuadido de que con la retirada de los ejércitos aliados, las desavenencias entre ellos, la batalla de Almonacid y lo que ocurria en Austria, se afirmaba mas y mas en el solio, tomó providencias importantes y promulgó nuevos decretos. Antes ya habia instalado el

Consejo de Estado, no pasando á convocar Córtes, segun lo ofrecido en la Constitucion de Bayona, así por lo arduo de las circunstancias, como por no agradar ni aun la sombra de instituciones libres al hombre de quien se derivaba su autoridad. Entre los decretos, muchos y de varia naturaleza, húbolos que llevaban el sello de tiempos de division y discordia, como fueron el de confiscacion y venta de los bienes embargados á personas fugitivas y residentes en provincias levantadas, el de privacion de sueldo, retiro ó pension á todo empleado que no hubiese hecho de nuevo para obtener su goce solicitud formal. De estas dos resoluciones, la primera, ademas de adoptar el bárbaro principio de la confiscacion, era harto amplia y vaga para que en la aplicacion no se acreciese su rigor; y la segunda, si bien pudiera defenderse atendiendo á las peculiares circunstancias de un gobierno intruso, mostrábase áspera en extenderse hasta la viuda y el anciano, cuya situacion era justo y conveniente respetar, evitándoles todo compromiso en las discordias civiles.

Decidió tambien José no reconocer otras grandezas ni títulos sino los que él mismo dispensase por un decreto especial, y suprimió igualmente todas las órdenes de caballería existentes, excepto la militar de España, que habia creado, y la antigua del Toison de Oro: no permitiendo ni el uso de las condecoraciones ni menos el goce de las encomiendas: por cuyas determinaciones, ofendiendo la vanidad de muchos se perjudicó á otros en sus intereses, y tratóse de comprometer á todos.

Aplaudieron algunos un decreto que dió José el 18 de agosto para la supresion de todas las órdenes monacales, mendicantes y clericales. Napoleon en diciembre habia solo reducido los conventos á una tercera parte: su hermano ampliaba ahora aquella primera resolucion, ya por no ser

afecto á dichas corporaciones, ya tambien por la necesidad de mejorar la Hacienda.

Los apuros de esta crecian no entrando en arcas otro producto sino el de las puertas de Madrid, aumentado solo con el recargo de ciertos artículos de consumo. Semejante penuria obligó al ministro de Hacienda conde de Caburrus á recurrir á medios odiosos y violentos, como el del repartimiento de un empréstito forzoso entre las personas pudientes de Madrid, y el de recoger la plata labrada de los particulares. En la ejecucion de estas providencias, y sobre todo en la de la confiscacion de las casas de los grandes y otros fugitivos, cometiéronse mil tropelías, teniendo que valerse de individuos despreciables y desacreditados, por no querer encargarse de tal ministerio los hombres de vergüenza. Así fué que ni el mismo gobierno intruso reportó gran provecho, echándose aquella turba de malhechores, con la suciedad y ansia de harpías, sobre cuantas cosas de valor se ofrecian á su rapacidad.

Medidas económicas.

Plata de particulares.

Del Palacio real se sacaron al propio tiempo todos los útiles de plata, que por antiguos ó de mal gusto se habian excluido del uso comun, y se llevaron á la casa de la moneda. Díjose que del rebusco se juntaron cerca de 800,000 onzas de plata, cálculo que nos parece excesivo.

Del Palacio.

Tomáronse asimismo de las iglesias muchas alhajas, trasladándose á Madrid bastante porcion de las del Escorial. Cierto es que entre ellas varias que se creian de oro no lo eran, y otras que se tenian por de plata aparecieron solo de hojuela. El historiador inglés Napier (ya es preciso nombrarle), empeñado siempre en denigrar la conducta de los patriotas, dice que esta medida del intruso excitó la codicia de los españoles, y produjo la mayor parte de las bandas que se llamaron guerrillas. Asercion tan errónea y temeraria, que consta de público, y puede averiguarse en los pa-

De iglesias.

Mr. Napier.

peles del gobierno nacional, que si los jefes de aquellas tropas interceptaron parte de la plata ú otras alhajas de las que se llevaban á Madrid, por lo general las restituyeron fielmente á sus dueños ó las enviaron á Sevilla. Lo contrario sucedió del lado de los franceses, que mirando á España como conquista suya, ú obligados sus jefes á echar mano de todo para mantener sus tropas, se reservaron gran porcion de aquellos efectos, en vez de remitirlos al gobierno de Madrid. Con frecuencia se quejaba entre sus amigos de tal desórden el conde de Caburrus, añadiendo que Napoleon nunca conseguiria su intento en la península, si no adoptaba el medio de hacer la conquista con 600 millones y 60000 hombres en lugar de 600,000 hombres y 60 millones, pues solo así podria ganar la opinion, que era su mas terrible enemigo.

Cédulas hipotecarias.

Aquel ministro, de cuya condicion y prendas hemos hablado anteriormente, juzgó político y miró como inagotable recurso la creacion que hizo por decreto de 9 de junio bajo nombre de *cédulas hipotecarias*, de unos documentos que habian de trocarse contra los créditos antiguos del estado de cualquiera especie, y emplearse en la compra de bienes nacionales, con la advertencia de que los que rehusaran adquirir dichos bienes, recibirian en cambio inscripciones del libro de la deuda pública que se establecia, cobrando al año 4 por 100 de interes. Tambien discurrió Cabarrus prohibir el curso de los vales reales en los paises dominados por los franceses, si no llevaban el sello del nuevo escudo adoptado por José; lo que en lugar de atraer los vales á la circulacion de Madrid, ahuyentólos, temerosos los tenedores de que el gobierno legítimo se negase á reconocerlos con la nueva marca. Coligiéndose de ahí ser Cabarrus el mismo de antes, esto es, sugeto de saber y viveza, pero sobradamente inclinado á forjar proyectos á

centenares, por lo cual le habia ya calificado con oportunidad el célebre conde de Mirabeau *d'homme á expédients*.

Cédulas de indemnizacion y recompensa.

Ademas todas estas medidas, que flaqueaban ya por tantos lados, y particularmente por el de la confianza, base fundamental del crédito, acabaron de hundirse con crear otras cédulas, llamadas de *indemnizacion* y *recompensa*, pues aunque al principio se limitó la suma de estas á la de 100 millones y en forma diferente de las otras, claro era que en un gobierno sin trabas como el de José y en el que habia de contentarse á tantos, pronto se abusaria de aquel medio ampliándole y absorviendo de este modo gran parte de los bienes nacionales destinados á la extincion de la deuda. Así fué que si bien al principio algunos cortesanos y especuladores hicieron compras de cédulas hipotecarias, con que adquirieron fincas pertenecientes á confiscos y comunidades religiosas, padeció en breve aquel papel gran quebranto, quedando cási reducido á valor nominal.

No sacando pues de ahogo tales medidas económicas al gobierno de Madrid, tuvo Napoleon mal de su grado que suministrar de Francia 2 millones de francos mensuales, siendo aquella la primera guerra que en lugar de producir recursos á su erario los menguaba.

Otros decretos.

Mas atinado anduvo José en otros decretos que tambien promulgó desde junio hasta fines del año 1809: entre ellos merece particular alabanza el que abolió el *voto de Santiago*, impuesto gravosísimo á los agricultores, del que hablaremos al tratar de las Córtes de Cádiz. Igualmente fueron notables el de la enseñanza pública, el de la milicia y sus grados, el de municipalidades, y el de quitar á los eclesiásticos toda jurisdiccion civil y criminal. Providencias estas y otras, que si bien en mucha parte tiraban á la mejora del

reino, no eran apreciadas por falta de ejecucion, y sobre todo porque desaparecia su beneficio al lado de otras ruinosas y de las lástimas que causaban las persecuciones de particulares y los males comunes de la guerra.

RESUMEN

DEL

LIBRO DÉCIMO.

Sitio de Gerona. — Mal estado de la plaza. — Descripcion de Gerona. — Su poblacion y fuerza. — Álvarez, gobernador. — Defectos de la plaza. — Entusiasmo de los gerundenses. — San Narciso declarado generalísimo. — Se presentan los franceses delante de Gerona. Mayo. — Circunvalan la plaza. Junio. — Formalizan su ataque. — Entereza de Álvarez. — Acometen los enemigos las torres avanzadas de Monjuich. — Empieza el bombardeo contra la ciudad. — Beramendi. — Nieto. — Apodéranse los enemigos de las torres avanzadas de Monjuich. — Desalojan los españoles del Pedret á los enemigos. — Saint-Cyr con todo su ejército pasa al sitio de Gerona. — Ocupa á San Feliú de Guijols. — Correrías de los partidarios. — Julio. — Embisten los enemigos á Monjuich. — Intrepidez de Montoro. — Asalto de Monjuich. — Por cuatro veces son repelidos los franceses. — Retíranse. — Pierson. — El tambor Ancio. — Vuélase la torre de San Juan. — Arrojo de Beramendi. — Toman los franceses á Palamós. — Mariscal Augereau. — Su proclama. — Partidarios que molestan á los franceses. — Socorro que intenta entrar en Gerona. — Marshall. — Continúan los franceses su ataque

contra Monjuich. — Agosto. — Ataque del rebellin de Monjuich. — Grijols. — Abandonan los españoles á Monjuich. — Esperanzas vanas de los franceses con la ocupacion de Monjuich. — Estrechan la plaza. — Respuesta notable de Álvarez. — Su diligencia. — Don Joaquin Blake. — Va al socorro de Gerona. — Buenas disposiciones que para ello se toman. — Setiembre. — Vese Saint-Cyr engañado. — Entra un convoy y refuerzo en Gerona á las órdenes de Conde. — Salida malograda de la plaza. — Asaltan los franceses la plaza el 19 de setiembre. — Valor de la guarnicion y habitantes. — Álvarez. — Muerte de Marshall. — Son repelidos los franceses en todas partes con gran pérdida. — Convierten los franceses el sitio en bloqueo. — Intenta en vano Blake socorrer de nuevo la plaza. — Odonnell. — Haro. — Ventajas de los españoles y de los ingleses cerca de Barcelona. — Octubre. — Empieza el hambre en Gerona. — Únese Odonnell al ejército. — El mariscal Augereau sucede á Saint-Cyr en Cataluña. — Estréchase el bloqueo. — Auméntase el hambre y las enfermedades. — Tercera é inútil tentativa de Blake para socorrer á Gerona. — Noviembre. — Hambre horrorosa. Carestía de víveres. — Vacila el ánimo de algunos. — Inflexibilidad de Álvarez. — Bando de Álvarez. — Gracias que concede la central á Gerona. — Congreso catalan. — Estado deplorable de la plaza. — Diciembre. — Renuevan los franceses sus ataques. — Ataque del 7 de diciembre. — Se agolpan contra Gerona todo género de males. — Enfermedad de Álvarez. — Sustitúyele don Julian Bolívar. — Háblase de capitular. — Honrosa capitulacion de Gerona. — Extraordinaria defensa la de esta plaza. — Álvarez trasladado á Francia. — Su muerte. — Sospechas de que fué violenta. — Honores concedidos á la memoria de Álvarez. — Estado de las otras provincias. — Provincias libres. — Provincias ocupadas. — Navarra y Aragon. — Renovales. — Combates en Roncal. — Correspondencia entre los franceses y Renovales. — Sarasa. — San Julian de la Peña quemado. — Combates en los valles de Ansó y Roncal. — Capitulan los valles. — Venasque. — Perena y otros partidarios. — Nuevas partidas. — Ríndese Venasque. — Junta de Aragon. — Gayan. — Le atacan los franceses. — Se apoderan de la Vírgen del Tremedal. — Entra Suchet en Albarracin y Teruel. — Cuenca y Guadalajara. — Atalayuelas. — El Empecinado. — Hechos de este. — La Mancha. — Francisquete. — Leon y Castilla. — Don Julian Sanchez. — El Capuchino, Saornil. — Juntas y partidarios en el camino de Francia. — Mina el mozo. — Sucesos generales de la nacion. — Estado de desasosiego de la central. — Don Francisco de Palafox. — Consulta del Consejo. — Su

ceguedad. — Altercados de las juntas de provincia y la central. Sevilla. Extremadura. — Valencia. — Exposicion de esta contra el Consejo. — Trama para disolver la central. — Descúbrela el embajador de Inglaterra. — Trata la central de reconcentrar la potestad ejecutiva. — Diversidad de opiniones. — Nómbrase al efecto una comision. — Nómbrase otra segunda. — Nuevos manejos. — Palafox. — Romana. — Su inconsiderada conducta y su representacion. — Nómbrase la comision ejecutiva. — Fíjase el dia de juntarse las Córtes. — Instálase la comision ejecutiva. — Estado de Europa. — Expediciones inglesas. — Contra Nápoles. — Contra el Escalda. — Desgraciadísima esta. — Paz entre Napoleon y el Austria. — Manifiesto de la central. — Prurito de batallar de la central. — Ejército de la izquierza. — General Marchand. — Carrier. — Primera defensa de Astorga. — Muévese el duque del Parque al frente del ejército de la izquierda. — Batalla de Tamames. — Gánanla los españoles. — Únese Ballesteros á Parque. — Entra Parque en Salamanca. — Únesele la division castellana. — Ejércitos españoles del mediodia. — Únese al de la Mancha parte del ejército de Extremadura. — Fuerza de este ejército reunido al mando de Eguía. — Posicion de los franceses. — Irresolucion de Eguía. — Sucédele en el mando Areizaga. — Favor de que este goza. — Lord Wellington en Sevilla. — Ibarnavarro consejero de Areizaga. — Muévese este. — Choque en Dos-Barrios. — Areizaga en Tembleque. — Ejército español en Ocaña. — Movimientos inciertos y mal concertados de Areizaga. — Choque de caballería en Ontígola. — Fuerzas que acercan los franceses. — Batalla de Ocaña. — Horrorosa dispersion. Pérdida de Ocaña. — Resultas. — Se retira Alburquerque á Trujillo. — Movimientos del duque del Parque. — Accion de Medina del Campo. — Accion de Alva de Tormes. — Valor de Mendizabal. — Retirada de los españoles. — Retirada de los ingleses del Guadiana al norte del Tajo. — Flaqueza de la comision ejecutiva. — Comisionados enviados á la Carolina. — Prision de Palafox y Montijo. — Manejos de Romana y de su hermano Caro. — Tropelías. — Estado deplorable de la Junta central. — Providencias de la comision ejecutiva y de la Junta. — Proposicion de Calvo sobre libertad de imprenta. — Modo de convocarse las Córtes. — Mudanza de individuos en la comision ejecutiva. — Decreto de la central para trasladarse á la Isla de Leon.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

LIBRO DÉCIMO.

« Será pasado por las armas el que profiera la voz de ca- » pitular ó de rendirse. » Tal pena impuso por bando al acercarse los franceses á Gerona su gobernador don Mariano Álvarez de Castro: resolucion que por su parte procuró cumplir rigurosamente, y la cual sostuvieron con inaudito teson y constancia la guarnicion y los habitantes.

Sitio de Gerona.

Preludio fueron de esta tercera y nunca bien ponderada defensa las otras dos ya relatadas de junio y julio del año anterior. Los franceses no consideraban importante la plaza de Gerona, habiéndola calificado de muy imperfecta el general Marescaut, comisionado para reconocerla: juicio tanto mas fundado, cuanto prescindiendo de lo defectuoso de sus fortificaciones, estaban entonces estas unas cuarteadas, otras cubiertas de arbustos y malezas y todas desprovistas

Mal estado de la plaza.

de lo mas necesario. Corrigiéronse posteriormente algunas de aquellas faltas, sin que por eso creciese en gran manera su fortaleza.

Descripcion de Gerona.

Gerona, cabeza del corregimiento de su nombre, situada en lo antiguo cuesta abajo de un monte, extendióse despues por las dos riberas del Oña, llamándose el Mercadal la parte colocada á la izquierda. La de la derecha se prolonga hasta donde el mencionado rio se une con el Ter, del que tambien es tributario por el mismo lado, y despues de correr por debajo de varias calles y casas el Gálligans, formado de las aguas vertientes de los montes situados al nacimiento del sol. Comunícanse ambas partes de la ciudad por un hermoso puente de piedra, y la circuia un muro antiguo con torreones, cuyo débil reparo se mejoró despues, añadiendo 7 baluartes, 5 del lado del Mercadal y 2 del opuesto: habiendo solo foso y camino cubierto en el de la puerta de Francia. Dominada Gerona en su derecha por varias alturas, elevároнse en diversos tiempos fuertes que defendiesen sus cimas. En la que mira al camino de Francia, y por consiguiente en la mas septentrional de ellas, se construyó el castillo de Monjuich con 4 reductos avanzados, y en las otras separadas de esta por el valle que riega el Gálligans los del Calvario, Condestable, Reina Ana, Capuchinos, del Cabildo y de la Ciudad. Antes del sitio se contaban algunos arrabales, y abríase delante del Mercadal un hermoso y fértil llano, que bañado por el Ter, el riachuelo Guell y una acequia, estaba cubierto de aldeas y deleitables quintas.

Su poblacion y fuerza.

La poblacion de Gerona en 1808 ascendia á 14000 almas, y al comenzar el tercer sitio constaba su guarnicion de 5673 hombres de todas armas. Mandaba la plaza en calidad de gobernador interino don Mariano Álvarez de Castro, natural de Granada y de familia ilustre de Castilla la Vieja,

Alvarez, gobernador.

quien con la defensa inmortalizó su nombre. Era teniente de rey don Julian Bolívar, que se habia distinguido en las dos anteriores acometidas de los franceses, y dirigian la artillería y los ingenieros los coroneles don Isidro de Mata y don Guillermo Minali: el último trabajó incesantemente y con acierto en mejorar las fortificaciones.

Defectos de la plaza.

Por la descripcion que acabamos de hacer de Gerona y por la noticia que hemos dado de sus fuerzas, se ve cuán flacas eran estas y cuán desventajosa su situacion. Enseñoreada por los castillos, tomado que fuese uno de ellos, particularmente el de Monjuich, quedaba la ciudad descubierta siendo favorables al agresor todos los ataques. Ademas si atendemos á los muchos puntos que habia fortificados, y á la extension del recinto, claro es que para cubrir convenientemente la totalidad de las obras, se requerian por lo menos de 10 á 12000 hombres, número lejano de la realidad. A todo suplió el patriotismo.

Entusiasmo de los gerundenses.

Animados los gerundenses con antiguas memorias y reciente en ellos la de las dos últimas defensas, apoyaron esforzadamente á la guarnicion, distribuyéndose en 8 compañías, que bajo el nombre de Cruzada, instruyó el coronel don Enrique Odonnell. Compusiéronla todos los vecinos sin excepcion de clase ni de estado, incluso el clero secular y regular, y hasta las mujeres se juntaron en una compañía que apellidaron de Santa Bárbara, la cual dividida en 4 escuadras, llevaba cartuchos y víveres á los defensores, recogiendo y auxiliando á los heridos.

San Narciso declarado generalísimo.

Anteriormente habíase tambien tratado de excitar la devocion de los gerundenses nombrando por generalísimo á san Narciso su patrono. Desde muy antiguo tenian los moradores en la proteccion del santo entera y sencilla fé. Atribuian á su intercesion prosperidades en pasadas guerras, y en especial la plaga de moscas que tanto daño causó, se-

gun cuentan, en el siglo XIII al ejército francés, que bajo su rey Felipe el Atrevido, puso sitio á la plaza: sitio en el que, por decirlo de paso, grandemente se señaló el gobernador Ramon Folch de Cardona, quien al asalto, como refiere Bernardo Desclot, tañendo su añafil y soltadas las galgas, no dejó sobre las escalas francés que no fuese al suelo herido ó muerto. Ciertos hombres sin profundizar el objeto que llevaron los jefes de Gerona, hicieron mofa de que se declarase generalísimo á san Narciso, y aun hubo varones cuerdos que desaprobaron semejante determinacion, temiendo el influjo de vanas y perniciosas supersticiones. Era el de los últimos arreglado modo de sentir para tiempos tranquilos, pero no tanto para los agitados y extraordinarios. De todas las obligaciones la primera consiste en conservar ilesos los hogares patrios, y léjos de entibiar para ello el fervor de los pueblos, conviene alimentarle y darle pábulo hasta con añejas costumbres y preocupaciones: por lo cual el atento político y el verdadero hombre religioso, enemigos de indiscretas y reprensibles prácticas, disculparán no obstante y aun aplaudirán en el apretado caso de Gerona, lo que á muchos pareció ridícula y singular resolucion hija de grosera ignorancia.

Se presentan los franceses delante de Gerona. Mayo.

Los franceses, preparándose de antemano para el sitio, se presentaron á la vista de la plaza el 6 de mayo en las alturas de Costa-Roja. Mandaba entonces aquellas tropas el general Reille, hasta que el 13 le reemplazó Verdier, quien continuó á la cabeza durante todo el sitio. Con este general, y sucesivamente, llegaron otros refuerzos, y el 31 arrojaron los enemigos á los nuestros de la ermita de los Ángeles, que fué bien defendida. Hubo varias escaramuzas, pero lo corto de la guarnicion no permitió retardar, cual conviniera, las primeras operaciones del sitiador. Solamente los paisanos de las inmediaciones de Montagut, tiro-

teándose con él á menudo, le molestaron bastantemente.

Al comenzar junio fué la plaza del todo circunvalada. Colocóse la division westfaliana de los franceses al mando del general Morio desde la márgen izquierda del Ter por San Medir, Montagut y Costa-Roja: la brigada de Juvhan en Pont-Mayor, y los regimientos de Berg y Wurszburgo en las alturas de San Miguel y Villa-Roja hasta los Ángeles: cubrieron el terreno del Oña al Ter por Montelibi, Palau y el llano de Salt tropas enviadas de Vich por Saint-Cyr, ascendiendo el conjunto de todas á 18000 hombres. Hubiera preferido el último general bloquear estrechamente la plaza á sitiarla; mas sabiéndose en el campo francés que no gozaba del favor de su gobierno, y que iba á sucederle en el mando el mariscal Augereau, no se atendieron debidamente sus razones, llevando Verdier adelante su intento de embestir á Gerona. Circunvalan la plaza. Junio.

Reunido el 8 de junio el tren de sitio correspondiente, resolvieron los enemigos emprender dos ataques, uno flojo contra la plaza, otro vigoroso contra el castillo de Monjuich y sus destacadas torres ó reductos. Mandaban á los ingenieros y artillería francesa los generales Sanson y Taviel. Antes de romper el fuego se presentó el 12 un parlamentario para intimar la rendicion, mas el fiero gobernador Álvarez respondió, que no queriendo tener trato ni comunicacion con los enemigos de su patria, recibiria en adelante á metrallazos á sus emisarios. Hízolo así en efecto siempre que el francés quiso entrar en habla. Criticáronle algunos de los que piensan que en tales lances han de llevarse las cosas reposadamente, mas loóle muy mucho el pueblo de Gerona, empeñando infinito en la defensa tan rara resolucion cumplida con admirable tenacidad. Formalizan su ataque. Entereza de Alvarez.

Los enemigos habian desde el 8 empezado á formar una paralela en la altura de Tramon á 600 toesas de las torres

Acometen los enemigos las torres avanzadas de Monjuich.

de San Luis y San Narciso, dos de las mencionadas de Monjuich, sacando al extremo de dicha paralela un ramal de trinchera, delante de la cual plantaron una batería de 8 cañones de á veinticuatro y 2 obuses de á nueve pulgadas. Colocaron tambien otra batería de morteros detrás de la altura Denroca á 360 toesas del baluarte de San Pedro situado á la derecha del Oña en la puerta de Francia. Los cercados, á pesar del incesante fuego que desde sus muros hacian, no pudieron impedir la continuacion de estos trabajos.

Empieza el bombardeo contra la ciudad.

Progresando en ellos y recibida que fué por los franceses la repulsa del gobernador Álvarez, empezó el bombardeo en la noche del 13 al 14, y todo resonó con el estruendo del cañon y del mortero. Los soldados españoles corrieron á sus puestos, otro tanto hicieron los vecinos, acompañándolos á todas partes las doncellas y matronas alistadas en la compañía de Santa Bárbara. Sin dar descanso prosiguieron en su porfía los enemigos hasta el 25, y no por eso se desalentaron los nuestros ni aun aquellos que entonces se estrenaban en las armas. El 14 incendióse y quedó reducido á cenizas el hospital general: gran menoscabo por los efectos allí perdidos difíciles de reponer. La junta corregimental, que en todas ocasiones se portó dignamente, reparó algun tanto el daño, coadyuvando á ello la diligencia del intendente don Cárlos Beramendi, y el buen celo del cirujano mayor don Juan Andrés Nieto, que en un memorial histórico nos ha transmitido los sucesos mas notables de este sitio.

Beramendi.

Nieto.

Apodéranse los enemigos de las torres avanzadas de Monjuich.

Al rayar del 14 tambien acometieron los enemigos las torres de San Luis y San Narciso, apagaron sus fuegos, descortinaron su muralla, y abriendo brecha obligaron á los españoles á abandonar el 19 ambas torres. Lo mismo aconteció el 21 con la de San Daniel, que evacuaron nues-

tros soldados. Este pequeño triunfo envalentonó á los sitiadores, causándoles despues grave mal su sobrada confianza.

Desalojan los españoles del Pedret á los enemigos.

En la noche del 14 al 15 desalojaron los mismos á una guerrilla española del arrabal del Pedret, situado fuera de la puerta de Francia, y levantando un espaldon trataron de establecerse en aquel punto. Temeroso el gobernador de que erigiesen allí una batería de brecha, dispuso una salida combinada con fuerza de Monjuich y de la plaza. Destruyeron los nuestros el espaldon, y arrojaron al enemigo del arrabal.

Saint-Cyr con todo su ejército pasa al sitio de Gerona.

En tanto el general en jefe francés Saint-Cyr, habiendo enviado á Barcelona sus enfermos y heridos, aproximóse á Gerona. En su marcha cogió ganado vacuno, que del Llobregat iba para el abasto de la ciudad sitiada. Sentó el 20 de junio su cuartel general en Caldas, y extendiendo sus fuerzas hácia la marina se apoderó el 21 aunque á costa de sangre de San Feliú de Guijols. Con su llegada aumentóse el ejército francés á unos 30000 hombres. Los somatenes y varios destacamentos molestaban á los franceses en los alrededores, y antes de acabarse junio cogieron un convoy considerable y 120 caballos de la artillería que venian para el general Verdier. Corrió así aquel mes, sin que los franceses hubiesen alcanzado en el sitio de Gerona otra ventaja mas que la de hacerse dueños de las torres indicadas.

Ocupa á San Feliú de Guijols.

Correrías de los partidarios.

Julio.

Pusieron ahora sus miras en Monjuich. Guarnecíanle 900 hombres á las órdenes de don Guillermo Nash, estando todos decididos á defender el castillo hasta el último trance. Al alborear del 3 de julio empezaron los enemigos á atacarlo valiéndose de varias baterías, y en especial de una llamada Imperial que plantaron á la izquierda de la torre de San Luis, compuesta de 20 piezas de grueso calibre y 2 obuses. En todo el dia aportillóse ya la cara derecha del baluarte del norte, y los defensores se prepararon á resistir cual-

Embisten los enemigos á Monjuich.

quiera acometida practicando detrás de la brecha oportunas obras. El fuego del enemigo habia derribado del ángulo flanqueado de aquel baluarte la bandera española que allí tremolaba. Al verla caida se arrojó al foso el subteniente don Mariano Montoro, recobróla, y subiendo por la misma brecha la hincó y enarboló de nuevo: accion atrevida y digna de elogio.

Intrepidez de Montoro.

Asalto de Monjuich.

No tardaron los enemigos en intentar el asalto del castillo. Emprendiéronle furiosamente á las diez y media de la noche del 4 de julio: vanos fueron sus esfuerzos, inutilizándolos los nuestros con su serenidad y valentía. Suspendieron por entonces los contrarios sus acometimientos; mas en la mañana del 8 renovaron el asalto en columna cerrada y mandados por el coronel Muff. Tres veces se vieron repelidos haciendo en ellos grande estrago la artillería cargada con balas de fusil, particularmente un obus dirigido por don Juan Candy. Insistió el jefe enemigo Muff en llevar sus tropas por cuarta vez al asalto, hasta que herido él mismo desmayaron los suyos y se retiraron. Perdieron en esta ocasion los sitiadores unos 2000 hombres, entre ellos 11 oficiales muertos y 66 heridos. Mandaba en la brecha á los españoles don Miguel Pierson que pereció defendiéndola, y distinguióse al frente de la reserva don Blas de Fournas. Durante el asalto tuvieron constantemente los franceses en el aire contra el punto atacado 7 bombas y muchos otros fuegos parabólicos. Grandes y esclarecidos hechos allí se vieron. Fué de notar el del mozo Luciano Ancio, tambor apostado para señalar con la caja los tiros de bomba y granada. Llevóle un casco parte del muslo y de la rodilla, y al quererle transportar al hospital, opúsose diciendo: «No, no, aunque herido en la pierna tengo los » brazos sanos para con el toque de caja librar de las bom» bas á mis amigos. »

Por cuatro veces son repelidos los franceses.

Retiranse.

Pierson.

El tambor Ancio.

Enturbió algun tanto la satisfaccion de aquel dia el haberse volado la torre de San Juan, obra avanzada entre Monjuich y la plaza. Cási todos los españoles que la guarnecian perecieron, salvando á unos pocos don Cárlos Beramendi, que sin reparar en el horroroso fuego del enemigo acudió á aquel punto, mostrándose entonces, como en tantos otros casos de este sitio, celoso intendente, incansable patiota y valeroso soldado.

Vuélase la torre de San Juan.

Arrojo de Beramendi.

Esto ocurria en Gerona, cuando el general Sain-Cyr atento á alejar de la plaza todo género de socorros, despues de haber ocupado á San Feliú de Guijols creyó tambien oportuno apoderarse de Palamós, enviando para ello el 5 de julio al general Fontane. Este puerto cási aislado hubiera podido resistir largo tiempo si le hubieran defendido tropas aguerridas y buenas fortificaciones. Pero estas, de suyo malas, se hallaban descuidadas, y solamente las coronaban algunos somatenes y miqueletes, que sin embargo se negaron á rendirse y disputaron el terreno á palmos. Cañoneras fondeadas en el puerto hicieron al principio bastante fuego; mas el de los enemigos las obligó á retirarse. Entraron los franceses la villa y cási todos los defensores perecieron, no siéndoles dado acogerse, segun lo intentaron, á las cañoneras y otros barcos que tomaron viento y se alejaron.

Toman los franceses á Palamós.

Por el mismo tiempo llegó á Perpiñan el mariscal Augereau. Confiado en que los catalanes escucharian su voz, dirigióles una proclama en mal español, que mandó publicar en los pueblos del principado. Mas apenas se habian fijado tres de aquellos carteles, cuando el coronel don Antonio Porta destruyó en San Lorenzo de la Muga el destacamento encargado de tal comision, volviendo á Perpiñan pocos de los que le componian. Un ataque de gota en la mano y el ver que no era empresa la de Cataluña tan fácil como se figuraba, detuvieron algun tiempo al mariscal Augereau

Mariscal Augereau.

Su proclama.

en la frontera, por lo que continuó todavía mandando el 7° cuerpo el general Saint-Cyr.

Partidarios que molestan á los franceses.

No desayudaban tampoco á los heróicos esfuerzos de Gerona las escaramuzas con que divertian á los franceses los somatenes, miqueletes y alguna tropa de línea. Don Antonio Porta los molestaba desde la raya de Francia hasta Figueras; de aquí á Gerona entretenialos el doctor don Francisco Robira, infatigable y audaz partidario. El general Wimpffen, don Pedro Cuadrado y los caudillos Milans, Iranzo y Clarós, corrian la tierra que media desde Hostalrich por Santa Coloma hasta la plaza de Gerona. Por tanto para despejar la línea de comunicacion con Francia tuvo Saint-Cyr que enviar el 12 de julio una brigada del general Souham á Bañolas, al mismo tiempo que el general Guillot desde Figueras se adelantaba a San Lorenzo de la Muga.

Socorro que intenta entrar en Gerona.

Muy luego de comenzar el sitio habian los de Gerona pedido socorro, y en respuesta á su demanda trataron las autoridades de Cataluña de enviar un convoy y alguna fuerza

Marshall.

á las órdenes de don Rodulfo Marshall, irlandés de nacion y hombre de brios, que habia venido á España á tomar parte en su sagrada lucha. Pasaron los nuestros delante del general Pino en Llagostera sin ser descubiertos; mas avisado el enemigo por un soldado zaguero, tomó el general Saint-Cyr sus medidas, y el 10 interceptó en Castellar el socorro, entrando solo en la plaza el coronel Marshall con unos cuantos que lograron salvarse.

Continúan los franceses su ataque contra Monjuich.

Los sitiadores, despues del malogrado asalto de Monjuich, prolongaron sus trabajos, y abrazando los dos frentes del nordeste y noroeste se adelantaron hasta la cresta del glacis. Nuevas y multiplicadas baterías levantaron sin que los detuviesen nuestros fuegos ni el valor de los sitiados. Perecieron el 31 muchos de ellos en la torre de San Luis, que voló una bomba arrojada de la plaza, y en una

salida que voluntariamente hicieron del castillo en el mismo dia varios soldados.

Agosto.

Entrado agosto continuaron los franceses con el mismo ahinco en acometer á Monjuich, y en la noche del 3 al 4 quisieron apoderarse del rebellin del frente de ataque. Frustróse por entonces su intento; pero al dia siguiente se hicieron dueños de aquella obra, alojándose en la cresta de la brecha: 800 hombres defendian el rebellin, 50 perecieron, y con ellos su bizarro jefe don Francisco de Paula Grifols. Ni aun así se enseñorearon los franceses de Monjuich. Los defensores antes de abandonarlo hicieron una salida el 10 en daño de los contrarios.

Ataque del rebellin de Monjuich.

Grifols.

Sin embargo previendo el gobernador del castillo don Guillermo Nash que no le seria ya dado sostenerse por mas tiempo, habia consultado en aquellos dias á su jefe don Mariano Álvarez, quien opuesto á todo género de capitulacion ó retirada tardó en contestarle. Nash entonces juntó un consejo de guerra, y con su acuerdo evacuó á Monjuich el 12 de agosto á las seis de la tarde, destruyendo antes la artillería y las municiones. Ocuparon los franceses aquellos escombros, siendo maravillosa y dechado de defensas la de este castillo, pues los sitiadores solo penetraron en su recinto al cabo de dos meses de expugnacion, y despues de haber levantado 19 baterías, abierto varias brechas, y perdido mas de 3000 hombres. De los 900 que componian la guarnicion española murieron 18 oficiales y 511 soldados, sin quedar apenas quien no estuviese herido.

Abandonan los españoles á Monjuich.

Poco antes de la evacuacion y ya esta resuelta, recibió don Guillermo Nash pliegos del gobernador Álvarez, en los que léjos de aprobar la retirada de Monjuich, estimulaba á la defensa con premios y ofrecimientos. No por eso se cambió de parecer, juzgando imposible prolongar la resistencia. Los jefes al entrar en la plaza pidieron que se les formase

consejo de guerra si no habian cumplido con su obligacion; pero Álvarez justo, no menos que tenaz y valeroso, aprobó su conducta.

Esperanzas vanas de los franceses con la ocupacion de Monjuich.

Miraba el enemigo como tan importante la rendicion de Monjuich, que al dar Verdier cuenta de ella á su gobierno, afirmaba que la ciudad se entregaria dentro de ocho ó diez dias. Grande fué su engaño. Cierto era que la plaza con la pérdida del castillo quedaba por aquella parte muy comprometida, cubriéndola solo un flaco y antiguo muro, y ningunos otros fuegos sino los de la torre de la Gironella y los de 2 baterías situadas encima de la puerta de San Cristóbal y muralla de Sarracinas. Tambien los franceses se habian posesionado el 2 del convento de San Daniel en la cañada del Gálligans, é impedido la entrada de los cortos socorros que todavía de cuando en cuando penetraban en la plaza por aquel lado.

Estrechan la plaza.

Hasta entonces persuadidos los sitiadores de que con la ocupacion de Monjuich abriria la ciudad sus puertas, no habian contra ella apretado el sitio. Solo por medio de una batería de 4 cañones y 2 obuses plantada en la ladera del Puig Denroca molestaban á los vecinos, y hacian desde su elevada posicion daño en los baluartes de San Pedro, Figuerola y en San Narciso. Construyeron ahora 3 baterías: una en Monjuich de 4 cañones de á veinticuatro; otra encima del arrabal de San Pedro, y la tercera en el monte Denroca. Rompieron todas ellas sus fuegos el dia 19, atacando principalmente la muralla de San Cristóbal y la puerta de Francia. Los sitiados, para remediar el estrago y ofrecer nuevos obstáculos, imaginaron muchas y oportunas obras: cerraron las calles que desembocan en la plaza de San Pedro, y abrieron una gran cortadura defendida detrás por un parapeto. Los franceses, que escarmentados con el ejemplar de Zaragoza, huian de empeñar la lucha en las calles, no insistieron

con ahinco en su ataque de la puerta de Francia, y revolvieron contra la de San Cristóbal y muralla de Santa Lucía, paraje en verdad el mas flaco y elevado de la plaza. Adelantaron para ello sus trabajos, y construidas nuevas baterías de brecha y morteros vomitaron estas muerte y destrozos los últimos dias de agosto, con especialidad en los dos puntos últimamente indicados y en los cuarteles nuevo y viejo de Alemanes. Quisieron el 25 alojarse los enemigos en las casas de la Gironella; pero una partida española que salió del fuerte del Condestable impidió su intento, matando á unos y cogiendo á otros prisioneros.

Pocos esfuerzos de esta clase le era lícito hacer á la guarnicion, escasa de suyo y menguada con las pérdidas de Monjuich y las diarias de la plaza. La corta poblacion de Gerona tampoco daba ensanche como en Zaragoza para repetir las salidas. Ni aun apenas hubiera quedado gente que cubriese los puestos, si de cuando en cuando y subrepticiamente no se hubiesen introducido en el recinto algunos hombres llevados de verdadera y desinteresada gloria, de los cuales en aquellos dias hubo 100 que vinieron de Olot.

Respuesta notable de Alvarez.

No obstante el gobernador don Mariano Álvarez, activo al propio tiempo que cuerdo, no desaprovechaba ocasion de molestar al enemigo y retardar sus trabajos, y á un oficial que encargado de una pequeña salida le preguntaba, que á donde en caso de retirarse se acogeria, respondióle severamente; *al cementerio*.

Su diligencia.

Mas luego que vió atacado el recinto de la plaza, puso su conato en reforzar el punto principalmente amenazado: para lo cual construyendo en parajes proporcionados varias baterías, hasta colocó una de 2 cañones encima de la bóveda de la catedral. Aunque los enemigos desencavalgaron pronto muchas piezas, ofendíales en gran manera la fusilería de las murallas, y sobre todo las granadas, bombas y

polladas que de lugares ocultos se lanzaban á las trincheras y baterías vecinas. Los apuros sin embargo crecian dentro de la ciudad, y se dismunia mas y mas el número de defensores, siendo ya tiempo de que fuese socorrida.

Don Joaquin Blake.

El general don Joaquin Blake, quien despues de su desgraciada campaña de Aragon regresó segun dijimos á Cataluña, puesta tambien bajo su mando, salió en julio de Tarragona con solo sus ayudantes, y recorrió la tierra hasta Olot. En su viaje, si bien detenido por una indisposicion, no permaneció largo tiempo, retrocediendo á Tortosa antes de concluirse el mes; de allí, tomadas ciertas disposiciones, pensó con eficacia en auxiliar á Gerona.

Va al socorro de Gerona.

Aguijábanle á ello las vivas reclamaciones de aquella plaza, y las que de palabra hizo don Enrique Odonnell, enviado por Álvarez al intento. Blake, resuelto á la empresa, atendió antes de su partida á distraer al enemigo en las otras provincias que abrazaba su distrito, por cuyo motivo envió una division á Aragon, dejó otra en los lindes de Valencia, y él con la de Lazan se trasladó en persona á Vich, en donde no terminado todavía agosto, estableció su cuartel general. A su llegada agregó á su gente las partidas y somatenes que hormigueaban por la tierra, y pasó á Sant Hilári y ermita del Padró. Desde este punto quiso llamar la atencion del enemigo á varios otros para ocultar el verdadero por donde pensaba introducir el socorro. Así fué que el 30 de agosto en la tarde envió á don Enrique Odonnell con 1200 hombres la vuelta de Bruñolas, habiendo antes dirigido por el lado opuesto á don Manuel Llauder sobre la ermita de los Ángeles. Don Francisco Robira y don Juan Clarós debian tambien divertir al enemigo por la orilla izquierda del Ter.

Buenas disposiciones que para ello se toman.

Setiembre.

El general Saint-Cyr, cuyos reales desde el 10 de agosto se habian trasladado á Fornells, estando sobre aviso de los

intentos de Blake, tomó para estorbarlos varias medidas de acuerdo con el general Verdier, y reunió sus tropas desparramadas por la dificultad de subsistencias. Mas á pesar de todo consiguieron los españoles su objeto. Llauder se apoderó de los Ángeles, y Odonnell atacando vivamente la posicion de Bruñolas, trajo hácia sí la mayor parte de la fuerza de los enemigos, que creyeron ser aquel el punto que se queria forzar.

Vése Saint-Cyr engañado.

Amaneció el 1° de setiembre cubierta la tierra de espesa niebla, y Saint-Cyr, á quien Verdier se habia ya unido, aguardó hasta las tres de la tarde á que los españoles le atacasen. Hizo para provocarlos varios movimientos del lado de Bruñolas; pero viendo que al menor amago daban aquellos trazas de retirarse, tornó á Fornells, en donde con admiracion suya encontró en desórden la division de Lecchi, que regida ahora por Millossevitz, habia quedado apostada en Salt. Justamente por allí fué por donde el convoy se dirigió á la plaza, siguiendo la derecha del Ter. Componíase de 2000 acémilas, que custodiaban 4000 infantes y 2000 caballos á las órdenes del general don Jaime García Conde. Cayó este de repente sobre los franceses de Salt, arrollólos completamente, y mientras que en derrota iban la vuelta de Fornells, entró en Gerona el convoy tranquila y felizmente. Álvarez dispuso una salida, que bajo don Blas de Fournas fuese al encuentro de Conde, divirtiendo asímismo la atencion del enemigo del lado de Monjuich. A la propia sazon Clarós penetró hasta San Medir, y Robira tomó á Montagut, de donde arrojó á los westfalianos, que solos habian quedado para guardar la línea, matando un miquelete al general Hadeln con su propia espada. Clavaron los nuestros 3 cañones, y persiguieron á sus contrarios hasta Sarriá. En grande aprieto estaban los últimos, cuando repasando el Ter el general Verdier volvió á su orilla izquier-

Entra un convoy y refuerzo en Gerona á las órdenes de Conde.

da, y contuvo á los intrépidos Clarós y Robira. Por su parte el general Conde despues de dejar en la plaza el convoy y 3287 hombres, tornó con el resto de su gente á Hostalrich, y á Olot don Joaquin Blake, que habia permanecido en observacion de los diversos movimientos de su ejército. Fueron estos dichosos en sus resultas y bastante bien dirigidos, quedando completamente burlado el general Saint-Cir no obstante su pericia.

Dió aliento tan buen suceso á la corta guarnicion de Gerona, que se vió así reforzada; mas por este mismo aumento no se consiguió disminuir la escasez con los víveres introducidos.

Los franceses ocuparon de nuevo los puntos abandonados, y el 6 de setiembre recobraron la ermita de los Ángeles, pasando á cuchillo á sus defensores, excepto á 3 oficiales y al comandante Llauder, que saltó por una ventana. No intentaron contra la plaza en aquellos dias cosa de gravedad, contentándose con multiplicar las obras de defensa. No desaprovecharon los sitiados aquel respiro, y atareándose afanadamente, aumentaron los fuegos de flanco y parabólicos, y ejecutaron otros trabajos no menos importantes.

Pasado el 11 de setiembre renovaron los enemigos el fuego con mayor furor, y ensancharon tres brechas ya abiertas en Santa Lucía, Alemanes y San Cristóbal, maltratando tambien el fuerte del Calvario, cuyo fuego sobremanera los molestaba.

Salida malograda de la plaza.

Dispuso el 15 don Mariano Álvarez una salida, con intento de retardar los trabajos del sitiador y aun de destruir algunos de ellos. Dirigíala don Blas de Fournas, y aunque al principio todo lo atropellaron los nuestros, no siendo despues convenientemente apoyadas las 2 primeras columnas por otra que iba de respeto, tuvieron que abrigarse todas de la plaza sin haber recogido el fruto deseado.

Aportilladas de cada vez mas las brechas, y apagados los fuegos del frente atacado, trataron los enemigos de dar el asalto. Pero antes enviaron parlamentarios, que segun la invariable resolucion de Álvarez, fueron recibidos á cañonazos.

Asaltan los franceses la plaza el 19 de setiembre.

Irritados de nuevo con tal acogida, corrieron al asalto á las cuatro de la tarde del 19 de setiembre, distribuidos en 4 columnas de á 2000 hombres. Entonces brillaron las buenas y prévias disposiciones que habia tomado el gobernador español: allí mostró este su levantado ánimo. Al toque de la generala, al tañido triste de la campana que llamaba á somaten, soldados y paisanos, clérigos y frailes, mujeres y hasta niños acudieron á los puestos de antemano y á cada uno señalados. En medio del estruendo de 200 bocas de cañon y de la densa nube que la pólvora levantaba, ofrecia noble y grandioso espectáculo la marcha magestuosa y ordenada de tantas personas de diversa clase, profesion y sexo. Silenciosos todos, se vislumbraba sin embargo en sus semblantes la confianza que los alentaba. Álvarez á su cabeza grave y denodado, representábase á la imaginacion en tan horrible trance á la manera de los héroes de Homero, superior y descollando entre la muchedumbre; y cierto que si no se aventajaba á los demas en estatura como aquellos, sobrepujaba á todos en resolucion y gran pecho. Con no menor órden que la marcha se habian preparado los refuerzos, la distribucion de municiones, la asistencia y conduccion de heridos.

Valor de la guarnicion y habitantes.

Álvarez.

Presentóse la primera columna enemiga delante de la brecha de Santa Lucía, que mandaba el irlandés don Rodulfo Marshall. Dos veces tomaron en ella pié los acometedores, y dos veces rechazados quedaron muchos de ellos allí tendidos. Tuvieron los españoles el dolor de que fuese herido gravemente y de que muriese á poco el comandante de la

Muerte de Marshall.

brecha Marshall, quien antes de expirar prorumpió diciendo, «que moria contento por tal causa y por nacion tan » brava.»

Otras 2 columnas enemigas emprendieron arrojadamente la entrada por las brechas mas anchurosas de Alemanes y San Cristóbal, en donde mandaba don Blas de Fournas. Por algun tiempo alojáronse en la primera, hasta que al arma blanca los repelieron los regimientos de Ultonia y Borbon, apartándose de ambas destrozados por el fuego que de todos lados llovia sobre ellos. No menos padeció otra columna enemiga, que largo rato se mantuvo quieta al pié de la torre de la Gironella. Herido aquí el capitan de artillería don Salustiano Gerona, tomó el mando provisional don Cárlos Beramendi, y haciendo las veces de jefe y de subalterno causó estrago en las filas enemigas.

Amenazaron tambien estas durante el asalto los fuertes del Condestable y del Calvario igualmente sin fruto.

Son repelidos los franceses en todas partes con gran pérdida.

Tres horas duró funcion tan empeñada. Todas las brechas quedaron llenas de cadáveres y despojos enemigos; el furor de los sitiados era tal, que dejando á veces el fusil, sus membrudos y esforzados brazos cogian las piedras sueltas de la brecha y las arrojaban sobre las cabezas de los acometedores. Don Mariano Álvarez animaba á todos con su ejemplo y aun con sus palabras precavia los accidentes, reforzaba los puntos mas flacos, y arrebatado de su celo no escuchaba la voz de sus soldados, que encarecidamente le rogaban no acudiese, como lo hacia, á los parajes mas expuestos. Perdieron los enemigos varios oficiales de graduacion y cerca de 2000 hombres: entre los primeros contaron al coronel Floresti, que en 1808 subió á posesionarse del Monjuich de Barcelona, en donde entonces mandaba don Mariano Álvarez. De los españoles cayeron aquel dia de 300 á 400, en su número muchos oficiales que se

distinguieron sobremanera, y algunas de aquellas mujeres intrépidas que tanto honraron á Gerona.

Convierten los franceses el sitio en bloqueo.

Escarmentados los franceses con leccion tan rigorosa, desistieron de repetir los asaltos á pesar de las muchas y espaciosas brechas, convirtiendo el sitio en bloqueo, y contando por auxiliares, como dice Saint-Cyr, el tiempo, las calenturas y el hambre.

Intenta en vano Blake socorrer de nuevo la plaza.

Don Joaquin Blake, á quien algunos motejaban de no divertir la atencion del enemigo del lado de Francia, intentó de nuevo avituallar la plaza. Para ello preparado un convoy en Hostalrich apareció el 26 de setiembre con 12000 hombres en las alturas de la Bisbal, á dos leguas de Gerona. Gobernada la vanguardia por don Enrique Odonnell, desalojó á los franceses de los puntos que ocupaban desde Villa-Roja hasta San Miguel. Salieron al propio tiempo de la plaza y del Condestable 400 hombres guiados por el coronel de Baza don Miguel de Haro, que tambien ha trazado con imparcialidad la historia de este sitio. Seguia á Odonnell Wimpffen con el convoy, el cual constaba de unas 2000 acémilas y ganado lanar. Quedó el grueso del ejército teniendo al frente á Blake en las mencionadas alturas de la Bisbal.

Odonnell.

Haro.

Enterado Saint-Cyr de la marcha del convoy, trató de impedir su entrada en la plaza. Consiguiólo desgraciadamente esta vez interponiéndose entre Odonnell y Wimpffen, y todo lo apresó, excepto unas 170 cargas que se salvaron y metieron en Gerona. Achacóse la culpa á la sobrada intrepidez de Odonnell, que se alejó mas de lo conveniente de Wimpffen, y tambien á la tímida prudencia de Blake, que no acudió debidamente en auxilio del último. Así no llegaron á Gerona víveres tan necesarios y deseados, y perdió malamente el ejército de Cataluña unos 2000 hombres. Odonnell y Haro se abrigaron de los fuertes del Condestable y Capuchinos. Trataron los franceses cruelmente

á los arrieros del convoy, ahorcando á unos y fusilando á otros en el Palau á vista de la ciudad.

Ventajas de los españoles y de los ingleses cerca de Barcelona.

Corta compensacion de tamaña desdicha fueron algunas ventajas conseguidas en el Llobregat y Besós por los miqueletes y tropas de línea. Tampoco pudo servir de consuelo el haber dispersado los ingleses y cogido en parte un convoy que escoltaban navíos de guerra franceses, y que llevaba víveres y auxilios á Barcelona; ventura que no habian tenido poco antes con el que mandaba el almirante francés Cosmao, que entró y salió de aquel puerto sin que nadie se lo estorbase.

Octubre.

Empieza el hambre en Gerona.

Realmente en nada remediaba esto á Gerona, cuyas enfermedades y penuria crecian con rapidez. Se esmeraban en vano para disminuir el mal la junta y el gobernador. No se habian acopiado víveres sino para cuatro meses, y ya iban corridos cinco. Imperceptibles fueron, conforme manifestamos, los socorros introducidos en 1° de setiembre, aumentándose las cargas con el refuerzo de tropas.

Únese Odonnell al ejército.

Por lo mismo, y segun lo requeria la escasez de la plaza, don Enrique Odonnell, que desde la malograda expedicion del convoy de 26 de setiembre permanecia al pié del fuerte del Condestable, tuvo que alejarse, y atravesando la ciudad en la noche del 12 de octubre, cruzó el llano de Salt y Santa Eugenia, uniéndose al ejército por medio de una marcha atrevida.

El mariscal Augereau sucede á Saint-Cyr en Cataluña.

En aquel dia llegó igualmente al campo enemigo el mariscal Augereau, habiendo partido el 5 el general Saint-Cyr. Con el nuevo jefe francés, y posteriormente, acudieron á su ejército socorros y refuerzos estrechándose en extremo el bloqueo. Levantaron para ello los sitiadores varias baterías, formaron reductos, y llegó á tanto su cuidado, que de noche ponian perros en las sendas y caminos, y ataban de un espacio á otro cuerdas con cencerros y cam-

Estréchase el bloqueo.

panillas; por cuya artimaña cogidos algunos paisanos, atemorizáronse los pocos que todavía osaban pasar con víveres á la ciudad.

Aumentanse el hambre y las enfermedades.

La escasez por tanto tocaba al último punto. Los mas de los habitantes habian ya consumido las provisiones que cada uno en particular habia acopiado, y de ellos y de los forasteros refugiados en la plaza veíanse caer muchos en las calles muertos de hambre. Apenas quedaba otra cosa en los almacenes para la guarnicion que trigo, y como no habia molinos, suplíase la falta machacando el grano en almireces ó cascos de bomba, y á veces entre dos piedras; y así y mal cocido se daba al soldado. Nacieron de aquí y se propagaron todo género de dolencias, estando henchidos los hospitales de enfermos y sin espacio ya para contenerlos. Solo de la guarnicion perecieron en este mes de octubre 793 individuos, comenzando tambien á faltar hasta los medicamentos mas comunes. Inútilmente don Joaquin Blake trató por tercera vez de introducir socorros. De Hostalrich aproximóse el 18 de octubre á Bruñolas, y aguantó el 20 un ataque del enemigo, cuya retaguardia picó despues Odonnell hasta los llanos de Gerona. Acudiendo el mariscal Augereau con nuevas fuerzas, retiróse Blake camino de Vich, dejando solo á Odonell en Santa Coloma, quien á pesar de haber peleado esforzadamente, cediendo al número tuvo que abandonar el puesto y su bagaje. Quedaban así á merced del vencedor las provisiones reunidas en Hostalrich, que pocos dias despues fueron por la mayor parte destruidas, habiendo entrado el enemigo la villa, si bien defendida por los vecinos con bastante empeño.

Tercera é inútil tentativa de Blake para socorrer á Gerona.

Noviembre.

Dentro de Gerona no dió noviembre lugar á combates excusados y peligrosos en concepto de los sitiadores. Renováronse sí de parte de estos las intimaciones, valiéndose de paisanos, de soldados y hasta de frailes, que fueron ó

mal acogidos ó presos por el gobernador. Pero las lástimas y calamidades se agravaban mas y mas cada dia. * Las carnes de caballo, jumento y mulo de que poco antes se habia empezado á echar mano, íbanse apurando ya por el consumo de ellas, ya tambien porque, faltos de pasto y alimento, los mismos animales se morian de hambre comiéndose entre sí las crines. Cuando la codicia de algun paisano arrostrando riesgos introducia comestibles, vendíanse estos á exorbitantes precios; costaba una gallina 16 pesos fuertes y una perdiz 4. Adquirieron tambien extraordinario valor aun los animales mas inmundos, habiendo quien diese por un raton 5 reales vellon y por un gato 30. Los hospitales sin medicinas ni alimentos, y privados de luz y fuego, habíanse convertido en un cementerio en que solo se divisaban no hombres sino espectros. Las heridas eran por lo mismo cási todas mortales y se complicaban con las calenturas contagiosas que á todos afligian, acabando por manifestarse el terrible escorbuto y la disenteria.

(* Véase Ap. n. 1.)

Hambre horrorosa.

Carestía de víveres.

Vacila el ánimo de algunos.

A la vista de tantos males juntos de guerra, hambre, enfermedades y dolorosas muertes, flaqueaban hasta los mas constantes. Solo Álvarez se mantenia inflexible. Habia algunos, aunque contados, que hablaban de capitular; otros, queriendo incorporarse al ejército, proponian abrirse paso por medio del ejército enemigo. De los primeros hubo quien osó pronunciar en presencia del gobernador la palabra *capitulacion*, pero este, interrumpiéndole prontamente, díjole, «¿cómo, solo usted es aquí cobarde? Cuando ya no » haya víveres nos comeremos á usted y á los de su ralea, » y despues resolveré lo que mas convenga.»

Inflexibilidad de Alvarez.

Entre los que con pensamientos mas honrados ansiaban salir por fuerza de la plaza, se celebraron reuniones y aun se hicieron varias propuestas; mas la junta recelando des-

agradables resultas atajó el mal, y todos se sometieron á la firme condicion del gobernador.

Bando de Álvarez.

Este, cuanto mas crecia el peligro, mas impertérrito se mostraba, dando por aquellos dias un bando así concebido. «Sepan las tropas que guarnecen los primeros puestos, » que los que ocupan los segundos tienen órden de hacer » fuego, en caso de ataque, contra cualquiera que sobre » ellos venga sea español ó francés, pues todo el que huye » hace con su ejemplo mas daño que el mismo enemigo.»

Gracias que concede la central á Gerona.

La larga y empeñada resistencia de Gerona dió ocasion á que la Junta central concediese á sus defensores iguales gracias que á los de Zaragoza, y provocó en el principado de Cataluña el deseo de un levantamiento general para ir á socorrer la plaza. Con intento de llevar á cabo esta última medida, se juntó en Manresa antes de concluirse noviembre un congreso compuesto de individuos de todas clases y de todos los puntos del principado.

Congreso catalan.

Estado deplorable de la plaza.

Pero ya era tarde. Tras del triste y angustiado verano, en el que ni las plantas dieron flores, ni cria los brutos, llegó el otoño, que húmedo y lluvioso, acreció las penas y desastres. Desplomadas las casas, desempedradas las calles, y remansadas en sus hoyos las aguas y las inmundicias, quedaron los vecinos sin abrigo y respirábase en la ciudad un ambiente infecto, corrompido tambien con la putrefaccion de cadáveres que yacian insepultos en medio de escombros y ruinas. Habian perecido en noviembre 1378 soldados y cási todas las famillas desvalidas. No se veian mujeres en cinta, falleciendo á veces de inanicion en el regazo de las madres el tierno fruto de sus entrañas. La naturaleza toda parecia muerta.

Diciembre.

Los enemigos aunque prosiguieron arrojando bombas é incomodando con sus fuegos, no habian renovado sus asaltos escarmentados en sus anteriores tentativas. Mas el ma-

Renuevan los franceses sus ataques.

riscal Augereau viendo que el congreso catalan excitaba á las armas á todo el principado, recelóse que Gerona con su constancia diese tiempo á ser socorrida, por lo que en la noche del 2 de diciembre, aniversario de la coronacion de Napoleon, emprendió nuevas acometidas. Ocupó de resultas el arrabal del Cármen, y levantando aun mas baterías, ensanchó las antiguas brechas y abrió otras. El 7 se apoderó del reducto de la Ciudad y de las casas de la Gironella, en donde sus soldados se atrincheraron y cortaron la comunicacion con los fuertes, á cuyas guarniciones no les quedaba ni aun de su corta racion sino para dos dias. Imperturbable Álvarez, si bien ya muy enfermo, dispuso socorrer aquellos puntos, y consiguiólo enviando trigo para otros tres dias, que fué cuanto pudo recogerse en su extrema penuria.

Ataque del 7 de diciembre.

En la tarde del 7, despues de haber inútilmente procurado los enemigos intimar la rendicion á la plaza, rompieron el fuego por todas partes desde la batería formada al pié de Montelibi hasta los apostaderos del arrabal del Cármen, imposibilitando de este modo el tránsito del puente de piedra.

Se agolpan contra Gerona todo género de males.

Gerona en fin se hallaba el 8 sin verdadera defensa. Perdidos cási todos sus fuertes exteriores, veíase interrumpida la comunicacion con tres que aun no lo estaban. Siete brechas abiertas, 1100 hombres era la fuerza efectiva, y estos convalecientes ó batallando como los demas contra el hambre, el contagio y la continua y penosa fatiga. De sus cuerpos no quedaba sino una sombra, y el espíritu aunque sublime no bastaba para resistir á la fuerza física del enemigo. Hasta Álvarez, de cuya boca como de la de Calvo, gobernador de Maestricht, no salian otras palabras que las de «no quiero rendirme,» doliente durante el sitio de tercianas, rindiósé al fin á una fiebre nerviosa, que el 4 de di-

Enfermedad de Álvarez.

ciembre ya le puso en peligro. Continuó no obstante dando sus órdenes hasta el 8, en que entrándole delirio, hizo el 9 en un intervalo de sano juicio dejacion del mando en el teniente de rey don Julian Bolívar. Su enfermedad fué tan grave, que recibió la extremauncion, y se le llegó á considerar como muerto. Hasta entonces no parecia sino que aun las bombas en su caida habian respetado tan grande alma, pues destruido todo en su derredor y los mas de los cuartos de su propia casa, quedó en pié el suyo, no habiéndose nunca mudado del que ocupaba al principio del sitio.

Substitúyele don Julian Bolivar.

Postrado Álvarez, postróse Gerona. En verdad ya no era dado resistir mas tiempo. Don Julian Bolívar congregó la junta corregimental y una militar. Dudaban todos qué resolver, ¡tanto les pesaba someterse al extranjero! pero habiendo recibido aviso del congreso catalan de que su socorro no llegaria con la deseada prontitud, tuvieron que ceder á su dura estrella, y enviaron para tratar al campo enemigo á don Blas de Fournas. Acogió bien á este el mariscal Augereau, y se ajustó * entre ambos una capitulacion honrosa y digna de los defensores de Gerona. Entraron los franceses en la plaza el 11 de diciembre por la puerta del Areny, y asombráronse al considerar aquel monton de cadáveres y de escombros, triste monumento de un malogrado heroismo. Habian allí perecido de 9 á 10000 personas, entre ellas 4000 moradores.

Hábiase de capitular.

Honrosa capitulacion de Gerona. (* Ap. n. 2.)

Carnot nos dice, que consultando la historia de los sitios modernos, apenas puede prolongarse mas allá de 40 dias la defensa de las mejores plazas, ¡y la de la débil Gerona duró siete meses! Atacáronla los franceses conforme hemos visto con fuerzas considerables; levantaron contra sus muros 40 baterías de donde arrojaron mas de 60000 balas y 20000 bombas y granadas, valiéndose por fin de cuantos

Extraordinaria defensa la de esta plaza.

medios señala el arte. Nada de esto sin embargo rindió á Gerona, «solo el hambre, segun el dicho de un historia-» dor de los enemigos, y la falta de municiones pudo ven-» cer tanta obstinacion.»

Dirigieron los españoles la defensa no solo con la fortaleza que infundia Álvarez, sino con tino y sabiduría. Mejor avituallada, hubiera Gerona prolongado sin término su resistencia, teniendo entonces los enemigos que atacar las calles y las casas, en donde como en Zaragoza hubieran encontrado sus huestes nuevo sepulcro.

Álvarez. Trasladado á Francia.

Su muerte.

El gobernador don Mariano Álvarez, aunque deshauciado volvió en sí, y el 25 de diciembre le sacaron para Francia. Desde allí tornáronle á poco á España, y le encerraron en un calabozo del castillo de Figueras, habiéndole antes separado de sus criados y de su ayudante don Francisco Satué. Al dia siguiente de su llegada susurróse que habia fallecido, y los franceses le pusieron de cuerpo presente tendido en unas parihuelas, apareciendo la cara del difunto hinchada y de color cárdeno, á manera de hombre á quien han ahogado ó dado garrote. Así se creyó generalmente en España, y en verdad la circunstancia de haberle dejado solo, los indicios que de muerte violenta se descubrian en su semblante, y noticias confidenciales * que recibió el gobierno español, daban lugar á vehementes sospechas. Hecho tan atroz no merecia sin embargo fé alguna, á no haber amancillado su historia con otros parecidos el gabinete de Francia de aquel tiempo.

Sospechas de que fué violenta.

(* Ap. n. 2.)

Honores concedidos á la memoria de Álvarez.

La Junta central decretó, « que se daria á don Mariano » Álvarez, si estaba vivo, una recompensa propia de sus » sobresalientes servicios; y que si por desgracia hubiese » muerto, se tributarian á su memoria y se darian á su fa-» milia los honores y premios debidos á su ínclita constan-» cia y heróico patriotismo. » Las Córtes congregadas mas

adelante en Cádiz mandaron grabar su nombre en letras de oro en el salon de las sesiones, al lado de los ilustres Daoiz y Velarde. En 1815 don Francisco Javier Castaños, capitan general de Cataluña, pasó á Figueras, hízole las debidas exequias, y colocó en el calabozo en donde habia espirado una lápida que recordase el nombre de Álvarez á la posteridad. Honores justamente tributados á tan claro varon.

Estado de las otras provincias.

Ocurrieron durante el largo sitio de Gerona en las demas partes de España diversos é importantes acontecimientos. De los mas principales hasta la batalla de Talavera dimos cuenta. Reservamos otros para este lugar, sobre todo los que acaecieron posteriormente á aquella jornada. Entre ellos distinguiremos los generales y que tomaban principio en el gobierno central, de los particulares de las provincias, empezando por los últimos nuestra narracion.

Provincias libres.

Debe considerarse en aquel tiempo el territorio español como dividido en país libre y en país ocupado por el extranjero. Valencia, Murcia, las Andalucías, parte de Extremadura y de Salamanca, Galicia y Asturias respiraban desembarazabas y libres, trabajadas solo por interiores contiendas. Mostrábase Valencia rencillosa y pendenciera, excitando al desórden el ambicioso general don José Caro, quien habiéndose valido de ciertas cabezas de la insurreccion para derribar de su puesto al conde de la Conquista, las persiguió despues y maltrató encarnizadamente. Murcia, aunque satélite, por decirlo así, de Valencia en lo militar, daba señales de moverse con mayor independencia cuando se trataba de mantener la union y el órden. Asiento las Andalucías del gobierno central, no recibian por lo comun otro impulso que el de aquel, teniendo que someterse á su voluntad la altiva junta de Sevilla. Permaneció en general sumisa Extremadura, y la parte libre de Salamanca estaba sobradamente hostigada con la cercanía del enemigo para

provocar ociosas reyertas. En Galicia y Asturias no reinaba el mejor acuerdo, resintiéndose ambas provincias de los males que causó la atropellada conducta de Romana. Desabrida la primera con la persecucion de los patriotas, no ayudó al conde de Noroña, que quedó mandando, y á quien tambien faltaba el nervio y vigor entonces tan necesarios, lo cual excitó de todas partes vivas reclamaciones al gobierno supremo para que se restableciese la junta provincial, que Romana ni pensó ni quiso convocar. Al cabo, pero pasados meses, se atendió á tan justos clamores. Gobernaban á Asturias el general Mahy y la junta que formó el mismo Romana, autoridades ambas harto negligentes. En octubre fué reemplazado el primero por el general don Antonio de Arce. Habíale enviado de Sevilla la Junta central en compañía del consejero de Indias don Antonio de Leiva, á fin de que aquel capitanease la provincia y de que los dos oyesen las quejas de los individuos de la junta disuelta por Romana. Ejecutóse lo postrero mal y lentamente, y en lo demas nada adelantó el nuevo general, hombre pacato y flojo. Reportóse por tanto poco fruto en las provincias libres de las buenas disposiciones de los habitantes, siendo menester que el enemigo punzase de cerca para estimular á las autoridades y acallar sus desavenencias.

Provincias ocupadas.

Tampoco faltaban rivalidades en las provincias ocupadas, particularmente entre los jefes militares, achaque de todo estado en que las revueltas han roto los antiguos vínculos de subordinacion y órden. Vamos á hablar de lo que en ellas pasó hasta fines de 1809.

Navarra y Aragon.

Pulularon en Aragon, despues de las funestas jornadas de María y Belchite, los partidarios y cuerpos francos. Recorrian unos los valles del Pirineo é izquierda del Ebro, otros la derecha y los montes que se elevan entre Castilla la Nueva y reino de Aragon. Aquellos obraban por sí y sostenidos

á veces con los auxilios que les enviaba Lérida: los segundos escuchaban la voz de la junta de Molina y en especial la de la de Aragon, que restablecida en Teruel el 30 de mayo, tenia á veces que convertirse como muchas otras y á causa de las ocurrencias militares, en ambulante y peregrina.

Abrigáronse partidarios intrépidos de las hoces y valles que forma el Pirineo desde el de Venasque en la parte oriental, hasta el de Ansó situado al otro extremo. Tambien aparecieron muy temprano en el de Roncal, que pertenece á Navarra, fragoso y áspero, propio para embreñarse por selvas y riscos. En estos dos últimos y aledaños valles campeó con ventura don Mariano Renovales. Prisionero en Zaragoza, se escapó cuando le llevaban á Francia, y dirigiéndose á lugares solitarios, se detuvo en Roncal para reunir varios oficiales tambien fugados. Noticioso de ello el general francés d'Agoult, que mandaba en Navarra, y temeroso de un levantamiento, envió en mayo para prevenirle al jefe de batallon Puisalis con 600 hombres. Súpolo Renovales, y allegando apresuradamente paisanos y soldados dispersos se emboscó el 20 del mismo mes en el país que media entre los valles del Roncal y Ansó. El 21 antes de la aurora comenzaron los combates, trabáronse en varios puntos, duraron todo aquel dia y el siguiente, en que se terminaron con gloria nuestra al pié del Pirineo, en la alta roca llamada Undarí. Todos los franceses que allí acudieron fueron muertos ó hechos prisioneros, excepto unos 120 que no penetraron en los valles.

Renovales.

Combates en Roncal.

Animado con esto Renovales, pero mal municionado, buscó recursos en Lérida y trajo armeros de Eibar y Placencia. Pertrechado algun tanto aguardó á los franceses, quienes invadiendo de nuevo aquellas asperezas el 15 de junio, fueron igualmente deshechos y perseguidos hasta la villa de Lumbier. Interpusiéronse en seguida los nuestros en los ca-

minos principales, y sembraron entre los enemigos el desasosiego y la zozobra.

Correspondencia entre los franceses y Renovales.

Dieron lugar tales movimientos á que el comandante de Zaragoza Plique y el gobernador de Navarra d'Agoult entablasen correspondencia con Renovales. En ella, al paso que agradecian los enemigos el buen porte de que usaba el general español con los franceses que cogia, reclamaban altamente el castigo de algunos subalternos, que se habian desmandado á punto de matar varios prisioneros, quejándose tambien de que el mismo Renovales se hubiese escapado sin atender á la palabra empeñada. Respecto de lo primero, olvidaban los franceses que á tan lamentables excesos habian dado ellos triste ocasion, mandando d'Agoult ahorcar poco antes, so color de vandidos, á 5 hombres que formaban parte de una guerrilla de Roncal; y respecto de lo segundo respondió Renovales, « si yo me fugué antes de » llegar á Pamplona, advertid que se faltó por los franceses » al sagrado de la capitulacion de Zaragoza. Fui el primero » á quien el general Morlot, sin honor ni palabra, despojó » de caballos y equipaje, hollando lo estipulado. Si al ge- » neral francés es lícita la infraccion de un derecho tan sa- » grado, no sé por qué ha de prohibirse á un general espa- » ñol faltar á su palabra de prisionero.

Sarasa.

Los triunfos de Roncal y Ansó infundieron grande espíritu en todas aquellas comarcas, y don Miguel Sarasa, hacendado rico, despues de haber tomado las armas y combatido en julio en varios felices reencuentros, formó la izquierda de Renovales apostándose en San Juan de la Peña, monasterio de Benedictinos, y en cuya espelunca, como la llama Zurita, nació la monarquía aragonesa, y se enterraron sus reyes hasta don Alfonso el II.

Viendo los enemigos cuán graves resultas podria traer el levantamiento de los valles del Pirineo, mayormente no

habiéndoles sido dado apagarlo en su orígen, idearon acometer á un tiempo el país que media entre Jaca y el valle de Salazar en Navarra, llamando al propio tiempo la atencion del lado de Venasque. Con este fin salieron tropas de Zaragoza y Pamplona y de otros puntos en que tenian guarnicion, no olvidando tampoco amenazar de la parte de Francia. Un trozo dirigióse por Jaca sobre San Juan de la Peña, otro ocupó los puertos de Salvatierra, Castillo Nuevo y Navascues, y se juntó una corta division en el valle de Salazar. Fué San Juan de la Peña el primer punto atacado. Defendióse Sarasa vigorosamente, mas obligado á retirarse quemaron el 26 de agosto los franceses el monasterio de Benedictinos, conservándose solo la capilla abierta en la peña. Con el edificio ardió tambien el archivo, habiéndose perdido allí, como en el incendio del de la Diputacion de Zaragoza ocurrido durante el sitio, preciosos documentos que recordaban los antiguos fueros y libertades de Aragon. El general Suchet fundó, por via de expiacion, en la capilla que quedaba del abrasado monasterio, una misa perpetua con su dotacion correspondiente. Pensaba quizá cautivar de este modo la fervorosa devocion de los habitantes, mas tomóse á insulto dicha fundacion y nadie la miró como efecto de piedad religiosa.

San Juan de la Peña quemado.

Vencido este primer obstáculo, avanzaron los franceses de todas partes hácia los valles de Ansó y Roncal. El 27 empezó el ataque en el primero, y á pesar de la porfiada oposicion de los ansotanos entraron los enemigos la villa á sangre y fuego.

Combates en los valles de Ansó y Roncal.

Contrarestó Renovales su ímpetu en Roncal los dias 27, 28 y 29, retirándose hasta el término y boquetes de la villa de Urzainqui. Mas agolpándose á aquel paraje los franceses del valle de Ansó, los del de Salazar y una division procedente de Oleron en Francia, no fué ya posible hacer por

Capitulan los valles.

mas tiempo rostro á tanta turba de enemigos. Así deseando Renovales salvar de mayores horrores á los roncaleses, determinó que don Melchor Ornat, vecino de la villa, capitulase honrosamente por los valles, como lo hizo, asegurando á los naturales la libertad de sus personas y el goce de sus propiedades. Renovales con varios oficiales, soldados y rusos desertores se trasladó al Cinca.

En tanto que esto pasaba en Navarra y valles occidentales de Aragon, llamaron tambien los franceses la atencion

Venasque.

á los orientales, incluso el de Aran en Cataluña. No llevaron en todos ellos su intento mas allá del amago, siendo rechazados en el puerto de Venasque, en donde se señaló el paisano Pedro Berot.

Perena y otros partidarios.

Descendiendo la falda de los Pirineos, y siguiendo la orilla izquierda del Cinca, don Felipe Perena, Baget y otros partidarios tuvieron con los franceses reñidos choques. En varios sacaron ventaja los nuestros, incomodándolos incesantemente y cogiéndoles reses y víveres que llevaban para su abastecimiento. Ansiosos los franceses de libertarse de tan porfiados contrarios, enviaron al general Habert para dispersarlos y despejar las riberas del Cinca. Consiguió Habert penetrar hasta Fonz, en donde sus tropas asesinaron desapiadadamente á los ancianos y enfermos que habian quedado. Al mismo tiempo que Habert cruzó el Cinca por cima de Estadilla el coronel Robert, quien al principio fué rechazado, pero concertando ambos jefes sus movimientos, replegáronse los partidarios españoles á Lérida, Mequinenza y puntos abrigados, tomando despues el mando de todos ellos Renovales. Ocuparon los franceses á Fraga y Monzon, como importantes para la tranquilidad del país.

Nuevas partidas.

Mas ni aun así consiguieron su objeto. Sarasa en octubre y noviembre apareció de nuevo en las cercanías de Ayerbe y procuró cortar las comunicaciones entre Zaragoza y Jaca.

Los españoles de Mequinenza tambien hicieron en 16 de octubre una tentativa sobre Caspe, en un principio dichosa, al último malograda. Otras parciales refriegas ocurrian al mismo tiempo por aquellos parajes, poniendo al fin los franceses su conato en apoderarse de Venasque.

Rindese Venasque.

Mandaba allí desde 1804 el marqués de Villora, y el 22 de octubre del año en que vamos, intimándole el comandante francés de Benavarre La Pageolerie que se rindiese, contestóle el marqués dignamente. Mas en noviembre acudiendo otra vez los franceses, cedió Villora sin resistencia; y por esto, y por entrar despues al servicio del intruso, tachóse su conducta de muy sospechosa.

Junta de Aragon.

En la márgen derecha del Ebro las juntas de Molina y Aragon trabajaban incansables en favor de la defensa comun. La última, aunque metida en Moya, provincia de Cuenca, despues de la vergonzosa jornada de Belchite, desvivíase por juntar dispersos y promover el armamento de la provincia. Don Ramon Gayan, separado ya del ejército de Blake al desgraciarse la accion de María, sirvió de mucho con su cuerpo franco para ordenar la resistencia. Ocupaba la ermita del Águila en el término de Cariñena, y la junta agrególe el regimiento provincial de Soria y el de la Princesa venido de Santander. Hubo entre los nuestros y los enemigos varios reencuentros. Los últimos en julio desalojaron á Gayan de la ermita del Águila, y frustróse un plan que la junta de Aragon tenia trazado para sorprender á los franceses que enseñoreaban á Daroca.

Gayan.

Falló en parte por disputas de los jefes que eran de igual graduacion. Para prevenir en adelante todo altercado envió Blake desde Cataluña, á peticion de la mencionada junta, á don Pedro Villacampa, entonces brigadier, el cual reuniendo bajo su mando la tropa puesta antes á las órdenes de Gayan, y ademas el batallon de Molina con otros

destacamentos, formó en breve una division de 4000 hombres. A su cabeza adelantóse el nuevo jefe antes de finalizar agosto á Calatayud, arrojó á los enemigos del puerto del Frasno, y haciendo varios prisioneros los persiguió hasta la Almunia.

Le atacan los franceses.

En arma los franceses con tal embestida, despues de verse algo desembarazados en la orilla izquierda del Ebro, revolvieron en mayor número contra Villacampa. Prudentemente se habia recogido este á los montes llamados Muela de San Juan y sierras de Albarracin, célebres por dar nacimiento al Tajo y otros rios caudalosos, habiéndose situado en nuestra Señora del Tremedal, santuario muy venerado de los naturales, y á donde van en romería de muchas leguas á la redonda. De las tropas de Villacampa habian quedado algunas avanzadas en la direccion de Daroca, las cuales fueron en octubre arrojadas de allí por el general Klopicki, que avanzó hasta Molina destruyendo ó pillando cási todos los pueblos.

Don Pedro Villacampa juntó en el Tremedal entre soldados y paisanos sin armas unos 4000 hombres. El santuario está situado en un elevado monte en forma de media luna, y á cuyo pié se descubre la villa de Orihuela. Pinares que se extienden por los costados y la cumbre roqueña de la montaña dan al sitio silvestre y ceñudo semblante. Habia acumulado allí la devocion de los fieles muchas y ricas ofrendas, respetadas hasta de los salteadores, siendo así que de dia y noche se dejaban abiertas las puertas del santuario. Por lo menos así lo aseguraban los clérigos ó mosenes, como en Aragon los llaman, encargados del culto y custodia del templo.

Se apoderan de la Virgen del Tremedal.

Habia Villacampa hecho en la subida algunas cortaduras, y dedicábase á disciplinar en aquel retiro su gente bisoña. Conocieron los franceses el mal que se les seguiria si para

ello le dejaban tiempo, y trataron de destruirle ó por lo menos de aventarle de aquellas asperezas. Tuvo órden de ejecutar la operacion el coronel Henriod con su regimiento 14 de línea, alguna mas infantería, un cuerpo de coraceros y 3 piezas. Maniobró el francés diestramente amagando la montaña por varios puntos, y el 25 se apoderó del Tremedal, de donde arrojados los españoles, se escaparon por la espalda camino de Albarracin. Los enemigos saquearon é incendiaron á Orihuela, volándose el santuario con espantoso estrépito. Salvóse la Vírgen, que á tiempo ocultó un mosen, y retirados los franceses acudieron ansiosamente los paisanos del contorno á adorar la imágen, cuya conservacion graduaban de milagro.

Aunque con tales excursiones conseguian los enemigos despejar el país de ciertas partidas, no por eso impedian que en otros parajes los molestasen nuevas guerrillas. Así que al adelantarse aquellos via dal Tremedal, los hostilizaban á su retaguardia el alcalde de Illueca, y el paisanaje de varios pueblos. Lo mismo ocurria con mayor ó menor ímpetu en cási todas las comarcas, fatigando á los invasores tan continuo é infructuoso pelear.

Entra Suchet en Albarracin y Terruel.

Suchet sin embargo insistia en querer apaciguar á Aragon, y sabiendo que de Madrid habia ido á Cuenca el general Milhaud para desbandar las guerrillas de aquella provincia, avanzó tambien por su parte el 25 de diciembre hasta Albarracin y Teruel, cuyo suelo aun no habian pisado los franceses, obligando á la junta de Aragon, que entonces se albergaba en Rubielos, á abandonar su territorio, teniendo que refugiarse en las provincias vecinas.

Cuenca y Guadalajara. Atalayuelas.

El Empecinado.

De estas las de Cuenca y Guadalajara traian á maltraer al enemigo. En la primera era uno de los principales jefes el marqués de las Atalayuelas, que solia ocupar á Sacedon y sus cercanías; y en la segunda el Empecinado, á quien ya

vimos en Castilla la Vieja, y que se aventajaba á los demas en fama y notables hechos. Por disposicion de la central habíase establecido el 20 de julio en Sigüenza (ciudad poco antes muy maltratada por los franceses) una junta con objeto de gobernar la provincia de Guadalajara. Trabajó con ahinco la nueva autoridad en reunir las partidas sueltas, efectuar alistamientos y hostigar de todos modos al enemigo, y así esta junta como otra que se erigió en tierra de Cuenca, uniéndose en ocasiones ó concertándose con las de Aragon y Molina, formaron en aquellas montañas un foco de insurreccion que hubiera sido aun mas ardiente si á veces no hubiesen debilitado su fuerza quisquillas y enojosas pendencias.

Juntas.

Don Juan Martin el Empecinado guerreaba allende la cordillera carpetana; mas buscado en setiembre por la junta de Guadalajara, acudió gustoso al llamamiento. Comenzó aquel caudillo á recorrer la provincia, y no dejando á los franceses un momento de respiro, tuvo ya en los meses de setiembre y octubre choques bastante empeñados en Cogolludo, Alvarés y Fuente la Higuera. Los franceses para vencerle recurrieron á ardides. Tal fué el que pusieron en planta el 12 de noviembre, aparentando retirarse de la ciudad de Guadalajara para luego volver sobre ella. Pero el Empecinado, despues de haberse provisto de porcion de paños de aquellas fábricas, rompió por medio de la hueste que le tenia rodeado y se salvó. Pagó en seguida á los franaceses el susto que entonces le dieron, principalmente sorprendiendo el 24 de diciembre en Mazarrulleque á un grueso trozo de contrarios.

La de Guadalajara llama al Empecinado.

Entre los guerrilleros de la Mancha, de que ya entonces se hablaba, ademas de Mir y Jimenez merece particular mencion Francisco Sanchez, conocido con el nombre de Francisquete, natural de Camuñas. Habian los franceses

La Mancha.

Francisquete.

ahorcado á un hermano suyo que se rindiera bajo seguro, y en venganza Francisco hízoles sin cesar guerra á muerte. Otros partidarios empezaron tambien á rebullir en esta provincia y en la de Toledo; mas ó desaparecieron pronto, ó sus nombres no sonaron hasta mas adelante.

Leon y Castilla.

En las que componen los reinos de Leon y Castilla la Vieja descolló entre otros muchos cerca de Ciudad-Rodrigo don Julian Sanchez. Vivia este en la casa paterna despues de haber militado en el regimiento de Mallorca. Pisaron los enemigos en sus correrías aquellos umbrales, y mataron á sus padres y á una hermana, atrocidad que juró Sanchez vengar: empezó con este fin á reunir gente, y luego allegó hasta 200 caballos con el nombre de Lanceros, de cuya tropa nombróle capitan el duque del Parque, general que allí mandaba. Don Julian unas veces se apoyaba en el ejército ó en la plaza de Ciudad-Rodrigo, otras obraba por sí y se alejaba con su escuadron. Infundia tal desasosiego en los franceses, que en Salamanca el general Marchand dió contra él y sus soldados una proclama amenazadora, y cogió en rehenes como á patrocinadores á unos cuantos ganaderos ricos de la provincia. Sanchez agraviado de que el francés calificase á sus hombres de asesinos y ladrones, replicóle de una manera áspera y merecida. ¡Cruda guerra que hasta en el hablar enconaba así de ambos lados el ánimo de los combatientes!

Don Julian Sanchez.

El Capuchino, Saornil.

Por el centro y vastas llanuras de Castilla la Vieja andaban asímismo al rebusco de franceses partidas pequeñas, como las del Capuchino, Saornil y otras que todavía no gozaban de mucho nombre, pero que dieron lugar á una circular curiosa al par que bárbara del general francés Kellermann, comandante de aquellos distritos, y por la que haciendo en 25 de octubre una requisicion de caballos, mandaba bajo penas rigurosas sacar el ojo izquierdo y mar-

autoridad del Consejo reinstalado el mes anterior. No menos pensaban ya que en acudir á la fuerza, pero antes creyeron prudente tentar las vias pacíficas y legales. Sirvióles de primer instrumento don Francisco de Palafox, individuo de la misma Junta, quien el 21 de agosto leyó en su seno un papel en el que, doliéndose de los males públicos y pintándolos con negras tintas, proponia como remedio la reconcentracion del poder en un solo regente, cuya eleccion indicaba podria recaer en el cardenal de Borbon. Encontró Palafox en sus compañeros oposicion, presentándole algunas objeciones bastante fuertes, á las que no pudiendo de pronto responder como hombre de limitado seso, dejó su réplica para la siguiente sesion, en que leyó otro papel explicativo del primero.

Consulta del Consejo.

Aquel dia, que era el 22, vino en apoyo suyo, con aire de concierto, una consulta del Consejo. Este cuerpo, que en vez de mostrarse reconocido teníase por agraviado de su restablecimiento, como hecho, segun pensaba, en menoscabo de sus privilegios, andaba solícito buscando ocasion de arrancar la potestad suprema de las manos de la central, y colocarla ó en las suyas ó en otras que estuviesen á su devocion. Figuróse haber llegado ya el plazo tan deseado, y perjudicó con ciega precipitacion á su propia causa. En la consulta no se ciñó á examinar la conducta de la Junta central, y á hacer resaltar los inconvenientes que nacian de que corporacion tan numerosa tuviese á su cargo la parte ejecutiva, sino que tambien atacó su legitimidad y la de las juntas provinciales pidiendo la abolicion de estas, el restablecimiento del órden antiguo, y el nombramiento de una regencia conforme á lo dispuesto en la ley de Partida. ¡Contradiccion singular! El Consejo, que consideraba usurpada la autoridad de las juntas, y por consiguiente la de la central emanacion de ellas, exigia de este mismo cuerpo actos

Su ceguedad.

para cuya decision y cumplimiento era la legitimidad tan necesaria.

Pero prescindiendo de semejante modo de raciocinar, harto comun en asuntos de propio interes, hubo gran desacuerdo en el Consejo en proceder así, enajenándose voluntades que le hubieran sido propicias. Descontentaban á muchos las providencias de la central: parecíales monstruoso su gobierno; mas no querian que se atacase su legitimidad derivada de la insurreccion. Tocó en desvarío querer el Consejo tachar del mismo defecto á las juntas provinciales, por cuya abolicion clamaba. Estas corporaciones tenian influjo en sus respectivos distritos. Atacarlas era provocar su enemistad, resucitar la memoria de lo ocurrido al principio de la insurreccion en 1808, y privarse de un apoyo tanto mas seguro, cuanto entonces se habian suscitado nuevas y vivas contestaciones entre la central y algunas de las mismas juntas.

Altercados de las juntas de provincia y la central. Sevilla.

La provincial de Sevilla nunca olvidadaba sus primeros celos y rivalidades, y la de Extremadura antes mas quieta, movióse al ver que su territorio quedaba descubierto con la ida de los ingleses, de cuya retirada echaba la culpa á la central. Así fué que sin contar con el gobierno supremo, por sí dió pasos para que lord Wellington mudase de resolucion, y diólos por el conducto del conde de Montijo, que en sus persecuciones y vagancia habia de Sanlúcar pasado á Badajoz. Desaprobó altamente la Junta central la conducta dela de Extremadura como ajena de un cuerpo subalterno y dependiente, é irritóla que fuera mediancro en la negociacion un hombre á quien miraba al soslayo, por lo cual apercibiéndola severamente, mandó prender al del Montijo que se salvó en Portugal. Ofendida la junta de Extremadura de la reprension que se le daba, replicó con sobrada descompostura, hija quizá de momentáneo acalo-

Extremadura.

ramiento, sin que por esto fuesen mas allá afortunadamente tales contestaciones. Las que habian nacido en Valencia al instalarse la central se aumentaron con el poco tino que tuvo en su comision á aquel reino el baron de Sabasona, y nunca cesaron, resistiendo la junta provincial el cumplimiento de algunas órdenes superiores, á veces desacertadas, como lo fué la provision en tiempos de tanto apuro de las canongías, beneficios eclesiásticos y encomiendas vacantes, cuyo producto juiciosamente habia destinado dicha junta á los hospitales militares. Encontradas aquí ambas autoridades á cada paso se enredaban en disputas, inclinándose la razon ya de un lado ya de otro.

Valencia.

Dolorosas eran estas divisiones y querellas, y de mucho hubieran servido al Consejo en sus fines, si acallando á lo menos por el momento su rencorosa ira contra las juntas, las hubiera acariciado en lugar de espantarlas con descubrir sus intentos. Enojáronse pues aquellas corporaciones, y la de Valencia, aunque una de las mas enemigas de la central, se presentó luego en la lid á vindicar su propia injuria. En una exposicion fecha en 25 de setiembre clamó contra el Consejo, recordó su vacilante si no criminal conducta con Murat y José, y pidió que se le circunscribiese á solo sentenciar pleitos. Otro tanto hicieron de un modo mas ó menos explícito varias de las otras juntas, añadiendo sin embargo la misma de Valencia, que convendria que la central separase la potestad legislativa de la ejecutiva, y que se depositase esta en manos de uno, tres ó cinco regentes.

Exposicion de esta contra el Consejo.

Antes que llegase esta exposicion, y atropellando por todo en Sevilla los descontentos, pensaron recurrir á la fuerza, impacientes de que la central no se sometiese á las propuestas de Palafox, del Consejo y sus parciales. Era su propósito disolver dicha Junta, transportar á Manila algunos de sus individuos, y crear una regencia, reponiendo al

Trama para disolver la central.

Consejo real en la plenitud de su poder antiguo y con los ensanches que él codiciaba. Habíanse ganado ciertos regimientos, repartídose dinero, y prometiendo tambien convocar Córtes, ya por ser la opinion general del reino, ya igualmente para amortiguar el efecto que podria resultar de la intentada violencia. Pero esta última resolucion no se hubiera realizado, á triunfar los conspiradores como apetecian, pues el alma de ellos, el Consejo, tenia sobrado desvío por todo lo que sonaba á representacion nacional, para no haber impedido el cumplimiento de semejante promesa.

Descúbrela el embajador de Inglaterra.

Ya en los primeros dias de setiembre estaba próximo á realizarse el plan, cuando el duque del Infantado queriendo escudar su persona con la aquiescencia del embajador de Inglaterra, confiósele amistosamente. Asustado el marqués de Wellesley de las resultas de una disolucion repentina del gobierno, y no teniendo por otra parte concepto muy elevado de los conspiradores, procuró apartarlos de tal pensamiento, y sin comprometerlos dió aviso á la central del proyecto. Advertida esta á tiempo, é intimidados tambien algunos de los de la trama con no verse apoyados por la Inglaterra, previnose todo estallido, tomando la central medidas de precaucion sin pasar á escudriñar quiénes fuesen los culpables.

Trata la central de reconcentrar la potestad ejecutiva.

La Junta no obstante viendo cuán de cerca la atacaban, que la opinion misma del embajador de Inglaterra, si bien opuesto á violencias, era la de reconcentrar la potestad ejecutiva, y que hasta las autoridades que le habian dado el ser eran las mas de idéntico ó parecido sentir, resolvió ocuparse seriamente en la materia. Algunos de sus individuos pensaban ser conveniente la remocion de todos los centrales ó de una parte de ellos, acallando así á los que tachaban su conducta de ambiciosa. Suscitó tal medida el bailío

don Antonio Valdés, la cual contados de sus compañeros sostuvieron, desechándola los mas. Tres dictámenes prevalecian en la Junta: el de los que juzgaban ocioso hacer una mudanza cualquiera debiendo convocarse luego las Córtes, el de los que deseaban una regencia escogida fuera del seno de la central, y en fin el de los que repugnando la regencia querian sin embargo que se pusiese el gobierno ó potestad ejecutiva en manos de un corto número de individuos sacados de los mismos centrales. Entre los que opinaban por lo segundo se contaba Jovellanos, pero tan respetable varon luego que percibió ser la regencia objeto descubierto de ambicion que amenazaba á la patria con peligrosas ocurrencias, mudó de parecer y se unió á los del último dictámen.

Diversidad de opiniones.

Al frente de este se hallaba Calvo, que acababa de volver de Extremadura, y quien con su áspera y enérgica condicion no poco contribuyó á parar los golpes de los que dentro de la misma Junta solo hablaban de regencia para destruir la central é impedir la convocacion de Córtes. Trajo hácia sí á Jovellanos y sus amigos, los que concordes consiguieron, despues de acaloradas discusiones, que se aprobasen el 19 de setiembre dos notables acuerdos. 1.° La formacion de una *comision ejecutiva* encargada del despacho de lo relativo á gobierno, reservando á la Junta los negocios que requiriesen plena deliberacion; y 2.° Fijar para 1° de marzo de 1810 la apertura de las Córtes extraordinarias.

Nómbrase al efecto una comision.

Antes de publicarse dichos acuerdos nombróse una comision para formar el reglamento ó plan que debia observar la ejecutiva, y como recayese el encargo en don Gaspar de Jovellanos, bailío don Antonio Valdés, marqués de Camposagrado, don Francisco Castanedo y conde de Jimonde, amigos los mas del primero, creyóse que á la presentacion de su trabajo serian los mismos escogidos para componer

la comision ejecutiva. Pero se equivocaron los que tal creyeron. En el intermedio que hubo entre formar el reglamento y presentarle, los aficionados al mando y los no adictos á Jovellanos y sus opiniones, se movieron, y bajo un pretexto ú otro alcanzaron que la mayoría de la Junta desechase el reglamento que la comision habia preparado. Escogióse entonces otra nueva para que le enmendase con objeto de renovar, si ser pudiese, la cuestion de regencia, ó si no de meter en la comision ejecutiva las personas que con mas empeño sostenian dicho dictámen. Vióse á las claras ser aquella la intencion oculta de ciertas personas, por lo que de nuevo sucedió con don Francisco de Palafox. Este vocal, juguete de embrolladores, resucitó la olvidada controversia cuando se discutia en la Junta el plan de la comision ejecutiva. Los instigadores le habian dictado un papel que al leerle produjo tal disgusto, que arredrado el mismo Palafox se allanó á cancelar en el acto mismo las cláusulas mas disonantes.

Nómbrase otra segunda.

Nuevos manejos.

Palafox.

Viendo la faccion cuán mal habia correspondido á su confianza el encargado de ejecutar sus planes, trató de poner en juego al marqués de la Romana, recien llegado del ejército, y cuya persona mas respetada gozaba todavía entre muchos de superior concepto. Habia sido el marqués nombrado individuo de la comision substituida para corregir el plan presentado por la primera, y en su virtud asistió á sus sesiones, discutió los artículos, enmendó algunos, y por último firmó el plan acordado, si bien reservándose exponer en la Junta su dictámen particular. Parecia no obstante que se limitaria este á ofrecer algunas observaciones sobre ciertos puntos, habiendo en lo general merecido su aprobacion la totalidad del plan. Mas cuál fué la admiracion de sus compañeros al oir al marqués en la sesion del 14 de octubre renovar la cuestion de regencia por medio de un

Romana.

Su inconsiderada conducta y su representacion.

papel escrito en términos descompuestos, y en el que haciendo de sí propio pomposas alabanzas, expresaba *la necesidad de desterrar hasta la memoria de un gobierno tan notoriamente pernicioso* como lo era el de la central. Y al mismo tiempo que tan mal trataba á esta y que la calificaba de ilegítima, dábale la facultad de nombrar regencia y de escoger una diputacion permanente compuesta de 5 individuos y un procurador, que hiciese las veces de Córtes, cuya convocacion dejaba para tiempos indeterminados. A tales absurdos arrastraba la ojeriza de los que habian apuntado el papel al marqués y la propia irreflexion de este hombre, tan pronto indolente, tan pronto atropellado.

Nómbrase la comision ejecutiva.

A pesar de crítica tan amarga y de las perjudiciales consecuencias que podria traer un escrito como aquel, difundido luego por todas partes, no solo dejó la Junta de reprender á Romana, sino que tambien, ya que no adoptó sus proposiciones, fué el primero que escogió para componer la comision ejecutiva. No faltó quien atribuyese semejante eleccion á diestro artificio de la central, ora para enredarle en un compromiso por haber dicho en su papel que á no aprobarse su dictámen renunciaria á su puesto, ora tambien para que experimentase por sí mismo la diferencia que media entre quejarse de los males públicos y remediarlos.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el marqués admitió el nombramiento, y que sin detencion se eligieron sus otros compañeros. La comision ejecutiva conforme á lo acordado debia constar de 6 individuos y del presidente de la central, renovándose á la suerte parte de ellos cada dos meses. Los nombrados ademas de la Romana fueron don Rodrigo Riquelme, don Francisco Caro, don Sebastian de Jócano, don José García de la Torre y el marqués de Villel. En el curso de esta Historia ya ha habido ocasion de indicar á qué partido se inclinaban estos vocales, y si el lector no lo

ha olvidado recordará que se arrimaban al del antiguo órden de cosas, por lo cual hubieran muchos llevado á mal su eleccion, si no hubiese sido acompañada con el correctivo del llamamiento de Córtes.

Fijase el dia de juntarse las Córtes.

Anunciόse tal novedad en decreto de 28 de octubre publicado en 4 de noviembre, especificándose en su contenido que aquellas serian convocadas en 1º de enero de 1810 para empezar sus augustas funciones en el 1º de marzo siguiente. El deseo de contener las miras ambiciosas de los que aspiraban á la autoridad suprema alentó á los centrales, partidarios de la representacion nacional, á que clamasen con mayor instancia por la aceleracion de su llamamiento. Don Lorenzo Calvo de Rozas, entre ellos uno de los mas decididos y constantes, promovió la cuestion por medio de proposiciones que formalizó en 14 y 29 de setiembre, renovando la que hizo en abril anterior y que habia provocado el decreto de 22 de mayo. Suscitáronse disensiones y altercados en la Junta, mas logróse la aprobacion del decreto ya insinuado, apretando á la comision de Córtes para que concluyese los trabajos prévios que le estaban encomendados, y que particularmente se dirigian al modo de elegir y constituir aquel cuerpo. Esta comision desempeñó ahora con menos embarazo su encargo por haber reemplazado á Riquelme y Caro, rémoras antes para todo lo bueno, los señores don Martin de Garay y conde de Ayamans, dignos y celosos cooperadores.

Instálase la comision ejecutiva.

La ejecutiva se instaló el 1º de noviembre no entendiendo ya la Junta plena en ninguna materia de gobierno, excepto en el nombramiento de algunos altos empleos que se reservó. Siguiéronse no obstante tratando en las sesiones de la Junta los asuntos generales, los concernientes á contribuciones y arbitrios, y las materias legislativas. Continuó así hasta su disolucion dividido este cuerpo en dichas dos

porciones, ejerciendo cada una sus facultades respectivas.

Estado de Europa.

En tanto el horizonte político de Europa se encapotaba cada vez mas. Estimulada la gran Bretaña con la guerra de Austria no se habia ceñido á aumentar en la península sus fuerzas, sino que tambien preparó otras dos expediciones á puntos opuestos, una á las órdenes de sir Juan Stuart contra Nápoles, y otra al Escalda é isla de Walkeren mandada por lord Chatam. Malos consejos alejaron la primera de estas expediciones de la costa oriental de España, á donde se habia pensado enviarla, y se empleó en objeto infructuoso, como lo fué la invasion del territorio napolitano. La segunda, formidable y una de las mayores que jamas saliera de los puertos ingleses, se componia de 40000 hombres de desembarco, tropas escogidas, ascendiendo en todo la fuerza de tierra y mar á 80000 combatientes. Proponíase con ella el gobierno británico destruir ante todo el gran arsenal que en Amberes habia Napoleon construido. Lástima fué que en este caso no hubiese aquel gabinete escuchado á sus aliados. El emperador de Austria opinaba por el desembarco en el norte de Alemania, en donde el ejemplo de Schill, caudillo tan bravo y audaz, hubiera sido imitado por otros muchos al ver la ayuda que prestaban los ingleses. La Junta central instó porque la expedicion llevase el rumbo hácia las costas cantábricas y se diese la mano con la de Wellesley: y cierto que si las tropas de Stuart y Chatam hubiesen tomado tierra en la península ó en el norte de Alemania en el tiempo en que aun duraba la guerra en Austria, quizá no hubiera esta tenido un fin tan pronto y aciago. Prescindiendo de todo el gobierno inglés, sacrificó grandes ventajas á la que presumia inmediata de la destruccion del arsenal de Amberes, ventaja mezquina aunque la hubiera conseguido en comparacion de las otras.

Expediciones inglesas.

Contra Nápoles.

Contra el Escalda.

Es ajeno de nuestro propósito entrar en la historia de

aquellas expediciones, y así solo diremos que al paso que la de Stuart no tuvo resultado, pereció la de Chatam miserablemente sin gloria y á impulsos de las enfermedades que causó en el ejército inglés la tierra pantanosa de la isla de Walkeren á la entrada del Escalda. Tampoco se encontraron con habitantes que les fueran afectos, de donde pudieron aprender cuán diverso era, á pesar del valor de sus tropas, tener que lidiar en tierra enemiga ó en medio de pueblos, que como los de la península, se mantenian fieles y constantes. Desgraciadísima esta.

Colmó tantas desgracias la paz de Austria, en favor de cuya potencia habia cedido la Junta central una porcion de plata * en barras que venian de Inglaterra para socorro de España, y ademas permitió, sin reparar en los perjuicios que se seguirian á nuestro comercio, que el mismo gobierno británico negociase con igual objeto en nuestros puertos de América 3 millones de pesos fuertes: sacrificios inútiles. Desde el armisticio de Znaim pudo ya temerse cercana la paz. El gabinete de Austria viendo su capital invadida, incierto de la política de la Rusia, y no queriendo buscar apoyo en sus propios pueblos, de cuyo espíritu comenzaba á estar receloso, decidióse á terminar una lucha que prolongada todavía hubiera podido convertirse para Napoleon en terrible y funesta, manifestándose ya en la poblacion de los estados austriacos síntomas de una guerra nacional. Y ¡cosa extraña! un mismo temor aunque por motivos opuestos aceleró entre ambas partes beligerantes la conclusion de la paz. Firmóse esta en Viena el 15 de octubre. El Austria, ademas de la pérdida de territorios importantes y de otras concesiones, se obligó por el artículo 15 del tratado á «reconocer » las mutaciones hechas ó que pudieran hacerse en España, » en Portugal y en Italia.» Paz entre Napoleon y el Austria.

(* Ap. n. 4.)

Sacrificios de la central en favor de Austria.

La Junta central á vista de tamaña mengua publicó un

Manifiesto de la central.

manifiesto, en que, procurando desimpresionar á los españoles del mal efecto que produciria la noticia de la paz, con profusion derramó amargas quejas sobre la conducta del gabinete austriaco, lenguaje que á este ofendió en extremo.

Prurito de batallar de la central.

Disculpable era hasta cierto punto el gobierno español, hallándose de nuevo reducido á no vislumbrar otro campo de lides sino el peninsular: mas semejante estado de cosas, y las propias desgracias hubieran debido hacerle mas cauto, y no comprometer en batallas generales y decisivas su suerte y la de la nacion. El deseo de entrar en Madrid y las ventajas adquiridas en Castilla la Vieja pesaban mas en la balanza de la Junta central que maduros consejos.

Ejército de la izquierda.

Hablemos pues de las indicadas ventajas. Luego que el marqués de la Romana dejó en el mes de agosto en Astorga el ejército de su mando, llamado de la izquierda, condújole á Ciudad-Rodrigo don Gabriel de Mendizabal para ponerle en manos del duque del Parque, nombrado sucesor del marqués. Llegaron las tropas á aquella plaza antes de promediar setiembre, y á estar todas reunidas hubiera pasado su número de 26000 hombres; pero compuesto aquel ejército de 4 divisiones y una vanguardia, la 3ª al mando de don Francisco Ballesteros, no se juntó con Parque hasta mediados de octubre, y la 4ª quedóse en los puertos de Manzanal y Fuencebadon á las órdenes, segun insinuamos, del teniente general don Juan José García.

General Marchand.

El 6º cuerpo francés despues de su vuelta de Extremadura ocupaba la tierra de Salamanca, mandándole el general Marchand en ausencia del mariscal Ney, que tornó á

Carrier.

Francia. Continuaba en Valladolid el general Kellermann, y vigilaba Carrier con 3000 hombres las márgenes del Esla y del Orbigo.

Primera defensa de Astorga.

Atendian los franceses de Castilla mas que á otra cosa á seguir los movimientos del duque del Parque, no descui-

dando por eso los otros puntos. Así aconteció que en 9 de octubre quiso el general Carrier posesionarse de Astorga, ciudad antes de ahora nunca considerada como plaza. Gobernaba en ella desde 22 de setiembre don José María de Santocildes; guarnecíanla unos 1100 soldados nuevos, mal armados y con solos 8 cañones, que servia el distinguido oficial de artillería don César Tournelle. En tal estado, sin fortificaciones nuevas y con muros viejos y desmoronados, se hallaba Astorga cuando se acercó á ella el general Carrier seguido de 3000 hombres y 2 piezas. Brevemente y con particular empeño, cubiertos de las casas del arrabal de Reitivia, embistieron los franceses la puerta del Obispo. Cuatro horas duró el fuego, que se mantuvo muy vivo, no acobardándose nuestros inexpertos soldados ni el paisanaje, y matando ó hiriendo á cuantos enemigos quisieron escalar el muro ó aproximarse á aquella puerta. Retiráronse por fin estos con pérdida considerable. Entre los españoles que en la refriega perecieron señalóse un mozo de nombre Santos Fernandez, cuyo padre al verle espirar, enternecido pero firme, prorumpió en estas palabras: «Si murió mi » hijo único, vivo yo para vengarle.» Hubo tambien mujeres y niños que se expusieron con grande arrojo, y Astorga, ciudad por donde tantas veces habian transitado pacíficamente los franceses, rechazólos ahora, preparándose á recoger nuevos laureles.

Muévese el duque del Parque al frente del ejército de la izquierda.

Esta diversion y las que causaban al enemigo don Julian Sanchez y otros guerrilleros ayudaban tambien al duque del Parque, que colocado á fines de setiembre á la izquierda del Águeda, habia subido hasta Fuente Guinaldo. Su ejército se componia de 10000 infantes y 1800 caballos. Regia la vanguardia don Martin de la Carrera, y las 2 divisiones presentes 1ª y 2ª don Francisco Javier de Losada y el conde de Belveder. Púsose tambien por su lado en movimiento el ge-

neral Marchand con 7000 hombres de infantería y 1000 de caballería. Ambos ejércitos marcharon y contramarcharon, y los franceses, despues de haber quemado á Martin del Rio, y de haber seguido hasta mas adelante la huella de los españoles, retrocedieron á Salamanca. El duque del Parque avanzó de nuevo el 5 de octubre por la derecha de Ciudad Rodrigo, é hizo propósito de aguardar á los franceses en Tamames.

Batalla de Tamames.

Situada esta villa á nueve leguas de Salamanca en la falda septentrional de una sierra que se extiende hácia Béjar, ofrecia en sus alturas favorable puesto al ejército español. El centro y la derecha de áspero acceso los cubria con la 1ª division don Francisco Javier de Losada, ocupaba la izquierda con la vanguardia don Martin de la Carrera, y siendo este punto el menos fuerte de la posicion, colocóse allí en dos líneas, aunque algo separada, la caballería. Quedó de respeto la 2ª division del cargo del conde de Belveder para atender á donde conviniese. 1500 hombres entresacados de todo el ejército guarnecian á Tamames. El general Marchand reforzado y trayendo 10000 peones, 1200 jinetes y 14 piezas de artillería, presentóse el 18 de octubre delante de la posicion española. Distribuyendo sin tardanza su gente en 3 columnas, arremetió á nuestra línea poniendo su principal conato en el ataque de la izquierda, como punto mas accesible. Carrera se mantuvo firme con la vanguardia, esperando á que la caballería española apostada en un bosque á su siniestro costado cargase las columnas enemigas; pero la 2ª brigada de nuestros jinetes ejecutando inoportunamente un peligroso despliegue, se vió atacada por la caballería ligera de los franceses, que á las órdenes del general Maucune rompió á escape por sus hileras. Metióse el desórden entre los caballos españoles, y aun llegaron los franceses á apoderarse de algunos cañones. El

duque del Parque acudió al riesgo, arengó á la tropa, y su segundo don Gabriel de Mendizabal, echando pié á tierra, contuvo á los soldados con su ejemplo y sus exhortaciones, restableciendo el órden. No menos apretó los puños en aquella ocasion el bizarro don Martin de la Carrera, cási envuelto por los enemigos y con su caballo herido de dos balazos y una cuchillada. Los franceses entonces empezaron á flaquear: en balde trataron de sostenerse algunos cuerpos suyos. El conde de Belveder avanzando con un trozo de su division y el príncipe de Anglona con otro de caballería, que dirigió con valor y acierto, acabaron de decidir la pelea en nuestro favor. La vanguardia y los jinetes que primero se habian desordenado volviendo tambien en sí, recobraron los cañones perdidos y precipitaron á los franceses por la ladera abajo de la sierra. Igualmente salieron vanos los esfuerzos del ejército contrario para superar los obstáculos con que tropezó en el centro y derecha. Don Francisco Javier de Losada rechazó todas las embestidas de los que por aquella parte atacaron, y los obligó á retirarse al mismo tiempo que los otros huian del lado opuesto. Al ver los españoles apostados en Tamames el desórden de los franceses desembocaron al pueblo, y haciendo á sus contrarios vivísimo fuego, les causaron por el costado notable daño. Dos regimientos de reserva de estos protegieron á los suyos en la retirada, molestados por nuestros tiradores, y con aquella ayuda y al abrigo de espesos encinares y de la noche ya vecina pudieron proseguir los franceses su camino la vuelta de Salamanca. Su pérdida consistió en 1500 hombres, la nuestra en 700, habiendo cogido un águila, un cañon, carros de municiones, fusiles y algunos prisioneros. El general Marchand se detuvo cinco dias en Salamanca aguardando refuerzos de Kellermann: no llegaron estos, y el del Parque, habiendo cruzado el Tormes en Ledesma,

Gánanla los españoles.

obligó al general francés á desamparar aquella ciudad.

Únese Ballesteros á Parque.

Al dia siguiente de la accion unióse al grueso del ejército español con 8000 hombres don Francisco Ballesteros. Habia este general padecido dispersion sin notable refriega en su nueva y desgraciada tentativa de Santander, de que hicimos mencion en el libro octavo. Rehecho en las montañas de Liébana, obedeció á la órden que le prescribia ir á juntarse con el ejército de la izquierda.

Entra Parque en Salamanca.

Unido ya al duque del Parque, entró este en Salamanca el 25 de octubre en medio de las mayores aclamaciones del pueblo entusiasmado, que abasteció al ejército larga y desinteresadamente. El 1º de noviembre llegó de Ciudad-Rodrigo la division castellana llamada 5ª al mando del marqués de Castro-Fuerte, con la que y la asturiana de Ballesteros, 5ª en el órden, contó el del Parque unos 26000 hombres sin la 4ª division, que continuó permaneciendo en el Vierzo. Faltábale mucho á aquel ejército para estar bien disciplinado, participando su organizacion actual de los males de la antigua y de los que adolecia la varia é informe que á su antojo habian adoptado las respectivas juntas de provincia. Pero animaba á sus tropas un excelente espíritu, acostumbradas muchas de ellas á hacer rostro á los franceses bajo esforzados jefes en San Payo y otros lugares.

Únesele la division castellana.

Ejércitos españoles del mediodia.

No pasó un mes sin que un gran desastre viniese á enturbiar las alegrías de Tamames. Ocurrió del lado del mediodia de España, y por tanto necesario es que volvamos allá los ojos para referir todo lo que sucedió en los ejércitos de aquella parte, despues de la retirada y separacion del anglo-hispano, y de la aciaga jornada de Almonacid.

Únese al de la Mancha parte del ejército de Extremadura.

Puestos los ingleses en los lindes de Portugal y persuadida la Junta central de que ya no podia contar con su activa coadyuvacion, determinó ejecutar por sí sola un plan de campaña, cuyo mal éxito probó no ser el mas acertado.

Al paso que en Castilla debia continuar divirtiendo á los franceses el duque del Parque, y que en Extremadura quedaban solo 12000 hombres, dispúsose que lo restante de aquel ejército pasase con su jefe Eguía á unirse al de la Mancha. Creyó la Junta fundadamente que se dejaba Extremadura bastante cubierta con la fuerza indicada, no siendo dable que los franceses se internasen teniendo por su flanco y no léjos de Badajoz al ejército británico. Se trasladó pues don Francisco Eguía á la Mancha antes de finalizar setiembre, y estableciendo su cuartel general en Daimiel, tomó el mando en jefe de las fuerzas reunidas: ascendia su número en 3 de octubre á 51869 hombres, de ellos 5766 jinetes con 55 piezas de artillería.

Fuerza de este ejército reunido al mando de Eguía.

De las tropas francesas que habian pisado desde la batalla de Talavera las riberas del Tajo, ya vimos cómo el cuerpo de Ney volvió á Castilla la Vieja, y fué el que lidió en Tamames. Permaneció el 2° en Plasencia, apostándose despues en Oropesa y Puente del Arzobispo; quedó en Talavera el 5°, y el 1° y 4° regidos por Victor y Sebastiani fuefueron destinados á arrojar de la Mancha á don Francisco Eguía. El 12 de octubre ambos cuerpos se dirigieron, el 1° por Villarubia á Daimiel, el 4° por Villaharta á Manzanares. Habia de su lado avanzado Eguía, quien reconvenido poco antes por su inaccion, enfáticamente respondió que « solo anhelaba por sucesos grandes que libertasen á la na- » cion de sus opresores. » Mas el general español, no obstante su dicho, á la proximidad de los cuerpos franceses tornó de priesa á su guarida de Sierramorena. Desazonó tal retroceso en Sevilla, donde no se soñaba sino en la entrada en Madrid, y tambien porque se pensó que la conducta de Eguía estaba en contradiccion con sus graves ó sean mas bien ostentosas palabras. No dejó de haber quien sostuviese al general y alabase su prudencia, atribuyendo su modo de

Posicion de los franceses.

Irresolucion de Eguía.

maniobrar al secreto pensamiento de revolver sobre el enemigo y atacarle separadamente, y no cuando estuviese muy reconcentrado; plan sin duda el mas conveniente. Pero en Eguía, hombre indeciso é incapaz de aprovecharse de una coyuntura oportuna, era irresolucion de ánimo lo que en en otro hubiera quizá sido efecto de sabiduría.

Sucédele en el mando Areizaga.

Retirado á Sierramorena escribió á la central pidiéndole víveres y auxilios de toda especie, como si la carencia de muchos objetos le hubiese privado de pelear en las llanuras. Colmada entonces la medida del sufrimiento contra un general á quien se le habia prodigado todo linaje de medios, se le separó del mando, que recayó en don Juan Cárlos de Areizaga, llamado antes de Cataluña para mandar en la Mancha una division. Acreditado el nuevo general desde la batalla de Alcañiz, tenia en Sevilla muchos amigos, y de aquellos que ansiaban por volver á Madrid. Aparente actividad y el provocar á su llegada al ejército el alejamiento de un enjambre de oficiales y generales que ociosos solo servian de embarazo y recargo, confirmó á muchos en la opinion de haber sido acertado su nombramiento. Mas Areizaga, hombre de valor como soldado, carecia de la serenidad propia del verdadero general, y escaso de nociones en la moderna estrategia, libraba su confianza mas en el coraje personal de los individuos que en grandes y bien combinadas maniobras, fundamento ahora de las batallas campales.

Favor de que este goza.

Acabó el general Areizaga de granjear en favor suyo la gracia popular proponiendo bajar á la Mancha y caer sobre Madrid, porque tal era el deseo de cási todos los forasteros que moraban en Sevilla, y cuyo influjo era poderoso en el seno del mismo gobierno. Unos suspiraban por sus casas, otros por el poder perdido que esperaban recobrar en Madrid. Nada pudo apartar al gobierno del raudal de tan ex-

traviada opinion. Lord Wellington, que en los primeros dias de novienbre pasó á Sevilla con motivo de visitar á su hermano el marqués de Wellesley, en vano unido con este manifestó los riesgos de semejante empresa. Estaban los mas tan persuadidos del éxito, ó por mejor decir, tan ciegos, que la Junta escogió á los señores Jovellanos y Riquelme para acordar las providencias que deberian tomarse á la entrada en la capital. Diéronse tambien sus instrucciones al central don Juan de Dios Rabé, que acompañaba al ejército; eligiéronse varias autoridades y entre ellas la de corregidor de Madrid, cuya merced recayó en don Justo Ibarnavarro, amigo íntimo de Areizaga y uno de los que mas le impelian á guerrear. Lágrimas sin embargo costaron y bien amargas tan imprudentes y desacordados consejos.

Lord Wellington en Sevilla.

Ibarnavarro consejero de Areizaga.

Empezó don Juan Cárlos de Areizaga á moverse el 3 de noviembre. Su ejército estaba bien pertrechado, y tiempos hacia que los campos españoles no habian visto otro ni tan lucido ni tan numeroso. Distribuíase la infantería en 7 divisiones estando al frente de la caballería el muy entendido general don Manuel Freire. Caminaba el ejército repartido en 2 grandes trozos, uno por Manzanares y otro por Valdepeñas. Precedia á todos Freire con 2000 caballos; seguíale la vanguardia que regía don José Zayas, y á la que apoyaba con su 1ª division don Luis Lacy. Los generales franceses Paris y Milhaud eran los mas avanzados, y al aproximarse los españoles se retiraron, el primero del lado de Toledo, el segundo por el camino real á la Guardia.

Muévese este.

Media legua mas allá de este pueblo, en donde el camino corre por una cañada profunda, situáronse el 8 de noviembre los caballos franceses en la cuesta llamada del Madero, y aguardaron á los nuestros en el paso mas estrecho. Freire diestramente destacó 2 regimientos al mando de don Vicente Osorio que cayesen sobre los enemigos alojados en

Ataque de Dos-Barrios.

Dos-Barrios, al mismo tiempo que él con lo restante de la columna atacaba por el frente. Treparon nuestros soldados por la cuesta con intrepidez, repelieron á los franceses y los persiguieron hasta Dos-Barrios. Unidos aquí Osorio y Freire continuaron el alcance hasta Ocaña, en donde los contuvo el fuego de cañon del enemigo.

Areizaga en Tembleque.

Mientras tanto Areizaga sentó su cuartel general en Tembleque, y aproximó á donde estaba Freire la vanguardia de Zayas compuesta de 6000 hombres, cási todos granaderos, y la 1ª division de Lacy: providencia necesaria por haberse agregado á la caballería de Milhaud la division polaca del 4º cuerpo francés. Volvió Freire á avanzar el 10 á Ocaña, delante de cuya villa estaban formados 2000 caballos enemigos, y detrás á la misma salida la division nombrada con sus cañones. Empezaron á jugar estos, y á su fuego contestó la artillería volante española arrojando los jinetes á los del enemigo contra la villa, que abrigados de su infantería reprimieron á su vez á nuestros soldados. No aun dadas las cuatro de la tarde llegaron Zayas y Lacy. Emboscado el último en un olivar cercano, dispúsose á la arremetida, pero Zayas juzgando estar su tropa muy cansada, difirió auxiliar el ataque hasta el dia siguiente. Aprovechándose los enemigos de esta desgraciada suspension, evacuaron á Ocaña, y por la noche se replegaron á Aranjuez.

Ejército español en Ocaña.

El 11 de noviembre en fin todo el ejército español se hallaba junto en Ocaña. Resueltos los nuestros á avanzar á Madrid, hubiera convenido proseguir la marcha antes de que los franceses hubiesen agolpado hácia aquella parte fuerzas considerables.

Movimientos inciertos y mal concertados de Areizaga.

Mas Areizaga, al principio tan arrogante, comenzó entonces á vacilar, y se inclinó á lo peor, que fué á hacer movimientos de flanco, lentos para aquella ocasion y desgraciados en su resultado. Envió pues la division de Lacy á

que cruzase el Tajo del lado de Colmenar de Oreja, yendo la mayor parte á pasar dicho rio por Villamanrique, en cuyo sitio se echaron al efecto puentes. El tiempo era de lluvia, y durante tres dias sopló un huracan furioso. Corrió una semana entre detenciones y marchas, perdiendo los soldados en los malos caminos y aguas encharcadas cási todo el calzado. Areizaga, con los obstáculos cada vez mas indeciso, acantonó su ejército entre Santa Cruz de la Zarza y el Tajo.

Mientras tanto los franceses fueron arrimando muchas tropas á Aranjuez. El mariscal Soult habia ya antes sucedido al mariscal Jourdan en el mando de mayor general de los ejércitos franceses, y las operaciones adquirieron fuerza y actividad. Sabedor de que los españoles se dirigian á pasar el Tajo por Villamanrique, envió allí el dia 14 al mariscal Victor, quien hallándose entonces solo con su 1er cuerpo hubiera podido ser arrollado. Detúvose Areizaga y dió tiempo á que los franceses fuesen el 16 reforzados en aquel punto; lo cual visto por el general español, hizo que algunas tropas suyas, puestas ya del otro lado del Tajo, repasasen el rio y que se alzasen los puentes. Caminó en la noche del 17 hácia Ocaña, á cuya villa no llegó sino en la tarde del 18, y algunas tropas se rezagaron hasta la mañana del 19. La víspera de este dia hubo un reencuentro de caballería cerca de Ontígola: los franceses rechazaron á los nuestros, mas perdieron al general Paris muerto á manos del valiente cabo español Vicente Manzano, que recibió de la central un escudo de premio. Por nuestra parte tambien allí fué herido gravemente, y quedó en el campo por muerto, el hermano del duque de Rivas don Ángel de Saavedra, no menos ilustre entonces por las armas, que lo ha sido despues por las letras. Areizaga, que moviéndose primero por el flanco dió lugar al avance y reunion de una parte de las

Choque de caballería en Ontígola.

tropas francesas, retrocediendo ahora á Ocaña y andando como lanzadera, permitió que se reconcentrasen ó diesen la mano todas ellas. Difícil era idear movimientos mas desatentados.

Fuerzas que acercan los franceses.

Juntáronse pues del lado de Ontígola y en Aranjuez los cuerpos 4° y 5° del mando de Sebastiani y Mortier, la reserva bajo el general Dessolles y la guardia de José, ascendiendo por lo menos el número de gente á 28000 infantes y 6000 caballos. De manera que Areizaga que antes tropezaba con menos de 20000, ahora á causa de sus detenciones, marchas y contramarchas, tenia que habérselas con 34000 por el frente, sin contar con los 14000 del cuerpo de Victor colocados hácia su flanco derecho, pues juntos todos pasaban de 48000 combatientes; fuerza cási igual á la suya en número, y superiorísima en práctica y disciplina.

Batalla de Ocaña.

Don Juan Cárlos de Areizaga escogió para presentar batalla la villa de Ocaña, considerable y asentada en terreno llano y elevado á la entrada de la mesa que lleva su nombre. Las divisiones españolas se situaron en derredor de la poblacion. Apostóse él á la izquierda del lado de la agria hondonada donde corre el camino real que va á Aranjuez. En el ala opuesta se situó la vanguardia de Zayas con direccion á Ontígola, y mas á su derecha la 1ª division de Lacy, permaneciendo á espaldas cási toda la caballería. Hubo tambien tropas dentro de Ocaña. El general en jefe no dió órden ni colocacion fija á la mayor parte de sus divisiones. Encaramóse en un campanario de la villa, desde donde contentándose con atalayar y descubrir el campo, continuó aturdido sin tomar disposicion alguna acertada. El 4° cuerpo del mando de Sebastiani, sostenido por Mortier, empeñó la pelea con nuestra derecha. Zayas, apoyado en la division de don Pedro Agustin Jiron, y el general Lacy batallaron vivamente, haciendo maravillas nuestra artillería.

El último sobre todo avanzó contra el general Leval herido, y empuñando en una mano para alentar á los suyos la bandera del regimiento de Burgos, todo lo atropelló y cogió una batería que estaba al frente. Costó sangre tan intrépida acometida, y entre todos fué allí gravemente herido el marqués de Villacampo, oficial distinguido y ayudante de Lacy. A haber sido apoyado entonces este general, los franceses rotos de aquel lado no alcanzaran fácilmente el triunfo; pero Lacy solo sin que le siguiera caballería ni tampoco le auxiliara el general Zayas, á quien puso segun parece en grande embarazo Areizaga dándole primero órden de atacar y luego contraórden, tuvo en breve que cejar, y todo se volvió confusion. El general Girard entró en la villa, cuya plaza ardió; Dessoles y José avanzaron contra la izquierda española, que se retiró precipitadamente, y ya por los llanos de la Mancha no se divisaban sino pelotones de gente marchando á la ventura, ó huyendo azorados del enemigo. Areizaga bajó de su campanario, no tomó providencia para reunir las reliquias de su ejército, ni señaló punto de retirada. Continuó su camino á Daimiel, de donde serenamente dió un parte al gobierno el 20, en el que estuvo léjos de pintar la catástrofe sucedida. Esta fué de las mas lamentables. Contáronse por lo menos 13000 prisioneros, de 4 á 5000 muertos ó heridos, fueron abandonados mas de 40 cañones, y carros, y víveres, y municiones: una desolacion. Los franceses apenas perdieron 2000 hombres. Solo quedaron de los nuestros en pié algunos batallones, la division 2ª del mando de Vigodet, y parte de la caballería á las órdenes de Freire. En dos meses no pudieron volver á reunirse á las raices de Sierramorena 25000 hombres.

Horrorosa dispersion.

Pérdida de Ocaña.

Conservó por algun tiempo el mando don Juan Cárlos de Areizaga sin que entonces se le formarse causa, como se tenia de costumbre con muchos de los generales desgracia-

dos: ¡tan protegido estaba! Y en verdad, ¿á que formarle causa? Habíanse estas convertido en procesos de mera fórmula, de que salian los acusados puros y exentos de toda culpa.

Resultas.

Terror y abatimiento sembró por el reino la rota de Ocaña, temiendo fuese tan aciaga para la independencia como la de Guadalete. Holgáronse sobremanera José y los suyos, entrando aquel en Madrid con pompa y á manera de triunfador romano, seguido de los míseros prisioneros. De sus parciales no faltó quien se gloriase de que hubiesen los franceses con la mitad de gente aniquilado á los españoles. Hemos visto no ser así; mas aun cuando lo fuese no por eso recaeria mengua sobre el carácter nacional, culpa seria en todo caso del desmaño é ignorancia del principal caudillo.

La herida de Ocaña llegó hasta lo vivo. Con haberlo puesto todo á la temeridad de la fortuna, abriéronse las puertas de las Andalucías. José quizá hubiera tentado pronto la invasion, si la permanencia de los ingleses en las cercanías de Badajoz, juntamente con la del ejército mandado ahora por Alburquerque en Extremadura, y la del Parque en Castilla la Vieja, no le hubiesen obligado á obrar con cordura antes de penetrar en las gargantas de Sierramorena, ominosas á sus soldados. Prudente pues era destruir por lo menos parte de aquellas fuerzas, y aguardar, ajustada ya la paz con Austria, nuevos refuerzos del norte.

Se retira Alburquerque á Trujillo.

El duque de Alburquerque, desamparado con lo ocurrido en Ocaña, se aceleró á evitar un suceso desgraciado. La fuerza que tenia de 12000 hombres dividida en 3 divisiones, vanguardia y reserva, habia avanzado el 17 de noviembre al puente del Arzobispo para causar diversion por aquel lado. Desde allí y con el mismo fin siguiendo la márgen izquierda de Tajo, destacó la vanguardia á las órdenes de don José Lardizabal con direccion al puente de tablas de

Talavera. Este movimiento obligó á retirarse á los franceses alojados en el Arzobispo enfrente de los nuestros; mas á poco sobreviniendo el destrozo de Ocaña, retrocedió el de Alburquerque y no paró hasta Trujillo.

Puso en mayor cuidado á los enemigos el ejército del duque del Parque, sobre todo despues de la jornada de Tamames. Motivo por qué envió el mariscal Soult la division de Gazan al general Marchand camino de Ávila para coger al duque por el flanco derecho. El general español á fin de coadyuvar tambien á la campaña de Areizaga movióse con su ejército, y el 19 intentó atacar en Alba de Tormes á 5000 franceses, que advertidos se retiraron.

Movimientos del duque del Parque.

Prosiguió el del Parque su marcha, y noticioso de que en Medina del Campo se reunian unos 2000 caballos y de 8 á 10000 infantes, juntó el 23 á la madrugada sus divisiones en el Carpio, á tres leguas de aquella villa. Colocó la vanguardia en la loma en que está sito el pueblo, ocultando detrás y por los lados la mayor parte de su fuerza. No logró á pesar del ardiz que los franceses se acercasen, y entonces se adelantó él mismo á la una del propio dia, yendo por la llanura con admirable y bien concertado órden. Marchaba en batalla la vanguardia del mando de don Martin de la Carrera, á su derecha parte tambien en batalla parte en columnas la 3ª division regida por don Francisco Ballesteros, á la izquierda la 1ª de don Francisco Javier de Losada: cubria la caballería las dos alas. Iba de reserva la 2ª division á las órdenes del conde de Belveder, y dejóse en el Carpio con su jefe el marqués de Castro-Fuerte la 5ª division, ó sea la de los castellanos. Los franceses, aunque reforzados con 1000 jinetes, cejaron á una eminencia inmediata á Medina. Empeñose allí vivo fuego, y engrosados aun los enemigos con 2 regimientos de dragones y alguna infantería, cayeron sobre los jinetes del ala derecha, que cedieron el

Accion de Medina del Campo.

terreno, con lo cual se vió descubierta la 3ª division, que era la de los asturianos. Mas estos valientes y serenos reprimieron al enemigo, en particular 3 regimientos, que le recibieron á quemaropa con fuegos muy certeros. En la pelea perecieron el intrépido ayudante general de la division don Salvador de Molina, y el coronel del regimiento de Lena don Juan Drimgold. Rechazados ó contenidos en los demas puntos los franceses, sobrevino la noche, y Parque durante dos horas permaneció en el campo de batalla. Despues obligado á dar alimento y descanso á su tropa, y avisado de que el enemigo podria ser reforzado, antes de amanecer tornó al Carpio. Los franceses por su parte no creyéndose bastante numerosos, se alejaron para unirse á nuevos refuerzos que aguardaban.

Les llegaron estos de varias partes, y el general Kellermann reuniendo toda la fuerza que pudo, entre ella 3000 caballos, se mostró el 25 delante del Carpio. El duque del Parque, hasta entonces prudente y afortunado caudillo, descuidóse, y en vez de retirarse sin tardanza viendo la superioridad de la caballería, temible en aquella tierra llana, suspendió todo movimiento retrógrado hasta la noche del 26, y entonces lo realizó aguijado con el aviso de las lástimas de Ocaña, cuya nueva derramada por el ejército descorazonó al soldado.

Accion de Alba de Tormes.

El 28 por la mañana entraron los nuestros en Alba tristes y ya perseguidos por la vanguardia enemiga. Asentada aquella villa á la derecha del Tormes, comunica con la orilla opuesta por un puente de piedra. El duque del Parque dejó dentro de la poblacion con negligencia notable el cuartel general, la artillería, los bagajes, la mayor parte en fin de su fuerza, excepto 2 divisiones que pasaron al otro lado. Alegóse por disculpa la necesidad de dar de comer á la tropa, fatigada y sin alimento ya hacia muchas horas, co-

mo si no se hubiera podido acudir al remedio y con mayor órden poniendo todo el ejército en la orilla mas segura, y en disposicion de proteger á los encargados de avituallarle.

Esparcidos los soldados por Alba para buscar raciones, y cundiendo la voz de que llegaban los franceses, atropelláronse al puente hombres y bagajes, y cási le barrearon. Pudieron con todo los jefes colocar fuera del pueblo las tropas, y parar la primera embestida de 400 franceses que iban delante, hasta que aproximándose un grueso de caballería cargó este nuestra derecha, en donde se hallaba la 1ª division del mando de Losada y 800 caballos. Arrollados los últimos huyeron tambien los infantes, que repasaron el Tormes abandonando su artillería. El ala izquierda, que se componia de la vanguardia de Carrera y de parte de la 2ª division, se mantuvo firme, y puesto Mendizabal á su cabeza repelieron nuestros soldados por tres veces á los jinetes enemigos formando el cuadro, y respondieron á fusilazos á la intimacion que les hicieron de rendirse. En vano los acometieron otros escuadrones por la espalda: forzados se vieron estos á aguardar á sus infantes, de los que algunos llegaron al anochecer. Mendizabal cruzó con sus intrépidos soldados el puente y tocó gloriosamente la orilla opuesta. Allí todo era desórden y atropellamiento con los bagajes y caballería fugitiva. El duque del Parque perdió entonces del todo la presencia de ánimo, y sus tropas careciendo de órdenes precisas se alejaron de aquel punto y se repartieron entre Ciudad-Rodrigo, Tamames y Miranda del Castañar. Semejante y no calculado movimiento excéntrico salvó al ejército, pues el general Kellerman dejó de perseguirle incierto de su paradero, y limitándose á dejar ocupada la línea del Tormes, volvióse á Valladolid. El duque del Parque al principiar diciembre sentó su cuartel general en el Bodon, á dos leguas de Ciudad-Rodrigo, y echáronse de me-

Valor de Mendizabal.

Retirada de los españoles.

nos entre dispersion y pelea unos 3000 hombres. Antes de concluirse el mes pasó el duque á San Martin de Trebejos detrás de sierra de Gata.

Retíranse los ingleses del Guadiana al norte del Tajo.

Con tales desdichas destruidos ó menguados unos tras otros los mejores ejércitos españoles, debieron naturalmente los ingleses, meros espectadores hasta entonces, tomar en su extrema prudencia medidas de precaucion. Lord Wellington determinó dejar las orillas del Guadiana y pasar al norte del Tajo, empezando su movimiento en los primeros dias de diciembre. Despidióse antes de la junta de Extremadura, y mostróse muy satisfecho «del celo y laborioso cui» dado (son sus expresiones) con que aquel cuerpo habia » proporcionado provisiones á las tropas de su ejército acan» tonadas en las cercanías de Badajoz.» Dicha junta habia sido una de aquellas autoridades contra las que tanto se habia clamado pocos meses antes acerca del asunto de abastecimientos, tachándolas hasta de mala voluntad. El testimonio irrecusable de lord Wellington probaba ahora que la premura del tiempo y la gran demanda fueron causa de la escasez, y no otras reprensibles miras.

Flaqueza de la comision ejecutiva.

La profunda sima en que la nacion se abismaba consternó á la comision ejecutiva de la Junta central, poniendo á prueba la capacidad y energía de sus individuos. Mas entonces se vió que no basta reconcentrar el poder para que este sea en sus efectos vigoroso y pronto, sino que tambien es preciso que las manos escogidas para su manejo sean ágiles y fuertes. No formando parte de la comision ninguno de los pocos centrales, á quienes se consideraba por su saber como mas aptos, ó como mas notables por los brios de su condicion, escasearon en aquel nuevo cuerpo las luces y el esfuerzo, faltas tanto mas graves cuanto los acontecimientos habian puesto á la nacion en el mayor estrecho.

Así resultó que al saberse la derrota de Ocaña quedó la

comision como aturdida y aplanada, no desplegando la firmeza que tanto honró al gobierno español cuando la jornada de Medellin. Redujéronse sus providencias á las mas comunes y generales, habiendo en vano nombrado á Romana para recomponer el ejército del centro, tan menguado y perdido; pues aquel general permaneció en Sevilla temeroso quizá de que sus hombros flaqueasen bajo la balumba de tan pesada carga. Para llenar su hueco, á lo menos en ciertas medidas de reoaganizacion, partieron camino de la Carolina don Rodrigo Riquelme y el marqués de Camposagrado, uno individuo de la comision y otro de la Junta, quienes en union con el vocal Rabé debian impulsar la mejora y aumento del ejército, y atender á la defensa de los pasos de la sierra. Repeticion de lo que hizo la central al retirarse de Aranjuez, con la diferencia de que ahora no hubo mucho vagar ni espacio.

Comisionados enviados á la Carolina.

Tampoco se destruyeron con el nombramiento de la comision ejecutiva las maquinaciones de los ambiciosos. Volvió á salir á plaza don Francisco Palafox, deseoso de erigirse por lo menos en lugar-teniente de Aragon. Sospechábase que le prestaba su asistencia el conde del Montijo, que á hurtadillas se fué de Portugal acercando á Sevilla. Tuvo de ello aviso el gobierno, y Romana, á quien antes no disgustaban tales manejos, ahora que podian perjudicar á los en que él mismo andaba, instó para que se aprehendiesen las personas de Palafox y Montijo juntamente con sus papeles. El último fué cogido en Valverde del Camino y trasladado á Sevilla, en donde tambien se arrestó al primero sin que lo impidiese su calidad de central. Metió algun ruido la detencion de estos personajes, y mayor hubiera sido á no tenerlos tan desopinados sus continuos enredos. Los acontecimientos que sobrevinieron terminaron en breve la persecucion de entrambos.

Prision de Palafox y Montijo.

Manejos de Romana y de su hermano Caro.

Romana, que tanta diligencia ponia en descubrir y cortar las tramas de los demas, no por eso cesaba de alterar con su conducta la paz y buena armonía del gobierno supremo. Favorecia grandemente sus miras su hermano don José Caro, que á nada menos aspiraba que á ver á su familia mandando en el reino. En la provincia de Valencia, puesta á su cuidado, trabajaba los ánimos en aquel sentido, y con profusion esparció el famoso voto de Romana de 14 de octubre. La junta provincial ayudóle mucho en ocasiones, y este cuerpo, provocando unas veces el nombramiento de una regencia exclusiva, desechándolo en otras, vario é inconstante en sus procedimientos, manifestaba que á pesar de su buen celo por la causa de la patria, influian en sus deliberaciones hombres de seso mal asentado.

Don José Caro remitió á las demas juntas una circular á nombre de la de Valencia, en que alabando los servicios, el talento, las virtudes de su hermano el marqués de la Romana, se hablaba de la necesidad de adoptar lo que este habia propuesto en su voto, y se indicaba á las claras la conveniencia de nombrarle regente. La central en una exposicion que hizo á las juntas y antes de finalizar noviembre, grave y victoriosamente rechazó los ataques y opinion de la de Valencia, invitando á todas á aguardar la próxima reunion de Córtes. Las provincias apoyaron el dictámen de la central, y en Valencia se separaron de Caro varios que le habian estado unidos. Para cortar las disensiones debió Romana pasar á aquella ciudad, viaje que no verificó, enviando en su lugar á don Lázaro de las Heras, hechura suya, pues el marqués tomaba á veces por sí resoluciones sin cuidarse de la aprobacion de sus compañeros. Las Heras, como era de esperar, procedió en Valencia segun las miras de Romana, y atropelló en diciembre y confinó á la isla de Ibiza á don José Canga Argüelles y á otros individuos de la jun-

Tropelías.

ta, ahora encontrados en opiniones con el general Caro.

Estado deplorable de la Junta central.

Pero con estas reyertas y miserias crecian los males de la patria, y la central, en cuyo cuerpo no habian en un principio reinado otras divisiones sino aquellas que nacen de la diversidad de dictámenes, se vió en la actualidad combatida por la ambicion y frenéticas pasiones de Palafox, de Romana y sus secuaces, convirtiéndose en un semillero de chismes, pequeñeces y enredos impropios de un gobierno supremo, con lo cual cayó aun mas en tierra su crédito y se anticipó su ruina.

Providencias de la comision ejecutiva y de la Junta.

La comision ejecutiva, cuya alma era el mismo Romana, nada pues de importante obró, poniéndose de manifiesto lo nulo de aquel general para todo lo que era mando. La Junta por su parte y en el círculo de facultades que se habia reservado, animada del buen espíritu de Jovellanos, Garay y otros, acordó algunas providencias no desacertadas, aunque tardías, como fué el aplicar á los gastos de la guerra los fondos de encomiendas, obras pías, y tambien la rebaja gradual de sueldos, exceptuándose á los militares que defendian la patria.

Proposicion de Calvo sobre libertad de imprenta.

En el período en que vamos ó poco antes examinóse asímismo en la Junta central una proposicion de don Lorenzo Calvo de Rozas sobre la importante cuestion de libertad de imprenta. La Junta, ora por la gravedad de la materia, ora quizá para esquivar toda discusion, pasó la propuesta de Calvo á consulta del Consejo, el cual, como era natural, mostróse contrario, excepto don José Pablo Valiente. Extendida la consulta subió á la central, y esta la remitió á la comision de Córtes, que á su vez la pasó á otra cimision creada bajo el nombre de instruccion pública, corriendo por aquella inacabable cadena de juntas, consejos y comisiones á que siempre ¡mal pecado! se recurrió en España. En la de instruccion pública halló la propuesta de Calvo

favorable acogida, leyendo en su apoyo una memoria muy notable el canónigo don José Isidoro Morales. Mas en estos pasos, idas y venidas se concluia ya diciembre, y las desgracias cortaron toda resolucion en asunto de tan grande importancia.

Modo de convocarse las Córtes.

Entre tanto se acercaba tambien el dia señalado para convocar las Córtes. La comision encargada de determinar la forma de su llamamiento, tenia ya cási concluidos sus trabajos. No entrarémos aquí en los debates que para ello hubo en su seno (cosa ajena de nuestro propósito), ni en los pormenores del modo adoptado para constituirse las Córtes, pues retardada por los acontecimientos de la guerra la reunion de estas, nos parece mas conveniente suspender hasta el tiempo en que se juntaron el tratar detenidamente de la materia. Solo diremos en este lugar, que se adoptó igualdad de representacion para todas las provincias de España, debiéndose dividir las Córtes en dos cuerpos, el uno electivo, y el otro de privilegiados compuesto de clero y nobleza.

Las convocatorias que entonces se expidieron fueron solo las que iban dirigidas al nombramiento de los individuos que habian de componer la cámara electiva, reservando circular las de los privilegiados para mas adelante. Motivó tal diferencia el que en el primer caso se necesitaba de algun tiempo para realizar las elecciones, no sucediendo lo mismo en el segundo, en que el llamamiento habia de ser personal. Mas de esta tardanza resultó despues, segun veremos, no concurrir á las Córtes sino los miembros elegidos por el pueblo, quedando sin efecto la formacion de una segunda cámara.

Mudanza de individuos en la comision ejecutiva.

El mismo dia que partieron las convocatorias se mudaron tambien los 5 individuos mas antiguos de la comision ejecutiva, conforme á lo prevenido en el reglamento. Eran

estos el marqués de la Romana, don Rodrigo Riquelme y don Francisco Caro, entrando en su lugar el conde de Ayamans, el marqués del Villar y don Felix Ovalle. Su imperio no fué de larga duracion.

Decreto de la central para trasladarse á la Isla de Leon.

Todo presagiaba su caida y la de la Junta central, y todo una próxima invasion de los franceses en las Andalucías. Para no ser cogida tan de improviso como en Aranjuez, dió la Junta un decreto en 13 de enero, por el que anunció que debia hallarse reunida el 1º del mes inmediato en la Isla de Leon á fin de arreglar la apertura de las Córtes señalada para el 1º de marzo, sin perjuicio de que permaneciese en Sevilla algunos dias mas un cierto número de vocales que atendiese al despacho de los negocios urgentes. Este decreto en tiempos lejanos de todo peligro hubiera parecido prudente y aun necesario, pero ahora, cuando tan de cerca amagaba el enemigo, consideróse hijo solo del miedo, impeliendo á despertar la atencion pública, y á traer hácia los centrales los contratiempos y sinsabores que, como referiremos luego, precedieron y acompañaron al hundimiento de aquel gobierno.

RESUMEN

DEL

LIBRO UNDÉCIMO.

Amenazas de Napoleon acerca de la guerra de España. — Su divorcio con Josefina. — Su casamiento con la archiduquesa de Austria. — Refuerzos que envia á España. — Resolucion de invadir las Andalucías. — Sus preparativos. — Los de los españoles. — Los franceses atacan y cruzan la Sierramorena. — Entran en Jaen y en Córdoba. — Ejército del duque de Alburquerque. — Viene sobre Andalucía. — Retírase de Sevilla la Junta central. — Contratiempos en el viaje de sus individuos. — Sospechas de insurreccion en Sevilla. — Verifícase. — Junta de Sevilla. — Providencias que toma. — Continúan los franceses sus movimientos. — Encuentran en Alcalá la Real la caballería española. — Piérdese en Isnalloz un parque de artillería. — Toma Blake el mando de las reliquias del ejército del centro. — Entran los franceses en Granada. — Avanzan sobre Sevilla. — Se retira Alburquerque camino de Cádiz. — Ganan los franceses á Sevilla. — Preséntase el mariscal Victor delante de Cádiz. — Mortier va á Extremadura. — Baja tambien allí el 2º cuerpo. — Va sobre Málaga Sebastiani. — Abello alborota la ciudad. — Éntranla los franceses. — Junta central en la Isla de Leon. Su disolucion. — De-

cide nombrar una regencia. — Reglamento que le da. — Su último decreto sobre Córtes. — Regentes que nombra. — Eligen una junta en Cádiz. — Ojeada rápida sobre la central y su administracion. — Padecimientos y persecucion de sus individuos. — Idea de la regencia y de sus individuos. — Felicitacion del Consejo reunido. — Idea de la junta de Cádiz. — Providencias para la defensa y buena administraeion de la regencia y la junta. — Breve descripcion de la Isla gaditana. — Fuerzas que la guarnecen. — Españolas. — Inglesas. — Fuerza marítima. — Recio temporal en Cádiz. — Intiman los franceses la rendicion. — La junta de Cádiz encargada del ramo de hacienda. — Sus altercados con Alburquerque. — Deja este el mando del ejército y pasa á Lóndres. — Impone la junta nuevas contribuciones. — José en Andalucía. — Modo con que le reciben. — Sus providencias. — Vuelve á Madrid. — Nueva invasion de Asturias. — Llano-Ponte. — Porlier. — Entra Bonnet en Oviedo. — Evacua la ciudad. — Ocúpala de nuevo. — Castellar y defensa del puente de Peñaflor. — Bárcena. Retíranse los españoles al Narcea. — Don Juan Moscoso. — El general Arce. — Conducta escandalosa de Arce y del consejero Leiva. — Nueva instalacion de la junta general del principado. — Auxilio de Galicia. — Desampara Bonnet á Oviedo. — Se enseñorea por tercera vez de la ciudad. — Estado de Galicia. — Alboroto del Ferrol. Muerte de Vargas. — Mahy, general de las tropas de aquel reino. — Sitio de Astorga. — Capitula. — Licenciado Costilla. — Aragon. — Mina el mozo. — Expedicion de Suchet sobre Valencia. — Estado de este reino y de la ciudad. — Malógrasele á Suchet su expedicion. — Pozoblanco. — Ventajas de los españoles en Aragon. — Cae prisionero Mina el mozo. — Sucédelo su tio Espoz y Mina. — Estado de Cataluña. — Varias acciones. — Bloqueo de Hostalrich. — Va Augereau al socorro de Barcelona. — Descalabro de Duhesme en Santa Perpetua y en Mollet. — Entra Augereau en Barcelona. — Odonnell nombrado general de Cataluña. — Ejército que junta. — Accion de Vich el 19 de febrero. — Pertinaz defensa de Hostalrich. — Socorre de nuevo Augereau á Barcelona. — Retírase Odonnell á Tarragona. — Feliz ataque de don Juan Caro. — Evacuan los españoles á Hostalrich. — El mariscal Macdonald sucede á Augereau en Cataluña. — Parte Suchet á Lérida. — Entran sus tropas en Balaguer. — Sitio de Lérida. — Desgraciada tentativa de Odonnell para socorrer la plaza. — Entran los franceses en Lérida y ríndese su castillo. — Tambien el fuerte de las Medas. — Sucesos de Aragon. — Sitio de Mequinenza. — La toman los franceses. — Toman tambien el castillo de Morella. — Cádiz. — Toman los

franceses á Matagorda. — Manda Blake el ejército de la Isla. — Trasládase á Cádiz la regencia. — Varan en la costa dos pontones de prisioneros. — Trato de estos. — Pasan á las Baleares. Su trato allí. — Resistencia en las Andalucías. — Condado de Niebla. — Serranía de Ronda. — Don José Romero. Accion notable. — Tarifa. — Ejército del centro en Murcia. — Correría de Sebastiani en aquel reino. — Su conducta. — Evácuale. — Partidas de Cazorla y de las Alpujarras. — Extremadura. Ejército de la izquierda. — Romana. — Ballesteros. — Don Cárlos Odonnell. — Decreto de Soult de 9 de mayo. — Otro en respuesta de la regencia de España. — Decreto de Napoleon sobre gobiernos militares. — Une á su imperio los Estados Pontificios y la Holanda. — Inútil embajada de Azanza á Paris. — Tentativa para libertar al rey Fernando. — Baron de Kolly. — Vida de los príncipes en Valencey. — Préndese á Kolly. — Insidiosa conducta de la policía francesa. — Cartas de Fernando.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

LIBRO UNDÉCIMO.

Amenazas de Napoleon acerca de la guerra de España.

Nuevos desastres amagaban á España al comenzar el año de 1810. Napoleon de vuelta de la guerra de Austria, que para él tuvo tan feliz remate, anunció al senado francés « que se presentaria á la otra parte de los Pirineos, y que » el leopardo aterrado huiria hácia el mar, procurando evi- » tar su afrenta y su aniquilamiento. » No se cumplió este pronóstico contra los ingleses, ni tampoco se verificó el indicado viaje, persuadido quizá Napoleon de que la guerra peninsular, como guerra de nacion, no se terminaria con una ni dos batallas: único caso en que hubiera podido empeñar con esperanza de gloria su militar nombradía.

Su divorcio con Josefina.

Ocupábanle tambien por entonces asuntos domésticos, que queria acomodar á la razon de estado, y la aficion que tenia á su esposa la emperatriz Josefina, y las buenas pren-

das que á esta adornaban cedieron al deseo de tener heredero directo, y al concepto tal vez de que enlazándose con alguna de las antiguas estirpes de Europa, afianzaria la de los Napoleones, á cuyo trono faltaba la sólida base del tiempo. Resolvió pues separarse de aquella su primera esposa, y á mediados de diciembre de 1809 publicó solemnemente su divorcio, dejando á Josefina el título y los honores de emperatriz coronada.

Su casamiento con la archiduquesa de Austria.

Pensó despues en escoger otra consorte, inclinándose al principio á la familia de los Czares, mas al fin trató con la corte de Austria y se casó en marzo siguiente con la archiduquesa María Luisa, hija del emperador José II: union que, si bien por de pronto pudo lisonjear á Napoleon, sirvióle de poco á la hora del infortunio.

Refuerzos que envia á España.

Antes y en el tiempo en que mostró al senado su propósito de cruzar los Pirineos, dió cuenta el ministro de la Guerra de Francia del estado de la fuerza que habia en España, manifestando que para continuar las operaciones militares bastaba completar los cuerpos allí existentes con 30000 hombres reunidos en Bayona. Pasaron en efecto estos la frontera, y con ellos y otros refuerzos que posteriormente llegaron, ascendió dentro de la península el número de franceses en el año de 1810 en que vamos, á unos 300000 hombres de todas armas.

Resolucion de invadir las Andalucías.

Llamaba singularmente la atencion del gabinete de las Tullerías el destruir el ejército inglés, situado ya en Portugal á la derecha del Tajo. Pero el gobierno de José preferia á todo invadir las Andalucías, esperando así disolver la Junta central, principal foco de la insurreccion española. Por tanto puso su mayor ahinco en llevar á cabo esta su predilecta empresa.

Destináronse para ella los 3 cuerpos de ejército 1º, 4º y 5º con la reserva y algunos cuerpos españoles de nueva

formacion, en que tenian los enemigos poca fé, constando el total de la fuerza de unos 55000 hombres. Mandábalos José en persona, teniendo por su mayor general al mariscal Soult, que era el verdadero caudillo.

Sus preparativos.

Sentaron los franceses sus reales el 19 de enero en Santa Cruz de Mudela. A su derecha y en Almaden del Azogue se colocó antes el mariscal Victor con el 1er cuerpo, debiendo penetrar en Andalucía por el camino llamado de la Plata. A la izquierda apostóse en Villanueva de los Infantas el general Sebastiani, que regía el 4º y que se preparaba á tomar la ruta de Montizon. Debia atravesar la sierra partiendo del cuartel general de Santa Cruz, y dirigiendo su marcha por el centro de la línea, cuya extension era de unas veinte leguas, el 5º cuerpo del mando del mariscal Mortier, al que acompañaba la reserva guiada por el general Dessolles.

Los franceses así distribuidos y tomadas tambien otras precauciones, se movieron hácia las Andalucías. No habian de aquel suelo pisado anteriormente sino hasta Córdoba, y la memoria de la suerte de Dupont traíalos todavía desasosegados. Sepáranse aquellas provincias de las demas de España por los montes Marianos, ó sea la Sierramorena, cuyos ramales se prolongan al levante y ocaso, y se internan por el mediodia, cortando en varios valles con otros montes, que se desgajan de Ronda y Sierranevada, las mismas Andalucías, en donde ya los moros formaron los cuatro reinos en que ahora se dividen: tierra toda ella, por decirlo así, de promision, y en la que por la suavidad de su temple y la fecundidad de sus campos, pusieron los antiguos, segun la narracion de Estrabon * con referencia á Homero, la morada de los bienaventurados, los Campos Elisios.

(* Ap. n. 1.)

Los de los españoles.

Pocos tropiezos tenian los enemigos que encontrar en su marcha. No eran extraordinarios los que ofrecia la natura-

leza, y fueron tan escasos los trabajos ejecutados por los hombres, que se limitaban á varias cortaduras y minas en los pasos mas peligrosos y al establecimiento de algunas baterías. Se pensó al principio en fortificar toda la línea adoptando un sistema completo de defensa, dividido en provisional y permanente, el primero con objeto de embarazar al enemigo á su tránsito por la sierra, y el segundo con el de detenerle del todo, levantando detrás de las montañas y del lado de Andalucía unas cuantas plazas fuertes que sirviesen de apoyo á las operaciones de la guerra, y á la insurreccion general del país. Una comision de ingenieros visitó la cordillera y aun dió su informe, pero como tantas otras cosas de la Junta central, quedóse esta en proyecto. Tambien se trató de abandonar la sierra y de formar en Jaen un campo atrincherado, de lo cual igualmente se desistió, temerosos todos de la opinion del vulgo, que miraba como antemural invencible el de los montes Marianos.

Dió ocasion á tal pensamiento el considerar las escasas fuerzas que habia para cubrir convenientemente toda la línea. Despues de la dispersion de Ocaña, solo se habian podido juntar unos 25000 hombres, que estaban repartidos en los puntos mas principales de la sierra. Una division al mando de don Tomás de Zerain ocupaba á Almaden, de donde ya el 15 se replegó acometida por el mariscal Victor. Otra á las órdenes de don Francisco Copons permaneció hasta el 20 en Mestanza y San Lorenzo. Colocáronse 3 con la vanguardia en el centro de la línea. De ellas la 3ª del cargo de don Pedro Agustin Jiron en el puerto del Rey, y la vanguardia, junto con la 1ª y 4ª gobernadas respectivamente por los generales don José Zayas, Lacy y Gonzalez Castejon, en la venta de Cárdenas, Despeñaperros, collado de los Jardines y Santa Helena. Situóse á una legua de Montizon en Venta-Nueva la 2ª á las órdenes de don Gas-

par Vigodet, á la que se agregaron los restos de la 6ª, que antes mandaba don Peregrino Jácome.

El 20 de enero se pusieron los franceses en movimiento por toda la línea. Su reserva y su 5º cuerpo dirigiéronse á atacar el puerto del Rey y el de Despeñaperros, ambos de difícil paso á ser bien defendidos. Por el último va la nueva calzada ancha y bien construida, abierta en los mismos escarpados de la montaña de Valdazores, y á grande altura del rio Almudiel, que bañándola por su izquierda corre engargantado entre cerrados montes, que forman una honda y estrechísima quebrada. La angostura del terreno comienza á unos trescientos pasos de la venta de Cárdenas yendo de la Mancha á Andalucía, y termina no léjos de las Correderas, casería distante una legua de la misma venta. En este trecho habian los españoles excavado tres minas, levantando detrás en el collado de los Jardines una especie de campo atrincherado. Por la derecha de Despeñaperros lleva al puerto del Rey un camino que parte de la venta de Melocotones, antes de llegar á la de Cárdenas; este era el antiguo mal carretero y en parajes solo de herradura, juntándose despues y mas allá de Santa Helena con el nuevo. Entre ambos hay una vereda que guia al puerto del Muradal, existiendo otras estrechas que atraviesan la cordillera por aquellas partes.

Los franceses atacan y cruzan Sierramorena.

En la mañana del indicado 20 salió del Viso el general Dessolles con la reserva de su mando y ademas un regimiento de caballería. Dirigióse al puerto del Rey, que defendia el general Jiron. La resistencia no fué prolongada: los españoles se retiraron con bastante precipitacion y del todo se dispersaron en las Navas de Tolosa. Al mismo tiempo la division del general Gazan acometió el puerto del Muradal con una de sus brigadas, y con la otra se encaramó por entre este paso y Despeñaperros, viniendo á dar ambas á las

Correderas, esto es, á la espalda de los atrincheramientos y puestos españoles. El mariscal Mortier, al frente de la division Girard, con caballería, artillería ligera y los nuevos cuerpos creados por José, pensó en embestir por la calzada de Despeñaperros, y lo ejecutó cuando supo que á su derecha el general Gazan, habiendo arrollado á los españoles, estaba para envolver las posiciones principales de estos. Las minas que en la calzada habia reventaron, mas hicieron poco estrago: los enemigos avanzaron con rapidez, y los nuestros temiendo ser cortados todo lo abandonaron, como tambien el atrincheramiento del collado de los Jardines. Perdieron los españoles 15 cañones y bastantes prisioneros, salvándose por las montañas algunos soldados y tirando otros con Castejon hácia Arquillos, en donde luego veremos no tuvieron mayor ventura. Areizaga, que todavía conservaba el mando en jefe, acompañado de algunos oficiales y cortas reliquias, precipitadamente corrió á ponerse en salvo al otro lado del Guadalquivir. Los franceses llegaron la noche del mismo 20 á la Carolina, y al dia siguiente pasaron á Andújar despues de haber atravesado por Bailen, cuyas glorias se empañaban algun tanto con las lástimas que ahora ocurrian. El mariscal Soult y el rey José no tardaron en adelantarse hasta la citada villa, en donde pusieron su cuartel general.

Llegó tambien luego á Andújar el mariscal Victor, que desde Almaden no habia encontrado grandes tropiezos en cruzar la sierra. La junta de Córdoba pensó ya tarte en fortificar el paso de Mano de Hierro y el camino de la Plata, y en juntar los escopeteros de las montañas. La division de Zerain y la de Copons tuvieron que abandonar sus respectivas posiciones, y el mariscal Victor, despues de hacer algunos reconocimientos hácia Santa Eufemia y Belalcazar, se dirigió sin artillería ni bagajes por Torrecampo, Villa-

nueva de la Jara y Montoro á Andújar, en donde se unió con las fuerzas de su nacion que habian desembocado del puerto del Rey y de Despeñaperros. De estas el mariscal Soult envió la reserva de Dessolles con una brigada de caballería por Linares sobre Baeza, para que se diese la mano con el general Sebastiani, á cuyo cargo habia quedado pasar la sierra por Montizon.

Dicho general, aunque no fué en su movimiento menos afortunado que sus compañeros, halló sin embargo mayor resistencia. Guarnecia por aquella parte don Gaspar Vigodet las posiciones de Venta-Nueva y Venta-Quemada, y las sostuvo vigorosamente durante dos horas con fuerza poco aguerrida é inferior en número, hasta que el enemigo habiendo tomado la altura llamada de Matamulas, y otras que defendió con gran brio el comandante don Antonio Brax, obligó á los nuestros á retirarse. Vigodet mandó en su consecuencia á todos los cuerpos, que bajasen de las eminencias y se reuniesen en Montizon, de donde, replegándose con órden y en escalones, empezó luego á desbandársele un escuadron de caballería, que con su ejemplo descompuso tambien á los otros, y juntos atropellaron y desconcertaron la infantería, disolviéndose así toda la division. Con escasos restos entró Vigodet el 20 de enero despues de anochecido en el pueblo de Santisteban, y al amanecer viéndose cási solo partió para Jaen, á cuya ciudad habian ya llegado el general en jefe Areizaga y los de division Jiron y Lacy, todos desamparados y en situacion congojosa.

Sebastiani continuó su marcha, y cerca de Arquillos tropezó el 29 con el general Castejon, que se replegaba de la sierra con algunas reliquias. La pelea no fué reñida: caido el ánimo de los nuestros y rota la línea española, quedaron prisioneros bastantes soldados y oficiales, entre ellos el mismo Castejon. El general Sebastiani se puso entonces

por la derecha en comunicacion con el general Dessolles, y destacando fuerzas por su izquierda hasta Úbeda y Baeza, ocupó hácia aquel lado la márgen derecha del Guadalquivir. Lo mismo hicieron por el suyo hasta Córdoba los otros generales, con lo que se completó el paso de la sierra, habiendo los franceses maniobrado sabiamente, si bien es verdad tuvieron entonces que habérselas con tropas mal ordenadas y con un general tan desprevenido como lo era don Juan Cárlos de Areizaga.

Entran en Jaen y en Córdoba.

Prosiguiendo su movimiento pasó el general Sebastiani el Guadalquivir y entró el 23 en Jaen, en donde cogió muchos cañones y otros aprestos que se habian reunido con el intento de formar un campo atrincherado. El mariscal Victor entró el mismo dia en Córdoba, y poco despues llegó allí José. Salieron diputaciones de la ciudad á recibirle y felicitarle, cantóse un *Te Deum* y hubo fiestas públicas en celebracion del triunfo. Esmeróse el clero en los agasajos, y se admiró José de ser mejor tratado que en las demas partes de España. Detuviéronse los franceses en Córdoba y sus alrededores algunos dias, temerosos de la resistencia que pudiera presentar Sevilla, é inciertos de las operaciones del ejército del duque de Alburquerque.

Ejército del duque de Alburquerque.

Ocupaba este general las riberas del Guadiana despues que se retiró de hácia Talavera, en consecuencia de la rota de Ocaña: tenia en Don Benito su cuartel general. En enero constaba su fuerza en aquel punto de 8000 infantes y 600 caballos, y ademas se hallaban apostados entre Trujillo y Mérida unos 3100 hombres á las órdenes de los brigadieres don Juan Senen de Contreras y don Rafael Menacho; tropa esta que se destinaba caso que avanzasen los franceses para guarnecer la plaza de Badajoz, muy desprovista de gente.

La Junta central luego que temió la invasion de las An-

dalucías, empezó á expedir órdenes al de Alburquerque las mas veces contradictorias, y en general dirigidas á sostener por la izquierda la division de don Tomás de Zerain avanzada en Almaden. Las disposiciones de la Junta, fundándose en voces vagas mas bien que en un plan meditado de campaña, eran por lo comun desacertadas. El duque de Alburquerque sin embargo deseando cumplir por su parte con lo que se le prevenia, trataba de adelantarse hácia Agudo y Puertollano, cuando sabedor de la retirada de Zerain, y despues de la entrada de los franceses en la Carolina, mudó por sí de parecer y se encaminó la vuelta de la Andalucía, con propósito de cubrir el asiento del gobierno. Este al fin y ya apretado, ordenó á aquel hiciese lo mismo que ya habia puesto en obra, mas con instrucciones de que acertadamente se separó el general español, disponiendo contra lo que se le mandaba que las tropas de Senen de Contreras y Menacho partiesen á guarnecer la plaza de Badajoz. Viene sobre Andalucía.

Con lo demas de la fuerza, esto es, con 8000 infantes y 600 caballos encaminándose Alburquerque el 22 de enero por Guadalcanal á Andalucía, cruzó el Guadalquivir en las barcas de Cantillana, haciendo avanzar á Carmona su vanguardia y á Ecija sus guerrillas, que luego se encontraron con las enemigas. La Junta central habia mandado que se uniesen á Alburquerque las divisiones de don Tomás Zerain y de don Francisco Copons, únicas de las que defendian la sierra que quedaron por este lado. Mas no se verificó, retirándose ambas separadamente al condado de Niebla. La última mas completa se embarcó despues para Cádiz en el puerto de Lepe. Lo mismo hicieron en otros puntos las reliquias de la primera.

Siendo las tropas que regía el duque de Alburquerque las solas que podian detener á los franceses en su marcha,

déjase discurrir cuán débil reparo se oponia al progreso de estos, y cuán necesario era que la Junta central se alejase de Sevilla si no queria caer en manos del enemigo.

Retírase de Sevilla la Junta central.

Ya conforme al decreto en su lugar mencionado del 13 de enero, habian empezado á salir de aquella ciudad pasado el 20 varios vocales, enderezándose á la Isla de Leon, punto del llamamiento. Mas estrechando las circunstancias cási todos partieron en la noche del 23 y madrugada del 24, unos por el rio abajo y otros por tierra. Los primeros viajaron sin obstáculo, no así los otros, á quienes rodearon muchos riesgos, alborotados los pueblos del tránsito que se creian con la retirada del gobierno abandonados y expuestos á la ira é invasion enemigas. Corrieron sobre todo inminente peligro el presidente, que lo era á la sazon el arzobispo de Laodicea, y el digno conde de Altamira marqués de Astorga, salvándose en Jerez ellos y otros compañeros suyos como por milagro de los puñales de la turba amotinada.

Contratiempos en el viaje de sus individuos.

Sospechas de insurreccion en Sevilla.

Aseguróse que contando con la inquietud de los pueblos, se habian despachado de Sevilla emisarios que aumentasen aquella y la convirtiesen en un motin abierto para dirigir á mansalva tiros ocultos contra los azorados y cási prófugos centrales. Pareció la sospecha fundada al saberse la sedicion que se preparaba en Sevilla, y estalló luego que de allí salieron los individuos del gobierno supremo. De los manejos que andaban tuvo ya noticia el 18 de enero don Lorenzo Calvo de Rozas, y dió de ello cuenta á la central. Para impedir que cuajaran, mandóse sacar de Sevilla á don Francisco de Palafox y al conde del Montijo, que aunque presos se conceptuaban principales promotores de la trama. La apresuracion con que los centrales abandonaron la ciudad, el aturdimiento natural en tales casos, y la falta de obediencia estorbaron que se cumpliese la órden.

Alejado de Sevilla el gobierno, quedaron dueños del campo los conspiradores de aquella ciudad, y el 24 por la mañana amotinaron el pueblo, declarándose la junta provincial á sí misma suprema nacional, lo que dió claramente á entender que en su seno habia individuos sabedores de la conjuracion. Entraron en la junta ademas don Francisco Saavedra, nombrado presidente, el general Eguía y el marqués de la Romana, que no se habia ido con sus compañeros, y salia de Sevilla en el momento del alboroto con Mr. Frere, único representante de Inglaterra despues de la ausencia del marqués de Welesley. Agregáronse tambien á la junta los señores Palafox y Montijo, que al efecto soltaron de la prision; el último esquivó por un rato acceder al deseo popular, fuese para aparentar que no obraba de acuerdo con los revoltosos, fuese que segun su costumbre le faltara el brio al tiempo del ejecutar. Verificase.

Creóse igualmente una junta militar, que fué la que realmente mandó en los pocos dias de la duracion de aquel extemporáneo gobierno, y la cual se compuso de los individuos nuevamente agregados. Desde luego nombró esta al marqués de la Romana general del ejército de la izquierda en lugar del duque del Parque que destinaba á Cataluña, y encargó el mando del que se llamaba ejército del centro á don Joaquin Blake. Expidiéronse ademas á las provincias todo linaje de órdenes y resoluciones, que ó no llegaron ó felizmente fueron desobedecidas, pues de otra manera nuevos disturbios hubieran desgarrado á la nacion entonces tan acongojada. Quedaron sin embargo con el mando, segun veremos, los generales Romana y Blake, habiéndose posteriormente conformado el verdadero gobierno supremo con la resolucion de la junta de Sevilla. Junta de Sevilla. Providencias que toma.

Procuró esta alentar á los moradores de la ciudad á la defensa de sus hogares, y excitar en sus proclamas hasta

el fanatismo de los clérigos y los frailes, que por lo general se mantuvieron quietos. Duró el ruido pocos dias poniendo pronto término la llegada de los franceses. Ya se la temian el conde del Montijo y los principales instigadores de la conmocion, y alejándose aquel el 26 del lugar del peligro con pretexto de desempeñar una comision para el general Blake, quedaron los sediciosos sin cabeza, careciendo para defender la ciudad del ánimo que sobradamente habian mostrado para perturbarla. Cierto que Sevilla no era susceptible de ser defendida militarmente, y solo los sacrificios y el valor de Zaragoza hubieran podido contener el torrente de los enemigos, de cuya marcha volveremos á tomar ahora el hilo de la narracion.

Continúan los franceses sus movimientos.

Dueños los franceses de la márgen derecha del Guadalquivir, y habiéndose adelantado el general Sebastiani hasta Jaen, prosiguió este su movimiento para acabar con el ejército del centro, cuyas dispersas reliquias iban en su mayor parte la vuelta de Granada. Por decirlo así no quedaban ya en pié sino unos 1500 jinetes á las órdenes del general Freire, y un parque de artillería compuesto de 30 cañones situado en Andújar. Los oficiales que mandaban dicho parque, no recibiendo órden ninguna del general en jefe, juzgaron prudente sabiendo las desventuras de la sierra, pasar el Guadalquivir y encaminarse á Guadix, lo que empezaron á poner en obra sin tener caballería ni infantería que los protegiese. El general Sebastiani al avanzar de Jaen el 26 de enero, tomó con el grueso de su fuerza la direccion de Alcalá la Real, enviando por su izquierda camino de Cambil y Llanos de Pozuelo al general Peyremont con una brigada de caballería ligera. El 27 pasado Alcalá la Real alcanzó Sebastiani la caballería española de Freire que resistió algun tiempo; pero que despues fué rota y en parte cogida y dispersa, atacada por un número superior de enemi-

Encuentran en Alcalá la Real la caballería española.

gos, y sin tener consigo infantería alguna que la ayudase. Tocóle á la otra columna francesa, que tiró por la izquierda á Cambil, apoderarse de la artillería que dijimos habia salido de Andújar.

Caminaba esta con direccion á Guadix á la sazon que el conde de Villariezo, capitan general de Granada, impelido por el pueblo á defenderse, ordenó á los jefes de la artillería indicada que desde Pinos de la Puente torciesen el camino y viniesen á la ciudad en que mandaba. Obedecieron; pero luego que estuvieron dentro, notando que todo era allí confusion, trataron de salvar sus cañones volviendo á salir de Granada. Desgraciadamente para continuar su marcha se vieron forzados á tomar un rodeo, retrocediendo al ya mencionado Pinos de la Puente, pues entonces no era camino de ruedas el de los Dientes de la Vieja, mas corto y directo que el otro para Diezma y Guadix. Con semejante atraso perdieron tiempo, dando en Isnalloz con los caballos ligeros del general Peyremont; en donde como no tenian los artilleros españoles infantes ni jinetes que los protegiesen, tuvieron, bien á pesar suyo, que abandonar las piezas y salvarse en los caballos de tiro. Así iba desapareciendo del todo aquel ejército, que dos meses antes inundaba los llanos de la Mancha.

Piérdese en Isnalloz un parque de artillería.

Por fin al espirar enero tomó en Diezma el mando de tan tristes reliquias don Joaquin Blake, quien yendo á Málaga de cuartel de vuelta de Cataluña, recibió en aquel pueblo el nombramiento que le habia conferido la junta de Sevilla. Cedióle el puesto sin obstáculo el mismo don Juan Cárlos de Areizaga, y dió en efecto Blake prueba de patriotismo en encargarse en semejantes circunstancias de empleo tan espinoso, sin reparar en la autoridad de que procedia. No habia otro cuerpo reunido sino el primer batallon de guardias españolas mandado por el brigadier Ote-

Toma Blake el mando de las reliquias del ejército del centro.

do: lo demas del ejército reducíase á dispersos de varios cuerpos. Blake retrocedió todavía á Huercal Overa, villa del reino de Granada en los confines de Murcia; y despachando proclamas y órdenes á todas partes, consiguió juntar en los primeros dias de febrero hasta unos 5000 hombres de todas armas: no habiéndosele incorporado otros generales de los que mandaban divisiones en la sierra, sino Vigodet y ademas Freire con unos cuantos caballos.

Entran los franceses en Granada.

El general Sebastiani entró en Granada el 28 de enero. Quiso el pueblo defenderse, mas disuadiéronle los hombres prudentes y los tímidos con capa de tales: tambien contribuyó á ello el clero, que en estas Andalucías mostróse sobradamente obsequioso á los conquistadores. Se envió una diputacion á recibir á Sebastiani; y agregóse á este poco despues de su entrada el regimiento suizo de Reding. Trató el general francés con ceño y palabras airadas á las autoridades españolas, é impuso una gravosísima y extraordinaria contribucion.

Avanzan sobre Sevilla.

Entre tanto el 1° y 5° cuerpo avanzaron por disposicion de José hácia Sevilla, tiroteándose el mismo dia 28 cerca de Écija con las guerrillas de caballería del duque de Alburquerque: noticioso este general de que los enemigos avanzaban por el Arahal y Moron, para ponerse en Utrera á su retaguardia, y cortarle así la retirada sobre la Isla gaditana, abandonó á Carmona y comenzó su marcha retrógrada hácia la costa. La caballería y la artillería las envió por el camino real, dirigiendo la infantería por las Cabezas de San Juan y Lebrija para unirse todos en Jerez. Fué tan oportuno este movimiento, que al llegar á Utrera dejóse ya ver desde Moron un destacamento enemigo. Tomóle pues Alburquerque la delantera; y recogiendo en Jerez todas sus fuerzas, pudo entrar al principiar febrero en la Isla de Leon sin ser particularmente incomodado, y habiendo solo

Se retira Alburquerque camino de Cádiz.

la caballería sostenido en su marcha algunas escaramuzas. Si en esta ocasion hubieran los franceses andado con su acostumbrada presteza, hubieran tal vez podido interponerse entre el ejército español y la Isla gaditana; y muy otra fuera entonces la suerte de aquel inexpugnable baluarte. El duque de Alburquerque contribuyó, en cuanto pudo, á salvar tan precioso rincon, y con él quizá la independencia de España. Por ello justas alabanzas le son debidas.

Ganan los franceses á Sevilla.

Los franceses, recelosos en aquellas circunstancias de comprometerse demasiadamente, midieron sus movimientos, anteponiendo á todo el apoderarse de Sevilla, posesion codiciada por sus riquezas y renombre. Presentóse á vista de sus muros al finalizar enero el mariscal Victor. De la nueva junta cási todos los individuos habian desaparecido, por lo que su formacion de nada aprovechó, sino de sobresaltar á los pueblos, acrecentar la division de los ánimos, é impedir la salida de cuantiosos é importantes efectos.

Sevilla, ciudad vasta y populosa, y en la que brillan segun se explica en su lenguaje sencillo la Crónica de San Fernando, «muchas y grandes noblezas..... las cuales pocas » ciudades hay que las tengan,» habia sido por mandato de la central circunvalada de triples líneas, para cuya guarnicion se requerian 50000 hombres. Invirtiéronse por tanto inútilmente en dicha fortificacion muchos caudales, pues no pudiendo defenderse aquel recinto conforme á las reglas de la milicia, y solo sí acudiendo al patriotismo y brio del vecindario, hubiera debido la central pensar mas bien que en fortalecerla regularmente, en entusiasmar los ánimos y cuidar de su disciplina y buena direccion.

Preparábanse los franceses á acometer á Sevilla, cuando el 31 les enviaron de dentro parlamentarios. Querian estos entre otras varias cosas, que se distinguiese aquella ciudad de las otras en la capitulacion, como una de las principa-

les cabezeras de la monarqíua, y tambien hicieron la notable peticion de que se convocasen Córtes. No accedió el mariscal Victor, como era de presumir, á la última demanda: y en respuesta á las proposiciones que se le presentaron envió una declaracion, segun la cual prometia amparo á los habitantes y á la guarnicion, como tambien no escudriñar los hechos ni opiniones contrarias á José, anteriores á aquel dia: otorgaba ademas otras concesiones y señaladamente la de no imponer contribucion alguna ilegal: artículo que pronto se quebrantó, ó que nunca tuvo cumplimiento.

Accediendo los sevillanos á las condiciones de Victor, entraron los franceses en la ciudad el 1° de febrero á las tres de la tarde. La víspera por la noche habia salido la escasa guarnicion hácia el condado de Niebla á las órdenes del vizconde de Gand, cuyo camino tomaron tambien algunos de los mas respetables individuos de la antigua junta provincial, enemigos del desbarato y excesos de los últimos dias, y establecidos en Ayamonte, se constituyeron luego en autoridad legítima de los partidos libres de la provincia.

En Sevilla cogieron los franceses municiones, fusiles, gran número de cañones de aquella magnífica fábrica, y muchos pertrechos militares. Asímismo otra porcion de preciosidades y valores, particularmente tabacos y azogues, tan necesarios los últimos para el beneficio de las minas de América: botin que debió el enemigo parte á descuido é imprevision de la Junta central, parte, segun apuntamos, á los alborotos y al atropellamiento que en Sevilla hubo.

Preséntase el mariscal Victor delante de Cádiz.

Sojuzgada esta ciudad, se encaminó el 1er cuerpo francés á las órdenes de su jefe el mariscal Victor la vuelta de la Isla gaditana, cuyos alrededores pisó el 5 de febrero. La anterior llegada á aquel punto del duque de Alburquerque

previno los hostiles intentos del enemigo, é impidió todo rebate. Paróse pues Victor á la vista quedando su cuerpo de ejército destinado á formar el bloqueo. Aprestóse en Córdoba la reserva bajo el mando de Dessolles; y el 5° del cargo del mariscal Mortier, despues de dejar una brigada en Sevilla, asomó á Extremadura y dióse mas adelante la mano con el 2°, que desde el Tajo avanzó á las órdenes del general Reynier. En seguida se encaminó Mortier á Badajoz, y habiendo inútilmente intimado la rendicion á la plaza, volvió atrás y estableció en Llerena su cuartel general.

Mortier va á Extremadura.

Baja tambien allí el 2° cuerpo.

Sebastiani por su lado dió á sus operaciones cumplido acabamiento. Tranquilo poseedor de Granada, quiso recorrer la costa, y sobre todo enseñorearse de la rica é importante ciudad de Málaga, con tanto mayor razon cuanto allí se encendia nueva lumbre insurreccional.

Va sobre Málaga Sebastiani.

Era atizador y caudillo un coronel de nombre don Vicente Abello, natural de la Habana, hombre fogoso y arrebatado, mas falto de la capacidad necesaria para tamaño empeño. Siguió su pendon la plebe, tan enemiga allí como en las demas partes de la dominacion extraña. Agregáronse á Abello pocos sugetos de cuenta, asustados con los desórdenes que se levantaron y previendo la imposibilidad de defenderse. Los únicos mas notables que se le juntaron fueron un capuchino llamado fray Fernando Berrocal, y el escribano San Millan con sus hermanos; de ellos los hubo que partieron á Velez-Málaga para sublevar aquella ciudad y su partido. Cometiéronse tropelías, y se empezaron á exigir forzadas y exorbitantes derramas, habiendo embargado y cogido al solo duque de Osuna unos 50,000 duros. Prendieron á los individuos de la junta del casco de la ciudad, y al anciano general don Gregorio de la Cuesta, que vivia allí retirado, pero que al fin pudo embarcarse para Mallorca.

Abello alborota la ciudad.

El general Sebastiani procediendo de Granada por Loja

Entrania los franceses.

á Antequera, adelantóse el 5 de febrero á Málaga. Al atravesar la garganta llamada Boca del Asno dispersó una turba de paisanos que en vano quisieron defender el paso, y se aproximó al recinto de la ciudad. Fuera de ella le aguardaba Abello, tan desacertado en sus operaciones militares, como en las políticas y económicas. Su gente era numerosa, pero allegadiza, y la mitad sin armas. Al primer choque quedó deshecha, y amigos y enemigos entraron confundidos en la ciudad. Empezó el pillaje, mediaron las autoridades antiguas que habia quitado Abello, ofreció Sebastiani suspension de hostilidades, pero no cesaron estas hasta el dia siguiente. Cayeron en poder del general francés intereses públicos y privados, incluso el dinero del duque de Osuna; é impuso ademas á la ciudad una contribucion de 12 millones de reales, de que 5 habian de ser pagados al contado.

Don Vicente Abello logró refugiarse en Cádiz, donde padeció larga prision, de que las Córtes le libertaron. El capuchino Berrrocal y otros, cogidos en Málaga y en Motril, tuvieron menos ventura, pues Sebastiani los mandó ahorcar. Tratamiento sobradamente duro; porque si bien este general nos ha dicho haberse comportado así, siendo los tales frailes y fanáticos, su razon no nos pareció fundada, pues ademas de no estar en aquel caso todos los que padecieron la pena indicada, ¿por qué no seria lícito á los eclesiásticos tomar las armas en una guerra de vida ó muerte para la patria? Castigáraseles en buen hora, si cometieron otros excesos, mas no por oponerse á la conquista del extranjero.

Junta central en la Isla de Leon. Su disolucion.

Al propio tiempo que los franceses se esparcian por las Andalucías, y se enseñoreaban de sus principales ciudades, acontecian importantes mudanzas en la Isla de Leon y en Cádiz. A ambos puntos, como tambien al Puerto de Santa

María, habian llegado antes de acabarse enero muchos vocales de la Junta central, los cuales se reunieron sin tardanza en la citada Isla de Leon. La tormenta que habian corrido, la voz pública, los temores de no ser obedecidos, todo en fin los compelió á hacer dejacion del mando antes de congregarse las Córtes, y á substituir en su lugar otra autoridad. Don Lorenzo Calvo de Rozas formalizó la proposicion de que se nombrase una regencia de 5 individuos que ejerciese la potestad ejecutiva en toda su plenitud, quedando á su lado la central como cuerpo deliberante, hasta que se juntasen las Córtes. La Junta aprobó la primera parte de la proposicion y desechó la última; declarando ademas que sus individuos resignaban el mando, sin querer otra recompensa que la honrosa distincion del ministerio que habian ejercido, y excluyéndose á sí propios de ser nombrados para el nuevo gobierno.

Decide nombrar una regencia.

Tambien se formó un reglamento que sirviese de pauta á la nueva autoridad, á la que se dió el nombre de supremo Consejo de regencia, y se aprobó un decreto, por el que reuniendo todos los acuerdos acerca de la institucion y forma de las Córtes, ya convocadas para el inmediato marzo, se trataba de hacer sabedor al público de tan importantes decisiones.

Reglamento que le da.

En el reglamento, ademas de los artículos de órden interior, habia uno muy notable, y segun el cual la regencia « propondria necesariamente á las Córtes una ley fundamental que protegiese y asegurase la libertad de la imprenta, y que entre tanto se protegeria de hecho esta libertad como uno de los medios mas convenientes, no solo para difundir la ilustracion general, sino tambien para conservar la libertad civil y política de los ciudadanos. » Así la central, tan remisa y meticulosa para acordar en su tiempo concesion de tal entidad, imponia ahora en

su agonía la obligacion de decretarla á la autoridad que iba á ser sucesora suya en el mando. Disponíase igualmente en dicho reglamento que se crease una diputacion compuesta de 8 individuos, celadora de la observancia de aquel y de los derechos nacionales. Ignoramos por qué no se cumplió semejante resolucion, y atribuimos el olvido al azoramiento de la Junta central, y á no ser la nueva regencia aficionada á trabas.

Su último decreto sobre Córtes.

En el decreto tocante á Córtes se insistia en el próximo llamamiento de estas, y se mandaba que inmediatamente se expidiesen las convocatorias á los grandes y á los prelados, adoptándose la importante innovacion de que los tres brazos no se juntasen en tres cámaras á estamentos separados, sino solo en dos, llamado uno *popular* y otro de *dignidades*.

Se ocurria tambien en el decreto al modo de suplir la representacion de las provincias que ocupadas por el enemigo no pudiesen nombrar inmediatamente sus diputados, hasta tanto que desembarazadas estuviesen en el caso de elegirlos por sí directamente. Lo mismo y á causa de su lejanía se previno respecto de las regiones de América y Asia. Habia igualmente en el contexto del precitado decreto otras disposiciones importantes y preparatorias para las Córtes y sus trabajos. La regencia nunca publicó este documento, motivo por el que le insertamos íntegro en el apéndice. * Echóse la culpa de tal omision al traspapelamiento que de él habia hecho un sugeto respetabilísimo, á quien se conceptuaba opuesto á la reunion de las Córtes en dos cámaras. Pero habiendo este justificado plenamente la entrega así de dicho documento como de todos los papeles pertenecientes á la central en manos de los comisionados nombrados para ello por la regencia, apareció claro que la ocultacion provenia, no de quien desaprobaba las

(* Ap. n. 2.)

cámaras ó estamentos, sino de los que aborrecian toda especie de representacion nacional.

Regentes que nombra.

La Junta central, despues haber sancionado en 29 de enero todas las indicadas resoluciones, pasó inmediatamente á nombrar los individuos de la regencia. Cuatro de ellos debian ser españoles europeos, y uno de las provincias ultramarinas. Recayó pues la eleccion en don Pedro de Quevedo y Quintano, obispo de Orense, en don Francisco de Saavedra, consejero de Estado, en el general de tierra don Francisco Javier Castaños, en el de Marina don Antonio Escaño, y en don Estéban Fernandez de Leon. El último por no haber nacido en América, aunque de familia ilustre arraigada en Caracas y por la oposicion que mostró la junta de Cádiz, fué removido cási al mismo tiempo que nombrado, entrando en su lugar don Miguel de Lardizabal y Uribe, natural de Nueva-España. El 12 de febrero era el señalado para la instalacion de la regencia; pero inquieto el público y disgustado con la tardanza, tuvo la central que acelerar aquel acto, y poniendo en posesion á los regentes en la noche del 31 de enero, disolvióse inmediatamente dando en una * proclama cuenta de todo lo sucedido. (* Ap. n. 3.)

Eligen una junta en Cádiz.

Al lado de la nueva autoridad, y presumiendo de igual ó superior, habíase levantado otra, que aunque en realidad subalterna, merece atencion por el influjo que ejerció, particularmente en el ramo de hacienda. Queremos hablar de una junta elegida en Cádiz. Emisarios despachados de Sevilla por los instigadores de los alborotos, y el justo temor de ver aquella plaza entregada sin defensa al enemigo, fueron el principal móvil de su nombramiento. Dióle tambien inmediato impulso un edicto que en virtud de pliegos recibidos de Sevilla publicó el gobernador don Francisco Venegas, considerando disuelta la Junta central y ofreciendo resignar su mando en manos del ayuntamiento, si este qui-

siese confiarle á otro militar mas idóneo. Conducta que algunos tacharon de reprensible y liviana, mas disculpable en arduos tiempos.

El ayuntamiento conservó al general Venegas en su empleo, y atento á una peticion de gran número de vecinos que elevó á su conocimiento el síndico personero don Tomás Isturiz, abolió la junta de defensa que habia y trató de que se pusiese otra nueva mas autorizada. El establecimiento de esta fué popular. Cada vecino cabeza de casa presentó á sus respectivos comisarios de barrio una propuesta cerrada de tres individuos: del conjunto de todas ellas formóse una lista en la que el ayuntamiento escogió 54 vocales electores, quienes á su vez sacaron de entre estos 18 sugetos, número de que se habia de componer la junta, relevándose á la suerte cada cuatro meses la tercera parte. Se instaló la nueva corporacion el 29 de enero con aplauso de los gaditanos, habiendo recaido el nombramiento en personas por lo general muy recomendables.

He aquí pues dos grandes autoridades, la regencia y la junta de Cádiz, indispensadamente creadas, y la otra Junta central abatida y disuelta. Antes de pasar adelante echarémos sobre las tres una rápida ojeada.

Ojeada rápida sobre la central y su administracion.

De la central habrá el lector podido formar cabal juicio, ya por lo que de ella dijimos al tiempo de instalarse, y ya tambien por lo que obró durante su gobernacion. Inclinóse á veces á la mejora en todos los ramos de la administracion; pero los obstáculos que ofrecian los interesados en los abusos, y el titubeo y vaivenes de su propia política nacidos de la varia y mal entendida composicion de aquel cuerpo, estorbaron las mas veces el que se realizasen sus intentos. En la hacienda cási nada innovó ni en el género de contribuciones, ni en el de su recaudacion, ni tampoco en la cuenta y razon. Trató á lo último de exigir una

contribucion extraordinaria directa, que en pocas partes se planteó ni aun momentáneamente. Ofreció sí por medio de un decreto una variacion completa en el ramo, aproximándose al sistema erróneo de un único y solo impuesto directo. Acerca del crédito público tampoco tomó medida alguna fundamental. Es cierto que no gravó la nacion con empréstitos pecuniarios, reembolsándose en general las anticipaciones del comercio de Cádiz ó de particulares con los caudales que venian de América ú otras entradas; mas no por eso se dejó de aumentar la deuda, segun especificarémos en el curso de esta Historia, con los suministros que los pueblos daban á las partidas y á la tropa. Medio ruinoso, pero inevitable en una guerra de invasion y de aquella naturaleza.

En la milicia las reformas de la central fueron ningunas ó muy contadas. Siguió el ejército constituido como lo estaba al tiempo de la insurreccion, y con las cortas mudanzas que hicieron algunas juntas provinciales, debiéndose á ellas el haber quitado en los alistamientos las excepciones y privilegios de ciertas clases, y el haber dado á todos mayor facilidad para los ascensos.

Continuaron los tribunales sin otra alteracion que la de haber reunido en uno todos los Consejos ó sean tribunales supremos. Ni el modo de enjuiciar, ni todo el conjunto de la legislacion civil y criminal padecieron variacion importante y duradera. En la última hubo sin embargo la creacion temporal del tribunal de seguridad pública para los delitos políticos; creacion, conforme en su lugar notamos, mas bien reprensible por las reglas en que estribaba, que por funesta en sus efectos.

En sus relaciones con los extranjeros mantúvose la Junta en los límites de un gobierno nacional é independiente: y si alguna vez mereció censura, antes fué por haber querido

sostener sobradamente y con lenguaje acerbo su dignidad, que por su blandura y condescendencias. Quejáronse de ello algunos gobiernos. Pocos meses antes de disolverse declaró la guerra á Dinamarca, motivada por guardar aquel gobierno como prisioneros á los españoles que no habian podido embarcarse con Romana; guerra en el nombre, nula en la realidad.

Sobresalió la central en el modo noble y firme con que respondió é hizo rostro á las propuestas é insinuaciones de los invasores, sustentando los intereses é independencia de la patria, sin desesperanzar nunca de la causa que defendia. Por ello la celebrará justamente la posteridad imparcial.

Lo que la perjudicó en gran manera fueron sus desgracias, mayormente verificándose su desistimiento á la sazon que aquellas de todos lados acrecian: y los pueblos rara vez perdonan á los gobiernos desdichados. Si hubiera la Junta concluido su magistratura en agosto despues de la jornada de Talavera, é instalado al mismo tiempo las Córtes, sus enemigos hubieran enmudecido, ó por lo menos faltáranles muchos pretextos que alegaron para vituperar sus procedimientos, y obscurecer su memoria. Acabó pues cuando todo se habia conjurado contra la causa de la nacion, y á la central echósele exclusivamente la culpa de tamaños males.

Padecimientos y persecucion de sus individuos.

Irritados los ánimos, aprovecháronse de la coyuntura los adversarios de la Junta, y no solo desacreditaron á esta aun mas de lo que por algunos de sus actos merecia, sino que obligándola á disolverse con anticipacion y atropelladamente, expusieron la nave del estado á que pereciese en desastrado naufragio, deleitándose ademas en perseguir á los individuos de aquel gobierno, desautorizados ya y desvalidos.

Padecieron mas que los otros el conde de Tilly y don Lorenzo Calvo de Rozas. Mandó prender al primero el general Castaños, y aun obtuvo la aprobacion de la central,

si bien cuando ya esta se hallaba en la Isla y á punto de fenecer. Achacábase al conde haber concebido en Sevilla el plan de trasladarse á América con una division si los franceses invadian las Andalucías, y se susurró que estaba con él de acuerdo el duque de Alburquerque. Dieron indicio de los tratos mal encubiertos que andaban entre ambos, su mutua y epistolar correspondencia, y ciertos viajes del duque ó de emisarios suyos á Sevilla. De la causa que se formó á Tilly parece que resultaban fundadas sospechas. Este, enfermo y oprimido, murió algunos meses despues en su prision del castillo de Santa Catalina de Cádiz. Como quier que fuera hombre muy desopinado, reprobaron muchos el mal trato que se le dió, y atribuyéronlo á enemistad del general Castaños. La prision de don Lorenzo Calvo de Rozas, exclusivamente decretada por la Regencia, tachóse con razon de mas infundada é injusta, pues con pretexto de que Calvo diese cuentas de ciertas sumas, empezaron por vilipendiarle encarcelándole como á hombre manchado de los mayores crímenes. Hasta la reunion de las Córtes no consiguió que se le soltara.

Escandalizáronse igualmente los imparciales y advertidos de la órden que se comunicó á todos los centrales, segun la cual permitiéndoles « trasladarse á sus provincias, excep- » to á América, se les dejaba á la disposicion del gobierno » bajo la vigilancia y cargo especial de los capitanes gene- » rales, cuidando que no se reuniesen muchos en una pro- » vincia. » No contentos con esto los perseguidores de la Junta, lanzaron en la liza á un hombre ruin y obscuro, á fin de que apoyase con su delacion la calumnia esparcida de que los ex-centrales se iban cargados de oro. Con tan débil fundamento mandáronse pues registrar los equipajes de los que estaban para partir á bordo de la fragata Cornelia, y respetables y purísimos ciudadanos viéronse expues-

tos á tamaño ultraje en presencia de la chusma marinera. Resplandeció su inocencia á la vista de los asistentes y hasta de los mismos delatores, no encontrándose en sus cofres sino escaso peculio, y en todo corta y pobre fortuna.

Ayudó á medida tan arbitraria é injusta el celo mal entendido de la junta de Cádiz, arrastrada por encarnizados enemigos de la central, y por los clamores de la bozal muchedumbre. La Regencia accedió á lo que de ella se pedia, mas procuró antes escudarse con el dictámen del Consejo. Este, en la consulta que al efecto extendió, repetia su antigua y culpable cantinela, de que la autoridad ejercida por los centrales « habia sido una violenta y forzada usurpa- » cion tolerada mas bien que consentida por la nacion..... » con poderes de quienes no tenian derecho para dárselos.» Despues de estas y otras expresiones parecidas, el Consejo mostrando perplejidad acababa sin embargo por decir, que de igual modo que la Regencia habia encontrado méritos para la detencion y formacion de causa respecto de don Lorenzo Calvo de Rozas y del conde de Tilly, que se hiciese otro tanto con cuantos vocales resultasen « por el mismo es- » tilo descubiertos, » y que así á unos como á otros « se les » substanciasen brevísimamente sus causas y se les tratase » con el mayor rigor. » Modo indeterminado y bárbaro de proceder, pues ni se sabia qué significado daba el Consejo á la palabra *descubiertos*, ni qué entendia tampoco por tratar á los centrales con el mayor rigor, admirando que magistrados depositarios de las leyes aconsejasen al gobierno, no que se atuviera á ellas, sino que resolviese á su sabor y arbitrariamente. Dolencia grande la nuestra obrar por pasion ó aficiones, mas bien que conforme á la letra y tenor de la legislacion vigente: así ha andado cási siempre de través la fortuna de España.

Nos hemos detenido en referir la persecucion de los miem-

bros de la Junta suprema, no solo por ser suceso importante recayendo en personas que gobernaron la nacion durante catorce meses, sino tambien con objeto de señalar el mal ánimo de los enemigos de reformas y novedades. Porque el enojo contra la central nacia, no tanto de ciertos actos que pudieran mirarse como censurables, cuanto de la inclinacion que mostró aquel cuerpo á mudanzas en favor de la libertad. En esta persecucion como despues en la de otros muchos afectos á tan noble causa, partió el golpe de la misma ó parecida mano, procurando siempre tapar el dañino y verdadero intento con feas y vulgares acusaciones.

Hubiárase á lo sumo podido tomar cuenta á la Junta de su gobernacion; pero no atropellando á sus individuos. La Regencia mas que todos estaba interesada en que los respetasen, y en defender contra el Consejo el orígen legítimo de su autoridad, pues atacada esta lo era tambien la de la misma Regencia, emanacion suya. Ademas los gobiernos estan obligados aun por su propio interes á sostener el decoro y dignidad de los que les han precedido en el mando, si no el ajamiento de los unos tiene despues para los otros dejos amargos.

Idea de la Regencia y de sus individuos.

Hablemos ya de la Regencia y de los individuos que la componian. No llegó hasta fines de mayo á Cádiz el obispo de Orense, residente en su diócesi. Austero en sus costumbres y célebre por su noble y enérgica contestacion cuando le convidaron á ir á Bayona, no correspondió en el desempeño de su nuevo cargo á lo que de él se esperaba, por querer ajustar á las estrechas reglas del episcopado el gobierno político de una nacion. Presumia de entendido, y aun ambicionaba la direccion de todos los negocios, siendo con frecuencia juguete de hipócritas y enredadores. Confundia la firmeza con la terquedad y difícilmente se le desviaba de la senda derecha ó torcida que una vez habia tomado.

Don Francisco Javier Castaños antes de la llegada del obispo, y aun despues, tuvo gran mano en el despacho de los asuntos públicos. Pintámosle ya cual era como general. Antiguas amistades tenian gran cabida en su pecho. Como estadista solia burlarse de todo, y quizá se figuraba que la astucia y cierta maña bastaban aun en las crísis políticas para gobernar á los hombres. Oponíase á veces á sus miras la obstinacion del obispo de Orense; pero retirándose este á cumplir con sus ejercicios religiosos, daba vagar á que Castaños pusiese en el intermedio al despacho los expedientes ó asuntos que favorecia. En el libro tercero tuvimos ocasion de delinear el carácter y prendas de don Francisco de Saavedra, hombre dignísimo, mas de corto influjo como regente, debilitada su cabeza con la edad, los achaques y las desgracias. Atendia exclusivamente á su ramo, que era el de marina, don Antonio Escaño, inteligente y práctico en esta materia y de buena índole. Excusado es hablar de don Esteban Fernandez de Leon, regente solo horas, no así de su substituto don Miguel de Lardizabal y Uribe, travieso y aficionado á las letras, de cuerpo contrahecho, imágen de su alma retorcida y con fruicion de venganzas. Castaños tenia que mancomunarse con él, mas cediendo á menudo á la superioridad de conocimientos de su compañero.

Compuesta así la Regencia, permaneció fiel y muy adicta á la causa de la independencia nacional; pero se ladeó y muy mucho al órden antiguo. Por tanto los consejeros, los empleados de palacio, los que echaban de menos los usos de la corte y temian las reformas, ensalzaron á la Regencia, y asiéronse de ella hasta querer restablecer ceremoniales añejos y costumbres impropias de los tiempos que corrian.

El Consejo especialmente trató de aprovecharse de tan

dichoso momento para recobrar todo su poder. Nada al efecto le pareció mas conveniente que tiznar con su reprobacion todo lo que se habia hecho durante el gobierno de las juntas de provincia y de la central. Así se apresuró á manifestarlo el 2 de febrero en su felicitacion á la Regencia, afirmando que las desgracias habian dependido de la propagacion de «principios subversivos, intolerantes, tumultuarios y lisonjeros al inocente pueblo,» y recomendando que se venerasan «las antiguas leyes, loables usos y costumbres santas de la monarquía,» instaba porque se armase de vigor la Regencia contra los innovadores. Apoyada pues esta en tales indicaciones, y llevada de su propia inclinacion, olvidó la inmediata reunion de Córtes á que se habia comprometido al instalarse. Felicitacion del Consejo reunido.

La junta de Cádiz, émula de la Regencia, y si cabe con mayor autoridad, estaba formada de vecinos honrados, buenos patriotas, y no escasos de luces. Apegada quizá demasiadamente á los intereses de sus poderdantes, escuchaba á veces hasta sus mismas preocupaciones, y no faltó quien imputase á ciertos de sus vocales el sacar provecho de su cargo, traficando con culpable granjería. Pudo quizá en ello haber alguno que otro desliz; pero la verdad es que los mas de los individuos de la junta portáronse honoríficamente, y los hubo que sacrificaron cuantiosas sumas en favor de la buena causa. El querer sujetar á regla á los dependientes de la hacienda militar, á los jefes y oficiales de los mismos cuerpos y á todos los empleados, clase en general estragada, acarreó á la junta sinsabores y enconadas enemistades. La entrada é inversion de caudales sin embargo se publicó y pareció muy exacta su cuenta y razon, cuidando con particularidad de este ramo don Pedro Aguirre, hombre de probidad, imparcial é ilustrado. Idea de la junta de Cádiz.

Ahora que hemos ya echado la vista sobre la pasada go-

Providencias para la defensa y buena administracion de la Regencia y la junta.

bernacion de la central, y dado idea del comienzo y composicion de la Regencia y junta de Cádiz, será bien que entremos en la relacion de las principales providencias que estas dos autoridades tomaron en union ó separadamente. Empezaron pues por las que aseguraban la defensa de la Isla gaditana.

Breve descripcion de la Isla gaditana.

La naturaleza y el arte han hecho cási inexpugnable este punto: en el se comprenden la Isla de Leon y la ciudad, propiamente dicha, de Cádiz. Distan entre sí ambas poblaciones, juntándose por medio de un extendido istmo, dos leguas. Tres tiene de largo toda la Isla gaditana, y de ancho una y cuarto en la parte mas espaciosa. La separa del continente el brazo de mar que llaman Rio de Santi Petri, profundo, y el cual se cruza por el puente de Suazo, así apellidado del doctor Juan Sanchez de Suazo, que le rehabilitó á principios del siglo XV. El arsenal de la Carraca, situado en una isleta contigua á la misma Isla de Leon, y formada por el mencionado Rio de Santi Petri y el Caño de las Culebras, quedó tambien por los españoles. El vecindario de Cádiz, en el dia bastante disminuido, no pasa de 60000 habitantes, y el de la Isla, que esta en igual caso, de unos 18000. La principal defensa natural de la última son sus saladares, que empezando á poca distancia de Puerto-Real, se dilatan por espacio de legua y media hasta al rio Zurraque, enlazados entre sí é interrumpidos por caños é impracticables esguazos de suelo inconstante y mudable. Al sur hay otras salinas llamadas de San Fernando, rodeando á toda la Isla por las demas partes ó el Océano, ó las aguas de la bahía. En medio de los saladares y caños que hay delante del Rio de Santi Petri, se levanta un arrecife largo y estrecho que conduce al puente de Suazo. En su calzada se practicaron muchas cortaduras, y se levantaron baterías que hacian inexpugnable el paso. Al llegar Albur-

querque estaban muy atrasados los trabajos; pero este general y sus sucesores los activaron extraordinariamente. Fortificóse en consecuencia con una línea triple de baterías el frente de ataque del Rio de Santi Petri, avanzando otras en las mismas ciénagas ó lagunajos, y cuidando muy particularmente de poner á cubierto el arsenal de la Carraca y la derecha de la línea, parte la mas endeble.

Aun ganada la Isla de Leon, no pocas dificultades hubieran estorbado al enemigo entrar en Cádiz. Ademas de varias baterías apostadas en la lengua de tierra que sirve de comunicacion á ambas poblaciones, construyóse en lo mas estrecho de aquella y bañada por los dos mares una cortadura, en que trabajaron con entusiasmo todos los habitantes, erizada de cañones y de admirable fortaleza, quedando despues por vencer las obras del recinto de Cádiz, ejecutadas segun las reglas modernas del arte, y que solo presentan un frente de ataque. Para guarnecer punto tan extenso como el de la Isla gaditana y tan lleno de defensas, necesitábase gran número de tropas de tierra y no poca fuerza de mar. El ejército de Alburquerque, aumentado cada dia con los oficiales y soldados dispersos que de las costas aportaban á Cádiz, llegó á contar á últimos de marzo de 14 á 15000 hombres. Tambien los ingleses enviaron una division compuesta de soldados suyos y portugueses. Pidió aquel socorro á lord Wellington la junta de Cádiz por medio del cónsul británico lord Burghest, que al efecto partió á Lisboa antes que se supiese la venida á la Isla del duque de Alburquerque. Llegó á ascender en marzo esta fuerza auxiliar á unos 5000 hombres, reemplazando en el mismo mes en el mando de ella á su primer jefe Stewart el general sir Tomás Graham. La guardia de la plaza de Cádiz se hacia en parte por la milicia urbana y por los voluntarios, cuyos batallones de vistoso aspecto los formaban los vecinos hon-

Fuerzas que la guarnecen.

Españolas.

Inglesas.

rados y respetables de la ciudad, constando su número de unos 8000 hombres inclusos los que se levantaron extramuros y en la Isla de Leon, servicio que, si bien penoso, era desempeñado con celo y patriotismo, y que descargaba de muchas faenas á las tropas regladas.

Fuerza marítima. Recio temporal en Cádiz.

Siendo esencial la marina para la defensa de posicion tan costanera, fondeaban en bahía una escuadra británica á las órdenes del almirante Purvis, y otra española á las de don Ignacio de Álava. Padecieron ambas gran quebranto en un recio temporal acaecido en el 6 de marzo y dias siguientes: de la inglesa se perdió el navío portugués María, y de la nuestra perecieron otros 3 de línea, una fragata y una corbeta de guerra con otros muchos mercantes. Los franceses se portaron en aquel caso inhumanamente, pues en vez de ayudar á los desgraciados que arrastraba á la costa la impetuosidad del viento, hiciéronles fuego con bala roja. Varados los buques en la playa, ardieron cási todos ellos. No cesando por eso los preparativos de la defensa, se armaron asímismo fuerzas sutiles mandadas por don Cayetano Valdés, que vimos herido allá en Espinosa. Eran estas de grande utilidad, pues arrimándose á tierra é internándose á marea alta por los caños de las salinas, flanqueaban al enemigo y le incomodaban sin cesar.

Cuando se supo que los franceses avanzaban, comenzóse, aunque tarde, á destruir y desmantelar todas las baterías y castillos que guarnecian la costa desde Rota, y se extendian bahía adentro por Santa Catalina, Puerto de Santa María, Rio de San Pedro, Caño del Trocadero y Puerto-Real, pues Cádiz estaba mas bien preparado para resistir las embestidas de mar que las de tierra, siendo dificultoso vaticinar que tropas francesas, descolgándose del Pirineo y atravesando el suelo español, se dilatarian hasta las playas gaditanas.

Confiados los franceses en esto, en el descuido natural de los españoles, y en el desánimo que produjo la invasion de las Andalucías, miraban á Cádiz como suyo, y en ese concepto intimaron la rendicion á la ciudad y al ejército mandado por el duque de Alburquerque. Para el primer paso se valieron de ciertos españoles parciales suyos que creian gozar de opinion é influjo dentro de la plaza, los cuales el 6 de febrero hicieron desde el Puerto de Santa María la indicada intimacion. La junta superior contestó á ella con la misma fecha sencilla y dignamente, diciendo: «La ciudad de Cádiz, fiel á los principios que ha jurado, » no reconoce otro rey que al señor don Fernando VII.» Aunque mas extensa, igualmente fué vigorosa y noble la respuesta que dió sobre el mismo asunto al mariscal Soult el duque de Alburquerque. De consiguiente por ambos lados se trabajó desde entonces con grande ahinco en las obras militares: los franceses para abrigarse contra nuestros ataques y molestarnos con sus fuegos; nosotros para acabar de poner la Isla gaditana en un estado inexpugnable. Así pues corrió el mes de febrero sin choque ni suceso alguno notable.

Intiman los franceses la rendicion.

Tales y tan extensos medios de defensa pedian por parte de los españoles recursos pecuniarios, y método y órden en su recaudacion y distribucion. La Regencia solo podia contar con las entradas del distrito de Cádiz y con los caudales de América. Difícil era tener aquellas si la junta no se prestaba á ello, y aun mas difícil aumentar sin su apoyo las contribuciones, no disfrutando el Gobierno supremo dentro de la ciudad de la misma confianza que los individuos de aquella corporacion, naturales del suelo gaditano ó avecindados en él hacia muchos años.

La junta de Cádiz encargada del ramo de hacienda.

Obvias reflexiones que sobre este asunto ocurrieron y el triste estado del erario promovieron la resolucion de en-

cargar á la junta superior de Cádiz la direccion del ramo de hacienda. Desaprobaron muchos, particularmente los rentistas, semejante determinacion, y sin duda á primera vista parecia extraño que el Gobierno supremo se pusiera, por decirlo así, bajo la tutoría de una autoridad subalterna. Pero siendo la medida transitoria, deplorable la situacion de la hacienda y arraigados sus vicios, los bienes que resultaron aventajáronse á los males, habiendo en los pagamentos mayor regularidad y justicia. Quizá la junta mostróse á veces algun tanto mezquina, midiendo el órden del estado por la encogida escala de un escritorio; mas el otro extremo de que adolecia la administracion pública perjudicaba con muchas creces al interes bien entendido de la nacion. Adoptóse en seguida para la buena conformidad y mejor inteligencia un reglamento, que mereció en 31 * de marzo la aprobacion de la Regencia.

(* Ap. n. 4.)

Sus altercados con Alburquerque.

Ya antes, si bien no con tanta solemnidad, estaba encargada del ramo de hacienda, habiéndose suscitado entre ella y varios jefes militares, principalmente el duque de Alburquerque, desazones y agrios altercados. Escuchó tal vez el último demasiadamente las quejas de los subalternos avezados al desórden, y la junta no atendió del todo en sus contestaciones al miramiento y respectos que se debian al duque. Esto y otros disgustos fueron parte para que dicho jefe dejase el mando del ejército de la Isla al acabar marzo, nombrándole la Regencia embajador de Lóndres. En aquella capital escribió mas adelante un manifiesto muy descomedido contra la junta de Cádiz, la cual, aunque en defensa propia, replicó de un modo atrabilioso y descompuesto: contestacion que causó en el pundonoroso carácter del duque tal impresion, que á pocos dias perdió la razon y la vida; fin no debido á sus buenos servicios y patriotismo.

Deja este el mando del ejército y pasa á Lóndres.

Entre no pocos afanes y obstáculos la junta de Cádiz

continuó con celo en el desempeño de su encargo. Impuso una contribucion de 5 por 100 de exportacion á todos los géneros y mercaderías que saliesen de Cádiz, y un 20 por 100 á los propietarios de casas, gravando ademas en 10 á los inquilinos. Con estos y otros arbitrios, y sobre todo con las remesas de América y buena inversion, no solo se aseguraron los pagos en Cádiz y la Isla, y se cubrieron todas las atenciones, sino que tambien se enviaron socorros á las provincias. Impone la junta nuevas contribuciones.

Afianzada así la defensa de aquellos dos puntos tan importantes, convirtiéronse sus playas en baluarte incontrastable de la libertad española.

José habia en todo este tiempo recorrido las ciudades y pueblos principales de las Andalucías, recreándose tanto en su estancia, que la prolongó hasta entrado mayo. Cuidaba Soult del mando supremo del ejército, que apellidaron del mediodia, el cual constaba de las fuerzas ya indicadas al hablar del paso de Sierramorena. Acogieron los andaluces á José mejor que los moradores de las demas partes del reino, y festejáronle bastantemente, por cuyo buen recibimiento premió á muchos con destinos y condecoraciones, y expidió varios decretos en favor de la enseñanza y de la prosperidad de aquellos pueblos. Nombró para establecer su gobierno y administracion en las provincias recien conquistadas comisarios regios, cuyas facultades á cada paso eran restringidas por el predominio y arrogancia de los generales franceses. Manifestó José en Sevilla su intencion de convocar Córtes en todo aquel año de 1810, para lo que en decreto de 18 de abril dispuso que se tomase conocimiento exacto de la poblacion de España. Por el mismo tiempo trató igualmente de arreglar el gobierno interior de los pueblos, y distribuyó el reino en treinta y ocho prefecturas, las cuales se dividian á su vez en subprefecturas y municipali- José en Andalucía. Modo con que le reciben. Sus providencias.

dades, remedando ó mas bien copiando en esto y en lo demas del decreto, publicado al efecto, la administracion departamental de Francia. Providencia que, habiendo tomado arraigo, hubiera podido mejorar la suerte de los pueblos; pero que en algunos no se estableció, desapareciendo en los mas lo benéfico de la medida con los continuos desmanes de las tropas extranjeras. La milicia cívica, ya decretada por José en julio de 1809, y en la que se negaban por lo general á entrar los habitantes de otras partes, disgustó menos en Andalucía, donde hubo ciudades que se prestaron sin repugnancia á aquel servicio.

Por ello y por el modo con que en aquellos reinos habia sido recibido el intruso, motejaron acerbamente á sus habitadores los de las otras provincias de España, tachando á aquellos naturales de hombres escasos de patriotismo y de condicion blanda y acomodaticia. Censura infundada, porque las Andalucías, singularmente el reino de Granada, no solo habian hecho grandes sacrificios en favor de la causa comun, sino que igualmente al tiempo de la invasion estuvieron muy dispuestos á repelerla. Foltóles buena guia estando abatidas, y siendo de menguado ánimo sus propias autoridades. Cierto es que en estas provincias era mayor que en otras el número de indiferentes y de los que anhelaban por sosiego, lo cual en gran parte pendia de que atacado tarde aquel suelo considerábase á España como perdida, y tambien de que habiendo los habitantes sido de cerca testigos de los errores y aun injusticias de los gobiernos nacionales, ignoraban los perjuicios y destrozos de la irrupcion y conquista extranjera, males que no habian por lo general experimentado como lo demas del reino. Desengañados pronto empezaron á rebullir, y las montañas de Ronda y otras comarcas mostraron no menos brios contra los invasores, que las riberas del Llobregat y del Miño.

Las delicias y el temple de Andalucía, que recordaban á José su mansion en Nápoles, hubieran tal vez diferido su vuelta á Madrid, si ciertas resoluciones del gabinete de Francia no le hubiesen impelido á regresar á la capital, en donde entró el 13 de mayo: resoluciones importantes, y en cuyo exámen nos ocuparémos luego que hayamos contado los movimientos que hicieron los franceses en otras provincias de España, algunos de los cuales concurrieron con los de las Andalucías. Vuelve á Madrid.

Tales fueron los que ejecutaron sobre Asturias y Valencia, juntamente con el sitio de Astorga. Tomó el primero á su cargo el general Bonnet. Manteníase aquel principado como desguarnecido, despues que al mando de don Francisco Ballesteros se alejó de sus montañas la flor de sus tropas. Quedaban 4000 soldados escasos en la parte oriental hácia Colombres, y 2000 de reserva en las cercanías de Oviedo; sin contar con unos 1000 hombres de don Juan Diaz Porlier, quien antes de esta invasion de Asturias, abriendo portillo por medio de los enemigos, recorrió el país llano de Castilla, tocó en la Rioja, y divirtiendo grandemente la atencion de los franceses, tornó en seguida á buscar abrigo en las asperezas de donde se habia descolgado. Linaje de empresas que perturbaban al enemigo, y diferian por lo menos si no trastrocaban sus premeditados planes. Nueva invasion de Asturias.

Continuaban mandando en el principado el general don Antonio Arce y la junta nombrada por Romana; permaneciendo al frente de la línea de Colombres don Nicolás de Llano-Ponte. Este, no mas afortunado ahora que lo habia sido en la campaña de Vizcaya, cejó sin gran resistencia cuando en 25 de enero le atacaron 6000 franceses á las órdenes del general Bonnet. Los españoles, en verdad inferiores en número, solo hubieran podido sacar ventaja de algunos sitios favorables por su naturaleza. Forzaron los enemigos Llano-Ponte.

el puente de Puron, en donde nuestra artillería bien servida les causó estrago. Llano-Ponte replegóse precipitadamente hácia el Infiesto, y el general Arce con las demas autoridades evacuaron á Oviedo, haciendo alto por de pronto en las orillas del Nalon.

Porlier. Alteró algun tanto el gozo de los invasores la intrepidez de don Juan Diaz Porlier, quien noticioso de la irrupcion francesa en Asturias, metióse en lo interior del principado viniendo de las faldas meridionales de sus montañas, en donde estaba apostado. Atacó por la espalda las partidas sueltas de los enemigos, cogió á estos bastantes prisioneros, y caminando la vuelta de la costa por Jijon y Avilés, se situó descansadamente en Pravia á la izquierda de las tropas y dispersos que se habian retirado con el general Arce. Imitaron á Porlier don Federico Castañon y otros partidarios, que se colocaron en el camino real de Leon, por cuyo paraje con sus frecuentes acometidas molestaban á los contrarios.

Entra Bonnet en Oviedo. El general Bonnet ocupó á Oviedo el 30 de enero, de cuya ciudad, como en la primera invasion, habian salido las familias mas principales. En esta entrada se portó aquel general con sobrada dureza, habiendo ejecutado algunos actos inhumanos: amansóse despues y gobernó con bastante justicia, en cuanto cabe, al menos en un conquistador hostigado incesantemente por una poblacion enemiga.

Evacua la ciudad. A pocos dias de estar en Oviedo, temeroso Bonnet de los movimientos de Porlier y demas partidarios, desamparó la ciudad y se reconcentró en la Pola de Siero. Confiados demasiadamente los jefes españoles con tan repentina retirada, avanzaron de sus puestos del Nalon, se posesionaron de Oviedo, y apostaron en el puente de Colloto la vanguardia mandada por don Pedro Bárcena. Los franceses, que no deseaban sino ver reunidos á los nuestros para acabar

Ocúpala de nuevo.

con ellos mas fácilmente por la superioridad que les daba en ordenada batalla su práctica y disciplina; revolvieron el 14 de febrero sobre las tropas españolas, y atropellándolo todo recuperaron á Oviedo y asomaron el 15 á Peñaflor, en cuyo puente los detuvieron algunos paisanos mandados animosamente por el oficial de estado mayor don José Castellar, que ya se señaló allá en San Payo, y ahora quedó aquí herido.

Castellar, y defensa del puente de Peñaflor.

Don Pedro Bárcena volviendo tambien á reunir su gente, á la que se agregaron otros dispersos, rechazó á los franceses en Puentes de Soto, y se sostuvo allí algun tiempo. Pero al fin amenazándole continuamente enemigos numerosos, juzgó prudente recogerse á la línea del Narcea, quedando solo sobre la izquierda en Pravia, orillas del Nalon, don Juan Diaz Porlier. Encomendóse entonces el mando del ejército de operaciones al mencionado Bárcena, hombre sereno y de gran bizarría. Ayudaba en todo con sus consejos y ejemplo el coronel don Juan Moscoso, jefe de estado mayor, que en el arte de la guerra era entendido y aun sabio.

Bárcena.

Retíranse los españoles al Narcea.

Don Juan Moscoso.

El general Arce amilanado á la vista de los peligros de una invasion que le cogia desprevenido, resolvióse á dejar el mando de la provincia; mas antes con intento de poder alegar que estaba concluida la comision que le habia llevado allí, determinó restablecer la junta constitucional que Romana á su antojo habia destruido, y para ello ordenó que los concejos nombrasen, segun lo hicieron, diputados que concurriesen á formar la citada corporacion; desmoronándose de este modo la obra levantada por Romana, obra de desconcierlo y arbitrariedad.

El general Arce.

Como quiera que fuese loable la medida de Arce, miróse esta como nacida de las circunstancias, mas bien que del buen deseo de deshacer una injusticia y de granjearse las

Conducta escandalosa de Arce y del consejero Leiva.

voluntades de los asturianos. Dió fuerza á la opinion que acerca de su partida enunciamos, el que dicho general y su compañero de comision el consejero Leiva se llevaron consigo, so color de sueldos atrasados, 16,000 duros. Paso que debe severamente condenarse en un tiempo en que el hacendado y hasta el hombre del campo se privaban de de sus haberes por alimentar al soldado, á veces en apuros. y en extrema desdicha.

Nueva instalacion de la junta general del principado.

La nueva junta se instaló en Luarca el 4 de marzo, y no desmayando con la ausencia de don Antonio Arce, nombró en su lugar á don José Cienfuegos, general de la provincia é hijo suyo; formando al mismo tiempo un consejo de guerra, con cuyo acuerdo se dirigiesen las operaciones militares.

Auxilio de Galicia.

De Galicia llegó luego en auxilio de Asturias una corta division de 2000 hombres, con lo que alentados los jefes determinaron atacar el 19 de marzo á las tropas francesas. Hízose así acometiendo el grueso de nuestra fuerza del lado del puente de Peñaflor al mismo tiempo que se llamaba por la derecha la atencion del enemigo, y que Porlier por la izquierda, embarcándose en la costa, caia sobre las espaldas á la orilla opuesta del Nalon. Ejecutada con ventura la maniobra, evacuó Bonnet á Oviedo y no paró hasta Cangas de Onis; así para reforzarse, como tambien para ir en busca de acopios y pertrechos de guerra, que solo muy escoltados podian llegar á su ejército.

Desampara Bonnet á Oviedo.

Se enseñorea por tercera vez de la ciudad.

Con mayor circunspeccion que en la ocasion anterior se adelantaron esta vez los nuestros, sacando ademas de Oviedo todos los útiles de la fábrica de armas. Precaucion tanto mas oportuna, cuanto Bonnet engrosado y de refresco tornó en breve y obligó á los nuestros á retirarse, enseñoreándose por tercera vez de la capital el 29 del mismo marzo. Los españoles se recogieron entonces á su antigua línea del

Nalon, poniendo su derecha en el Padrunc, camino real de Leon, y su izquierda en Pravia.

Ni aun allí los dejaron quietos por largo tiempo los franceses, teniendo que refugiarse despues de varios y reñidos choques las tropas de Asturias y Porlier á Tineo y Somiedo, y la division gallega al Navia. Prosiguieron durante abril los reencuentros, sin que les fuese dable á los enemigos dominar del todo el principado.

Estado de Galicia.

La ocupacion de este no se hubiera prolongado á haber puesto la junta del reino de Galicia mayor esmero en cooperar á que se evacuase. Dicha autoridad se hallaba instalada desde el mes de enero, y si bien contaba entre sus individuos hombres de conocido celo é ilustracion, no desplegó sin embargo la conveniente energía, desaprovechando los muchos recursos que ofrecia provincia tan populosa. Así ni aumentó en estos meses considerablemente su ejército, ni tampoco se atrevió al principio á poner debido coto á los atrevimientos y oposicion de la junta subalterna de Betanzos, harto desmandada.

Alboroto del Ferrol.

Con las reyertas que de aquí y de otras partes nacian, no solo se descuidaban los asuntos de la guerra, únicos entonces de urgencia, sino que se dió márgen á que en el mes de febrero gente aviesa suscitase en el Ferrol un alboroto.

Muerte de Vargas.

Fué en él víctima del furor popular el comandante de arsenales don José María de Vargas, sirviendo de pretexto para el motin los atrasos que se debian á la maestranza. Restablecido el sosiego formóse causa á algunas personas, y castigóse con el último suplicio á una mujer del pueblo, que se probó haber sido la que primero acometió é hirió al desgraciado Vargas.

La junta de Galicia disculpándose ademas, para no ayudar á Asturias, con los temores de que los franceses invadiesen su propio suelo por el lado de Astorga, cuya ciudad

amenazaban y sitiaron luego, desatendiendo las reclamaciones de aquella provincia, ni convino tampoco en adoptar la proposicion que su junta le hizo de nombrar de acuerdo ambas corporaciones un mismo jefe militar; puesto que la Regencia á causa de la distancia no podia con prontitud acudir al remedio de los males que causaba la division.

Mahy general de las tropas de aquel reino.

Solo el general Mahy, á quien se habia confiado el mando superior de las tropas de Galicia, procuró por sí y en cuanto pudo auxiliar al principado. Mas el asedio de Astorga, y tener que cubrir el Vierzo, obligábanle á permanecer en Lugo y Villafranca con las principales fuerzas de su ejército que eran poco considerables.

Sitio de Astorga.

No le incomodaron sin embargo tanto como temiera los franceses, cuya mira se enderezaba á Portugal; habiéndolos tambien detenido la defensa de Astorga, mas porfiada de lo que permitia la flaqueza de sus fortificaciones. Ciudad aquella antigua, nunca fué plaza en los tiempos modernos, cercándola un muro viejo flanqueado de medios torreones. Tres arrabales facilitaban su acceso careciendo de foso, estacada y de toda otra obra exterior. La poblacion antes de 600 vecinos, ahora menguada con sus muchos padecimientos. En el intermedio que corrió desde el anterior ataque del pasado octubre hasta el de esta primavera del año de 1810, se trató de mejorar el estado de sus defensas, fortaleciendo principalmente el arrabal de Reitibia con fosos, estacadas, cortaduras y pozos de lobo. Se formaron cuadrillas de paisanos, y la guarnicion ascendia á unos 2800 hombres. Continuaba siendo gobernador don José María de Santocildes.

En febrero estaban los franceses alojados en las riberas del Orbigo hácia donde los nuestros, para aumentar el repuesto de sus víveres, extendian las correrías. El 11 del mes el general Loison con 9000 hombres y 6 piezas de campaña

se presentó delante de la ciudad, haciendo el 16 intimacion de rendirse. Contestó á ella negativamente Santocildes, y entonces el general francés se alejó de la plaza, sin que por eso cesasen sus guerrillas de tirotearse diariamente con las nuestras. Así se prosiguió, hasta que el 21 de marzo pensaron los franceses en formalizar el sitio.

Habíase arrimado hácia aquella parte el general Junot, duque de Abrantes, encargado del mando del 8º cuerpo, vuelto á formar de nuevo, y uno de los que habian de componer el ejército que Napoleon destinaba contra los ingleses de Portugal. Habiéndose Santocildes opuesto á recibir un pliego que Junot le expidiera, comenzó desde luego este los trabajos del sitio. Impidieron sus progresos los cercados, y aun el 26 rechazaron una tentativa de los sitiadores sobre el arrabal de Reitibia. Escaseaban los españoles de cañones, y los que habia solo eran de menor calibre; carecíase tambien de municiones; abundaba sí el entusiasmo de la tropa y del paisanaje. Por ambos lados se escaramuzaba sin cesar, manteniendo los sitiados la esperanza de ser socorridos por el general Mahy, que permanecia en el Vierzo, cuyas avenidas observaban atentamente los franceses, trabándose á veces pelea entre unos y otros.

Mientras tanto concluida el 19 de abril la batería de brecha, rompieron los enemigos el fuego en el siguiente dia con piezas de grueso calibre, y se dirigieron contra la puerta de Hierro, por donde aportillaron el muro. Con las granadas se incendió la catedral, quemándose parte de ella y varias casas contiguas. El vecindario y la guarnicion se defendian con serenidad y denuedo. Practicable á poco tiempo la brecha, aunque Junot intimó por segunda vez la rendicion, amenazando pasar á cuchillo soldados y moradores, se desechó su propuesta y se prepararon todos á repeler el asalto. Emprendiéronle los enemigos, embistiendo, á la mis-

ma sazon que la brecha abierta en la puerta de Hierro, el arrabal de Reitibia. Duró el ataque desde la mañana hasta despues de obscurecido. Los sitiados rechazaron con el mayor valor todas las acometidas sin que los franceses consiguiesen entrar la ciudad. Vecinos y militares se mostraban resueltos á insistir en la defensa, mas desgraciadamente era imposible. Ya no quedaban sino 24 tiros de cañon, pocos de fusil; estando ademas desfogonadas las piezas y rotas sus cureñas. En tal angustia reunidas las autoridades determinaron la entrega. Solo en el ayuntamiento hubo un anciano de mas de sesenta años, y de nombre el licenciado Costilla, imágen por su esfuerzo de los antiguos varones de Leon, que levantándose de su asiento prorumpió en las siguientes y enérgicas palabras: «muramos como numan» tinos.»

Capitula.

Licenciado Costilla.

Decidida la rendicion, se posesionaron los enemigos de Astorga el 22 de abril en virtud de capitulacion honrosa. Computóse la pérdida que experimentamos en aquel sitio en 200 hombres; superior la de los contrarios.

De esta manera los franceses de Castilla asegurando poco á poco su flanco derecho, y teniendo en suspenso las provincias del norte mientras José ocupaba las Andalucías, se disponian al propio tiempo, segun veremos en el libro próximo, á invadir á Portugal.

Por su lado Suchet trató en Aragon de llamar igualmente la atencion de los españoles moviéndose hácia Valencia. Antes habia este general ocupádose en sosegar su provincia y sobre todo Navarra, cuyo reino bastantemente tranquilo en un principio, comenzó á rebullir en tanto grado, que con trabajo transitaban los correos franceses, y apenas era reconocida la autoridad intrusa fuera de la plaza de Pamplona. Mina el mozo causaba tamaña mudanza. Obedecido por todas partes, y nunca descubierto ni vendido, domi-

Aragon.

Mina el mozo.

naba la comarca y aun obligó en enero al gobernador de Navarra á entrar con él en tratos para el cange de prisioneros.

Disgustado el gobierno francés con tener á sus puertas tan osado enemigo, encomendó al general Suchet el restablecimiento de la tranquilidad de Navarra. Burló Mina por algun tiempo con su diligencia y maña los intentos de los franceses, y especialmente los del general Harispe, encargado en particular de perseguirle. Acosado al fin no solo por este, sino tambien por tropas que se destacaron hácia Logroño y otras que salieron de Pamplona, desbandó su gente y ocultó sus armas, aguardando reunir de nuevo aquella luego que los enemigos le dejasen algun respiro. La osadía de Mina era tal que aun despues, yendo Suchet á Pamplona con objeto de arreglar la administracion francesa, bastante desordenada, disfrazóse de paisano y se metió cerca de Olite en un grupo deseoso de ver pasar en el tránsito al general su contrario. Arrojo á que tambien impelia la seguridad con que era dado recorrer la tierra á los españoles que guerreaban contra los franceses.

Expedicion de Suchet sobre Valencia.

El general Suchet, compuestas las cosas de Navarra, y llegando allí de Francia nuevas tropas, tornó á Aragon disponiéndose á invadir el reino de Valencia. Proyecto que le fué indicado por el príncipe de Neufchatel, quien finalizada la campaña de Austria volvió á desempeñar el empleo de mayor general de los ejércitos franceses en España, no obstante el mando en jefe dado al rey José: complicacion de supremacías que causaba, por decirlo de paso, encontradas resoluciones, señaladamente en las provincias rayanas de Francia. Modificáronse al parecer por otras posteriores las primeras insinuaciones que respecto á Valencia habia hecho el príncipe de Neufchatel; pero no pudiendo tampoco las últimas calificarse de órdenes positivas, prefirió Suchet someterse á una terminante y clara que recibió

del intruso escrita en Córdoba el 27 de enero, segun la cual se le prevenia que marchase rápidamente la vuelta del Guadalaviar. No llegó el pliego á manos de Suchet hasta el 15 de febrero, siendo dificultosa la travesía por hormiguear los guerrilleros.

Resuelto el general francés á la empresa, dejó en Aragon alguna fuerza que amparase las comarcas mas amenazadas por los partidarios, y fortaleció varios puntos. Tres divisiones en que se distribuian las reliquias del ejército español de Aragon despues de la dispersion de Belchite, llamaban con particularidad su atencion. Era una la que estaba á las órdenes de don Pedro Villacampa, situada cerca de Villel, partido de Teruel, en un campo atrincherado, del que no sin trabajo la desalojó el general polaco Klopicki; otra la que cubria la línea del Algas, regida por don Pedro García Navarro, que luego pasó á Cataluña; y la última la que andaba entre el Cinca y Segre á cargo de don Felipe Perena: divisiones todas no muy bien pertrechadas, pero que contaban unos 13000 hombres.

Ascendiendo ahora el 3er cuerpo enemigo con los refuerzos venidos de Francia á 30000 combatientes, érale á Suchet mas fácil tener en respeto á los aragoneses, asegurar las diversas comunicaciones y partir á su expedicion de Valencia, para la cual llevó de 12 á 14000 soldados escogidos.

Empezó pues á realizar su plan, y el 25 de febrero llegó en persona á Teruel. En consecuencia el general Habert con una columna de cerca de 5000 hombres se dirigió el 27 sobre Morella, debiendo continuar por San Mateo y la costa, y cási al propio tiempo con la division de Laval y la brigada de Paris, componiendo en todo unos 9000 soldados, partió de Teruel el mismo Suchet siguiendo la ruta de Segorbe. Al ponerse en marcha recibió de Paris la

órden por duplicado (habiendo sido interceptada la primera) de desistir de la expedicion de Valencia y formalizar los sitios de Lérida y Mequinenza; pero tarde ya para variar de rumbo, á pesar de la responsabilidad en que incurria llevó adelante su propósito.

Estado de este reino y de la ciudad.

La fama de la inminente invasion llegó muy en breve á la ciudad de Valencia, en donde con el temor se desencadenaron las pasiones. El general don José Caro en lugar de dirigirlas al único y laudable fin de la defensa, fuese miedo, fuese deseo de satisfacer odios y personales rivalidades, dió rienda suelta á todo linaje de excesos y á enojosas venganzas. No compensó hasta cierto punto tan reprensible conducta con activas y oportunas providencias militares: medio seguro de reprimir los malévolos, y de tener en su favor la mayoría de los honrados ciudadanos. Un año era corrido desde que Caro mandaba, y ni se habia fortificado Murviedro ni otros puntos importantes, ni el ejército de línea se habia aumentado mas allá de 11000 hombres. La poblacion en parte se encontraba armada, mas tan oportuna providencia antes bien habia nacido de la espontaneidad de los habitantes, que de disposicion enérgica de la autoridad superior; flojedad comun á cási todos los jefes y juntas de España, suplida, en cuanto era dado, por el buen seso y ánimo de los naturales.

En tanto las 2 columnas francesas avanzaban. La de Morella entró sin resistencia en la villa y ocupó el castillo, abandonado por el coronel Miedes. La de Teruel se aproximó á Alventosa, en donde la vanguardia del ejército valenciano estaba colocada detrás del barranco por donde corre el Mijares. Al principio las guerrillas capitaneadas por don José Lamar alcanzaron ventajas; mas luego recibida órden de Caro de replegarse sobre Valencia, y al tiempo que los franceses trataban ya de envolver la izquierda española,

se retiraron los nuestros el 2 de marzo sobradamente de prisa, pues dejaron abandonados 4 cañones de campaña. Entraron despues los franceses en Segorbe, ciudad que pillaron desamparada por los habitadores.

Llegó el 3 á Murviedro el general Suchet, en donde se le juntó con su columna el general Habert. No estando todavía fortificado aquel sitio, que lo fué de la antigua y célebre Sagunto, se sometió la ciudad: encaminándose en seguida á Valencia los enemigos, ya mas gozosos por comenzar á competir desde allí el cultivo del hombre con la lozanía de la vegetacion.

Segun se iban los franceses aproximando á la ciudad crecia en ella la fermentacion, y mas se desbocaba don José Caro en cometer tropelías. Envió á San Felipe de Játiva la junta superior, y creó una comision militar de policía, instrumento de sus venganzas. Cierto que para ellas habia un pretexto honroso en secretos tratos que el enemigo mantenia dendro de Valencia; pero en vez de solo descargar sobre los culpados la justicia de las leyes, arrestáronse indistintamente y para satisfacer enemistades buenos y malos patriotas.

Malógrasele á Suchet su expedicion.

En tal estado presentáronse los franceses delante de Valencia el 5 de marzo, estableciendo Suchet en el Puig su cuartel general. Ocuparon fuera de los muros y á la izquierda del Guadalaviar el arrabal de Murviedro, el colegio de San Pio V, el palacio real, el convento de la Zaidia y otros, extendiéndose al Grao y su comarca en gran detrimento de los pueblos. Intimó el 7 el general Suchet á don José Caro la rendicion, quien en este caso respondió cual debia. Se mantuvo Suchet hasta el 10 en las cercanías esperando á que estallase en su favor dentro de la ciudad una conmocion, mas saliendo fallida su esperanza y temeroso de las guerrillas que se formaban en su derredor, levantó el cam-

po en la noche del 10 al 11 y retrocedió por donde habia venido.

Grande algazara y justa alegría se manifestó en Valencia al saberse el alejamiento del enemigo. Mas no por eso cesó Caro en sus persecuciones. Varios de los presos aunque inocentes continuaron encarcelados, y fué ahorcado el baron de Pozoblanco. Dudamos aun si este infeliz era ó no delincuente, y si en realidad habia seguido correspondencia con el enemigo. Natural de la isla de la Trinidad, unian en otro tiempo á él y á Caro estrechos vínculos, que tuvieron principio cuando el último visitaba como marino las costas americanas. Convirtióse despues en odio la antigua amistad, y se acusó á Caro de haber usado en aquel lance de la potestad suprema no imparcial ni desapasionadamente. Pozoblanco.

Suchet al retirarse se encontró con muchos paisanos armados que se habian levantado á su espalda, y tambien con la noticia de que el reino de Aragon aprovechándose de su ausencia comenzaba de nuevo á estar muy movido. En efecto don Pedro Villacampa revolviendo en 7 de marzo sobre Teruel habia entrado la ciudad y obligado al coronel Plique á encerrarse con su guarnicion en el seminario ya de antes fortificado. No contento aun así el español, habia salido á esperar y cogido en la venta de Malamadera á corta distancia de Teruel un convoy enemigo procedente de Daroca. Apoderóse de 4 piezas, de unos 200 hombres y de muchas municiones. Otro tanto hizo por opuesto lado con una compañía de polacos avanzada en Alventosa. El seminario estrechado por los nuestros y próximo á caer en sus manos, se liberto el 12 de marzo con la llegada del ejército de Suchet, que forzó á Villacampa á alejarse. Don Felipe Perena tambien por el Cinca habia hecho sus correrías, destruyendo en Fraga el puente y los atrincheramientos enemigos. Ventajas de los españoles en Aragon.

El 17 volvió Suchet á Zaragoza y quiso ante todo acabar con Mina el mozo, que por su lado se habia igualmente adelantado á las Cinco Villas. Inquietó bastante este caudillo en aquellos dias á los franceses, mas perseguido en Aragon por el gobernador de Jaca y el general Harispe, y en Navarra por Dufour, cayó desgraciadamente el 31 en poder de los puestos franceses, que al cogerle le maltrataron. Sin detencion llevároнsele á Francia, y le encerraron en el castillo de Vincennes, donde permaneció como trantos otros españoles hasta 1814. Sucedióle su tio el renombrado don Francisco Espoz y Mina, quien con sus hechos y mejor fortuna obscureció las breves glorias de su sobrino.

Cae prisionero. Mina el mozo.

Sucédele su tio Espoz y Mina.

Arregladas las cosas de Aragon, trató Suchet de cumplir con lo que se le habia mandado de Paris sitiando á Lérida. No por eso estaba bajo su dependencia Cataluña encomendada al mariscal Augereau, dejando solo á cargo del primero el asedio de las plazas que formaban, por decirlo así, cordon entre aquel principado y las provincias rayanas.

Estado de Cataluña.

De luto habia cubierto á Cataluña la caida de Gerona. Don Joaquin Blake por su parte no admitiéndole la central la dejacion que repetidamente habia hecho de su mando, se separó de su autoridad propia en 10 de diciembre de su ejército, poniendo interinamente á su cabeza al marqués de Portago. Motivó semejante resolucion haber aprobado la central contra el dictámen de dicho general lo determinado por el congreso catalan de levantar 40000 hombres de somaten. Blake queria crear cuerpos de línea y no reuniones informes de indisciplinados paisanos. Pero los catalanes apegados á su antigua manera de guerrear, hallaron arrimo en el Gobierno supremo, desatendiéndose las reflexiones juiciosas de Blake, quien en medio de sus conocimientos no gozaba de popularidad á causa de su mala estrella.

Ausente este general no quedó Portago largo tiempo en

el mando, pues cayendo enfermo dejó en su lugar á don Jaime García Conde, sustituido tambien en breve por el general mas antiguo don Juan Henestrosa. El congreso catalan despues de expedir varias providencias en favor de la defensa del principado, tomando para darlas mas bien consejo de los falsos conceptos del provincialismo, que de atento é imparcial juicio, se disolvió y quedó sola para el despacho de los negocios la junta superior.

El somaten que se habia levantado no produjo el efecto que esperaban los catalanes. Apareció tarde y al caer Gerona, y no queriendo tampoco los partidos desprenderse de sus respectivos contingentes para prestarse mutuo auxilio, faltó el necesario concierto. Permaneció en Vique el grueso del ejército español, teniendo apostado en el Grao de Olot un cuerpo volante. Clarós estaba hácia Besalú, y Rovira camino de Figueras, ambos con bastante fuerza á causa de los somatenes que se les agregaron. Para despejar el país y asegurar las comunicaciones con Francia, marcharon contra ellos los generales Souham y Verdier. Hubo con este motivo varios reencuentros, de los que se contaron algunos favorables para los somatenes. En los mismos dias el enemigo, que de todos lados acometia, hizo de Francia inútiles esfuerzos contra el valle de Aran.

Dispuso en seguida Augereau que 10000 hombres suyos yendo sobre Vique, atacasen el ejército español. Trabáronse por aquella parte desde 1° de enero frecuentes y reñidos combates honrosos para los españoles, pues con fuerza inferior hicieron rostro á contrarios aguerridos. Pero viendo los nuestros la superioridad de los franceses, celebraron el 12 consejo de guerra y determinaron replegarse hácia Manresa y Tarrasa, dejando en Tona una division al mando del general Porta. Siguieron aun entonces las refriegas. Varias acciones.

Los franceses entraron en Vique, y avanzando se encontra-

ron con los nuestros el 14 y 15, siendo de notar la accion habida en Moya, en la que los generales Odonnell y Porta rechazaron á los enemigos, de los que perecieron mas de 200. El primero peleó con ventaja hasta como soldado y cuerpo á cuerpo.

Urgíale en tanto al mariscal Augereau, aseguradas en algun modo sus comunicaciones con Francia, abrir las de Barcelona, plaza que empezaba á estar apurada por falta de bastimentos. Conveniente era para ello la toma de Hostalrich, pero no cediendo el gobernador á las intimaciones, Augereau así que ocupó la villa dejó al coronel Mazzuchelli encargado de bloquear el castillo. Arrimó tambien allí las fuerzas de Souham para alejar á los somatenes, y él en persona dispusóse á marchar prontamente sobre Barcelona.

Bloqueo de Hostalrich.

La poblacion de esta ciudad habia disminuido careciendo de trabajo los fabricantes y sus operarios, y avergonzada la mocedad de no acudir al llamamiento que por medio de su congreso y junta continuamente les hacia la provincia. El general Duhesme mandaba como antes en Barcelona, y con frecuencia se veia obligado á ir en busca de víveres teniendo que atacar á los somatenes y á una division que siempre permaneció en el Llobregat, cuyas fuerzas reunidas estrechaban la plaza, acorralando á veces dentro de ella á las tropas francesas.

Va Augereau al socorro de Barcelona.

Augereau aunque hostigado por las guerrillas se adelantó con el convoy y 9000 hombres, y Duhesme seguido de unos 2000 salió de Barcelona hasta Granollers á su encuentro. De hácia Tarrasa desembocó para interceptar el socorro el marqués de Campoverde, al paso que Orozco, comandante de la division del Llobregat, llamaba de aquel lado la atencion.

Campoverde atacó el 20 en Santa Perpetua á Duhesme haciendole 400 prisioneros: juntósele despues Porta que

acudió por Casteltersoll, y ambos en Mollet cayeron sobre el 2° escuadron de coraceros y le cogieron cási entero. Felizmente para la demas tropa del general Duhesme llegó á tiempo Augereau, libertando á un batallon que se defendia en Granollers. En seguida pudieron los franceses sin obstáculo meter el convoy en Barcelona.

Descalabro de Duhesme en Santa Perpetua y en Mollet.

Aquel mariscal, cumpliendo de este modo con el principal objeto de su expedicion, quitó á Duhesme el gobierno de aquella plaza, nombró en su lugar á Mathieu, y se replegó á Hostalrich, temiendo que de nuevo se le estorbara el paso.

Entra Augereau en Barcelona.

Con tanta mayor razon se mostraba desconfiado, cuanto don Enrique Odonnell iba á capitanear las tropas de Cataluña. Así lo ansiaba el principado, y el 21 de enero se recibió la órden de la Junta central, á la sazon todavía existente, confiriendo á aquel general el mando supremo.

Odonnell nombrado general de Cataluña.

Odonnell, mozo activo y valiente, codicioso de gloria aunque algo atropellado, se habia atraido las voluntades de los catalanes con su adhesion á la causa de la independencia y su gran intrepidez, mostrada ya en el primer cerco de Gerona. Ahora autorizado empezó á obrar con diligencia y á mejorar la disciplina. Distribuyó igualmente su ejército en nuevas brigadas y divisiones, reconcentrando el 6 de febrero en Manresa cási toda la fuerza disponible. Solo dejó en Martorell y línea del Llobregat la 3ª division á las órdenes del brigadier Martinez.

El nuevo general llegó pronto á tener consigo 8000 infantes y 1000 caballos bien dispuestos. El 14 de febrero atacó con feliz éxito á los enemigos cerca de Moya, y el 19 se aproximó á Vique con ánimo de desalojarlos. Siguió lo principal de su fuerza el camino que de Tona se dirige á aquella ciudad, marchando una columna via de San Culgat hasta la altura del Vendrell, donde se paró. A las nueve

Ejército que junta.

Accion de Vique el 19 de febrero.

de la mañana la vanguardia, ó sea cuerpo volante mandado por Sarsfield, rompió el fuego. Una hora despues cundió por toda la línea sostenido con tenacidad de ambas partes. Mandaba á los franceses el general Souham. Carecian los nuestros de cañones, no habiendo podido traerlos por lo fragoso de la tierra; no mas de 2 tenian los contrarios. A las doce se reforzaron los últimos con 2500 hombres que se les juntaron de Vique. Entonces Odonnell, que conservaba á sus inmediatas órdenes la division situada en las alturas del Vendrell, bajó con ella al llano. Avivóse el fuego y continuó reciamente hasta las tres de la tarde, en cuya hora flanqueado Porta, que regía el ala izquierda, á pesar de los esfuerzos de Odonnell quedaron desbaratados los nuestros y se retiraron á Tona y Collsuspina. Perdimos entre muertos y heridos 900 hombres, otros tantos prisioneros: no fué corto el daño que experimentaron los franceses, siendo reñida la accion aunque malograda para los españoles.

Pertinaz defensa de Hostalrich.

Aguardaba en el intermedio el mariscal Augereau á orillas del Tordera refuerzos de Francia, y apretaba la division de Pino el bloqueo de Hostalrich. Situado este castillo en una elevada cima, enseñoreaba el camino de Barcelona, obstruyendo de consiguiente en tiempo de guerra las comunicaciones. Don Julian de Estrada, entonces gobernador, resuelto á defenderle hasta el último trance, decia: « Hijo » Hostalrich de Gerona, debe imitar el ejemplo de su ma- » dre. » Cumplió Estrada su palabra, desoyendo cuantas proposiciones se le hicieron de acomodamiento. Desde el 13 de enero hasta el 20 del mes inmediato limitáronse los franceses á bloquear el castillo, mas en aquel dia comenzó horroroso bombardeo.

Socorre de nuevo Augereau á Barcelona.

Al propio tiempo fueron llegando á Augereau los refuerzos de Francia, que hicieron ascender su ejército al comen-

zar marzo á 30000 combatientes sin contar la guarnicion de Barcelona. Escasa nuevamente esta plaza de medios, tuvo Augereau que volver á su socorro, y consiguió, no obstante pérdidas y tropiezos, meter dentro un convoy.

Retírase Odonnell á Tarragona.

Semejante movimiento obligó á Odonnell á replegarse, mayormente coincidiendo con la correría que por aquel tiempo hizo Suchet sobre Valencia. El 21 entró en Tarragona el general español, y acampó en las cercanías el grueso de su ejército. Juntósele la division aragonesa del Algas ó sea de Tortosa, compuesta de unos 7000 hombres. No se estuvo Odonnell quieto allí, sino que luego ejecutó otros movimientos.

Feliz ataque de don Juan Caro.

Tal fué el que verificó al concluirse marzo, noticioso de que en Villafranca de Panadés se alojaba un trozo bastante considerable de franceses. Envió pues contra ellos á don Juan Caro, asistido de 6000 hombres. Viendo los enemigos que los nuestros se aproximaban, se encerraron en el cuartel de aquella villa, fuerte edificio sito á la entrada, pero en breve á pesar de su precaucion y resistencia tuvieron que capitular, cayendo prisioneros 700 hombres. Portóse Caro con destreza y bizarría y quedó herido.

Sucedióle en el mando Campoverde, quien marchó sobre Manresa para darse la mano con Rovira, siendo el intento de Odonnell distraer al enemigo y si era posible auxiliar á Hostalrich. El general Swartz hacia por aquellas partes frente á los somatenes, cuya tenacidad desconcertaba al francés y aun le causaba á veces descalabros. En principios de abril tomó la resistencia tal incremento, que asustado Augereau salió el 11 de Barcelona y se dirigió á Hostalrich para impedir los socorros que los españoles querian introducir en el castillo, como ya lo habian conseguido una vez guiados por el coronel don Manuel Fernandez Villamil.

Sin embargo todo era ya demas. La penuria del fuerte to-

Evacuan los españoles á Hostalrich.

caba en su último punto, faltando hasta el agua de los aljibes, única que surtia á la guarnicion. El bizarro gobernador, los oficiales y soldados habian todos sobrellevado de un modo el mas constante la escasez y miseria, que igualó si no sobrepasó la de Gerona. Mas desesperanzado Estrada de recibir auxilio alguno, y prefiriendo correr los mayores riesgos á capitular, resolvió salvarse con su gente, de la que aun le quedaban 1200 hombres. A las diez de la noche del 12 púsose en movimiento, y salió por el lado de poniente descendiendo la colina de carrera. Cruzó en seguida el camino real, y atravesando la huerta llegó, repelidos los puestos franceses, á las montañas detrás de Masanas y á Arbucias. Mas en aquel paraje descarriado el valiente Estrada, tuvo la desgracia de caer prisionero con 3 compañías. El resto, que ascendia á 800 hombres, sacóle á buen puerto el teniente coronel de artillería don Miguel Lopez Baños, quien el 14 entró en Vique, ciudad libre entonces de franceses. Estrada no se rindió sino despues de viva refriega, y Augereau, aunque incomodado con que se le escapase la mayor parte de la guarnicion, hizo alarde en gran manera de haberse hecho dueño de su gobernador. De poco le sirvió tan feliz acaso, pues no tardó en desgraciarse con Napoleon, quien nombró para sucederle al mariscal Macdonald. Dícese que contribuyeron á su remocion quejas de Suchet, desazonado porque no le ayudaba debidamente en sus empresas.

El mariscal Macdonald sucede á Augereau en Cataluña.

Parte Suchet á Lérida.

De estas una de las principales era la que por entonces y despues de su retirada de Valencia intentaba contra Lérida, conformándose con la órden que se le dió de Paris. Así despues de dejar un tercio de su fuerza en Aragon á las órdenes del general Laval, se enderezó con lo restante á Cataluña. Pero destruido por los españoles el puente de Fraga, y estando de aquel lado próximo el castillo de Mequinenza,

prefirió Suchet al camino mas directo, el de Alcubierre, y estableció en Monzon sus hospitales y almacenes.

Se hallaba á la sazon en Balaguer don Felipe Perena con alguna fuerza, y aunque es ciudad en que no quedan sino reliquias de sus antiguos muros, interesaba á los franceses su posesion á causa de un famoso puente de piedra que tiene sobre el Segre. Atento á ello, ordenó Suchet al general Habert que atacase á los españoles; mas Perena creyendo ser desacuerdo resistir á fuerzas tan superiores cejó á Lerida, y los franceses entraron en Balaguer el 4 de abril. Entran sus tropas en Balaguer.

El 13 embistió Suchet aquella plaza. Asentada Lérida á la derecha del Segre, rio que tambien allí se cruza por hermoso puente, ha sido desde tiempos remotos ciudad muy afamada. En sus alrededores acabó César con Afranio y Petreyo del partido pompeyano, y antes cuando estos ocupaban la ciudad pasó aquel caudillo grandes angustias, acampado en la altura en donde ahora se divisa el fuerte de Garden. En la defensa de este, y sobre todo en la del castillo, colocado al extremo opuesto del lado del norte en la cumbre de un cerro, consiste la principal fortaleza de Lérida, si bien ambos no se prestan entre sí grande ayuda. Muro sin foso ni camino cubierto, parte con baluartes, parte con torreones, rodea lo demas del recinto. Algunas obras nuevas se habian ejecutado, á saber: una á la entrada del puente y tambien dos reductos llamados del Pilar y San Fernando en la meseta de Garden, en el paraje opuesto á la plaza, fuera de cuyos muros está situado aquel fuerte. La poblacion, que ya ascendia á mas de 12000 almas, se hallaba aumentada con los paisanos que del campo se habian refugiado dentro. Contaba la guarnicion 8000 hombres inclusa la tropa de Perena. Mandaba como comandante general del Segre y Cinca don Jaime García Conde, estando á sus órdenes el gobernador don José Gonzalez. Sitio de Lérida.

Todavía los franceses no habian empezado los trabajos del sitio, y ya don Enrique Odonnell pensó en hacer levantarle ó por lo menos en socorrer la plaza. Ignoraba su intento el general francés, por lo que el 21 de abril avanzó este á Tárrega, temiendo solo á Campoverde, que vimos se adelantára hácia Manresa: tanto sigilo guardaban los catalanes de rara y laudable fidelidad.

Desgraciada tentativa de Odonnell para socorrer la plaza.

Odonnell se habia el dia antes puesto en marcha con 6000 infantes y 600 caballos, y el 22 sabiendo por el gobernador de Lérida que parte del ejército francés se habia alejado de la plaza, miró como asegurada su empresa. Empezó pues Odonnell en la mañana del 23 á aproximarse á la ciudad siguiendo el llano de Margalef, repartida su fuerza en 3 columnas, una mas avanzada por el camino real, las otras 2 por los costados. Desgraciadamente sabedor al fin Suchet de la salida de Odonnell de Tarragona tornó de priesa hácia Lérida, y tomó oportunas disposiciones para que se malograse el plan del general español. Caminaba este confiado en su triunfo, cuando de repente se vió arremetido por fuerzas considerables. El general Harispe trabó luego pelea con la 1ª columna, y Musnier saliendo de Alcoletge acometió á la que iba por la derecha del camino. Los nuestros se desordenaron, principalmente la caballería arrollada por un regimiento de coraceros. Odonnell, aunque sobrecogido con tal contratiempo, pudo juntar parte de su gente, y antes de anochecer retirarse con ella en buen órden camino de Montblanc. La pérdida de las 2 columnas atacadas fué sin embargo considerable, quedando prisioneros batallones enteros.

Los franceses queriendo aprovecharse del terror que aquel descalabro infundiria en los leridanos, embistieron en la misma noche los reductos del fuerte de Garden. Dichosos los enemigos al principio en el ataque del Pilar, salieron mal

en el de San Fernando, teniendo que retirarse y aun evacuar el primero, que ya habian ocupado.

Al dia siguiente tanteó el general Suchet el ánimo del gobernador, proponiendo á este para hacerle ver lo inútil de la defensa, que enviase personas de su confianza que por sí mismos examinasen la pérdida que en el dia anterior habian los españoles padecido en Margalef. La réplica de García Conde fué enérgica y concisa. «Señor general, dijo, » esta plaza nunca ha contado con el auxilio de ningun » ejército.» Lástima que á las palabras no correspondiesen los hechos como en Zaragoza y Gerona.

Empezaron los franceses el 29 de abril los trabajos de trinchera, escogiendo por frente de ataque el espacio que media entre el baluarte de la Magdalena y el del Cármen, que era por donde embistió la plaza el duque de Orleans en la guerra de sucesion.

Los sitiados no repelieron con grande empeño los aproches del enemigo. Así esta defensa no fué larga ni digna de memoria. Merece no obstante honrosa excepcion la resistencia que hizo en la noche del 12 al 13 de mayo el reducto de San Fernando, ya bien sostenido como arriba hemos dicho en una primera acometida. En la última se defendió con tal tenacidad, que de 300 hombres que le guarnecian apenas sobrevivieron 60.

Los franceses asaltaron el 13 del mismo mes la ciudad, y la entraron sin tropezar con extraordinarios impedimentos. La guarnicion se recogió al castillo, en donde tambien se metieron cási todos los habitantes viendo que los acometedores no les daban cuartel. Crueldad ejecutada de intento, para que hacinados muchos individuos en corto recinto obligáran al gobernador á rendirse. Hubiera sin embargo García Conde podido despejar aquella fortaleza echando fuera la gente inútil, pero Suchet para no desaprovechar la ocasion

de acabar en breve el sitio, empezó desde luego á tirar bombas, las cuales cayendo sobre tantas personas apiñadas en reducido espacio, causaron en poco tiempo el mayor estrago. Blandeando el ánimo de García Conde con los lamentos de mujeres, niños y ancianos, y forzado hasta cierto punto por la junta corregimental, que creia que nada importaba la defensa del castillo si la ciudad perecia, se rindió el 14, firmando él la capitulacion juntamente con el gobernador don José Gonzalez, habiendo los franceses concedido á la guarnicion los honores de la guerra; ejemplo que siguió el fuerte de Garden. ¡Pérdida sensible la de Lérida, conquista que abria á los invasores las comunicaciones entre Aragon y Cataluña!

Entran los franceses en Lérida y rindese su castillo.

Tachóse á García Conde de traidor, opinion que adquirió crédito con divulgarse despues, si bien falsamente, que habia abrazado el partido del gobierno intruso. Lo cierto es que era hombre de limitados alcances, y juzgamos que su conducta mas bien dimanó de esto y de fatal desdicha que de premeditada maldad.

Por entonces, para que las desgracias vinieran juntas, ocuparon tambien los franceses el fuerte de la isla de las Medas al embocadero del Ter, puesto importante malamente entregado por el gobernador español don Agustin Cailleaux.

Tambien el fuerte de las Medas.

Así iban de caida las cosas de Cataluña, no habiendo acontecido en lo restante de mayo y en el inmediato junio, sino acometidas parciales de somatenes y guerrilleros que siempre hostigaban al enemigo. Don Enrique Odonnell molestado de sus heridas dejó por unos pocos dias su puesto á don Juan María de Villena. Contaba el ejército á pesar de sus pérdidas 21798 hombres, inclusas las guarniciones de las plazas, entre las que Tarragona se miraba como la base de las operaciones. En esta ciudad volvió Odonnell á empuñar el 1º de julio el baston del mando con objeto de instalar

allí el 17 del mismo mes un congreso catalan que de nuevo habia convocado para reanimar el espíritu algo abatido de los naturales, y buscar medio de oponerse con fuerza al mariscal Macdonald, quien daba muestras de obrar activamente.

Sucesos de Aragon.

Por su parte el general Suchet terminada la expedicion de Lérida pensó en poner sitio á la plaza de Mequinenza. Mientras duró el de la primera hubo muchos y parciales combates, ya en las comarcas septentrionales de Cataluña que lindan con Aragon, y ya en Aragon mismo. Aquí hizo contra los franceses de Alcañiz una tentativa infructuosa don Francisco de Palafox, destinado por la Regencia á aquellas partes, siendo mas afortunado don Pedro Villacampa en una sorpresa que dió el 13 de mayo á los enemigos en Purroy, partido de Calatayud, en donde cogió al comandante Petit con un convoy y mas de 100 hombres.

Las ventajas conseguidas por aquel caudillo irritaron á los franceses, quienes desde el 14 de mayo se pusieron á perseguirle, partiendo de Daroca el general Klopicki. Fuese retirando Villacampa y no paró hasta Cuenca. Siguieron de cerca su huella los enemigos sin llegar á aquella ciudad, pero dejando rastra de su paso en Molina y demas pueblos del camino. Diversos choques de menor importancia acaecieron tambien en otros puntos de Aragon: porfiado pelear que cansaba sobremanera á los franceses.

Sitio de Mequinenza.

Del 15 al 20 de mayo embistió el general Musnier la plaza de Mequinenza, importante por su situacion y necesaria para enseñorear el Ebro. Villa esta de 1500 vecinos estriba su principal defensa en el castillo, antigua casa fuerte de los marqueses de Aytona, colocado en lo alto de una elevada montana de áspera é inaccesible subida por todos lados, excepto por el de poniente que se dilata en planicie, cuyo frente amparan un camino cubierto, foso y ter-

raplen abaluartado revestido de mampostería. Guarnecian la plaza 1200 hombres. Gobernábala como antes el coronel don Manuel Carbon, y dirigia la artillería don Pascual Antillon, ambos oficiales muy distinguidos.

No tenia el castillo otros aproches sino los que ofrecia á la parte occidental la planicie mencionada, y no era cosa fácil traer hasta ella artillería. Pronto discurrió la diligencia francesa medio de conseguirlo, abriendo desde Torriente y por la cima de las montañas un camino que viniese á dar al punto indicado. Tuvieron los enemigos concluida su obra el 1° de junio, y en el intermedio no descuidaron tomar en rededor y en ambas orillas del Ebro, y en las del Segre su tributario, los puestos importantes. Entraron los sitiadores la villa en la noche del 4 al 5, la saquearon y prendieron fuego á muchas casas. Las tropas se refugiaron en el castillo. El gobernador resistió allí cuanto pudo los ataques de los franceses, mas arruinadas ya las principales defensas, y no habiendo abrigo alguno contra los fuegos enemigos, se entregó el 8 quedando la guarnicion prisionera de guerra.

La toman los franceses.

La víspera de la rendicion habia llegado á Mequinenza el general Suchet, quien deseando sacar de su triunfo la mayor ventaja, despachó dos horas despues de la entrega al general Montmarie para que se apoderase del castillo de Morella, lo que ejecutó dicho general sin obstáculo el 15 de junio. Posesion, que aunque no tan importante como la de Mequinenza, éralo bastante por estar situado aquel fuerte en los confines de Aragon y Valencia, y porque así iban los franceses preparándose á nuevas empresas, y afianzaban poco á poco y de un modo sólido su dominacion.

Toman tambien el castillo de Morella.

No obstante hallábase esta léjos de arraigarse. Los pueblos continuaban cási por todas partes haciendo guerra á muerte á los invasores, y la Isla gaditana, punto céntrico

Cádiz.

de la resistencia, no solo mantenia la llama sagrada del patriotismo, sino que la fomentaba procurando ademas acrecer y mejorar en su recinto las fortificaciones.

Toman los franceses á Matagorda.

De nada influyó para no llevar adelante semejante propósito la pérdida de Matagorda acaecida el 22 de abril. Situado aquel castillo no léjos de la costa del Caño del Trocadero, sostuviéronle con tenacidad los ingleses encargados de su defensa, y solo le abandonaron ya convertido en ruinas. Luego mostró la experiencia lo poco que sus fuegos perjudicaban á las comunicaciones por agua y sus proyectiles á la plaza.

Manda Blake el ejército de la Isla.

El mismo dia de la evacuacion del mencionado fuerte fondeó en bahía viniendo del reino de Murcia don Joaquin Blake, nombrado por la Regencia para suceder al de Alburquerque en el mando de la Isla gaditana, cuyas fuerzas sin contar las de los aliados, ni la milicia armada ascendian de 17 á 18000 hombres, engrosado el ejército con los dispersos y reliquias que de la costa aportaban, y con nuevos alistados que acudian hasta de Galicia. A la llegada de Blake consideróse dicho ejército como parte integrante del denominado del centro, que se alojaba en el reino de Murcia, repartiéndose entre ambos puntos las divisiones en que se distribuia.

Trasládase á Cádiz la Regencia.

El Consejo de Regencia trasladóse el 29 de mayo de la Isla de Leon á Cádiz, y escogió para su morada el vasto edificio de la Aduana. Se le reunió por aquellos dias el obispo de Orense, que no habia hasta el 26 arribado al puerto, retardado su viaje por la distancia, ocupaciones diocesanas y malos tiempos.

Varan en la costa dos pontones de prisioneros.

En este mes nada muy importante en lo militar avino en Cádiz, sino el haber varado en la costa de enfrente los pontones Castilla y Argonauta llenos de prisioneros franceses. Aprovecháronse los que estaban á bordo del primero de

un furioso huracan que sopló en la noche del 15 al 16 para desamarrar el buque y dar á la costa; eran unos 700, los mas oficiales. Imitáronlos el 26 los del Argonauta 600 en número, sin que pudiesen estorbar su desembarco nuestras baterías y cañoneras.

Trato de estos.

Con este motivo han clamoreado muchos extranjeros, y lo que es mas raro, ingleses contra el mal trato dado á los prisioneros, y sobre todo contra la dureza de mantenerlos tanto tiempo en la estrechura de unos pontones. Nos lastimamos del caso y reprobamos el hecho; pero ocupadas ó invadidas á cada paso las mas de nuestras provincias, imposible era para custodia de aquellos buscar dentro de la península paraje seguro y acomodado. La Gran Bretaña libre y poderosa permitió tambien que en sus pontones gimiesen largos años sus muchos prisioneros. Quisiéramos que nuestro gobierno no hubiese seguido tan deplorable ejemplo, dando así justa ocasion de censura á ciertos historiadores de aquella nacion tan prontos á tachar excesos de otros, como lentos en advertir los que se cometen en su mismo suelo.

Pasan á las Baleares, su trato allí.

El gobierno español sin embargo habia resuelto suavizar la suerte de muchos de aquellos desgraciados, enviando á unos á las islas Canarias y á otros á las Baleares. Dichosos los primeros, no cupo á los últimos igual ventura. Alborotados contra ellos los habitantes de Mallorca y Menorca á causa de la relacion que de las demasías del ejército francés les venian de la península, necesario fué conducirlos á la isla de Cabrera, siendo al embarco maltratados muchos y aun algunos muertos. Aquella isla al sur de Mallorca, si bien de sano temple y no escasa de manantiales, estaba solo poblada de árboles bravíos sin otro albergue mas que el de un castillo. Suministráronse tiendas á los prisioneros, pero no las bastantes para su abrigo, como tampoco

instrumentos con que pudiesen suplir la falta de casas fabricando chozas. Unos 7000 de ellos la ocuparon, y llegó á colmo su miseria, careciendo á veces hasta del preciso sustento, ora por temporales que impedian ó retardaban los envíos, ora tambien por flojedad y descuido de las autoridades. Feo borron que no se limpia con haber en ello puesto al fin las Córtes conveniente remedio, ni menos con el bárbaro é inhumano trato que al mismo tiempo daba el gobierno francés á muchos jefes é ilustres españoles sumidos en duras prisiones y castillos, pues nunca la crueldad ajena disculpó la propia.

Resistencia en las Andalucías.

Entre tanto el gobierno español no solo atendió en su derredor á la defensa de la Isla gaditana, sino que tambien pensó en divertir la atencion del enemigo, molestándole en las mismas Andalucías y provincias aledañas. Dos de los puntos que para ello se presentaban mas cercanos é importantes, eran al ocaso el condado de Niebla, y al levante la serranía de Ronda. El primero, ademas de ser tierra costanera y en partes montuosa, respaldábase en Portugal, para cuya invasion tenian los enemigos que prepararse de intento, y por lo que respecta á Ronda favorecia sus operaciones y alzamiento la vecina é inexpugnable plaza de Gibraltar, depósito de grandes recursos, principalmente de pertrechos de guerra.

Condado de Niebla.

La Regencia para dar mayor estímulo á la defensa, encargó el mando de aquellos distritos á jefes de su confianza. Para el condado escogió á don Francisco de Copons y Navia, que permanecia en Cádiz despues que en febrero arribó allí con su division. Partió pues el general nombrado, y el 14 de abril tomó el mando de aquel país, muy trabajado con las vejaciones del enemigo, y solo defendido por unos 700 hombres, remanente de cuerpos dispersos ó situados en otras partes. Procuró Copons unir y aumentar esta masa

bastante informe, recoger los caudales públicos, mantener libre la comunicacion de la costa con Cádiz, y hostigar con frecuencia á los franceses. Consiguió su objeto si bien con suerte varia, teniendo á veces que replegarse á Portugal.

Serranía de Ronda.

Del lado de Ronda la resistencia fué mayor, mas empeñada y duradera. Partido occidental esta serranía de la provincia de Málaga y cordillera de montes elevados que arrancan desde cerca de Tarifa extendiéndose al este, se compone de muchos pueblos ricos en producciones y dados al contrabando, á que los convida la vecindad de Gibraltar. Sus moradores avezados á prohibido tráfico conocen á palmos el terreno, sus angosturas y desfiladeros, sus cuevas las mas escondidas, y teniendo á cada paso que lidiar con los aduaneros y las tropas enviadas en persecucion suya, estan familiarizados con riesgos que son imágen de los de la guerra. Empléanse las mujeres en los trabajos del campo, y en otros no menos penosos inherentes á la profesion de los hombres, y así son de robustos miembros y de condicion asemejada á la varonil. Llena pues de brios poblacion tan belicosa, y previendo los obstáculos que recrecerian á su comercio si los franceses afianzaban su imperio, rehusó someterse al yugo extranjero.

Ya dieron aquellos habitantes señales de desasosiego al tiempo de la ocupacion de Sevilla. José pensó que los tranquilizaria con su presencia y discursos, para lo cual pasó á Ronda antes de concluir febrero. Satisfecho quizá de su excursion, ó temiendo mas bien otras resultas, no se detuvo allí muchos dias, dejando solamente alguna fuerza y un gobernador con extensas facultades. Pero la autoridad del francés redújose pronto á estrechos límites, ciñéndola á la ciudad la insurreccion de los serranos. Acaudillaron á estos varias cabezas, siendo uno de los que mas promovie-

ron el alzamiento don Andrés Ortiz de Zárate, que los naturales denominaron el Pastor.

El Consejo de Regencia por su lado envió de comandante al campo de San Roque, cuyas líneas enfrente de Gibraltar se habian destruido de acuerdo con el gobernador inglés Campbell, á don Adrian Jácome con encargo de recoger dispersos y de soplar el fuego en la serranía. Hombre Jácome pacato é irresoluto, de poco sirvió á la buena causa. Afortunadamente los serranos siguiendo los ímpetus de su propio instinto solian á veces obrar con mas acierto que algunos jefes que presumian de entendidos.

Al ánimo de aquellos debióse en breve que el levantamiento tomase tal vuelo, que ya el 12 de marzo se presentaron numerosas bandas delante de Ronda capitaneadas por don Francisco Gonzalez. Los franceses viendo el tropel de gente que venia sobre ellos, evacuaron de noche la ciudad y se retiraron á Campillos. Penetraron luego los paisanos por las calles de Ronda, y comenzó gran desórden, y aun hubo pillaje y otros destrozos. Contuviéronlos algun tanto patriotas de influjo que llegaron oportunamente.

A poco se reforzaron tambien los enemigos con tropa que llevó de Málaga el general Peyremont, y el 21 recobraron á Ronda. No permaneció allí largo tiempo dicho general, pues entrada en su ausencia por los paisanos la ciudad de Málaga, tuvo que volar á su socorro. La guerra continuó por toda la sierra sin que los franceses pudiesen solos dar un paso, y no transcurriendo dia en que sus puestos no fuesen inquietados. Formóse en Jimena una junta, y nombró el gobierno comandante del distrito á don José Serrano Valdenebro, bajo la inspeccion de don Adrian Jácome. Creciendo los jefes crecieron los celos y las competencias, y se suscitaron trastornos y mudanzas.

Por tristes que fuesen tales ocurrencias inevitables en

Don José Romero: accion notable.

guerra de esta clase, no por eso se cedia en la lucha, llevando á cumplido remate proezas que recuerdan las del tiempo de la caballería. Fué una de las mas memorables la que avino en Montellano, pueblo de 4000 habitantes inmediato á la sierra. Era alcalde don José Romero, y ya el 14 de abril al frente del vecindario habia repelido de sus calles á 300 franceses. Tornaron estos el 22 reforzados con otros 1000 para vengar la primera afrenta. Encontraron á su paso obstáculos en Grazalema; pero llegando al fin á Montellano tuvieron allí que vencer la braveza de los moradores, lidiando con ellos de casa en casa. Impacientados los franceses de tamaña obstinacion recurrieron al espantoso medio de incendiar el pueblo. Redujéronle cási todo él á pavesas, excepto el campanario, en que se defendian unos cuantos paisanos, y la casa de Romero. Este varon tan esforzado como Villandrando, haciendo de sus hogares formidable palenque y ayudado de su mujer y sus hijos, continuó por mucho tiempo con terrible puntería causando fiero estrago en los enemigos, y tal ,que no atreviéndose ya estos á acercarse, resolvieron derribar á cañonazos paredes para ellos tan fatales. Grande entonces el aprieto de Romero, inevitable fuera su ruina si no le salvara de ella la repentina retirada de los franceses, que se alojaron temerosos de gente que acudia de Puerto Serrano y otras partes. Libre Romero, á duras penas pudo arrancársele de los escombros de Montellano, respondiendo á las instancias que se le hacian: «Alcalde de esta villa, este es mi puesto.» Retirado despues á Algodonales, mas desgraciado allí aunque no menos valiente, en medio de las llamas en que ardia su casa, pereció á manos del francés con cási toda su familia, tan brava como el padre y tan desventurada.

Tarifa.

Imitaban al mismo tiempo en Tarifa la conducta de los serranos. No habian los enemigos ocupado antes esta pla-

za situada en el extremo meridional de España, contentándose con sacar de ella raciones en una ocasion en que se aproximaron á sus muros. Pudieran entonces haberla fácilmente tomado, pero no juzgaron prudente exponerse á ello sin mayores fuerzas. Los españoles despues aumentaron los medios de defensa, y aun vinieron en su ayuda algunos ingleses mandados por el mayor Brown. Ignorábanlo los franceses, y el 11 de abril intentaron entrar la plaza de rebate. Salióles mal la empresa rechazados con pérdida por el paisanaje y sus aliados.

Vemos así cuánto distraian á los franceses las conmociones é incesante guerrear de los puntos mas inmediatos á Cádiz. Tampoco se los dejaba tranquilos en otros mas distantes de las mismas Andalucías, ya por la parte de Murcia en que permanecia el ejército del centro, ya por la de Extremadura en que estaba el de la izquierda.

Ejército del centro en Murcia.

Puesto aquel á últimos de enero, segun queda referido, bajo las órdenes del general Blake, fué creciendo y disciplinándose en cuanto las circunstancias lo permitian, y fomentó con su presencia partidas que se levantaron en las montañas del lado de Cazorla y Úbeda, y en las Alpujarras.

A principios de marzo don Joaquin Blake con motivo de la entrada de Suchet en el reino de Valencia, movióse hácia aquella parte; mas enterado luego de la retirada de los franceses retrocedió á sus cuarteles, volviendo á unirse al general Freire, á quien con alguna tropa habia dejado en la frontera de Granada. Entonces fué cuando Blake recibió la órden de pasar á la Isla, quedando en ausencia suya don Manuel Freire al frente del ejército, cuya fuerza constaba de 12000 infantes y cerca de 2000 caballos con 14 piezas de artillería.

Correría de Sebastiani en aquel reino.

Hizo á poco una correría la vuelta de aquel punto el general Sebastiani acompañado de 8000 hombres. Enderezó-

se por Baza á Lorca, y Freire se replegó sobre Alicante, metiendo en Cartagena la 3ª division de su ejército al mando de don Pedro Otedo. Los franceses se adelantaron sin oposicion, y el 23 de abril se posesionaron de la ciudad de Murcia, siendo aquella la vez primera que pisaban su suelo. Los vecinos de mas cuenta y las autoridades se habian ausentado la víspera. Sebastiani anunció á su entrada que se respetarian las personas y las propiedades; pero no se conformó su porte con tan solemnes promesas.

Su conducta.

En la mañana del 24 fué á la catedral, y despues de mandar que se llevase preso á un canónigo revestido con su traje de coro hizo que se interrumpiesen los divinos oficios, obligando al cabildo eclesiástico á que inmediatamente se le presentase en el palacio episcopal. Provenia su enojo de que no se le hubiese cumplimentado al presentarse en la iglesia. Maltrató de palabra á los canónigos, y ordenó que en el término de dos horas le entregasen todos sus fondos. Pidiéndole el cabildo que por lo menos alargase el plazo á cuatro horas, respondió altaneramente: «Un conquistador » no deshace lo que una vez manda.»

Con no menos despego y altivez trató Sebastiani á los individuos de un ayuntamiento que se habia formado interinamente. Reprendióles por no haberle recibido con salvas de artillería y repique de campanas, imponiendo al vecindario en castigo 100,000 duros, suma que á muchos ruegos rebajó á la mitad. Tomaron ademas el general francés y los suyos, no contando las raciones y otros suministros, todo el dinero de los establecimientos públicos, y la plata y alhajas de los conventos, sin que se libertasen del saqueo varias casas principales.

Evácuale.

Esta correría ejecutada al parecer mas bien con intento de esquilmar el reino de Murcia, aun intacto de la rapacidad enemiga, que de afianzar el imperio del intruso, fué

muy pasajera. El 26 del mismo abril ya todos los franceses habian evacuado la ciudad, y bien les vino empezando á reinar grande efervescencia en la huerta y contornos. Idos los invasores, se ensañaron los paisanos en las personas y haciendas de los que graduaron de afectos á los enemigos, y mataron al corregidor interino don Joaquin Elgueta, el cual habia tambien corrido gran peligro de parte de los fránceses queriendo amparar á los vecinos. ¡Triste y no merecida suerte! Mejor hubieran los murcianos empleado sus puños en defenderse contra el comun enemigo, que haberse manchado con la sangre inocente de sus conciudadanos.

Partidas de Cazorla y de las Alpujarras.

Envió despues Freire la caballería y algunos infantes á la frontera de Granada, quedándose él en Elche. Con tal apoyo volvieron á fomentarse las partidas por el lado de Cazorla, y por el opuesto de las Alpujarras, y hubo muchos reencuentros entre ellas y cuerpos destacados del enemigo, compuestos de 200 á 400 hombres. La conducta de algunas tropas francesas contribuia tambien no poco á la irritacion de los habitantes, habiéndose mostrado feroces en Velez Rubio y otros pueblos, por lo que los vecinos defendian sus hogares de consuno, tocando á rebato y á manera de leones bravos. En las Alpujarras, ásperas pero deliciosas sierras, y en cuyas vertientes á la mar se dan las producciones del trópico, señaláronse varios partidarios como Mena, Villalabos, García y otros, aspirando los moradores, como ya en su tiempo decia Mármol, á que se les tuviese por invencibles.

Extremadura: ejército de la izquierda.

Andaba tambien á veces la guerra bastante viva en la parte de las Andalucías que linda con Extremadura. La junta de Badajoz, luego que Mortier se retiró el 12 de febrero de enfrente de la plaza, puso gran conato en derramar guerrillas hácia el reino de Sevilla y riberas del Tajo.

Caminó luego hácia las del Guadiana desde San Martin de Trevejos el ejército de la izquierda, excepto la division de la Carrera que quedó apostada para impedir las comunicaciones entre Extremadura y el país allende la sierra de Baños. Este ejército, unido á la fuerza que habia en Badajoz, constaba de unos 26000 infantes y de mas de 2000 hombres de caballería, la mitad desmontados. El marqués de la Romana le distribuyó colocando en su izquierda cerca de Castello de Vide y en Alburquerque 2 divisiones al mando de don Gabriel de Mendizabal y de don Cárlos Odonnell (hermano de don Enrique) una, y su cuartel general en Badajoz mismo, y otras 2 á su derecha en Olivenza y camino de Monasterio á las órdenes de los generales Ballesteros y Senen de Contreras. Servia de arrimo al ejército de Romana, ademas de Badajoz, la plaza de Yelves y otras no tan importantes que guarnecen ambas fronteras española y portuguesa, en donde tambien habia una division aliada que regia el general Hill. Se trabaron así de ambas partes continuos choques, ya que no batallas, y en algunos sostuvieron los españoles con ventaja la gloria de nuestras armas. Ballesteros por la derecha fué quien mas lidió, siendo notables los combates de 25 y 26 de marzo en Santa Olalla y el Ronquillo, los del 15 de abril y 26 de mayo en Zalamea y Aracena, junto con los de Burguillos y Monasterio que se dieron al finalizar junio; todos contra las tropas del mariscal Mortier. Era el principal campo de Ballesteros y su acogida el país montuoso que se eleva entre Extremadura, Portugal y reino de Sevilla, desde donde igualmente se daba la mano con los españoles del condado de Niebla. Sus servicios fueron dignos de loa, si bien á veces ponderaba sobradamente sus hechos.

Romana.

Ballesteros.

Don Cárlos Odonnell no dejaba tampoco de hostigar al enemigo por el lado izquierdo. Tenia allí que habérselas con

Don Cárlos Odonnell.

el 2º cuerpo á cargo del general Seynier, quien en principios de marzo, viniendo del Tajo, sentó sus reales en Mérida. Se escaramuzó con frecuencia entre unos y otros, y Reynier tambien hacia correrías contra las demas divisiones españolas, formalizándose en ocasiones las refriegas. Tal fué la que se trabó en 5 de julio entre él y los jefes Imaz y Morillo en Jerez de los Caballeros: los españoles se defendieron desde por la mañana hasta la caida de la tarde, y se retiraron con órden cediendo solo al número. Permaneció Reynier en aquellas partes hasta el 12 de julio, en cuyo tiempo repasó el Tajo aproximándose á los cuerpos de su nacion que iban á emprender, camino de Ciudad Rodrigo, la conquista de Portugal. Observóle en su marcha, moviéndose paralelamente, la division del general Hill.

Varias refriegas.

Siguió haciendo siempre la guerra en el mediodia de Extremadura el cuerpo del mariscal Mortier; mas este jefe disgustado con Soult anhelaba por alejarse, y aun pidió licencia para volver á Francia.

Molestaba la pertinaz resistencia de los españoles al mariscal Soult en tanto grado, que con nombre de reglamento dió el 9 de mayo un decreto ajeno de naciones cultas. En su contexto notábase, entre otras bárbaras disposiciones, una que se aventajaba á todas concebida en estos términos: «No hay ningun ejército español fuera del de » S. M. C. don José Napoleon; así todas las partidas que » existan en las provincias, cualquiera que sea su número » y sea quien fuere su comandante, serán tratados como » reuniones de bandidos..... Todos los individuos de estas » compañías que se cogieren con las armas en la mano, » serán al punto juzgados por el preboste y fusilados; sus » cadáveres quedarán expuestos en los caminos públicos.»

Decreto de Soult de 9 de mayo.

Así queria tratar el mariscal Soult á generales y oficiales, así á soldados, cuyos pechos quizá estaban cubiertos

de honrosas cicatrices, así á los que vencieron en Bailen y Tamames, confundiéndolos con foragidos. La Regencia del reino tardó algun tiempo en darse por entendida de tan feroz decreto con la esperanza de que nunca se llevaria á efecto. Pero víctima de él algunos españoles, publicó al fin en contraposicion otro en 15 de agosto, expresando que por cada español que así pereciese, se ahorcarian 3 franceses; y que « mientras el duque de Dalmacia no refor- » mase su sanguinario decreto..... seria considerado perso- » nalmente como indigno de la proteccion del derecho de » gentes, y tratado como un bandido si cayese en poder de » las tropas españolas. » Dolorosa y terrible represalia, pero que contuvo al mariscal Soult en su desacordado enojo.

Otro en respuesta de la Regencia de España.

Entibiaban tales providencias las voluntades aun de los mas afectos al gobierno intruso, coadyuvando tambien á ello en gran manera los yerros que Napoleon prosiguió cometiendo en su aciaga empresa contra la península. De los mayores por aquel tiempo fué un decreto que dió en 8 * de febrero, segun el cual se establecian en varias provincias de España gobiernos militares. Encubríase el verdadero intento so capa de que careciendo de energía la administracion de José, era preciso emplear un medio directo para sacar los recursos del país, y evitar así la ruina del erario de Francia exhausto con las enormes sumas que costaba el ejército de España. Todos empero columbraron en semejante resolucion el pensamiento de incorporar al imperio francés las provincias de la orilla izquierda del Ebro, y aun otras si las circunstancias lo permitiesen.

Decreto de Napoleon sobre gobiernos militares.

(* Ap. n. 5.)

El tenor mismo del decreto lo daba cási á entender. Cataluña, Aragon, Navarra y Vizcaya se ponian bajo el gobierno de los generales franceses, los cuales entendiéndose solo para las operaciones militares con el estado mayor del ejército de España, debian « en cuanto á la administracion

» interior y policía, rentas, justicia, nombramiento de em-
» pleados y todo género de reglamentos, entenderse con el
» emperador por medio del príncipe Neufchatel, mayor
» general. » Igualmente los productos y rentas ordinarias y extraordinarias de todas las provincias de Castilla la Vieja, reino de Leon y Asturias, se destinaban á la manutencion y sueldos de las tropas francesas, previniéndose que con sus entradas hubiera bastante para cubrir dichas atenciones.

Une á su imperio los estados pontificios y la Holanda.

Ya que tales providencias no hubiesen por sí mostrado á las claras el objeto de Napoleon, los procedimientos de este á la propia sazon respecto de otras naciones de Europa, probaban con evidencia que su ambicion no conocia límites. Los estados del papa en virtud de un senadoconsulto se unieron á la Francia, declarando á Roma segunda ciudad del imperio, y dando el título de rey suyo al que fuese heredero imperial. Debian ademas los emperadores franceses coronarse en adelante en la iglesia de San Pedro, despues de haberlo sido en la de *Notre Dame* de Paris. El senadoconsulto ostentoso en sus términos anunciaba el renacimiento del imperio de occidente, y decia: « mil años » despues de Carlo-Magno se acuñará una medalla con la » inscripcion *Renovatio imperii.* » Agregóse tambien á la Francia en este año la Holanda aunque regida por un hermano de Napoleon, y ocupó su territorio un ejército francés, imaginando el emperador en su desvarío, pues no merece otro nombre, que paises tan diversos en idioma y costumbres, tan distantes unos de otros, y cuya voluntad no era consultada para tan monstruosa asociacion, pudieran largo tiempo permanecer unidos á un imperio cimentado solo en la vida de un hombre.

En España muy en breve se empezaron á sentir las consecuencias del establecimiento de los gobiernos militares. Procuró ocultar aquella medida en tanto que pudo el ga-

binete de José conociendo su mal influjo. Los generales franceses aun en las provincias no comprendidas en el decreto «dispusieron luego á su arbitrio * (como afirman Azan- (* Ap. n. 6.)
» za y Ofárril), ó sin otra dependencia directa que la del
» emperador, de todos los recursos del país. Por consecuen-
» cia de esto las facultades del rey José (añaden los mis-
» mos) fueron disminuyendo hasta quedarse en una mera
» sombra de autoridad. »

Sumamente incomodó á José la inoportuna y arbitraria resolucion de su hermano, concebida en menoscabo de su poder y aun en desprecio de su persona. Trastornáronse tambien los ánimos de los españoles, sus adherentes, quienes ademas de ver en tal desacuerdo la prolongacion de la guerra, dolíanse de que España pudiese como nacion desaparecer de la lista de las de Europa. Porque entre los de este bando no obstante sus compromisos conservaban muchos el noble deseo de que su patria se mantuviese intacta y floreciente.

Inútil embajada á Paris de Azanza.

Menester pues era que por parte de ellos se pusiese gran conato en que el emperador revocase su decreto. Creyeron así oportuno enviar á Paris una persona escogida y de toda confianza, y nadie les pareció mas al caso que don Miguel José de Azanza, conocido de Napoleon ya en Bayona, (* Ap. n. 7.)
y ministro de genio suave y de índole conciliadora. * Hemos leido la correspondencia que con este motivo siguió Azanza; y nada mejor que ella prueba el desden y desprecio con que trataba al de Madrid el gabinete de Francia.

En principios de mayo llegó á Paris como embajador extraordinario el mencionado don Miguel. Tardó en presentar sus credenciales, y á mediados de junio de vuelta ya Napoleon desde 1º del mes de un viaje á la Bélgica, no habia aun tenido el ministro español ocasion de ver al emperador mas que una vez cuando le presentaron. Pasados

algunos dias mirábase Azanza como muy dichoso solo porque *ya le hablaban* *(son sus palabras). Satisfaccion poco duradera y de ninguna resulta. Prolongó su estancia en Paris hasta octubre, y nada logró, como tampoco el marqués de Almenara, que de Madrid corrió en su auxilio por el mes de agosto. Hubo momentos en que ambos vivieron muy esperanzados; hubo otros en que por lo menos creyeron que se daria á España en trueque de las provincias del Ebro el reino de Portugal: ilusiones que al fin se desvanecieron diciendo Azanza al rey José en uno de sus últimos oficios (24 de setiembre): * « El duque de Cadore » (Champagny) en una conferencia que tuvimos el miércoles » nos dijo expresamente, que el emperador exigia la cesion » de las provincias de mas acá del Ebro por indemnizacion » de lo que la Francia ha gastado y gastará en gente y di- » nero para la conquista de España. No se trata de darnos » á Portugal en compensacion. El emperador no se con- » tenta con retener las provincias de mas acá del Ebro, » quiere que le sean cedidas. » (* Ap. n. 8.) (* Ap. n. 9.)

Fuéronse por lo mismo estas organizando á la manera de Francia en cuanto permitian las vicisitudes de la guerra, y cierto que la providencia de su incorporacion al imperio se hubiera mantenido inalterable si las armas no hubieran trastrocado los designios de Napoleon. Suerte aquella fácil de prever despues de los acontecimientos de Bayona en 1808, segun los cuales, y atendiendo á la ambicion y poderío del emperador de los franceses, necesariamente el gobierno de José, privado de voluntad propia, tenia que sujetarse á fatal servidumbre de nacion extraña.

En una de las primeras cartas de la citada correspondencia * de don Miguel de Azanza, háblase de un suceso que por entonces hizo gran ruido en Francia, y cuyo relato tambien es de nuestra incumbencia. Fué pues una tentativa (* Ap. n. 10.)

Tentativa para libertar al rey Fernando.

hecha en vano para que pudiese el rey Fernando escaparse de Valencey. Habíanse propuesto varios de estos planes al gobierno español, los cuales no adoptó este por inasequibles, ó por lo menos no tuvieron resulta. En la actual ocasion tomó orígen semejante proyecto en el gabinete británico, siendo móvil y principal actor el baron de Kolly, enpleado ya antes en otras comisiones secretas. Muchos han tenido á este por irlandés, y así lo declaró él mismo; pero el general Savary, bien enterado de tales negocios, nos ha asegurado que era francés y de la Borgoña.

Baron de Kolly.

Kolly pasó á Inglaterra para ponerse de acuerdo con aquel ministerio, del cual era individuo el marqués de Wellesley, despues de su vuelta de España. Diéronsele á Kolly los medios necesarios para el logro de su empresa, y papeles que acreditasen su persona y comprobasen la veracidad de sus asertos. Desembarcó en la bahía de Quiberon, acercándose tambien á la costa una escuadrilla inglesa destinada á tomar á su bordo á Fernando. En seguida partió Kolly á Paris para dar comienzo á la ejecucion de su plan, de difícil éxito, ya por la extrema vigilancia del gobierno francés, ya por el poco ánimo que para evadirse tenian el rey y los infantes.

Vida de los príncipes en Valencey.

No hemos hablado de aquellos príncipes despues de su confinamiento en Valencey. Su estancia no habia hasta ahora ofrecido hecho alguno notable. Apenas en su vida diaria se habian desviado de la monótona y triste que llevaban en la corte de España. Divertíanse á veces en obras de manos, particularmente el infante don Antonio, muy aficionado á las de torno, y de cuando en cuando la princesa de Talleyrand los distraia con saraos ú otros entretenimientos. No les agradaba mucho la lectura, y como en la biblioteca del palacio se veian libros que, en el concepto del citado infante, eran peligrosos, permanecia este continuamente en acecho para impedir que sus sobrinos entrasen en aposen-

tos henchidos á su entender de oculta ponzoña. Así nos lo ha contado el mismo príncipe de Talleyrand. Salian poco del circuito del palacio y las mas veces en coche, llegando á punto la desconfianza de la policía francesa, que con tretas indignas de todo gobierno, cási siempre les estorbaba el ejercicio de á caballo.

La familia que los acompañó en su destierro antes de cumplirse el año fué separada de su lado, y confinados algunos de sus individuos á varias ciudades de Francia, entre ellos el duque de San Cárlos y Escóiquiz. Quedó solo don Juan Amézaga, pariente del último, hombre, con apariencias de honrado, de ocultos manejos, y harto villano para hacerse confidente y espía de la policía francesa.

Préndese á Kolly.

En tal situacion y con tantas trabas dificultoso era acercarse á los príncipes sin ser descubierto, y mas que todo llevar á feliz término el proyecto mencionado. Ni tanto se necesitó para que se malograse. Kolly á pocos dias de llegar á Paris fué preso, habiendo sido vendido por un pseudo-realista, y por un tal Richard, de quien se habia fiado. Metiéronle en Vincennes el 24 de marzo, y no tardó en tener un coloquio con Fouché, ministro de la policía general. Admirábase este de que hombres de buen seso hubiesen emprendido semejante tentativa, imposible (decia) de realizarse, no solo por las dificultades que en sí misma ofrecia, sino tambien porque Fernando no hubiera consentido en su fuga.

Insidiosa conducta de la policía francesa.

Sin embargo aunque estuviese de ello bien persuadida la policía francesa, quisieron sus empleados asegurarse aun mas, ya fuera para sondear el ánimo de los príncipes, ó ya quizá para tener motivo de tomar con sus personas alguna medida rigurosa. En consecuencia se propuso á Kolly el ir á Valencey, y hablar á Fernando de su proyecto, dorando la policía lo infame de tal comision con el pretexto de que así se desengañaria Kolly, y veria cuál era la verdadera vo-

luntad del príncipe. Prometiósele en recompensa la vida y asegurar la suerte de sus hijos. Desechó honradamente Kolly propuesta tan insidiosa é inicua, y de resultas volviéronle á Vincennes donde continuó encerrado hasta la caida de Napoleon, siendo de admirar no pasase mas allá su castigo.

La policía, no obstante la repulsa del baron, no desistió de su intento, y queriendo probar fortuna envió á Valencey al bellaco de Richard, haciéndole pasar por el mismo Kolly. Abocóse primero en 6 de abril con Amézaga el disfrazado espía; mas los príncipes rehusando dar oidos á la proposicion, denunciaron á Richard como emisario inglés al gobernador de Valencey Mr. Berthemy, ora porque en realidad no se atrevieran á arrostrar los peligros de la huida, ora mas bien porque sospecharan ser Richard un echadizo de la policía. Terminóse aquí este negocio, en el que no se sabe si fué mas de maravillar la osadía de Kolly, ó la confianza del gobierno inglés en que saliera bien una empresa rodeada de tantas dificultades y escollos.

Cartas de Fernando.

Publicóse en el Monitor, con la mira sin duda de desacreditar á Fernando, una relacion del hecho acompañada de documentos, y antes en el mismo año se habian ya publicado otros, de que insertamos parte en un apéndice de los libros anteriores. Entre aquellos de que aun no hemos hablado, pareció notable una carta que Fernando habia escrito á Napoleon en 6 * de agosto de 1809 felicitándole por sus victorias. Notable tambien fué otra de 4 * de abril de 1810 del mismo príncipe á Mr. Berthemy, en que decia: « lo que ahora ocupa mi atencion es para mí un objeto del » mayor interes. Mi mayor deseo es ser hijo adoptivo de » S. M. el emperador, nuestro soberano. Yo me creo mere- » cedor de esta adopcion, que verdaderamente haria la fe- » licidad de mi vida, tanto por mi amor y afecto á la sa-

(* Ap. n. 11.)

(* Ap. n. 12.)

» grada persona de S. M., como por mi sumision y entera » obediencia á sus intenciones y deseos. » No se esparcian mucho por España estos papeles, y aun los que los leian considerábanlos como pérfido invento de Napoleon. A no ser así, ¡qué terrible contraste no hubiera resaltado entre la conducta del rey y el heroismo de la nacion!

APENDICES

AL TOMO SEGUNDO.

APÉNDICES

AL TOMO SEGUNDO.

APÉNDICES.

LIBRO SEXTO.

NUMERO 1.º

LISTA *de los individuos que compusieron la Junta suprema central gubernativa de España é Indias por el órden alfabético de las provincias que los nombraron.*

POR ARAGON.

Don Francisco Palafox y Melci, gentil hombre de cámara de S.M. con ejercicio, brigadier del ejército, y oficial de reales guardias de Corps.

Don Lorenzo Calvo de Rozas, vecino de Madrid é intendente del ejército y reino de Aragon.

ASTURIAS.

Don Gaspar Melchor de Jovellanos, caballero de la órden de Alcántara, del Consejo de Estado de S. M., y antes ministro de Gracia y Justicia.

Marqués de Camposagrado, teniente general del ejército é inspector general de las tropas del principado de Asturias.

CANARIAS.

Marqués de Villanueva del Prado.

CASTILLA LA VIEJA.

Don Lorenzo Bonifaz y Quintano, dignidad de prior de la santa iglesia de Zamora.

Don Francisco Javier Caro, catedrático de leyes de la universidad de Salamanca.

CATALUÑA.

Marqués de Villel conde de Darnius, grande de España y gentil hombre con ejercicio.

Baron de Sabasona.

CÓRDOBA.

Marqués de la Puebla de los Infantes, grande de España.

Don Juan de Dios Gutierrez Rabé.

EXTREMADURA.

Don Martin de Garay, intendente de Extremadura y ministro honorario del Consejo de Guerra: fué el primer secretario general y despachó interinamente los negocios de Estado.

Don Felix Ovalle, tesorero de ejército de Extremadura.

GALICIA.

Conde de Gimonde.

Don Antonio Aballe.

GRANADA.

Don Rodrigo Riquelme, regente de la chancillería de Granada.

Don Luis de Fúnes, canónigo de la santa iglesia de Santiago.

JAEN.

Don Francisco Castanedo, canónigo de la santa iglesia de Jaen, provisor y vicario general de su obispado.

Don Sebastian de Jócano, del Consejo de S. M. en el Tribunal de Contaduría mayor, y contador de la provincia de Jaen.

LEON.

Frey don Antonio Valdés, bailío gran cruz de la órden de san Juan, caballero del Toison de Oro, gentil hombre de cámara con ejercicio, capitan general de la armada, consejero de Estado, y antes ministro de Marina é interino de Indias.

El vizconde de Quintanilla.

MADRID.

Conde de Altamira, marqués de Astorga, grande de España, caballero del Toison de Oro, gran cruz de la órden de Cárlos III, caballerizo

mayor y gentil hombre de cámara de S. M. con ejércicio. Fué presidente de la Junta.

Don Pedro de Silva, patriarca de las Indias, gran cruz de la órden de Cárlos III, y antes mariscal de campo de los reales ejércitos. Falleció en Aranjuez y no fué reemplazado.

MALLORCA.

Don Tomás de Verí, caballero de la órden de San Juan, teniente coronel del regimiento de voluntarios de Palma. Conde etc.

MURCIA.

Conde de Flóridablanca, caballero del Toison de Oro, gran cruz de la órden de Cárlos III, gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio, y antes primer secretario de Estado, interino de Gracia y Justicia. Fué el primer presidente de la Junta central. Falleció en Sevilla y fué subrogado por el

Marqués de San Mamés, que no tomó posesion.

Marqués del Villar.

NAVARRA.

Don Miguel de Balanza. } Individuos de la muy ilustre diputacion
Don Cárlos de Amatria. } del reino de Navarra.

TOLEDO.

Don Pedro de Ribero, canónigo de la santa iglesia de Toledo. Fué secretario general.

Don José García de la Torre, abogado de los reales Consejos.

SEVILLA.

Don Juan de Vera y Delgado, arzobispo de Laodicea, coadministrador del señor cardenal de Borbon en el de Sevilla, y despues obispo de Cádiz. Fué presidente de la Junta central.

Conde de Tilly.

VALENCIA.

Conde de Contamina, grande de España, gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio.

Príncipe Pio, grande de España, coronel de milicias. Falleció en Aranjuez y fué subrogado por el

Marqués de la Romana, grande de España, teniente general de los reales ejércitos y general en jefe del ejército de la izquierda.

Es de advertir qne aunque 35 los individuos de la central, nunca hubo reunidos sino 34, habiendo fallecido en Aranjuez sin ser reemplazado don Pedro de Silva.

NUMERO. 2.°

Nam ut quisque est vir optimus, ita dificillimè esse alios improbos suspicatur. (*Cic. ad Quintum Fratrem, lib. I, Epist. I.*)

NUMERO 3.°

Véase el manifiesto de los procedimientos del Consejo real.

NUMERO 4.°

Et Hispani tarditatis notati sunt: *me venga la muerte de España: veniet mors mea de Hispania.* Tum scio cunctanter veniet. Franc. Baconi de Verulamio. Sermones fideles = 25 de expediendis negotiis.

NUMERO 5.°

Véase la Memoria escrita por los señores Azanza y Ofárril.

NUMERO 6.°

Sæpius enim penuria quam pugna consumit exercitum et ferro sævior fames est. (*Veget. de re militari, lib. III, c. III.*)

NUMERO 7.°

Véase Mariana: Historia de España, lib. VIII, cap. XI.

NUMERO 8.°

Capitulacion que la junta militar y politica de Madrid propone á S. M. I. y R. el emperador de los franceses.

ARTÍCULO 1.° La conservacion de la religion católica, apostólica y romana sin que se tolere otra, segun las leyes. = *Concedido.*

ART. 2.° La libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos y residentes en Madrid, y los empleados públicos: la conservacion de sus empleos, ó su salida de esta corte, si les conviniese. Igualmente las vidas, derechos y propiedades de los eclesiásticos seculares y regulares de ambos sexos, conservándose el respeto debido á los templos, todo con arreglo á nuestras leyes y prácticas. = *Concedido.*

Art. 3.° Se asegurarán tambien las vidas y propiedades de los militares de todas graduaciones. = *Concedido.*

Art. 4.° Que no se perseguirá á persona alguna por opinion ni escritos políticos, ni tampoco á los empleados públicos por razon de lo que hubieren ejecutado hasta el presente en el ejercicio de sus empleos, y por obediencia al gobierno anterior, ni al pueblo por los esfuerzos que ha hecho para su defensa. = *Concedido.*

Art. 5.° No se exigirán otras contribuciones que las ordinarias que se han pagado hasta el presente. = *Concedido hasta la organizacion definitiva del reino.*

Art. 6.° Se conservarán nuestras leyes, costumbres y tribunales en su actual constitucion. = *Concedido hasta la organizacion definitiva del reino.*

Art. 7.° Las tropas francesas ni los oficiales no serán alojados en casas particulares sino en cuarteles y pabellones, y no en los conventos ni monasterios, conservando los privilegios concedidos por las leyes á las respectivas clases. = *Concedido, bien entendido que habrá para los oficiales y para los soldados cuarteles, pabellones mueblados conforme á los reglamentos militares, á no ser que sean insuficientes dichos edificios.*

Art. 8.° Las tropas saldrán de la villa con los honores de la guerra, y se retirarán donde les convenga. = *Las tropas saldrán con los honores de la guerra; desfilarán hoy 4 á las dos de la tarde; dejarán sus armas y cañones: los paisanos armados dejarán igualmente sus armas y artillería, y despues los habitantes se retirarán á sus casas y los de fuera á sus pueblos.*

Todos los individuos alistados en las tropas de línea de cuatro meses á esta parte, quedarán libres de su empeño y se retirarán á sus pueblos.

Todos los demas serán prisioneros de guerra hasta su cange, que se hará inmediatamente entre igual número grado á grado.

Art. 9.° Se pagarán fiel y constantemente las deudas del estado. = *Este objeto es un objeto político que pertenece á la asamblea del reino, y que pende de la administracion general.*

Art. 10. Se conservarán los honores á los generales que quieran quedarse en la capital, y se concederá la libre salida á los que no quieran. = *Concedido: continuando en su empleo, bien que el pago de sus sueldos será hasta la organizacion definitiva del reino.*

Art. 11 adicional. Un destacamento de la guardia tomará posesion hoy 4 á mediodia de las puertas de palacio. Igualmente á mediodia se entregarán las diferentes puertas de la villa al ejército francés.

A mediodia el cuartel de guardias de Corps y el hospital general se entregarán al ejército francés.

A la misma hora se entregarán el parque y almacenes de artillería é ingenieros á la artillería é ingenieros franceses.

Las cortaduras y espaldones se desharán, y las calles se repararán.

El oficial francés que debe tomar el mando de Madrid acudirá á mediodia con una guardia á la casa del Principal, para concertar con el gobierno las medidas de policía y restablecimiento del buen órden y seguridad pública en todas las partes de la villa.

Nosotros los comisionados abajo firmados, autorizados de plenos poderes para acordar y firmar la presente capitulacion, hemos convenido en la fiel y entera ejecucion de las disposiciones dichas anteriormente.

Campo imperial delante de Madrid 4 de diciembre de 1808. = Fernando de la Vera y Pantoja. = Tomás de Morla. = Alejandro. (*Príncipe de Neufchatel.*) *Véase la Gaceta de gobierno de Sevilla de* 6 *de enero de* 1809.

LIBRO SÉPTIMO.

NUMERO 1.°

Narrative of the peninsular war. By Marquess of Londonderry. Chapter 10, *vol.* 1.°

NUMERO 2.°

Mémoires sur la révolution d'Espagne par Mr. de Prodt, pág. 223 *et suiv.*

NUMERO 3.°

Journal des opérations de l'armée de Catalogne, par le maréchal Gouvion Saint-Cyr. Ch. 1.er

NUMERO 4.°

Carta del mariscal Moncey.

Señores: la ciudad de Zaragoza se halla sitiada por todas partes, y no tiene ya comunicacion alguna. Por tanto podemos emplear contra la plaza todos los medios de destruccion que permite el derecho de la guerra. Sobrada sangre se ha derramado, y hartos males nos cercan y combaten. La 5ª division del ejército grande á las órdenes del señor mariscal Mortier, duque de Treviso, y la que yo mando, amenazan los muros. La villa de Madrid ha capitulado, y de este modo se ha preservado de los infortunios que le hubiera acarreado una resistencia mas prolongada. Señores, la ciudad de Zaragoza, confiada en el valor de

sus vecinos, pero imposibilitada á superar los medios y esfuerzos que el arte de la guerra va á reunir contra ella si da lugar á que se haga uso de ellos, será inevitable su destruccion total.

El señor mariscal Mortier y yo creemos que ustedes tomarán en consideracion lo que tengo la honra de exponerles, y que convendrán con nosotros en el mismo modo de opinar. El contener la efusion de sangre, y preservar la hermosa Zaragoza, tan estimable por su poblacion, riquezas y comercio, de las desgracias de un sitio, y de las terribles consecuencias que podrán resultar, seria el camino para granjearse el amor y bendiciones de los pueblos que dependen de ustedes. Procuren ustedes atraer á sus ciudadanos á las máximas y sentimientos de paz y quietud, que por mi parte aseguro á ustedes todo cuanto puede ser compatible con mi corazon, mi obligacion, y con las facultades que me ha dado S. M. el emperador.

Yo envio á ustedes este despacho con un parlamentario: y les propongo que nombren comisarios para tratar con los que yo nombraré á este efecto.

Quedo de ustedes con la mayor consideracion.=Señores.=El mariscal Moncey.=Cuartel general de Torrero 22 de diciembre de 1808.

Respuesta del general Palafox.

El general en jefe del ejército de reserva responde de la plaza de Zaragoza. Esta hermosa ciudad no sabe rendirse. El señor mariscal del imperio observará todas las leyes de la guerra, y medirá sus fuerzas conmigo. Yo estoy en comunicacion con todas partes de la península, y nada me falta. Sesenta mil hombres resueltos á batirse no conocen mas premio que el honor ni yo que los mando. Tengo esta honra, que no la cambio por todos los imperios.

S. E. el mariscal Moncey se llenará de gloria si observando las nobles leyes de la guerra me bate: no será menor la mia si me defiendo. Lo que digo á V. E. es que mi tropa se batirá con honor, y desconozco los medios de la opresion que aborrecieron los antiguos mariscales de Francia.

Nada le importa un sitio á quien sabe morir con honor, y mas cuando ya conozco sus efectos en 61 dias que duró la vez pasada. Si no superendirme entonces con menos fuerzas, no debe V. E. esperarlo ahora, cuando tengo mas que todos los ejércitos que me rodean.

La sangre española vertida nos cubre de gloria; al paso que es ignominioso para las armas francesas haber vertido la inocente.

El señor mariscal del imperio sabrá que el entusiasmo de once millones de habitantes no se apaga con opresion, y que el que quiere ser libre lo es. No trato de verter la sangre de los que dependen de mi gobierno; pero no hay uno que no la pierda gustoso por defender su patria. Ayer las tropas francesas dejaron á nuestras puertas bastantes testimonios de esta verdad, no hemos perdido un hombre, y creo poder estar yo mas en proporcion de hablar al señor mariscal de rendicion, si no quiere perder todo su ejército en los muros de esta plaza. La prudencia, que le es tan característica y que le da el renombre de bueno, no podrá mirar con indiferencia estos estragos, y mas cuando ni la guerra, ni los españoles los causan ni autorizan.

Si Madrid capituló, Madrid habrá sido vendido, y no puedo creerlo; pero Madrid no es mas que un pueblo, y no hay razon para que este ceda.

Solo advierto al señor mariscal, que cuando se envia un parlamento no se hacen bajar 2 columnas por distintos puntos, pues se ha estado á pique de romper el fuego, creyendo ser un reconocimiento mas que un parlamento.

Tengo el honor de contestar á V. E., señor mariscal Moncey, con toda atencion en el único lenguaje que conozco, y asegurarle mis mas sagrados deberes. Cuartel general de Zaragoza 22 de diciembre de 1808. = El general Palafox.

Numero 5.°

capitulacion.

Artículo 1.° La guarnicion de Zaragoza saldrá mañana 21 al mediodia de la ciudad con sus armas por la puerta del Portillo, y las dejará á cien pasos de la puerta mencionada.

Art. 2.° Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas prestarán juramento de fidelidad á S. M. C. el rey José Napoleon I.

Art. 3.° Todos los oficiales y soldados españoles que hayan prestado juramento de fidelidad, podrán, si quieren, entrar al servicio de S. M. C.

Art. 4.° Los que no quieran tomar servicio irán prisioneros de guerra á Francia.

Art. 5.° Todos los habitantes de Zaragoza y los extranjeros, si los hubiere, serán desarmados por los alcaldes, y las armas se entregarán en la puerta del Portillo al mediodia del 21.

Art. 6.° Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas de S. M. el emperador y rey.

Art. 7.° La religion y sus ministros serán respetados: se pondrán guardias en las puertas de los principales edificios.

Art. 8.° Mañana al mediodia las tropas francesas ocuparán todas las puertas de la ciudad y el palacio del Coso.

Art. 9.° Mañana al mediodia se entregarán á las tropas de S. M. el emperador y rey toda la artillería y las municiones de toda especie.

Art. 10. Las cajas militares y civiles todas se pondrán á disposicion de S. M. católica.

Art. 11. Todas las administraciones civiles y toda clase de empleados prestarán juramento de fidelidad á S. M. C.

La justicia se ejercerá como hasta aquí y se hará á nombre de S. M. C. José Napoleon I. Cuartel general delante de Zaragoza 20 de febrero de 1809. =Firmado.=Lannes.

En comprobacion de haberse concluido en toda forma esta capitulacion, léase la representacion hecha á José por la junta de Zaragoza en 11 de marzo de 1809 é inserta en la Gaceta de Madrid de 19 del mismo mes y año, y en la que se dice, « quedó acordada la capitula- » cion, que fué ratificada y cangeada en debida forma. »

Numero 6.°

He aqui la lista y evaluacion de las alhajas extraidas.

1.ª Una joya con 1900 brillantes, 9 de ellos de extraordinaria magnitud y muy subido valor. Su hechura un corazon que en el centro figuraba un cisne, tendidas las alas, y descansando en el tronco con un polluelo á cada lado. Dádiva testamentaria de la reina de España doña María Bárbara de Portugal. Valuada en pesos fuertes. . . . 50,000

2.ª Una corona de la Vírgen, que en 1775 costeó el arzobispo de esta diócesis don Juan Saenz de Burruaga, de oro guarnecida de diamantes, rubíes y topacios brillantes; en el círculo formados de diamantes los atributos de la Vírgen, á saber: nave, pozo, fuente, castillo, luna,

sol, estrella, torre, palma, lirio, rosa y cedro: en el centro un triángulo de diamantes del cual se desprendia una palomita de lo mismo en ademan de mirar á María, y en lo alto un pectoral de finísimos topacios: costó pesos. . . . 30,000

3.ª Otra para el niño, dádiva del mismo prelado, á cuya muerte no pudo recobrarse hasta el año 1780, de oro y diamantes y rubíes brillantes, por remate una cruz y en el pie un círculo de oro con un diamante tostado: pesos. 5,000

4.ª Dos retratos guarnecidos de brillantes del emperador Francisco I y de la emperatriz su esposa María Teresa de Austria, reina de Ungría y Bohemia, que por testamento dejó á nuestra Señora el excelentísimo señor don Antonio Azlor: pesos. 16,000

5.ª Un clavel jaspeado de chispas de diamantes y rubíes brillantes, sobre un pié de esmeraldas orientales, puestas en oro, con sus dos capullos el uno cerrado y el otro abierto, con su gancho largo de oro y puesto en una cajita de zapa verde con su charnela de plata. Le dió á María Santísima la excelentísima señora doña María Teresa de Vallabriga, esposa del serenísimo señor infante de España don Luis de Borbon, año 1788: valorado en pesos. 7,000

6.ª Una cruz de la órden de Santiago con 68diamantes montados en oro por dos caras, todos rosas y tan bellos, que por su blancura parecian cortados de una pieza: valuada en pesos. 8,418

7.ª Una joya con 106 diamantes rosas, de esquisita limpieza y blancura y un precioso esmalte que regaló á María Santísima el serenísimo señor don Juan de Austria el dia de la Concepcion de 1669: pesos. 6,891½

8.ª Una venera de la órden de Calatrava de oro esmaltado con 52 diamantes rosas, algunos gruesos y muy finos todos. La dió el excelentísimo señor conde de Baños: apreciada en pesos. 3,943

9.ª Un par de pendientes con 28 diamantes rosas muy preciosos montados en oro, que dejó en 1743 doña María Ignacia de Azlor: valorados sin hechuras en pesos. . . . 1,855

10. Un corazon de aljófar grande y bello con algunos rubíes, esmeraldas y diamantes: pesos. 116

11. Una joya con corona de oro y 64 diamantes rosas: pesos. 128
12. Otra de oro con 59 diamantes: pesos. 60

Suman todas: pesos. 129,411 1/2

El mariscal Mortier fué el único que rehusó el regalo que le presentaron; mas la alhaja parece no volvió al joyero.

NUMERO 7.º

Véase el «Manifiesto del vecindario de Aragon» publicado por don Antonio Plana é impreso en Zaragoza en 1814, segun razon tomada por el alcalde mayor de Zaragoza don Ángel Morell de Solanilla.

NUMERO 8.º

Relation des sièges de Saragosse et de Tortose, par le baron Rogniat, Avant propos.

LIBRO OCTAVO.

NUMERO 1.°

VÉASE *el decreto de* 12 *de abril de* 1809, *inserto en el Suplemento á la Gaceta del gobierno de Sevilla de* 15 *de mayo de* 1809.

NUMERO. 2.°

Véase el Prontuario de las leyes y decretos de José, tom. I, pág. 109.

NUMERO 3.°

Véase el manifiesto de la Junta central; sesion tercera, Hacienda: documentos justificativos, núm. 38 *y siguientes.*

Entre los donativos y anticipaciones extraordinarias de América se cuentan, entre muchos que ascendieron á 1 millon y 2 millones, el de don Antonio Basoco de 4 millones de reales, y el del gobernador del Estado don Manuel Santa María, que fué de 8 millones de la misma moneda. (*Véase sobre esto último la Gaceta extraordinaaia del gobierno de Sevilla del* 8 *de diciembre de* 1809.)

NUMERO 3.° BIS.

El rey nuestro señor don Fernando VII, y en su real nombre la Junta suprema central gubernativa del reino, considerando que los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias no son

propiamente colonias ó factorías como los de otras naciones, sino una parte esencial é integrante de la monarquía española; y deseando estrechar de un modo indisoluble los sagrados vínculos que unen unos y otros dominios, como asímismo corresponder á la heróica lealtad y patriotismo de que acaban de dar tan decisiva prueba á la España en la coyuntura mas crítica que se ha visto hasta ahora nacion alguna, se ha servido S. M. declarar, teniendo presente la consulta del Consejo de Indias de 21 de noviembre último, que los reinos, provincias é islas que forman los referidos dominios, deben tener representacion nacional é inmediata á su real persona, y constituir parte de la Junta central gubernativa del reino por medio de sus correspondientes diputados. Para que tenga efecto esta real resolucion han de nombrar los vireinatos de Nueva-España, el Perú, nuevo reino de Granada, y Buenos-Aires, y las capitanías generales independientes de la isla de Cuba, Puerto-Rico, Goatemala, Chile, provincias de Venezuela y Filipinas, un individuo cada cual que represente su respectivo distrito. En consecuencia dispondrá V. E. que en las capitales, cabezas de partido del vireinato de su mando, [1] inclusas las provincias internas, procedan los ayuntamientos á nombrar tres individuos de notoria probidad, talento é instruccion, exentos de toda nota que pueda menoscabar su opinion pública; haciendo entender V. E. á los mismos ayuntamientos la escrupulosa exactitud con que deben proceder á la eleccion de dichos individuos, y que prescindiendo absolutamente los electores del espíritu de partido que suele dominar en tales casos, solo atiendan al rigoroso mérito de justicia vinculado en las calidades que constituyen un buen ciudadano y un celoso patricio.

Verificada la eleccion de los tres individuos, procederá el ayuntamiento con la solemnidad de estilo á sortear uno de los tres, segun la costumbre, y el primero que salga se tendrá por elegido. Inmediatamente participará á V. E. el ayuntamiento con testimonio el sugeto que haya salido en suerte, expresando su nombre, apellido, patria, edad, carrera ó profesion y demas circunstancias políticas y morales de que se halle adornado.

Luego que V. E. haya recibido en su poder los testimonios del individuo sorteado en esa capital y demas del vireinato, procederá con el real acuerdo [2] y prévio exámen de dichos testimonios, á elegir tres

[1] Méjico.

[2] Isla de Cuba. Procederá con el real acuerdo, si existiese en la Habana, y en

individuos de la totalidad en quienes concurran cualidades mas recomendables, bien sea que se le conozca personalmente, bien por opinion y voz pública; y en caso de discordia decidirá la pluralidad.

Esta terna se sorteará en el real acuerdo [1] presidido por V. E., y el primero que salga se tendrá por elegido y nombrado diputado de ese reino [2] y vocal de la Junta suprema central gubernativa de la monarquía, con expresa residencia en esta corte.

Inmediatamente procederán los ayuntamientos de esa y demas capitales á extender los respectivos poderes ó instrucciones, expresando en ellas los ramos y objetos de interes nacional que haya de promover.

En seguida se pondrá en camino con destino á esta corte, y para los indispensables gastos de viajes, navegaciones, arribadas, subsistencia y decoro con que se ha de sostener, tratará V. E. en junta superior de real Hacienda la cuota que se le haya de señalar, bien entendido que su porte, aunque decoroso, ha de ser moderado, y que la asignacion de sueldo no ha de pasar de 6,000 pesos fuertes anuales.

Todo lo cual comunico á V. E. de órden de S. M. para su puntual observancia y cumplimiento, advirtiendo que no haya demora en la ejecucion de cuanto va prevenido. Dios guarde á V. E. muchos años. Real palacio del Alcázar de Sevilla 22 de enero de 1809.

Numero 4.°

Señor ministro de la corte de Lóndres: muy señor mio. He dado cuenta á la suprema Junta central de la nota que V. S. se ha servido pasarme con fecha de 27 de febrero último, relativa á la guarnicion de la plaza de Cádiz por las tropas inglesas, y asímismo de la carta del general don Gregorio de la Cuesta que V. S. me incluye original, y tengo el honor de devolver adjunta: y S. M. queda enterado de que no encontrando V. S. por la respuesta del general Cuesta una necesidad imperiosa ó urgente de hacer marchar á su ejército el pequeño cuerpo de tropas británicas que V. S. queria enviarle de refuerzo (obteniendo el permiso de que ese cuerpo dejase una fraccion suya en la plaza de

su defecto con el reverendo obispo, el intendente, un miembro del ayuntamiento y prior del consulado y prévio exámen, etc.

[1] O junta.

[2] O isla. — Puerto-Rico. Procederá con el reverendo obispo, y un miembro del ayuntamiento, y prévio exámen, etc. — En otra parte. — Tratará V. S. en la junta y con los ministros de estas reales cajas la cuota, etc.

Cádiz), ha escrito V. S. al general Mackecuse, para que los transportes vuelvan á Lisboa, donde su presencia parece necesaria segun los avisos que acaba de recibir. Con este motivo manifiesta V. S. que le ha parecido no seria ni decente ni conveniente insistir en la admision de beneficio, cuyas consideraciones inseparables eran miradas con una especie de repugnancia. V. S. tendrá presente cuanto sobre este particular he tenido el honor de manifestarle en nuestras conferencias; pero la suprema Junta me manda presentar á V. S. algunas observaciones que cree de importancia. Empezaré por repetir á V. S. que la suprema Junta está muy léjos de concebir la menor sospecha contra los deseos que V. S. ha manifestado de que quedasen en la plaza de Cádiz algunas tropas británicas. La lealtad del gobierno inglés, la generosidad con que ha acudido á nuestro socorro, y la franqueza que ha usado con el gobierno español hacen imposible toda sospecha. Pero la suprema Junta debe respetar la opinion pública nacional; y así se ha propuesto observar una conducta mesurada y prudente que la ponga á cubierto de toda censura. Si el estado presente de nuestros negocios militares fuese tan apurado que hiciese temer alguna próxima amenaza contra Cádiz; si nuestras propias fuerzas fuesen incapaces de defender aquel punto; si faltasen otros sumamente importantes donde puede ser combatido el enemigo con el mejor suceso, la suprema Junta no tendria el temor de chocar con la opinion pública, admitiendo tropas extranjeras en aquella plaza; porque la opinion pública no podria menos de formarse sobre este estado supuesto de cosas. Mas V. S. sabe que nada de esto sucede; que nuestros ejércitos se mantienen un puntos muy distantes de Cádiz; que aquella plaza está por ahora exenta de toda sorpresa; que aun cuando las cosas sucediesen tan mal, como no podemos esperar, le quedarian al enemigo mucho terreno y muchos obstáculos que vencer antes de amenazar á Cádiz; que en ningun caso podia faltar tiempo para replegarse sobre una plaza fácil de defender, y que no puede mirarse sino como un último punto de retirada; y por último, que esos puntos extremos no deben defenderse en ellos mismos, á menos de un caso apurado, y sí en otros mas adelantados. Así es que el ejército de Extremadura defiende por aquella parte la entrada de los enemigos, como la defiende por Sierramorena el ejército de la Carolina y del centro combinados. En estos puntos es necesario convenir que está la defensa de las Andalucías; y por eso S. M. hace todo lo posible para reforzarlos. Allí está el enemigo, que de algun tiempo á esta parte no ha podido hacer el menor progreso; y allí, si conseguimos reunir fuerzas supe-

riores, se puede dar un golpe decisivo al enemigo, al paso que no será nunca tal contra nosotros el que él pudiera darnos. Por otra parte ve V. S. que la Cataluña se defiende valerosamente sin dejar al enemigo adelantar un paso; y que Zaragoza, que debe mirarse como un antemural, resiste heróicamente á los repetidos ataques y hace pagar bien caro al enemigo su obstinada porfía. Es pues evidente que los poderosos auxilios de la Gran Bretaña serian infinitamente útiles en el ejército de Extremadura, en el de la Carolina, y en Cataluña, donde podria servir directa ó indirectamente á la defensa de Zaragoza. Esta es la opinion de la suprema Junta, de la nacion entera, y esta será sin duda la de quien contemple con imparcialidad el verdadero estado de las cosas. La suprema Junta espera que V. S. reflexionando detenidamente sobre esta franca exposicion, entrará en sus ideas, y se lisonjea de que ellas merecerán el aprecio del gobierno de S. M. B., ya por el valor que ellas tienen, y ya por la deferencia que el mismo gobierno ha manifestado hácia la suprema Junta; pues al dar el ministro británico parte de su pensamiento sobre la entrada de tropas inglesas en Cádiz al ministro de S. M. en Lóndres, solo se la presentó como una idea que debia comunicarse á la suprema Junta para oir su opinion acerca de ella. De aquí nace en gran parte la confianza que tiene S. M. sobre los sentimientos de S. M. B. en este asunto, luego que le sean presentes estas justas observaciones.

Debe tambien considerarse que desembarcando las tropas auxiliares en los puntos que se han indicado á V. S. en las inmediaciones de Cádiz, y dirigiéndose á reforzar el ejército del general Cuesta donde pueden cubrirse de gloria, siempre encontrarán en Cádiz una segura retirada en caso de desgracia. Pero si un cuerpo desde luego poco numeroso hubiese de dejar en Cádiz parte de su fuerza para asegurar en tanta distancia la retirada, V. S. convendrá que semejante socorro inspiraria á la nacion poca confianza, sobre todo despues de los sucesos de la Galicia. V. S. cree que todos los transportes deben volver á Lisboa, donde juzga necesaria su presencia, y ha comunicado en su consecuencia las órdenes al efecto. De esta medida pudiera decirse lo que de la que acabo de exponer, á saber: que la suprema Junta tiene la firme opinion de que el Portugal no puede defenderse en Lisboa, y de que el mayor número de tropas deberia emplearse en las líneas mas adelantadas donde se halla el enemigo, y donde puede ser derrotado de un modo que sea decisivo en sus consecuencias. Por todas estas razones está persuadida la suprema Junta de que si el gobierno británico

resolviese que sus tropas no obren unidas con las nuestras sino con la condicion indicada, jamas podrá imputársela esa no cooperacion. No puede ocultarse á la discreta ilustracion de V. S. que la suprema Junta debe obrar en todas ocasiones, y mucho mas en las presentes circunstancias, de tal modo, que si por hipótesi fuere necesario manifestar á la nacion y á la Europa entera las razones de su conducta en todos, ó en algunos de los grandes negocios que ocupan la atencion de S. M., pueda hacerlo con aquella seguridad y aquellos fundamentos que la concilien la opinion general, que es el primero y principal elemento de su fuerza.

S. M. espera que tomadas por V. S. en séria consideracion estas observaciones, serán presentadas por V. S. al gobierno de S. M. B. como los sentimientos francos de un aliado fiel y reconocido, que cuenta en tan honrosa lucha con el auxilio eficaz de las tropas inglesas. Tengo con este motivo el honor etc. = Dios etc. = Sevilla 1° de marzo de 1809. = B. L. M. de V. S. etc. = Martin de Garay.

NUMERO 5.°

Véase la Gaceta extraordinaria del gobierno de Sevilla de 24 de abril de 1809 y el Suplemento á la misma del 8 de mayo del mismo.

NUMERO 6.°

Esta correspondencia se insertó integra en el Suplemento á la Gaceta del gobierno de Sevilla de 12 de mayo de 1809. Todas las contestaciones honran á sus autores, como tambien otra que dió mas adelante y sobre el mismo asunto al general Sebastiani don Francisco Abadía. Esta se insertó en la Gaceta del gobierno de Sevilla de 29 de mayo de 1809.

NUMERO 7.°

	Reales.
Las rentas ordinarias de la provincia de Asturias produjeron entonces al año lo mismo que antes.....	8.000,000
Los donativos.....	4.000,000
Un préstamo.....	3.500,000
Así el total que entró en arcas desde mayo de 1808 hasta mayo de 1809 de rentas y recursos de la provincia, fué de unos.....	15.500,000

Deben agregarse á estos 15.500,000 reales vellon, 20 millones de reales que vinieron de Inglaterra; mas de los últimos habiéndose enviado

2 á la central, quedan reducidos á 18, ascendiendo por consiguiente el total á 35.500,000 reales vellon. Durante este tiempo mantuvo la provincia constantemente de 18 á 20000 hombres sobre las armas, á los que al principio dió hasta una peseta diaria. Véase si con este gasto y lo que costaba el pago de las autoridades civiles habia lugar á dilapidaciones. Ademas el marqués de Vista-Alegre, que estaba al frente de la hacienda del principado, era hombre de gran severidad en la materia é incapaz de entrar en ningun manejo deshonroso y feo.

NUMERO 8.º

D. Argenton se escapó por la noche luego que los franceses salieron de Oporto. Pasó á Inglaterra y de allí parece ser que yendo á Francia para sacar á su mujer y á sus hijos fué arcabuceado.

NUMERO 9.º

Sabe V. M. que hace mas de cinco meses que no he recibido órdenes ni noticias, ni socorros: por consiguiente carezco de muchas cosas, é ignoro las disposiciones generales. El general de brigada Vialenes se hallaba muy cansado, y me dijo en Lugo que estaba malo. Conocí que su dolencia no era tan grave como decia; pero viendo su temor le mandé que se retirase hácia el lado del mayor general de V. M. á recibir sus órdenes. Tambien hubiera querido dar igual destino á los generales Lahoussaye y Mermet, que no siempre han hecho lo que pudieran hacer para ventaja nuestra; pero dejé de tomar esta determinacion hasta llegar á Zamora, para no dar mas crédito á las voces de las cábalas ó conspiraciones que se esparcieron..... Sacado de la Gaceta del gobierno de 28 de julio de 1809. (Pliego interceptado del mariscal Soult á José, fecho en la Puebla de Sanabria á 25 de junio de 1809.)

NUMERO 10.

He aquí algunos pormenores de tan singular hecho. Era en el Otoño de 1805 y daba Mr. Pitt una comida en el campo, á la que asistian los lores Liverpool (entonces Hawkesbury) Castelreagh, Bashurst y otros, como tambien el duque de Wellington (entonces sir Arturo Wellesley), que acababa de llegar de la India. Durante la comida recibió Pitt un pliego, cuya lectura le dejó pensativo. A los postres yéndose los criados, segun la costumbre de Inglaterra, ó como ellos dicen *the cloth being removed and the servants out*, dijo: Pitt « Malísimas noticias; Mack » se ha rendido en Ulma con 40000 hombres, y Bonaparte sigue á Vie-

» na sin obstáculo. » Entonces fué cuando exclamaron sus amigos, y él replicó lo que insertamos en el texto. Como su respuesta era tan extraordinaria, muchos de los concurrentes, aunque callaron por el respeto que le tenian, atribuyéronla sobre todo en lo que dijo de España á desvarío causado por el mal que le oprimia, y de que falleció tres meses despues. Pitt percibiendo en los semblantes el efecto que habian producido sus primeras palabras, añadió las siguientes bien memorables. « Sí, señores, la España será el primer pueblo en donde se encen- » derá esta guerra patriótica que solo puede libertar á Europa. Mis » noticias sobre aquel país, y las tengo por muy exactas, son de que » si la nobleza y el clero han degenerado con el mal gobierno y estan á » los pies del favorito, el pueblo conserva toda su pureza primitiva, y » su odio contra Francia tan grande como siempre, y cási igual á su » amor á sus soberanos. Bonaparte cree y debe creer la existencia de » estos incompatible con la suya, tratará de quitarlos, y entonces es » cuando yo le aguardo con la guerra que tanto deseo. »

Hemos oido esto en Inglaterra á varios de los que estaban allí presentes: muchas veces ha oido lo mismo al duque de Wellington el gegeneral don Miguel de Álava, y dicho duque refirió el suceso en una comida diplomática que dió en Paris el duque de Richelieu en 1816, y á la que se hallaban presentes los embajadores y ministros de toda Europa.

LIBRO NOVENO.

NUMERO 1.º

NOTA *pasada por Mr. Canning, ministro de Relaciones exteriores de S. M. B. á don Martin de Garay, secretario de Estado y de la Junta, fecha en Londres á 20 de julio de 1809. Véase el manifiesto de la Junta central, ramo diplomático, documento núm. 141.*

NUMERO 2.º

SEVILLA.

Real decreto de S. M.

El pueblo español debe salir de esta sangrienta lucha con la certeza de dejar á su posteridad una herencia de prosperidad y de gloria, digna de sus prodigiosos esfuerzos y de la sangre que vierte. Nunca la Junta suprema ha perdido de vista este objeto que en medio de la agitacion continua causada por los sucesos de la guerra, ha sido siempre su principal deseo. Las ventajas del enemigo, debidas menos á su valor que á la superioridad de su número, llamaban exclusivamente la atencion del gobierno; pero al mismo tiempo hacian mas amarga y vehemente la reflexion de que los desastres que la nacion padece han nacido únicamente de haber caido en olvido aquellas saludables instituciones, que en tiempos mas felices hicieron la prosperidad y la fuerza del estado.

La ambicion usurpadora de los unos, el abandono indolente de los otros las fueron reduciendo á la nada, y la Junta desde el momento de su instalacion se constituyó solemnemente en la obligacion de restablecerlas. Llegó ya el tiempo de aplicar la mano á esta grande obra, y de meditar las reformas que deben hacerse en nuestra administracion, asegurándolas en las leyes fundamentales de la monarquía que solas pueden consolidarlas, y oyendo para el acierto, como ya se anunció al público, á los sabios que quieran exponerla sus opiniones.

Queriendo pues el rey nuestro señor don Fernando VII, y en su real nombre la Junta suprema gubernativa del reino, que la nacion española aparezca á los ojos del mundo con la dignidad debida á sus heróicos esfuerzos; resuelta á que los derechos y prerogativas de los ciudadanos se vean libres de nuevos atentados, y á que las fuentes de la felicidad pública, quitados los estorbos que hasta ahora las han obstruido, corran libremente luego que cese la guerra, y reparen cuanto la arbitrariedad inveterada ha agostado y la devastacion presente ha destruido; ha decretado lo que sigue:

1.° Que se restablezca la representacion legal y conocida de la monarquía en sus antiguas Córtes, convocándose las primeras en todo el año próximo, ó antes si las circunstancias lo permitieren.

2.° Que la Junta se ocupe al instante del modo, número y clase con que atendidas las circunstancias del tiempo presente se ha de verificar la concurrencia de los diputados á esta augusta asamblea; á cuyo fin nombrará una comision de 5 vocales que con toda la atencion y diligencia que este gran negocio requiere, reconozcan y preparen todos los trabajos y planes, los cuales examinados y aprobados por la Junta han de servir para la convocacion y formacion de las primeras Córtes.

3.° Que ademas de este punto, que por su urgencia llama el primer cuidado, extienda la Junta sus investigaciones á los objetos siguientes para irlos proponiendo sucesivamente á la nacion junta en Córtes. = Medios y recursos para sostener la santa guerra, en que con la mayor justicia se halla empeñada la nacion, hasta conseguir el glorioso fin que se ha propuesto. = Medios de asegurar la observancia de las leyes fundamentales del reino. = Medios de mejorar nuestra legislacion, desterrando los abusos introducidos y facilitando su perfeccion. = Recaudacion, administracion y distribucion de las rentas del estado. = Reformas necesarias en el sistema de instruccion y educacion pública. = Modo de arreglar y sostener un ejército permanente en

tiempo de paz y de guerra, conformándose con las obligaciones y rentas del estado. = Modo de conservar una marina proporcionada á las mismas. = Parte que deban tener las Américas en juntas de Córtes.

4.° Para reunir las luces necesarias á tan importantes discusiones la Junta consultará á los Consejos, juntas superiores de las provincias, tribunales, ayuntamientos, cabildos, obispos y universidades, y oirá á los sabios y personas ilustradas.

5.° Que este decreto se imprima, publique y circule con las formalidades de estilo para que llegue á noticia de toda la nacion.

Tendréislo entendido y dispondréis lo conveniente para su cumplimiento. = El marqués de Astorga, presidente. = Real alcázar de Sevilla 22 de mayo de 1809. = A don Martin de Garay.

NUMERO 3.°

Los pocos dias que pasaron en Jaraicejo los ingleses no tuvieron grande escasez, pues se les suministró bastante pan y abundó el ganado. Así lo dice y con las siguientes palabras lord Londonderry, testigo no sospechoso para los ingleses. «During the first fews days of » our sojourn at Jaraicejo we were tolerably well supplied with bread; » ant cattle being plenty we had no cause to complain; ..... » (*Narrative of the peninsular war*) *vol. I, Ch. XVII, pág.* 431.

LIBRO DÉCIMO.

Numero 1.º

Precios *de los comestibles en la plaza de Gerona durante el sitio de* 1809 *desde el mas módico hasta el mas subido segun crecia la escasez y la imposibilidad de introducirlos.*

	Precios módicos.	Precios subidos.
Tocino fresco la onza.....	2 cuartos.....	10 cuartos.
Baca, la libra de 36 onzas....	27 cuartos.....	Idem.
Carne de caballo la libra de id.	40 cuartos.....	Idem.
Idem de mulo.....	40 cuartos.....	Idem.
Una gallina.....	14 rs vn. efect..	16 duros.
Un gorrion.....	2 cuartos.....	4 rs. vn. efect.
Una perdiz.....	12 rs. vn. efect.	80 rs. vn. efect.
Un pichon.....	6 rs. vn. efect.	40 rs. vn. efect.
Un raton.....	1 rl. vn. efect.	5 rs. vn. efect.
Un gato.....	8 rs. vn.....	30 rs. vn.
Un lechon.....	40 rs. vn.....	200 rs. vn.
Bacalao la libra.....	18 cuartos.....	32 rs. vn.
Pescado del rio Ter la libra..	4 rs. vn.....	36 rs. vn.
Aceite la medida.....	20 cuartos.....	24 rs. vn.
Huevos la docena.....	24 cuartos.....	96 rs. vn.
Arroz la libra.....	12 cuartos.....	32 rs. vn.

Café la libra.....	8 rs. vn.....	24 rs. vn.
Chocolate la libra.....	16 rs. vn.....	64 rs. vn.
Hueso la libra.....	4 rs. vn.....	40 rs. vn.
Pan la libra.....	6 cuartos.....	8 rs. vn.
Una galleta.....	4 cuartos.....	8 rs. vn.
Trigo candeal la cuartera....	80 rs. vn.....	112 rs. vn.
Id. mezclado la cuartera.....	64 rs. vn.....	96 rs. vn.
Cebada la cuartera.....	30 rs. vn.....	56 rs. vn.
Habas la cuartera.....	48 rs. vn.....	80 rs. vn.
Azúcar la libra.....	4 rs. vn.....	24 rs. vn.
Velas de sebo la libra.....	4 rs. vn.....	10 rs. vn.
Id. de cera la libra.....	12 rs. vn.....	32 rs. vn.
Leña el quintal.....	5 rs. vn.....	48 rs. vn.
Carbon la arroba.....	$3\,^1/_2$ rs. vn...	40 rs. vn.
Tabaco la libra.....	24 rs. vn.....	100 rs. vn.
Por moler una cuartera de trigo.....	3 rs. vn.....	80 rs. vn.

Gerona 10 de diciembre de 1809.=Epifanio Ignacio de Ruiz.

Notas.

1.ª Los precios de las carnes no fueron alterados por disposicion del gobierno mientras duraron.

2.ª Los demas artículos seguian el precio que ocasionaba la escased, y muchos de ellos variaban segun las introducciones, y aquí solo se han figurado los precios regulares al principio del sitio y los mas subidos y corrientes en su largo discurso; habiéndose visto el gobierno precisado á permitir el precio que querian fijar á los víveres, los que los introducian á lomo y en cortas cantidades, pasando las líneas del enemigo, atendidos los riesgos que probaban en la entrada y salida de la plaza, y la pena de muerte que sufrian en caso de ser habidos.

3.ª No obstante de haberse figurado el precio de todos los artículos arriba expresados, muchos de ellos solo podian conseguirse casualmente en los dias que habia alguna introduccion. Mataró 22 de diciembre de 1809.=Epifanio Ignacio de Ruiz.=Don Epifanio Ignacio de Ruiz, capitan de la tercera compañía de la Cruzada Gerundense, comisario de guerra de los reales ejércitos.=Certifico: que desde 1º de agosto de 1809 hasta el 10 de diciembre del mismo en que capituló la plaza de Gerona, en virtud de órden del intendente de provincia don

Cárlos Beramendi, ministro principal de hacienda y guerra de ella, tuve confiada la inspeccion del ramo de víveres, y que los precios que estan contenidos en la antecedente relacion, son los corrientes en la citada plaza durante su último sitio. Mataró 22 de diciembre de 1809. = Epifanio Ignacio de Ruiz.

Numero 2.°

Capitulacion de la ciudad de Gerona y fuertes correspondientes firmada el 10 de diciembre de 1809 á las siete de la noche.

Art. 1.° La guarnicion saldrá con los honores de la guerra, y entrará en Francia como prisionera de guerra. — 2.° Todos los habitantes serán respetados. — 3.° La religion católica continuará en ser observada por los habitantes y será protegida. — 4.° Mañana á las ocho y media de ella la puerta del Socorro y la del Areny serán entregadas á las tropas francesas, así como las de los fuertes. — 5.° Mañana 11 de diciembre á las ocho y media de ella la guarnicion saldrá de la plaza y desfilará por la puerta del Areny. — Los soldados pondrán sus armas sobre el glacis. — 6.° Un oficial de artillería, otro de ingenieros y un comisario de guerra entrarán al momento en que se tomará posesion de las puertas de la ciudad para recibir la entrega de los almacenes, mapas, planos, etc. Fecho en Gerona á las siete de la noche á 10 de diciembre de 1809. = Julian de Bolívar. = Isidro de la Mata. = Blas de Furnás. = José de la Iglesia. = Guillermo Minali. = Guillermo Nasch. = El general en jefe del estado mayor general del 7° cuerpo. = Rey. = Aprobado por nos el mariscal del imperio, comandante en jefe del 7° cuerpo del ejército de España. = Augereau, duque de Castiglione. = Yo, brigadier de los reales ejércitos, encargado de los poderes del gobernador interino de la plaza de Gerona don Julian de Bolívar y de la junta militar, certifico: que la capitulacion antecedente es conforme á la original firmada con la fecha que expresa. = Blas de Furnás. = El general en jefe del estado mayor general del 7° cuerpo del ejército de España. = Rey. = Lugar del sello. »

Notas adicionales á la capitulacion de la plaza de Gerona.

Que la guarnicion francesa que esté en la plaza esté acuartelada y no alojada por las casas, é igualmente que los oficiales deben presentarse, procurándose su posada, pagándoseles el tanto que se pagaba de utensilio á la guarnicion española. — Que todos los papeles del gobierno

queden depositados en el archivo del ayuntamiento, sin poder ser extraviados, ni extraidos ni quemados. — Que á los que habrán sido vocales ó empleados en las juntas en tiempo de esta guerra de opinion, no les sirva de nota ni perjuicio alguno en sus ascensos y carreras, quedando igualmente salvas y respetadas las personas, propiedades y haberes. — Que á los forasteros que se hallan dentro de la plaza por expatriacion ú otra causa, tanto si han sido vocales ó empleados de las juntas como no, se les permitirá restituirse á sus casas con su equipaje y haberes. — Que cualquiera vecino que quiera salirse de la ciudad y trasladarse á otra se le permita, llevándose su equipaje y haberes, quedándoles salvas las propiedades, caudales y efectos en aquella ciudad. — Yo brigadier de los reales ejércitos, certifico: que las notas antecedentes habiendo sido presentadas al excelentísimo señor general en jefe del ejército francés, se han aprobado en su contenido en cuanto no se opongan á las leyes generales del reino, y á la policía establecida en los ejércitos. =Fornellas 10 de diciembre de 1809.=Blas Furnás. = Visto por nosotros etc.

Notas adicionales y particulares aprobadas por el excelentísimo señor duque de Castiglione, mariscal del imperio, comandante en jefe del 7° cuerpo del ejército de España, convenidas entre el señor general de brigada, jefe del estado mayor, general del sobredicho cuerpo del ejército, comandante de la legion de honor, y el señor don Blas de Furnás, brigadier de los ejércitos españoles.

Art. 1.° Un teniente ó subteniente elegido entre los oficiales del ejército español estará autorizado con pasaportes para pasar al ejército de observacion español, y llevar á su general comandante en jefe la capitulacion de la plaza y de los fuertes de Gerona, solicitando se sirva disponer el pronto cange de los oficiales y soldados de la guarnicion de Gerona y sus fuertes contra igual número de oficiales y soldados franceses detenidos en las islas de Mallorca y otros destinos. S. E. el señor duque de Castiglione, comandante en jefe del ejército, promete que dicho cange se verificará luego que el general en jefe del ejército español le habrá dado á conocer el dia en que aquellos prisioneros habrán llegado á uno de los puertos de Francia para el referido cange. — Art. 2.° En los tres dias que seguirán á la rendicion de la plaza de Gerona, el ilustrísimo señor obispo de dicha ciudad quedará autorizado para dar á los sacerdotes que estan bajo sus órdenes los pasaportes que

pidan para pasar á las villas, en las que tenian su domicilio anterior, para quedar y vivir en él, segun lo deben unos ministros de paz, bajo la proteccion de las leyes que rigen en España. — El general en jefe del estado mayor general del 7° cuerpo del ejército de España. = Rey. = Blas de Furnás. = Yo, brigadier de los reales ejércitos encargado de los poderes del gobernador interino de la plaza de Gerona don Julian de Bolívar, y de la junta militar, certifico: que los artículos antecedentes son traducidos fielmente del original en 10 de diciembre de 1809. = Blas de Furnás. = Le général en chef de l'etat major general du septieme corps de l' armée d'Espagne. = Rey. = Lugar del sello.

Nota adicional á la capitulacion de la plaza de Gerona.

Los empleados en el ramo político de guerra son declarados libres, como no combatientes, y pueden pedir un pasaporte con sus equipajes para donde gusten. Estos son el intendente, comisarios de guerra, empleados en los hospitales y provisiones, y médicos y cirujanos del ejército. — Yo, brigadier de los reales ejércitos, certifico: que la nota precedente habiendo sido presentada al excelentísimo señor general en jefe del ejército francés, queda aprobada. Fornellas 10 de diciembre de 1809. = Blas de Furnás. = Don Blas de Furnás, brigadier de los reales ejércitos, certifico: que la copia antecedente de la capitulacion hecha en Gerona, y notas adicionales es en todo su contenido conforme á los originales firmados por mí; y para que conste doy la presente en la plaza de Gerona á 12 de diciembre de 1809. = Blas de Furnás.

NUMERO 3.°

Entre los documentos originales y de oficio que acerca de la muerte del gobernador Álvarez hemos tenido á la vista, uno de los mas curiosos es el siguiente.

Excmo. Sr. = Por el oficio de V. E. de 26 de febrero próximo pasado, que acabo de rebibir, veo ha hecho V. E. presente al supremo Consejo de Regencia de España é Indias el contenido de mi papel de 4 del mismo, relativo al fallecimiento del excelentísimo señor don Mariano Álvarez, digno gobernador de la plaza de Gerona; y que en su vista se ha servido S. M. resolver procure apurar cuanto me sea posible la certeza de la muerte de dicho general, avisando á V. E. lo que adelante, á cuya real órden daré el cumplimiento debido, tomando las

mas eficaces disposiciones para descubrir el pormenor y la verdad de un hecho tan horroroso; pudiendo asegurar entre tanto á V. E. por declaracion de testigos oculares la efectiva muerte de este héroe en la plaza de Figueras, adonde fué trasladado desde Perpiñan, y donde entró sin grave daño en su salud, y compareció cadáver tendido en una parihuela al siguiente dia cubierto con una sábana, la que destapada por la curiosidad de varios vecinos, y del que me dió el parte de todo, puso de manifiesto un semblante cárdeno é hinchado, denotando que su muerte habia sido la obra de breves momentos; á que se agrega que el mismo informante encontró poco antes en una de las calles de Figueras á un llamado Rovireta, y por apodo el fraile de San Francisco, y ahora canónigo dignidad de Gerona nombrado por nuestros enemigos, quien marchaba apresuradamente hácia el castillo, adonde dijo « iba á » confesar al señor Álvarez porque debia en breve morir. » = Todo lo que pongo en noticia de V. E. para que haga de ello el uso que estime por conveniente. Dios guarde á V. E. muchos años. Tortosa 31 de marzo de 1810. = Excmo. Sr. = Cárlos de Beramendi. = Excmo. Sr. marqués de las Hormazas.

Numero 4.°

Léase el manifiesto de la Junta central, — seccion 2.ª, *ramo diplomático, — pág.* 6.

LIBRO UNDÉCIMO.

NUMERO 1.°

Τὸν τῶν εὐσεβων ἔπλασε χῶρον καὶ τὺ Ἠλύσιον πεδ\ίον. (STRAB. LIB. 3.)

NUMERO 2.°

El rey y á su nombre la suprema Junta central gubernativa de España é Indias.

Como haya sido uno de mis primeros cuidados congregar la nacion española en Córtes generales y extraordinarias, para que representada en ellas por individuos y procuradores de todas las clases, órdenes y pueblos del estado, despues de acordar los extraordinarios medios y recursos que son necesarios para rechazar al enemigo que tan pérfidamente la ha invadido, y con tan horrenda crueldad va desolando algunas de sus provincias, arreglase con la debida deliberacion lo que mas conveniente pareciese para dar firmeza y estabilidad á la Constitucion, y el órden, claridad y perfeccion posibles á la legislacivil y criminal del reino, y á los diferentes ramos de la administracion pública: á cuyo fin mandé, por mi real decreto de 13 del mes pasado, que la dicha mi Junta central gubernativa se trasladase desde la ciudad de Sevilla á esta villa de la Isla de Leon, donde pudiese preparar mas de cerca, y con inmediatas y oportunas providencias la verificacion de tan gran designio: considerando:

1.° Que los acaecimientos que despues han sobrevenido, y las cir-

cunstancias en que se halla el reino de Sevilla por la invasion del enemigo, que amenaza los demas reinos de Andalucía, requieren las mas prontas y enérgicas providencias:

2.° Que entre otras ha venido á ser en gran manera necesaria la de reconcentrar el ejercicio de toda mi autoridad real en pocas y hábiles personas que pudiesen emplearla con actividad, vigor y secreto en defensa de la patria: lo cual he verificado ya por mi real decreto de este dia, en que he mandado formar una Regencia de 5 personas, de bien acreditados talentos, probidad y celo público:

3.° Que es muy de temer que las correrías del enemigo por varias provincias, antes libres, no hayan permitido á mis pueblos hacer las elecciones de diputados á Córtes con arreglo á las convocatorias que les hayan sido comunicadas en 1° de este mes, y por lo mismo que no pueda verificarse su reunion en esta Isla para el dia 1° de marzo próximo, como estaba por mí acordado:

4.° Que tampoco seria fácil, en medio de los grandes cuidados y atenciones que ocupan al gobierno, concluir los diferentes trabajos y planes de reforma, que por personas de conocida instruccion y probidad se habian emprendido y adelantado lajo la inspeccion y autoridad de la comision de Córtes, que á este fin nombré por mi real decreto de 15 de junio del año pasado, con el deseo de presentarlas al exámen de las próximas Córtes:

5.° Y considerando en fin que en la actual crísis no es fácil acordar con sosiego y detenida reflexion las demas providencias y órdenes que tan nueva é importante operacion requiere, ni por la mi suprema Junta central, cuya autoridad, que hasta ahora ha ejercido en mi real nombre, va á transferirse en el Consejo de Regencia, ni por este, cuya atencion será enteramente arrebatada al grande objeto de la defensa nacional;

Por tanto yo, y á mi real nombre la suprema Junta central, para llenar mi ardiente deseo de que la nacion se congregue libre y legalmente en Córtes generales y extraordinarias, con el fin de lograr los grandes bienes que en esta deseada reunion estan cifrados, he venido en mandar y mando lo siguiente.

1.° La celebracion de las Córtes generales y extraordinarias que estan ya convocadas para esta Isla de Leon, y para el primer dia de marzo próximo, será el primer cuidado de la Regencia que acabo de crear, si la defensa del reino, en que desde luego debe ocuparse, lo permitiere.

2.° En consecuencia, se expedirán inmediatamente convocatorias individuales á los reverendos arzobispos y obispos que estan en ejercicio de sus funciones, y á todos los grandes de España en propiedad, para que concurran á las Córtes en el dia y lugar para que estan convocadas, si las circunstancias lo permitieren.

3.° No serán admitidos á estas Córtes los grandes que no sean cabezas de familia, ni los que no tengan la edad de 25 años, ni los prelados y grandes que se hallaren procesados por cualquiera delito, ni los que se hubieren sometido al gobierno francés.

4.° Para que las provincias de América y Asia, que por estrechez del tiempo no pueden ser representadas por diputados nombrados por ellas mismas, no carezcan enteramente de representacion en estas Córtes, la Regencia formará una junta electoral compuesta de 6 sugetos de carácter, naturales de aquellos dominios, los cuales poniendo en cántaro los nombres de los demas naturales que se hallan residentes en España y constan de las listas formadas por la comision de Córtes, sacarán á la suerte el número de 40, y volviendo á sortear estos 40 solos, sacarán en segunda suerte 26, y estos asistirán como diputados de Córtes en representacion de aquellos vastos paises.

5.° Se formará asímismo otra junta electoral compuesta de 6 personas de carácter, naturales de las provincias de España que se hallan ocupadas por el enemigo, y poniendo en cántaro los nombres de los naturales de cada una de dichas provincias, que asímismo constan de las listas formadas por la comision de Córtes, sacarán de entre ellos en primera suerte hasta el número de 18 nombres, y volviéndolos á sortear solos, sacarán de ellos 4, cuya operacion se irá repitiendo por cada una de dichas provincias, y los que salieren en suerte serán diputados de Córtes por representacion de aquellas para que fueren nombrados.

6.° Verificadas estas suertes, se hará la convocacion de los sugetos que hubieren salido nombrados por medio de oficios que se pasarán á las juntas de los pueblos en que residieren, á fin de que concurran á las Córtes en el dia y lugar señalado, si las circunstancias lo permitieren.

7.° Antes de la admision á las Córtes de estos sugetos, una comision nombrada por ellas mismas examinará si en cada uno concurren ó no las calidades señaladas en la instruccion general y en este decreto para tener voto en las dichas Córtes.

8.° Libradas estas convocatorias, las primeras Córtes generales y

extraordinarias se entenderán legítimamente convocadas : de forma que aunque no se verifique su reunion en el dia y lugar señalados para ellas, pueda verificarse en cualquiera tiempo y lugar en que las circunstancias lo permitan, sin necesidad de nueva convocatoria: siendo de cargo de la Regencia hacer á propuesta de la diputacion de Córtes el señalamiento de dicho dia y lugar, y publicarlo en tiempo oportuno por todo el reino.

9.° Y para que los trabajos preparatorios puedan continuar y concluirse sin obstáculo, la Regencia nombrará una diputacion de Córtes compuesta de 8 personas, las 6 naturales del continente de España, y las 2 últimas naturales de América, la cual diputacion será subrogada en lugar de la comision de Córtes nombrada por la misma suprema Junta central, y cuyo instituto será ocuparse en los objetos relativos á la celebracion de las Córtes, sin que el gobierno tenga que distraer su atencion de los urgentes negocios que la reclaman en el dia.

10. Un individuo de la diputacion de Córtes de los 6 nombrados por España presidirá la junta electoral que debe nombrar los diputados por las provincias cautivas, y otro individuo de la misma diputacion de los nombrados por América presidirá la junta electoral que debe sortear los diputados naturales y representantes de aquellos dominios.

11. Las juntas formadas con los títulos de junta de medios y recursos para sostener la presente guerra, junta de hacienda, junta de legislacion, junta de instruccion pública, junta de negocios eclesiásticos, y junta de ceremonial de congregacion, las cuales por autoridad de la mi suprema Junta y bajo la inspeccion de dicha comision de Córtes, se ocupan en preparar los planes de mejoras relativas á los objetos de su respectiva atribucion, continuarán en sus trabajos hasta concluirlos en el mejor modo que sea posible, y fecho, los remitirán á la diputacion de Córtes, á fin de que despues de haberlos examinado, se pasen á la Regencia y esta los ponga á mi real nombre á la deliberacion de las Córtes.

12. Serán estas presididas á mi real nombre, ó por la Regencia en cuerpo, ó por su presidente temporal, ó bien por el individuo á quien delegaren el encargo de representar en ellas mi soberanía.

13. La Regencia nombrará los asistentes de Córtes que deban asistir y aconsejar al que las presidiere á mi real nombre de entre los individuos de mi Consejo y cámara, segun la antigua práctica del reino, ó en su defecto de otras personas constituidas en dignidad.

14. La apertura del solio se hará en las Córtes en concurrencia de

los estamentos eclesiástico, militar y popular y en la forma y con la solemnidad que la Regencia acordará á propuesta de la diputacion de Córtes.

15. Abierto el solio, las Córtes se dividirán para la deliberacion de las materias en dos solos estamentos, uno popular compuesto de todos los procuradores de las provincias de España y América, y otro de dignidades, en que se reunirán los prelados y grandes del reino.

16. Las proposiciones que á mi real nombre hiciere la Regencia á las Córtes, se examinarán primero en el estamento popular, y si fueren aprobados en él, se pasarán por un mensajero de Estado al estamento de dignidades para que las examine de nuevo.

17. El mismo método se observará con las proposiciones que se hicieren en uno y otro estamento por sus respectivos vocales, pasando siempre la proposicion del uno al otro, para su nuevo exámen y deliberacion.

18. Las proposiciones no aprobadas por ambos estamentos, se entenderán como si no fuesen hechas.

19. Las que ambos estamentos aprobaren serán elevadas por los mensajeros de Estado á la Regencia para mi real sancion.

20. La Regencia sancionará las proposiciones así aprobadas, siempre que graves razones de pública utilidad no la persuadan á que de su ejecucion pueden resultar graves inconvenientes y perjuicios.

21. Si tal sucediere, la Regencia, suspendiendo la sancion de la proposicion aprobada, la devolverá á las Córtes con clara exposicion de las razones que hubiere tenido para suspenderla.

22. Así devuelta la proposicion, se examinará de nuevo en uno y otro estamento, y si los dos tercios de los votos de cada uno no confirmaren la anterior resolucion, la proposicion se tendrá por no hecha, y no se podrá renovar hasta las futuras Córtes.

23. Si los dos tercios de votos de cada estamento ratificaren la aprobacion anteriormente dada á la proposicion, será esta elevada de nuevo por los mensajeros de Estado á la sancion real.

24. En este caso la Regencia otorgará á mi nombre la real sancion en el término de tres dias; pasados los cuales, otorgada ó no, la ley se entenderá legítimamente sancionada, y se procederá de hecho á su publicacion en la forma de estilo.

25. La promulgacion de las leyes así formadas y sancionadas, se hará en las mismas Córtes antes de su disolucion.

26. Para evitar que en las Córtes se forme algun partido que aspire

á hacerlas permanentes, ó prolongarlas en demasía, cosa que sobre trastornar del todo la Constitucion del reino, podria acarrear otros muy graves inconvenientes; la Regencia podra señalar un término á la duracion de las Córtes, con tal que no baje de seis meses. Durante las Córtes, y hasta tanto que estas acuerden, nombren é instalen el nuevo gobierno, ó bien confirmen el que ahora se establece, para que rija la nacion en lo sucesivo, la Regencia continuará ejerciendo el poder ejecutivo en toda la plenitud que corresponde á mi soberanía.

En consecuencia las Córtes reducirán sus funciones al ejercicio del poder legislativo, que propiamente les pertenece, y confiando á la Regencia el del poder ejecutivo, sin suscitar discusiones que sean relativas á él, y distraigan su atencion de los graves cuidados que tendrá á su cargo, se aplicarán del todo á la formacion de las leyes y reglamentos oportunos para verificar las grandes y saludables reformas que los desórdenes del antiguo gobierno, el presente estado de la nacion y su futura felicidad hacen necesarias: llenando así los grandes objetos para que fueron convocadas. Dado, etc., en la Isla de Leon á 29 de enero de 1810.

Numero 3.°

Españoles. La Junta central suprema gubernativa del reino, siguiendo la voluntad expresa de nuestro deseado monarca y el voto público, habia convocado á la nacion á sus Córtes generales, para que reunida en ellas adoptase las medidas necesarias á su felicidad y defensa. Debia verificarse este gran Congreso en 1° de marzo próximo en la Isla de Leon, y la Junta determinó y publicó su traslacion á ella cuando los franceses, como otras muchas veces, se hallaban ocupando la Mancha. Atacaron despues los puntos de la sierra, y ocuparon uno de ellos; y al instante las pasiones de los hombres, usurpando su dominio á la razon, despertaron la discordia que empezó á sacudir sobre nosotros sus antorchas incendiarias. Mas que ganar cien batallas valia este triunfo á nuestros enemigos, y los buenos todos se llenaron de espanto oyendo los sucesos de Sevilla en el dia 24, sucesos que la malevolencia componia, y el terror exageraba para aumentar en los unos la confusion, y en los otros la amargura. Aquel pueblo generoso y leal, que tantas muestras de adhesion y respeto habia dado á la suprema Junta, vió alterada su tranquilidad aunque por pocas horas. No corrió, gracias al cielo, ni una gota de sangre; pero la autoridad pública fué desatendida, y la magestad nacional se vió indignamente ultrajada en la

legítima representacion del pueblo. Lloremos, españoles, con lágrimas de sangre un ejemplo tan pernicioso. ¿Cuál seria nuestra suerte si todos le siguiesen? Cuando la fama trae á vuestros oidos que hay divisiones intestinas en la Francia, la alegría rebosa en vuestros pechos, y os llenais de esperanza para lo futuro, porque en estas divisiones mirais afianzada vuestra salvacion, y la destruccion del tirano que os oprime. ¿Y nosotros, españoles, nosotros cuyo carácter es la moderacion y la cordura, cuya fuerza consiste en la concordia, iríamos á dar al despota la horrible satisfaccion de romper con nuestras manos los lazos que tanto costó formar, y que han sido y son para él la barrera mas impenetrable? No, españoles, no: que el desinteres y la prudencia dirija nuestros pasos, que la union y la constancia sean nuestras áncoras, y estad seguros de que no perecerémos.

Bien convencida estaba la Junta de cuán necesario era reconcentrar mas el poder. Mas no siempre los gobiernos pueden tomar en el instante las medidas mismas de cuya utilidad no se duda. En la ocasion presente parecia del todo importuno, cuando las Córtes anunciadas, estando ya tan próximas, debian decidirla y sancionarla. Mas los sucesos se han precipitado de modo que esta detencion, aunque breve, podria disolver el estado, si en el momento no se cortase la cabeza al monstruo de la anarquía.

No bastaban ya á llevar adelante nuestros deseos ni el incesante afan con que hemos procurado el bien de la patria, ni el desinteres con que la hemos servido, ni nuestra lealtad acendrada á nuestro amado y desdichado rey, ni nuestro odio al tirano y á toda clase de tiranía. Estos principios de obrar en nadie han sido mayores, pero han podido mas que ellos la ambicion, la intriga y la ignorancia. ¿Debíamos acaso dejar saquear las rentas públicas, que por mil conductos ansiaban devorar el vil interes y el egoismo? ¿Podíamos contentar la ambicion de los que no se creian bastante premiados con tres ó cuatro grados en otros tantos meses? ¿Podíamos, á pesar de la templanza que ha formado el carácter de nuestro gobierno, dejar de corregir con la autoridad de la ley las faltas sugeridas por el espíritu de faccion que caminaba impudentemente á destruir el órden, introducir la anarquía y trastornar miserablemente el estado?

La malignidad nos imputa los reveses de la guerra; pero que la equidad recuerde la constancia con que los hemos sufrido, y los esfuerzos sin ejemplo con que los hemos reparado. Cuando la Junta vino desde Aranjuez á Andalucía, todos nuestros ejércitos estaban destruidos:

las circunstancias eran todavía mas apuradas que las presentes, y ella supo restablecerlos, y buscar y atacar al enemigo. Batidos otra vez y deshechos, exhaustos al parecer todos los recursos y las esperanzas, pocos meses pasaron, y los franceses tuvieron enfrente un ejército de de 80000 infantes y 12000 caballos. ¿Qué no ha tenido en su mano el gobierno que no haya prodigado para mantener estas fuerzas y reponer las enormes pérdidas que cada dia experimentaba? ¿Qué no ha hecho para impedir el paso á la Andalucía por las sierras que la defienden? Generales, ingenieros, juntas provinciales, hasta una comision de vocales de su seno han sido encargados de atender y proporcionar todos los medios de fortificacion y resistencia que presentan aquellos puntos, sin perdonar para ello ni gasto, ni fatiga, ni diligencia. Los sucesos han sido adversos, ¿pero la Junta tenia en su mano la suerte del combate en el campo de batalla?

Y ya que la voz del dolor recuerda tan amargamente los infortunios, ¿por qué ha de olvidarse que hemos mantenido nuestras íntimas relaciones con las potencias amigas, que hemos extrechado los lazos de fraternidad con nuestras Américas, que estas no han cesado de dar pruebas de amor y fidelidad al gobierno, que hemos en fin resistido con dignidad y entereza las pérfidas sugestiones de los usurpadores?

Mas nada basta á contener el odio que antes de su instalacion se habia jurado á la Junta. Sus providencias fueron siempre mal interpretadas y nunca bien obedecidas. Desencadenadas con ocasion de las desgracias públicas todas las pasiones, han suscitado contra ella todas las furias que pudiera enviar contra nosotros el tirano á quien combatimos. Empezaron sus individuos á verificar su salida de Sevilla con el objeto tan público y solemnemente anunciado de abrir las Córtes en la Isla de Leon. Los facciosos cubrieron los caminos de agentes, que animaron los pueblos de aquel tránsito á la insurreccion y al tumulto, y los vocales de la Junta suprema fueron tratados como enemigos públicos, detenidos unos, arrestados otros, y amenazados de muerte muchos, hasta el presidente. Parecia que dueño ya de España era Napoleon el que vengaba la tenaz resistencia que le habiamos opuesto. No pararon aquí las intrigas de los conspiradores: escritores viles, copiantes miserables de los papeles del enemigo les vendieron sus plumas, y no hay género de crímen, no hay infamia que no hayan imputado á vuestros gobernantes, añadiendo al ultraje de la violencia la ponzoña de la calumnia.

Así, españoles, han sido perseguidos é infamados aquellos hombres

que vosotros elegisteis para que os representasen, aquellos que sin guardias, sin escuadrones, sin suplicios, entregados á la fé pública, ejercian tranquilos á su sombra las augustas funciones que les habiais encargado. ¿Y quiénes son, gran Dios, los que los persiguen? Los mismos que desde la instalacion de la Junta trataron de destruirla por sus cimientos, los mismos que introdujeron el desórden en las ciudades, la division en los ejércitos, la insubordinacion en los cuerpos. Los individuos del gobierno no son impecables ni perfectos; hombres son y como tales sujetos á las flaquezas y errores humanos. Pero como administradores públicos, como representantes vuestros, ellos responderán á las imputaciones de esos agitadores y les mostrarán dónde ha estado la buena fé y patriotismo, dónde la ambicion y las pasiones que sin cesar han destrozado las entrañas de la patria. Reducidos de aquí en adelante á la clase de simples ciudadanos por nuestra propia eleccion, sin mas premio que la memoria del celo y afanes que hemos empleado en servicio público, dispuestos estamos ó mas bien ansiosos de responder delante de la nacion en sus Córtes, ó del tribunal que ella nombre, á nuestros injustos calumniadores. Teman ellos, no nosotros: teman los que han seducido á los simples, corrompido á los viles, agitado á los furiosos: teman los que en el momento del mayor apuro, cuando el edificio del estado apenas puede resistir el embate del extranjero, le han aplicado las teas de la disension para reducirle á cenizas. Acordaos, españoles, de la rendicion de Oporto. Una agitacion intestina excitada por los franceses mismos abrió sus puertas á Soult, que no movió sus tropas á ocuparla hasta que el tumulto popular imposibilitó la defensa. Semejante suerte os vaticinó la Junta despues de la batalla de Medellin al aparecer los síntomas de la discordia que con tanto riesgo de la patria se han desenvuelto ahora. Volved en vosotros y no hagais ciertos aquellos funestos presentimientos.

Pero aunque fuertes con el testimonio de nuestras conciencias, y seguros de que hemos hecho en bien del estado cuanto la situacion de las cosas y las circunstancias han puesto á nuestro alcance, la patria y nuestro honor mismo exigen de nosotros la última prueba de nuestro celo y nos persuaden dejar un mando, cuya continuacion podrá acarrear nuevos disturbios y desavenencias. Sí, españoles: vuestro gobierno, que nada ha perdonado desde su instalacion de cuanto ha creido que llenaba el voto público, que fiel distribuidor de cuantos recursos han llegado á sus manos, no les ha dado otro destino que las sagradas necesidades de la patria, que os ha manifestado sencillamente sus

operaciones, y que ha dado la muestra mas grande de desear vuestro bien en la convocacion de Córtes, las mas numerosas y libres que ha conocido la monarquía, resigna gustoso el poder y la autoridad que le confiasteis, y la traslada á las manos del Consejo de Regencia que ha establecido por el decreto de este dia. ¡Puedan vuestros gobernantes tener mejor fortuna en sus operaciones! y los individuos de la Junta suprema no les envidiarán otra cosa que la gloria de haber salvado la patria y libertado á su rey.

Real Isla de Leon 29 de enero de 1810. = Siguen las firmas.

NUMERO 4.°

Véase el manifiesto de la Junta suprema de Cádiz.

NUMERO 5.°

En el palacio de las Tullerias á 8 de febrero de 1810.

Napoleon, etc. Considerando por una parte que las sumas enormes que nos cuesta nuestro ejército de España empobrecen nuestro tesoro y obligan á nuestros pueblos á sacrificios que ya no pueden soportar; y considerando por otra parte que la administracion española carece de energía y es nula en muchas provincias, lo que impide sacar partido de los recursos del país y los deja por el contrario á beneficio de los insurgentes; hemos decretado y decretamos lo que sigue.

TÍTULO PRIMERO.

Del gobierno de Cataluña.

ART. 1.° El 7° cuerpo del ejército de España tomará el título de ejército de Cataluña. 2.° La provincia de Cataluña formará un gobierno particular con el título de gobierno de Cataluña. 3.° El comandante en jefe del ejército de Cataluña será gobernador de la provincia y reunirá los poderes civiles y militares. 4.° La Cataluña queda declarada en estado de sitio. 5.° El gobernador queda encargado de la administracion de la Justicia y de la real Hacienda, proveerá todos los empleos y hará todos los reglamentos necesarios. 6.° Todas las rentas de la provincia en imposiciones ordinarias y extraordinarias entrarán en la caja militar, á fin de subvenir á los sueldos y gastos de las tropas, y á a manutencion del ejército.

TÍTULO SEGUNDO.

Del gobierno de Aragon. Segundo gobierno.

El general Suchet será gobernador de Aragon con toda la autoridad militar y civil; nombrará toda clase de empleados, hará reglamentos, etc. etc., y desde 1.º de mayo no enviará nuestro tesoro público fondos algunos para la manutencion del ejército, sino que el país suministrará lo que necesite para él.

TÍTULO TERCERO.

Del gobierno de Navarra. Tercer gobierno.

La provincia de Navarra se llamará gobierno de Navarra.

El general Dufour será gobernador de Navarra, y conducirá allá los 4 regimientos de su division: en cuanto á su autoridad, y manutencion del ejército, lo mismo que lo dicho con respecto á Aragon.

TÍTULO CUARTO.

Del gobierno de Vizcaya. Cuarto gobierno.

La Vizcaya se llamará gobierno de Vizcaya.

El general Thouvenot será gobernador y lo mismo que lo dicho respecto á Navarra.

TÍTULO QUINTO.

Los gobernadores de estos cuatro gobiernos se entenderán con el estado mayor del ejército de España en lo que tenga relacion con las operaciones militares; pero en cuanto á la administracion interior y policía, rentas, justicia, nombramiento de empleados y todo género de reglamentos, se entenderán con el emperador por medio del príncipe de Neufchatel, mayor general.

TÍTULO SEXTO.

ART. 1.º « Todos los productos y rentas ordinarias y extraordinarias de las provincias de Salamanca, Toro, Zamora y Leon, proveerán á la manutencion del 6.º cuerpo de ejército, y el duque de Elchingen cuidará de que estos recursos sean bastantes para este fin, haciendo que todo se invierta en utilidad del ejército. 2.º Lo que produzcan las provincias de Santander y Asturias para la manutencion y sueldos de la

division de Bonnet. 3.° Las provincias situadas desde el Ebro á los límites de la de Valladolid lo entregarán todo al pagador de Burgos para el sueldo y manutencion de las tropas que allí haya y gasto de las fortificaciones. 4.° Las provincias de Valladolid y Palencia proveerán á la manutencion y sueldo de la division de Kellerman. 5.° El duque de Elchingen y los generales Bonnet, Thiebaut y Kellerman se entenderán en todo lo que tenga relacion con las rentas de las provincias de su mando con el emperador por medio del príncipe de Neufchatel. 6.° La ejecucion de este decreto se encarga al príncipe de Neufchatel y á los ministros de la Guerra, en la administracion de la guerra, de rentas y del tesoro público. »

NUMERO 6.°

Memoria de los señores Azanza y Ofárril, pág. 177.

NUMERO 7.°

Algunas de estas cartas fueron interceptadas por las guerrillas cerca de Madrid y se insertaron en la Gaceta de la Regencia de Cádiz. Las hemos confrontado con la correspondencia manuscrita del señor Azanza, y las hemos encontrado del todo exactas. He aquí las que nos han parecido mas importantes. « Excmo. Sr. = Ha llegado el caso de que yo pueda escribir á V. E. sobre asuntos que directamente nos conciernen. Antes de ayer por la tarde tuve una larga conversacion con el señor duque de Cadore, ministro de Relaciones exteriores, que anteriormente me habia dicho queria comunicarme algo de órden del emperador. Referiré todo lo substancial de esta conferencia, en la cual se tocaron varios puntos, y todos de importancia.

Me dijo el ministro que S. M. I. no puede enviar mas dinero á España, y es preciso que ese reino provea á la subsistencia y gastos de su ejército: que bastante hace en haber empleado 400000 franceses en la reduccion de España: que la Francia ha agotado su erario, habiendo enviado ahí desde el principio de la guerra mas de 200 millones de libras: que nuestro gobierno no ha hecho uso de los recursos que ofrece el país para juntar fondos: que debieron exigirse contribuciones en Andalucía, especialmente en Sevilla y Málaga, y tambien en Murcia: que S. M. ha impuesto á Lérida una contribucion de 6 millones de libras (no estoy cierto si fué esta cantidad ú otra mayor la que me dijo): que debieron confiscarse los efectos ingleses encontrados en Andalucía, y S. M. I. está en el concepto de que solo los de Sevilla

habrian importado 40 millones: que debió echarse mano de la plata de las iglesias y conventos: que en España ha de circular necesariamente mucho dinero del que han introducido los franceses y los ingleses, y del que ha venido de América: que el emperador siempre ha hecho la guerra sacando de los paises que ha subyugado toda la manutencion y gastos de sus ejércitos: que si no tuviera que emplear tantas tropas en la reduccion de la España, habria licenciado muchas de ellas, y se habria ahorrado el dispendio que estan ocasionando: que los fondos de nuestra tesorería no han tenido la inversion preferente que correspondia, es á saber: pagar las tropas que han de hacer la conquista y pacificacion del reino: que ha habido muchas prodigalidades y gastos de lujo: que las gratificaciones justas pudieron suspenderse hasta tiempos tranquilos y felices: que se mantienen estados mayores demasiado numerosos y costosos: que se han formado y forman cuerpos españoles, los cuales no solo son inútiles sino perjudiciales, porque ademas de absorver sumas que podrian tener provechosa aplicacion, desertan sus individuos y pasan á aumentar la fuerza de los enemigos, y últimamente que es excesiva la bondad con que el rey trata á los del partido contrario, concediéndoles gracias y ventajas, lo que solo sirve á disgustar y desalentar á los que desde el principio abrazaron el suyo.

Estas son las principales especies que me dijo el ministro; y ahora expondré á V. E. las respuestas que yo le dí. El punto mas grave de todos y el que á mi parecer ocupa mas la atencion del emperador, es el de querer escusar que de Francia vaya á España mas dinero que los 2 millones de libras mensuales, prefijados en las disposiciones anteriores. Acordándome de las notas que sobre este punto se pasaron estando yo encargado del ministerio de Negocios extranjeros, y teniendo muy presente la situacion de nuestras provincias y de nuestra tesorería, dije al ministro que el rey mi amo reconocia las grandes erogaciones que la guerra de España ocasionaba al erario de Francia, pero que veia con mucho dolor y sentimiento suyo ser imposible alcanzasen nuestros medios y nuestros recursos á libertarlo de esta carga: que las rentas ordinarias habian sido hasta ahora cási nulas, así porque no habian podido recaudarse sino en muy reducidos distritos sojuzgados, como porque aun en estos las continuas incursiones de los insurgentes y las partidas de bandidos habian inutilizado los esfuerzos y diligencias de los administradores y cobradores: que en muchas partes los mismos generales y jefes de las tropas francesas habian servido

de obstáculo al recobro de los derechos reales en lugar de auxiliarlo: que las provincias estaban arruinadas con las suministraciones de toda especie que habian tenido que hacer para la subsistencia, trasportes y hospitalidades de las tropas francesas, y con la cesacion de todo tráfico de unos pueblos con otros: que cuantos fondos han podido juntarse, así por los impuestos antiguos como por los arbitrios y medios que se han excogitado, han sido destinados con preferencia á las necesidades del ejército francés, distrayendo únicamente algunas cortas sumas para la guardia real, la cual cási siempre ha estado en crecidos descubiertos; para la lista civil de S. M., que no ha sido pagada sino en una muy corta parte, y para otras atenciones urgentísimas, de modo que ni se han pagado viudedades, ni pensiones, ni sueldos de retirados, y muchas veces ni los de los empleados mas necesarios, pues ha habido ocasion en que los ministros mismos han estado durante cinco meses sin recibir los suyos por ocurrir á los gastos de las tropas.

En cuanto á los recursos de que se supone haberse podido echar mano, achacando á impericia, falta de energía ó excesiva contemplacion del gobierno para con los pueblos el no haberse así ejecutado, he dicho al ministro que se han puesto en práctica cuantos han permitido las circunstancias; que es preciso no perder de vista para juzgarnos las circunstancias en que nos hemos hallado, esto es, que eran pocas las provincias sometidas, y muy rara ó ninguna la administrada con libertad; que se han exigido cortribuciones extraordinarias y empréstitos forzados donde se ha creido posible, venciendo no pequeños obstáculos; que habia sido necesario no vejar ni apurar hasta el extremo las provincias sometidas para conservarlas en su fidelidad, y no dar á las que estaban en insurreccion una mala idea de la suerte que las esperaba en el caso de su rendicion; que habrian podido efectivamente sacarse mas contribuciones como lo hacen los generales franceses en las provincias que estan administrando, pero que nunca hubieran producido lo suficiente á cubrir todos los gastos del ejército; especialmente demorándose este dos años y medio ó mas en los mismos parajes; que estas contribuciones no podrian repetirse, como lo enseñará la experiencia en Castilla y en Leon, porque en las primeras se agota todo el numerario existente y no se ve el modo de que prontamente vuelva á la circulacion, sobre todo cuando las tropas estan en movimiento, y la caja militar desembolsa sus fondos en distritos distantes de donde los ha recogido; que S. M. I. se convencerá de la imposibilidad de juntar los caudales que sufraguen á todos los dispen-

dios de la guerra por lo que sucede en las provincias que estan confiadas á la administracion de generales franceses, quienes no podrán ser culpados ni de indolencia, ni de demasiado miramiento para con los pueblos, antes bien es de temer se valgan de durezas y violencias que ningun gobierno del mundo puede ejercer para con sus propios súbditos, aquellos con quienes ha de vivir, y cuya proteccion y amparo es su primer deber: y que lo que haya sucedido en Lérida tal vez no podrá servir de ejemplo en otras partes, porque segun he sabido aquí, en aquella plaza, creyéndose muy difícil su conquista, se habia depositado el dinero y alhajas de muchos pueblos é iglesias; ademas de que todavía no se sabe que haya podido satisfacer toda la cantidad que se le ha impuesto.

Hice presente al ministro que en Andalucía se habian exigido algunas contribuciones de que yo tenia noticia, pues en Granada no obstante haberse entregado sin hacer la menor resistencia, se pidieron 5 millones de reales con el nombre de préstamo forzado, y en Málaga mucho mayor cantidad, parte de la cual me acuerdo haberse aplicado á la caja militar del 4º cuerpo; que por haberme hallado ausente de Sevilla al tiempo de su rendicion no sé con exactitud lo que allí se hizo; pero estoy cierto de que se secuestraron con intervencion de las autoridades francesas los efectos ingleses encontrados en aquella ciudad, y que lo mismo se hizo tambien en Málaga; que siempre los primeros cálculos del valor de géneros aprehendidos suelen ser muy abultados, como oí haber sucedido en Málaga á la entrada del general Sebastiani, y no será mucho que el concepto formado por S. M. I. sobre el importe de los de Sevilla estribe en las primeras relaciones exageradas que llegarian á su noticia.

Como estoy bien informado de las diligencias activas que se han practicado para recoger la plata de las iglesias, y de las resultas que esta operacion ha tenido, me hallé en estado de decir al ministro que este arbitrio no se habia descuidado, que no solo se habia procurado recoger y llevar directamente á la casa de la moneda todas las alhajas de plata y oro encontradas en los conventos suprimidos, sino tambien las que pertenecian á iglesias, catedrales, parroquiales y de monjas de todo el reino, dejando en ellas solamente los vasos sagrados indispensables para el culto; que este arbitrio no habia sido tan cuantioso y productivo como se podria suponer, y nosotros mismos lo esperábamos: primero, porque todas las iglesias por donde habian transitado las tropas francesas habian sido saqueadas y despojadas: segundo,

porque las partidas de insurgentes ó bandidos habian hecho otro tanto en los pueblos que habian ocupado ó recorrido; y tercero, porque la plata de las iglesias vista en frontales, nichos ó imágenes, aparece de gran valor y riqueza, y cuando va á recogerse y fundirse, se halla generalmente que es una hoja delgada dispuesta solo para cubrir la madera que sirve de alma; y que este recurso tal cual ha sido, y todos los otros que se han adoptado, son los que han dado los fondos con que se ha podido atender á las obligaciones imprescindibles de la tesorería, entre las cuales se ha contado siempre con preferencia la subsistencia, la hospitalidad y demas gastos de la tropa francesa.

Sobre el mucho numerario que se piensa debe haber en circulacion dentro de España por el que han introducido los franceses y los ingleses y el que ha venido de América, he asegurado al ministro que no se nota todavía semejante abundancia, sea que la mayor parte va á parar á los muchos cantineros y vivanderos franceses que siguen al ejército, sea que por otra parte está diseminada entre nuestros vendedores de comestibles y licores, ó sea principalmente porque la moneda de cuño español haya desaparecido en el tiempo del gobierno insurreccional en pago de armamentos, vestuarios y otros efectos recibidos del extranjero, especialmente de los ingleses, y de géneros que el comercio ha introducido. Confieso que en esta parte carezco de nociones bastante exactas, y que solo me he gobernado por los clamores y señales bien evidentes de pobreza que he presenciado por todas partes.

Para satisfacer plenamente sobre el cargo ó queja de que los fondos de nuestra tesorería no se han aplicado con preferencia á los gastos militares y se han empleado en prodigalidades y objetos de lujo, yo habria querido tener un estado que demostrase la inversion que se ha dado á todos los caudales introducidos en tesorería desde que el rey está en España: y creo que no seria muy difícil el que se me enviase esta noticia. Entonces veria esta corte qué cantidades se habian destinado á la guerra, y cuáles eran las que se habian distraido á superfluidades y á lujo. Entre tanto no comprendiendo yo qué era lo que se queria calificar de prodigalidad y lujo, pues el rey nuestro señor no ha estado en el caso de hacer gastos excesivos con su lista civil, de que no ha cobrado, segun creo, ni la mitad, y mas presto ha carecido de lo que pide el decoro y el esplendor de la magestad; pude entender por las explicaciones del ministro que se hacia principalmente alusion á las gratificaciones que S. M. ha distribuido á algunos de sus

servidores, tanto militares como civiles. En esta inteligencia expuse que estas gratificaciones, hechas con el espíritu que se hacen todas de premiar servicios y estimular á que se ejecuten otros, en ninguna manera habian minorado los fondos de la tesorería aplicables á la guerra; pues habiendo consistido en cédulas hipotecarias, solo útiles para la adquisicion de bienes nacionales, no podian servir para la paga del soldado ni otros dispendios que precisamente piden dinero efectivo. A esto me repuso el ministro que pues las cédulas hipotecarias tenian un valor, este valor podia reducirse á dinero. Y mi contestacion fué que por el pronto, y hasta que establecida plenamente la confianza en el gobierno, se multipliquen las ventas de bienes nacionales, las cédulas se puede decir que no tienen un valor en numerario por la grande pérdida que se hace en su reduccion; pero que no se ha omitido el arbitrio de la enagenacion de bienes para ocurrir á los gastos del dia, entre los cuales siempre los de guerra se han mirado como los primeros: antes bien para poder conseguir por este medio algun fondo disponible se han concedido ventajas á los que hicieran compras pagando una parte en efectivo; y así las cédulas hipotecarias dadas por gratificacion, indemnizacion ú otro título no han quitado el recurso que por el pronto los bienes nacionales podian ofrecer á la tesorería.

Acerca de estados mayores, que se suponen numerosos y costosos, he dicho al ministro que á mi juicio habian informado mal á S. M. I., que yo no creia que el rey hubiese nombrado mas generales y oficiales de estado mayor que los que eran precisos, ni admitido de los antiguos mas que aquellos que en justicia debian serlo, por haber abrazado el partido de S. M. y haberse mantenido fieles en él; y que estos últimos no habian consumido hasta ahora fondos de la tesorería, pues yo dudaba que á ninguno se le hubiese satisfecho todavía sueldo. Tambien en este punto habria yo deseado hallarme mas exactamente instruido, porque estoy en el concepto de que ha habido mucha exageracion en lo dicho al emperador. Una relacion por menor de todos los estados mayores, que me parece no seria difícil formase el ministerio de la Guerra, desvaneceria la mala impresion que puede haber en este particular.

La opinion de que los regimientos y cuerpos españoles son perjudiciales porque desertan y van á engrosar el número de los enemigos despues de ocasionar dispendios al erario, está aquí bastante válida, y de consiguiente se mira como prematura la formacion de ellos. Yo he representado al ministro que ninguna medida era mas necesaria y po-

lítica que esta, porque no hay gobierno que pueda existir sin fuerza; que aunque es cierto que al principio hubo mucha desercion, nunca fué tan absoluta ó completa como se pondera; que cada vez ha ido siendo menor á medida que el espíritu público ha ido cambiando, y extendiéndose la reduccion de las provincias; que actualmente es de esperar que será muy corta ó ninguna, pues cási han desaparecido las masas grandes de insurgentes que tomaban el nombre de ejércitos, y solo quedan las partidas de bandidos que ofrecen poco atractivo á los que esten alistados bajo las banderas reales; que los cuerpos españoles empleados en guarniciones dejarian expeditas las tropas francesas para las operaciones de campaña, como lo deseaban los generales franceses, lamentándose de haber de tener diseminados sus cuerpos para conservar la tranquilidad en las provincias ya sometidas. El ministro pareció dudar de que hubiese generales franceses que conviniesen en la utilidad de la formacion de cuerpos españoles, al paso que creia aprobaban la de guardias cívicas. Como yo sé positivamente que hay generales y de mucha nota, que no solo opinan por la ereccion de cuerpos regulares, sino que la promueven y persuaden con ahinco, pude afirmar y sostener mi proposicion. Pero yo desearia por la importancia de este asunto, que los mismos generales hiciesen saber aquí su modo de pensar con los sólidos fundamentos en que lo pueden apoyar, porque nosotros no merecerémos en esta parte mucho crédito y acaso, acaso, inspirarémos sospechas de mala naturaleza.

Solo resta hablar de la sobrada bondad con que se dice haber tratado el rey á los del partido contrario concediéndoles gracias y ventajas. Yo quise explicar al ministro las resultas favorables que habia producido la amnistía general acordada á las Andalucías cuando el rey penetró por la Sierramorena: cómo su benignidad le ganó el corazon de los habitantes de aquellas provincias y le facilitó la ocupacion de de ellas sin derramamiento de sangre, y con cuánta facilidad y prontitud terminó una campaña que habria sido la mas gloriosa posible sin la desgraciada resistencia de Cádiz, fomentada por los ardides y por el oro de los ingleses; pero el ministro hizo recaer el exceso de la bondad de S. M. sobre algunos individuos que, habiendo seguido el partido contrario, obtuvieron mercedes y empleos en su real servicio. Dije entonces ser pocos los que se hallaban en este caso, y que estos eran sugetos notables por sus circunstancias, y por el papel que habian hecho entre los insurgentes; que S. M. estimó conveniente hacer estos ejemplares para inspirar confianza en los que todavia vacilaban

sobre prestarle su sumision, y no ha tenido motivo hasta ahora de arrepentirse de haberlos colocado en los puestos que ocupan; que por todos medios se procuró debilitar la fuerza de los insurgentes, y no fué el menos oportuno el admitir al servicio de S. M. los generales y oficiales que voluntariamente quisiesen entrar en él, haciendo el correspondiente juramento de fidelidad; y que si esto ha desagradado á algunos de los antiguos partidarios del rey, es un egoismo indiscreto que no ha debido estorbar la grande obra de reunir la nacion.

He referido á V. E. lo que se trató en mi conferencia con el señor duque de Cadore. Nada hablé yo ni sobre el número de tropas francesas empleadas en la guerra de España, ni sobre la cantidad de dinero que ha enviado el tesoro de Francia á este reino, ni sobre algunos otros puntos que tocó el ministro, porque no tenia datos seguros sobre ello, ni creí que debian ser materia de discusion. Tenga V. E. la bondad de trasladarlo todo á S. M. para su soberana inteligencia, é indicarme lo que conforme á su real voluntad deberé añadir ó rectificar en ocasiones sucesivas sobre estas mismas materias. No será mucho que á mí se me hayan escapado no pocas reflexiones propias á probar la regularidad, la prudencia y las sábias miras con que S. M. ha procedido en los particulares que han dado motivo á los reparos y observaciones que de órden del emperador se me han puesto por delante.

Durante la conversacion con el ministro, tuve ocasion de leerle la carta que el señor ministro de la Guerra me remitió escrita por el intendente de Salamanca en 24 de marzo último, haciendo una triste pintura del estado en que se hallaba aquella provincia y de las dificultades que ocurrian para hacer efectivas las contribuciones impuestas por el mariscal duque de Elchingen. Y antes de levantar la sesion le leí tambien la carta que el regente del Consejo de Navarra dirigió al señor ministro secretario de Estado con fecha de 30 de abril quejándose de la conducta que habia tenido el gobernador Mr. Dufour instigando al Consejo de Gobierno, erigido por él mismo, á que hiciera una representacion ó acto incompatible con la soberanía del rey. Sobre esto sin aprobar ni desaprobar el hecho de Mr. Dufour, se me dijo solamente que los gobiernos establecidos en Navarra y otras provincias eran unas medidas militares. Volveré á tratar mas de propósito de este asunto luego que tenga oportunidad. Dios guarde á V. E. muchos años. = Paris 19 de junio de 1810. = Excmo. Sr. = El duque de Santafé. = Excmo. Sr. ministro de Negocios extranjeros.

Numero 8.º

Señor: Me he parecido conveniente enviar á V. M. abiertas las cartas que dirijo con un correo al ministro de Negocios extranjeros por si quisiese enterarse de ellas antes de pasárselas. Por fin ya me hablan. Yo no noto acrimonia alguna en las explicaciones que se tienen conmigo. A mi juicio las cartas que V. M. escribió al emperador y á la emperatriz con motivo del casamiento han surtido buen efecto. Nada me ha hablado todavía el emperador sobre negocios; pero cuando asisto al *levé* me saluda con bastante agrado. El ministerio español se habia representado aquí por muchos como antifrancés. El difunto conde de Cabarrús era el que se habia atraido mayor odio. Sobre esto me he explicado con algunos ministros y creo que con fruto. Aunque parece indubitable el deseo de unir á la Francia las provincias situadas mas acá del Ebro, y se prepara todo para ello, no es todavía una cosa resuelta segun el dictámen de algunos, y se deja pendiente de los sucesos venideros. Juzgo, señor, que por ahora nada quiere de nosotros el emperador con tanto ahinco, como el que no le obliguemos á enviar dinero á España. El estado de su erario parece que le precisa á reducir gastos. Debo hacer á Mr. Dennié la justicia de que en sus cartas habla con la mayor sencillez sin indicar siquiera que haya poca voluntad de nuestra parte para facilitar los auxilios que necesita su caja militar.

¿Creera V. M. que algunos políticos de Paris han llegado á decir que en España se preparaba una nueva revolucion muy peligrosa para los franceses, es á saber, que los españoles unidos á V. M. se levantarian contra ellos? Considere V. M. si cabe una quimera mas absurda, y cuán perjudicial nos podria ser si llegase á tomar algun crédito. Y espero que semejante idea no tenga cabida en ninguna persona de juicio, y que caerá prontamente porque carece hasta de verosimilitud.

Dos veces he hablado al príncipe de Neufchatel sobre la justa queja dada por V. M. contra el mariscal Ney. En la primera me dijo que el emperador no le habia entregado la carta de V. M., y significó que no era de aprobar la conducta del mariscal; y en la segunda me respondió que nada podia hacer en este asunto.

Se ha sostenido aquí por algunos dias la opinion de que los nuevos movimientos de Holanda acarrearian la reunion de aquel país al imperio francés; pero ahora se cree que no se llegará á esta extremidad.

Sé con satisfaccion que la reina mi señora experimenta algun alivio en las aguas de Plombieres. Las señoras infantas gozan muy buena sa-

lud. He oido que la reina de Holanda está enferma de bastante cuidado en Plombieres. Quedo como siempre con el mas profundo rendimiento. = Señor. = De V. M. el mas humilde, obediente y fiel súbdito. = El duque de Santafé. = Paris 20 de junio de 1810.

NUMERO 9.°

Paris 22 de setiembre de 1810. = Señor. = Segun nos ha dicho anoche el príncipe de Neufchatel, ademas de haberse declarado que á V. M. corresponde el mando militar de cualquiera ejército á que quisiese ir, se va á formar uno en Madrid y sus cercanías, que estará á sus inmediatas órdenes; pero todavía nada ha resuelto S. M. I. sobre la abolicion de los gobiernos militares y restitucion á V. M. de la administracion civil. Sobre esto instamos mucho conociendo que es el punto principal y mas urgente. Nos ha dicho tambien el príncipe que ha comunicado órdenes muy estrechas, dirigidas á impedir las dilapidaciones de los generales franceses, y que se examine la conducta de algunos de ellos como Barthelemy.

El duque de Cadore, en una conferencia que tuvimos el miércoles, nos dijo expresamente que el emperador exigia la cesion de las provincias de mas acá del Ebro, por indemnizacion de lo que la Francia ha gastado y gastará en gente y dinero para la conquista de España. No se trata de darnos el Portugal en compensacion. Nos dicen que de esto se hablará cuando esté sometido aquel país, y que aun entonces es menester consultar la opinion de sus habitantes, que es lo mismo que rehusarlo enteramente. El emperador no se contenta con retener las provincias de mas acá del Ebro, quiere que le sean cedidas. No sabemos si desistirá de esto como lo procuramos. Quedo con el mas profundo respecto etc. = (Sacada de la correspondencia manuscrita de don Miguel José de Azanza, nombrado por el rey José duque de Santafé.)

Entre las cartas cogidas por los guerrilleros habia algunas en cifra: las hemos leido descifradas en dicha correspondencia del Sr. Azanza, y nada añaden de particular.

NUMERO 10.

Paris 18 de mayo de 1810. = Excmo. Sr. = Es imponderable la impresion que han hecho en Francia las noticias publicadas en el Monitor sobre la aprehension del emisario inglés baron de Kolly en Valencey, y las cartas escritas por el príncipe de Asturias. Cuando yo entré en Francia en todos los pueblos se hablaba de esto, el vulgo ha deducido

mil consecuencias absurdas. Lo que se cree por los mas prudentes es que Kolly fué enviado de aquí, donde residió muchos años, para ofrecer sus servicios á la corte de Lóndres, y que consiguió engañarla perfectamente. El príncipe por este medio se ha desacreditado y hecho despreciable mas y mas para con todos los partidos. Se cree no obstante que el emperador piensa en casarle, y que tal vez será con la hija de su hermano Luciano. El prefecto de Blois, que ha estado muchos dias en Valencey, me ha dicho que esto es verosímil, y que él mismo ha visto una carta escrita recientemente por el emperador al príncipe en términos bastante amistosos y asegurándole que le cumpliria todas las ofertas hechas en Bayona. El príncipe insta por salir de Valencey, y pide que se le dé alguna tierra, aunque sea hácia las fronteras de Alemania, léjos de las de España é Italia, y da muestras de sentir y desaprobar lo que se hace en España á nombre suyo, ó con pretexto de ser á su favor. = El duque de Santafé. = Sr. ministro de Negocios estranjeros. (Sacada de la correspondencia manuscrita del señor Azanza.)

NUMERO 11.

Carta de Fernando VII al emperador en 6 de agosto de 1809.

Scñor. = El placer que he tenido viendo en los papeles públicos las victorias con que la Providencia corona nuevamente la augusta frente de V. M. I. y R., y el grande interes que tomamos mi hermano, mi tio y yo en la satisfaccion de V. M. I. y R., nos estimulan á felicitarle con el respeto, el amor, la sinceridad y reconocimiento en que vivimos bajo la proteccion de V. M. I., y R.

Mi hermano y mi tio me encargan que ofrezca á V. M. su respectuoso homenaje, y se unen al que tiene el honor de ser con la mas alta y respectuosa consideracion; señor, de V. M. I. y R. el mas humilde y mas obediente servidor. = Fernando. = Valencey 6 de agosto de 1809. (Monitor de 5 de febrero de 1810.)

NUMERO 12.

Carta inserta en el Monitor de 26 de abril de 1810.

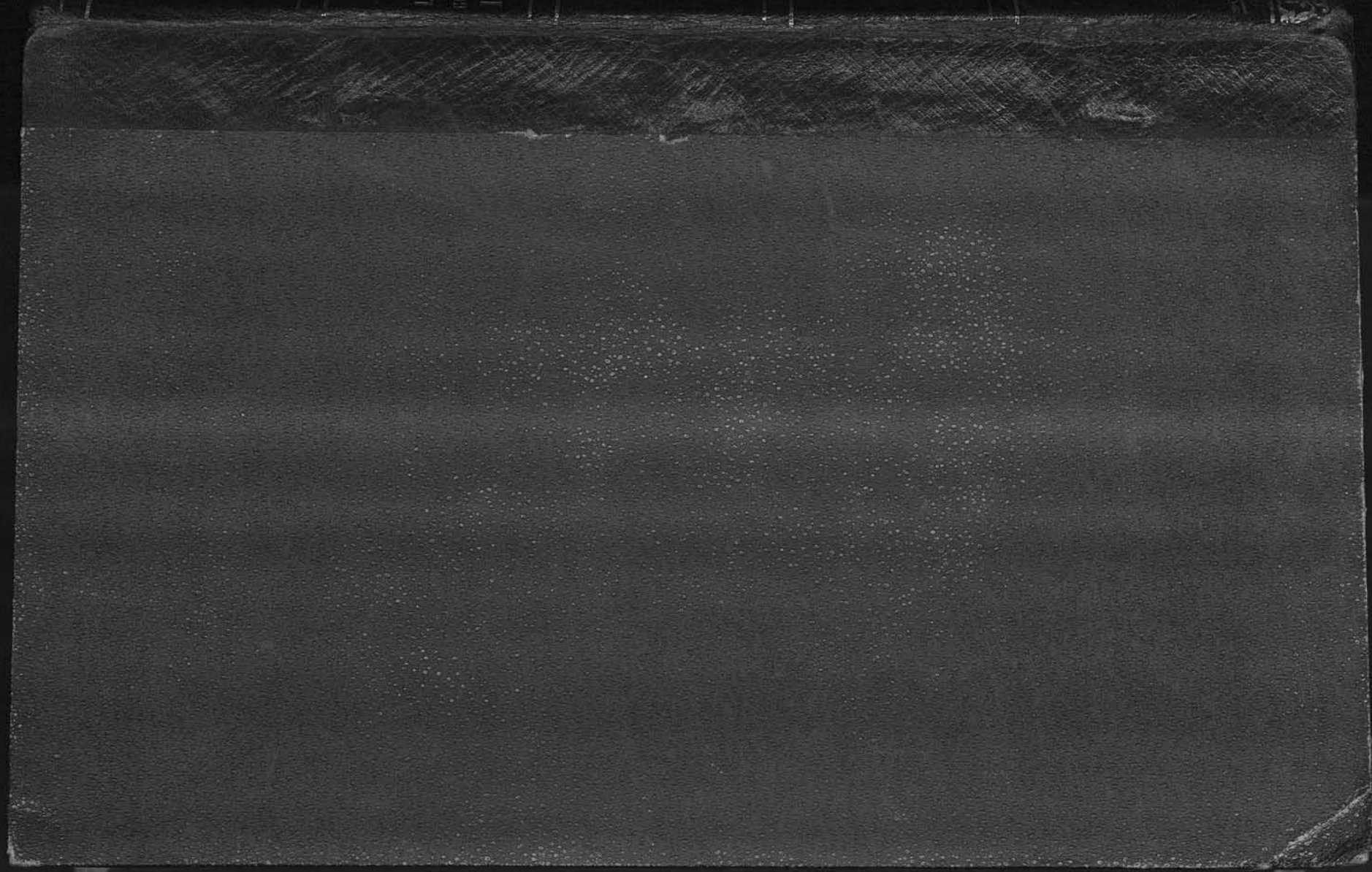
FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

Págs.

Instalacion de la Junta central en Aranjuez..... 8
Accion de Lerin..... 26
Entra Napoleon en España..... 33
Accion de Zornoza..... 34
Batalla de Espinosa..... 39
Accion de Burgos..... 44
Entrada de Napoleon en esta ciudad..... 47
Batalla de Tudela..... 52
Paso de Somosierra por los franceses..... 56
Napoleon sobre Madrid: capitulacion..... 61
Asesinato del general San Juan..... 69
Retirada del conde de Alacha..... 73
Llega la Junta central á Sevilla..... 80
Sale Napoleon de Chamartin en seguimiento de los ingleses..... 87
Batalla de la Coruña. Muerte del general Moore..... 107
Vuelta de Napoleon á Francia..... 115
Ataque de Tarancon..... 116
Batalla de Uclés..... 119
Sitio de Rosas..... 127
Batalla de Llinas ó Cardedeu..... 133

Batalla de Molins de Rey..... 136
Segundo sitio de Zaragoza..... 138
Capitulacion de esta ciudad..... 151
Declaracion de las Américas en favor de la causa de la península. 165
Tratado de la Junta central con Inglaterra..... 168
Ataque de Mora..... 176
Batalla de Medellin..... 182
Batalla de Valls en Cataluña..... 199
Ataca Romana en Villafranca del Vierzo á los franceses..... 218
Derrota del general Fournier..... 223
Derrota del general Maucune..... 229
Entrada de Soult en Oporto..... 230
Recóbralo Wellesley..... 236
Accion del puente San Payo..... 239
Prision del general Franceschi..... 241
Decreto de la Junta central anunciando el restablecimiento de las Córtes..... 256
Apodéranse los franceses de Jaca y de Monzon..... 258
Son rechazados en Mequinenza..... 259
Salen de Monzon, y no pueden recobrar esta plaza..... 262
Batalla de Alcañiz..... 264
Batalla de María..... 267
Batalla de Belchite..... 270
Conspiracion de Barcelona contra los franceses..... 272
Batalla de Talavera..... 285
Batalla de Almonacid..... 300
Sitio de Gerona..... 318
Honrosa capitulacion de esta plaza..... 341
Muerte del gobernador Álvarez..... 342
Convocatoria de las Córtes para el 1.º de marzo..... 363
Paz entre Napoleon y el Austria..... 365
Batalla de Tamames..... 368
Batalla de Ocaña..... 376
Accion de Medina del Campo..... 379
La de Alba de Tormes..... 380
Prision de Palafox y Montijo..... 383
Decreto de la Central para trasladarse á la Isla de Leon..... 387
Divorcio de Napoleon..... 393
Su nuevo enlace con la archiduquesa María Luisa..... 394

Invasion de las Andalucías. 394
Entran los franceses en Jaen y Córdoba. 400
Retírase á los puertos la Junta central. 402
Ocupan los franceses á Granada y Sevilla. 406
Sitia Victor la Isla gaditana. 408
Alborotos de Málaga. 409
Disolucion de la Junta central, y nombramiento de la primera Regencia. 410
Junta de Cádiz. 413
Intiman los franceses la rendicion á esta plaza. 425
Sitio y defensa de Astorga. 434
Invasion del reino de Valencia. 437
Amaga Suchet sitiar esta ciudad y tiene que retirarse. 440
Descalabro de Duhesme en Cataluña. 445
Accion de Vique y defensa de Hostalrich. . . . . *ibid.*
Sitio de Lérida. 449
De Mequinenza. 453
Toma Victor el castillo de Matagorda. 455
Tentativas para libertar al Rey Fernando. 470